

BESTSELLER

LIBROSLIBRES

MICHAEL D. O'BRIEN

EL
LIBRERO
DE
VARSOVIA

La trepidante saga de *El Padre Elías*
continúa con más intrigas



MICHAEL O'BRIEN

EL LIBRERO DE VARSOVIA

Traducción de Carlos Lagarriga

LIBROSLIBRES

Título original: *Sophia House (Children of the Last Days)*

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)

Tlf.: 34-91 594 09 22

Fax: 34-91 594 36 44

correo@libroslibres.com

www.libroslibres.com

© 2005, Ignatius Press, San Francisco

© 2008, **LIBROSLIBRES**

© De la traducción, Carlos Lagarriga

Ilustración y diseño de cubierta: OPALWORKS

Segunda edición: octubre de 2008

Depósito Legal: M-45.727-2008

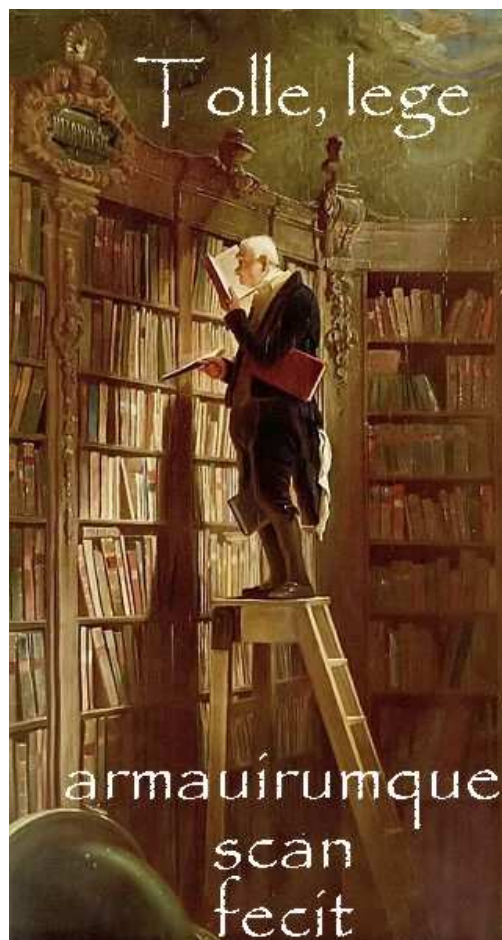
ISBN: 978-84-96088-79-5

Composición: Francisco J. Arellano

Coord. editorial: Miguel Moreno

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

**El librero de Varsovia
de Michael O'Brien**

Libros Libres, 2008

Cartoné, 525 págs.

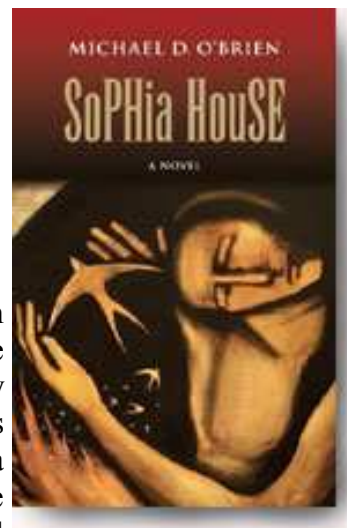
Tamaño: 13x24 cm.

ISBN: 978-84-96088-79-5

La trepidante saga de El padre Elías continúa con más intrigas

Pawel Tarnowski es un humilde librero que da refugio a un muchacho judío, David Schäfer, huido del gueto de la ciudad de Varsovia en plena ocupación nazi. A lo largo de todo un invierno, y acechados por la amenaza permanente de que los descubran, los dos debatirán sobre cuestiones como el bien y el mal, el pecado y la redención, la literatura y la filosofía, así como de su respectivo punto de vista sobre la religión. Muchos años después, David se convertirá al catolicismo y el lector lo identificará con el padre Elías, el mismo sacerdote que atiende la llamada del Papa para enfrentarse al anticristo en la célebre novela de Michel O'Brien *El Padre Elías: Un Apocalipsis*.

Lejos de complacerse en la simple discusión de ideas, el autor pone a prueba a sus personajes en cada una de las escenas que aquí suceden desde el centro mismo del dolor y del vacío, sin miedo a exponer en carne viva las miserias de la existencia humana. Es, pues, una novela de acción, bellísima y trepidante, porque más allá de las palabras están siempre los hechos, las pequeñas decisiones que cambian el mundo y la Historia desde la fe, la esperanza y el amor.



Nació en Ottawa, Canadá en 1948. Ha escrito numerosos libros de ensayo y ficción, entre los que cabe destacar la serie de novelas, a las que pertenece *El padre Elías*, que agrupadas bajo el título de *Hijos de los últimos días* le han dado a conocer internacionalmente

con gran éxito de crítica y de público.

Es, asimismo, director del *Nazareth Journal*, una revista familiar católica, y vive con su mujer y sus hijos en Combermere, Ontario.

Llevo, llevo,
pobre madre, el cuerpo de mi padre, carga
que hace mi dolor pesado y ligero
bulto que todo lo mío encierra.
Ya a los suyos
perdieron y yo seré infeliz huérfano
que estará en su casa desierta añorando
los brazos de quien le dio la vida.
Se fue, ya nada existe; todo, padre,
se acabó.

Eurípides, *Las Suplicantes*.

*Para todos aquellos cuyo sacrificio se esconde en
el corazón de Dios, los mismos cuyas «pequeñas»
decisiones cambian el equilibrio del mundo.*

PREÁMBULO

Son muchas las personas a las que debo agradecer su contribución a este libro, algunas vivas, otras ya muertas. Estoy en deuda con el realizador ruso Andréi Tarkovsky, cuya película *Andréi Rubliev* está en el origen de la obra imaginaria escrita por Pawel Tarnowski. Tampoco puedo dejar de mencionar al pintor Georges Rouault: su fe, su creatividad y su amor a su familia me han servido siempre de inspiración. Su pequeña aparición en este cuento es, por supuesto, ficticia, pero está en perfecta consonancia con su personalidad y sus escritos. La breve aparición de Pablo Picasso es igualmente ficticia, aunque en este caso sus palabras (tan opuestas al espíritu de Rouault) se han extraído de sus manifiestos sobre el arte. Hay otros aspectos de la historia que proceden de la vida real de otras personas. Con los fragmentos de sus experiencias he intentado hacer un retrato, igual que en la elaboración de un mosaico, bizantino, complejo, algo más que la suma de las partes. Si uno se acerca demasiado, la imagen se desdibuja. Si concentramos la mirada en un solo fragmento, la parte se convertirá en el todo, llevándonos al equívoco. Si por el contrario lo contemplamos a cierta distancia, buscando la proporción y centrando el campo de visión, entonces veremos perfectamente el retrato. Tengo la esperanza de que a través de las vidas que aquí se describen se haga visible el rostro de Cristo.

~

PRÓLOGO

NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1963

La mujer gorda yacía en el suelo del vestidor, sudando y resoplando. La rodeaban cinco hombres: uno era el político israelí a quien había ido a buscar, los otros eran su secretario y tres guardaespaldas. Dos de ellos la tenían bien sujeta contra el suelo, mientras el tercero extraía con mucho cuidado la documentación del bolso.

—Ewa Poselski —anunció—. Miami, Florida.

—¿Algo más? —preguntó el político—. ¿A qué se dedica? ¿Política? ¿Religión?

—Carné de conducir..., tarjeta de acreditación de una empresa...; aquí dice que es cajera en un lugar llamado Funworld.

—Va desarmada, señor —dijo otro guardaespaldas—. No lleva explosivos ni agentes químicos.

Ayudaron a la mujer, ya mayor, a incorporarse. Sobre el vestido de color verde lima llevaba prendido un reluciente corazón de cristal, y toda ella olía demasiado a perfume dulzón.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —le exigió Lev, el secretario, mientras le sacudía bruscamente del brazo.

—Entrando —contestó ella. Tenía un acento muy cerrado, europeo—. Nadie me lo ha impedido.

—¡Pero qué dice! ¡Cómo que nadie se lo ha impedido! ¡Pero si esto está lleno de guardias!

—El ángel me ha guiado.

—Ya, el ángel le ha guiado —dijo Lev, imitando el tono con irónico desprecio. La mujer asintió con la cabeza mirando al político.

—Después de la conferencia he subido al escenario por los escalones de atrás y luego he llegado hasta este camerino, sí.

—¿*Poylish*? —preguntó el político.

—*Tak* —dijo ella con una leve inclinación.

—¿Y por qué quiere verme?

—El ángel me ha pedido que le hable.

Lev y los tres guardaespaldas soltaron una carcajada. El político sonreía.

—Señor, ¿nos la llevamos de aquí?

—Sí, pero con suavidad. Que nadie le haga daño, y decidle al director del Coliseum que quiero tener unas palabras con él.

—Con ángel o sin ángel, habrá que echarle una buena bronca —dijo Lev—. Ella está chiflada pero, ¿y si algún enemigo de verdad ha podido entrar también?

El político dudó un momento, mirando fijamente a la mujer.

—¿Y qué es lo que ha venido a decirme?

—Sé quién es usted —contestó ella.

—Hay cinco mil personas ahí fuera esta noche que saben quién soy.

Lev le dirigió una sonrisa de lo más forzada.

—Señora, este hombre es una de las personas más importantes de Israel. Se llama...

—Sí, sí, ya conozco el nombre que aparece en las noticias de la televisión —contestó ella casi en voz baja y sin apartar los ojos del político; no había odio en su mirada, solo lágrimas—. Es usted el hombre que juzga para su Gobierno a los criminales de guerra.

La mujer empezó a decirle lo que todo el mundo ya sabía: su nombre oficial, su cargo en el ministerio y el hecho de que en cualquier momento podían ascenderle a viceprimer ministro.

—Entonces, ¿por qué dice usted lo que dice? —preguntó el político con prudencia.

—¿Que yo sé cómo se llama de verdad?

—Sí, eso.

—Porque es verdad. Lo sé.

Los guardaespaldas pidieron permiso para acompañarla hasta la salida.

Él los calló con una mirada.

El político le dijo a la mujer cómo se llamaba. Ella negaba con la cabeza sin dejar de mirarle.

—Dejadnos solos un momento —ordenó a sus hombres. A pesar de la perplejidad, todos salieron de la habitación. El último en hacerlo fue Lev, que lanzó una mirada indignada por encima del hombro.

Cuando la puerta ya se había cerrado, el político se dirigió a la mujer.

—Bien, ¿y por qué cree conocerme?

—Usted vivía en Varsovia durante la guerra. Su familia está muerta.

—Es un asunto del dominio público que soy un judío polaco. Resulta muy fácil averiguar que toda mi familia murió en la Shoah. Eso no la convierte en profeta. En cuanto al otro nombre..., ah, señora, créame si le digo que está usted bastante equivocada.

—Solo soy una mujer ya mayor, pero un ángel me ha hablado y ha guiado mis pasos. Le conozco a usted como si fuera mi propio hijo. Llevo veinte años pensando en usted.

—¿Quién es usted?

—No soy nadie.

—Entonces, ¿qué es lo que la ha traído hasta mí? Yo no creo en los ángeles.

—Pues debería.

—Conteste la pregunta.

—Le traigo una carta y un regalo de alguien que le quería mucho.

En un momento la cara del hombre se convirtió en un muro impenetrable.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

El hombre contrajo sus facciones con gesto de amargura.

—El amor es una ilusión —sentenció en tono de indiferencia.

La mujer negó con la cabeza sin dejar de mirarle y sin pestañear. Él cerró los ojos como queriendo borrar de su mente aquella mirada estúpida y llorosa.

—He visto el interior de las almas de más hombres de los que hay en su Florida..., en su Funworld, y le digo que el amor jamás podrá vencer a la muerte.

—Pobre niño —empezó a decir ella entre sollozos—, pobre, pobre niño.

La mujer rompió a llorar y él la odió por ello.

—Pero dígame, aunque solo sea por curiosidad, cuál cree que es mi verdadero nombre.

—Usted es David Schäfer.

Por un momento pareció que el político se quedaba de piedra, pero enseguida recuperó la inexpresividad de su rostro.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? —le exigió él.

—Ah, entonces es verdad. Le he encontrado.

El hombre se la quedó mirando fijamente. En todo el mundo solo había un puñado de personas que sabían su verdadero nombre, y casi con toda seguridad estaban ya todas muertas. Era imposible que aquella mujer supiera quién era realmente, y sin embargo lo sabía. ¿Pero cómo? Y lo más importante: ¿por qué?

El político se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. Los tres guardaespaldas se precipitaron por ella.

—Té —les ordenó—. Traednos té.

Y volviéndose hacia la mujer, como si estuviera hablando con un ser fabuloso en el que aún no acababa de creer, le dijo:

—¿Una taza de té?

SANTUARIO

1

VARSOVIA, SEPTIEMBRE DE 1942

Con el corazón latiéndole como si fuera un conejo en una trampa, buscó un hueco entre el alambre de espino de la entrada e inmediatamente estuvo fuera. Los soldados enseguida le vieron, claro, pero ya contaba con eso, de modo que se zambulló entre la multitud que iba y venía por las aceras con la esperanza de que dudaran un instante antes de empezar a disparar. A pesar de que no podía correr demasiado deprisa por el hambre que tenía, consiguió abrirse paso entre la gente, luego se metió debajo de un carro tirado por un caballo y por fin dobló la esquina. Y entonces empezó a oírse el impacto de los primeros disparos contra los edificios de la calle.

La multitud empezó a dispersarse. Se oían gritos, un caballo que relinchaba enloquecido, ruido de botas que corrían, más disparos. Los gentiles se lo quedaban mirando con cara de perplejidad, apartándose de él a derecha e izquierda mientras se introducía en una de las calles principales. Se arrancó el brazalete de la manga y lo arrojó con todas sus fuerzas entre la gente, de modo que la estrella fue flotando por el aire hasta caer al suelo. Algunas manos trataban de agarrarlo al pasar, pero él era como Moisés huyendo hacia la Tierra Prometida. Dos muros de figuras humanas colisionaron con fuerza a su espalda, sepultando los carros del Faraón.

El corazón le palpitaba desbocado en el pecho y le dolía el costado; le faltaba el aire y respiraba como en estertores de agonía. De su parte estaban su juventud y la adrenalina: sabía perfectamente que aquella era la carrera de su vida. Además, sus perseguidores no eran los impecables soldados de las SS, sino centinelas de la Wehrmacht, algo mayores y más gordos. Caían frías gotas de lluvia, lo que convertía las aceras en terreno resbaladizo. Una bala rebotó sobre el cemento pisándole los talones. Los soldados se abalanzaban entre la multitud gritando en su áspero alemán:

—*Halt! Halt!*

Otro proyectil hizo que unos trozos de piedra rebotaran contra su abrigo mientras doblaba una esquina que daba a una avenida. Estaba yendo en dirección este, hacia Stare Miasto, el centro medieval de la ciudad, a orillas del Vístula. Casa tras casa, siguió corriendo a ciegas, sin poder distinguir los edificios bombardeados de los que aún se mantenían en pie, ni las manchas borrosas de gente en las aceras, los tenderetes de hojalateros y traperos. Primero en una dirección, luego en otra, hacia el este, después al norte, luego al este otra vez. Por fin, cuando ya estaba completamente exhausto, se introdujo en un callejón lateral con viejos edificios de tres pisos en diferentes estados de ruina. Al llegar al final del mismo, lo encontró cerrado por un muro muy alto. Desesperado y ya sin aire en los pulmones, empezó a decir en voz alta y temblorosa:

—*Sh'ma Yisrael, Adonai Elohein, Adonai Echad...*

Había una tienda en el callejón que estaba más metida que las demás y aprovechó aquel hueco para esconderse entre las sombras. Asomó un poco la cabeza y vio a los soldados en la entrada del callejón sacudiendo a una anciana. Les estaba señalando en la dirección por la que él había huido.

—Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Único —exclamó entre balbuceos, esperando que llegaran los soldados.

De repente, una puerta se abrió detrás de él. Perdió el equilibrio y se precipitó hacia dentro, hasta caer en el suelo. Vio una campanilla que tintineaba por encima de la cabeza de un hombre que le miraba fijamente desde la penumbra del interior de la tienda. En un segundo, el hombre comprendió la situación, oyó a los soldados corriendo en la calle y tiró de la presa hacia la trastienda.

—¡Las escaleras! ¡Sube, rápido! —exclamó el hombre. El chico echó a correr entre un laberinto de estanterías que iban del techo hasta el suelo, todas atiborradas de libros, encontró las escaleras y empezó a subirlas desesperadamente, dejando un rastro de pisadas por el agua de la lluvia. El hombre de la tienda echó un vistazo desde el cristal polvoriento del escaparate y vio a los soldados empleándose a fondo en la calle, llamando con violencia a todas las puertas, forzando las que encontraban cerradas y entrando en todas partes. Faltaban pocos minutos para que llegaran a la suya. Sin perder más tiempo, limpió el suelo con un trapo y, una vez borradas las manchas de las pisadas, se sentó en la mesa que había junto a la entrada. Cuando los soldados abrieron la puerta de golpe, el hombre apartó la vista del libro que leía, les miró por encima de las gafas caídas y, amablemente, les preguntó en alemán:

—*Ja, meine Herren?*

—¡Librero! —ladró uno—, ¿has visto pasar por aquí a un chico judío?

—*Nein, mein Herr.*

—¡Aquí no hay nadie! —dijo el otro soldado.

—Hemos mirado todo.

—¡Venga, vayámonos!

Cuando se marcharon deprisa para continuar la caza en otra parte, el librero notó en las manos un ligero temblor y exhaló un profundo suspiro. Echó un vistazo a la tienda y continuó la oración de gracias que había tenido que interrumpir con la llegada inesperada del chico. «¡Pero qué he hecho!», exclamó. «¿Por qué habré tomado esta decisión, sin pensar con cuidado en todos los factores?»

Permanecía de pie, mirando fijamente el suelo sin ver nada. Durante unos minutos se deslizó hacia ese estado de ausencia o distracción que su familia siempre calificaba de «encantamiento» y que no era otra cosa que el lugar donde se refugiaba siempre que la vida se volvía demasiado absurda. Solo cuando distinguió a través de los cristales la sombra de los soldados volviendo sobre sus pasos hacia la entrada del callejón empezó a enfocar bien los ojos.

«¡Lo que faltaba!», pensó amargamente. «¡Ahora ya tienes un papel en el festival wagneriano!»

Pawel Tarnowski no era viejo, aunque tenía los hombros ligeramente encorvados por haber estado tantos años inclinado sobre libros de letra diminuta. Era un hombre corpulento y con poco más de treinta años; tenía los ojos oscuros y el cabello muy poco eslavo, muy, muy negro, algo que su padre calificó una vez como «un pequeño incidente con los tártaros». Era alto y ancho de espaldas, pero sus ademanes no eran los que uno esperaría de un hombre tan bien proporcionado. Empezó a caminar arrastrando los pies, como si tuviera veinte o treinta años más.

—Problemas —dijo entre dientes—. Problemas y más problemas.

Se dirigió al escritorio que tenía en la trastienda y se sentó. A su lado había otra mesa con montones de libros desencuadernados que estaba arreglando, y también tiras de cuero, botes de cola, láminas de pan de oro, revistas literarias de antes de la guerra, manuscritos inéditos y un auténtico cementerio de tazas de té abandonadas. En el mismo escritorio, y frente a él, había un cesto de mimbre para la correspondencia con cartas que llevaban matasellos de París, Berlín, Cracovia, Nueva York y Florencia. No es que el librero sintiera un especial entusiasmo por el contenido de aquellas cartas; lo que realmente le apasionaba eran los sobres, como testimonio de un mundo más grande y civilizado, con sellos de todos los colores, el violeta claro, el crema y el azul del papel, y las cenefas de los bordes. Casi todas ellas eran cartas de escritores mediocres pidiendo información sobre su editorial, Zofia Press. Había conseguido publicar tres títulos antes de la llegada de los alemanes.

Se quedó mirando fijamente la puerta de entrada y pensó: «Algún día se irán. Algún día el papel y la verdad ya no serán un problema.» Sí; entonces sería posible volver a hacer libros hermosos,

pasear junto al Vístula bajo los árboles en flor, pensar en Chéjov, sentarse en la terraza de un café, tomarse un café turco, fumar esos espantosos cigarrillos franceses y charlar sobre Kafka o Dante con gente amable. Ese mismo día contestaría las cartas. Y recibiría también las respuestas de los que hubiesen sobrevivido. Por el momento, era suficiente esperar y guardar los sobres, como una promesa de futuro.

Estaba retocando una carta para Kahlia cuando el chico se precipitó en la tienda con la cara aterrorizada y la boca desencajada, incapaz de ofrecer explicación alguna. Un judío. Ahora los problemas de aquel adolescente iban a derramarse sobre su vida, como si no tuviera bastante con los suyos.

—¿Qué voy a hacer ahora? —murmuró.

«Tiempo», pensó. «El tiempo suaviza el ritmo del corazón, seca el sudor y elimina la toxina del miedo.» Para distraerse un poco, se quedó mirando la hoja de papel vitela que tenía sobre el escritorio. Intentó concentrarse al máximo, cogió una pluma, una alargada y de color verde, su favorita, y mojó la punta en un recipiente de tinta púrpura. Sus ojos quedaron cautivados por aquel gesto, casi prisioneros. Sacó la plumilla del tintero y vio cómo una gota se deslizaba lentamente hacia el extremo. «Todo acto humano procede del pensamiento», se dijo pensativo, «y esta gota de tinta es el acto secundario que desempeñan las fuerzas que he puesto en acción.»

La gota adquirió una forma ovalada mientras se detenía en la plumilla, y luego quedó suspendida por un microinstante, antes de caer. En contacto con el papel dejó una mancha con pequeñas salpicaduras. Una estrella, una nova de color violeta, como los mensajes que los ángeles dejan caer sobre la tierra desde lo más alto.

Parpadeó y sintió un estremecimiento. «¡Escribe!», se ordenó a sí mismo. «¡Escribe! ¡Expulsa la muerte con el rostro de aquella a quien amas!»

12 de septiembre de 1942. Varsovia

Kahlia mía,

No sé dónde te encuentras en estos momentos. Tampoco sé si algún día, cuando esta guerra acabe, volverás con la maravillosa noticia de que no te has casado con algún noble o con un profesor. Claro que nada sabes de mi corazón, porque nunca hemos hablado. Pese a todo, creo que nos dijimos tantas cosas cuando, el día en que nos conocimos, lanzaste una mirada por el salón de la Facultad de Música y me viste... Tus ojos se detuvieron en mí por un momento, lo sé. Luego volviste a mirar la partitura de la obra que estabas tocando como si no hubieses visto nada. Pero yo sé que te quedaste con mi imagen dentro de ti.

Hoy he ido a la universidad y he colgado otra nota en la puerta de lo que antes era el despacho de tu padre. Luego he bajado hasta el salón de música. Han robado el piano y hay orificios de bala en las paredes. ¿Recuerdas cómo nos fundimos los dos con las *Variaciones Goldberg* en la noche de nuestro primer y único encuentro, justo antes de que la oscuridad cayera sobre nosotros? Jamás he escuchado a nadie tocar el piano con tanta sensibilidad. En ese momento supe que tú y yo estábamos llamados a ser una sola alma. Si el mundo hubiese sido diferente, nos habrían presentado, habríamos intimado y ya nunca habríamos permitido separarnos el uno del otro. Será tal vez por el *tempo adagio* que traicionó mi percepción de la realidad, porque el futuro que preveía aún no ha llegado.

Cuando detuvieron a los profesores, tuve la esperanza de que hubieses podido escapar de la trampa. Me niego a creer que te hayan capturado. Quizá sea solo una cuestión de tiempo que regreses. Hasta entonces, solo pienso desesperadamente en tu suerte.

Te escribiré pronto,

Pawel.

Cerró la puerta de la tienda con llave, bajó las persianas del escaparate, apagó las luces del techo y la lámpara del escritorio y se dirigió al cuarto del almacén. En ese momento un ratón se escabulló frente a él. Abrió la puerta que daba a las escaleras y empezó a subir con el paso cansino.

Al llegar al rellano de la segunda planta esquivó unas cajas de madera que contenían más libros; era lo que quedaba de una herencia que había comprado hacía tiempo y que ni siquiera se había molestado en examinar a fondo. Cada vez que los veía se enfadaba consigo mismo, porque había invertido su buen dinero en ellos y porque, después de abrir unos cuantos, había comprobado que no valían nada. Había intentado llevarlos al desván, donde por lo menos habrían ayudado a aislar un poco la casa del frío. Casi todas las cajas se encontraban ya allí, pero aún no se había visto con fuerzas suficientes para completar el traslado. Suspiró y entró en el apartamento. Las habitaciones ofrecían el mismo aspecto inhóspito de siempre. La bombilla de la cocina estaba fundida y tuvo que encender un quinqué, luego fue hasta el fogón eléctrico, que empezó a calentarse bajo una tetera. Mientras esperaba el silbido del vapor, se asomó a la ventana que daba a la calle. Más allá de los tejados vio una sucia humareda flotando sobre el gueto, de donde procedía un sonido ocasional de disparos.

El apartamento tenía las mismas dimensiones que la tienda: un estrecho rectángulo de unos cinco metros de ancho por ocho de largo. La planta se componía de una cocina, un pequeño comedor, un lavabo, un cuarto con una bañera de cinc y un dormitorio detrás. Los techos tenían una altura de cuatro metros y estaban adornados con molduras de yeso que amarilleaban por momentos y se deshacían en trocitos que iban cayendo. El elegante papel de tono marfil de las paredes — estampado con flores de lis — estaba ahora lleno de manchas y roto en muchas partes. El escaso mobiliario de que disponía era, sin embargo, de buena calidad, y también tenía algunos cuadros pintados al óleo: casi todos eran paisajes empalagosos de artistas polacos de cierto talento del siglo anterior. Las obras languidecían bajo la pátina que deja el tiempo y el humo, con el barniz lleno de grietas. La falta de calefacción regular durante el invierno desde 1939 no había ayudado mucho a su conservación. Tampoco es que le importara mucho su estado, aunque sí le preocupaba el pequeño cuadro de flores que había comprado en París durante su efímero intento de convertirse en artista. Para poder realizar aquella compra tan disparatada había tenido que ayunar durante tres semanas, alimentándose solo de migajas, aunque el sentimiento de felicidad que suponía morir de hambre en nombre del arte solo le duró dos días. Era de un pintor italiano, un oscuro miembro de una subescuela del impresionismo, y era muy barato en comparación con un Monet o un Picasso. Estaba convencido de que era lo mejor que tenía en el cuarto, aunque quizá era también lo peor, por hermoso y trivial. A su lado colgaba un icono griego del Apocalipsis, con la figura de San Miguel, de rojo intenso y añil, pero con el oro tan envejecido que más parecía palisandro líquido derramado sobre ámbar. Lo besó, se persignó lentamente e hizo una inclinación hacia su cuarto, en uno de cuyos rincones colgaba un pequeño altar de pared con más iconos. Allí parpadeaba la luz de un cirio votivo de color rojo.

Mientras acababa de hacerse el té, cortó unas rebanadas de pan negro, luego un poco de queso y unos trozos de una morcilla que ya empezaba a enmohecer. Su prima Marysa —Masha, como todos la llamaban— se la había traído desde la granja que tenía en Mazowiecki a finales del verano. Nada más verla había sentido el impulso irresistible de devorarla, pero había conseguido dominarse.

Ahora agradecía aquel momento de autocontrol.

—Come —le dijo entonces Masha, colocando la morcilla sobre un saco lleno de cebollas, patatas, remolachas y calabacines. La mesa de la cocina parecía estar a punto de ceder bajo el peso de aquel regalo. En ese momento entró su hijo, tambaleándose, con un nabo enorme en la mano.

—Guardaré la carne para más adelante —le había dicho Pawel—. El invierno ya está aquí.

—Cómetela ahora. Se estropeará y ya no servirá de nada.

Cortó unas pequeñas rodajas para los tres, y cuando el pequeño Adam pidió más, su madre le dio una palmada en la mano.

—Tío Pawel necesitará esta comida —le reprendió. Ella le llamaba «tío», aunque en realidad él era hijo del hermano de su madre. El padre de Masha era de origen bielorruso. La familia de Pawel pertenecía a la clase media acomodada y venía del sur, cerca de los Cárpatos.

—Pero si hay mucha comida, Masha —protestó el niño.

La mujer se encogió de hombros y pidió perdón a Pawel con la mirada.

—En la granja nosotros tenemos suficiente comida, aunque los alemanes se lleven gran parte de ella. Es demasiado pequeño para comprenderlo, Pawel. En cambio, allí —dijo ella, señalando con la cabeza hacia el gueto— apenas sobreviven con unos gramos de pan y de verdura al mes. Me han dicho que son muchos los que mueren, que hay niños abandonados que mendigan porque no tienen para comer, y también que disparan contra la gente. No nos dejan llevarles comida —se lamentó con un suspiro—. Pero cuando voy al mercado con lo que sacamos de la granja y paso junto a los muros del gueto, siempre les lanzo algunos tubérculos. La fécula da mucha energía, ya sabes.

Masha, la buena de Masha, tan sencilla como sus calabacines.

—A partir de ahora ya no será tan fácil traerte cosas. Desde que en julio los trenes han empezado a llevarse a la gente, nos vigilan mucho. Las entradas de la ciudad son peligrosas.

—¿Por qué te arriesgas tanto, Masha? No sabes cómo agradezco tu ayuda, pero... ¿por qué lo haces?

—Eres de la familia.

—Bronek y Jan también lo son y no haces lo mismo por ellos.

—Bronek y Jan tienen esposas que les cuidan.

—Y también más bocas que alimentar.

Ella bajó la cabeza y luego la levantó para mirarle a los ojos con aquella expresión «seria», de cariñosa reprimenda.

—Pawel, ¿por qué no te casas? Hay cientos de chicas guapas en Varsovia que estarían dispuestas a casarse con un hombre como tú. Acuérdate de cuando erais pequeños, cuando los hermanos Tarnowski veniais a nuestra granja a pasar el verano. Todas las primas estaban enamoradas de ti... Pawel el guapo, el dulce Pawel, el pequeño Pawelek. Ahora eres un hombre, Pawel.

Masha tenía lágrimas en los ojos.

—¡Eres un hombre tan bueno!

Le dio un beso en cada mejilla, y luego, tras un instante de vacilación, depositó otro beso en sus labios. Se marchó a toda prisa con el niño. No había vuelto a verles desde entonces.

Colocó en una bandeja la tetera de plata, las tazas, las servilletas de lino, los trozos de pan y de morcilla mohosa, y un bol con puré de nabos. Llevó la bandeja hasta el dormitorio y entró en el baño. En uno de los extremos, detrás de una cortina, había una escalera sin luz que daba al desván. Empezó a subirla lentamente, con cuidado de no derramar el té.

El desván tenía las mismas dimensiones que las otras plantas, pero no estaba dividido en habitaciones. Las ventanas eran de madera y olía a barniz viejo. Muy raras veces subía al último piso. Estaba vacío, de no ser por unos cuantos baúles y los cajones con aquellos libros sin valor. Al fondo había una chimenea, y junto a ella una mansarda por la que se accedía al tejado. Allí mismo, acurrucado entre dos cajones, se encontraba el fugitivo: un adolescente, poco más que un niño.

Pawel se le acercó arrastrando los pies por el suelo de madera, murmurando algo acerca del polvo. El visitante le miró fijamente a los ojos y se incorporó despacio.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Pawel.

El rostro del fugitivo era la viva expresión de la desconfianza. Había en su mirada la sombra de algún terror que Pawel no había visto antes. Él mismo estaba familiarizado con muchas clases de miedos —de hecho, era precisamente esto lo que más le afligía—, pero hasta ese día jamás se había encontrado cara a cara con el que siente un animal perseguido.

Pawel se sentó en un baúl medio desvencijado e invitó al otro a hacer lo mismo. Colocó la bandeja en medio de los dos.

—Come algo —le dijo con timidez, como quitándole importancia a lo que acababa de pasar.

—*Dziękuję!* Gracias —contestó el chico mansamente. Estaba temblando; su ropa desprendía el hedor de un cuerpo empapado y sucio, o algo peor, porque olía sobre todo a cloaca. La mano que ahora se extendía para coger la comida era de un color azul pálido. Por alguna razón evitó la salchicha, pero engulló el resto de los alimentos. Entre mordisco y mordisco, dirigía miradas furtivas hacia su benefactor.

Pawel lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Algo de esto es para usted? —murmuró el chico sonrojándose.

—No, todo es para ti —contestó Pawel, a pesar de que se retorció de hambre por dentro.

—No puedo comer esto —dijo el chico señalando la salchicha. Pawel la cogió con más precipitación de la que hubiese deseado y le dio un buen bocado.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber mientras le daba más mordiscos a la salchicha.

—Me llamo David Schäfer. ¿Y usted, señor?

—Yo me llamo Pawel Tarnowski.

—*Witam*, le saludo, *pan* Tarnowski.

—*Witam*.

—Quisiera darle las gracias por rescatarme de... ellos.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo —respondió Pawel, encogiéndose de hombros. El chico escuchó aquella respuesta con una mirada recelosa.

—¡Son malvados! —exclamó como sofocando un grito—. ¡Vienen del *Sitra Ahra*!

—¿Qué es el *Sitra Ahra*?

—Es *El Otro Lado*, el Reino de las Tinieblas.

—¿El Reino de las Tinieblas? ¿A qué te refieres?

—A los poderes demoníacos del Reino del Espíritu.

—Los alemanes son seres humanos, no demonios. Es solo que están bajo el influjo del mal.

Se miraron mutuamente por unos instantes, como si se hubiese abierto el vacío entre ellos.

—¿Por qué me ha ayudado? —murmuró el chico—. Soy judío.

—Eso ya lo sé —contestó Pawel, señalando el borde del chal de oración que asomaba por debajo de su chaqueta de fieltro. El chico sacó un solideo del bolsillo y se la puso en la cabeza. Tenía poco pelo, apenas una capa de pelusa oscura.

—No podía llevarla mientras corría.

—Debes de haber corrido mucho. El barrio de Muranow está a muchas manzanas de aquí en dirección oeste.

—Me he escapado por la entrada del noreste, la que da a la calle Nalewki. Pasaba un carro justo por delante del puesto de guardia y me escondí tras él.

—Has tenido mucha suerte. Son muy pocos los que consiguen escapar de los alemanes.

—Si me hubiese quedado en el gueto, habría muerto con toda seguridad.

—Hablas polaco sin acento —le dijo Pawel.

Después de engullir lo que quedaba de comida, el fugitivo bajó los ojos y murmuró algo que Pawel no consiguió escuchar bien.

—¿Qué has dicho? —quiso saber.

—He dicho que la lengua es un don.

—¿Un don?

—Sin ella no podemos pensar.

—Es verdad —contestó Pawel, mirando al chico con curiosidad—. ¿Qué otros idiomas hablas?

—Yiddish, por supuesto. También puedo leer el hebreo y el alemán... y el inglés con un poco de esfuerzo. ¿Y usted?

—Polaco, francés, alemán... y ruso con un poco de esfuerzo. Los ojos del chico parpadearon mientras los fijaba en él, pero enseguida desvió la mirada.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó Pawel. Llenó una taza y la depositó entre las manos de su huésped. El té desapareció de un solo trago. Le sirvió otro. Y luego otro más—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

En ese momento el chico empezó a temblar de forma violenta. Se inclinó hacia delante y ocultó el rostro entre las manos. Pawel se quedó sin saber qué hacer.

Murmuraba sonidos ininteligibles con los que le habían consolado de niño y que ahora emergían del recuerdo. Pawel estuvo a punto darle unas palmaditas en el hombro, pero enseguida retiró la mano sin que el otro la viera. El chico había dejado de murmurar y ahora parecía doblemente avergonzado.

—Tengo que escapar —soltó con un suspiro y secándose los ojos con una manga.

—¿Y adónde vas a ir? ¿Tienes familia?

—Todos los judíos viven en los guetos. O en campos de internamiento. Mi padre y mi madre, mis hermanos y mis hermanas, casi seguro que están muertos.

—Mi padre y mi madre... también están muertos —dijo Pawel en un tono apenas audible, pero al oírse se dio cuenta enseguida de que en la gran democracia de la muerte el dolor también tiene jerarquías.

El otro no respondió.

—Tal vez deberías regresar al gueto —le sugirió Pawel en tono indeciso.

El rostro del chico le estaba diciendo que eso era imposible; más aún: impensable. Sorprendido ante el hecho de que su anfitrión no comprendiera lo más obvio, le dijo con cautela:

—El gueto significa una muerte lenta. El campo es una muerte rápida.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Me dirigiré hacia el sur y cruzaré los Cárpatos.

—Hay más de trescientos kilómetros hasta las montañas, y, aunque consigas cruzarlas, también al otro lado están los alemanes. Han ocupado toda Europa, y ya están en África y en Asia. Ya no queda ningún sitio al que poder ir.

Al oír esto, el chico volvió la cara y se quedó mirando la ventana.

—Han ganado. Lo devorarán todo.

—No creo que acaben ganando la guerra. En algún momento serán derrotados.

—¿Cuánto durará esto?

—No lo sé.

—Tengo que pensar en algo. Por favor, ¿me puedo esconder aquí unos días mientras pienso?

Pawel lo miró fijamente y asintió con la cabeza.

2

No es que Pawel Tarnowski fuese un hombre de una inteligencia excepcional, ni que estuviera especialmente dotado para destacar en nada, aunque eran muchos los que pensaban que era inteligente, dándolo por sentado tal vez por su temperamento reflexivo y taciturno, o por el simple hecho de ser librero. Su principal cualidad (aunque para él era más bien una maldición) era que tenía una sensibilidad especial para comprender las complicaciones de la vida. Por otro lado, Pawel vivía con el convencimiento de que su vida carecía de valor para los demás. Su madre y su padre lo habían querido tanto como habían podido, pero ya no estaban con él, y de sus dos hermanos mayores no puede decirse que se hubiesen desentendido de él, pero era una carga para ellos y siempre lo había sido. Eran mucho más arrojados y siempre culminaban con éxito cualquier empresa. Además, estaban casados. Él no. Eran de carácter fuerte y decidido, mientras que él adolecía de una irremediable timidez, defecto que había de vencer todos los días y solo después de mucho esfuerzo. Pero no siempre había sido así.

Su primer recuerdo era el de la nieve, la nieve cayendo del cielo sobre Varsovia ante sus ojos atónitos mientras reía con la boca abierta. Tenía dos años, quizá tres. Alzaba los brazos por encima de la cabeza, como invocando aquella efusión de los cielos.

Y así era. El incienso era algo que ascendía; la luz, en cambio, bajaba. Arriba la luz, abajo la oscuridad. Y cuando sucedía que era la oscuridad la que se instalaba arriba, de noche o en los días más tristes de invierno, entonces los ángeles enviaban la nieve como una señal. No lo olvides, Pawelek, parecían decirle. Estamos aquí. Te damos estas estrellas como mensajeras.

Y sucedió que papá tuvo que marcharse y aquella ausencia duró muchos, muchos años. Mamá recibía a veces la visita de algunos sacerdotes y de otra gente importante. El tío Tadeusz también venía a verla de vez en cuando; le traía dinero y entonces mamá lloraba de gratitud.

Al principio, Pawel insistía en saber cuándo iba a volver papá, pero poco a poco se dio cuenta de que era mejor no seguir preguntando, porque siempre que lo hacía, mamá se echaba a llorar. Era un llanto distinto, que nada tenía que ver con la gratitud.

Por eso se lo preguntó a sus hermanos. Bronek tenía ocho años, que eran muchos. Jan era mayor aún, tenía diez. Ellos sabían muchas cosas que Pawel ignoraba. A veces, Jan le decía:

—Volverá cuando los rusos le dejen ir. Y ahora deja de portarte como un niño pequeño.

Bronek le decía lo mismo, y subrayaba la frase dándole un buen puñetazo en el brazo para que no lo olvidara.

—Deja a mamá tranquila, idiota. ¿No ves que se pone triste cada vez que preguntas por papá?

No recibió ninguna carta de él, ningún mensaje, ni siquiera ningún pequeño regalo como los que siempre le daba antes de irse de viaje: el avión biplano de madera, todo rojo, con una hélice de metal a la que se le podía dar vueltas, la lupa para mirar la vida que corría en miniatura bajo las hojas húmedas de los Jardines Sajones, la canica de color azul con aquellas manchas que parecían las nebulosas de un planeta... Tal vez porque todas estas cosas se rompieron o se perdieron, lo cierto es que el rostro de papá se fue desvaneciendo en el recuerdo.

En verano, el tío Tadeusz compraba un billete de tren a cada uno. A veces, aunque no muchas, iban a la granja que sus primos tenían en Mazowiecki, en la parte menos montañosa del este de Varsovia. Pero lo que sí hacían siempre en agosto era pasar unos días al sur de los Montes Tatras, en la granja donde su abuelo había sido muy rico hacía tiempo, la misma donde ahora era muy pobre. El abuelo era viejo y tenía el pelo blanco; en pocas ocasiones se mostraba contento. Iba y venía con un montón de medallitas de santos que tintineaban debajo de su estrafalaria camisa de lino, aunque estuviese amontonando el heno o recogiendo el estiércol en el cobertizo de los gansos. Le gustaba que los niños le llamaran «Ja-Ja», aunque solo Jan y Bronek se atrevían a hacerlo. Pawel

sentía una gran admiración hacia el abuelo, pero no sabía cómo dirigirle la palabra: era tan grande y tan fuerte, unas veces cariñoso y otras temible, pero siempre imponente.

Babscia, la abuela, era tan mayor como el abuelo, aunque más dulce; siempre miraba con ternura a Pawel, y le sonreía. Olía a lavanda y a salvia, un aroma agrisado que era exclusivo de ella, nadie más despedía aquel olor. Rezaba el rosario con Pawel todas las noches, mientras él se iba quedando dormido bajo la manta azul que tenía bordado su nombre, *Pawelek*, y también un corazón y una cruz. El viento entraba por la ventana y llegaba al pie de la cama, las cortinas se agitaban, los pájaros se llamaban unos a otros en la noche, y las estrellas, infinitas, brillaban igual que copos de nieve.

En aquella casa el sueño era profundo y dulce, aunque a veces Pawel se despertaba, en mitad de la oscuridad de la alcoba donde dormía él solo, un poco asustado por el canto monótono de las lechuzas en el bosque de cerezos y por las imágenes imborrables de los cuentos sobre los osos pardos que el abuelo había cazado en el bosque hacía mucho, cuando era joven. O sobre los lobos que perseguían a los niños en las ventiscas de nieve, en invierno. Pero aquellos pequeños miedos pasaban pronto y enseguida volvía a quedarse dormido.

A veces soñaba con papá. A veces incluso llegaba a recordarlo. Le quedaba, por ejemplo, el maravilloso recuerdo del día en que, hacía ya mucho, poco antes de que tuviese que partir para luchar en la guerra contra Rusia, vestido con uniforme de soldado y la insignia del águila bicéfala en el pecho, lo puso sobre su regazo. Papá lo abrazaba y le besaba las mejillas, y hasta le dio un caramelo de jengibre.

—*Dziecko*, mi pequeño —murmuraba papá—. *Mój synu*, hijo mío.

Y entonces, sin apartarse de Pawel, depositó en sus manos un paquetito envuelto en papel de color rojo.

—Es para ti, para ti —le susurró papá al oído, abrazándole con fuerza.

Pawel rompió el envoltorio lleno de ansiedad y descubrió una figurita de latón. Era un diminuto caballero matando un dragón. El niño empezó a jugar hasta que unas gotas de baba azucarada cayeron sobre ella; y entonces la besó, lo cual hizo reír a papá.

—¿Cuántos años tienes, hijo mío? —le preguntó papá. Pawel le enseñó los cinco dedos de la mano.

—Dooos.

—Muy bien, tienes dos años. Ahora tengo que marcharme, Pawel, para luchar como este valiente caballero. Si la batalla va bien, volveré cuando tengas... —y le mostró tres dedos.

~

Pero los tres dedos llegaron y pasaron, y luego fueron cuatro. Pasaron con ellos los inviernos y los veranos, las hojas nuevas y las viejas, el hielo y el fuego.

Cuando tenía cinco años se escapó a los Jardines Sajones, él solo. Ese día, mamá se encontraba en el mercado comprando verdura y pescado para la comida, y Jan y Bronek se quedaron cuidando de él. Sus hermanos empezaron a darse empujones y a pelearse en el suelo del dormitorio. A Pawel le hacía gracia porque parecían dos ardillas persiguiéndose, como las que ha bía visto subiendo y bajando del muro que había detrás del establo, en Zakopane. Primero era uno el que acometía al otro, y luego al revés, así hasta que se agarraban, y entonces se liaban a puñetazos, con el rubio cabello desmelenado y las caras rojas de rabia, tirándose una y otra vez al suelo, dando golpes en los muebles, llorando entre tortas y bofetadas, gritando, correteando y persiguiéndose otra vez por toda la casa.

Pawel se cansó enseguida del espectáculo y se fue al salón, donde se puso a jugar en el suelo, junto a los rayos del sol de la mañana, con unos ángeles de papel de periódico que había recortado. Deseó que papá estuviese allí para poner orden, de modo que Jan y Bronek dejaran de pelearse, y, sin más, regresó al dormitorio a buscar la figurita del caballero y el dragón, que guardaba debajo de

la almohada. Después de sortear un puñetazo perdido de Bronek, corrió hasta la puerta de entrada y salió al descansillo de la escalera. Desde los otros pisos llegaban sonidos familiares de juegos y discusiones. El aire estaba saturado de olor a col hervida.

Empezó a bajar las escaleras, llegó hasta la puerta y salió a la calle. Allí tropezó con dos vecinos del mismo edificio, un hombre y una mujer que discutían y gesticulaban con grandes aspavientos. Se detuvo a observarlos un rato, pero no tardó en perder el interés y decidió buscar un lugar más tranquilo donde poder jugar con sus ángeles. Guiándose por la intuición, más que por el recuerdo, el niño empezó a caminar en dirección norte cantando las letras de la calle —*z-i-e-l-n-a*—. Enseguida llegó a una avenida más grande —*k-r-o-l-e-w-s-k-a*—, y giró a la derecha para avanzar por ella, cantando también sus letras. Un poco más adelante, alcanzó los árboles y las extensiones de hierba de los Jardines Sajones.

Durante cuatro horas estuvo recorriendo sus senderos, cogiendo flores para mamá, o sentado bajo los castaños, contemplando los frutos verdes y erizados meciéndose al viento. Aún faltaba mucho para que maduraran y cayeran al suelo, pero tenía la esperanza de poder recogerlos pronto para llevarlos a Zakopane y hacer con ellos un gigantesco rosario. Le pediría al abuelo que le hiciera los agujeros en las castañas, y también un poco de cordel, para unir las todas y así poder regalárselas al tío abuelo Nicholas por Navidad.

Sacó los ángeles del bolsillo y esperó a que una ráfaga de aire hiciera balancear y susurrar a los árboles para soltar los trozos de papel, que salieron volando hasta perderse sobre la ciudad. Luego se sentó a la sombra de un tilo con la figurita del caballero y el dragón en la mano, y empezó a hablar con el caballero y a pedirle que fuese muy, muy valiente. Pensó en papá y se puso a imaginar qué estarían diciéndose ahora el uno al otro, y a qué lugares irían juntos, y qué se sentía cuando estaba entre sus brazos. Se echó sobre la hierba y se quedó medio dormido, hasta que le despertaron unas moscas que le zumbaban en la cara. Se dio cuenta de que tenía los pantalones sucios y húmedos porque había rodado por la hierba hasta la tierra negra y mojada de un lecho de rosas.

Miró a su alrededor en busca del caballero y el dragón, pero no pudo encontrarlos. Tampoco pudo pensar más en ello, porque de pronto se vio sobresaltado por los sollozos de una mujer. Miró hacia arriba y vio a mamá dirigiéndose hacia él, dando grandes zancadas y seguida de Jan y Bronek, los dos con cara de circunstancias.

Una pequeña bofetada y un abrazo, lágrimas y una regañina, todo a la vez, porque mamá estaba enfadada y feliz al mismo tiempo, mientras le sacudía la suciedad de los pantalones y de la camisa. Jan y Bronek lo miraban todo sin moverse, preocupados por haber perdido a su hermano pequeño.



Como de costumbre, aquel mes de agosto fueron a Zakopane, en un verano de cielos claros y hermosos. Pawel se olvidó de recoger las castañas, y por eso no pudo hacerle el rosario al tío abuelo Nicholas. También olvidó dónde había perdido la figurita del caballero y el dragón. La echaba de menos porque le gustaba hablar con el caballero como si fuese papá, convencido de que en algún lugar del mundo, muy lejos hacia el este, papá oiría su voz. Pawel ya no pensaba tanto en él como antes, y el recuerdo de la figurita acabó desdibujándose también en la memoria.

En Zakopane jugaba en el desván con los soldaditos de plomo del abuelo y los adornos de Navidad, sobre todo con los ángeles de cristal que volaban hacia arriba y hacia abajo, desde el cielo a la tierra y al revés, dejando a su paso un polvo dorado que era como un mensaje. Era tan feliz allí, en el desván, persiguiendo a los patos en el estanque o revolcándose en los prados y en los senderos de montaña que había detrás de la casa... Parecía que allí siempre lucía el sol, un sol más grande que el de Varsovia, rodeado de rayos blanquecinos y más altos que las agujas de los campanarios. Todo estaba bien, muy bien, con el aire oliendo a pino, la sangre en las mejillas, el zumbido de los insectos entre el heno, y la sensación de calor en las piernas mientras corría y saltaba por el camino

de tierra que llevaba desde la granja y a través del bosque de abedules hasta el palacio donde había nacido el abuelo.

En una ocasión, solo por capricho y sin decir nada a nadie, llegó hasta allí solo y lo vio completamente cerrado. Sabía que lo tenía prohibido porque el abuelo decía que a los nuevos propietarios no les gustaban los intrusos, aunque por supuesto a ellos no les importaba para nada portarse como intrusos con el abuelo cuando se les antojaba, sin previo aviso, cuando llegaba el día de cobrar el alquiler y se presentaban en el viejo caserón donde ahora vivían el abuelo y Babscia. A pesar de todo, Pawel quiso echar un vistazo al palacio, convencido de que no estaba haciendo nada malo, ya que, al fin y al cabo, todo aquello había sido de los abuelos en el pasado, y tal vez aún lo fuese, porque los caballos jamás olvidaban a las personas que habían vivido con ellos. El propietario y su familia estaban fuera ese día, y los criados del palacio parecían haberse vuelto invisibles también. Bronek le había dicho que no eran seres reales, que podían aparecer y desaparecer a su antojo, porque habían sido creados de la nada a partir de un conjuro secreto y mágico que solo conocía el nuevo propietario. Por eso no había nadie para impedir que Pawel se asomara de puntillas a una de las ventanas, pero no vio recuerdos ni cosas mágicas al otro lado del cristal. Pese a todo, se quedó fascinado por el modo en que la luz se derramaba hacia el interior de la casa desde los grandes ventanales, reflejándose en las arañas de cristal del techo y en las cornamentas de ciervo que colgaban de la pared. Se detuvo un momento a contemplar una alfombra de piel de oso con una enorme boca abierta, pero al ver que el animal no estaba vivo sonrió y regresó a casa, dando brincos por el camino.

La vida era un juego, sí, todo consistía en jugar. Hasta las cenas con el abuelo y Babscia eran una especie de juego. Por mucho que mamá le hubiese dicho que tenía que ser lo más educado posible con ellos, sabía perfectamente que en aquella casa nadie lo iba a regañar por meterse un trozo de salchicha ardiendo en la boca, haciendo muecas y goteando baba mientras todos se reían, y que podía beber todos los vasos que quisiera de zumo de limones y naranjas españolas con agua de soda, un lujo del que el abuelo no podía prescindir porque en el pasado había sido rico aunque ahora fuera pobre.

—¿Qué hay de malo en ser un arrendatario? —quiso saber Pawel un día, interrumpiendo una conversación en tono de preocupación entre Babscia y mamá.

—No tiene nada de malo —le explicó mamá con calma—; es algo menos que ser conde.

—Pero será mejor que no digas esa palabra delante de tu abuelo —añadió Babscia.

—¿Es que no le gusta, Babscia?

—Lo pone triste, Pawelek.

Cada año pasaba lo mismo. El verano era siempre demasiado corto. Justo acababan de llegar y ya tocaba coger el tren para volver a Varsovia, al gris edificio de pisos de la calle Zielna, a las lluvias de otoño, a los árboles despidiéndose de sus hojas, a las marcas de vaho que dejaba en el cristal de la ventana de la cocina mientras miraba el muro detrás del cual vivían los judíos. A los días interminables que pasaba hojeando los libros de imágenes que le prestaba el tío Tadeusz, mientras Bronek y Jan estaban en la escuela, porque eran mayores y siempre lo serían. A los gatos del callejón que engordaban y luego adelgazaban para volver a engordar otra vez. Al hielo resquebrajándose sobre las aguas del Vístula, al río congelándose de nuevo. A las campanas anunciando la Navidad, la Pascua, la misa del domingo, las oraciones de la mañana, las de la tarde, las muertes, los nacimientos. Y mientras pasaba todo esto, él se iba impregnando del silencio a través del cual seguían cayendo los mensajes, lo mismo que la nieve, que el polvo, que las semillas desde los jardines invisibles del cielo.

~

El miedo empezó cuando tenía seis años. Sucedió, por extraño que parezca, a finales de uno de los veranos en Zakopane, en la época en que corría ya el rumor de que los rusos estaban liberando

prisioneros. Todos estaban felices, especialmente mamá. Solo el tío abuelo Nicholas no lo estaba. Ahora se emborrachaba más de lo habitual con aguardiente de cerezas. Juraba y perjuraba, por mucho que el abuelo y Babscia le pidieran que no lo hiciera.

—Será mejor que no os acerquéis mucho al tío abuelo durante un tiempo— les dijo mamá a los tres niños después de hacer que se sentaran sobre una pequeña tapia, a una prudente distancia de la casa.

—Pero ¿por qué, mamá? —protestó Bronek—. Es muy simpático.

De todos los parientes de Zakopane, el tío abuelo Nicholas era el favorito, porque cantaba canciones muy divertidas, explicaba muchas historias y hacía trucos de magia. Cuando los demás adultos no miraban, se desabrochaba la cremallera y desafiaba a los niños a ver quién hacía el pipí más largo. Pero lo mejor de todo era cuando se sacaba el ojo de cristal y lo dejaba caer en la mano, para luego lanzarlo por los aires, cazarlo con la boca y volver a introducirlo en el hueco rosado de la cuenca del ojo, antes de que ningún adulto se diese cuenta.

—Es un secreto, chicos —les decía en un susurro—. Nuestro pequeño secreto. No se lo digáis a nadie y habrá más secretos. —Y así los tres le dedicaban una mirada furtiva y se estremecían de la emoción ante aquella complicidad.

—Es que el tío abuelo es muy simpático —sentenciaron los tres—. El más simpático de todos.

Ahora mamá contraía las facciones del rostro en una mueca de desagrado, aunque su voz seguía sonando dulce.

—Lo era —dijo con mucho cariño—. Pero no siempre ha sido tan simpático. Y no queremos que vuelva a ser como antes. Y no quiso añadir nada más.

Los dos hermanos mayores se retiraron al cobertizo del heno para considerar la situación a partir de lo que ya sabían. Dejaron que Pawel se quedara a escuchar después de hacerle prometer que no iba a decir nada.

—El tío abuelo fue soldado —dijo Jan, a quien le gustaba leer libros gordos y pensar en las cosas—. Quizá mató a demasiada gente, o mató a los que no tenía que matar.

—No es eso —replicó Bronek, negando con la cabeza con autoridad—. He oído a «Ja-ja» y a Babscia hablando del tema. Después de ser soldado fue profesor. Daba clases en una gran escuela, muy lejos.

Todos abrieron los ojos como platos. Los profesores eran objeto de una gran consideración. Los chicos respetaban mucho a varios de los que conocían.

—¿Cómo iba a ser profesor! —exclamó Jan con gesto de incredulidad—. ¿Nos has visto cómo se pone de violento y desagradable cuando está borracho? Los profesores no son así.

—Eres idiota —le regañó Bronek—. Precisamente le enviaron a casa porque era violento.

—Pero si siempre ha estado en casa —se atrevió a decir Pawel.

Sus hermanos le dirigieron una mirada de desdén.

—Siempre no —dijo Jan, meditando sobre las fechas y acontecimientos que conocía—. Recuerdo muy bien cuando vino a vivir con «Ja-Ja» y Babscia. Yo era pequeño entonces, como tú. Babscia nos dijo que venía de trabajar en otro país...

—No era otro país —le interrumpió Bronek—. Era la cárcel.

—Babscia nunca nos miente —protestó Pawel.

—Todos mienten —sentenció Bronek— cuando no quieren que sepamos nada sobre algo muy malo.

—Papá está en la cárcel. ¿Es eso algo muy malo?

—Es diferente —le respondió Bronek—. Papá está en la cárcel porque es bueno. El tío abuelo estuvo en la cárcel porque era malo.

—¿Y sigue siendo malo?

—Eso cree mamá... —repuso Jan.

—Mamá cree que puede haberse vuelto malo otra vez —aclaró Bronek.

—Ya, pero es muy simpático —dijo Jan.

—Y muy divertido —añadió Bronek, recordando haber pasado momentos divertidísimos con él.

—¿Y qué más da lo que diga mamá? —sugirió Pawel.

—Los mayores andan siempre preocupados por todo —dijo Bronek encogiéndose de hombros, levantándose de un salto y dando el asunto por zanjado.

~

Una semana después llegaron las noticias que tanto habían esperado. Papá se encontraba en un campo de internamiento en Bielorrusia y tardaría dos días en llegar a Varsovia en un tren del ejército. Mamá, el abuelo, Babscia y tío Tadeusz se apresuraron a coger el tren que llevaba de Zakopane a la ciudad. Allí se encontrarían con papá, para traerlo inmediatamente a casa del abuelo.

Mamá quiso que los tres niños los acompañaran, pero el tío Tadeusz dijo que era una manera muy tonta de tirar el dinero, teniendo en cuenta que iban a traer a papá directamente a Zakopane. Según él, el padre debía reunirse con sus hijos en el hogar familiar. Todos, menos mamá, estuvieron de acuerdo con la decisión. Y nada pudo hacerse para cambiarla.

En ausencia de los mayores, Ludmilla, la doncella, una campesina muy simpática aunque de rudos modales, recibió el encargo de cocinar para los niños y de asegurarse de que no se metieran en ningún lío. El tío abuelo estaba más borracho que de costumbre y ahora dormía en el cobertizo del heno, de modo que no iba a suponer ningún problema. Durante la primera jornada, los tres hermanos estuvieron entusiasmados ante las posibilidades que les brindaba aquella inesperada libertad.

Jan y Bronek no tardaron en escabullirse de la pequeña rutina cotidiana: se esfumaban por el bosque y solo regresaban para las comidas. Ludmilla los regañaba tres veces al día, los atiborraba de pan con mantequilla, salchichas kielbasa y queso de cabra, y chasqueaba la lengua ante ellos con impotencia.

Después del almuerzo, cuando Pawel se encontraba a solas con ella en el enorme fregadero de la cocina, Ludmilla lo sentaba sobre sus rodillas y le daba almendras, le acariciaba el pelo y las mejillas, no dejaba de darle besos y de soltar un suspiro tras otro.

—¡Pero qué niño tan hermoso eres, Pawelek! ¡Ay, eres precioso!

Él se revolvía avergonzado, porque adjetivos como *hermoso* y *precioso* se reservaban para las mujeres y las puestas de sol. Pese a todo, ella era muy simpática y le contaba cosas sobre todos sus nietos, que se habían ido a Częstochowa para encontrar trabajo, y sobre su marido, que había fallecido por una enfermedad en los pulmones, y también sobre Nuestra Señora de Częstochowa, que tenía la marca de dos cuchilladas en la cara desde que unos hombres muy malos habían querido destruir el icono en Jasna Góra, y ni siquiera se habían arrepentido por ello, ni habían caído muertos allí mismo. No dejaba de santiguarse ni de atiborrarle de almendras, hasta que ya no pudo más y consiguió por fin liberarse de sus brazos.

Era una sensación maravillosa, la de poder ir libremente por la casa a donde se le antojara: al ropero con olor a lavanda y salvia, al desván con las cajas de los adornos de Navidad, al bote de almendras de la despensa mientras Ludmilla fregaba los platos; al cajón del escritorio del abuelo, donde este tenía guardadas sus medallas de guerra, al patio de los gansos, donde corría de acá para allá agitando los brazos como si fueran alas y persiguiendo a una gansa hasta que un viejo macho venía a darle picotazos en las piernas desnudas... Es verdad que evitaba sobre todo la cuadra, donde vivía el peligroso caballo, pero era muy valiente cuando había que meterse en el estanque para atrapar al pez de colores. Qué más le daba si se le mojaban los pantalones y la camisa; hacía tanto calor que la ropa se le secaba antes de que nadie se diese cuenta.

Después de la cena, el reloj del vestíbulo dio las ocho. Ludmilla se secó las manos con el delantal y les anunció que se iba a casa.

—Y ahora os ponéis el pijama —les dijo con la mayor gravedad de la que era capaz, aunque allí nadie se la tomaba en serio— y os metéis en la cama, o la bruja Baba Yaga vendrá a buscaros y nunca más volveréis a ver a vuestro pobre papá.

—Vale —contestaron Jan y Bronek, meneando las rubias cabezas y los ojos—. Vale.

—Por cierto, ¿dónde se habrá metido Nicholas? —murmuró distraídamente—. Bueno, no importa. Estará durmiendo. —Y, atándose un pañuelo en la cabeza de grises cabellos, les advirtió—: Y ahora sed buenos. Si no os portáis bien, os venderé a los judíos. Os aseguro que harán salchichas con vosotros, renacuajos.

—¡Nos portaremos bien! ¡Nos portaremos bien!

Y así era, porque los dos chicos mayores estaban tan agotados después de haber corrido y brincado tanto durante el día, que cuando se metían en la cama se quedaban dormidos enseguida.

Pawel, que había dedicado la mayor parte de la jornada a otras actividades más reflexivas, permaneció sentado en el alto taburete de la cocina, mirándolo todo y escuchando los sonidos que hay en una casa cuando la gente ya se ha retirado. La vieja madera crujía, el reloj dio las nueve y una polilla empezó a revolotear alrededor del quinqué. Pawel le lanzaba soplos para alejarla de la lámpara y que no se quemara, pero siempre volvía. Cuando finalmente oyó el chasquido del insecto ardiendo en la llama, sintió un nudo en la garganta. De repente tuvo ganas de ver las estrellas.

Saltó del taburete, abrió la puerta de la cocina y salió al patio. Allí se estiró junto al estanque y fijó los ojos en lo más alto, hasta que le pareció que las estrellas cantaban mientras surcaban el cielo. Los insectos cantaban también, y las aves nocturnas añadían sus propias notas. Pensó que sería ideal pasar la noche fuera de la casa, algo que jamás había hecho, aunque le asustaba un poco pensar en los osos pardos y en los lobos de las montañas. Pero tampoco tenía tanto miedo. Papá volvía a casa, aunque le resultaba difícil recordar cómo era. A lo mejor a papá le gustaría meterse con él en el estanque y atrapar al pez de colores. Se reirían juntos y ya ninguno de los dos olvidaría jamás el rostro del otro.

La noche apenas aliviaba un poco el calor sofocante del día. No recordaba haber pasado tanto calor. El sudor le corría por la frente hasta que le escocía en los ojos y notaba que le hacía cosquillas en el pecho. Tenía la camisa empapada, y hasta los pies descalzos estaban mojados. Sin pensárselo dos veces, se metió en el estanque y estuvo chapoteando un rato. El agua estaba caliente y el pez le iba picando en los dedos de los pies. Las flores del estanque destilaban su perfume. Ya refrescado, Pawel salió del agua y se quedó sobre la hierba, goteando.

De pronto, dos enormes brazos peludos le sujetaron desde atrás por la cintura y lo alzaron con fuerza. El niño emitió un chillido de terror, porque sabía muy bien que eso era precisamente lo que hacían las brujas y los osos con los niños perdidos. Empezó a dar gritos y patadas hasta que los brazos lo bajaron hasta el suelo, y entonces oyó el vozarrón del tío abuelo Nicholas riendo con todas sus fuerzas.

—Ho-ho-ho, Pawelek —exclamó el tío abuelo—. Mi ratoncito. Vaya si te he asustado. Pero ya ves que solo soy yo. Tranquilo, no te haré daño.

Pawel sintió un gran alivio. Poco a poco dejó de jadear, y el corazón volvió a latirle con normalidad.

—Vaya, vaya, estás mojado —dijo el tío abuelo, poniéndose torpemente de rodillas ante él—. Estás completamente empapado, caballere. Vamos, deja que el tío te seque.

Y abrazó a Pawel contra su pecho desnudo y con mucho pelo, que olía a aguardiente. A Pawel no le gustó e intentó deshacerse de él, pero, al fin y al cabo, se trataba de su tío, y además era muy simpático.

—No, no —le susurró el hombre, desabrochándole la camisa y reteniéndole junto a él con el pliegue del codo rodeándole la espalda.

—Quiero irme a la cama, tío —balbució Pawel—. Quiero entrar en la casa y ponerme a dormir.

—Sí, claro; tienes que irte a dormir, pero estás empapado.

El niño se sentía confundido y muy incómodo mientras se dejaba desnudar por él. No le gustaba nada. Mamá era la única que siempre lo hacía, antes de meterlo en la bañera llena de agua caliente con sus barquitos de juguete. Y ahora aquellas manos rudas lo estaban desvistiendo con movimientos suaves y rápidos. Pawel empezó a temblar y apenas pudo contener un sollozo.

—Bueno, ahora sí te secarás —dijo el tío abuelo, recorriendo con los dedos el cuerpo del niño, hasta en las partes más íntimas.

—¡No me gusta! —gimió Pawel.

—Pero si solo es un juego —replicó el tío abuelo—. ¿No te gusta jugar? Pues entonces, juguemos.

Pawel soltó un grito y se zafó de él. Las manos del tío abuelo resbalaron sobre su cuerpo, perdiendo el tacto, y el niño se alejó corriendo. Entró en la cocina, subió las escaleras, se metió en la cama y se tapó con la sábana temblando, temblando. Hecho un ovillo y con los puños pegados a los ojos, empezó a llorar. Todo estaba muy oscuro, y no había una sola vela encendida. Agradeció aquella oscuridad porque así podía esconderse, podía ocultar esas lágrimas que le avergonzaban, y si Bronek o Jan le hubiesen oído, ahora se estarían burlando de él y llamándole de todo.

—Mal, muy mal —dijo sollozando, aunque sin saber muy bien por qué lo decía. Tenía el íntimo convencimiento de que las personas que han bebido demasiado no deberían asustar a nadie, ni fingir que son osos, y que deberían preguntar a la madre antes de desvestir a un niño, y no agarrar a nadie ni retenerle contra su voluntad sin poder dar siquiera un paso atrás. Tampoco deberían echar vaharadas apestosas de aliento en la cara. Todas estas razones parecían estar girando alrededor de Pawel, hasta que al cabo de un rato dejó de llorar y empezó a sentir cierta compasión por el tío abuelo. Se preguntó si habría herido sus sentimientos y decidió que por la mañana pediría disculpas al viejo. Y se quedó dormido.

Durante la noche tuvo una pesadilla. Siempre creyó que había sido un sueño, pero con los años llegó a pensar que tal vez había ocurrido realmente en ese extraño territorio entre el sueño y la vigilia. No estaba seguro, pero su recuerdo fue creciendo con el tiempo, a diferencia de otros sueños, que siempre se desvanecían. Aquel fue creciendo como una pequeña serpiente que va perforando un agujero cada vez más grande en el suelo, sin hacer ruido, deslizándose en silencio y saliendo solo cuando tiene hambre.

Era de noche. Oscuridad total y sin estrellas. Pawel estaba hecho un ovillo, con las rodillas tocándole la barbilla y la cara tapada con los puños. En esta posición flotaba en el agua del estanque, junto a los cerezos. Sabía que era el estanque porque tenía el cuerpo empapado en agua y porque olía a cerezas podridas. Las nubes lo envolvían para esconder su desnudez. Era muy pequeño y sentía mucho haber causado daño a alguien.

Unas manos arrebatában las nubes de su cuerpo. Eran unas manos enormes, ásperas al tacto, pero se movían suavemente, acariciándole los miembros en la oscuridad. No podía ver de quién eran aquellas manos. Se preguntó si era papá que ya había vuelto. Luego las manos le ponían boca arriba, tirando de brazos y piernas para dejarle estirado. Y las manos jugaban, primero con dulzura y luego con más firmeza. Cuando Pawel se quejaba entre lágrimas, las manos se detenían enseguida, y entonces él aprovechaba para buscar cobijo en una nube o en el agua que susurraba debajo. Luego las manos volvían a jugar con él, y sentía entonces el tacto de unos labios sobre su pecho. Quería gritar, pero un oso le amenazaba desde la oscuridad, una bestia que rugía con las fauces bien abiertas para devorarlo, aunque aquel oso no se parecía a ningún otro, porque solo tenía un ojo, de color rojo, que no dejaba de mirarle. El grito quedó ahogado en la garganta. Empezó a dar patadas, pero el oso le clavaba las manos y los pies a la nube. De nuevo empezaba a gritar, pero una zarpa peluda le tapaba la boca y no le dejaba respirar. Una vez inmovilizado, ya nada podía hacer para resistirse a las zarpas, que seguían jugando, hasta que finalmente sentía el peso insoportable del oso cayendo completamente sobre él, y entonces su existencia se desvanecía.

3

Otros sueños, otros recuerdos. El de un hombre delgado, pálido como un cadáver, llegando a lo lejos con mamá, Babscia, el abuelo y el tío Tadeusz. El hombre se detenía al vislumbrar la casa con una mirada de vago reconocimiento, con los ojos como cuencos y la boca torcida, apretando los labios.

Y Jan y Bronek que corrían camino abajo y se abalanzaban sobre él riendo y gritando, papá, papá, papá, y todos, mayores y niños, temblaban de emoción. Y papá que se arrodillaba para abrazar a sus hijos, y papá que gemía.

Solo Pawel se quedó atrás, con la cara contraída y mirándose los pies.

—Ven, Pawelek —le llamó mamá—. Es papá. Ven a darle un beso.

Pawel dio media vuelta y echó a correr tan rápido como pudo hacia la colina, a lo más espeso del bosque. Cuando pasó junto al estanque empezaron a saltársele las lágrimas, sus pies resbalaron con las cerezas negras que había esparcidas y cayó al suelo. Escondió la cara entre los puños y gritó. Siguió gritando hasta que le dolió la garganta y pudo vomitar de su alma el olor a aguardiente de cerezas, aunque enseguida volvió a sentir arcadas.

Unas manos lo agarraron y lo elevaron. Él no dejaba de revolverse y dar patadas. Otras manos le quitaron los puños de la cara, y entonces vio que quien le sujetaba era el hombre pálido y delgado, al que le temblaba la barbilla, mal afeitada, y derramaba desde lo más profundo de sus ojos una tristeza más oscura que la noche.

—Oooh, oooh, mi Pawelek —le tranquilizó mamá, tomando al niño de las manos de papá y abrazándole bien fuerte—. ¿A qué viene esto? ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

—No me conoce —dijo papá en tono mortecino y dándose la vuelta.

—Está asustado —rió el tío abuelo, que acababa de llegar balanceándose desde el granero—. Anoche hubo lobos aullando.

—Pero si anoche no aulló ningún lobo —replicó Jan.

—Estabas dormido —le gruñó el tío abuelo— y no pudiste oírlos.

~

Y la vida volvió a la normalidad. En la ciudad no había osos. Tampoco lobos. La pesadilla iba y venía. Casi todos los días papá se sentaba en la cocina y se quedaba mirando la pared o leyendo los periódicos. Jan y Bronek lo obligaban a ejercer de papá, lo hacían sonreír y lo arrastraban al parque o al zoo. Pero Pawel no permitía que papá lo tocara, y solo lo miraba a escondidas.

~

Empezó el colegio. Tenía miedo de los compañeros que le intimidaban, del rugido de los coches en la calle, del profesor que le golpeaba los nudillos con una vara de madera siempre que olvidaba que estaba en clase y dejaba que sus ojos salieran volando más allá de la ventana, como una golondrina que busca cobijo entre las nubes.

Aprendió a leer y a escribir. Empezó a leer libros, igual que Jan y Bronek. Prefería estar solo, o descansar por la noche en el salón en brazos de mamá.

—No le caigo bien —le murmuró una vez papá a mamá cuando ya se había dormido.

—Lo que pasa es que no te conoce —contestó mamá—. Un día te conocerá y te querrá.
—Me querrá... —empezó a decir papá, desconectado de todo y clavando los ojos en la pared.

~

Pasó un año más y papá se puso bien. Aunque seguía siendo muy delgado, ahora ya podía jugar con los dos mayores, a los que rodeaba con los brazos, apretándoles las caras contra sus músculos. Con el tiempo, Pawel se dejó aupar en los hombros de papá cuando iban al parque o a misa. Era algo que le daba mucho miedo, ya que podía dejarlo caer, y entonces quedaría aplastado sobre la acera lo mismo que un huevo; luego todos notarían el olor a podrido y tendrían que barrerlo con una escoba para arrojarlo al fuego, donde se quemaban las hojas de los castaños en otoño. Pero papá nunca lo dejó caer. Tampoco llegaron a dirigirse la palabra jamás, aunque a veces papá se lo quedaba mirando, y él también miraba a papá.

~

Papá empezó a trabajar como escribiente en un despacho de abogados. Había más comida, y también muchas celebraciones llenas de alegría. A veces, Pawel reía, y cuando eso ocurría todos comentaban el hecho, lo acariciaban, lo arrullaban con cariño y eran felices. Hasta papá sonreía, y desde el otro extremo de la habitación ofrecía a Pawel la mano, suplicándole con los ojos para que se acercara a él. Pero nunca lo hacía. Se marchaba a su cuarto y se ponía a leer un libro bajo la protección de las sábanas.

Aprendió entonces que hay silencios que otorgan poder a las personas. Había quien se movía en torno a él lo mismo que un río rodeando una isla. Otros preferían no acercarse. Y aunque también servía de atracción para otros, que se le acercaban como queriendo meterse dentro, lo cierto es que al final también renunciaban.

~

Cuando tenía ocho años pasó un verano estupendo en Zakopane. Allí tuvo una aventura maravillosa con el abuelo. Entraron los dos en una cueva muy grande, armados con una espada, con la excusa de matar al dragón que habitaba en lo más profundo de la caverna. Pasó mucho miedo, pero sobrevivieron. A partir de entonces empezó a llamar al abuelo «Ja-Ja», lo cual hacía que el abuelo se sintiera muy contento. Antes de terminar el verano, el tío abuelo murió, atragantado con un hueso de pollo.

—Es lo mejor que podía pasar —oyó Pawel decir a Babscia en un susurro dirigido al abuelo, mientras se alejaban de la tumba.

—Era mi hermano —contestó el abuelo—. No siempre fue así.

—Hasta que se convirtió en lo que era.

—Lo destruía todo, todo.

Y por primera vez en su vida, Pawel vio a un hombre viejo y fuerte hundiéndose y sollozando sin poder contenerse.

~

En los meses que siguieron a la aventura de la cueva y a la muerte del tío abuelo, las pesadillas de Pawel empezaron a ser menos frecuentes y llegaron casi a desaparecer. En su lugar se instaló una tristeza permanente. En el colegio, sus notas eran las mejores de la clase, y así fue durante todos los

cursos hasta que se graduó, ya que, a diferencia de sus compañeros, no dejaba que sus inquietudes se dispersaran en mil y una actividades. Había descubierto en los libros un territorio aparentemente infinito en el que se podía sumergir a voluntad, dejando atrás las tristezas de su mundo. Cada nuevo libro era una puerta por la que accedía a otros libros. Le ofrecían un tesoro inagotable de conocimiento.

Ya desde la infancia empezó a mostrar interés por el arte. A veces se ponía a dibujar a lápiz en las hojas sueltas que papá traía del trabajo. Cuando dibujaba pájaros o nubes se sentía feliz. Era como si volara. El dibujo se convirtió en una especie de lenguaje, aunque sabía muy poco de su vocabulario. Era, además, como tender un puente desde una isla, para así poder evitar las aguas agitadas de la gente, que nunca dejaba de hablar ni de ir de un lado para otro.

Pero también él se movía. Todos los días caminaba varios kilómetros, y siempre solo: en las calles, en los parques, cruzando a veces el gran puente sobre el Vístula al final de la Avenida Jerozolinski y luego hacia el este, por el jardín zoológico de Praga, hasta llegar al gran cementerio católico, para luego volver al centro por el puente Gdansk y quedarse vagabundeando por el cementerio judío, cerca del barrio de Muranow. Aquí no se veía la profusión de crucifijos, vírgenes y ángeles a la que estaba acostumbrado; era, simple y llanamente, la superpoblada ciudad de los muertos. Vacías de toda imagería, las lápidas proclamaban en caracteres hebreos sobre la piedra desnuda la gran fidelidad de este pueblo al reino de la palabra.

Aquellos judíos eran desde luego desconcertantes para él. No es que le desagradaran, como le sucedía a mucha gente. Al fin y al cabo, jugaban y crecían y estudiaban y morían igual que todos los hombres. Pawel solía hacer dibujos de sus niños jugando en las aceras, de los adolescentes siempre cargados de libros, y de los hombres que llevaban unos candelabros gigantescos por las calles en los días de celebración.

Lo único que a Pawel le proporcionaba algún momento de paz era su fe en la religión. Después de sus largos y solitarios paseos, a menudo entraba en una iglesia, se sentaba en el último banco y se quedaba en silencio, porque Dios también prefería el silencio. También allí descifraba los mensajes que llenaban el aire, brillando como el oro en cataratas de luz que se derramaban desde las vidrieras. El olor del incienso, el polvo suspendido, pequeñas plumas. Luego estaba la Sagrada Comunión, a la que se entregaba con la más profunda y silenciosa paz. Y la confesión. Pero esto era algo que a veces le turbaba, aunque por razones muy diferentes a las de Jan y Bronek, que estaban obsesionados con las chicas. Para él, el problema estaba, precisamente, en la ausencia de pecados. Cuando el sacerdote indagaba un poco en su vida, preguntándose qué le estaría ocultando aquel penitente, la mente de Pawel se quedaba en blanco. No había nada que contar, excepto un sentimiento de cierta aversión hacia determinadas personas, las mismas que se empeñaban en fisgonear en sus pensamientos.

Aun así, a pesar de estos islotes de luz, a medida que los años fueron pasando, Pawel sintió que la oscuridad también crecía. Todavía tenía pesadillas de vez en cuando, y ponía todo su empeño en luchar contra el peso de una angustia que iba y venía. Durante meses era capaz de no sentir nada más que una total impasibilidad, pero ya había decidido que prefería eso a la depresión.

Las pesadillas eran a veces de lo más perturbadoras. A menudo veía en ellas una serpiente que se convertía en un oso, o un oso que se convertía en una serpiente, o la serpiente misma que se convertía en un dragón y luego en un oso. Y entonces se despertaba y recordaba el pánico que había sentido de niño junto al estanque del pez en Zakopane, aunque no le diera demasiada importancia. También le sucedía que, estando despierto y en el momento más inesperado, aquel recuerdo le venía a la mente sin razón alguna, y entonces sentía una repentina puñalada de pánico, de asco o de rabia. Pero como aquellas sensaciones no obedecían a una causa obvia, lejos de culpar a nadie, se culpaba a sí mismo. Pawel fue haciéndose mayor, y aquel sueño empezó a decirle que no estaba del todo bien de la cabeza, que a veces confundía los recuerdos con los sueños, lo real con lo imaginado. Como a estos problemas había que añadir los propios del camino hacia la madurez, Pawel acabó convencido de que era una persona asustadiza y débil, por lo que al sentimiento de culpa se añadió después el de vergüenza.

Pero ¿culpable de qué? De algo, sin duda, aunque solo fuera porque el sueño le mostraba la maldad de sus pensamientos.

Durante los años de bachillerato, sus notas siguieron siendo impecables. Esto se debía a que no hacía nada más que leer libros. Enseguida destacó especialmente en el estudio de las lenguas; aprendió francés sin mucho esfuerzo, y alemán con algo más de empeño. Su incursión por el inglés, sin embargo, fue breve; era una lengua tan llena de contradicciones que era difícil no llegar a despreciarla un poco. A los dieciséis años descubrió la biblioteca de la universidad, que contenía más y mejores libros que los que podía leer en la biblioteca pública. Además, las diferentes facultades disponían de fondos especializados y propios. Nadie parecía advertir su presencia, y si así era, a nadie le importaba, dada la enorme cantidad de jóvenes que entraban y salían todo el día de los edificios. Jamás recurría al préstamo, porque eso hubiese delatado su calidad de intruso en aquel recinto sagrado. Leía los libros hasta que llegaba la hora de cerrar, y luego se iba caminando a casa con la cabeza rebosante de ideas y sopesando argumentos, dando forma a un mundo cada vez más grande en su conciencia.

Quedó hechizado por las novelas de Kafka, un checo que se expresaba tan bien que Pawel empezó a comprender mejor muchos aspectos de la vida. Las historias eran algo siniestras, pero el estilo resultaba lúcido y tranquilo. El argumento principal solía ser terrible: el dilema del ser humano, el hombre prisionero en un mundo hostil e incomprensible. Pawel también se sintió atraído por otros escritores con una visión menos tremenda de las cosas. El ruso Gogol, por ejemplo. La historia de un abrigo, de las personas usadas como objetos, la venganza de los desposeídos. Al principio tardó en decidirse a leer a un ruso, pero acabó por pensar que le sería útil conocer un poco sobre el pueblo que tanto daño había hecho a su familia. Luego vino Dostoievski. Tenía la misma mirada clara de Kafka, pero profundizada por la visión de Cristo conviviendo entre los que sufren, con ellos, en ellos. Pawel apenas sabía qué hacer con ello, pero siguió absorbiéndolo a pesar de todo.

Y Tolstoi. Leyó *Guerra y paz* en una más que lamentable traducción polaca. Concluyó que trataba sobre la futilidad de la ambición y la política y sobre el absurdo del militarismo, como si el genio expresado en un campo de batalla fuese el factor definitorio del carácter de una nación. Quizá también trataba sobre el amor, aunque era un amor siempre teñido de tragedia, de injusticia; como en *Anna Karenina*: una mujer traicionada, pasión sexual, desesperación, suicidio. Sobre todo, la desesperación parecía constituir el *ethos* predominante de los tiempos. Escritores de todas las naciones le dedicaban una preocupación especial. ¿Por qué razón? Pawel no estaba seguro, pero se preguntó si sus propios sentimientos le convertían en alguien perteneciente a una clase más elevada. Quizá se hiciese escritor. A medida que fueron pasando los años, y sin ceder un ápice en su infatigable viaje por la literatura de los siglos XVIII y XIX, solo supo darse cuenta de que, a diferencia de sus padres y sus hermanos, él jamás iba a encajar en la vida propia de la burguesía.

También se adentró en el terreno de la filosofía. Leyó algunos diálogos de Platón, que le interesaron pero que no llegaron a satisfacerle. Y las parábolas de Kierkegaard, que le atraían y le intrigaban. Pero ¿hasta qué punto le atraían y para llegar adónde? ¿A qué nuevo rincón del laberinto? De nuevo encontraba la frialdad típica del norte, aunque por debajo de aquellas sombrías obsesiones, Kierkegaard mostraba ciertos principios que daban sentido al universo y que no podían rechazarse sin más. También, claro, estaba Dios. Pawel creía en Dios, aunque le resultaba desconcertante que tantos escritores modernos no creyeran en Él. En esa época, los arrebatos de devoción de su infancia se habían evaporado por completo, dejando únicamente un abstracto convencimiento de que todo lo que le habían enseñado sobre Cristo era verdad. Pese a todo, esta convicción racional no parecía conectar mucho con sus emociones. A medida que pasaba el tiempo, su vida interior seguía alternando entre la impasibilidad y los asaltos periódicos de angustia.

En una ocasión, estando en misa, vio a una chica y enseguida se enamoró de ella; era la primera vez que algo así le sucedía. Ella estaba arrodillada y con el rostro arrobado frente a un icono de la Madre de Dios. Permaneció inmóvil durante mucho rato, con las manos entrelazadas, suplicando en

silencio. Pawel no dejaba de mirarla. Quiso saber su nombre y hablar con ella, pero, ante aquel impulso desconcertante, prefirió dominarse. Se conformó con amarla a distancia.

De vez en cuando, sobre todo al principio, sentía otros impulsos igual de desconcertantes. A medida que aumentaban los períodos de depresión y angustia —por mucho que la angustia fuese inexplicable, por carecer de origen y objeto—, cuando se iba a dormir por la noche dejaba volar la imaginación pensando en los jardines celestiales desde los que a veces caían las semillas doradas. Aquellas ensoñaciones tenían el misterioso poder de eliminar la angustia y desterrar la depresión. Durante la adolescencia, eran muchas las figuras que se le aparecían en la imaginación en ese estado que tanto ansiaba todas las noches, el de estar medio despierto y medio dormido. A veces era papá antes de caer prisionero, joven, fuerte y con la cara sonriente. Papá lo alzaba en brazos y lo apretaba contra su pecho con ternura, sin aprisionarlo. Pawel sabía que podía abandonar aquel abrazo y volar siempre que quisiera, igual que una paloma o una golondrina, y volver cuando lo deseara. Apoyaba la oreja contra el gran corazón que bombeaba dentro y notaba el calor que salía de él, una radiación de paz y de absoluta seguridad.

Otras veces, la cara de papá desaparecía, y entonces le sustituían otros rostros, aunque aquel amor permanecía allí. Era el rostro de un profesor del colegio, o la cara de un sacerdote joven, o la de un atleta que en una ocasión vio corriendo por uno de los caminos del parque. Cada vez pensaba más en aquellos hombres, y sentía la necesidad de conocerlos.

En ocasiones, dibujaba sus caras con precisión y sentía que él mismo se convertía en ellos, y dibujaba también, a grandes rasgos, la estructura de sus cuerpos, pero a modo de esbozo, sin tantos detalles, aunque con una fuerza implícita, como si tuviera un significado. Lo que no sabía era, precisamente, cuál era ese significado. El desasosiego que acompañaba siempre a la fuerte sensación de sofoco lo hizo desistir de aquella clase de ensoñaciones, aunque persistió el anhelo que se había desencadenado en su interior. No tenía forma, tampoco nombre.

En la oración y en el arte ya no se sentía tan solo como antes. Era como el abrazo del padre, como el abrazo del amigo. Pero no había nadie más que él mismo que lo hiciera. Su padre había renunciado hacía ya tiempo a intentar abrazarle. Y no tenía amigos.

En algún momento, llegó a comprarse una caja para principiantes de pintura al óleo. Para entonces, toda la familia de Zakopane había muerto ya, y solo quedaban los primos de Mazowiecki. Allí fue donde, un verano, pintó su primer cuadro en serio: unas flores silvestres. Papá se rió al ver aquel patético intento, y le dijo que era afeminado y que a ver cuándo iba a ser como sus hermanos, y mamá le hizo callar. Por un momento los ojos de papá volvieron a ensombrecerse con la misma mirada de cuando lo liberaron de su cautiverio, aunque habían pasado ya unos años.

Y siguió pintando cada vez más, pero en secreto, sobre papel de estraza, sobre retales y sobre trozos de madera. Todas estas obras, además de innumerables dibujos, las guardaba en varias cajas debajo de la cama. Nadie conocía su existencia, porque Jan y Bronek ya no vivían en casa. Los dos estaban trabajando de aprendices en algún sitio, por lo que el dormitorio ahora era solo para él.

Cuando llegó el momento para Pawel de escoger un oficio o de estudiar en la universidad, papá lo llamó al salón y le dijo que tenían que hablar de su futuro. Quería que Pawel fuese ingeniero. Solicitó una plaza en la universidad y enseguida lo aceptaron, por las notas tan buenas que había sacado en el bachillerato. Al cabo de muy poco tiempo, se hizo evidente para todos que aquello había sido un error: los libros de texto eran prácticamente incomprensibles, y las clases una tortura. Pasaba casi todo el día en la biblioteca, leyendo libros de literatura y filosofía. Y por la noche pintaba. Hacia finales de ese mismo año había suspendido todas las asignaturas de un modo tan escandaloso que tuvo que resignarse a añadir un peso más a las decepciones de papá.

Luego se planteó la posibilidad de seguir una vocación religiosa. Pidió ingresar en un monasterio de Silesia y lo aceptaron. De aquel periodo solo recordaría más tarde su estado de perpetuo agotamiento, la celda de piedra y el tablón que le servía de cama, así como la cabeza hervida de un conejo que el monje cocinero le dio para comer un día, en un plato con caldo. Recordaba el pan y la oración constante, y la sequedad de ambas cosas. Al cabo de seis meses, los superiores le dijeron que carecía de vocación monástica.

Regresó a Varsovia y trabajó durante tres años en el servicio de mantenimiento de los Jardines Sajones; con la esperanza de ahorrar el suficiente dinero para hacer un viaje a la Europa Occidental y estudiar arte. Durante ese tiempo, jamás dejó de leer ni de pintar, y cada vez se aislaba más. Entre tanto, empezó a germinar en su interior un sentimiento de rabia: rabia por la situación del mundo, por sus propios temores y debilidades; rabia por aquella soledad, que tanto amaba y odiaba. Estaba convencido de que no era feliz por culpa de su infancia y de la insensibilidad de su familia. También sentía rabia hacia Dios, pero al principio eso era algo menos frecuente.

Cuando ya estaba a punto de terminar el último mes de trabajo en los Jardines se produjo un incidente pequeño e insignificante, tanto que hubiese podido borrarlo con facilidad de la memoria. Y sin embargo, se le grabó en la mente como una especie de señal en el desierto de aquellos años, y ya jamás pudo olvidarlo.

Era invierno y estaba quitando la nieve de los caminos de los Sajones. El día era claro, pero caían algunos copos. Eran tan grandes que, al depositarse sobre las mangas del abrigo de Pawel, parecían como ruedas de carro, con los radios emergiendo de unos cristales laberínticos.

Cuando levantó los ojos vio a un grupo de personas, todas vestidas de negro riguroso, que se dirigía hacia donde él se encontraba. Eran dos adultos y seis niños. Judíos. Más aún, eran de esos judíos ultraortodoxos que se llamaban a sí mismos *jasidim*. El patriarca de la familia iba señalando los árboles sin hojas, los senderos vacíos y la fuente sin agua, hablando todo el rato en una extraña lengua germánica de la que Pawel no comprendía absolutamente nada. El hombre, más bien bajo y con una barba ya gris, pasó junto a él sin dirigirle siquiera una palabra o un gesto de saludo, y dejó de hablar mientras se ajustaba el chal de oración que asomaba por debajo del abrigo. La esposa, una mujer rotunda y diminuta que llevaba una peluca encerada, dirigió a Pawel una mirada vigilante, y con un enérgico aleteo de la mano indicó a los niños que no se separaran. Al cabo de un momento, habían pasado.

Al final de todo, iba el más pequeño de los niños, de unos seis años. Se detuvo a unos pasos de Pawel y miró hacia atrás. Había en aquella postura, en la expresión de su cuerpo y de su personalidad, una extraña mezcla de vigor y reposo. Habría sido un niño igualmente extraordinario en cualquier raza, y no solo por la belleza física de sus rasgos, sino por un aire de natural angélico. No había en él rastro alguno de la prevención y la reserva que se hacían visibles en las caras de los demás miembros de su familia. Tenía los ojos negros, pero no eran en absoluto opacos, sino de una transparencia misteriosa que irradiaba franqueza y entusiasmo.

El niño cruzó su mirada con la de Pawel y elevó los brazos al cielo. Luego inclinó la cabeza hacia atrás y, con la boca abierta, atrapó un copo de nieve con la punta de la lengua. Y se puso a bailar de alegría, dando saltos sobre uno y otro pie. Las palomas de los edificios cercanos empezaron a bajar volando a su alrededor y aterrizaron a su lado, sin dejar de arrullar.

Pawel sonrió. ¿Cuántos años hacía que no sonreía?

—*Schneeflocke!* ¡Un copo de nieve! —gritó el niño, riendo.

—Dovid!

La atmósfera se hizo pedazos al oírse el chillido de la madre, que había advertido ya la ausencia del pequeño.

El niño se despidió de Pawel agitando una mano bien abierta, dio media vuelta y se apresuró a regresar junto a su familia.

~

Pawel se convenció de que el único modo de hacerse más fuerte era cortar de cuajo las ataduras de aquel pasado que lo había convertido en lo que era. Para poder lograrlo, tenía que asegurarse de que los habitantes de su viejo mundo no tuvieran acceso al que ahora iba a inaugurar. Y así, apenas cumplidos los veinte años, decidió irse a Francia.

Dejó a sus padres una nota críptica diciéndoles únicamente que se marchaba por un tiempo de viaje por Europa para seguir su vocación artística. No volvió a escribirles, y ni siquiera quiso notificarles dónde se iba a alojar; tampoco perdió un solo segundo en reflexionar sobre el efecto que aquella repentina desaparición podía tener en ellos. No había intención alguna de causarles daño. Pawel estaba seguro de que les estaba aliviando de una pesada carga.

Lo único que sintió fue un terrible pánico mientras todo lo miraba por la ventanilla del tren que le llevaba hacia el oeste: ciudades y más ciudades, castillos y fábricas, paisajes y campos de batalla, página tras página de la Historia, con sus miserias y sus grandezas, encarnándose ante sus ojos. Ahora más que nunca sintió también su insignificancia, la dimensión microscópica de sí mismo, de sus pequeñas aspiraciones. En más de una ocasión tuvo que dominar el impulso irresistible de salir corriendo del vagón en cualquier estación y de volver a casa; no, mejor dicho, de volver a rastras en busca del seno protector del mundo que ya conocía. Pero la desesperada necesidad de huir de sus orígenes lo empujaba a proseguir la marcha.

Cuando llegó a París, los miedos de Pawel se disolvieron entre arrebatos de euforia, como si ahora fuese más grande de lo que había creído y estuviera dando zancadas por un mundo mucho más amplio, una cosmópolis de posibilidades infinitas. Se convenció de que allí encontraría su destino. Se alojó en una pensión situada en la orilla izquierda del Sena, un pequeño cuarto bajo los aleros de un edificio de piedra del siglo XVII, y siguió buscando en las calles el siguiente paso hacia adelante.

Para su gran decepción, descubrió que ninguna de las escuelas de arte estaba dispuesta a considerar una solicitud de ingreso, lo cual no dejaba de sorprenderle, puesto que daba por sentado que bastaba el simple deseo de pintar para que se le abrieran las puertas de los reinos más altos. Los conserjes de aquellos panteones no se dejaban impresionar fácilmente por la vehemencia de sus intenciones; querían pruebas y él no tenía más que unos dibujos y unos esbozos que mostrarles. Lo había quemado todo antes de salir de Varsovia, en una de las muchas imprudencias que había cometido con el propósito de destruir cualquier vínculo con el pasado. Traía con él únicamente las ansias de crear belleza. Decidió, por tanto, quedarse en París y dedicarse solo a eso. Sería un «primitivo». Prescindiría del mundo académico e iría a la búsqueda de algún maestro que le aceptara como aprendiz, y en el peor de los casos simplemente se haría autodidacta.

Sus miedos quedaron mitigados bajo los aleros de su cuarto, aliviados por el arrullo de las palomas que se posaban junto a la ventana y también por la algarabía de los niños que jugaban en la calle, gritando y riendo como hacían los niños en cualquier parte del mundo. También estaba el panadero de la esquina, que entregaba el pan montado en su bicicleta con las *baguettes* bajo el brazo, igual que troncos de leña, y al que todas las mañanas oía llegar entre chirridos cantando: *Pain et pain et vin*, pan y vino, pan y vino. Y la señora mayor del piso de abajo, que cantaba canciones de amor y cuyo eco resonaba en los cuartos superiores a todas horas. Estaban las campanas de las iglesias de la ciudad, y un acordeón tocando melodías tristísimas en un *bistro* a media manzana de allí, y las conversaciones de la gente que pasaba, chismorreos, risas y acaloradas discusiones sobre las minucias de la política. Parecía todo tan fresco, tan reconfortante, tan distinto de los agobiantes encorsetamientos sociales de Varsovia... Él seguía tan reservado como siempre, no hacía amigos y hablaba solo con las personas que le vendían lo necesario para su supervivencia.

Mientras se acostumbraba a su nuevo hogar, continuó con el viejo hábito de leer todas las noches. Durante su primer año en París leyó a Molière y a Racine en francés, y agradeció entonces el esfuerzo que había hecho en el bachillerato por estudiar esta lengua. También leyó a Dante y a Boccaccio, atraído por la mentalidad italiana, tan rebotante de luz, pero estaba claro que el mundo de estos autores pertenecía ya de forma irrevocable al pasado. Con no poco esfuerzo consiguió terminar *Das Kapital* y *Mein Kampf*, y también *La República* de Platón. El libro de Hitler era el más fácil de comprender, aunque ya desde los primeros capítulos Pawel advirtió una visión de la vida completamente opuesta a la suya. «¿Es la agresión violenta el único antídoto contra la opresión?», se preguntaba. Seguro que había otros caminos, como el del arte, por ejemplo, que no era pasivo ni

tampoco agresivo. Si todo el mundo sintiera la belleza en sus vidas, aprenderíamos a crear y no a destruir.

Aprovechaba las horas de luz para pintar. Los temas eran de lo más diverso: el Sena, los monumentos o la gente del parque. Acudía a los museos constantemente, empapándose de miles de imágenes, extasiado sobre todo ante la armonía del impresionismo. También se dedicó a observar a muchos artistas ya profesionales, los mejores en sus respectivos estilos. Escuchaba lo que podía de las conversaciones que mantenían en las galerías o en los cafés y leía sus filosofías en los catálogos y en los manifiestos de arte. Durante todo aquel primer año, y casi la totalidad del segundo, estuvo atento a la aparición del maestro adecuado del que pudiera convertirse en aprendiz.

En una ocasión conoció a Picasso en un *bistro*; casi sin quererlo se encontró en el extremo de un grupo de jóvenes pintores que querían hacer preguntas sobre arte a aquel gran hombre. Todos parecían reverenciarle, aunque aquello era casi idolatría. Picasso observaba las muestras de su adulación con un frío parpadeo de ojos, divertido pero despectivo. Emanaba poder, una independencia total y una autoridad difícil de definir. Un ser proteico. Picasso respondía a las preguntas de los jóvenes artistas como quitándoles importancia, y luego les soltaba unas cuantas frases olímpicas para compensárselo.

—El arte es guerra —sentenció—. El arte es un instrumento de ataque y defensa.

Advirtió entonces la presencia de Pawel y dibujó en una servilleta un esbozo a lápiz de su rostro, sonriendo con aire burlón, como si con aquellos trazos tan rápidos supiera captar a la perfección la semejanza. Hizo caso omiso del intento de pregunta que Pawel estaba fabricando, con aquella boca polaca peleándose con el francés y un rostro con evidentes muestras de ansiedad mientras tartamudeaba su petición.

—Se-se-señor, ¿acep-ceptaría usted a un aprendiz? Me-me-me gustaría mucho encontrar...

Y haciendo como que no le oía, el español soltó un bufido y mostró el dibujo a una mujer rolliza que tenía sentada a su lado.

—¿Hermoso? —preguntó, como si Pawel no estuviera allí.

—Hermosa —contestó la mujer, arrancando a Picasso una sonrisa de satisfacción y después una carcajada. Luego llevó el extremo de la servilleta hasta la llama de una vela y, mientras ardía, se encendió un cigarrillo con ella. Arrojó los restos del dibujo al suelo y aplastó las cenizas con el tacón. Una vez hecho esto, se levantaron los dos de la mesa y, sin pronunciar una sola palabra de despedida a los admiradores allí reunidos, se alejaron sin prisa calle abajo y cogidos del brazo.

Este pequeño incidente ofreció a Pawel unos cuantos días de reflexión. Sin embargo, al final ya no supo qué pensar. Había visto varias obras de la primera etapa de Picasso en museos y galerías, y le gustaban mucho. También había visto alguna de sus obras cubistas. Éstas no le atraían tanto; le inquietaba aquella distorsión, pero tenía que reconocer que era un estilo revolucionario, incluso genial. Aunque su admiración se enfrió un poco, en ningún caso desapareció por completo.

En aquella época, Pawel dejó de ir a misa, y también de rezar. No tenía sentido participar de una fe que estaba tan anclada en el pasado. Por el contrario, la nueva cultura mostraba una vitalidad arrolladora, y además estaba dominada por los jóvenes, que, por otra parte, exploraban con fervor nuevas maneras de pensar. Lo cierto es que a Pawel no le repelía el hecho de que aquella atmósfera rezumara cinismo y heroica desesperación. Más bien se sintió atraído hacia ella. Llevaba muchos años sufriendo una desesperanza personal sobre el mundo, y le parecía que aquella gente tan dotada había tenido que luchar por lo mismo hasta poder vencerlo gracias a su arte.

Él había venido a París en busca de su destino como artista, y durante el primer periodo de esa peregrinación en ningún momento dejó de creer que encontraría con toda seguridad un mentor que le mostrara el camino. Pero a medida que fueron pasando los meses empezó a darse cuenta de que nadie se interesaba por su persona. Descubrió que había otros diez mil jóvenes como él en la ciudad buscando al mismo salvador. Todos habían venido con la esperanza de ser adoptados por Picasso.

Por otro lado, no tardó en comprender que tenía poco talento. Todos le sonreían amablemente al ver sus cuadros. No había una sola galería dispuesta a exponerlos. El impresionismo ha muerto, decían.

—Y ahora —se preguntó a sí mismo en un momento de franqueza, contemplando su propia imagen reflejada en el escaparate de una galería—, ¿qué puede hacer un mediocre impresionista polaco en el París de 1932?

En cuanto se le acabó el dinero tuvo que buscar trabajo. Encontró empleo como jardinero al servicio de una princesa rusa llamada Sonia Ogolushov. Fue allí donde conoció al padre Photosphoros, un monje ruso ortodoxo que había huido de los bolcheviques con la princesa y su marido y había venido a París con ellos en 1921. De alguna forma habían conseguido sacar su fortuna del país, o quizá ya la tenían depositada en bancos franceses antes de la Revolución. Photosphoros vivía en las cocheras, en una casa de piedra situada en uno de los extremos de la propiedad y a la que llamaban «la ermita». Celebraba la Divina Liturgia en la gran capilla de la casa principal. Los domingos, Pawel se acercaba discretamente hasta el jardín que había bajo el ventanal de la capilla y se sentaba, apoyando la cabeza en la pared, a escuchar los cánticos de los exiliados.

De nuevo con dinero en los bolsillos, Pawel compró más libros de los que ahora podía leer, y también más pinturas y lienzos, y un valioso cuadrito italiano de unas flores. Sin embargo, este último gasto supuso algo más que unos francos. Nunca había sido muy práctico a la hora de calcular el tiempo o sus propios recursos, de modo que obtuvo el cuadro tres semanas antes de la siguiente paga y solo después de haberlo comprado se dio cuenta de que iba a tener que prescindir de cierta cantidad de comida. El sacrificio valía la pena, ya que las *fiori* iluminaban la oscuridad de su cuarto como si fuera una ventana siempre abierta a un paisaje rebosante de luz. El hombre no solo vive de *pain et vin*, se convenció.

Durante varios meses Pawel se empapó del esplendor crepuscular de los zaristas, aunque por supuesto él solo se movía en el margen de sus vidas, recogiendo las migajas que caían de sus mesas. Empezó a estudiar ruso por las noches y sin decírselo a nadie, con la esperanza de sorprender algún día a sus patrones conversando con ellos en su lengua nativa. Si acabó por convencerse de eso era porque su familia había pertenecido en el pasado a las clases altas, de modo que acabarían reconociéndolo como uno de los suyos. Quería impresionarlos haciendo gala de ser un joven educado y culto, por no hablar de la sangre noble que corría por sus venas, aunque de eso hacía ya siglos y carecía de título nobiliario.

Un día, el padre Photosphoros pasó junto a él mientras podaba unos arbustos y lo abordó de un modo seco, casi ofensivo.

—¡Tú! ¿Qué haces en una ciudad tan corrupta como ésta? ¡Vuelve a Polonia!

Le habló en francés, y en la misma lengua Pawel le respondió:

—Padre, yo quiero ser artista.

El sacerdote soltó un bufido.

—¡Artista! Hasta ese demonio de Hitler es un artista. ¡El infierno está lleno de artistas!

La confianza de Pawel en el arte contemporáneo flaqueaba desde hacía ya algún tiempo, y la que tenía en su propio talento colgaba ahora de un fino hilo. Sin embargo, en los días que siguieron a aquella conversación se le ocurrió que tal vez su fracaso era el modo que tenía Dios de dirigirle hacia un estilo de pintura más espiritual. ¿Aún creía en Dios? Sí, claro que sí... un poco. Se preguntó si lo suyo no sería convertirse en pintor de iconos. Intentó rezar otra vez, pero, como siempre, el cielo no le respondió.

El padre Photosphoros vivía solo y pintaba iconos en su ermita. Era bastante mayor, con una larga y cuidada barba que le llegaba hasta el pecho y un icono de Cristo adornado con piedras preciosas colgándole del cuello con una cadena. Él mismo había pintado aquel icono. Pawel quiso hablar con él y fue hasta la ermita para preguntarle si le dejaba ser su aprendiz en el arte de pintar iconos.

—¿Cómo? ¿Tú? ¿Pintar iconos? —vociferó el viejo sacerdote, arrugando el ceño y dedicándole un gesto de desprecio—. ¡Tú lo que quieres es ganar dinero!

Pronunció la última palabra como escupiéndola, y Pawel se sintió como si acabaran de propinarle una patada. Photosphoros le hizo una seña para que le acompañara hasta el cuarto donde trabajaba. Avanzando poco a poco, con la ayuda de un bastón, condujo al jardinero hasta una mesa

de madera sobre la que había un auténtico prodigio de pintura, un icono de la Madre de Dios a medio terminar. Azul cerúleo. Púrpura tornasolada. Ocre.

Photosphoros se detuvo frente a un altar situado en un rincón del cuarto, sobre el que había un gran icono con la imagen de Cristo Pantocrátor. Azul cobalto. Rojo cadmio. Oro con filamentos de blanco titanio.

—¡Estás ante la zarza ardiente! —le espetó—. Tienes que descalzarte.

«Tengo que quitarme los zapatos, igual que Moisés», pensó Pawel. Se agachó y empezó a desatarse los cordones, pero, al verlo, el sacerdote empezó a tirarse de la barba con desesperación. No se refería literalmente a eso. Tiró el bastón al suelo y se inclinó cuanto pudo ante el icono en señal de profunda reverencia. Pawel pensó que se le había caído el bastón, de modo que se agachó de nuevo y lo recogió para dárselo. Photosphoros se lo arrebató de las manos y volvió a arrojarlo al suelo hecho una furia.

—Mira —le dijo, dominándose un poco. Volvió a inclinarse ante el icono, tocó el suelo y se persignó—. ¡Cuando un ruso hace esto es porque significa algo, pero para un occidental no significa nada!

—¿Y no podría enseñarme? —suplicó Pawel.

Photosphoros alzó las manos al cielo.

—¿Enseñarte? ¡Ja! ¡Pero si eres polaco! Y encima católico, ¿no? Imposible enseñarte nada.

—*Pazhalusta*, por favor —empezó a balbucir Pawel, cambiando ahora del francés al ruso—. Quiero aprender. Si tal vez hablara usted con la princesa, si le dijera que yo...

—¿La princesa? —gruñó Photosphoros—. ¿Que hable con la princesa? Oye, ¿pero qué clase de idiota y ambicioso eres? —Se sentó bruscamente en una silla y se quedó con el cuerpo inclinado hacia delante, tapándose la cara con una mano—. ¡Fuera de aquí! —exclamó con un vaivén de la otra mano—. ¡Déjame!

Pawel retrocedió afligido hasta la puerta de entrada. Ya solo en el jardín, se vio luchando con una nube de oscuros pensamientos que pasaron rápidamente del dolor y la confusión al desánimo, para acabar hundiéndose en la desesperación. ¿Por qué razón le había tratado así aquel sacerdote cristiano? Si hasta el mejor de los hombres —un místico, un monje— había mirado en su alma para retroceder, eso significaba que ni siquiera Dios le quería.

«Si Dios no me quiere, entonces todo lo que me han enseñado sobre Él es falso —pensó Pawel—. Quizá Dios no exista. Quizá se trate solo de otro absurdo incidente en este mundo sin sentido.»

En ese mismo instante dejó de trabajar al servicio de la princesa. Parecía el fin de todo. Al cabo de unos días encerrado llorando en la oscuridad de su cuarto, finalmente salió a buscar trabajo, hambriento y sin un céntimo en el bolsillo. Sin embargo, en los mejores barrios no encontró ningún empleo disponible; ni siquiera en las duras fábricas de los barrios obreros estaban dispuestos a contratarle. Una noche, cuando regresaba a su habitación después de otro día de búsqueda infructuosa, encontró algunas de sus pertenencias amontonadas en la acera de la calle. El conserje había vendido prácticamente todo lo que poseía para satisfacer el impago del alquiler. En los últimos meses había derrochado el dinero con simples caprichos, como las *fiori*, el curso de ruso y unos pinceles muy buenos de marta cebellina, confiando en su futura suerte. Ahora ya no había ningún futuro en el que creer. También había confiado en la paciencia de su patrona, y en esto también se había equivocado. Cuando llamó a su puerta para protestar primero y para rogar después un poco de indulgencia, la mujer lo echó a la calle entre gritos y aspavientos. Ahora le quedaba únicamente un poco de ropa y el pequeño cuadro italiano de las flores, que la señora no había podido vender. Y así, llevando las *fiori* bien protegidas debajo de la chaqueta, como si en ello le fuera la vida, inició su descenso hacia las regiones donde vive la mayoría de la gente, con la sensación de no pertenecer a ningún sitio, o de que tal vez sí pertenecía a alguna parte, pero le había tocado vivir con los que no pertenecían a ninguna.

Durante la semana siguiente fue vagando sin rumbo por los peores *arrondissements* en busca de una pensión que le aceptara a crédito. En ninguna se le aceptaba. Dormía bajo los puentes y en los bancos de los parques. Siguió llamando a un millar de puertas pidiendo trabajo, pero nadie se lo

daba. Mendigó comida en las iglesias y los conventos, y así pudo sobrevivir gracias a la bondad de los que menos tenían. Había tantos mendigos como él pidiendo ayuda, y pocas veces había suficiente para todos. Era incapaz de abrirse camino a la fuerza por delante de los ancianos, los tullidos y los hijos de los pobres.

Un día llegó completamente exhausto a un puente y lo cruzó hasta medio camino. Se apoyó en la barandilla y pensó que el Sena era el río ideal para morir. «Oh, París, París —lloró—, tú que creas y destruyes, ¿cuántos genios se han ahogado en tus aguas?»

Pero aquel llanto de protesta contenía a la vez una afirmación. Se dio cuenta de que quería vivir.

Se le ocurrió que tal vez lo mejor era volver a la casa de la princesa y rogarle que le contratase de nuevo. Qué golpe para su orgullo, pensó, pero el hombre necesita comer, ¿o no? Empezó a recordar con ansiedad los restos de comida que las cocineras le dejaban a veces después de las fiestas que la princesa y su marido daban a sus amigos. Se sentaba en el cobertizo de jardinería a comer mendrugos de pan de azafrán y sabroso *play*, que eran las especialidades de la comida armenia. ¡Con qué inconsciencia se lo comía todo! ¡Cómo les reprochaba mientras comía tanta riqueza y tanto desperdicio! Poco iba a imaginarse él en aquellos años de abundancia con qué facilidad desaparece la comida del mundo.

Cuando llamó a la puerta de la propiedad, el portero le informó de que ya habían contratado a otra persona. No, no hay ningún trabajo libre, le dijo. ¿Crees que los trabajos crecen en los árboles? No, la princesa no te recibirá. No, se acabó la caridad; se acabó la comida gratis y se acabaron también los jóvenes necios y consentidos que abandonan sus obligaciones sin previo aviso y sin despedirse. Y lo peor de todo, añadió, es que la princesa está muy preocupada porque sus bulbos holandeses quedaron sin plantar y ahora muchos se han podrido, y todo por culpa de un insolente y de un impresentable como tú. ¡Largo de aquí!

De modo que Pawel tuvo que seguir durmiendo entre los arbustos y debajo de los puentes. Para entonces ya era noviembre, y las noches empezaban a ser muy frías. Los charcos se congelaban y él cogió un buen resfriado. Día tras día siguió caminando por la ciudad en busca de cualquier empleo o de un milagro, pero ni lo uno ni lo otro llegaban. Había muchos hombres como él en las calles, incluso veteranos de la Primera Guerra Mundial, algunos de ellos bastante jóvenes, a los que les faltaba un brazo o una pierna, mendigando o vendiendo lápices. También había mujeres, y algunas hasta intentaban venderse. Esto era lo que más le afligía, en un horror y una angustia que le retorcían por dentro constantemente.

Un mañana se encontraba sentado en el banco de un parque, soportando el dolor de todos sus huesos, cuando advirtió la presencia de un hombre que se había detenido frente a él y que no dejaba de mirarle.

—Tú —exclamó—. ¿Quieres trabajo?

—Sí, por favor, *monsieur* —respondió Pawel.

—Veo que tienes la ropa manchada de pintura. ¿Eres pintor de brocha?

—No, *monsieur*.

—Estarás familiarizado entonces con algún trabajo relacionado con el arte.

—Soy artista.

El hombre no le contestó, pero asomó a sus ojos una expresión entre divertida y cínica.

—Soy el director de una academia de pintura —le dijo—. Necesito un criado. ¿Estarías dispuesto a barrer el suelo, limpiar los pinceles y realizar cualquier tarea que te pida?

—Sí, claro —contestó Pawel con impaciencia, tratando de dominar el temblor de las manos.

—Me refiero a cualquier cosa. No voy a emplear a nadie que me cause... problemas.

—Sí, cualquier cosa.

—No eres francés. Por el acento, yo diría que eres del Este. ¿Ucraniano? ¿Checo? ¿Polaco?

—Soy polaco.

—¿Tienes antecedentes penales?

—No, *monsieur*.

—Me lo imaginaba —dijo el hombre, esbozando una extraña sonrisa. A Pawel le desconcertó la

intensidad con que le miraba ahora.

—Te pagaré unos cuantos céntimos al día y te dejaré dormir en una cama plegable en el cuarto del conserje.

—Gracias, *monsieur*.

—¿Tienes hambre?

—Sí, *monsieur*.

—*Tiens*, te daré algo de comer. ¡Ven conmigo!

El hombre dio media vuelta de golpe y echó a andar a grandes zancadas, haciéndole una seña a Pawel para que le siguiera. Pawel tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el ritmo, ya que se sentía enfermo y debilitado por las noches pasadas a la intemperie. Pese a todo, empezó a sentir también un gran alivio; no, era algo más cercano a la euforia. Sabía que tenía por delante un duro día de trabajo, pero por lo menos comería algo. Decidió aguantar hasta la noche y entonces ya podría descansar. La sola idea de poder dormir en un lugar caliente se acercaba al éxtasis.

La academia estaba situada en la tercera planta de un almacén. Pawel apenas logró subir las escaleras hasta alcanzar el rellano y encontrar al director en mitad de una acalorada discusión con su ayudante. Hablaban en francés, y pudo oír la palabra *modèle* varias veces. Al parecer, el modelo habitual que utilizaban para la clase de dibujo no se había presentado aquel día.

—Ya me lo temía —exclamó el director con una risa fría—. Pero ya sabes que yo siempre estoy preparado. *Voilà!*

Empujó a Pawel hacia delante y se lo mostró al ayudante, que lo repasó de la cabeza a los pies con evidente desagrado.

—Supongo que tanto da un cadáver que otro, Henri —respondió.

Lo condujeron a una pequeña oficina, detrás de la cual pudo ver una enorme sala con tragaluces y a unos quince o veinte alumnos rodeando una tarima. Con tantos caballetes, aquello parecía una bahía llena de viejos barcos de vela.

—Hoy necesito un modelo —le anunció el director.

—¿Un modelo? —murmuró Pawel.

—Sí, un desnudo para que mis estudiantes puedan estudiarlo.

—Oh —empezó a decir tartamudeando—, pero eso no es posible.

El director le señaló un biombo junto a la puerta del estudio.

—Desnúdate y sube a la tarima. Tienes cinco minutos.

—¡Pero ahí hay mujeres!

El director y su ayudante se pararon en seco y soltaron una carcajada.

—¿Qué te pasa? ¿Eres un niño o qué? —exclamó el primero—. Ahí solo hay profesionales. No tienes de qué avergonzarte. Lo que tienes que hacer es posar para ellos. Eso nada tiene que ver con que estés desnudo.

—No veo la diferencia, *monsieur*. Por favor, déme otra cosa para hacer. Limpiaré el váter sin más utensilio que las manos si lo desea. Ser impúdico va en contra de mis principios.

—¿Y morirte de hambre va también contra tus principios, idiota? Haz lo que te digo o desaparece de mi establecimiento inmediatamente.

Pawel permaneció temblando ante todos ellos. Cada músculo de su cuerpo le estaba pidiendo a gritos un poco de descanso, y sentía cómo la fiebre le atenazaba por momentos. Solo pensaba en echarse. La cabeza le daba vueltas, y el estómago le dolía como nunca.

—¿Y bien? —le apremió el director.

No supo por qué razón acabó decidiéndose. ¿Por el hambre? ¿Por el cansancio? El hambre embota cualquier resto de sensibilidad. Y lo mismo pasa con el agotamiento. Pero eso solo no podía explicarlo. Tal vez empezó a sentir el efecto acumulativo de todos los actos de despersonalización que los parisinos le habían infligido. Era un mendigo, un parásito, igual que las prostitutas que había abajo, en la calle. Si ya le habían despojado del último resto de dignidad que le quedaba, para qué iba a ocultar con unos harapos lo que ya no estaba allí: su dignidad, su conciencia perdida, su propio ser. ¿Acaso no eran éstas meras palabras?

Después de sobreponerse al pánico, se colocó detrás del biombo y empezó a quitarse la ropa lentamente. Tenía ganas de gritar, de vomitar, de correr hacia algún lugar más oscuro, pero, más que todo eso, quería el alimento prometido.

Cuando se encontró completamente desnudo, con los pies fríos y muy blancos sobre el suelo de madera, el ayudante se acercó hasta el biombo y le lanzó un albornoz. Pawel se cubrió con él como escondiéndose de todo. El ayudante le miró el cuello y los pies y emitió un sonido de asco.

—Apeestas —le dijo.

Le arrojó una toalla y una pastilla de jabón y le señaló un jarrón con agua y una palangana. Después de lavarse un poco, permaneció callado y sin saber qué hacer. El ayudante le ordenó que se pusiera el albornoz y le dio un empujón para que atravesara la puerta del estudio. Le llevó una eternidad alcanzar la tarima, venciendo cada paso con un acto de voluntad. Ya de niño, incluso siendo adolescente, sentía un terror enfermizo ante la desnudez que se ofrecía a los ojos de los demás. Para vencerlo, ahora necesitaba el mayor esfuerzo que jamás había realizado en su vida. Le pareció que el mundo se había convertido en un lugar donde solo existían los objetos. Él era un objeto a punto de ser utilizado por otros objetos. Las formas, los contornos, los colores se difuminaban, dejando solo un nudo de desesperación dentro de él.

—¡Quítate eso de una vez! —le gritó el director. Varios estudiantes se echaron a reír.

Pawel dejó caer el albornoz y permaneció quieto frente a ellos. Solo veía sus ojos, agudos y penetrantes, evaluándole y juzgándole. Era como si la misma muerte se hubiese apoderado de él. Jamás había experimentado una agonía como aquella.

—*Mes enfants terribles* —empezó a decir el director—, os traigo a un invitado. Rembrandt os envía al Jinete Polaco. Un polaco *nu!* Derrotado en la batalla y despojado de todo por los conquistadores. *Magnifique, n'est-ce pas?*

—Muy bueno, Henri —dijo uno—. Un torso perfecto coronado por una cabeza noble y sensible.

—Me recuerda el torso de la *Edad de Bronce*, de Rodin.

—Sí, tiene la misma extraordinaria armonía en la forma, la del cuerpo de un atleta, un corredor llegando a la meta como un animal exhausto.

—Ya —dijo otro—, pero a mí la cara me recuerda al busto de Paris, de Renoir.

A lo largo de toda la mañana, Pawel fue adoptando las poses que le pedían, unas veces de pie y otras sentado, cambiando de posición cada veinte minutos. Si no se volvió loco fue porque iba repitiéndose sin cesar su propio nombre. Una y otra vez, solo su nombre, su insignificante nombre. Decidido a soportar aquella mañana infame, pensó que podía esperar a que los estudiantes se fueran a comer para luego pedir unas monedas y marcharse. Así, aunque solo fuese por un día, podría comer. Luego ya decidiría si tirarse al río, o volver caminando a Polonia, o... cualquier cosa. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer, pero por lo menos la elección sería solo suya.

En medio de aquella desesperación, suplicó a su memoria que lo salvara, que le pusiera ante los ojos de su corazón el rostro de la joven de la que se había enamorado, la joven que rezaba. No era especialmente guapa, pero había en ella una luz que irradiaba bondad. Llevaba años soñando que un día volvería a encontrarla, y que irían a pasear juntos bajo los castaños y las acacias de Varsovia. Y charlarían sobre arte. Y a lo mejor hasta se casaban y entonces compartirían los dos los hermosos misterios del amor. En su abrazo ya no habría miedo ni vergüenza.

Pero mientras seguía posando sobre la tarima, Pawel descubrió horrorizado que cuanto más cerca veía su rostro, más densa era la oscuridad que lo llenaba.

En el descanso para el almuerzo, la mayoría de los estudiantes se marcharon y Pawel aprovechó para ponerse el albornoz. El ayudante le trajo un tazón de caldo y media barra de pan. Esta era, entonces, la comida prometida por el director. Se bebió el caldo de un trago y empezó a atacar el pan. Mientras lo devoraba a mordiscos, de repente se vio reflejado en los ojos de los dos o tres estudiantes que se habían quedado para retocar los dibujos. Había algo en aquellas miradas que le asustó. Era la pena. Pero no era la compasión que siente el ser humano viendo sufrir a un semejante. Era la pena de unos individuos libres y poderosos contemplando a un animal atormentado.

En ese preciso instante se dio cuenta del alcance de su situación. Corrió hacia el biombo y se vistió. Aseguró el *fiori* contra su piel y salió en busca del director de la academia para pedirle el pago por sus servicios.

—Solo pago por una jornada completa de trabajo —le soltó.

—Por favor —le rogó Pawel—. Estoy enfermo y tengo hambre. ¡No me haga esto!

—Eres tú quien te lo haces. Y ahora vuelve al estudio y quítate esos harapos. Necesito a un empleado de confianza. Quizá mañana puedas hacer algo en la conserjería, si tanto te molesta esto.

Pero Pawel sabía perfectamente, aunque no muy bien por qué, que aquel hombre mentía. Desde el principio solo quería «un cadáver», como había dicho el ayudante, un cuerpo para que sus alumnos pudieran estudiarlo.

—Déme el dinero —exclamó sofocando un grito.

—Lárgate de mi academia —le respondió el director con total frialdad—. Y que no vuelva a verte por aquí, o llamaré a la policía.

Pawel estaba demasiado extenuado para seguir discutiendo. Se arrastró como pudo escaleras abajo y salió para vagabundear por las calles igual que un superviviente entre un montaña de ruinas. Le pareció que el mundo se había convertido en una zona devastada, una desolación en la que solo los cadáveres deambulaban en busca de sus propios rostros perdidos.

4

Pawel se metió en un café lleno de gente y encontró una mesa vacía con una montaña de platos sucios. Los camareros no advirtieron su presencia mientras él se bebía el café frío de una taza medio llena y comía los trozos de pan que algunos clientes habían dejado. Se quedó contemplando el río a través de la ventana. No tenía adónde ir. Sabía que su vida estaba acabada.

Fue justo entonces cuando alcanzó a escuchar la conversación que tenía lugar en una mesa cercana. Varios hombres impecablemente vestidos hablaban animadamente sobre el auge de los nacionalsocialistas en Alemania.

—Si Hitler consigue el poder —decía uno de ellos—, ya verás como empezará quemando libros y acabará quemando gente.

—Está claro que representa la anticultura —decía otro—. ¿Habéis leído *Mein Kampf*?

—Te aseguro que lo he intentado. Puro delirio mental, romanticismo teutónico estridente con un trasfondo siniestro.

Pawel dirigió una mirada hacia el último que había hablado, un hombre distinguido que rozaba la cincuentena, el célebre novelista francés Goudron. Captó la mirada de Pawel y le hizo una señal.

—Usted, el de la nueva generación —le dijo—, ¿qué tiene que decir de todo esto?

Pawel desvió los ojos y siguió callado.

—Vamos, vamos —exclamó el escritor entre risas—. Nos estaba escuchando. Veo a un joven inteligente detrás de esa mirada tan triste.

El escritor tiró hacia atrás un silla y le ofreció también un cesto de *baguettes*. A duras penas Pawel se acercó a la mesa y se sentó, sin dejar de mirar el pan.

—Y bien —dijo uno de los comensales—; a ver, joven generación, qué tiene usted que decirnos sobre ese tal Hitler.

—Que intentará apoderarse de todo cuanto pueda —murmuró Pawel. Los hombres sentados a la mesa parecieron confusos. Algunos sacudían la cabeza. El escritor Goudron observaba a Pawel con interés.

—¿Por qué dice eso? —inquirió.

Pawel se encogió de hombros y miró para otro lado. Había hablado demasiado. Lo único que deseaba era que se fueran todos para poder devorar las migajas que dejaran.

—Vamos, con franqueza —insistió Goudron.

—Nadie sabe con certeza cuáles serán sus actos —dijo Pawel—. Nadie tendrá valor para detenerle cuando se den cuenta.

Dijo aquello, no porque poseyera una comprensión especial de la historia, sino porque sabía que los hombres malvados siempre se apoderan de lo que quieren.

La respuesta de Pawel fue acogida con poco entusiasmo en el grupo. —Bobadas —dijo uno de los comensales—. Lo único que propone ese hombre es el *lebensraum*..., un poco de espacio vital para su pueblo.

—Oh, ustedes no conocen a los alemanes —alegó otro—. Eran demasiado jóvenes cuando la Gran Guerra.

El novelista famoso les dijo a sus compañeros: «Si leen *Mein Kampf* lo entenderán. Ahí está todo.» Luego se volvió hacia Pawel y le dijo: «Creo que su apreciación es correcta. Hitler es un tiburón del Rin. Y en el mundo actual hay muchas personas que han tomado por costumbre alimentar a los tiburones, con lo que al final solo consiguen incrementar su apetito.»

Invitó a Pawel a un café con leche y pidió un *croissant* de acompañamiento. Al poco rato el grupo se separó, y Pawel se quedó a solas con el escritor. Este le preguntó de dónde era y qué hacía en París. Mientras Pawel le hacía en voz apenas audible una breve descripción de su apurada situación, él le observaba con expresión compasiva, como si reflexionara. Tras llegar a algún tipo de conclusión, insistió en que Pawel le acompañara a su casa. Sería un refugio temporal, dijo.

La residencia de Goudron estaba en el distrito de Montmartre. Era una espaciosa mansión del siglo XVIII llamada Château des Brouillards («Castillo de las Brumas»). Asignó a Pawel un pequeño dormitorio en el ala de los sirvientes. En él, la primera noche, Pawel durmió dieciséis horas seguidas. Era un lujo indescriptible, dormir en una cama limpia y caliente. Cuando se despertó, se puso una bata de color púrpura y se metió en el baño que comunicaba con su dormitorio. Allí encontró una honda bañera, que algún invisible sirviente había llenado ya. En una repisa de mármol habían dispuesto jabones de varios colores, paños y toallas, como si hubiera algún mandatario de visita. Pawel se metió con gesto ágil en la bañera, en la que permaneció hasta que el agua se quedó fría. Después de secarse con una toalla, se afeitó delante del espejo, se peinó marcándose una visible raya en medio con un peine de plata y se cuadró de hombros, componiendo una figura de aspecto más presentable de lo que parecía desde hacía mucho. Se quedó parado unos instantes, al advertir en la expresión de su rostro una mezcla de perplejidad y alivio.

Al volver a su habitación encontró su ropa, lavada y planchada, cuidadosamente doblada a los pies de la cama. A pesar de estar limpia, conservaba los agujeros y las salpicaduras de pintura. Cuando abrió un armario de roble para ver qué había dentro, descubrió prendas nuevas que le sentaban a la perfección. Se vistió con algunas de ellas y salió a buscar a su rescatador por el castillo.

En una espaciosa cocina llena de sartenes y cazuelas de cobre, Pawel encontró a una criada que le informó que el señor, que había salido ya, pasaría el día fuera, y que había recibido órdenes de servir al huésped el desayuno en el salón comedor. Se lo sirvió en una gran mesa de palisandro, tan larga que podría haber acogido con holgura a doce personas. Sentado en una silla dorada adornada con las insignias de una casa real francesa, ingirió una copiosa cantidad de alimento. Haciendo esfuerzos por no engullir, recordando sus mejores modales a la mesa de la época de Zakopane, se maravillaba ante cada nuevo detalle de su buena suerte que descubría.

Se pasó todo ese primer día deambulando por el castillo, contemplando los cuadros y esculturas que llenaban prácticamente todas las habitaciones, cogiendo un libro aquí y allá y leyendo unas líneas, echando un sueñecito de vez en cuando y comiendo una buena ración de alimentos un par de veces más. A última hora de la tarde volvió Goudron, acompañado de un grupo de invitados, todos ellos hombres de letras. Después de saludar a Pawel de forma amistosa, aunque somera, el escritor le dijo que podía sentirse como en su casa, y que podía quedarse todo el tiempo que necesitara. A continuación, se retiró en compañía de sus invitados para celebrar una reunión privada. Pawel se quedó dormido esa noche con el sentimiento de la resurrección de la esperanza en su corazón, mientras los músculos agarrotados por el cansancio y el frío se le relajaban poco a poco, al abrigo del calor de aquel refugio.

A medida que los días pasaban y se convertían en semanas, la gratitud de Pawel fue creciendo hasta hacerse ilimitada. Su anfitrión era la persona más considerada que hubiera conocido jamás, y también la más cultivada. Durante sus breves conversaciones (unas pocas veces en el gran vestíbulo de entrada, en una ocasión mientras cenaban en la mesa de palisandro), el escritor jamás impuso su erudición ni su estatus social. Se apreciaba en él una cierta inseguridad que sorprendió a Pawel, y que este consideró como un atributo encantador en una persona tan famosa. Era un hombre estimulante, desde un punto de vista intelectual, y demostraba un gran sentido del humor, en el momento oportuno y la cantidad adecuada. En pocas palabras, era incisivo y concedía un amplio margen a la respuesta. Mostró preocupación al preguntar a Pawel por sus orígenes, y escuchó con atención sus respuestas, aunque no osó hacer comentario alguno a las mismas, lo que reforzó el sentimiento de Pawel de haber dado con una puerta mágica que le había introducido en un universo alternativo repleto de erudición y generosidad, y de una buena voluntad infinita.

Pawel entró así en una nueva clase de vida y en una nueva etapa de la misma. Asistió a más de un *salon* durante el año o más que vivió allí, siempre callado, quedándose al margen de la multitud. En los salones y bailes de Goudron oyó hablar largo y tendido sobre diversos temas a varios de los más importantes académicos, poetas y novelistas franceses. No le gustaron mucho, pues le pareció que carecían de la amplitud de miras del gran escritor. Tendían al sarcasmo y a las observaciones críticas al referirse a la vida tanto profesional como privada de otras personas con talento. Goudron tenía muchos amigos también entre los vanguardistas, entre ellos Picasso y sus consortes, Gertrude Stein y su compañera, pintores revolucionarios de América y Rusia, actrices de los teatros de revista y artistas circenses. Pawel se abstenía de ir a cualquier fiesta a la que asistiera Picasso.

Goudron le proporcionó un estudio en el invernadero del castillo, que estaba en desuso. Era un lugar como encantado, lleno de claridad y espacio, calentado por un enorme horno de cerámica alimentado con carbón vegetal. Las baldosas de terracota eran orientales, con pequeños dragones dorados sobre un campo verde jade. Goudron le compró pinturas y lienzos y le dio dinero para pequeños gastos. Él quería que lo considerara un obsequio, pero Pawel se mostró firme al afirmar que era un préstamo. Dijo al escritor que algún día le devolvería su generosidad, y de hecho, a modo de muestra, Pawel trabajaba a menudo en el jardín, ante las protestas de su anfitrión. Pawel insistía en que no quería resultar una carga, que tenía que contribuir a su manutención, aunque solo fuera en parte.

Le encantaba aquel jardín, con su amplia vista de Montmartre y la silueta de la basílica del Sacré-Coeur recortada contra el cielo gris azul. Ocurrió un incidente que luego recordaría con frecuencia. Estaba un día recogiendo las hojas con un rastrillo cuando se detuvo junto a la verja de hierro para contemplar la blanca cúpula flotando por encima de la «colina sagrada», como la llamaban en el barrio. Supuso que estaba experimentando uno de esos «embelesos», con suspensión del tiempo y el movimiento, en medio del profundo silencio de las turbulencias interiores del alma. Sintió un anhelo indescriptible de ir allí, de ver si era posible regresar a la paz perdida de su más tierna infancia. Le parecía que aquel lugar era morada de un gran corazón que le llamaba. No sabía si ese misterioso sentimiento era una promesa de amor humano o de amor divino. Esto último parecía menos probable.

De pronto, Goudron estaba de pie junto a él. Cogió a Pawel el rastrillo que tenía en la mano, lo dejó caer al suelo y le ofreció una copa de oscuro vino tinto. Le sonreía, mirándole con intimidad a los ojos. Entonces, señalando el Sacré-Coeur con un gesto, dijo con un tono amablemente divertido:

—*Sic transit gloria caeli.*

Fue una observación extraña, de significación oscura, por lo que Pawel no replicó cosa alguna.

—Píntelo si lo desea —dijo Goudron—. Todo el mundo lo hace. Pero no se deje seducir por su encanto.

De modo que Pawel no fue nunca.

Cada vez que se ponía a pintar, sentía la impresión de una alegría recién encontrada. Era como la primera brisa, húmeda y aromática, de finales de invierno, como el sol naciente derramando su luz por la abertura de un paso de montaña. Caminaba a lo largo del Sena, sin odiarlo ya, aunque seguía perturbándole el recuerdo del magnetismo con que le había atraído en su momento más bajo, antes de ser rescatado. Pintó muchos tópicos: los parques de París, los *bistrots*, las barcas de colores brillantes, la fachada de Notre-Dame un día de nieve, las calles después de la lluvia y los floridos jardines de la colina sagrada en primavera; los temas típicos de los artistas jóvenes e ingenuos en su situación.

Solo una vez se apartó de lo que entendía era la vida del artista. Tan solo una vez, durante un momento de debilidad en que sucumbió a la nostalgia, al anhelo de la patria, a la añoranza de los años felices en Zakopane, antes de que papá se marchara. De en medio de aquel reino desvaído surgió una imagen con tal autoridad que no pudo dejar de pintarla. Era una escena imaginaria, pero a Pawel le pareció tan real como lo fuera una vez su pasado: en primer término, sobre un fondo verde oscuro de coníferas, se veía salir humo de madera de la chimenea de una cabaña alpina de caza. Un oso de color canela hundía la zarpa en un estanque negro, en el que unos peces dorados

movían indolentes la cola mientras abrían la boca para devorar todo aquello que pudieran atrapar. En el cielo, por encima de las cumbres, una cascada de ángeles descendía como la nieve sobre la tierra silenciosa y tranquila. Y en las alturas cabalgaba un caballero montado sobre un caballo blanco, enzarzado en un combate con un dragón.

A Goudron no le pareció que fuera un estilo que Pawel pudiera continuar. Seguía demasiado la *pastoral*, dijo, se veía un exceso de romanticismo simbolista con trasfondo místico, algo que ya se había probado y desechado en el siglo anterior. Pawel se sintió consternado.

—No lo sabía —dijo—. Pensé que era algo original.

—No —repuso Goudron con voz comprensiva—. No lo es.

~

Habría sido un error pensar que aquel era un arreglo de negocios, como si Goudron estuviera invirtiendo en el valor futuro de un artista desconocido en apuros, o que se tratara de un simple caso de filantropía desinteresada por parte de un hombre mayor del mundo de la cultura. No, el vínculo fue convirtiéndose progresiva y regularmente en una relación de amor no expresado. Pawel pensaba que había encontrado la guía de un verdadero padre, que abriría el cerrojo de la grandeza que había en él. Creía que, a cambio, estaba dando a Goudron la compañía de un hijo, una bendición que aquel hombre echaba de menos tras haberse divorciado de su mujer, que vivía con los hijos del matrimonio en Sudamérica. Poco a poco la confianza de Pawel fue afianzándose. Confiaba por completo en el criterio de Goudron. El escritor mostraba una exactitud exquisita en sus manifestaciones acerca de los cuadros de Pawel. Hasta los comentarios más directos de Goudron le complacían, pues demostraban que su mecenas era un hombre sincero, no un adulator, y que su amistad se sustentaba en el respeto mutuo.

Goudron le decía a Pawel que su trabajo era bueno técnicamente, que tenía «alma», pero que estaba mal encaminado. Por encima de todo, necesitaba más experiencia. Sugería que, si Pawel quería romper del todo con el pasado e imbuirse del espíritu de la nueva Europa, iban a salir grandes cosas de él. No era inconcebible, añadió, que al cabo de un año o dos Pawel pudiera exponer en alguna de las galerías más importantes de París. No sería muy difícil de arreglar.

—¿Experiencia no es todo, de una forma u otra? —reflexionó Pawel—. Seguramente yo ya he vivido muchas experiencias.

—Sí —repuso Goudron—. Tú has vivido muchas experiencias difíciles. Tienes un poso de amargura y, al mismo tiempo, cosa curiosa, sigues siendo inocente. Aún no has inhalado la fragancia de *les fleurs du mal*.

—¿Qué insinúas? —preguntó Pawel.

—No te alarmes, mi joven amigo. Solo digo que si lo que deseas es ser un artista de *este* siglo, que ilumine *nuestra* época, debes desaprender lo que te han enseñado. Si te sientes airado y resentido es porque eres en gran parte un hijo de la Vieja Europa, y la Vieja Europa te ha fallado. Por supuesto, no deja de ser natural que eso te produzca una cierta frustración, pero debes comprender que los hombres que rigen nuestra cultura están forjando un mundo nuevo. Hitler y Stalin harán algo de ruido durante un tiempo, pero son el estertor de la muerte de la vieja era. Pronto habrán desaparecido.

Pawel no decía nada. Se daba cuenta de que no estaba por entero de acuerdo, aunque no habría podido explicar por qué. Ante el poderoso intelecto de Goudron, se sentía patéticamente superficial.

Los fundamentos mismos de la vida están siendo derrocados —prosiguió Goudron—. Aquel que quiera ser un creador, deberá saber primero destruir.

—¿Destruir? —replicó Pawel con nerviosismo.

—Sí, destruir. Destruir los viejos valores, las falsas nociones acerca del bien y el mal: quitar de en medio los escombros culturales acumulados a lo largo de milenios, que nos ahogan, para poder construir algo nuevo. En nuestro caso, en el mío con mis novelas, en el tuyo con tus cuadros, la

destrucción de las normas *artísticas* es la condición previa necesaria para llevar a cabo los actos de la más pura creación.

Pawel sacudía la cabeza, sin comprender.

Goudron dejó escapar una carcajada, le dio unos golpes en el hombro y dijo con una sonrisa afectuosa:

—Vamos a formar un gran equipo, tú y yo.

Pawel se sintió honrado por ello, pero, aun así, durante las semanas que siguieron a la conversación, le costó cada vez más pintar. Las *pastorales* de la Vieja Europa le parecían ahora una cosa superficial, hasta peligrosa. Lo gracioso, lo encantador, lo bonito, ¿no contribuía todo eso a perpetuar las normas falsas? ¿No retardaban a su manera la construcción de la nueva civilización?

Pero ¿qué decir de aquella visión suya, tan extraña y singular? ¿De qué depósito oculto de su interior había surgido aquella imagen de ángeles, del dragón y del caballero? ¿Cuál era el papel de esa imagen, si es que tenía alguno, en el nuevo mundo? No era ni graciosa ni encantadora; en realidad, era cruda y obsesiva. Lo emocionaba, aunque no sabía por qué. Pero Goudron le había dicho que era una falsa pista, una pérdida de tiempo.

¿Cómo tenía entonces que pintar para contribuir a la construcción de la nueva civilización? ¿Cómo? Para esta pregunta, a menudo repetida, no encontró respuesta, a pesar de sus esfuerzos por obtenerla de sí mismo. Su mente parecía incapaz de suministrarle temas, y tampoco la imaginación le proporcionaba otras formas visuales que no fueran las de la imagería al uso, las mismas que producían por miles a diario los artistas de la ciudad, cada uno de ellos convencido de su originalidad, cada uno de ellos recorriendo con cansancio los viejos caminos trillados que no conducían a ninguna parte. ¡Qué baladí le parecía todo!

~

En diciembre de aquel año se ofreció en el *château* un *bal de Noël* al que asistieron centenares de personas. Algunas de ellas llegaron hasta la verja de entrada en lujosos automóviles, otras en carruajes tirados por caballos. Celebrities y aspirantes a serlo se dieron cita en abundancia: artistas, poetas, empresarios de teatro, actores, estudiantes universitarios, periodistas. Durante la velada, un cuarteto de cuerda tocó pasajes románticos extraídos de óperas italianas y francesas del siglo anterior. Un número incontable de velas blancas iluminaba cada habitación.

Goudron se multiplicaba para atender a los invitados. Les recomendaba el caviar y los vinos añejos, les preguntaba por la salud de los famosos y de los familiares, los divertía con brillantes *bons mots*, y encandilaba a gran número de mujeres elegantes y enojadas, especialmente a las más mayores. Pawel le observaba con admiración, maravillado por su capacidad para conversar con tal variedad de tipos humanos y con tal facilidad, sin mostrar ninguna clase de afectación ni condescendencia. Era obvio que el escritor estaba en buenas relaciones con muchas personas, y que muchas de ellas le estimaban.

—Cuidado con ese Hemingway —dijo Goudron, sacudiendo el dedo índice a modo de advertencia y dirigiéndose a un grupo de jóvenes escritores que se habían congregado a su alrededor, delante de un hogar cuyo fuego crepitaba en el salón de baile.

—¿Y no le parece entonces extraordinario? —replicó uno de los presentes, con falsa ingenuidad—. ¡*Adiós a las armas* es sencillamente genial!

—Es sencillamente cine —repuso Goudron con una ceja arqueada y un tono que suscitó risas—. Como operario de guiones cinematográficos, se ha visto obligado a asesinar a todos los adjetivos y adverbios. Así es como la lengua franca acaba convertida en literatura.

—Pero, señor Goudron, ¿acaso no es usted mismo el maestro del minimalismo? Hasta es posible que el señor Hemingway haya estado sentado como discípulo a sus pies.

Goudron rió con cordial afabilidad y cambió de tema.

Pawel se alejó en busca de un rincón del *château* menos concurrido. Hasta entonces, nadie le había dirigido la palabra, si bien muchos habían reparado en su presencia y le habían dirigido insistentes miradas cargadas de curiosidad. Su incomodidad se veía agravada por su atuendo, que le había prestado el anfitrión para la ocasión: esmoquin negro, zapatos marroquíes negros, camisa blanca de ribete ondulado y una pajarita carmesí tan *minimalista* que era poco más que una cinta. Salió del salón de baile justo en el momento en que acababa de sonar un fragmento de Puccini. Abriéndose paso a través de la gran escalera hasta el gran vestíbulo de la entrada, eludió el señuelo procedente del salón de música, al otro lado del vestíbulo, del que le llegaba el sonido de un piano en el que alguien tocaba el Chopin más dulce y melodioso. Abrió una puerta, junto a esa sala, y penetró en un pequeño estudio en el que Goudron acostumbraba a leer en soledad o a escribir cartas. Revestido con estanterías de libros hasta el techo y surtido de alfombras persas, cómodas butacas y un canapé, no era tan pequeño como para parecer recargado, ni tan grande como para que un único ocupante pudiera sentir que su búsqueda de aislamiento derivaba hacia la soledad.

En realidad, Pawel no se vio solo.

—*Entrez, entrez* —dijo una lánguida voz masculina.

La voz pertenecía a un hombre que sostenía en la mano una copa de brandy, que utilizaba a modo de batuta para acompañar los penetrantes arpegios que, apagados, traspasaban la pared, procedentes del salón. La persona misma permanecía aún invisible, sentada en la punta de una butaca de respaldo alto, y al parecer se calentaba delante de unos leños que ardían en el hogar. Pawel rodeó lentamente el butacón y se colocó enfrente de su ocupante.

—Ah, el príncipe —declaró el hombre.

Parecía alguien fuera de lo común. Más cerca de los cuarenta que de los treinta, con la piel bronceada, el pelo rubio dorado alisado y peinado hacia atrás, dejándole despejada la frente, los ojos azules semiocultos tras los párpados, era de una belleza extrema, casi desagradable, incluso. Con el cuerpo delgado repantigado en el butacón, las largas piernas cruzadas, una rodilla sobre la otra, balanceaba el pie. Llevaba también esmoquin, pero de un color violeta que reflejaba destellos trémulos como si la tela estuviera hecha de un metal dúctil. Causaban extrañeza sus zapatos de montar, marrones y blancos, con la suela claveteada.

Con una sonrisa irónica, el hombre dijo:

—Perdone mi indumentaria. He llegado tarde y no he tenido tiempo de cambiarme.

Al ver que Pawel no decía nada, sino que continuaba en actitud incómoda de pie junto al hogar, con la mirada fija en el fuego, el hombre resopló y dijo en tono seco:

—Usted debe de ser la última adquisición.

—Soy un invitado del señor Goudron —balbució Pawel.

—¿No lo somos todos?

—Es para mí un benefactor.

—Ah, de modo que le tiene aquí alojado —dijo el hombre, con una amplia sonrisa.

—Temporalmente.

—Por supuesto. Todo es temporal. Déjeme que lo adivine... Es usted acróbata.

—No, yo...

—*Non, non, non*, no lo niegue. A él le encantan los acróbatas, sobre todo esos golfillos de Le Cirque de Paris.

—Soy artista —dijo Pawel, preguntándose mientras lo decía si acaso era verdad.

—¡Artista! —rió el hombre—. ¡Formidable!

La pronunciación de la última palabra puso en evidencia que no era francés, a pesar de que hasta aquel momento su dicción había sido perfecta.

Pawel estaba a punto de marcharse cuando el hombre se irguió en su butaca y dijo:

—Dígame cómo se llama, príncipe.

—Pawel Tarnowski.

—Pawel Tarnowski. ¿Polaco? Sí, polaco. Qué encantador. Así que su avanzadilla en territorio eslavo es profunda ya, por lo que veo. Toda una incursión.

Pawel hizo un gesto para abandonar la habitación en serio, pero el hombre le obstruyó el paso con la pierna, y acto seguido le ofreció la mano sin levantarse.

—Me llamo Audrey.

—*Monsieur* Audrey —masculló Pawel, con un único apretón de manos. La mano del hombre era grande pero blanda, con los dedos alargados y elegantes, como todo en él.

—Audrey, a secas. Así es como nos tratamos en Chicago. Y perdonará mis modales, ¿verdad? Demasiado brandy después de jugar demasiado al golf y de no cenar lo suficiente. ¿Habla inglés?

Pawel negó con la cabeza.

Audrey lanzó una mirada en dirección a la puerta.

—No le reprocho su intento de huida. Eso mismo estoy haciendo yo. El gran artista del escapismo, ese soy yo. Escritor. Famoso. De escarceo por Europa. Jovencito yanqui brillante. Hay que regresar a la estrechez de las viejas calles y mentalidades, es lo que siempre aconsejo. Claro que usted no ha llegado a conocer las grandes llanuras abiertas por las que vagan los búfalos y proliferan los charcuteros, donde no se oye jamás una palabra de desaliento. Así que usted no necesita una gran evasión, ¿verdad? Solo pequeñas escapadas de vez en cuando de los hombres del Viejo Mundo. ¿De qué estará usted huyendo, me pregunto yo?

—No entiendo de qué me está hablando, *monsieur*.

—Mis lectores tampoco. —Soltó una breve risotada—. Lo cual, por suerte, no les ha desanimado para comprar mis libros.

—Es usted escritor, entonces.

—Como ya le había dado a entender. O para decirlo de otra forma: sí.

—Yo leo mucho —apuntó Pawel con timidez—. Me interesa mucho el género de ficción.

—¿Le interesa *mucho*? Mejor para usted —Audrey dio un largo sorbo de la copa—. Es algo que yo recomiendo a manudo a los jóvenes. No dudo de que estará interesado en la ficción seria, no en la ficción ligera.

—Sí, creo que así es —dijo Pawel, sentándose de forma casi inconsciente en una silla enfrente del escritor—. Me gusta Kafka especialmente...

—¡Kafka! —clamó Audrey, escupiendo un poco de brandy y riendo y tosiendo de forma simultánea—. Kafka, Kafka, Kafka. Eso *sí* que es serio. Pobre príncipe querido. En ese caso, mejor que no lea mis novelas, porque yo soy el abastecedor por antonomasia de literatura ligera. Aunque, por supuesto, ello queda sabiamente disimulado gracias a mi título de Harvard y a mis numerosos relatos breves aparecidos en publicaciones *serias*. Todo es la fama que te echen, ¿sabe, Pawel?, era Pawel, ¿verdad?; cuestión de inflar la propia imagen, Pawel, y de estar bien relacionado, y de saber quién quiere impresionar a quién y con qué y por qué motivo.

El hombre bebió otro trago, sofocando la risa. Intrigado a su pesar, Pawel decidió esperar un poco en lugar de marcharse. —Achille Goudron: he ahí un tipo serio. Sí, un tipo serio de verdad, el amigo. Pobre hombre.

—¿Por qué dice que es un *pobre hombre*? —preguntó Pawel—. Es un hombre muy admirado. Es un gran escritor.

—Achille es un escritor con talento, de eso no hay duda. Pero tan grave, tan infeliz... A mí siempre me dice que tengo que ser más serio. Le encanta citar a Flaubert, sea o no el momento, el escritor que dijo que escribir es como un caldero agrietado en el que tocamos melodías para hacer bailar a los osos, cuando quisiéramos conmovier a las estrellas. Una vez me dijo que mis novelas poseen la semilla de la grandeza, pero que soy incapaz de hacer que se desarrolle a causa de mi apego a la adulación barata, al golf y a los escarceos amorosos, por este orden. Tenía razón. Esas tres cosas, en abundante cantidad, son lo que más me gusta. Ojalá fuera así siempre. El mundo es demasiado serio, ¿no se había dado cuenta?

Al ver que Pawel no replicaba, el escritor continuó.

—Pobre, pobrecito Achille, con ese mordisco tan insidioso en el tobillo. Con esa mujer, los niños perdidos, la elección a la Académie Française. Unas expectativas tan enormes depositadas sobre los hombros de un muchachito tan solitario...

Este comentario hizo retroceder ligeramente a Pawel, pues no solo parecía extraño, sino humillante hacia su mentor.

—Es una persona sabia —intentó Pawel a modo de defensa.

Audrey se rió sin más.

—No es ningún sabio, mi querido príncipe.

—Por favor, no vuelva a llamarme así.

—¿Por qué? ¿Acaso no es usted el favorito de la semana del Rey Sol? Le prevengo de una cosa: si se queda más tiempo en este falso castillo, usted, mi querido príncipe, dará con sus huesos en las mazmorras de su espléndida agonía.

—¿De qué está hablando?

—Tiempo al tiempo, tiempo al tiempo...

—Me parece que insulta usted a un gran hombre.

—Tiempo al tiempo —repitió el escritor una vez más, después de dar otro sorbo al brandy—. Mire, si quiere aceptar un consejo gratis, escuche esto: todos aquellos que aman a Achille acaban cayendo en las fauces de su apetito insaciable. Lo mismo que les ha pasado a tantos otros antes, lo mismo que me pasó a mí, tenga por seguro que le pasará a usted, si no se apresura a volver al circo lo antes posible.

—Yo no soy de ningún circo —le corrigió Pawel.

—Oh, sí que lo es. Ya lo creo que lo es.

Si la curiosidad de Pawel había mantenido hasta el momento a raya su desagrado por aquel hombre, ahora había desaparecido por completo. Airado, se levantó dispuesto a marcharse.

—Ah, tan joven, tan apuesto, y tan ingenuo y cruel.

—Es usted el que es cruel —replicó Pawel con vehemencia—. Y un desagradecido, ¿o no es usted un invitado en esta casa?

Inclinándose hacia delante y adoptando una expresión sobria y reflexiva, Audrey sacudió la cabeza en señal de negación.

—Ahí es donde se equivoca. No sabe hasta qué punto se equivoca. Yo he pagado por mi admisión, ¿sabe? De hecho pagué hace mucho tiempo.

—¿Cómo que pagó? —inquirió Pawel, en modo alguno convencido por nada de lo que tuviera que decir aquel hombre.

Audrey sonreía con tristeza.

—Déjeme que le haga una pregunta. Una pregunta seria: ¿por qué esa hambre suya es insaciable? ¿Qué es lo que busca en realidad?

—No lo sé. Yo no sé si busca algo o no.

—Él busca... oh, sí, sí que busca algo. Busca aquello que jamás podrá tener. El hombre al que busca no lo encontrará nunca.

—¿Qué hombre?

—Precisamente.

—No sé de qué me está hablando.

En ese momento se abrió de golpe la puerta y entró el propio Goudron, como llevado en volandas por una ráfaga musical de Strauss.

—Ah, estás aquí, Aubrey. Ven conmigo. ¡Hay alguien a quien *quieres* que conozcas!

Poniéndose de pie, el americano dirigió una fugaz sonrisa a Pawel y se volvió hacia su anfitrión.

—Otro famoso adorable que vive del cuento, ¿no, Achille? ¡Por favor!

—Nada de eso. Se trata de un crítico literario muy importante. Smokrev.

—Ah, el conde.

—¿Le conoces?

—Solo de oídas. ¿Es uno de tus planetas, o simplemente luna de planeta?

—Un asteroide.

—Más que eso, por lo que he oído. Es un hombre deliciosamente peligroso. Hay rumores de que es fascista. Escribe con regularidad una columna para *Lettres Françaises* y colecciona cuadros de

una pornografía escandalosa. De verdad, Achille, ¡vaya compañías! Y lo que es peor, sus ensayos han destruido a algunos buenos escritores y han encumbrado al éxito a más de uno malo.

—Ya, ya, pero es tan divertido... Y un paria, por lo demás. La comunidad polaca de París lo desprecia, razón por la cual no frecuenta sus círculos.

—La cosa mejora. Vamos, condúceme a él, querido. Me moría de ganas de conocerle.

Los dos hombres salieron, dejando a Pawel para que desentrañara tanto misterio a solas. Finalmente llegó a la conclusión de que Audrey o Aubrey era una de esas personas dignas de lástima, consumidas por la ambición y la envidia.

~

En enero, Pawel asistió a una representación de *Las suplicantes*, la tragedia de Eurípides, programada en un auditorio de la Universidad de París. Fue con Goudron y con un grupo de jóvenes amigos del escritor. Las entradas de todos fueron cortesía de Goudron. Después de la representación se celebraba una fiesta. Pawel les acompañó a la función con alguna reticencia, pues no le interesaban demasiado las representaciones teatrales, y había desarrollado además un desagrado por los animados y ardientes estudiantes que giraban perpetuamente en torno del escritor.

Sentado sin apartarse de Goudron, silencioso, arropado en su aislamiento personal, asistía con indiferencia al despliegue de situaciones de esa gran obra de tema bélico: la desolación de aquellos que pierden a sus seres queridos en unos conflictos desencadenados por los poderosos; la ceguera de quienes promueven tales guerras, que solo recogerán una cosecha de crímenes y vergüenza que otros tendrán que acarrear. A medida que progresaba la obra, las madres y los jóvenes hijos de los guerreros muertos suplicaban al victorioso rey Teseo que les devolviera los cuerpos de los vencidos, para poder enterrarlos con honor. Teseo escuchaba las peticiones de las mujeres y los muchachos, y con un ampuloso gesto de grandeza les concedía lo solicitado, pero solo después de obtener ciertas concesiones políticas.

Pawel no atendía tanto al desarrollo de la trama cuanto al llanto profundo que emanaba de las profundidades de los corazones afligidos. Lo oyó débilmente al principio, hasta que fue creciendo cada vez más en su interior. En la escena final, completamente henchido, le reventó cuando los muchachos gritaron en voz alta:

Y yo, desdichado de mí, despojado de mi pobre padre,
viviré en la orfandad en un hogar abandonado,
sin el amor protector de los brazos del padre.

Pawel rompió en sollozos, se puso bruscamente de pie y se marchó de la sala. Caminó durante horas por las calles de la ciudad, alimentando el dolor de un absceso que se le había abierto súbitamente en el pecho, perplejo, sintiendo odio hacia el mismo. Era incapaz de encontrarle una explicación, pues a su padre no lo habían matado. Él, Pawel, no era huérfano. Si bien era verdad que su padre no le había arropado con su abrazo protector y le había desaprobado siempre, aquello era una vieja historia de la que él se había desprendido ya, ¿o acaso no?

Por fin, pasada la media noche, llegó al *château* y entró procurando no hacer ruido al pisar. Encontró a Goudron en su estudio privado. El escritor se había quedado dormido, recostado en la butaca de respaldo alto junto a la chimenea. Una copa de coñac medio vacía descansaba en una mesita a su lado, y tenía un libro abierto en el regazo. Pawel se sentó en una silla situada enfrente y se quedó observando a aquel hombre durante un rato. *Aquí está mi anfitrión, se dijo para sí. Este es mi benefactor, el que me ha rescatado de un mar de problemas. ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Por qué sigue ayudándome? Aquí está en verdad mi padre al que no han matado.*

Entonces, por primera vez, Pawel comprendió que el escritor estaba protegiéndole con abrazo paternal. Aquella adopción misteriosa, no declarada, no tenía explicación, y era precisamente el

carácter implícito de aquella amistad lo que acrecentaba su belleza. Le invadió un sentimiento de gratitud que alivió el dolor y selló el absceso.

Goudron se despertó con un sobresalto, tosió y se frotó los ojos.

—Ah, mi joven guerrero —murmuró—. Despojado de su armadura, suplicando ante las puertas de Atenas. ¿La apoteosis del valor? ¿O es más bien desesperación?

Pawel negó con la cabeza, sin comprender.

—Ya has visto a esos niños —prosiguió Goudron—, llevando en sus pequeñas manos los cuerpos de sus nobles padres que yo gané para ellos: mi ciudad y yo te los ofrecemos como regalo.

Pawel movió de nuevo la cabeza de un lado a otro. Goudron se rió.

—Te has marchado muy pronto —dijo en un susurro, con los ojos fijos en la copa de coñac—. Necesitaba pensar —repuso Pawel.

—Y sentir, sospecho.

Goudron cogió la copa de encima de la mesa y bebió un sorbo con expresión concentrada.

—Dejemos que el pasado se vaya, Pawel, ¡que se lleve las cenizas de nuestros padres! Están ahora suspendidas sobre nosotros, en el aire. Fundidas por el fuego, ¡han partido en dirección al Hades!

Goudron se puso de pie titubeando.

—Teseo gana los cadáveres para los hijos afligidos, es cierto —dijo con voz pastosa—. Pero eso tiene un doble sentido, porque antes les había quitado la vida... un hombre doblemente generoso. Un rey generoso.

Se tambaleó, y luego se tropezó al querer acercarse a Pawel.

Este agarró a Goudron por los brazos y le ayudó a enderezarse.

—Ah, ah —jadeó el escritor, con los ojos inundados de lágrimas—. Hermes, mensajero, quédate conmigo en mi viaje, pues el pasado es presente y el presente está convirtiéndose en futuro otra vez.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo Pawel—. Está cansado, debería irse a dormir.

—Una y otra vez, una y otra vez...

—Es tarde.

—Sí, es demasiado tarde, y yo he estado perdiendo demasiado el tiempo, atado por el yugo de un lecho nupcial legítimo. De pronto los ojos de Goudron recuperaron la claridad. Dejó escapar una risa amarga, retrocedió un paso y se irguió.

—Demasiado clasicismo para una sola noche —dijo—. En serio, debería ver algo de Brecht.

—¿Brecht?

—Brecht. *La ópera de tres centavos*. Es una pieza de teatro musical.

—No había oído hablar de ella.

—¿No? Ha conquistado Europa y toda América. Debe de haber pasado de largo por Polonia.

—Bueno, yo... no he visto mucho teatro —balbució Pawel—. Aunque esta noche he sentido por vez primera el poder de este arte.

—Sí, el poder. Siempre presente. Y la política. Y la raza. Y la cultura. Pero Brecht, ah, Brecht se ha hecho comunista, por lo que está perdiendo su poder creativo.

—A mí... me gustaría escribir algo —apuntó Pawel, con la esperanza de disipar la oscuridad creciente en las observaciones de Goudron—. Quizá... quizá un obra sobre... Polonia.

—Una obra sobre Polonia —sonrió Goudron—. Una idea excelente, si está dispuesto a intentarlo.

—No es más que algo que se me ha ocurrido. No estoy seguro de tener la capacidad.

—¡Una obra que conquistará Europa y toda América! —proclamó Goudron.

Y dicho esto, se volvió y se dirigió tambaleante hacia la gran escalera, y subió al piso de arriba, riéndose entre dientes todo el rato. Pawel se fue a su habitación en el ala del servicio y se durmió con un sueño agitado.

Al poco tiempo, Goudron partió rumbo a Argelia, en busca de un clima más cálido. Tenía intención de seguir hasta Túnez, donde iba a quedarse unos meses para acabar una novela. Durante ese período, Pawel vivió solo en el *château*. Todas las noches, una vez que se marchaba a casa la mujer de la limpieza, el lugar se quedaba completamente vacío: un caparazón espléndido. Día tras día deambulaba sin rumbo de una estancia a otra. Trató de leer una de las novelas de Goudron, cuyo estilo encontró tan lúcido como el de Kafka, pero la trama prácticamente impenetrable. El libro entero trataba de las relaciones humanas. Relaciones complejas, llenas de matices que Pawel no podía captar. Le pareció muy francés. El pensamiento se le iba en divagaciones, hasta que renunció.

En dos o tres ocasiones se sentó junto al fuego en el estudio e intentó visualizar un gran drama polaco, verter sobre el papel una destilación del genio, la pasión, la locura eslavos. No pasó de unas pocas hojas garabateadas. Pronto se dio cuenta de que era un texto patético e imitativo. Se dio por vencido y volvió a la pintura.

La soledad se había convertido en una dolencia constante, que no era producto tanto del deseo de volver a ver a su patrón cuanto de un estado de ánimo general de abandono, como si fuera a la deriva por un mar de horizontes sin límites, sin tierra a la vista, como si no tuviera pasado, sino tan solo un futuro indefinido. Cualquier compañía humana habría sido bienvenida, pero incluso cuando salía a comprar comida o a pasearse por las galerías de arte, apenas era capaz de mirar a la gente a los ojos.

Una vez pensó en lo maravilloso que sería conocer a una mujer hermosa, que fuera encantadora de formas, de corazón y de pensamiento. Pero estas efusiones de sentimentalismo eran meras imaginaciones caprichosas, que tan pronto se iban como habían venido.

—¿Por qué estoy tan solo? —preguntaba a las paredes del *château*—. ¿Por qué no he encontrado alguien a quien amar? ¿Soy un hombre? Pero ¿qué *es* un hombre? ¿Soy un niño aún? Y si lo soy, ¿cómo me haré un hombre?

Le venían a la imaginación recuerdos desagradables, que se le extendían por el pensamiento, y luego hasta el corazón. Recordó aquellos inquietantes momentos de su juventud en que, incapaz de hacer acopio del valor suficiente para llegar hasta las mujeres, sus deseos se habían vuelto hacia los hombres... aquellos encaprichamientos que apenas recordaba, nunca manifiestos ni llevados a la práctica, de los que se había arrepentido al instante. Los había alejado de sí como tentaciones, pero ahora volvían con una fuerza sin precedentes.

—¿Qué me está pasando? —se preguntó—. ¡Oh, que no!

Asustado, se paseaba de un lado para otro del Castillo de las Brumas, bajando y subiendo las escaleras, y daba cien vueltas por el jardín, hasta que se encontraba tan cansado que todo deseo remitía. De vez en cuando, su mirada se veía atraída por la blanca basílica de la colina sagrada, pero siempre acababa desechando aquella nostalgia infantil.

—Tienes que seguir adelante —se reprendía a sí mismo—. No puedes volver atrás.

¿Dónde estaba su futuro? ¿Qué sentido tenía su vida? ¿Había alguna vida humana que tuviera sentido? Si así era, ¿cuál era la verdad de la vida, y dónde la encontraría, si existía? ¿En el amor? No, el amor era un contrato social que tenía como finalidad la propagación de la especie, ¡y su precio era invariablemente la destrucción de la libertad y la creatividad!

Avance y retroceso. Argumento y contraargumento.

—¡Todo amor es traición o prisión! —declaró ante los gorriones que piaban, que habían encontrado la manera de entrar en el invernadero a través de un cristal roto, y ante los dragones dorados que vivían allí.

—No, no es así. Hay un amor que no traiciona ni te hace prisionero, hay un amor que busca la verdad... el de mi benefactor, mi padre para el arte. Es un profeta del hombre del futuro, y está dispuesto a luchar por la destrucción de los falsos valores sociales, para que en la civilización nazca algo nuevo.

Qué agradecido estaba Pawel a su único amigo verdadero. Pero también era consciente de que no podía dejarse llevar hacia sentimientos muy fuertes hacia aquel hombre.

—Soy una piedra — sentenció. Y dicho esto, se sumió en un estado de indiferencia en el que nada pudiera hacerle daño.

Aun así, cada vez se sentía más frustrado por su falta de inspiración. Incapaz de concentrarse, sintiendo una oscuridad creciente a su alrededor y en su interior, deambulaba por las calles de París día tras día, semana tras semana, indagando eso sí en todas las galerías de arte, buscando la confirmación de lo que le había dicho Goudron. Las galerías públicas parecían monumentos fúnebres conmemorativos del pasado, y ahora Pawel no sentía otra cosa que desagrado por los cuadros que otrora había amado. En efecto, ya ni siquiera Renoir, Degas y Monet, aquellos héroes gigantescos del pasado reciente, podían emocionarle. Que fueran genios no lo dudaba. Pero si Goudron tenía razón, se habían preocupado demasiado por la belleza, su visión de un mundo armonioso era el producto de unos ojos llenos de prejuicios y que jamás habían sido humillados, que jamás habían pasado hambre. Salió con disgusto del Museo del Impresionismo, furioso interiormente contra la burguesía y los perritos falderos mimados a los que llamaban *artistas*.

En las galerías comerciales no le fue mejor. Allí todo era ambición, presunción y belleza artificiosa.

Cierto día, sin embargo, en que entró en una pequeña galería de Montmartre, se detuvo delante de un cuadro de Georges Rouault. Era una imagen de Cristo agonizante, clavado en la Cruz. No supo por qué le emocionó, pues había perdido ya la fe. Supuso que le evocaba imágenes de los campesinos de su niñez. Pero le intrigó, porque el artista había conseguido una síntesis entre una temática tradicional y una técnica revolucionaria. Era semiabstracto, pero en esencia no era una abstracción. Esto le resultaba inexplicable. Había un poder en aquella imagen que le hizo preguntarse si no se le habría pasado algo por alto en su aniquilación del pasado.

Obtuvo la dirección de Rouault de su marchante y le escribió. Vivía en Versalles. Por supuesto, Pawel fue franco con respecto a su posición. Declaró que no creía en nada, pero que el cuadro de la Crucifixión le había impresionado. Preguntó a Rouault si pensaba que todos los grandes caminos de la tradición de la historia del arte estaban ahora cerrados, tal y como sostenían tantos teóricos. Y si no estaban cerrados, ¿cuál era el que debía seguir un joven pintor? ¿Debía él, Pawel, seguir el rumbo de la más absoluta abstracción, o quizás el del simbolismo, o bien optar por un realismo figurativo de nuevo cuño?

Rouault le contestó con una carta muy cortés. Se refería a la escena del arte actual con palabras críticas e insistía en que la confusión del arte moderno nacía de temas más profundos que las meras cuestiones de estilo. Concluía diciendo: «Un hombre solo puede crear con el material de aquello que ama».

Pawel le replicó con una breve nota: «¿Y si no ama nada?»

Pensando que aquella rudeza habría puesto punto final a su correspondencia, Pawel se sorprendió cuando, al cabo de una semana, recibió respuesta:

El hombre que no ama, aún no se conoce a sí mismo. En el interior de todo corazón hay una imagen del amor, por enterrada que esté. Hay que buscarla y encontrar por uno mismo el lenguaje que le es propio, las palabras que liberen el icono oculto.

«¿Cómo se hace eso?», contestó Pawel en una pequeña postal con un desnudo de Matisse.

Rouault replicó en una pequeña postal con el rosetón de la catedral de Chartres: «Sometiéndose uno a las fuerzas de la vida. Sufriendo.»

Pero esa idea era muy sombría. Pawel pensó que él ya había sufrido más que suficiente.

Escribió una respuesta en el reverso del anuncio de un salón de baile de desnudos, un cartel que había sustraído de un expositor con este propósito. «El sufrimiento no me ha enseñado a amar», puso. «Me ha enseñado a odiar.» Dobló el cartel, lo metió en un sobre grande y lo envió por correo, pensando:

Adiós para siempre, monsieur Rouault, ¡ahora no hay duda de que esto será una prueba irresistible para su tolerancia!

A lo largo de la semana siguiente Pawel sintió algunos remordimientos por lo que había hecho, reflexionando acerca de lo que le había escrito a Rouault. ¿Él odiaba, de verdad? Sí, a él le parecía que sí. Odiaba la presuntuosa indiferencia de las masas. Odiaba a aquellos que ocasionaban las guerras y que llenaban las calles de vidas marginales. Odiaba a los artistas de éxito que se ponían el mundo por montera con tan infalible talento para medrar personalmente. Odiaba a personas como la portera, y a Henri, el maestro pintor, y a los propietarios de galerías de arte, para lo cuales no había mayor dios que el dinero. Y a Photosphoros, que habría visto muy contento cómo se moría de hambre (estaba seguro) con tal de preservar la «pureza» de su modo de vivir. Se preguntaba incluso acerca de los motivos que impulsaban a Rouault. El odio, a medida que lo iba alimentando, se extendía como una niebla oscura. Solo Goudron quedaba exento. Solo él había demostrado estar libre de sucias motivaciones.

Rouault no le contestaba, y Pawel asumió con amargura que se había desentendido de él lavándose las manos, como todas las buenas personas religiosas.

—¡Cristianos! —exclamó con desprecio.

Pero entonces, para su asombro, Pawel recibió una larga carta de él. Rouault le pedía disculpas por su silencio. Había estado muy enfermo, y todavía estaba recuperándose. Había rezado por Pawel, y había ofrecido a Dios su enfermedad por él.

¿Sabes, Pawel, que aunque no nos hayamos visto nunca en persona, me parece como si te conociera muy bien? Yo también he experimentado esa angustia que sientes. Tienes que venir a Versalles y conocer a mi esposa y a mis hijos, y a algunos amigos nuestros. Maritain es un filósofo católico ex ateo. Su esposa, Raisa, es también filósofa, y mística. Es rusa, una judía que se ha convertido a Cristo.

Pawel se vio inundado de emociones en conflicto. A pesar de su aversión de siempre a las relaciones sociales, sintió un repentino anhelo por conocer a aquellas personas singulares. Pero no se decidía a abandonar la ciudad. ¿No existía el peligro de sentirse tan impresionado, verse tan seducido por el círculo de Versalles como para volver a sus anticuados puntos de vista? ¿Debía ahora apartarse de su búsqueda heroica y solitaria de un nuevo lenguaje que le fuera propio? Discutía consigo mismo, decantándose ora por un lado, ora por otro.

Resultó curioso que Goudron le telefonara desde Argel en el momento mismo en que estaba a punto de abandonarlo todo y marcharse al encuentro de Rouault y los Maritain. El escritor escuchó con paciencia mientras Pawel le contaba los detalles del intercambio epistolar. Luego, adoptando un tono racional, respondió a las ideas del artista con gran elocuencia, sentido del humor y sutileza. Aseguró a Pawel que el nuevo humanismo era superior al llamado humanismo cristiano de Rouault, dominado en realidad por un dios tiránico y cruel al que jamás se conseguía aplacar. Le dijo que Rouault era un fanático religioso, demasiado influido por Léon Bloy y los Maritain. Sería un error ir a Versalles, le dijo.

—Además, tengo excelentes noticias para ti, querido amigo mío, noticias que te convencerán de que no es el momento de dejar que nada te distraiga de tu camino. Debes perseverar en la dirección que has tomado. Acabo de cerrar las negociaciones para montar una exposición de tu obra en la misma galería en la que exponen Picasso y Braque.

Aquellas eran noticias verdaderamente emocionantes, aunque experimentara ante ellas un sentimiento depresivo que se alternaba con la desesperación, por cuanto Pawel tenía muy pocas cosas que mostrar, al cabo de todos aquellos meses de trabajo, y ninguna de ellas original..., en fin, a excepción de la visión de Zakopane, pero naturalmente, esta era una pieza sin valor, que no conducía a ninguna parte.

Escribió a Rouault, explicándole que por el momento no estaba en disposición de viajar, que debía preparar una muestra de su obra, a celebrar en el otoño del año siguiente.

«Tal vez nos conozcamos algún día», concluía. «Quizá a usted y a sus amigos les guste asistir a la inauguración.»

Secretamente, se sentía complacido por el hecho de poder ofrecer una invitación tan solemne, de encontrarse de pronto aparentemente en un nivel de igualdad con él, y posiblemente de superioridad, ya que, ¿acaso no formaba parte Rouault de los restos de un mundo agonizante, y no era Pawel un precursor del nuevo que nacía? Pero, cosa extraña, Rouault pareció complacerse ante la buena fortuna de Pawel y contestó diciéndole que estaría encantado de asistir. Y así, aquella curiosa correspondencia, un diálogo entre un creyente y un no creyente, continuó durante los meses sucesivos. En su siguiente carta, Rouault le escribió:

Querido Paul, la imagen del Cristo rechazado es la más difícil de pintar de todas. El artista tiene que evitar el efectismo melodramático. Tiene que arrastrar al observador a la angustia interior de Jesús, que es equiparable a la noche oscura del alma. Pocos pueden abordar este tema libres de prejuicio. Más de un cristiano, al mirar, ve un viejo cliché, un mensaje religioso al que dar su asentimiento... ni más, ni menos. Pero si lo observa con ojos claros, podrá ver la majestad de un Dios que sufre con nosotros y en nosotros. Cristo está siempre con nosotros. Sufre la angustia hasta el fin del mundo.

Por desgracia, el ateo, al mirar mi Jesús crucificado, solo ve la muerte de Dios. ¿Y tú, Paul? ¿Tú también crees que Dios ha muerto? ¡Ay, mi joven pintor, somos nosotros los que no estamos vivos! El corazón del hombre moderno se ha vuelto frío. Mi más profundo anhelo es el de pintar algún día la faz de Cristo con tal autenticidad que hasta el corazón más endurecido se convierta ante ella. Pero como dijo Fra Angelico una vez: *para pintar las cosas de Cristo, uno tiene que vivir con Cristo*. De modo que el artista tiene que estar dispuesto a ser crucificado si es que quiere pintar una imagen como ésa.

Herido por la crítica a los no creyentes, Pawel replicó:

Monsieur, ¿acaso no basta con desear, como yo deseo, pintar una imagen del Hombre? Si un artista tuviera que crear un rostro humano, con toda su belleza y su nobleza irradiando a través de sus más espantosas heridas, ¿no sería esto un logro igual de grande, acaso mayor? ¿Habría alguien que pudiera, después de haber visto una imagen así, volver a hacer daño a otro ser humano?

Goudron regresó de África y no tardó en adaptarse de nuevo a su rutina de escribir y asistir a fiestas, que Pawel eludía casi siempre. «¡Tengo que trabajar!», proclamaba con solemnidad. Con una lentitud desesperante, los cuadros empezaron a llenar las paredes del estudio. Se impuso a sí mismo un ritmo de uno por semana. Trabajaba llevado por una frustración rabiosa, rabia contra sus propias limitaciones técnicas y contra las limitaciones de la intuición creativa que, según creía, le habían infligido las mentiras de la Vieja Europa, especialmente la educación católica. Pintó Notre-Dame ardiendo bajo una lluvia de bombas. Pintó un baile de etiqueta en el que se había congregado la pequeña burguesía, personas que llevaban medallas de guerra en el pecho y cadenas en los tobillos, y de ojos taimados, codiciosos, sin vida. Representó con expresivo realismo a Henri, el maestro pintor, desnudo y corpulento sobre un escenario, rodeado de estudiantes que le abucheaban, con los ojos enloquecidos por la humillación. También a la portera como la Medusa. A Photosphoros como a un fariseo en medio del Sanedrín. Y escenas de degradación, pero no las señoritas de la noche de Toulouse Lautrec, sino los desesperados ojos de las prostitutas sifilíticas.

—*Formidable!* —le decía Goudron—. Estás abriéndote paso hacia tu propio lenguaje. ¡Esto sí que es original, por fin!

En sus cartas a Rouault, Pawel le describía su nuevo trabajo con todo detalle. Un tono de tristeza llenaba las respuestas, pero no a causa de la temática misma, por cuanto también Rouault pintaba la condición humana en toda su integridad, incluidas las prostitutas. No, a él le preocupaba otra cosa.

Cuando uno expone esta desesperación moral a los ojos del mundo, no debe olvidar la dignidad humana, hasta en la mayor degradación. Querido Paul, el artista debe siempre preguntarse a sí mismo: ¿estoy pintando la superficie tan solo, o estoy revelando el alma eterna de lo representado? Sin ello, no hacemos otra cosa que añadir desesperación. Pasamos a ser, también nosotros, de los que se aprovechan meramente de las prostitutas; peor, puesto que no les pagamos.

Causó una gran impresión en Pawel la profundidad de la compasión de aquel hombre, una empatía que parecía en contradicción con lo que había dicho Goudron acerca de la fría y tiránica religiosidad del artista. Le entraron más ganas de conocerle que nunca. Pero una vez más se retuvo.

Sospechaba que si aquellas personas de Versalles llegaban a conocerle, penetrarían al instante en sus tinieblas, pero sin capacidad ninguna para disiparlas. Se asomaría a su alma de la misma manera en que Rouault se asomaba al alma de las ramerías y los payasos de circo. Se convertiría en objeto de discusión, o simplemente en objeto a secas. Siendo su admirable compasión puramente abstracta, lo mirarían como un material fresco para sus piadosas reflexiones. No le cabía duda de que lo tratarían con una cierta corrección caritativa, pero no le pedirían que volviera. A Pawel le parecía que, si eso pasaba, sus tinieblas no harían sino aumentar. No podía arriesgarse. Sabía que no sobreviviría a una experiencia semejante.

Aun así, seguía deseando proseguir el diálogo. En un intercambio de notas final, Pawel afirmaba que en el momento de la historia en que se encontraban era necesario derribar el edificio mismo del lenguaje con el fin de penetrar hasta los fundamentos del significado. Destruyendo, proclamaba, se abría paso a una nueva edad dorada de la creatividad.

Rouault le contestó:

Cuidado, Paul. Aléjate de esa seductora vía de pensamiento. El lenguaje, y para ti y para mí esto significa el lenguaje visual, debe purificarse, no destruirse. Si pierdes el simbolismo, perderás tu manera de conocer las cosas. Si destruyes los símbolos, destruyes los conceptos.

Hay otro peligro. Si corrompemos los símbolos, los conceptos se corrompen también, y entonces perdemos la capacidad para comprender las cosas tal como son, y nos hacemos vulnerables a la deformación de nuestra percepción y de nuestras acciones.

Una vez más, Rouault instaba a Pawel a que fuera a Versalles. Enterado de ello, Goudron le dijo a Pawel que le sería mucho más beneficioso conocer a los expresionistas alemanes. Poco después partieron hacia Berlín, donde asistieron a una exposición privada de los grandes pintores de aquella escuela, tales como Beckmann, Kirchner y Dix, que ya entonces sufrían las burlas de los nacionalsocialistas. En sus cuadros no parecía que destruyeran ni corrompieran los símbolos, sino que más bien los reordenaban de acuerdo con criterios nuevos y perturbadores.

Goudron y Pawel fueron al estudio de Beckmann, donde le vieron trabajar en un mural titulado *Partida*. Estaba lleno de una mitología personal y de escenas de tortura: un hombre desnudo con las manos cortadas, atado a una columna; una mujer que gritaba y deambulaba por los salones de la locura, denunciando un antiguo crimen anónimo y advirtiéndolo de otro por llegar. A Pawel le pareció grotesco, pero obra del más puro genio. En el panel central, un rey con la mirada perdida en el océano se aprestaba a partir. Era el Kafka de lo visual.

Después de dejar el estudio de Beckmann, Goudron llevó a Pawel a un barrio de la ciudad en que la vida nocturna seguía las tendencias de vanguardia. Al entrar en un club subterráneo, Pawel se sorprendió al ver hombres medio desnudos bailando en la pista. Apartó la mirada.

Las personas sentadas en la mesa vecina saludaron a Goudron como si fueran viejos amigos. Uno de ellos, un hombre muy delgado de unos ochenta años, vestido con una chaqueta de terciopelo rosa, le dijo:

—*Ami*, estoy peleándome en mi última novela con el concepto de desnudez.

—¿No estamos todos en lo mismo, Heinrich? —repuso Goudron, provocando risas entre las personas de las mesas contiguas.

—No, no, hablo en serio. —El alemán hizo un gesto en dirección a los jóvenes que se contorsionaban en la pista de baile—. ¿Es lujuria, o son manifestaciones simbólicas del subconsciente?

—Lujuria, Heinrich. Sin la menor duda.

—*Ach!* ¡Vosotros los franceses! Os corre demasiado Proust por las venas. Bueno, el caso es que yo digo que la desnudez es siempre un símbolo subconsciente de estados metafísicos.

—¿*Meta*-físicos? Yo más bien diría físicos.

—¡No, no! ¡Escúchame! La desnudez es la forma artística originaria, la dramatización del Paraíso Perdido que surge de la memoria racial.

—Vete a buscar un balneario nudista, Heinrich, y deja de filosofar.

—Es vulnerabilidad existencial, ¿sabes?, y siempre que... Goudron, entonces, le dio la espalda.

El anciano le espetó, encolerizado:

—¡Pretender hablar contigo, Goudron, es como meter los pies en alquitrán!

Sus palabras se las llevaron los primeros compases de una nueva pieza musical que la orquesta había empezado a tocar a todo volumen. La música era obsesiva. Penetraba en el interior de la fortaleza misma del yo.

—Esto está compuesto por mi amigo Kurt —gritó Goudron a Pawel—. Kurt Weill.

Por toda la sala había personas vestidas con trajes muy elaborados. Había muchas parejas bailando. En las mesas, las parejas, de aspecto elegante y muy bien vestidas, se besaban sin ningún comedimiento. Eran todos hombres.

—Qué sitio tan raro —comentó Pawel mientras la música terminaba.

Goudron se rió.

—Solo al principio. Yo me siento en mi medio.

—¿En su medio? —murmuró Pawel, abriendo desmesuradamente los ojos.

—No tienes por qué hacerte el ingenuo —dijo Goudron—. Es encantador por tu parte, pero ya es tarde para eso.

Rodeó con el brazo a Pawel por los hombros, al tiempo que hacía chasquear los dedos para pedir bebida. El camarero trajo absenta verde, y Pawel se quedó mirando fijamente el interior de su copa, como si hubieran sacado aquel líquido esmeralda de una ciénaga.

Goudron se bebió la copa de un trago, y luego otra. Pawel dio un sorbo a la suya, apreciando un sabor que detestó y le gustó a un tiempo.

—Ah, mi inocente amargadito —le sonrió Goudron mirándolo a los ojos—. Bébetelo hasta las heces. ¡Bebe y te coronaremos *Prince de Beauté!*

Luego cogió el rostro de Pawel entre sus manos y le besó en los labios.

Pawel echó la cabeza hacia atrás de golpe, mirándole con espanto.

—Ven aquí —rió Goudron—. Si lo que quieres es otro.

—Nn... no —balbució Pawel.

Se quitó de encima a Goudron con torpeza y se levantó. La multitud rugió de risa, disfrutando ante la humillación sufrida por Goudron. Pawel fue tambaleándose hasta la salida y se marchó apresuradamente del club.

Aguantándose apenas las lágrimas, estuvo dando tumbos por las calles de Berlín durante toda la noche. Le invadía un ataque de odio hacia sí mismo, y en tal estado encontró otro puente más desde el que arrojarle, un abismo abierto sobre el río Spree. Pero la ira le salvó. En un instante vio la estrategia que había seguido Goudron durante todo ese año. Había dejado que Pawel construyera todo aquel inmenso respeto y amor hacia él, aquella dependencia con respecto a él, para que todo se revelara al final como una calculada seducción sexual.

Pawel utilizó el billete de vuelta para regresar a París. Goudron no fue en el vuelo, tal vez porque prefería evitar a Pawel, tal vez porque deseaba ahogar su humillación en los placeres berlineses. Al aterrizar en el aeropuerto de París, cogió un taxi al Château des Brouillards y se apresuró a recoger

la ropa con la que había llegado allí un año atrás. Fue a mirar en el estudio y sintió por sus cuadros un aborrecimiento tan intenso que dejó de importarle lo que pudiera ser de ellos. Después de todo, eran creación de Goudron. Que se los quedara él como pago por su hospitalidad. Dudó ante la visión de Zakopane, pero decidió dejarla también, pues era demasiado grande para cargar con ella. Se llevó tan solo la pequeña pintura de unas flores que había comprado con su sueldo de jardinero.

Mientras despojaba su dormitorio de las cosas que eran inequívocamente de su propiedad, Pawel dio con las cartas de Rouault. Al reflexionar sobre ellas, consideró la posibilidad de ir a Versalles, pero estaba seguro de que en presencia de aquellos místicos católicos no sentiría otra cosa que vergüenza. Su fondo de oscuridad quedaría de manifiesto con toda crudeza. Se vería doblemente hundido. Arrojó violentamente las cartas a la chimenea del salón y las quemó.

—Volveré a mi país natal —declaró mientras contemplaba cómo las llamas devoraban aquellas palabras inútiles—. Ya no pertenezco allí, pero menos aún aquí. En realidad, no soy de ninguna parte. Al menos, en Varsovia podré volver a empezar.

Contemplando con odio el esplendor cultural del *château*, gritó:

—¿Qué soy?

Miró hacia un espejo y vio el rostro distorsionado de un hombre colérico. Un hombre más bien apuesto, un caparazón hermoso que albergaba una masa retorcida de contradicciones y autoengaños. Odió el rostro que veía ante sí, y comprobó que se hacía más odioso cuanto más lo odiaba.

—Príncipe de Belleza —gruñó—. Él te conocía mejor de lo que tú mismo te conocías. Bien, ¡pues nunca más! Me voy. Volveré al país de los muertos y me haré de piedra. Sí, soy un hombre de piedra. Nunca más permitiré que otra persona vuelva a ver en mi interior ni me toque.

Y se marchó así hacia la estación de Saint-Lazare con la intención de subirse al primer tren que partiera con destino a Polonia. La idea de coger la ruta directa que pasaba por Berlín le revolvió el estómago, y más si ello significaba tener que esperar un día más, así que sacó un billete para el tren de Viena, que salía en menos de una hora.

Esperaba encontrar un enlace en Viena con destino a Varsovia, pero al llegar comprobó que no tenía dinero suficiente para la última etapa del viaje. Si no quería tener que cruzar los Cárpatos a pie, tendría que encontrar rápidamente un empleo. Para su desesperación, la experiencia de París volvía a repetirse. Había muy pocos trabajos disponibles. Estaba decidido a lavar platos en un restaurante con tal de que lo emplearan, pero había un montón de gente dándose codazos para conseguir cualquier trabajo. Las pagas eran extremadamente bajas; las horas, nunca las suficientes como para poder comprar el billete. Se gastó el último dinero que le quedaba en comida. Anduvo y anduvo, buscando ayuda por todas partes. Ya la había encontrado una vez, tal vez le llegara de nuevo. Quería rezar, pero no podía. Al final, cuando no podía más de hambre, gritó:

—¡Dios... si es que hay Dios, te suplico que me ayudes! ¡Pero no al precio de la degradación! ¡Ya no lo soporto más!

Al cabo de unas horas, Pawel entraba en el Kunsthistorisches Museum. Allí vio ocho cuadros de Brueghel, entre ellos *La parábola de los ciegos* y *Boda campesina*. Parado delante del primero, veía su rostro en cada una de las almas que caían al abismo. Tampoco la alegre escena de la boda consiguió levantarle el ánimo, por cuanto no encontró su rostro en ella. Por el contrario, veía aquello que él nunca tendría, lo que nunca sería.

Entonces dio con una obra de un artista anónimo de finales del siglo XIX, *El juicio final*. No entendía cómo era posible que no hubiera oído hablar nunca de aquel cuadro, pues era obvio que se trataba de una obra de arte. La imagen no era tan compleja ni estaba tan poblada de personajes grotescos como el famoso cuadro de El Bosco de igual título. No, su poder resultaba magnificado por su simplicidad. El artista había representado la segunda venida de Cristo como el retorno del Señor a un mundo devorado por el mal. En la mitad superior, un orden divino luminoso desciende a un campo de energía demoníaca y abominación universal. Las personas van dando tumbos a través del paisaje desolado, incapaces de elevar la mirada a la luz. Ya no pueden ver, ya no pueden creer. Piensan que la ruina es el balance final de la realidad. Él lo veía en sus rostros, la desesperación, el miedo, la terrible soledad. La soledad del Apocalipsis. Y en aquellos rostros vio el suyo propio.

Pawel rompió a llorar delante del cuadro. Tenía la impresión de que el artista había captado su propia experiencia a la perfección. ¿Cómo lo había logrado? ¿También él había sentido lo mismo que Pawel? ¿Había estado alguna vez en la misma situación en la que estaba Pawel ahora?

Él había dejado de creer en Cristo. Pero en aquella escena fantástica, junto a los ángeles y los demonios que luchaban entre sí sobre las almas de los hombres, vio desnudado todo el drama de su vida interior. Sí, era un mundo sin esperanza, pero la desesperación era conjurada misteriosamente por la magia del arte. Encontrar sus tinieblas interiores encarnadas en forma de pintura era como salir de ellas por un momento y, en cierto sentido, trascenderlas. Ser dueño de la alucinación era, al fin y al cabo, situarse por encima de ella.

En ese momento, un guarda del museo agarró a Pawel por el brazo y se dispuso a sacarlo fuera, por cuanto estaba llorando en voz alta, de forma incontrolable. Entonces una mano le cogió por el otro brazo, y una voz discutió con el guarda. Cuando Pawel dejó de llorar y se frotó los ojos, levantó la vista y descubrió que el guarda se había ido, y que un hombre muy viejo y encorvado le sostenía por el brazo y le miraba con expresión amistosa.

Iba impecablemente vestido con un traje elegante, llevaba un distinguido sombrero de fieltro y se mantenía erguido gracias a un bastón. Tenía la cara más arrugada que Pawel hubiera visto jamás, con la piel muy oscura, enmarcada por un cabello y un bigote blancos.

—Joven, ¿le ha turbado a usted este cuadro? —le preguntó con cortesía.

—Sí. No —repuso Pawel.

—Una curiosa respuesta.

—Ha liberado una pena dentro de mí.

—Ah, entonces ha cumplido muy bien su cometido.

—¿Quién es usted?

—¿Yo? Nadie. Pero a un empleado de correos le está permitido amar el arte. ¿También es usted amante del arte? —Sí, soy amante del arte.

El anciano asintió en dirección a *El juicio final* y dijo:

—Nunca jamás en toda mi larga existencia había visto a nadie llorar delante de un cuadro. No puede hacerse a un artista un cumplido más grande y sincero.

—Si pudiera encontrar al hombre que lo pintó —dijo Pawel—, le daría las gracias. Porque me parece que nadie podría haber pintado una escena como ésta sin haber experimentado lo que representa. Ha dejado un mensaje para todos aquellos que han estado en la misma situación en la que él estuvo una vez.

—Sí —dijo el hombre pensativo—. Sí, creo que es cierto lo que dice.

—Me pregunto quién sería el artista. Si está vivo, y dónde vive. ¿Tuvo éxito en la vida? ¿Fue feliz?

—Dígame, para usted, ¿cuál sería ese mensaje?

—Algo más que mera mitología cristiana. Está tratando de decir que incluso cuando todo parece perdido, es posible la ayuda.

—Sí, ha captado usted sus palabras a través de los años. Pero ha oído solo una parte del mensaje.

En ese momento dio unas palmadas a Pawel en el hombro y añadió: «Es deber del hombre viejo recordar al hombre joven que debe ser cauteloso a la hora de llamar a algo mitología».

—Yo creo que somos unos locos si esperamos que la ayuda nos venga del cielo —replicó Pawel.

—Ah, juventud, juventud —suspiró el anciano—. ¿Querrá disculparme, por favor? Desearía atender ciertos asuntos, pero no tardaré mucho. ¿Tendría la bondad de aceptar mi invitación a cenar?

Pawel reaccionó con recelo.

—He perdido a mi esposa hace poco —dijo el anciano—. No tuvimos la dicha de tener hijos. Le estaría agradecido si me brindara un poco de compañía.

Cuando regresó el rescatador de Pawel, le acompañó hasta un taxi que esperaba en la calle. El anciano dio instrucciones al conductor para que les llevara hasta un restaurante cercano a la estación de tren, donde invitó a Pawel a una cena suntuosa. No hizo ningún intento por entablar

conversación, y al final del ágape se levantó y le dio la mano. Pawel se la estrechó y le dio las gracias por su amabilidad.

—Tengo que irme —dijo el anciano—. No creo que volvamos a vernos. No sé nada de usted, salvo que ha pasado por un gran sufrimiento. Pienso que hará usted un gran bien en su paso por el mundo. No pierda la esperanza. Encuentre el camino de vuelta a casa.

Cuando se había marchado, Pawel descubrió que había dejado un sobre encima de la mesa. Dentro había dinero suficiente para varias comidas y para un billete a Varsovia. Y también una nota sin firmar, en la que estaba escrito:

Mi querido amigo:

Le agradezco mucho que haya llorado delante de mi cuadro. He esperado más de cincuenta años un cumplido como ese. Lo pinté cuando era tan joven como usted, durante un período de tinieblas interiores, una época en la que creía que no había amor en el mundo. A partir de entonces no pude pintar nada más. Dios le acompañe en su viaje. Hay amor en el mundo. Verá como lo encuentra.

5

Pawel llegó a Varsovia un domingo por la tarde, a tiempo de oír el repique de las campanas de la ciudad bajo el cielo invernal. Era un sonido hermoso y puro. El aire era claro, la atmósfera estaba en calma. Después de la estancia en París, su ciudad le pareció pequeña y decente.

Se dirigió en primer lugar al apartamento de la familia en la calle Zielna, solo para que el patrón le informara de que se lo había alquilado a unos extraños. A continuación fue a ver a su hermano mayor, Jan, a Swietokrzyska. Justo antes de que Pawel se marchara a París, Jan se había unido a una mujer llamada Sara Nohler, una judía estudiante de medicina. El negocio de relojería le iba muy bien, su futuro parecía asegurado.

Estaba loco de alegría. Pawel se sentía inquieto por el reencuentro, temía que el fracaso total de su vida se evidenciara en el sombrío contraste entre él y su hermano.

Mientras subía la escalera que conducía al apartamento de Jan, Pawel se dijo con amargura que la vida pertenecía a los fuertes. La vida no tenía el menor sentido... Los depredadores de París, el anciano de Viena... Sí, hasta los raros momentos de compasión humana parecían ser la excepción, no la regla. En este estado de ánimo, le parecía prácticamente insoportable verse cara a cara con Jan, pero cuando su hermano abrió la puerta y le recibió con júbilo, Pawel se dio cuenta de que a Jan le importaba, y de que su autocompasión era algo execrable.

—¡Por fin en casa de nuevo! —exclamó Jan—. ¡Vamos, entra! Tienes que conocer a mi mujer y a mi hijo. ¡Sara! ¡Itsak! ¡Pronto, venid! ¡Un milagro!

Pawel compartió con ellos la comida, durante la cual habló poco, respondiendo a sus preguntas acerca de sus viajes de una forma tan sobria y escueta que ellos se sintieron incómodos y no siguieron preguntando. Él no les preguntó cómo les iba, puesto que era palpable la abundancia que les rodeaba. Se produjo una distracción salvadora cuando el niño, que apenas caminaba, cruzó tambaleándose sobre la alfombra hacia los brazos extendidos de su padre, cayéndose una y otra vez, chillando con alborozo por aquel juego divertido.

Aunque la conversación era forzada, a causa sin duda de los hoscos silencios de Pawel y del dolor no reconocido ni resuelto de su partida, años atrás, Jan trataba de mantener un tono ligero. En cierto momento exhibió con orgullo un piano nuevo marrón-dorado que tenía en el salón.

—Es un Bechstein —declaró—. Terriblemente caro. Pero los ingresos de Sara en la clínica han aumentado y mi negocio sigue prosperando. Gracias a los relojes de cucú suizos, y a los de péndulo británicos: son muy populares.

Con Itsak en brazos, se sentó en el banco del piano y se puso a tocar. Lo hacía de manera lenta, pero aceptable. —Chopin —dijo Pawel con voz ahogada.

—La *Polonesa en Si* —asintió Jan.

—¿Cuándo retomaste el piano?

Jan separó ambas manos del teclado y las levantó como en señal de rendición.

—Antes de que tú te fueras a París comencé a recibir lecciones. No se lo dije ni siquiera a papá y a mamá. —Se rió—. Por supuesto, Madame Zitovski me dijo que no había nada que hacer conmigo, que tenía los dedos como un recolector de nabos. Pero yo no renuncié. Ah, Pawel, Pawel, si Dios me hubiera dado unas manos como las tuyas, ahora sería concertista en...

No pudo continuar porque el pequeño se puso a aporrear las teclas. Jan abrazó a su hijo, apretándolo con fuerza, y lo besó en las mejillas una y otra vez. Era evidente que Itsak era el niño bonito de la familia, rebosante del amor y la seguridad con que lo colmaban. Pawel se examinó las manos y se preguntó si había algo bueno que hubiera salido alguna vez de ellas.

Cuando Sara se llevó al niño para acostarlo, el rostro de Jan adquirió una expresión de seriedad. Con los ojos llenos de lágrimas, puso su mano rechoncha sobre el brazo de su hermano.

—Tengo malas noticias que darte, Pawel. Lamento tener que decirte que papá murió el pasado noviembre. El corazón se le había debilitado mucho por los años pasados en la cárcel. Ya no está con nosotros, nuestro querido padre.

Pawel no sintió nada... Estaba como entumecido, vacío.

—¿Y mamá? —preguntó.

—No está bien. Ha estado enferma todo el invierno, y ahora está viviendo con la tía Irma, en Mazowiecki. Pronto iremos a verla. Pronto.

Después de secarse los ojos, continuó.

—Hay otra cosa más. Estuvimos meses intentando dar contigo. Siento decirte que también el tío Tadeusz murió, pero me siento feliz de informarte que te dejó su negocio.

~

Y así quedó decidido cómo sería el resto de su vida. El tío Tadeusz había rescatado a papá y a mamá muchas veces en el pasado, y ahora rescataba también a su hijo, aun más allá de las puertas de la muerte. Y eso que al parecer siempre había sido un cascarrabias. Decenios antes, él y papá habían llegado a Varsovia procedentes de su finca en decadencia, al sur de Cracovia, papá para trabajar en un bufete de abogados y Tadeusz para abrir una librería. La biblioteca familiar sirvió de punto de partida para esta empresa, que obtuvo una reputación excelente en los años sucesivos. Pero con el declive de su propietario vino también el del negocio. Tadeusz se convirtió en todo un «personaje», uno de esos miles de tenderos singulares y demócratas hechos a sí mismos, que consideraban Varsovia el centro del mundo. Se pasaba el día sentado en una silla de brazos junto a la puerta principal, y cada vez que sonaba la campanilla anunciando la llegada de un cliente, le obstaculizaba el paso cruzando su bastón a la altura de los tobillos antes de permitirles la entrada. Si tenía las manos sucias, le invitaba a lavárselas en la palangana con agua que había junto a la puerta. Si se negaba, no entraba.

Cuando Jan llevó a Pawel a la librería, en la Ciudad Vieja, encontraron el bastón del tío junto a la puerta, metido en el paragüero. Era de madera de cerezo, con un mango de marfil con la forma del águila blanca de Polonia. Ambos se quedaron mirándolo confusos. Tadeusz había pegado a gente con aquel bastón. No con fuerza... un golpe seco en la pantorrilla o en el muslo. Algunos le habían sabido entender, y a los clientes fieles la tradición de lavarse las manos les parecía bastante divertida. Tadeusz insistía siempre en que eran unos privilegiados al tener la oportunidad de leer los libros extraídos de la biblioteca de un noble. Se había granjeado muchos enemigos y conservaba muy pocos amigos. Su actitud no nacía de una falta de amabilidad, ni había nada personal en sus nimias tiranías, sencillamente era el monarca de aquel reino en miniatura.

En sus últimos años, mientras el mundo exterior caía en el tormento y la locura, gritando por encima de incontables crímenes antiguos y de los que acechaban, Tadeusz se paseaba en zapatillas arrastrando los pies por toda la tienda, se encaramaba a lo alto de la escalera de tijera en busca de oscuros títulos y se dormía en la silla mientras los pilluelos del barrio le robaban *zlotys* y caramelos de menta del mostrador. Hasta que finalmente, como un rey que parte hacia el exilio, se marchó.

~

La herencia de Pawel resultó ser una colección de unos pocos miles de libros que no mucha gente quería, y un pequeño número de iconos. El nombre del negocio era un engorro. No pudo evitar una mueca al ver las doradas letras de madera sobre la puerta del establecimiento: *Dom Madrosci* («Casa de la Sabiduría»). Ya había olvidado lo mucho que le disgustaban aquellas palabras.

Tan pretenciosas. Tan propias del tono arrogante típico de la clase alta polaca. Si Tadeusz hubiera tenido un mínimo de sabiduría a la hora de tratar con las personas, no habría elegido un

nombre tan irónico para su negocio. Claro que, ¿quién era él para juzgarle por su fracaso en las relaciones humanas?

Una de las primeras cosas que hizo como propietario fue quitar aquel rótulo y reemplazarlo por otro más discreto, jugando con la palabra griega que significa sabiduría: *sofia*.

SOFIA LIBRERÍA DE VIEJO

¡Perfecto!, se dijo. El lenguaje tiende puentes entre las personas, aunque también puede separarlas. Que saque cada cual sus propias conclusiones. Oscuro y revelador. Revelador y oscuro. Solo los pedantes se molestarán. La mayoría de la gente pensará que el nombre es por mi mujer, inexistente, claro.

El nuevo nombre atrajo en efecto a los curiosos, pero estos no encontraron muchas cosas que comprar. El pensamiento de Tadeusz se había extraviado durante sus últimos meses de vida, y había dejado de reponer las estanterías a media que se vaciaban. Hacía siglos que no limpiaban el polvo en aquel lugar. Los libros de contabilidad estaban en el más completo desorden. Pawel tardó dos años en hacer que el negocio volviera a funcionar. Poco a poco fue aumentando el número de clientes. Había personas que entraban ocasionalmente en el establecimiento solo para ver el bastón de Tadeusz, ante el cual se sonreían, recordando tiempos pasados, pero pocas compraban algún libro. De vez en cuando, algún que otro poeta o escritor, de la oscura bohemia polaca, se entretenía entre las pilas de libros y se pasaba allí las horas, y acababa comprando ejemplares que el propio Pawel consideraba sin valor. Sin duda encontraban en ellos cosas que los ojos de Pawel no acertaban a ver.

Cuando tenía un buen día, se mostraba hospitalario. Servía té a los clientes, con los que intercambiaba prudentes consideraciones literarias. Por supuesto, era necesario rechazar las reiteradas invitaciones de abierta amistad ofrecidas por los intelectuales más jóvenes, tanto hombres como mujeres, muchos de los cuales lo encontraban «interesante». Él sabía que si llegaban a mirar por debajo del caparazón de su hermoso aspecto exterior, encontrarían un hombre lleno de agujeros, acibillado por las dudas y las contradicciones. Su única certidumbre era que no había ningún salvador, ni humano ni de otra naturaleza, que fuera a interesarse por él.

En los años inmediatamente precedentes a la invasión alemana, el negocio comenzó a rendir unos modestos beneficios. De hecho, Pawel acabó preguntándose si, después de todo, las crisis y caídas por las que había pasado no habrían tenido finalmente un sentido, como si ahora, aunque tarde, le hubiera llegado el momento de manifestarse contra todo aquello que había llegado a aborrecer en París. A finales de 1936 tuvo el capricho de montar una editorial, Zofia Press. La utilizó para publicar una colección de cuentos populares de Casubia, una región del norte de Polonia y una antología de poetas desconocidos (aunque todos ellos, había de confesarlo, tenían el honor de ser clientes de su librería). También publicó una traducción del relato del Anticristo de Vladimir Soloviev, extraída de *Los tres diálogos sobre la guerra, el progreso y el fin de la historia universal*. No habría sabido decir por qué le interesaba tanto este pequeño extracto. Le intrigaba, suponía, el diálogo entre los poderosos y los débiles de este mundo. Quizá le recordara también el Apocalipsis pintado por aquel anciano de Viena. Ninguno de los tres títulos vendió más allá de unos pocos centenares de ejemplares, pero al menos los volúmenes que no se vendieron contribuyeron a llenar los anaqueles. Su poco éxito no le turbó. Ya no aspiraba a ningún tipo de éxito humano. No tenía deseos de pintar, ni de ser amado, ni de ser grande. Estaba contento siendo un hombre mediocre. Su vocación, si es que podía llamarse así, era la de ser el último archivero de historias fútiles del mundo.

Aun así, seguía sintiéndose desdichado. No confiaba en los seres humanos. No podía perdonar a quienes le habían traicionado, y mientras observaba con frío ojo analítico las nubes de tormenta que se arremolinaban justo al otro lado de la frontera occidental, presentía que pronto iban a ocurrir muchísimos otros sucesos imperdonables. A pesar de la aparatosidad del malestar político de las masas en Europa, él se sentía acuciado por un creciente hastío, por un sentimiento de futilidad.

Aunque su vida estaba dispuesta de acuerdo con un cierto orden, su trabajo le reportaba pocas satisfacciones, y sus horas de ocio estaban vacías. No encontraba placer en nada, y así, durante el trascendental año de 1938, comenzó a reflexionar acerca de los atractivos de la muerte, creyendo que la nada suponía una liberación de la intolerable cárcel del yo. Viéndole tan desgraciado, sus hermanos le instaban a que regresara a los sacramentos. Él les respondía con una mirada de silencioso desdén.

Una noche de mediados de agosto, mientras cruzaba un puente sobre el Vístula se acercó al parapeto e inclinó el cuerpo hacia el agua, pero le faltó decisión para arrojar y retrocedió. Con las piernas temblando, volvió a Casa Sofia y se sentó en el vestíbulo, a oscuras. Después de horas de una angustia muda, empezó a anhelar aunque fuera un respiro transitorio en aquel estado de desesperación. Consideró la posibilidad de hacer aquello que desde hacía tiempo le sugerían sus hermanos. Más de una vez le habían dicho que fuera en peregrinación al santuario de la Madre de Dios de Częstochowa. Comprendía los motivos por los que se lo decían. Lo apostaban todo a un milagro de transformación personal que les aliviara de su preocupación crónica por su sombrío hermano. Querían que «Dios» lo arreglara. Por supuesto, no se sentía obligado a alimentar aquella liviana preocupación. Aunque un cambio de escenario tampoco parecía irrazonable, después de todo, aunque solo fuera una forma de escapar a sus bienintencionadas críticas, a sus ceños fruncidos, a sus repetidos «pobre Pawel», a su inquietud empalagosa, en suma, que lo único que lograba era reforzar su sentimiento de fracaso.

Su única visita a su madre aquel verano no le aportó ningún tipo de consuelo, pues la mujer padecía fiebres cerebrales y no le reconoció. Se agarraba a Jan y le llamaba «papá». Murió un año antes de la invasión alemana, y fue enterrada en Mazowiecki.

Tardó semanas en decidirse a realizar el viaje a Częstochowa... aunque también otro más corto. Los cementerios estaban más cerca, con todo su realismo. La vida era breve. La vida era absurda. La vida era carnívora; no, omnívora. Aunque en el pasado había observado ocasionalmente los curiosos giros y reversos de la fortuna, y había advertido también que la vida arroja algunas veces sorpresas a las playas de un mar permanentemente tempestuoso: restos de naufragios, conchas vacías y otras muestras de vida marina de una belleza asombrosa, aun así, estas eran las excepciones que confirmaban la regla. La vida era peligrosa, y acababa siempre fatalmente. Pero, tenía que admitirlo, uno no debía descartar la posibilidad de que hubiera algún significado oculto bajo sus sorpresas. Algo que solo era factible, claro está, en algún hoyo profundo en medio del embate de las olas.

Así fue como, sumido en uno de esos hoyos, cogió el tren a Częstochowa, a pesar de su razonada certeza de la inexistencia de Dios, a pesar de su convicción de, que si Dios existía, eso no le serviría de nada a los restos de un naufragio humano llamado Pawel Tarnowski. En el monasterio de Jasna Góra revivió los mecanismos de la fe que recordaba de su niñez, esto es, el aparato externo. Se arrodilló y se levantó cuando tocaba.

Repitió los gestos que consideraba, ahora, meros artificios culturales, pero que no podía abandonar por completo, respetando al menos los sentimientos de quienes seguían creyendo, la multitud de peregrinos humildes que le rodeaban y que contemplaban con fervor incondicional el altar y los iconos.

Más tarde, arrodillado ante el icono de la Virgen Negra, no sintió más que vacío. Levantó la vista hacia aquel rostro y pensó que era frío y sombrío. Vio dos hendeduras en una de las mejillas, que por alguna razón los monjes habían dejado sin restaurar, a modo de antigua herida que había adquirido significación histórica. Entonces, como fruto de una ilusión óptica, la expresión de la Virgen se suavizó, y sus ojos le devolvieron la mirada con una gran ternura.

«Yo también recibí golpes», le dijo. «Y una espada me atravesó el corazón.»

Sobresaltado por la intensidad de aquella conversación imaginaria y totalmente unilateral, retrocedió con brusquedad y se levantó. ¿Procedían de sí mismo aquellos pensamientos? Por fuerza tenía que ser así. Cosa del subconsciente, sin duda. En aquel momento, inexplicablemente, una oleada de sentimiento volvió a inundar su mundo interior. Le entraron ganas de llorar. De gritar. Le

dolía terriblemente, como cuando la sangre vuelve a circular en una extremidad congelada, pero había en ello una violenta exuberancia que prometía el retorno de la vida. Y, sumido en tal estado, le asaltó la posibilidad de que, fuera lo que fuera lo que le estuviera pasando, tenía que proceder de más allá de los límites de su estrecho yo. Se acercó tambaleándose a un confesionario.

El confesor era joven. No era uno de los ermitaños de San Pablo que vivían en el santuario, sino un sacerdote peregrino. Hablaba polaco con acento alemán. Le trató con amabilidad pero con firmeza y, después de darle la absolución, le prescribió que asistiera a la misa de inmediato y que recibiera la Comunión, para su fortalecimiento y curación. Le preguntó también si podían hablar cara a cara. Pawel accedió de mala gana.

Cuando hubo sonado la última campanada de la misa y el santuario se quedó desierto, salió a la montaña brillante y se encontró con el rostro al que había visto a través de la pantalla translúcida del confesionario.

—Soy su penitente —le dijo al sacerdote, que llevaba el hábito marrón de los franciscanos.

—Soy el padre Andréi —repuso.

—Yo me llamo Pawel. ¿Por qué quería hablar conmigo?

—Me ha parecido que necesitaba hablar acerca de algunas cosas de su vida.

—¿De mi vida?

—Ha hecho bien confesándose y reconciliándose con el Señor. Él es amor. No le abandonará. Nosotros, en cambio, las criaturas, siempre somos libres de abandonarle. ¿No es así?

—Así que ha deducido de mis pecados que soy un traidor —dijo Pawel, con voz y ojos a la defensiva.

El sacerdote le miraba con expresión grave.

—No puedo hablar con usted de una confesión. Estoy obligado a guardar silencio hasta la muerte.

—Si soy yo el que le pide que hablemos sobre lo que le he confesado, ¿entonces sí podría hacerlo?

—Sí, entonces sí. Y solo entonces.

—En ese caso, lo libero de la prohibición.

El sacerdote permaneció en silencio. Echó a andar por un sendero e hizo un gesto a Pawel para que le acompañara. Pawel reparó en su ostensible cojera, y en que tenía una gran cicatriz en la mejilla que no le había visto en el confesionario.

—¿Podría decirme —comenzó el sacerdote— por qué una persona como usted ha llegado a considerarse una basura? Tras unos segundos de duda, Pawel replicó con voz grave:

—La lógica de la autodestrucción es algo de sobra probado.

Mi vida no tenía ningún valor.

—¿Ningún valor? ¿Por qué pensaba que su vida no tenía ningún valor?

Pawel bajó la mirada y guardó silencio. Tres niños pasaron corriendo ante ellos, cruzando la colina cubierta de hojas, tirando de una remisa cometa, que saltaba y se retorció por el suelo. Sus gritos melodiosos se deshicieron en abstracciones.

Finalmente, levantó los ojos, aunque no hacia el sacerdote, y le contó al cielo la historia de su vida.

~

Pawel pasó por alto gran parte de su infancia y juventud, y narró sobre todo sus años de París y todo lo que siguió. Cuando terminó, miró a los niños que correteaban por la colina y vio que estaban haciendo volar la cometa. Discutían alegremente a quién le tocaba coger la cuerda.

—¿Hacia quién siente mayor ira? —preguntó el sacerdote. Pawel frunció el entrecejo, reflexionando sobre la pregunta un minuto antes de responder.

—Me resulta extraño decirlo, pero contra quien guardo un mayor rencor es contra Photosphoros.

Más aún que contra Goudron. Y más que contra el maestro de la academia de pintura. ¿Por qué? ¿Por qué contra ese pope ruso?

—Esperamos tanto de un hombre de fe, ¿verdad? Sobre todo de un sacerdote. Un religioso es un icono del Padre. Y cuando se revela inferior a Dios, cosa por otra parte inevitable, es como si alguien pintarrajea un icono. Aquello fue una dura prueba para usted. Una prueba muy dura.

—¿Así lo considera? Nunca había pensado en ello como en una prueba.

—Si uno está llamado a llevar a cabo un trabajo extraordinario en el Reino de Dios, es preciso que las raíces del orgullo sean reducidas a cenizas lo antes posible, de lo contrario el orgullo lo destruirá. El orgullo es el portador de la muerte. Lo arruina todo, aun las mayores obras concebidas desde los más altos ideales.

—Yo no estoy llamado a ningún trabajo extraordinario, y menos destinado a Dios.

—¿Es que hay algún hombre que se conozca tan bien a sí mismo como para poder afirmar algo así con total certeza?

—A estas alturas yo ya debiera conocerme.

—Creo firmemente en que no hay ninguna persona carente de valor. Aun las más desgraciadas...

—¿Aun alguien tan desgraciado como yo? Gracias, padre, pero mi experiencia desmiente sus palabras. El hombre es un depredador. El hombre es un lobo para el hombre.

—Algunos se han vuelto lobos porque no conocen el valor de un alma, ni conocen tampoco sus propias almas.

—Photosphoros parecía conocerme bastante bien. Leía en mi alma con muy poco esfuerzo.

—Si leía en su alma, lo hizo de forma incorrecta. Además, Dios se sirvió de él.

—¿A qué se refiere? ¿En qué sentido se sirvió Dios de él? ¿Acaso Dios habla a través de los viejos de mal carácter?

—Por lo general, habla a través de voces más amables. Pero todo lo usa en bien de aquellos que le aman. Fue la debilidad de un viejo. No se lo tome tan a pecho.

—Me parece que no soy capaz de liberarme de ese recuerdo.

—No tiene por qué deshacerse del recuerdo; tiene que entenderlo.

—¿Entenderlo? ¿De qué puede servir eso? Me agarraría a un clavo ardiendo, pero la verdad es que no hay gran cosa que merezca salvarse dentro de este penitente.

Miró directamente a los ojos del sacerdote para ver cómo reaccionaba ante aquello. El religioso le aguantó la mirada con firmeza. Reanudaron la marcha, comenzando por tercera vez el circuito del parque.

—Pawel, ¿puede ver las raíces del círculo? Están aquí.

—¿Qué quiere decir con el *círculo*?

—El no perdonar nos encierra en la falta de fe, y la falta de fe ahonda la imposibilidad de perdonar. Es un círculo que gira sin cesar a menos que lo paremos. A menos que perdonemos.

—¿Perdonar? —murmuró Pawel con frialdad—. ¿Qué es perdonar?

—Perdonar —dijo el sacerdote— es una llave.

—¿Una llave? —dijo Pawel sin entonación—. Si hay una llave, tiene que haber una puerta.

—O una entrada estrecha.

El padre Andréi hizo una pausa. Tomando asiento en un banco del parque, indicó a Pawel con un gesto que se sentara junto a él. Pawel, rígido, se sentó, sin dejar de observar a los niños, que llevaban la cometa muy alta en el aire, volando hacia la cúpula del santuario.

—Deseamos ser *merecedores* de ser salvados —prosiguió el padre Andréi—. Que es otra manera de decir que cada uno de nosotros, lo sepamos o no, deseamos ser nuestro propio dios, es decir, salvarnos a nosotros mismos. Queremos el paraíso sin la Cruz, olvidando que la Cruz es la única forma de recuperar la armonía original que perdimos en la primera Caída. *Esta* es la puerta estrecha.

—Yo no veo ninguna puerta. Solo veo las paredes de una prisión.

—A nadie le gusta ser pobre, Pawel. Pero es esta misma pobreza lo que nos abre a la vida de Dios. Es esto lo que fuerza las paredes de la prisión.

—¿Por qué es tan complicado? ¿Por qué Dios no lo arregla todo?

—No es complicado. Dios nos ha salvado, pero no nos impone la salvación. El amor nunca obliga. El amor solo se desenvuelve si hay libertad. Debemos elegir para aceptar lo que ofrece.

—Yo no he recibido ninguna oferta.

—Ah, ¿no? Yo pienso que Dios le envió a sus mensajeros: Rouault en París. El viejo pintor en Viena.

—¿Mensajeros? No los reconocí como tales.

—¿Cómo es que no los reconoció?

—No lo sé —repuso Pawel, incómodo—. No confío en nadie.

Odio necesitar de los demás.

—Pero todos los seres humanos tienen esa necesidad.

—Lo único que quiero es que me dejen en paz.

El sacerdote no dijo nada. Dejó que Pawel escuchara la contradicción inherente a su propia afirmación.

—Siempre me he sentido como si tuviera el alma expuesta a los demás —dijo Pawel de pronto, con voz ronca y susurrante—. Sin armadura ni ropa. Cuando estuve desnudo delante de los estudiantes de arte, fue el momento de mayor sufrimiento de mi vida. ¿Por qué?

El sacerdote observaba pensativo a Pawel.

Pawel tragó saliva, perplejo ante una sensación de temor creciente en el pecho. Recordó el pequeño incidente del estanque de los peces en Zakopane, la noche en que su tío abuelo le desvistió... para secarle. Aquel recuerdo quedó apartado rápidamente por el recuerdo, más reciente, de su desnudez en París.

—¿Usted por qué cree que soy tan...? —preguntó con voz opaca—. ¿Por qué soy tan extraordinariamente sensible en ese aspecto?

—Parece que es usted extraordinariamente sensible en muchos aspectos, Pawel. Le confieso que me siento desconcertado por la mezcla de sensibilidad e ingenuidad que hay en su naturaleza... Sí, ha dado muestras de ambas cosas mientras contaba su historia.

Pawel se encogió de hombros.

—Ya no soy una persona ingenua. Sé lo suficiente de la condición humana.

El sacerdote sonrió con afabilidad.

—A mí me parece que es usted especialmente sensible con respecto a su propio ser. ¿Es porque está inseguro de su ser? ¿No sabe que lo aman?

—¿Amar? Cuando estaba ante los ojos de aquellos estudiantes, el amor estaba más allá de toda mi comprensión. Muerto. Tal vez nunca haya existido.

—El amor no muere. Estuvo eclipsado un tiempo.

Pawel se volvió lentamente hacia el sacerdote. Escudriñándole, dijo:

—¿Por qué me ha pedido que hablara con usted?

—Tenemos aproximadamente la misma edad. En usted he visto cómo podría haber sido mi vida si las circunstancias hubieran sido diferentes.

—¿A qué se refiere?

—Yo soy hijo único, no tuve hermanos ni hermanas. Mis padres eran maestros en Dresde. Eran personas inteligentes y buenas. Tenía un tío obispo, otro era representante en el Reichstag. Mis padres lucharon férreamente a favor de que la política alemana adoptara un cariz católico. Aunque mi padre era alemán, mi madre era polaca y judía, pero más tarde se convirtió. Ello fue causa de cierto sufrimiento para mí de pequeño.

»Cuando tenía ocho años recibí una gracia singular. Sucedió un día en que unos compañeros de clase me salieron al encuentro, mientras volvía a casa del colegio, para pegarme. Me dejaron sangrando en las escaleras de la catedral. Comprendí que era un pequeño ser despreciable. Nunca antes nadie me había odiado.

»Levanté los ojos hacia la cruz suspendida sobre la ciudad y sobre el mundo, y vi a Jesús clavado en ella. Entonces Él me habló al corazón, me habló sin decir palabras. No fue como un pensamiento racional, ¿me entiende? Fue más bien una *percepción*. Me dijo que no habría amor humano capaz

de colmar la sed que llevaba en mi interior. Aunque todo amor genuino procede de Dios, no pasa de ser una encarnación, un reflejo. En este mundo siempre será imperfecto. Su amor es perfección, lo encierra todo. Por primera vez en mi vida vi ese amor no como una abstracción teológica, sino como algo real... ¡Ach, cómo decirlo con nuestras pobres palabras!

—Por desgracia, sigue siendo una abstracción para mí —dijo Pawel—. Pero aún no me ha explicado por qué deseaba hablar conmigo.

—Aquella misma voz me ha hablado cuando usted estaba confesándose.

Pawel miró a su interlocutor con intensidad, preguntándose si de verdad era un sacerdote.

—La voz me ha dicho: *He aquí mi pequeño niño al que tanto amo. Le han destrozado. Está llamado a hacer un bien único en este mundo, pero primero será probado por el fuego.*

—¡No le creo! ¡No le creo! —exclamó Pawel con vehemencia.

Se levantó de forma brusca, con las manos temblando, y sin decir adiós se alejó a grandes zancadas por las calles de la ciudad de Częstochowa. No entendía su propia reacción, y regresó a Varsovia sumido en una gran angustia.

~

Unos meses más tarde, Pawel descubrió de forma puramente casual el rostro de un monje franciscano que le observaba desde un cartel, cerca de la universidad. El nombre del monje era padre Andrei. La cicatriz era la misma. Estaba programado que hablara aquella noche sobre el nacional-socialismo. Pawel se decidió a asistir en el último momento, y se estrujó en la última fila de la sala de conciertos de la Facultad de Música.

Fue una conferencia emocionante. El sacerdote describió el campo de Sachsenhausen, donde lo habían recluido por leer desde un púlpito las dos encíclicas papales contra el nacionalsocialismo.

—El Santo Padre está realizando un gran esfuerzo para que preservemos la libertad de practicar nuestra fe en las zonas que pronto caerán bajo el dominio de este movimiento pagano. El Domingo de Ramos de 1937, su carta apostólica *Mit brennender Sorge, En mi angustiosa inquietud*, fue leída desde todos los púlpitos de Alemania. Hizo que Hitler montara en cólera. La carta del Papa dejaba bien claro que el nacionalsocialismo era un movimiento pseudorreligioso, una idolatría completamente inaceptable entre hombres civilizados. «Quienquiera que identifique, por confusión panteística, a Dios con el universo, no es un creyente en Dios; quienquiera que sustituya al Dios personal por un destino oscuro e impersonal, niega la sabiduría y la providencia divinas.» Repasando punto por punto la propaganda nazi, el Santo Padre la refutaba a la luz de la doctrina católica.

El sacerdote no se extendió en la descripción de sus experiencias personales, y de su fuga no contó casi nada, aunque estudiantes y profesores lo bombardearon a preguntas, pidiéndole más detalles. Él se mantuvo con firmeza en el tema del combate ideológico y fue llevando paulatinamente a los asistentes al terreno que él deseaba.

—El catolicismo es una religión de verdades absolutas —les dijo—. A ningún católico se le permite votar a favor de una ley o de un gobernante malvados, por mucho que aparenten ser un mal menor en comparación, digamos, con el desorden económico o social. Uno no puede poner en peligro una parte de la verdad sin que se derrumbe el conjunto. Estoy aquí esta noche para prevenirles de que esto es lo que está sucediendo en Alemania. Grandes males van a sucederse a raíz de ese derrumbamiento.

La conferencia acabó muy tarde y Pawel fue uno de los últimos en levantarse. El padre Andréi estaba cerrando su maletín cuando Pawel se acercó hasta él.

—Hermano —dijo el sacerdote—. Cuánto me alegra volver a verle.

—Padre, quisiera disculparme por mi comportamiento en Częstochowa. Fue una descortesía por mi parte huir de aquella manera.

—Sí, todos huimos alguna que otra vez.

—¿Tendría un momento para hablar conmigo?

—Por supuesto. Salgamos a dar un paseo.

Hacía una noche estrellada y fueron dando un apacible paseo hacia el monasterio en que se alojaba el sacerdote.

—¿Ha sido usted constante en la práctica de la fe desde la última vez que nos vimos? —le preguntó en tono inofensivo.

—Sí —repuso Pawel—. Aunque mi corazón no está ahí.

—Ah, el corazón... —comentó el padre Andréi pensativo.

—Me dejo llevar por la vida. No espero nada de ella.

—Ah —repitió—. Pero ¿qué es el corazón?

—No lo sé.

—¿Todavía se enfrenta a pensamientos autodestructivos?

—No. Eso ya pasó.

—Bien. No deje de rezar. No se aparte de los sacramentos. Pawel cambió de tema.

—¿Va a quedarse a vivir aquí algún tiempo, o regresa a Częstochowa?

—Mi superior piensa que la tormenta estallará dentro de un año o dos. En Alemania me busca la Gestapo, y si entran en Polonia me capturarán. Van a enviarme a Canadá.

—No parece muy contento.

El sacerdote miró a Pawel con aire pensativo.

—Es la voluntad de Dios, así que estoy contento.

—Pero ¿cuáles son sus sentimientos?

—Mis sentimientos están en paz si me voy, y están en paz si me quedo. No es importante para mí saberlo.

—¿Y qué dice su corazón de todo esto, padre?

El sacerdote lanzó una mirada a Pawel y sonrió.

—¿Qué dice su voz? —insistió Pawel.

El sacerdote guardaba silencio.

—Dígame una cosa, padre, ¿por qué a mí nunca me habla ninguna voz?

—Un alma debe tener experiencia para distinguir entre las voces. Hay muchas voces que llegan hasta nosotros desde lo desconocido, y el Maligno es capaz de simularlas. Es importante preguntar siempre qué voz dice la verdad con amor. Esa es la voz a la que debería se escuchar. Aun así, es mejor no oír ninguna.

—¿Por qué?

—Porque lo que Dios más desea de nosotros es *fe*. Además, nosotros, pobres criaturas como somos, con frecuencia nos dejamos engañar. Esta es la razón por la que nos permite oír en este sentido solo en circunstancias extraordinarias.

—Está describiendo un mundo de ilusiones e imágenes fugaces, de espejismos y laberintos. ¿Cómo puede uno confiar en nada?

—Es una gracia. Oír la voz es un puro don, y otro don es reconocerla como auténtica.

Se detuvieron, y el sacerdote miró a su alrededor a la plazoleta. Un joven oficial de caballería pasó montado a lomos de un magnífico bayo, cuyos cascos resonaron ruidosamente sobre los adoquines. Se quedaron observando su paso.

—Pawel, es improbable que volvamos a encontrarnos de nuevo en este mundo. Así que quizá no esté de más que le haga una revelación. Su camino y el mío están curiosamente entrelazados. Usted lucha contra la desesperación, que es quizá la mayor tentación de nuestro siglo. Toda forma de mal mana de esa herida ancestral en el hombre, esa convicción de que está absolutamente solo, ese terror a que sus sufrimientos carezcan de sentido. ¿No es también ese su miedo?

—Sí.

—Descanse tranquilo, hermano, pues no es así. Todo tiene un sentido.

—¿Cómo puede decirlo con esa certeza?

—Si le cuento una historia, ¿me promete que no se la contará jamás a nadie?

Pawel asintió.

—En el campo de reclusión me torturaron. Eso fue lo peor. La degradación se sumó al tormento físico. Lo que buscaban era quebrantar mi sentimiento de humanidad, ¿entiende? Esta cicatriz, la pierna inutilizada, son cosas solo superficiales. En el momento de mayor abatimiento, cuando creí haberlo perdido todo, desde la voluntad de resistir hasta la capacidad de rezar, cuando no era más que un saco de carne deshecha con la mente rota, Dios me envió un regalo. Una señal. Se me apareció Nuestra Señora en la celda. La vi con mis propios ojos. Era más que una luz interior, era algo bien visible. Estaba acompañada por dos ángeles. Lloraba. Vi además a mi ángel custodio, que también estaba afligido. ¡Cuánta luz me inundó el corazón en aquella, la más oscura de las horas!

»La Madre del Redentor sostenía en las manos una corona de espinas, y de la punta de cada espina goteaba sangre. La corona brillaba con una luz poderosa, irradiando un color de una belleza indescriptible, un color que no existe en este mundo. Me ofreció la corona. *Esta es la corona del martirio*, dijo. ¿La aceptas? Y yo respondí con alegría: *Oh, sí, mi Señora*. Porque, ¿sabe?, en aquellos momentos la muerte habría supuesto un bendito fin a mis tormentos.

»Entonces apartó un poco la corona y me ofreció otra. Era de oro puro, y relucía con una luz muy brillante, aunque de un color diferente, que nunca había visto. *Esta es la corona de la obediencia*, dijo.

No comprendo, le dije. ¿No puedo elegir las dos?

Sí, dijo ella. *Estas coronas encajan la una dentro de la otra. Siempre van juntas. Sufrirás mucho en este lugar, pero tu martirio está reservado para el momento final. Tienes años de vida por delante, y tu testimonio ha de servir para el fortalecimiento de muchas almas. ¿Aceptas?* Y yo respondí: *Sí*.

»Luego me puso sobre la cabeza la corona de la obediencia y colocó la corona del martirio junto a su corazón. Así acabó la visión.

—El subconsciente es capaz de... —balbució Pawel, gesticulando con las manos.

—Sí, conozco muy bien todos los argumentos —dijo el sacerdote, parándose delante de la verja de entrada—. ¡Ah, mire! Ya hemos llegado, no hemos tardado nada. Así también llegará el futuro, mi pequeño hermano: vendrá y se irá antes de que nosotros tengamos tiempo de hacernos dueños de él.

—Pero ¿cómo sabré...?

—Solo una cosa es necesario saber: Dios está contigo. Confíe en Él. No tenga miedo.

6

13 de septiembre de 1942

Mi querida Kahlia:

Han tenido lugar sucesos inesperados. Tengo en casa un huésped que no se quedará aquí por mucho tiempo. ¿Cómo podría encontrarse una vía de salida segura para él? Es prácticamente imposible, pero quizá Bronek conozca alguna manera.

Mientras desayunábamos esta mañana, mi huésped me ha dicho, con gran cortesía, que hoy celebran ellos el día de año nuevo, el Rosh Hashaná. Le pedí que me lo deletreara, y así lo hizo, escribiéndolo en el margen de un periódico de Bruselas de 1933 (por aquellas ironías, junto a un artículo que tranquilizaba a sus lectores asegurando que Hitler no iba a desencadenar jamás una guerra en Europa). Cuando lamió la punta de mi lápiz de tinta y se aplicó a la tarea de escribir, me asaltó de pronto la idea de que nunca jamás me había visto tan cerca de un ultraortodoxo, aunque naturalmente conozco a muchos judíos. Este es tan diferente, en cultura y en temperamento, de Sara (que es tan moderna) y de mi abogado Bahlkoyv (que es liberal), y de Kohn, que vendía periódicos en la esquina (devoto pero de lo más corriente)... Corrientes... sí, pero se han ido, y ahora este aparecido vive conmigo.

¡Qué raros son estos *jasidim* vestidos de negro! Los torpes intentos de comunicación por parte del chico adoptan la forma de gestos universales, la lengua común del hombre. Mientras giraba el papel para que yo pudiera leerlo, me sonreía con timidez, mientras pronunciaba poco a poco las suaves sílabas judías, enseñándome, dando por sentado que yo estaba deseando aprenderlas. Se me ha trabado la lengua al pronunciarlas, lo que le ha hecho reír. Qué regocijo tan súbito en un rostro tan sombrío. Qué parecido a todos los jóvenes de cualquier sitio: atrapado en las garras de una guerra atroz, pero impulsado por el entusiasmo y la inocencia de la juventud.

Mi situación se ha vuelto precaria. Tiene que irse, y pronto.

~

Las campanillas de la puerta de entrada repiquetearon contra el cristal, y Pawel alzó la mirada para encontrarse con una mujer a la que reconoció de la parroquia, la señora Lewicki, la cual se le acercó con el ceño fruncido, aguantándose con las manos en las solapas la carga que llevaba debajo del abrigo.

—Pan Tarnowski, vengo a venderle algunas cosas de gran valor.

Abrió el abrigo y dejó caer un pequeño montón de libros sobre el escritorio.

Él los examinó. Eran cuatro títulos, todos ellos con el lomo dañado. El primero, una versión en polaco de *Los endemoniados* de Dostoievski editada en 1912 en San Petersburgo, incluía un manido mensaje garabateado en el frontispicio y tenía el papel muy amarillento; obviamente, se trataba de papel prensa barato. El segundo, *Destino*, de Cyprian Norwid, publicado en Varsovia poco después del cambio de siglo, llevaba una introducción del crítico Przesmycki y tenía manchas de tinta y páginas gastadas que olían a moho. El tercero era *Los tejones*, de Leonov, en polaco, impreso en 1924 por el editor soviético Shabashnikov. Horror, un comunista. Pero la composición tipográfica era muy decente, buena la encuadernación.

—¿Dónde ha encontrado este libro? —preguntó Pawel, sin delatar emoción alguna.

—Era de Janusz, del invierno que estuvo estudiando en Zúrich. Se lo dio un profesor. Usted ya

comprende por qué tengo que vender los libros de mi hijo —se justificó—. No he sabido nada de él desde que entraron los alemanes. Mi marido está con fiebre botonosa, necesito medicinas, comida. ¡No hay trabajo! ¿Me los compra?

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Pawel, que levantó los brazos con gesto de impotencia. —No tengo dinero.

—¡Sí que tiene! —gritó ella con acritud—. Usted es rico. Su hermano tiene un próspero negocio de relojería. ¡Y a usted su tío le dejó una fortuna!

—Si echa un vistazo a esta sala, verá toda mi fortuna. Y en cuanto a mi acaudalado hermano, tiene una esposa y un hijo a los que alimentar. Mi cuñada es... —estaba a punto de decir «judía», pero se contuvo.

—Entonces deme algo de comer, aspirinas, cualquier cosa —suplicó ella.

Pawel rebuscó entre sus cosas y volvió con una pastilla de jabón Castile, una col agujereada por los gusanos y un frasco azul que contenía media docena de sedantes, que Sara le había proporcionado durante los peores momentos de su crisis suicida. Y unas pocas monedas, todo el dinero que había en la caja registradora.

La mujer cogió las cosas y se marchó sin decir palabra.

Pawel no se había fijado siquiera en el cuarto libro. Era una vieja obra rusa de finales del siglo XIX. Fuente cirílica elegante impresa en papel de tela de calidad, con fotografías de iconos. MOCKBA 1897. Un estudio sobre el pintor de iconos Andréi Rubliov. El nombre le resultaba desconocido. ¿Rubliov? Tradujo laboriosamente algunas líneas del texto:

Andréi Rubliov fue un monje y pintor de iconos nacido en Rusia en el año 1360. Su infancia se desarrolló durante el período de las guerras contra los tártaros, y al llegar a la juventud se acogió a la dirección espiritual de san Nicón, sucesor de san Sergio en el monasterio de la Santa Trinidad, cerca de Moscú. Poco se sabe de su educación artística, salvo que estudió durante un tiempo con Teófanos el Griego. A Rubliov se le considera universalmente como el más grande maestro ruso de la pintura de iconos...

De ello daban prueba las ilustraciones del libro, que contempló en silencio. Eran como manantiales. Los ojos, sobre todo los ojos, rebosaban una elocuencia muda.

Pawel recuperó el aliento, tras advertir que llevaba varios segundos sin respirar. Allí tenía el equivalente visual de aquello que había sentido ante el icono de la Virgen de Częstochowa, un resurgimiento de la vida, una luz sombría y esplendorosa. Un misterio tan profundo y tan elevado que, o bien salías huyendo, o bien te arrodillabas en veneración. Se oyó un fuerte golpetazo procedente del piso de arriba.

En la tienda había dos personas curioseando, pero no levantaron la vista de los libros.

Intentando pasar inadvertido, Pawel fue al almacén, en la trastienda, subió las escaleras, cruzó su dormitorio hasta el armario tapado con una cortina y ascendió el último tramo de escaleras hasta el ático.

Encontró al fugitivo trajinando con una caja.

—¡No tienes que hacer el menor ruido! —susurró Pawel con vehemencia—. ¡Puedes buscarnos la muerte a los dos!

—Lo siento —dijo el muchacho—. Se me cayó un libro sin querer.

—¿Un libro? ¿De dónde has sacado un libro?

Señaló hacia el montón de embalajes junto al descansillo. La tapa del situado más arriba estaba abierta.

—Estaba volviéndome loco, aquí arriba. Se me hace más fácil si tengo lectura. Por favor, no le importa, ¿verdad?

—No, no, claro que no.

—Son libros judíos, en yiddish, en hebreo. El Talmud, el Midrash. Tiene usted aquí una biblioteca entera de textos sagrados. Una *yeshivá* completa.

—Estoy seguro de que no se trata de ninguna biblioteca judía, porque el hombre que me vendió esos libros era un abogado católico de Łódź.

El abogado, recordó Pawel, era un socio de Bahlkoyv. Habían negociado la venta en octubre de 1939, apenas unas semanas después de la invasión.

Hay varias personas que me han pedido que acepte sus colecciones de libros a cambio de libras esterlinas o billetes americanos, si ello es posible, le había dicho el abogado.

Por supuesto, para entonces era ya imposible obtener divisas extranjeras. Pawel no tenía.

Tiene usted fama de persona juiciosa, pan Tarnowski. Esta remesa la ponemos en sus manos.

El abogado le propuso un buen precio en moneda polaca. Pawel aceptó.

Ya verá que el contenido es mejor de lo que cabría esperar. Algunos de los ejemplares no son representativos del grueso del material. Guarde bien este tesoro. Si las circunstancias lo permiten, se los compraré de nuevo, dejándole a usted un margen de beneficio razonable, cuando expulsen a los alemanes.

Por entonces habían acordado que los libros quedarían temporalmente almacenados en la Casa Sofía, sin ser puestos a la venta... solo por unos meses. El abogado estaba convencido de que los ingleses pondrían freno con rapidez a los ambiciosos planes de Hitler con respecto a Polonia. Así, movido más por afición cultural que por sentido del negocio, Pawel había aceptado los veinte embalajes de madera sin examinar el contenido.

En el otoño de 1940 había desatornillado una de las tapas y echado una ojeada al interior, solo para encontrar noveluchas baratas, biografías de santos mal escritas, libros revisionistas de historia soviética, los Evangelios en chino (ilegibles) y algunos libros infantiles americanos pobremente ilustrados (también ilegibles). El batiburrillo de títulos incompatibles más deprimente que hubiera visto jamás. Había dejado de lado aquella compra, que consideraba su mayor error en Casa Sofía. ¡Vaya tesoro!, había refunfuñado con indignación. Aceptando que le habían timado, como tantas otras veces en su vida, no buscó más.

Ahora desempaqueté el embalaje completamente.

—Había varias cosas sin valor encima del todo —dijo el muchacho—. Pero debajo, mire, ¡el *Humash* en hebreo, con los comentarios judíos clásicos! Todo un hallazgo, ¿no?

—Yo no sé hebreo —murmuró Pawel.

La mayor parte del resto de libros era de la misma naturaleza. Mientras seguía desempaquetando las demás cajas, comprendió que debía de tratarse de la biblioteca de un experto en las Escrituras, disimulada de aquella manera para poder transportarla de Łódź a Varsovia.

Al darse cuenta de que había dejado la tienda desatendida demasiado tiempo, se apresuró a bajar la escalera. Los dos clientes se habían marchado. Sobre el escritorio había una prueba de que en su ausencia un tercero había venido y se había ido:

Apreciado Tarnowski:

He encontrado el libro del poeta Slowacki mientras usted estaba ausente. El precio estaba anotado a lápiz en la guarda, de modo que me he tomado la libertad de comprarlo sin su conocimiento. Espero que no lo considere un acto de despotismo por mi parte. Le dejo el dinero.

Saludos cordiales,

Dr. Haftmann.

¡Haftmann! ¡Oh, no! ¡Mientras él estaba arriba abriendo una mina de literatura judía, abajo en la tienda había un comandante alemán de la Cámara de Cultura del Reich buscando palabras iluminadoras en un poeta profético católico!

Asustado por haber escapado por tan poco, Pawel se quedó mirando la nota hasta que se tranquilizó. Luego, impulsado por un pensamiento súbito, se metió el dinero en el bolsillo, colocó

en la ventana el letrero de «Vuelvo en diez minutos» y salió a la calle. Haftmann no estaba a la vista. Cerró la puerta con llave y se dirigió andando deprisa hacia la avenida principal, giró a la izquierda y continuó hasta el bloque de apartamentos de la señora Lewicki. Conocía su domicilio porque ambos asistían a misa con regularidad en la iglesia de la parroquia y solían volver a casa por el mismo camino. Encontró su apartamento en el segundo piso. Había un crucifijo colgado de la puerta por el lado del vestíbulo.

Cuando abrió, la mujer torció el gesto con enojo.

—¡Demasiado tarde! ¡Ya cerramos el trato!

Habría conseguido cerrar la puerta si su fuerza hubiera sido mayor que la de Pawel.

—Un momento, por favor, *pani* Lewicki —dijo él, pasando el dinero a través de la rendija—. No tasé bien el valor real de los libros. Aquí tiene el resto.

Ella miró el dinero, lo cogió y cerró la puerta sin una palabra.

~

Haftmann. No hubo jamás caballero más educado. ¡Ojalá todos los invasores fueran así! Había entrado en la librería por primera vez hacía tres años, con el uniforme gris de la Wehrmacht, aunque con un porte regio que lo hacía diferente. Entró rodeado de soldados, que fueron cogiendo los libros que él les señalaba, principalmente literatura antinazi y cualquier cosa que llevara impresos caracteres hebraicos. Todas las publicaciones periódicas quedaron confiscadas, y en su lugar dejó una pila de periódicos propagandísticos alemanes impresos en polaco.

Alto, elegante, de cabello plateado, se presentó como el comandante Kurt Haftmann, al tiempo que le ofrecía la mano. Pawel se volvió sin estrechársela.

—Por supuesto, comprendo perfectamente sus sentimientos —dijo el alemán en un polaco fluido y con voz profunda, refinada, que delataba erudición—. Yo en su lugar estaría furioso. Por si le sirve de consuelo, le diré que me produce no poca angustia el cumplimento de mi deber.

¿Angustia?

—Yo era profesor de literatura, antes de que el partido insistiera en que ayudara al Reich en sus necesidades en el ámbito de la cultura. En realidad, soy *doctor* en literatura. No soy un soldado, tan solo soy un asesor a sueldo, de verdad, un lego. No me desprecie tan abiertamente hasta que me haya escuchado.

La pura curiosidad acabó persuadiendo a Pawel para que le prestara atención.

Haftmann hizo un gesto a los soldados para que salieran.

—No me cabe duda de que espera usted que nos comportemos como los bárbaros teutones que considera que somos. Muchos de mis compatriotas no han perdido la oportunidad de estar a la altura de sus expectativas. Pero entre nosotros hay personas a las que no nos gustan los extremismos hacia los que nos arrastran algunos miembros del partido. A mí, personalmente, me disgusta en particular la destrucción de material cultural, sea el que sea. Degenerado o no, es arte. Y ello cabe aplicarlo en especial al arte de escribir, que es mi gran amor. La guerra no durará mucho. Obtenemos espectaculares victorias por doquier. No hay nada que pueda detener la voluntad del Führer. Esto es una realidad histórica. Es el destino. Pero ninguna forma de ver es perfecta, por lo que espero que, cuando la guerra haya concluido, consideremos la preservación de las diversas ramas de la literatura con más tolerancia.

Pawel pronunció sus primeras palabras de respuesta con voz ahogada, en un alemán correcto, aunque esforzado:

—También han quemado libros de cientos de escritores suyos. ¿Le suenan Thomas Mann, Heinrich Mann, Brecht, Zweig, Heine, Werfel?

—Sí, y me siento horrorizado por la destrucción de sus libros. Precisamente por eso deseo ayudarle, y pedirle que me ayude.

—¿Ayudarme?

—Debe comprender que esta conversación no ha tenido lugar. La verdad es un lujo que no podemos permitírnos en este momento de la historia.

—Es una necesidad de la que no podemos privarnos en ningún momento de la historia.

El alemán sonrió con ironía.

—Ah, veo que es usted un hombre valeroso.

Pawel le miró fijamente sin replicar.

—Los elementos más extremistas pretender destruir todo aquello que caiga fuera de los parámetros de sus propias concepciones. Tales parámetros son por desgracia limitados. Yo he recibido el mandato oficial de descubrir y destruir bibliotecas y obras de arte que propaguen una visión antiaria de la existencia. Sé con exactitud cómo debo aparecer ante usted... como un perfecto monstruo. Pero mi amor por la literatura es tan grande como el suyo, si no mayor. Comprenda, por favor, que quiero *salvar* las grandes obras de la civilización para las generaciones futuras.

—Su Goering dijo que cuando oye la palabra *Kultur* se lleva la mano a la pistola.

—La *Kulturkampf* es un problema muy complejo. Le diré solo una cosa: ni *Herr* Goering ni *Herr* Goebbels van a estar siempre entre nosotros. Algún día habrá mentes más preparadas que se encarguen de planificar las políticas de actuación. El Führer, como es natural, está ahora ocupado en la estrategia militar, por lo que hay algunas cuestiones culturales que deben esperar al *risorgimento* que acompañará a la posguerra.

—¿Cómo quiere que le ayude?

—Veo por su expresión que esa pregunta es una mera formalidad. Ha decidido usted no ayudarme de ninguna de las maneras, porque me considera un embaucador. Lleva en los ojos el fulgor febril del idealista ultrajado, lo conozco bien, no en vano lo he observado con frecuencia en mi propio rostro. Sé que aún no está en condiciones de confiar en mí, pero le pido que al menos me escuche.

»Como le decía, el Reich desea destruir todo aquello que esté fuera de su noción de cultura, según sus términos estrictamente definidos. Yo creo que algún día los parámetros volverán a la normalidad, tal vez dentro de diez o veinte años. Ese día llegará, sin duda.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque a la tesis le sigue siempre la antítesis. ¿Ha leído a Hegel?

—No.

—Tendrá sin duda una sección de filosofía —dijo el alemán, recorriendo las estanterías con la mirada—. Esta librería es de una clase superior a las otras que he visitado en Varsovia. Provee usted a gente culta, a los *filósofos*, ¿no es así?

—Aquí encontrará filosofía clásica y pensamiento católico —murmuró Pawel con frialdad.

—Aún no lo capta, ¿verdad? —replicó el alemán, observándole con atención—. Estoy tratando de decirle que, cuando usted me mira, está viendo a dos hombres en mí: el oficial que está obligado a destruir lo que usted tiene por sagrado y el hombre que desea salvarlo.

—¿Cuál de los dos es en realidad? No puede ser ambos a la vez.

—¡Habla como un verdadero zelote! —Haftmann sonrió una vez más—. Es perfectamente posible ser los dos, pero le aseguro que el de verdad es el hombre. El oficial cumplirá las ordenanzas, destruirá muchos títulos inútiles y algunos valiosos, de los cuales hay numerosos ejemplares guardados a salvo.

—¿Por qué no lo confisca todo?

—Una confiscación total nos obligaría a perseguir tesoros enterrados. Aunque registráramos cada centímetro cuadrado de todas las naciones ocupadas en busca de libros prohibidos, nunca conseguiríamos encontrarlos todos. La gente moriría por preservarlos. Aquí es donde interviene usted.

»En este establecimiento, los clientes entrarán de uno en uno, sin llamar la atención, y le venderán a usted sus tesoros. Usted podrá hacer todos los negocios que quiera. Lo único que le pido es que esté atento a cualquier obra de calidad excepcional, libros de valía perenne para las generaciones futuras, y le aseguro que yo los tomaré en consideración para su compra... Sí, para su

compra he dicho. No dispongo de fondos suficientes para ofrecerle una subvención por su negocio, o para retribuirle su ayuda en forma de estipendio. Por el desprecio que se trasluce en su transparente rostro diría que eso supondría el fracaso de mi intento de entendimiento con usted, ¿verdad? Lo interpretaría como un soborno, o como un acto de colaboracionismo.

Pawel apartó la mirada.

—No puedo ayudarle —masculló.

—Antes de la guerra vendía libros. Continuaré vendiendo libros. No ha cambiado nada. ¿En qué le parece que puede comprometerle un arreglo así?

Tenía razón, por supuesto. Suponiendo que dijera la verdad y que la incautación de literatura clandestina fuera en efecto con el propósito de salvarla. Toda la cuestión giraba en torno al eje de la integridad personal de aquel *Doktor* Haftmann. Lo cual constituía una paradoja. Haftmann, obviamente, era nazi. Y ejercía algún tipo de poder, sospechoso de por sí, un argumento definitivo en su contra. Y por propia confesión era un hombre escindido. ¿Podía confiar nadie en un ser así?

—No me cree —dijo el alemán.

Pawel no contestó.

—No tiene que creermelo. Límitese a esperar. Verá que no hago nada por perjudicar su negocio.

Entregó a Pawel una hoja de papel con una esvástica púrpura estampada.

—No obstante, este documento informa a Sofía Press de que es estrictamente ilegal publicar libros, panfletos o copias de cualquier tipo de material impreso. Es una ley de aplicación en Polonia y en todos los territorios bajo nuestra jurisdicción. Mis disculpas. Pero puede consolarse pensando que la rama de venta de libros de su empresa tiene permiso para seguir abierta al público.

Haftmann cogió un ejemplar del libro de Soloviev.

—¿Lo ha publicado usted?

—Sí.

—Nunca había oído hablar de él. ¿Quién es?

—Fue un pensador religioso ruso que murió en 1900.

—¿De qué trata el libro?

—El autor estaba convencido de que la venida del Anticristo se produciría en nuestro siglo.

—Ah, entonces seguramente creerá usted que *nosotros* somos el Anticristo. ¿O tal vez los soviéticos?

—Ambos son precursores —dejó escapar Pawel.

—Ya veo. —Haftmann se sonrió de medio lado.

Incapaz de contenerse, Pawel trató de explicarse.

—Soloviev describe el reinado de un Anticristo que es tan absolutamente convincente, y que aparenta ser tan bueno para la Humanidad, que se le considerará el salvador del género humano. Los cristianos y judíos, que se le opondrán, aparecerán como los enemigos de Dios. Soloviev quiso avisar...

—Ya lo he captado, no es tan sutil: el Reich no aparenta ni por un instante ser algo bueno para la Humanidad. ¿Estoy en lo cierto?

Pawel no dijo nada.

—Y, claro está, puesto que somos la brutalidad encarnada, no es posible que seamos *la* Bestia. Sí, sí, yo también he leído el Apocalipsis de San Juan.

—¿Es usted católico?

—No. Fui luterano de joven... y muy ferviente, por cierto. —Se rió—. Podría decirse que ahora creo en la cultura.

Y tras decir eso se marchó, volviéndose mientras cruzaba la puerta principal:

—Confíe en mí.

El primer acto de confianza de Pawel fue el de quemar los periódicos de propaganda.

Al cabo de una semana volvió Haftmann. Entró como si fuera un cliente más y estuvo una hora mirando por las estanterías. Pawel hizo que no le había visto.

—¡Qué maravilla! —dijo el comandante con gran emoción al acercarse al escritorio, blandiendo

un libro bajo las narices de Pawel—. ¡Un Hamann de la primera época!

Pawel asintió con la cabeza.

—¿Lo ha leído, Tarnowski?

—Hojeado, un par de páginas.

—Es una figura solitaria dentro de la literatura alemana. Uno de los grandes. Casi nadie ha oído hablar de él, ¡pero es un Goethe o un Schiller!

Pawel le observaba pensativo. Aquel oficial alemán, vestido con su disfraz, se comportaba como un chiquillo en Navidad.

—¡Escuche, escuche esto! Es de la *Estética*: «Hablar es traducir, del lenguaje de los ángeles al lenguaje de los hombres, para que los pensamientos se hagan palabras, los objetos nombres, las imágenes signos.» ¿Lo ve?

Las palabras del escritor eran tangenciales y fuera de contexto, pero lo que sí veía Pawel era que Haftmann podía muy bien ser exactamente lo que él decía ser. Era, en efecto, dos personas; y, es más, el hombre, y no el oficial, era quien parecía llevar la voz cantante.

—Sí, ya veo.

—Por favor —dijo, tendiéndole el importe—, me gustaría poder examinar cualquier cosa que tuviera de este autor. —Como quiera —dijo Pawel a regañadientes.

—Gracias. Y también, si tuviera la amabilidad de apartarme todo lo que tuviera de Péguy o de Pascal, de Dostoievski y de Bloy... aún no he podido encontrar *La femme pauvre*, ¿sabe? Es un placer tan enorme leer a estos profetas, tan llenos de auténtica sangre... Me gusta también ese inglés, Jones, aunque debo decir que es un poeta muy difícil. Dicen que ni siquiera sus propios compatriotas son capaces de entenderle, pero yo creo que eso es porque no saben cuál es la forma adecuada de leerle. De vez en cuando te lanza verdaderas andanadas que te iluminan la mente con sus imágenes. ¿Ha leído *In Parenthesis*? Una descripción de la guerra... Unos amigos míos de Inglaterra me lo pasaron de contrabando...

Y así continuó, un autor tras otro, hasta tal punto que Pawel se quedó momentáneamente abrumado ante aquel entusiasmo, aquel cúmulo de información, aquel arrebató compulsivo de pasión por las abstracciones. No es que no estuviera familiarizado, muchos de sus clientes eran así; seguía sintiéndose incómodo, pero le resultaba difícil no verse desarmado por aquel nazi tan verdaderamente extraño.

~

Pawel cerró la librería a las cuatro. Fuera estaba oscuro y llovía. El viento arrancaba las hojas amarillas del tilo que se agitaba en el patio. Una tarde exactamente igual a aquella, hacía decenios, había pegado el rostro al cristal y se había quedado observando.

—Tío Tadeusz, las ramas se mueven despidiéndose de sus hojas.

Pero el tío Tadeusz se había limitado a soltar un gruñido como respuesta a su sobrino de cinco años, y acto seguido le había dicho que no ensuciara el cristal de la ventana con aquella nariz que le moqueaba.

El librero Pawel Tarnowski subió al piso en el que vivía y preparó una comida a base de verduras, sopa, restos de pan negro y té. Cuando lo llevó todo a lo alto de la escalera del ático, se encontró a David Schäfer sentado en el suelo, con las piernas separadas y rodeado de varias pilas de libros. El chico levantó la mano a modo de saludo.

Pawel rezongó un saludo de respuesta y depositó la bandeja encima de un baúl.

—De ahora en adelante, siempre que oigas pasos deberás esconderte —dijo con seriedad—. Y no tienes que hacer nada de ruido durante las horas diurnas. Mientras estaba esta tarde abajo, en la librería, he oído ruido de desagües. Ha resonado en todo el edificio.

—Lo siento, *pan* Tarnowski —dijo el muchacho con voz ahogada—. Necesitaba lavarme. Hacía mucho que no podía hacerlo.

Pawel no hizo ningún comentario, aunque percibió que la atmósfera era menos agresiva.

—Los suelos son delgados —murmuró, más blando—. Muchos de mis clientes saben que vivo solo, y a algunos les extrañaría.

Pensaban en todo ello mientras daban cuenta de la comida. El chico devoró una vez más su parte con ansia, y una vez más se sintió avergonzado.

—No he tenido mucho que comer durante los últimos meses —jadeó.

—Estás flaco. Veo, por el chal y la ropa que llevas, que eres un judío ultraortodoxo.

—Somos *jasidim*.

—Sí, ya lo sé —replicó Pawel con sequedad, tratando de no sentirse violento por la presencia de su huésped—. ¿Por qué llevas el pelo tan corto? Yo pensaba que vosotros os lo dejabais crecer.

—Un día los alemanes irrumpieron en nuestra *yeshivá* y nos hicieron salir a todos, profesores y alumnos, a una calle concurrida. Nos desnudaron y se burlaron de nosotros ante los ojos de los transeúntes, para que lo vieran. Nos hicieron poner en fila, y nos golpeaban con los fusiles si intentábamos taparnos, por vergüenza. Las buenas personas no miraban. Las malas sí. Los alemanes nos filmaron desnudos. A través de un altavoz proclamaron que el gueto era necesario porque los judíos tenían piojos. Los piojos se crían en el pelo, dijeron, así que había que afeitarnos. Nos raparon al cero, y luego nos pegaron y nos echaron a la calle sin devolvernos la ropa. Fue una humillación.

Por la ventana llegó el tableteo de unos disparos lejanos. Pawel se volvió en dirección al sonido.

—La situación es cada vez peor. ¿Tienes familia en el gueto?

—No. Se los han llevado. Todos los días se llevan a miles de personas, según el número de trenes.

—Tenemos que extremar las precauciones para evitar que nos descubran. Por fortuna, las tiendas a uno y otro lado están vacías. Están tapiadas con maderas clavadas. Hacia allí no hay nadie que pueda oírte. Pero no debes olvidar nunca que bajo tus pies está la muerte instantánea.

—¿Dónde podría esconderme si entra un intruso por sorpresa?

Pawel fue hasta una pared lateral del ático y dio unos golpecitos; luego cruzó la estancia y repitió la acción en la pared de enfrente.

—Creía que podríamos abrir un agujero que atravesara los demás áticos —dijo—. Pero es imposible, la piedra llega hasta el techo.

—¿No podríamos apilar los embalajes de madera en el fondo, donde está la ventana? Hay los suficientes como para formar una pared casi tan alta como el techo. Podríamos hacerla doble, o triple... ¡una fortaleza! Dejaría un orificio para espiar. Si subiera otra persona que no fuera usted, podría salir por la ventana y saltar por los tejados antes de que llegaran a enterarse de que había estado ahí escondido.

—Oirían el ruido de la ventana al subir.

—Puedo ser muy veloz. Puedo hacerme un pequeño espacio detrás de las cajas. Dormiré ahí. Lo único que necesito es un colchón y material de lectura. Puedo trabajar. Soy fuerte.

En eso estaba en un error.

—¿Qué tipo de trabajo podrías hacer para mí que no nos llevara directamente a un campo de concentración?

—Por la noche podría barrer la tienda, fregar los platos, arreglar cosas. ¿Tiene aguja e hilo? Me he fijado en que tiene los codos de la chaqueta muy desgastados. Yo sabría hacerle un parche con la ropa interior, que está bien.

Pawel se miró los codos. Era verdad, estaban en un estado lamentable.

—Y también, con su permiso, podría revisar con cuidado el contenido de las cajas y separar los libros buenos de los de poco valor. Así le ahorraría tiempo.

Pawel consideró la propuesta.

—Si te doy papel, ¿podrías hacer una lista anotando el título, el autor, la fecha de publicación y el estado de cada uno de los libros?

—¡Por supuesto! —Los ojos del chico brillaron de gozo.

—Existen símbolos de librero para señalar las características de un ejemplar. ¿Crees que podrías aprenderlos?

—¿Puedo quedarme, entonces? Porque todo eso lleva su tiempo.

Pawel suspiró. Su soledad era un bien muypreciado para él, e iba a echarla mucho de menos. Pero ¿qué otra alternativa había? Mandar a aquel muchacho a la ciudad, aunque fuera al amparo de la oscuridad, era condenarlo casi con toda certeza a la muerte. Lo atraparían antes de que hubiera podido recorrer diez manzanas. Tal vez al cabo de algunos meses aquel niño fuese ya lo bastante fuerte como para intentar la huida de Varsovia. Pero por lo pronto había que restituirle la salud. Pawel titubeó ante la palabra *niño*, ya que el huésped era casi tan alto como él. Tendría que hacerle llegar una mensaje a Masha, suplicándole más comida extra.

Como si fuera un invitado inoportuno, la palabra *bello* le cruzó también por la mente. Y con ella tomó conciencia de que el rostro del visitante tenía una forma tan armoniosa, tan perfecta, que te entraban ganas de quedarte mirándolo, o bien de apartar la vista. Había procurado ignorar aquel hecho hasta ese mismo momento. De pronto, le pareció que permitir que los ojos se deleitaran era una tentación, la de convertirlo en *objet d'art*. Una cosa bella, pero una cosa al fin.

Desviando la mirada, Pawel asintió con brusquedad.

—Sí, puedes quedarte.

El chico cogió a Pawel de la mano y se la apretó. Miraba al hombre con gratitud y afecto. Tanto la mirada como el gesto eran completamente infantiles.

—Es usted uno de los *hasidei umot haolam*... un gentil justo.

—¿Yo? ¿Justo? —Pawel rió sin sentido del humor.

—Es usted un árbol de la vida para mí, *pan* Tarnowski. La Torá es el árbol de la vida. ¡Así que la Torá está viva en usted!

Pawel se puso de pie, masculló una excusa y bajó al piso inferior para acabar de anotar los registros del día. Sus ojos se negaban a centrarse en el papeleo administrativo. Las palabras se le amontonaban confusas en la mente: *Torá. Niño. Árbol de la vida. Justo. Bello.*

Un miedo inexplicable se le extendió por el cuerpo, surgido de una profunda cavidad interior. Esforzándose por no perder la concentración, se puso a leer con dificultad el texto del libro sobre Andréi Rubliov. Las imágenes lograron finalmente tranquilizarle. El mundo dejó de dar vueltas. Pasada la medianoche se fue a dormir, cansado.

7

Había, claro está, niveles de miedo. La apurada situación en que se encontraba Pawel le sacaba de golpe de la angustia crónica de su actitud mental y dirigía su atención al más amplio contexto de la supervivencia. Por lo general, tenía la mirada vuelta hacia dentro, hacia sí mismo, hacia la madriguera de su librería, hacia los mismos libros. Ahora, sin embargo, estaba obligado a mirar más allá de las ventanas del apartamento, de una forma que no tenía precedente para él; es decir, de una forma analítica. Su vecindario, que hasta entonces había considerado algo corriente, se había convertido en un terreno hostil plagado de peligros.

Desde la ventana de la sala que daba a la calle contemplaba un escenario de desastres varios. La mitad de los edificios estaban reventados por las bombas o dañados por el fuego. En ese sentido les había ido mejor que a la mayor parte del casco antiguo de Varsovia. Los apartamentos que estaban directamente enfrente de la Casa Sofía habían sido abandonados. A ambos lados de su casa había comercios vacíos. Pero unas puertas más abajo aún vivía gente, y los negocios seguían su curso habitual. Muchos ojos observaban el ir y venir de habitantes y comerciantes. Para la mayor parte de las personas, la vigilancia se había convertido en la principal preocupación, una vez cumplidas las tareas propias del instinto de conservación. Cualquiera que quisiera mirar podía ver toda actividad que se produjera en cualquier punto de la calle. La distancia no era superior a una manzana, aunque había sido dos veces más larga, antes de que, a finales del siglo XVIII, la dividieran por la mitad al construir un muro para cercar el patio de una escuela para hijos de la nobleza. La escuela no era ahora más que un montón de escombros, aunque al muro no se le había desprendido ni un solo ladrillo. En el otro extremo, el occidental, el fondo del callejón se abría dando paso a una calle más ancha, que se prolongaba hacia la lejanía, hasta la avenida Jerozolimskie. Unas pocas manzanas hacia el este estaba el río.

Mientras caminaba por el lúgubre vestíbulo sin luz hasta el fondo del apartamento, Pawel pensó que debía advertir al muchacho de que no permaneciera junto a las ventanas. Aunque el ático de doble vertiente era pequeño y desde él se dominaba el patio trasero, su presencia sería visible para cualquier vecino que levantara la vista y mirara por casualidad en aquella dirección. La gorra, el chal, la cara... sí, especialmente la cara.

Al entrar en su dormitorio, miró por la ventana al patio de abajo. Más estrecho que la calle, solo era accesible a través de un pasaje abierto debajo de un apartamento que sobresalía del edificio. Había en él cubos de basura, bicicletas oxidadas, una pandilla de gatos en busca de comida y el solitario tilo enfermo que plantara el tío Tadeusz cuando Pawel era un niño, y que ya entonces parecía poco saludable. Los niños raras veces se adentraban allí a jugar, pues el lugar estaba permanentemente en sombra. También en él se apreciaban los daños: enfrente de la casa de Pawel estaba el bloque de apartamentos de la siguiente calle paralela; a la mayor parte de las ventanas les faltaban los cristales, y dentro no se veía jamás luz alguna. Sin embargo, había ocupantes, sobre todo personas mayores diseminadas al azar por todas partes: más ojos, más observadores. Patriotas, delatores, gente que odiaba a los judíos, gente humanitaria... ¿Quién podía predecirlo?

¿Y si sucedía lo peor? Entonces, ¿qué? ¿Escondarse en el ático hasta que las SS o la Gestapo echaran las puertas abajo? ¿O salir a rastras por el tobogán de la carbonera hasta el patio? Pero sin duda algún delator informaría a los alemanes acerca de las peculiaridades del edificio, y lo tendrían rodeado. No eran tontos, y, si los rumores eran ciertos, eran expertos en hacer salir fugitivos de sus madrigueras. Si cercaban la casa sin previo aviso, pocas probabilidades de escapar habría. Únicamente quedaría abierta la posibilidad de una huida por los tejados, y aun así, en esas

circunstancias el fugitivo sería un blanco fácil. ¿Qué debería hacer el muchacho? ¿Huir solo y dejar a Pawel sentado en su escritorio intentando negarlo todo? ¿Se creerían los alemanes sus mentiras? No era probable. Pero entonces tendría que salir por los tejados con el chico, gateando sobre las tejas de pizarra, jugándose todo (una apuesta desesperada y nada realista) a que nadie les viera ni oyera. El estampido de un rifle, y él, Pawel, caería desde una altura de tres pisos para acabar destrozado sobre los adoquines. Siempre cabía la esperanza de que el disparo le acertara de lleno en el corazón.

~

Los siguientes días transcurrieron sin incidentes. Masha, gracias a Dios, se presentó con varias bolsas de verduras, el milagroso regalo de una libra de té, una cesta de huevos y otra salchicha más, gruesa esta vez como el cuello de un ganso. No se había traído a Adam consigo porque cada vez era más peligroso viajar. Confesó haber arrojado más comida por encima de la pared del gueto, y el pavor que había sentido al oír el griterío de alborozo al otro lado.

—¿Qué está pasando en Polonia? —exclamó—. ¡Es una locura! ¿Adónde se llevan a todas esas personas?

—A campos de trabajo —dijo Pawel con inquietud.

No le dijo nada a Masha de su huésped. Ella no volvió a besarle con intimidad, y ninguno de los dos mencionó lo de la otra vez. Le dio dos castos besos en ambas mejillas, que él imitó con exactitud. Se marchó con actitud enérgica, después de un intercambio de promesas de protección mutua.

Aquella tarde se sentó ante el escritorio de la librería, reflexionando acerca de las ironías de su vida, que parecían amontonarse. ¿Su vida? ¿Qué era una vida? ¿No era su vida nada más que una acumulación de experiencias archivadas en una pequeña caja de latón? ¿O era más bien la caja misma? Movido por aquellas preguntas sin respuesta, cogió papel y pluma, evitando dejarse fascinar por los problemas de tiempo y los movimientos subatómicos que siempre cabía encontrar en una gota de tinta purpúrea. Traspasando la abstracción en pos de una apariencia de acción, escribió lo siguiente:

Archivo en una caja de latón, Varsovia,

29 de septiembre de 1942

Esta casa es una caja cerrada con cerrojo. Mi vida también es una caja cerrada con cerrojo. El país entero lo es. ¿Qué es entonces lo que está pasando realmente en Polonia? Dentro de ella se puede hacer cualquier cosa. Todo depende de la naturaleza de quienes controlan la caja.

Tengo que pedirle a mi huésped que me cuente más detalles acerca del gueto. Lo he intentado un par de veces, pero siempre su rostro se vuelve impenetrable, sin expresión. Tan solo sus ojos delatan un sufrimiento sin medida, que nace de la pérdida de sus padres. ¿Cuántas personas habrán muerto ahí dentro? Dos días antes de su inesperada llegada pasé por delante de la puerta del gueto de Plaza Mirowski. Una pequeña multitud de ciudadanos se había detenido a este lado de la alambrada y observaba el interior. Miraban, sin más, como si contemplaran un espectáculo trágico. El cielo estaba totalmente cubierto, la sensación de espanto era palpable. Junto a la garita del centinela había una niña de unos ocho años en medio de un charco de sangre, mientras los soldados alemanes la rodeaban, fumando un cigarrillo y bromeando entre ellos, como si no hubiera pasado nada importante. Habían disparado contra la niña por intentar meter comida furtivamente en el gueto. Ella aún sostenía una patata arrugada en una mano. Mientras la niña se moría, los soldados se la arrebataron de

entre los dedos de una patada, y fue rodando hasta ir a parar al desagüe, donde otros niños se lanzaron por ella.

Estaba seguro de que tenía que tratarse de un incidente aislado... terrible, pero una aberración y nada más.

Soy un monstruo del intelecto. Apenas tres semanas atrás vi cómo mataban a una niña, tengo otra víctima potencial escondida en el ático en este mismo momento, y estoy aquí sentado, escribiendo. Ay, Dios mío, ¿quién es el loco? ¿Son las personas como mis hermanos las cuerdas...? Bronek, con su arma y sus conspiraciones, escapa al psiquiátrico de la prisión en que el enemigo encierra todo lo que encuentra. Jan se refugia en sus relojes, en esos modelos en miniatura del universo, una huida interior. Pero, ¿y mi vía de escape? ¿Cuál es?

Más tarde preparó una bandeja de cena, mientras, de vez en cuando, lanzaba ojeadas por la ventana e imaginaba las incontables personas que morían de hambre a un tiro de piedra de su apartamento. Se debatían desesperadamente por una patata, mientras él se daba un banquete compuesto por un nabo entero y tiras de repollo hervido. Cargando con un sentimiento de culpa y de gratitud, subió la escalera hasta el ático. Deteniéndose en el descansillo, observó a David Schäfer en el otro extremo de la habitación, paseándose de un lado a otro delante de la ventana, mientras leía y recitaba en voz baja. La concentración del muchacho era total.

Pawel se aclaró la garganta.

—Si yo no fuera quien soy —dijo con tono admonitorio—, tú muy pronto ya no serías quien eres.

David alzó la vista, sobresaltado.

—¿No me has oído subir las escaleras?

El chico se ruborizó y movió la cabeza en señal de negación.

—Deberías tener más cuidado, *debes* tenerlo —le reconvino Pawel, apretando los labios mientras depositaba la bandeja en un baúl.

—Lo siento, *pan* Tarnowski.

—Y además estabas desfilando delante de la ventana.

—Cada vez hay menos luz. ¿Sabe? Era urgente para mí acabar de leer este tratado...

—¿Pero es que querías *proclamar* tu presencia a los cuatro vientos? ¿Por qué no abres la ventana y te pones a gritar? ¿Por qué no le dices a todo el mundo bien fuerte: «¡Aquí hay un judío escondido!»?

—Lo siento de veras, no volveré a ser tan descuidado.

Pawel se sacó una bombilla del bolsillo. Aquel mismo día había canjeado un pequeño y bonito ejemplar de *Bartek el vencedor*, de Sienkiewicz, por tres bombillas usadas. ¿Era capaz aquel chaval de comprender tamaño sacrificio? ¿Se creía que la luz no costaba nada? Pawel enroscó la bombilla en un casquillo que colgaba de un cable clavado a lo largo de las vigas del techo. Una vez hecho esto, cubrió la ventana con un retal de tela negra.

—Por la noche, la cortina... siempre. Durante el día, alejado de la ventana... siempre.

—Sí, siempre —sonó la balbuciente respuesta, acompañada por un sumiso asentimiento con la cabeza.

Mientras daban cuenta de la comida, el enojo de Pawel con el chico fue menguando y se impuso la reflexión acerca de lo que había detrás de aquella actitud descuidada. En todo caso, revelaba una cierta ingenuidad, una falta de astucia que parecía inexplicable en un superviviente del gueto.

¿Qué tipo de personalidad era la suya, en realidad? Había en él algo infantil, y también algo antiguo. Mostraba un temperamento serio, por lo general dispuesto a escuchar, muy perceptivo... como la pupila dilatada de un ojo oscuro. Pero su porte solemne era perfectamente natural, ni pretencioso ni ostentoso. Su dignidad irradiaba por igual a través de sus maneras filosóficas como cuando era devuelto, en raros momentos, a la alegría despreocupada de la juventud. Estas cualidades, unidas a su aspecto fuera de lo común y a su melodiosa voz (de un registro entre el de

tenor adolescente y el de suave bajo adulto), infundían en aquellos momentos en Pawel un profundo desasosiego.

Aquel sentimiento de atracción, se dijo a sí mismo, era el resultado de la soledad, a la que de pronto venía a consolar una compañía... una fraternidad provisoria con alguien no muy diferente de sí mismo.

Después de la colación, que consumieron en menos de tres minutos, David se levantó y atravesó la estancia hacia un vacilante laberinto de libros amontonados. Se arrodilló entre dos pilas.

—Hoy he avanzado mucho —dijo, con ánimo aún apagado, pero más recuperado.

Había tres divisiones principales, y otras varias más que representaban subcategorías. Los libros de la derecha eran los que tenían un valor excepcional, de acuerdo con los gustos y convicciones del muchacho. Había entre ellos muchos estudios bíblicos, y mucha filosofía. Los llamaba «la casa de oro». A la izquierda estaban los que consideraba carentes de utilidad. En su mayor parte los había juzgado de forma correcta: tontas noveluchas polacas, narrativa política del Berlín de los años veinte, historiografía superficial y cosas similares. A ese montón lo llamaba «el pilar de sal». Entre ambos estaba el montón mayor: las obras de las que no estaba seguro. En esta selección, Pawel encontró mucha buena literatura. David la llamaba «la tierra de frontera».

Era evidente que todo aquel material no procedía de una *yeshivá*. Tal vez procediera del amigo abogado católico de Bahlkoyv, que con toda probabilidad habría ido recopilando libros de diversas fuentes con el fin de camuflar las capas superiores de cada una de las cajas. *Increíblemente optimista*, pensó Pawel.

Habían ido perfeccionando el procedimiento hasta convertirlo en una rutina. Por la noche, Pawel subía con la comida al ático y, después de comer con el chico, repasaba la selección del día. De la pila central cogió un gran volumen, correspondiente a una antología de obras de teatro, y se puso a hojearlo, deteniéndose en algunas palabras o frases que parecían resaltar del críptico texto.

—¿Le gusta ese inglés? —preguntó el chico.

—Estoy tratando de descifrarlo.

—Es muy interesante.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo parece? He intentado leerlo en la traducción al polaco, porque todo el mundo parece entusiasmado con él. Me parece innecesariamente complicado, como un cuadro embellecido con demasiados adornos.

—Pero hay que entender la poesía que hay en su manera de embellecer. Hay que leerlo en el original inglés. Si supiera inglés como yo, se daría cuenta de que nunca utiliza una palabra porque sí.

—¿Cómo es que te dio por aprender una lengua tan difícil? —le preguntó Pawel, devolviendo el libro a la pila.

—Hace mucho tiempo, mi padre y mi madre pensaron en ir a vivir a Norteamérica, con mi tío, que es sastre en Brooklyn. Es un barrio de la gran ciudad de Nueva York. Estudio la lengua desde 1931, cuando tenía seis años... el año en que partió mi tío. Esperamos mucho tiempo mientras reuníamos el dinero suficiente y llegaba el permiso de emigración. Esperamos demasiado tiempo.

Pawel recordó con el entrecejo fruncido aquel año de 1931, el mismo en que él había llegado a París con la cabeza llena de sueños de grandeza, como ferviente acólito de la diosa Arte.

David volvió a la tarea de seleccionar. Era interesante captar una imagen fugaz de la mente de aquel muchacho, pues gran parte de su manera de pensar se revelaba en su criterio. Mientras le observaba tomando decisiones, Pawel comentó:

—Pareces saber mucho de literatura. Es algo muy poco habitual.

—¿Por qué es poco habitual? —replicó David.

—Pensaba que vuestro pueblo era muy cerrado, que despreciabais todo aquello que no pertenece a vuestra cultura.

El muchacho reflexionó sobre ello, con expresión neutra.

—*Despreciar* es una palabra muy fuerte.

—¿Estoy equivocado, entonces?

—No, eso es verdad entre muchos de los *jasidim*.

—¿Pero no en tu caso?

El tono de David al dar la respuesta fue cauteloso:

—Yo no desprecio a nadie. El hombre es incompleto en sí mismo.

—¿Incluso los *jasidim*?

—Sí, por supuesto. Nosotros también somos hombres...

—Has dudado.

—Tengo que decir que en mi lectura en privado de los pensamientos de los hombres... de toda clase de hombres, he encontrado muchas cosas buenas. —Hizo una pausa—. Y muchas malas. Por lo general, el mal está entretejido con el bien.

—¿Dónde has estudiado literatura? ¿No llevas una vida aislada del mundo?

—Mi padre me dio permiso para leer en las bibliotecas de la ciudad, sobre todo en la universitaria, aunque no me he matriculado nunca. Lo hizo para que yo fuera capaz de comprender los lenguajes de los hombres.

—El lenguaje es un don, como dijiste el día en que nos conocimos.

—Sí, el lenguaje es un don. Pero no me refería tanto al léxico cuanto al alma del lenguaje... del lenguaje celestial.

—Lenguaje celestial. Una bella expresión. ¿Se trata de algún concepto importante del pensamiento jasídico?

—En cierto sentido, sí. Está implícito en los escritos de algunos de nuestros maestros.

—También en los de los nuestros. Pero en una forma más que implícita.

—En vuestra literatura está muy implícito, pienso yo.

Pawel se extrañó ante el uso que hacía David de la palabra *vuestra*, como si el inmenso y abigarrado archipiélago de la literatura occidental fuera una entidad simple.

—¿Has leído novelas, entonces? —preguntó.

—Sí. A veces en la lengua original, que es lo preferible. He disfrutado leyendo en alemán, en francés, en italiano, en inglés...

Señalando hacia la pila mayor, Pawel dijo:

—A eso lo llamas «la tierra de frontera». ¿Por qué?

—Es un territorio que está en los dos polos, el de la sabiduría y el de la estupidez —dijo David con sobriedad.

Había colocado a Shakespeare, Thomas Mann y Sigrid Undset en un subapartado del montón al que llamó (con una fugaz sonrisa) «la casa de los gentiles justos». Pero a Sigmund Freud, un judío, lo había puesto en un grupo al que llamaba «la casa de los tontos listos». Un montón más pequeño lo había etiquetado como «la casa de los *sitra ahra*».

Pawel se arrodilló para inspeccionar los libros agrupados en esta última categoría. No habría sabido decir nada acerca de ellos. Eran en su mayor parte libros de espiritualidad y teorías de psicología.

—¿Por qué estás tan seguro de que estos proceden de la *otra orilla*? —preguntó Pawel.

—Hay *dybbuks* trabajando en estos escritos.

—¿Qué es un *dybbuk*?

—Un espíritu maligno.

—Deberías ir con cuidado a la hora de decir que un hombre está influido por un espíritu maligno solo porque no estás de acuerdo con él. A lo mejor en sus ideas se encuentran algunas verdades.

—Sí, es posible. Uno no obsequia a su enemigo con un regalo mortal envolviéndolo en una caja con un sello estampado que diga: *mentiras, veneno, engaño*. Le presenta el regalo mortal en un envoltorio atractivo, en el que ponga: *amor, paz, unidad*.

Pawel cogió uno de aquellos libros y lo hojeó. Atraído por un pasaje, se detuvo y leyó una página, y luego otra.

—Sus ojos leen inquietos, *pan* Tarnowski. ¿De qué se trata?

—Es un poema.

Pawel leyó en silencio el texto entero.

—¿Podría recitarlo? —le pidió el chico.

—No sé si te gustaría. Es como caminar por una ciénaga. Está lleno de símbolos confusos.

—¿En qué sentido?

—El autor dice que hay dos fuerzas primarias en la existencia y que las dos son demonios y —dioses a la vez, el Árbol de la Vida y Eros, ambos mezcla de bien y de mal. Al Árbol de la Vida lo llama El Que Crece, a Eros lo llama El Que Arde. Eros tiene la forma del fuego. Da luz consumiendo, destruyendo. El bien y el mal están unidos en su llama. El bien y el mal están unidos en el Árbol de la Vida por el proceso de crecimiento.

El rostro de David se torció en una mueca de desagrado.

—Solo hay un Árbol de la Vida —exclamó—, ¡la Torá! ¡En él no hay mal!

—Al parecer, el autor no está de acuerdo contigo. Parece que dice que no encontraremos la felicidad hasta que el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal se integren en nosotros.

—¿Que el mal se integre en nosotros? ¡Eso es ridículo!

—Hay más. Es un himno a alguna clase de ser sobrenatural.

Cuando Pawel hubo concluido su lectura silenciosa, alzó la vista.

—Cree que el dios supremo contiene en el seno de su divinidad tanto a Jehová como a Satanás, a partes iguales... David se tapó los oídos.

—¡Basta! Eso es una abominación. ¡No puedo soportarlo!

—Sí, por descontado, tienes razón, es una idea horrible. Pero solo es un poema.

El muchacho dejó escapar el aire.

—Las palabras tienen mucho poder —dijo con vehemencia—. Tienen vida propia. Decantan para uno u otro lado el equilibrio del mundo.

Pawel reflexionó sobre ello, perdiéndose en un ensueño por momentos.

—Eres un joven nada corriente —dijo por fin.

David le miró perplejo. Frunciendo el ceño, hizo un gesto en dirección a la pila de libros y, hablando pausadamente, dijo:

—¿Dice eso solo porque soy capaz de detectar el tufo a veneno? Desde luego, no sé mucho acerca de los designios de los *dybbuks*, pero ese hombre pretender abolir las diferencias entre el bien y el mal. ¿Es que piensa que son reflejos exactos de un mismo poder divino último?

— Eso parece.

—*Pan* Tarnowski, esta es una idea que tiene su origen en el otro lado. A ellos les gustaría que pensáramos así, para que les hiciéramos el trabajo más fácil.

—¿El trabajo?

—Acabarían destruyendo en nosotros lo que queda de nuestra semejanza con el Uno Santísimo, que perdimos con la caída de nuestros primeros padres. ¿Acaso desea este autor invertir la Caída del Hombre? No podrá. —Aquí David Schäfer señaló hacia el montón de la *sitra ahra* con rabinica autoridad—. ¡Esos libros nos llevarían a una segunda Caída del Hombre!

—Cuando oigo esas palabras que salen de tu boca es como si oyera el alma de un anciano hablando a través de los labios de un niño.

—Mi padre me decía eso mismo. Sí, con esas mismas palabras. Adoptó un aire pensativo antes de añadir con educación y firmeza: «No soy ningún niño.»

—¿Tu padre era profesor?

—Era sastre. Pero era sabio.

—¿Dónde está tu padre ahora... si lo sabes?

Los ojos que se volvieron hacia Pawel se clavaron en él con tal fijeza, expresando tal pesadumbre, que se quedó un momento desconcertado.

—Mi padre, estoy seguro, reposa en estos momentos en el seno de Abraham. Se lo llevaron a la *Umschlagplatz*, donde meten a la gente en los trenes, hace dos meses. Yo me escondí en las alcantarillas.

Pawel apartó las cortinas de la ventana. Las nubes nocturnas estaban iluminadas por la luna. Entonces se dio cuenta de que el sonido de los disparos se había hecho tan habitual que ya no reparaba en él.

~

Archivo, 5 de octubre de 1942

No comprendo por qué no interviene Dios, por qué no rasga de arriba abajo el velo del cosmos y le revela al pueblo judío su nuevo testamento, y a los gentiles la maldad de sus guerras y persecuciones. El dolor que siento por lo que respecta a esta cuestión no guarda relación alguna con mi preocupación por el fugitivo del ático. Debo concluir, por tanto, que ese dolor nace de una fuente más personal. ¿Es mi propio sentimiento de abandono lo que veo grabado en el drama que vive ese pueblo?

La mente me dice que Dios está presente, aun en medio de esta guerra... Sí, admito que creo en todo lo que se me enseñó acerca de Él. Pero el corazón tiembla ante el abismo insondable de su silencio, de su inacción frente a acontecimientos catastróficos.

Creo con la razón, pero no con las emociones. De modo que sigo siendo, como siempre, un hombre escindido. ¿Quién podría confiar en un hombre así? Yo mismo no confío en Haftmann, el *Gespaltenmensch-Übermensch*, el Superhombre que lleva la escisión dentro de sí. Así que, ¿por qué iba a confiar en esta caja llena de contradicciones, en este archivo de historias banales a la que tengo la presunción de llamar mi ser auténtico?

David Schäfer... he ahí un alma unívoca, en la que no parece haber división interior alguna, ni escisión entre fe y personalidad, entre intelecto y sentimiento, ni con relación a ningún otro aspecto de su ser. Hay momentos en que puedo sentir casi su confianza en sí mismo, libre de dudas. Hay momentos en que le envidio. Los judíos son inflexibles por lo que hace a sus creencias. ¿Será esta la razón por la que se los rechaza de un modo tan generalizado? ¿Y por qué ese rechazo ha crecido con tal rapidez, hasta convertirse en un odio irracional? Irracional... un término por el que suele entenderse una aberración meramente psicológica, sociopolítica o cultural. ¿Es solo eso?

Si este muchacho que ha encontrado refugio conmigo es un fugitivo, es porque el enemigo quiere destruirle. No es posible que la voluntad de Dios fuera que viniera hasta mí. Es evidente que si los poderes de la maldad humana no hubieran desencadenado esta guerra desastrosa, él habría seguido su proceso de educación hasta convertirse en un maestro de sabiduría entre su pueblo, y nuestros caminos jamás se habrían cruzado. Pero su familia está muerta, y a él lo persiguen. ¿Habría recurrido Dios a un plan alternativo? ¿Forma parte este retorcido corazón mío de un plan divino? ¿Cómo podría ser esto posible? ¡Seguro que mi condición es la de lamentable accidente!

Pawel dejó la pluma a un lado, dejó escapar un gran suspiro y enderezó la espalda con un sonoro crujir de vértebras. La taza de té que tenía al lado se le había enfriado. La apuró. Se frotó los ojos y apagó la luz. La fría lluvia de otoño batía los cristales de la vitrina delantera de la librería.

Se pasó la noche entera dando vueltas en la cama, con la vela votiva roja encendida delante del crucifijo y de los iconos del hogar.

~

A primera hora de la mañana del domingo se oyó un rasgueo frenético en la ventana de la carbonera, en la parte trasera del edificio. Pawel bajó la escalera dando tumbos a ciegas para abrir la puerta de atrás.

Bronek irrumpió de sopetón, y se quedó jadeando unos segundos. Fornido y más bien bajo, con el pelo rubio platino de su niñez ahora castaño y greñado, conservaba audazmente la vena campesina del linaje de los Tarnowski.

—Pawel... a la gente que se llevan a los reasentamientos... los matan...

—Quizá es que han muerto algunos... —balbució Pawel.

—¡No! ¡Los matan a todos!

—No puede ser verdad.

—¡Es verdad! ¡Lo es! Hay varios campos de exterminio. La resistencia se ha enterado de que Majdanek y Treblinka no son los peores, aunque son terribles. Hay un campo de trabajo al sur de Cracovia, cerca de Oświęcim, que ellos llaman Auschwitz, en el que han matado a cientos de miles de personas. Y va a más.

—¿Cientos de miles? Eso es imposible.

—Es posible. Algunos han conseguido escapar, no muchos, podrían contarse con los dedos de la mano... Todos cuentan la misma historia.

—Deben de ser rumores, y se limitan a repetirlos. Cosas así se oyen desde el verano pasado.

Los dos hermanos se miraban fijamente, Pawel a la defensiva, Bronek respirando con dificultad, con los labios apretados con gesto de impotencia.

—¡Maldita sea, Pawel! —le espetó Bronek—. ¡Por qué siempre tienes que ocultarte las cosas como son!

—¿Qué quieres decir... con eso de ocultarme?

Bronek levantó la mirada hacia el cielo y las manos, dándolo por imposible.

—¿Qué has querido decir? —insistió Pawel.

—¿Que qué he querido decir? ¿Que qué he querido decir? Está bien, ¡te diré lo que he querido decir! Me sacas de quicio. Y también Jan está harto de tus agravios, que no se acaban nunca. ¡Pobre Pawel, siempre tan triste! Tan sombrío, tan melancólico. ¡Ay Dios, cuánto ha sufrido, nuestro pobre Pawel!

¿Por qué no te sacudes ese muerto de encima? Ya estamos cansados de ofrecerte el hombro. Ya no eres un chiquillo.

—¿Por qué te has sentido siempre tan desgraciado? Yo sé por qué. Mamá te consintió demasiado. Papá, otro tanto. El abuelo y la abuela, más de lo mismo. Siempre fuiste el niño mimado. Demasiada gente pendiente de ti, de cualquier monería que hiciera el adorable Pawel. Bueno, pues ya estamos hartos. ¡Crece ya de una vez! El mundo es duro, ahí fuera. La gente se está muriendo. Ya no puedes volver a la guardería.

La perplejidad dio paso a la ira.

—No sabes de lo que hablas.

—Sé muy bien de lo que hablo. Cuando papá se marchó, tú te volviste imbécil. Cuando regresaste de París, volviste hecho un imbécil aún mayor. ¿Cuándo vas a...? —Bronek calló de pronto. Mientras se frotaba el rostro, Pawel vio que a su hermano le temblaban las manos, unas manos sucias, con las uñas partidas. Tenía los ojos hundidos por el cansancio y el hambre.

—Lo siento —murmuró Bronek—. No era mi intención decir eso.

Aunque Pawel sentía que le invadía un gran resentimiento, se deshizo de él por pura fuerza de voluntad.

—Tendrás hambre, Bron —dijo con voz inexpresiva. Su hermano asintió con la cabeza.

—Vamos arriba, prepararé un poco de té. Masha lo consiguió.

Sentados ante dos tazas de té negro hirviendo, endulzado con azúcar, Bronek se agitaba con inquietud, mientras Pawel permanecía en silencio, tratando de no mostrarse ofendido. El sol de finales de otoño inundaba la estancia a través de la ventana que daba a la plaza. El tilo susurraba al otro lado del cristal, pidiendo asilo. Pawel abrió la ventana y dejó que entrara el aire fresco.

—Necesito tu ayuda —dijo Bronek en tono de súplica, avergonzado por el hecho de tener que pedirle algo a su hermano inmediatamente después de haberle insultado.

—No tengo dinero —repuso Pawel—, y si lo tuviera no te lo daría para que te lo gastaras en armas. Los alemanes manejan una enorme maquinaria de guerra. Sería como dejarte matar por nada. Como una abeja intentando clavarle el aguijón a la oruga de un Panzer. ¿Por qué iba a proporcionarle a mi hermano el arma con que matarse?

—Alguien tiene que enseñarles que deben pagar un precio por haber violado las fronteras de otra nación. Pero no he venido por dinero para armas. Mira esto.

Le entregó una hoja de papel en la que había impreso lo siguiente:

¡A TODOS LOS POLACOS LEALES!

En el gueto de Varsovia, tras las paredes que las aíslan del mundo, hay varios centenares de miles de personas condenadas que esperan su ejecución. Sus verdugos recorren las calles disparando a todo aquel que se atreve a salir de casa por la noche o que se les antoja sospechoso a la luz del día. Cientos de niños, cuyos padres han muerto o a los que se han llevado en los transportes de deportación, se han convertido en mendigos. Muchos cuerpos menudos yacen en las calles con una bala alemana en la cabeza. Mujeres y niñas son violadas por bandas enteras de soldados. Hay cadáveres de personas muertas por la fiebre sin enterrar por todas partes. El número oficial prescrito de deportados es entre cinco y diez mil por día. La policía judía está obligada a entregar esta cifra de personas a los verdugos. Si no lo hacen, son ellos los ejecutados. La locura y el odio rigen todas las acciones. El modo en que se carga a las personas en los trenes es tan brutal, que muchas de ellas no llegan a su destino con vida. Los niños van amontonados en furgones con las puertas selladas. La gente va tan apretada dentro, que los muertos no llegan a caer al suelo. No hay comida ni agua.

Los trenes llevan a las personas a los lugares de ejecución, contruidos en muchos puntos de nuestra patria. Lo que sucede en el gueto de Varsovia es lo mismo que tiene lugar en otras muchas ciudades, grandes y pequeñas, de toda Polonia. El número total de judíos asesinados supera ya el millón. Ricos y pobres, ancianos y jóvenes, todos han sido condenados a muerte por el *Generalgouverneur* Frank, obedeciendo órdenes de Hitler.

¡A todos los buenos cristianos! ¡No podemos hacer como Pilatos! No debemos lavarnos las manos ante nuestros hermanos judíos. Si no podemos actuar activamente contra los criminales alemanes, sí que podemos salvar a muchas personas de sus manos. ¡Dadles protección! Es una protesta que nos exige Dios, que prohibió el asesinato de inocentes. Nos lo exige también nuestra conciencia cristiana. La sangre de las víctimas clama al cielo para que se les haga justicia. Quienes no den su apoyo a esta protesta no pueden llamarse católicos.

FRENTE PARA LA RESTITUCIÓN DE POLONIA

—¿Es esto verdad?

—Ya te lo he dicho... ¡es verdad!

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé. Créeme, lo sé.

—Me parece demasiado fantasioso, no puede ser verdad. ¿Y qué quieres que haga con esto? Si lo cuelgo en la librería, soy hombre muerto.

—No te pido que hagas una cosa tan estúpida. Lo que me interesa es tu prensa, tenemos que hacer copias.

Pawel sacudió la cabeza.

—No.

—Cada hora que pasa se derrama más sangre inocente, ¿y tú dices que no?

—No podríamos evitar que nos cogieran. La prensa es muy ruidosa. Además, lleva tres años en el sótano. Tiene piezas oxidadas. No sé si la tinta aún servirá. ¿Y de dónde sacaría el papel?

—¿No tienes papel? —dijo Bronek consternado.

—Bueno, tengo un paquete de papel de escribir a máquina escondido, pero quería reservármelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Bronek, dando un golpe sobre la mesa—. ¿Para qué estás reservándotelo?

—Había pensado escribir algunas cosas —murmuró Pawel. Su hermano se quedó mirándolo, sin poder decir nada. Pawel se ablandó.

—Me quedaré un centenar de hojas, y tú puedes quedarte con el resto.

Bronek le agarró del brazo.

—Dios te bendiga —dijo en un susurro.

—En cuanto a la prensa *offset*, está desajustada.

Y entonces, impulsado más por vergüenza que por patriotismo, dijo: «Tengo una cosa que puede que te sea útil. Ven.»

En un rincón del sótano, debajo de una lona carcomida, encontraron una antigua prensa mecánica manual. El carro negro esmaltado estaba en buen estado, pero los rodillos empezaban a oxidarse. Pawel la limpió con un trapo. Accionó la rueda, el engranaje se puso en funcionamiento, y los rodillos se activaron casi sin hacer ruido.

—Es lenta, pero segura —dijo, como si no creyera en sus propias palabras.

—Es perfecta.

De una caja de madera envuelta en un hule Pawel sacó un paquete de papel, que dejó en un banco de trabajo junto a la prensa. Contó cien hojas, que separó.

—Estas me las quedo, el resto son tuyas. Tengo la esperanza de que lo que yo escriba en mi parte del papel ayude a tantas personas como lo que escribas tú en la tuya.

—¿Qué piensas escribir, para que *ayude* a la gente?

—No lo sé.

—Eres todo un enigma, hermanito —dijo Bronek, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, vamos a colocar los tipos. Es domingo, no nos molestará nadie.

Mientras trabajaban codo con codo, Pawel se preguntaba si informar a Bronek o no acerca del fugitivo del ático... Por una parte deseaba demostrar que no era menos que los más valientes, y que también él era capaz de proporcionar refugio. Pero decidió no decir nada. La personalidad de Bronek y la opción que había tomado por la clandestinidad le abocaban casi con toda seguridad a un final fatal. Si le capturaban, lo mejor sería que supiera lo menos posible. Por otro lado, si lo cogían y confesaba haber impreso las copias en Casa Sofía, el final sería el mismo. Con todo, no mencionó a David Schäfer.

Una vez los tipos correctamente dispuestos, Pawel instaló la bandeja en la prensa y dejó a Bronek imprimiendo. Al volver horas más tarde al sótano, encontró a su hermano exhausto.

—¡He impreso un millar de copias! —masculló Bronek—. De ocho mil novecientas. Pensar que con esa prensa grande de ahí estaría todo el trabajo hecho en dos horas...

—Sí, y nosotros estaríamos en el cuartel general de la Gestapo antes de acabar el día.

~

Bronek trabajaba día y noche. De vez en cuando contaba con la ayuda de ciertas figuras anónimas que se colaban deslizándose por el tobogán de la carbonera, y que se marchaban por esta misma abertura.

Pawel previno a David de que había gente en la casa, entrando y saliendo a todas horas. Debía extremar por tanto las precauciones para no dejarse ver y evitar hacer el menor ruido.

—¿Son personas peligrosas, *pan* Tarnowski?

—No son alemanes, ni colaboracionistas. Trabajan para la resistencia. Pero en estos momentos hay que contar con que nadie es de fiar, y cuando digo nadie quiero decir nadie.

El rostro del muchacho permanecía concentrado, como si sopesara el valor de aquella observación.

—¿Nadie?

—Nadie.

—Pienso que eso es una afirmación general que no deja espacio para las distinciones.

—¿Qué? —medio rió Pawel.

—Usted, *pan* Tarnowski, es una persona en quien se puede confiar.

—Pawel se encogió de hombros.

—No estés tan seguro.

—Estoy seguro —dijo el chico con voz grave, con una expresión a la vez profunda e inescrutable.

~

9 de octubre de 1942

Kahlia:

¿Por qué me resulta tan difícil escribirte esta noche? El sonido de los disparos ha ido disminuyendo hasta hacerse el silencio. Solo se oye el tictac del reloj de pared junto al busto de Paderewski. Mi escritorio se ha convertido en un paisaje completo por sí mismo. En cada uno de sus niveles hay secretos ocultos. En el sótano hay héroes afanosos, que planean furtivamente una revolución de ratones. Allá arriba, en el ático, hay una presencia extraordinaria, un ascua ardiente colocada en un lecho de libros mohosos. No entiendo por qué esta casa no arde en llamas. Que un ser humano tan joven, tan vital, busque la sabiduría es para mí un gran enigma.

David Schäfer me ha dicho una cosa esta mañana. «Entre nosotros hay un dicho: el hombre que no tiene nada es el hombre que lo tiene todo.»

¡Vaya una frase difícil!

¿Quién es este sabio? ¿Y por qué ha venido a parar a mis manos? A mí, de entre todas las personas posibles... ¡un hombre aquejado de introversión y de un temperamento hipersensible!

Le tengo miedo. Aunque su presencia, de una forma misteriosa y sin precedentes, ha traído un poco de felicidad a la celda de mi prisión. ¡Qué absurdo! Cuando se vaya, la oscuridad será aún mayor que antes. Quizá es por eso por lo que me inspira temor. Pero también he acabado sintiendo afecto hacia él. Un caso clásico de transferencia, por supuesto. El paria despreciado, el solitario que sufre, el desposeído... Le miro y veo (¡oh, la más extraña de las imágenes ilusorias!) mi propio rostro.

No me atrevo a utilizar la palabra *amor*. Es un término que disimula nuestra búsqueda egoísta de alivio de la soledad. Pero ¿por qué siento los mismos sentimientos que sentí una vez, y que todavía siento, por ti, Kahlia? Es una pasión muda. No se trata de un impulso de naturaleza carnal, como los deseos furtivos de mi famoso escritor. ¡Oh, que no sea eso!

¡No debo sentir nada! ¡No puedo! Hace demasiados años que renuncié a mi corazón. ¡Soy una piedra!

El lenguaje es un don, dice. Y también una desgracia, respondo yo en silencio. Tan candoroso rostro no podría soportar la expresión de esta verdad. Un puente es una promesa de comunicación, pero puede ser demolido tan fácilmente, acrecentando la crudeza del aislamiento...

Él intenta de forma reiterada tender un puente sobre el vacío enseñándome palabras en yiddish o en hebreo.

De esta misma noche: «Mi *talit* y mi *yarmulke* son todo lo que me queda». Y me explica que el primero es su chal para las plegarias, y el segundo el solideo.

Yo le respondo: «No tienes nada. Así pues, lo tienes todo».

Su rostro se ensombrece, y permanece en silencio. Entonces veo con desnudez el perenne problema del hombre. Aun en una persona tan dotada como es este joven prodigio, las convicciones de un gran intelecto no consiguen necesariamente transformar el corazón.

~

Bronek terminó el trabajo al amanecer del miércoles.

—Pawel, tienes que ir a ver a Jan —dijo cuando se marchaba—. Anoche alguien me dijo que habían arrestado a Sara y a Itsak.

Y se fue cargado con un paquete de carteles ilegales.

Después de cerrar la librería temprano, Pawel se encaminó a la calle Swietokrzyska. La tienda de Jan estaba cerrada, y las cortinas de las ventanas del piso superior echadas. En el apartamento no había nadie. Al bajar la calle, a media manzana, una anciana que vendía cazuelas de metal abolladas sentada en una caja de madera le informó:

—Pan Tarnowski se ha ido a la entrada principal del gueto a buscar a su mujer y a su hijo.

Encontró a su hermano plantado a cinco metros de la alambrada, estirando el cuello y mirando de un lado para otro. En el poste junto a la entrada había un cartel que decía:

ZONA DE RESIDENCIA
JUDÍOS
ENTRADA
PROHIBIDA

Un barrendero acababa de echar un cubo de agua sobre un charco de sangre, y se disponía a barrerlo hacia la alcantarilla con una escoba.

—Jan, ya me he enterado. ¿Puedo hacer algo?

—La policía no puede hacer nada, yo no puedo hacer nada, nadie puede hacer nada. Esperad aquí. Puede que los hayan metido en el gueto y que sus ángeles velen por ellos más allá de esa entrada. He mandado muchos mensajes a través de desconocidos, y paquetes con comida y dinero. Rezo por que les lleguen. Si es que están ahí...

Permanecieron juntos vigilando. Jan no lo miró.

—¿Vendes libros a los alemanes? —dijo con tono grave.

—Sí.

—Por Dios, ¿qué clase de hombre eres tú?

—La clase de hombre que cree que la verdad es capaz de transformar hasta los corazones más endurecidos.

A pesar de haberlas pronunciado él mismo, sabía que aquellas palabras salieron de su boca flojas y ahogadas, y que sonaban apenas como la justificación de un hombre débil. Jan se limitó a dedicarle una mirada de desprecio, y volvió los ojos de nuevo hacia la entrada. El silencio se hizo insoportable, hasta que Pawel se marchó a toda prisa, haciendo esfuerzos por no correr.

~

David Schäfer estaba absorto en plena tarea de catalogación cuando Pawel le subió la comida aquella noche. Dejó la bandeja junto al chico y volvió a bajar a la librería sin decir palabra.

Intentó encolar el lomo gastado de un diccionario encuadernado en piel, pero hizo un desastre y acabó por dejarlo para mejor ocasión. Palabras. Montañas de palabras, ninguna de las cuales era capaz de mantener a raya a los voraces perros de la guerra. Incapaz de trabajar, se quedó mirando el

laberinto de anaqueles con libros en la penumbra. El rechazo de Jan se le había alojado en el corazón como una lanza.

Permaneció así, sentado, inmóvil, durante casi una hora, con la cabeza apoyada en las manos. Intentaba volverse de piedra, pero no podía. El inmenso peso de la soledad lo aplastaba y le comprimía los pensamientos, los sentimientos, la carne misma, hasta convertirlo todo en un desecho de pura angustia.

¿Qué clase de hombre eres tú? ¿Qué clase de hombre eres tú? El tono de desdén se hacía cada vez más insoportable a cada repetición de aquella pregunta imposible de contestar.

«¿Qué clase de hombre soy? Te lo voy a decir, Jan, escucha. Soy un cobarde. Soy un fracasado en la vida. No valgo nada como ser humano, ya no digamos como hombre. No soy nada. Soy menos que nada, puesto que la condición de la nada es simple y limpia.»

Soledad, soledad, la soledad sin fin. Las palabras de crítica siempre habían conseguido desmoronarle, porque nunca había habido una réplica que le dijera lo que era, que pronunciara su verdadero nombre o que sonriera ante su rostro oculto. No había en su interior fundamentos sólidos, sobre los que pudiera haber construido un edificio asertivo en el amor compartido. Sin esposa, sin amada, sin amigos, tan solo con una familia que nunca lo había comprendido.

¿Qué era él? Todos los mensajes que había recibido sobre sí mismo eran contradictorios. Giraban en cadencia cíclicamente, negándose el uno al otro sin fin. ¿Qué clase de hombre era? ¿Un extraterrestre, un loco, un héroe, un mutante, un peregrino, un niño tullido, un aspirante a santo, un pecador depravado? Por encima de todo, era un enano que excavaba en las oscuras galerías de las minas literarias, en busca de filones brillantes. Era un conservador de sueños. Sí, el último archivero de historias fútiles.

No habría alegría para él, ni vínculos indestructibles, ni el amor más puro, ni el abrazo más dulce. Ni poemas, ni los nombres que nacen del cariño. Ni sentido.

Ahora todas las certidumbres se venían abajo. Primero habían sido las insinuaciones de las ratas, que le habían roído hasta el núcleo de la razón. Las ratas se habían transformado en osos rugientes con las fauces abiertas y los ojos rojos clavándosele desde el peso de la noche. Luego habían surgido monstruos envalentonados que se enseñoreaban de su mente. Le hacían muecas de desprecio. Le decían cosas oscuras y desesperanzadas, mentiras, mentiras, oh sí, él ya sabía que eran mentiras, pero las mentiras eran la sombra que proyecta la verdad, ¿o no?

No existe el amor para ti, le decían. Eres una aberración destinada a la destrucción.

Sabía que aquellos pensamientos eran imaginaciones distorsionadas causadas por el hambre y la angustia psíquica, por el exceso de soledad y por el miedo permanente. Pero eso no los silenciaba.

Su exterior biológico era perfecto, pero su mente estaba deformada. ¿Cómo podría repararse alguna vez esta lesión fundamental? Ese vacío de la falta de amor en el centro exacto de su corazón, ¿podría aliviarse alguna vez mediante una mirada, una caricia, un abrazo? ¿Quién estaría deseoso de abrazarle? Oh, había muchos, muchos que le habían deseado, que habían deseado sobre todo convertirlo en su *objet d'art* maleable. Pero ninguno de ellos lo había conocido, y ninguno de ellos, si es que de verdad llegaba a conocerlo, querría abrazarle. ¿Quién podía derretir la piedra?

—Es muy difícil —dijo en voz alta—. A un hombre le resulta muy difícil creer que Dios le ama si no ha conocido antes el amor por otro ser humano.

¿Por qué decía esto? ¿Y a quién?

A su mente acudió por un instante la imagen del fugitivo, allá arriba, en el ático. Un rostro que irradiaba consuelo... Aquella calidez, aquella franqueza, aquella belleza. ¿Belleza? ¡Pero qué estaba diciendo! Alejó aquel pensamiento de sí. No había consuelo posible para un hombre como él. No... su ración diaria consistiría siempre en bandejas de frío plomo.

Veía en esos momentos todas sus debilidades con una cruda claridad. Contó uno por uno sus fracasos: el desencanto de su padre, el triste paso por la universidad, el monasterio que no lo aceptó. Los ojos de Picasso como ágatas negras analizándolo y considerándolo carente de valor. Las legiones de propietarios de galerías de arte que le mintieron y los que le dijeron la verdad, de las dos maneras dolía. Y luego el hombre santo ruso, el *starets* que no lo tomó por discípulo. Los ojos del

maestro pintor francés, los ojos de los estudiantes. El escritor que solo buscaba una aventura, que no se habría detenido a mirarlo dos veces de no haberlo encontrado atractivo. Y por último Kahlia, que lo había mirado una vez, brevemente, para dejarlo sin volver la vista atrás.

Por un momento, su conciencia de la propia identidad se vio sacudida por completo y él se sintió incorpóreo, como si fuera una conciencia separada, a la deriva en un universo carente de orientación, sin fuerza gravitacional de ninguna clase. Agachándose hasta llegar con la cara a las rodillas, se puso a hablar en susurros, a alguien, a quien fuera, sin saber a quién. ¿Le hablaba quizás al padre Andréi? No, incluso él se había marchado.

El dolor se abrió como un absceso y comenzó a supurar:

—¿Por qué nunca he sabido para qué estoy hecho? —exclamó.

Se levantó de un salto y se puso a deambular por delante de los anaqueles, por los pasillos a un lado y a otro de las estanterías centrales.

—¡Ah, mi padre! ¡Mi padre! ¡Me diste la vida pero no me dijiste cómo vivir!

El silencio no contenía respuestas.

—¿Por qué siempre he estado tan solo?

Sollozaba sin hacer ruido.

—Oh Dios, tú me diste ansia de amar. Y luego me dices que no puedo tener amor.

Respiraba con vehemente agitación:

—¡No te oigo! ¿Por qué no me hablas?

Disparos.

—¿Por qué hay solo dos opciones: o esta soledad interminable o la degradación? Quiero morir. Quiero vivir. Quiero estar solo. Quiero amar.

¿Amar? ¿Amar a quién?

¿Se refería a una mujer real, a un hombre real? Pero ¿qué era lo real y lo irreal? ¿Los símbolos mezclados en su interior, que lo condenaban al eterno aislamiento bajo una capa de oscuridad? ¿La marca de una garra de oso en la carne?

—Cerezas podridas —balbució.

El oso loco de lujuria separando las extremidades entrelazadas del niño bajo las ciegas estrellas, abriendo las fauces sobre su pecho, devorándolo hasta lo más íntimo, tocando con las zarpas, en su interior, sus cuerdas más recónditas, el niño con la boca tapada, sus pulmones alzándose en busca de aire.

—Amor... —jadeó al fin, con la mirada fija en las paredes como si acabaran de liberarlo de la prisión, solo para encontrarse en una celda más grande.

Trató de apartar al oso, pero estaba encerrado en su interior. Se debatía, se peleaba con él, una pesadilla, una vieja pesadilla, él ya lo sabía, mientras cada pelo del pecho cubierto de sudor del oso, su peso aplastante, su frenético jadeo, aunaban el dolor con un placer indeseado, y los gritos infantiles eran ahogados más y más profundamente en el fondo de las aguas del silencio.

Apoyado contra un anaquel, con los ojos parpadeantes, Pawel trataba de recobrar el aliento y de reprimir el grito que le nacía en la garganta.

Entonces, y puesto que solo un sueño más potente era capaz de disipar al oso, el rostro de David Schäfer surgió de nuevo en su mente. Los ojos del muchacho, muy abiertos, eran oscuros, poderosos, su presencia era la pupila dilatada del universo, y alargaba el brazo hacia Pawel con la mano abierta, susurrando: *Tú eres un árbol de vida para mí.*

—¡Un árbol de vida! —exclamó Pawel—. ¿Yo? Sería más prudente por tu parte mantenerte alejado de mí, porque no siempre he sido una persona tan amable, y podría volver a las andadas.

Pero eso era un horror demasiado profundo, eso era convertirse en oso él también.

—¡Mentira! ¡Mentira! —jadeaba.

Pero a una mentira tan poderosa solo podían hacer frente dos manos cálidas que cogían la suya, con la más profunda gratitud en los ojos, con el amor que brillaba en ellos...

Todo ruido y movimiento cesó al instante.

¿Amor? ¿Había existido un indicio de amor en los ojos del chico?

Pawel se sentó en el suelo con la cabeza colgando.

¿Amor hacia él? ¿Amor procedente de un alma totalmente extraña, que no lo conocía, que no podía conocerlo?

Invadido por una ansiedad creciente, y furioso por la imposibilidad de tal consuelo, se puso a hablar en voz baja a las paredes de su celda.

—Oh, Dios, ¿cómo podría amar con la pureza que exiges cuando este peso que llevo dentro de mí me arrastra hacia el desastre? Me siento atraído por él, te lo confieso, y no puedo romper el dominio que tiene sobre mí.

Chirrido de neumáticos. Voces.

—¿Qué puedo hacer? Apartarlo de mí por la fuerza, sacarlo de mi casa, eso sería lo mismo que matarlo. Acabarían con él de inmediato.

Nuevos disparos.

—¿Por qué me has hecho esto?

Se puso de pie de un salto y comenzó a pasearse de nuevo. Frotándose la cara, levantando las manos y dejándolas caer, recorriendo la librería de arriba abajo, cada vez más deprimida, oía sombras que susurraban acusaciones contra él, fuerzas que aplastaban el fino caparazón de su mente.

Se golpeó el pecho con el puño. Le dolió. Volvió a golpeárselo, con más fuerza.

—¡Odio mi corazón! ¡Lo odio! —gritó.

El viento batía la ventana.

—¡Mátamelo! ¡Arráncamelo de dentro!

Pero su corazón no se movió de su lugar, injuriado por su propia mano.

Bocinazos. El apagado fragor de una explosión al otro lado de la ciudad. Hombres dando voces por la calle. Infames maldiciones en alemán. Culatas de fusil aporreando una puerta. El gemido de una mujer. El chillido de un niño.

Él era incapaz de detener aquello, estaba indefenso, solo, sin armas de ninguna clase.

Contempló el laberinto de libros con una mueca de desagrado. ¡Literatura! Literatura... ¡Las olimpiadas de los gnomos de jardín! ¡Una cháchara de enajenados! Dio un paso al frente y de un manotazo tiró al suelo toda una fila de libros. Repitió el gesto con otra estantería, y luego con otra más. Totalmente desbocado, se puso a arrojar libros por toda la tienda a diestro y siniestro, derribando anaqueles, pateando los montones de palabras de un lado para otro. Millones y millones de palabras inútiles, palabras que se amontonaban para formar cadenas enteras de engaños ilusorios, palabras que lo prometían todo y que no daban nada.

Jadeando ruidosamente, cerrando y abriendo los puños, se quedó contemplando el desastre, riendo entre sollozos y mascullando imprecaciones. Luego se arrastró al piso de arriba, hasta el dormitorio. Miró una vez hacia el rincón donde estaba el icono, para apartar la vista enseguida.

Se tumbó en la cama, se tapó con una manta y se hizo un ovillo. Por primera vez desde los años en que perdiera la fe, no rezó. Permaneció horas estirado, con la mirada fija en el pozo negro de la existencia, escuchando los sonidos de la ciudad vulnerada, atento a cada grito sin respuesta, a cada silbido de bala, convencido de que cada uno de ellos señalaba la muerte de un alma. El oso se daba el gran banquete, con la sangre goteándole de las fauces abiertas. Con todo, Pawel siguió aferrándose al último resto de voluntad y luchó. Si quería devorarlo, tendría al menos que pagar un alto precio. Entre tanto, cerraría los ojos, aunque solo fuera un momento.

8

Al despertar por la mañana se sentía ofuscado y dolorido, como si le hubieran propinado una brutal paliza. Le dolía el pecho. La oscuridad reinaba en su mente. Se fue al lavabo arrastrando los pies, y al ver su imagen en el espejo se estremeció.

—¡El bello Pawel! —gruñó—. ¡El dulce Pawelek!

Tú también te has convertido en oso, le dijo una voz interior. Sobresaltado, dio un paso atrás.

Deseas lo abominable.

¡No! No, él no quería las imágenes de la degradación que empezaban a cruzar por su mente. Ni las emociones que suscitaban. Pero con cada esfuerzo por desterrarlas volvían con más fuerza, asaltando su resistencia hasta que empezaron a desvanecerse como un banco de niebla dispersado por el viento de una tormenta.

Al principio no podía creerlo. Él, que tanto había sufrido bajo las atenciones de Goudron, ¡estaba convirtiéndose en un Goudron! No podía ser verdad. ¡Pero lo era!

¿Era verdad?

Si no era un oso, no podía negarse que era alguna otra especie de depredador. En un arranque de desprecio hacia sí mismo, cogió su navaja de barbero de la pila y extendió la muñeca izquierda. Se quedó mirándola. No, así tardaría mucho, el dolor sería demasiado intenso y prolongado mientras perdía la conciencia poco a poco. Entonces se miró el cuello en el espejo acusador. La vulnerabilidad de la vena que latía le sumió de repente en uno de sus «ensueños»... Contemplaba ya la gota de sangre que bajaba rodando hacia la punta de la plumilla y quedaba suspendida durante la milésima de un instante antes de caer sobre la página final de su vida. *Hazlo*, pensó, *¡hazlo!* Ahora, todo el compendio de su existencia fracasada se concentraba en un solo latido, del que podía aliviarle un solo gesto certero, dirigido contra la tiranía de la carne. Un gesto, y la caja cerrada se abriría, soltándole hacia...

No podría ir más allá de aquel gesto. ¿Hacia dónde? ¿Hacia la nada? ¿Hacia el infierno?

También era posible un acto de protesta no tan definitivo. Levantó el brazo en alto con gesto brusco, con la intención de cortarse la cara en diagonal, de mejilla a mejilla, porque ¿qué podía haber más razonable que desfigurar por fuera lo que ya estaba desfigurado por dentro? ¿Un solo tajo? ¡No, mejor dos!

De improviso, los dos cortes en el rostro de la imagen de Czestochowa irrumpieron en su conciencia, mientras los ojos de la Mujer miraban en su interior con una intimidad en la que no había acusación ni ganas de cargarle con un peso.

Arrojó la navaja de afeitar, que fue a dar contra la pared más alejada del cuarto. Luego bajó a trompicones la escalera, con la intención de abalanzarse sobre la puerta principal y salir a la calle. Iría al primer alemán que encontrara y le daría un puñetazo en la cara. Le acribillarían al instante, ¡y se acabó todo!

No estaba preparado para lo que vio en la planta baja. Se paró en seco, con la mirada clavada. No había libros tirados por el suelo. Varios ejemplares rotos estaban ordenadamente apilados en la mesa de trabajo. Los papeles diseminados habían sido recogidos y bien puestos en el escritorio.

Subió la escalera atropelladamente y se encontró con David. El muchacho estaba sentado a la mesa de la cocina, con la mirada fija en el suelo. Alzó los ojos con parsimonia.

—Tengo que irme —dijo.

Frunciendo el entrecejo, Pawel repuso:

—No tienes adónde ir. Te matarán.

—Si me matan, que me maten.

—¿Por qué quieres irte?

—Porque le estoy matando yo a *usted*.

—Eso no es verdad.

—No quiero que muera por *mi* culpa.

—Mi vida tampoco vale mucho.

—¿Eso cree? Qué triste.

—¿Triste? ¿A quién le importa si es triste? Tú te quedas.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que mueras por *mi* culpa.

Y con un tono mordaz dirigido únicamente hacia sí mismo dijo: «¿Tendré que añadir el asesinato a la lista de mis grandes logros?»

El muchacho se levantó de la mesa sin mirar a Pawel. La confusión, el miedo y la rendición luchaban por abrirse paso en su rostro. Se volvió con brusquedad y subió al ático.

Pawel permaneció inmóvil durante muchos minutos. Luego se dirigió al dormitorio y se sentó en la cama, de cara al rincón con los iconos.

—No creo en ti —dijo en voz alta.

Los iconos no respondieron.

Él resopló.

—Quiero hablar de todo esto contigo, pero tú no me contestas.

Silencio.

—Claro que, ¿cómo ibas a hablar, si no estás? Y si *estuvieras*, ¿por qué ibas a hablar con alguien como yo?

Soltó una carcajada, fría.

—Tú no vas a hablar conmigo, así que hablaré yo contigo. Hablaré contigo como si fueras real, aunque no eres más que un cuento. Sí, un cuento popular que habla de Dios. Yo diré mi parte del diálogo, y me inventaré la tuya.

El diálogo fluyó sin esfuerzo desde alguna fuente de creatividad oculta en su interior. Aun en el momento de dar rienda suelta a su imaginación, se sentía desconcertado por la inventiva de ésta. El personaje sobrenatural que había creado parecía impredecible, lo cual no hacía sino reforzar su tesis: los recursos sin explotar de la mente encerraban un universo tan grande que la gente lo confundía con un metauniverso. Si Dios, entonces, no era más que una imagen proyectada sobre la pantalla de la conciencia, no podía sentirse ofendido.

La piedra en el corazón de Pawel seguía allí. ¿Quién o qué la había puesto ahí? No iba a desaparecer así como así, era real. Pero ¿había alguna otra cosa que fuera real? ¿Era él, Pawel, algo más que una rata en un laberinto? ¿O que el personaje nacido de la imaginación enajenada de algún dramaturgo?

Si así era, no iba a seguir sometiéndose por más tiempo. ¡No! ¡Ya no más! Dejaría de correr por la pequeña cloaca o por el pequeño guión. Lo desenmascararía, lo despojaría de su disfraz. ¡Pediría una explicación!

—Estoy solo —dijo con rabia—. ¿Por qué?

Tú te sientes solo, hijo mío.

—¿Soy hijo, yo? No me siento como un hijo.

Eres hijo.

La amargura se hizo vehemente.

—¡Yo no tengo padre! —gritó con furia.

Tienes un padre.

—¿Dónde está mi padre? El lugar que debería ocupar está vacío.

El vacío es un lugar de espera.

—Yo he esperado toda mi vida.

Un poco más y serás colmado.

—Esperaré y no llegará nadie.

Todo te llegará.

—No lo creo. La felicidad está hecha para los demás. No para mí.

Aquellos que se consideran colmados no pueden recibir. Tú puedes recibir.

—Yo ya estoy lleno, lleno, lleno... de dolor. Eso es todo, solo dolor.

Después de tan largo vacío, la saciedad se experimenta como dolor.

—Si eres la voz del cielo, explícame la divina providencia. ¿Puedes justificar ante mí los caminos de Dios?

¿Es a Dios a quien se juzga? ¿O al hombre?

—No lo sé. Yo solo he hecho una pregunta.

Una pregunta que está llena de sobreentendidos. Llena de orgullo.

—¿Por qué está ese muchacho aquí?

Tú y el muchacho habéis nacido en un campo de batalla.

—¿Y por qué? ¿Por qué nacen niños en un campo de batalla?

No fue la intención de Dios en el comienzo. Al principio hombre y mujer fueron creados para caminar con Él en el Jardín, para vivir en perfecta paz, para darse el uno al otro, y para darse a Él, como un don.

—Sí, ya leí el catecismo. Sé todo lo que puedas decirme.

Aquellos que los hombres creen conocer mejor es muchas veces lo que menos conocen. El miedo os gobierna.

—¿Son mis miedos infundados? El mundo está siendo destruido a nuestro alrededor.

El universo está dañado, pero no destruido.

—El mundo está ocupado por soldados en las hebillas de cuyos uniformes se lee: *Gott mit uns...* Dios está con nosotros.

La gloria del mentiroso es breve. La verdad triunfará.

—¿La verdad? Dime la verdad acerca de ese chico. ¿Por qué aquello mismo de lo que huí recae ahora sobre mí, en el momento de mayor debilidad?

La Gracia se revela mejor en la debilidad.

—Yo no veo revelada ninguna gracia.

No te conoces a ti mismo.

—Sé lo que soy.

Eres hombre. Estás atrapado en una tormenta de gran intensidad. Pronto habrá pasado.

—Pero aunque sobreviva, la guerra seguirá en mi interior hasta el final de mis días.

Cuando todo se haya cumplido, esta humillación será tu gloria.

—¿Gloria? —profirió.

Darás gracias a Dios por todos y cada uno de tus sufrimientos.

—¿Esa es la justificación? No me convence.

Se formó la imagen mental de un jardín, por el que paseaban juntos un hombre y una mujer, cogidos de la mano, por entre las criaturas del aire y los campos. Un ser de luz caminaba con ellos y dentro de ellos, por cuanto era la fuente de su unión. La luz lo llenaba todo. En el jardín entró una serpiente. La serpiente odiaba la luz y sabía que no tenía poder para herirla, a no ser a través de sus criaturas. La serpiente se enroscó alrededor de ellos y susurró imágenes falsas a sus oídos. Se apartaron el uno del otro y penetraron en las sombras urdidas por la serpiente.

Luego los dos huyeron y se escondieron, y finalmente fueron expulsados del jardín. Un ángel con una espada de fuego guardaba la entrada para que no volvieran a traer la muerte y la falsedad.

Ambos conocieron la vergüenza. Ya no eran uno. Ya no confiaban el uno en el otro, pues los dos habían creído en una mentira. A partir de ellos se generaron más tarde las razas de la humanidad. Toda forma de bien y de mal se generó a partir de ellos, cada hijo con una herida en el corazón. De los judíos nació un niño. La herida en él estaba dormida. Él no sabía que existía.

Cuando este niño vio ciervos en el parque elevó las manos, y se le cortó el aliento ante su belleza. «Oh, papá —exclamó—. He visto la cosa más bonita que existe. Lleva un abrigo de terciopelo rojo, y de su cabeza nacen árboles dorados.» Les tocó los hocicos negros y húmedos, y

los ciervos no huyeron. Cuando unas palomas azules se precipitaron como rayos de gracia desde lo alto de los chapiteles, él se rió e imitó su trayectoria con sus ojos relampagueantes hasta que se posaron a sus pies, entre arrullos. Hizo girar trompos en las zonas iluminadas por la luz del sol. Sopesaba las ideas como si fueran mensurables en balanzas de latón. Daba vueltas a las palabras en la boca como si fueran cubitos de chocolate o carámbanos azucarados que se desprendieran de las ramas de los arbustos, fundidas en el deshielo de marzo. *Mamá* era crema caliente. *Arma* era trueno. Dios, *Adonai*, era vino que manaba de una roca hendida por la vara de un profeta. *Fayer*, Fuego, era brasa e incienso en las noches de octubre, cuando las hojas de los castaños se amontonaban y se quemaban en los parques de la ciudad. Su nombre era un nombre de rey, y una sabiduría de rey habitaba en él, aunque solo una porción.

Luego, en su imaginación, Pawel vio a un anciano tambaleándose entre los montones de escombros y las ruinas de los bombardeos. Desnudo, salvo por un *talit*, que llevaba alrededor de los riñones, gemía angustiado por la destrucción de todo cuanto era verdadero, hermoso y bueno el mundo.

—Todo está perdido —gritaba—, todo.

Pasaba junto a hombres y mujeres que se reían de su desnudez.

—¡Arrepentíos! —les gritaba.

—Que nos arrepintamos, ¿de qué? —se burlaban ellos.

—El fuego viene ya —decía él.

—Mira a tu alrededor —replicaban ellos—. No hay fuego. Hemos derrotado al fuego.

—Todo es normal —dijo otro.

—No, no todo es normal —decía el anciano.

—¡Paz! —gritaban—. ¡Paz!

—¡No hay paz! —decía el anciano.

Finalmente le apedrearon y él salió corriendo. Se cayó y se levantó, volvió a caerse y se arrastró por el suelo, cortándose con los cristales rotos. Continuó caminando a cuatro patas por entre las ruinas, hasta llegar al borde de un cráter originado por una bomba. En el fondo del cráter había un sacerdote, oficiando misa sobre un estrado iluminado por unos cabos de vela. El cáliz era una copa de hojalata y la patena, un platillo roto. El sacerdote era un papa, asistido por tres obispos. Había treinta o cuarenta personas arrodilladas en torno al altar, vestidas con harapos. Adoraban la Sagrada Hostia, que el papa sostenía en alto. Su luz era deslumbrante, e hizo retroceder a las tinieblas por un tiempo. La gente seguía en actitud de adoración, pero tenían miedo. El papa rezaba, pero tenía el rostro surcado de lágrimas.

Alza la mirada, dijo una voz.

El anciano desnudo con el *talit* alzó la mirada, y allá arriba, en el cielo, por encima del papa, había una mujer vestida de sol, sobre cuya cabeza llevaba una corona de doce estrellas. Miraba hacia abajo con un gran amor, al grupo de personas aglomeradas en el cráter. Miró al anciano del *talit* y sonrió.

—Elías —dijo.

Entonces Pawel vio que el anciano llevaba muchas heridas en el alma, aunque era el niño que una vez había tocado la cornamenta aterciopelada de los ciervos, y había vivido para contarlos, y bailaba de pura alegría por ello.

Pawel sintió vértigo. La imaginación se le iba y escapaba a su control.

—¿Quién es Elías? —dijo.

Pero el cuento tradicional no respondió.

—Todo esto no significa nada para mí.

Tú eres parte de ello. Es real. Y sin embargo, no sucederá si tú te vuelves hacia las tinieblas.

—No has respondido a mi pregunta.

Lo que a ti te parece accidental está enteramente dentro de los planes de Dios. Eres partícipe de una gran bendición.

—¿Una bendición? Eso es absurdo.

Tú no puedes ver el todo. Solo ves una parte. La parte mayor de la batalla se desarrolla en reinos que están por encima de ti.

—Entonces la humanidad no es más que chusma, y yo soy el más vil de todos. Mejor ser una piedra. Soy una piedra. No hay vara de profeta capaz de hender este corazón.

Tú no eres piedra, por mucho que desees serlo. El mentiroso explota tu miedo diciéndote que no existe nada más allá de tu dolor.

—¿Acaso hay algo más allá de esta habitación, de este hambre, de esta desolación?

Él quiere que creas que no hay nada más allá de las imágenes que ha infundido en tu mente. Resiste y huirá.

—¿Y qué hay del amor? Tanto si huye como si se queda, el problema sigue ahí: no existe el amor para mí.

El hombre al que buscas está en tu interior. La imagen del hijo y la imagen del padre.

Un sonoro crujido de las tablas del suelo del piso de arriba sacó a Pawel de golpe de su ensueño.

El diálogo había sido todo él una completa creación de su mente, ya lo sabía. Pero aun así le había ofrecido una réplica a su condena de la realidad. Tal vez, después de todo, su angustia fuera tan persuasiva que era capaz de eclipsar las cosas más reales y hacer que aparecieran como sombras, y al mismo tiempo hacer que las sombras aparecieran como realidad. *Tomar erróneamente la parte por el todo*, lo había llamado la voz. Apenas hacía unos momentos había puesto en duda la vida misma. Curiosamente, ahora dudaba de la duda.

Preguntándose si no lo habría malinterpretado todo, se quedó mirando los iconos. Por mucho que lo intentaba, no podía acabar de convertirse en piedra. Permanecía inmóvil, abandonado el diálogo imaginario, sin rezar siquiera. Cuanto más aguantaba en aquel estado, más remitía la angustia, y en su lugar se instalaba una inexplicable quietud. No era lo que quería, pero tenía que admitir que era mejor eso que el tormento.

Cuando se despabiló por fin, subió al descansillo del ático y vio a David Schäfer inclinado sobre un libro, meciéndose adelante y atrás, con la cabeza cubierta con el *talit*. Pawel no le molestó.

Bajó a la librería, donde estuvo trabajando varias horas reparando los ejemplares dañados. Su rabia y su desesperación habían desaparecido, aunque una congoja indefinida seguía oprimiéndole el corazón. Cuando la luz del día se retiró de las ventanas, regresó a la cocina. Había pocas cosas para comer, pero consiguió reunir una colación a base de verdura y corteza de pan untado con un pedazo de manteca rancia (un despilfarro que consideraba que ambos merecían después de la dura experiencia de aquel día). Llamó por el hueco de la escalera del ático, pero David no respondió. Subió hasta lo alto de las escaleras y repitió la llamada desde el descansillo. El muchacho no le contestó en un primer momento, hasta que por fin apartó los ojos del libro de plegarias y dijo con voz inexpresiva:

—No tengo hambre. Me dormiré pronto.

Pawel volvió a la planta baja y se sentó tras el escritorio. La electricidad estaba cortada. Encendió una lámpara de queroseno y cogió la pluma. Aunque tenía ganas de escribir a Kahlia, no se le ocurría nada que decirle, como mínimo nada que fuera comprensible para un ser humano cuerdo.

Ante él reposaba el libro sobre el pintor ruso de iconos, abierto por una página con la faz de Cristo. Los ojos parecían salirse del papel e invitar a Pawel a cruzar las miradas. La curiosa quietud que había experimentado delante de los iconos del hogar se veía redoblada.

El hombre al que buscas está en tu interior, le había dicho la voz. ¿Qué significaba eso? ¿Cómo podía eso refutar la condena de su falta de amor? ¿Cómo podía llenar el abismo de su abandono?

—¿En mi interior? —preguntó a los ojos de Cristo—. ¿En qué lugar de mi interior?

Si la imaginación era una grieta en la sólida pared de su prisión, y si podía pasar a través de ella, ¿qué pasaría luego? ¿Qué encontraría al otro lado? ¿Se tropezaría con un nuevo campo de batalla, donde los perros rabiosos desgarrarían a los caballeros carroña que habían caído en un choque de armas valeroso pero carente de sentido? ¿Se comerían los perros la carne del hombre, y el hombre

la carne de los perros, esclavos uno y otros de un ciclo sin fin de muerte, engaño y transmutación en forma de más carnicerías, en una espiral descendente hacia la negación?

En el interior, había dicho la voz. ¿Era la voz de un embaucador... o la de un padre? ¿Podía arriesgarse a asomarse al pozo de su alma? ¿Y si descubría que él también era un depredador?

Los ojos de Jesús no le contestaron. Se limitaban a decirle que debía mirar en su interior y ver lo que había.

Paulatinamente fue viendo claro lo que debía hacer. Cogió el montón de papel blanco y se lo puso delante.

—Un centenar de hojas —susurró—. Eso es todo. Todo deberá quedar contenido en sus límites.

Luego, inclinándose sobre la primera hoja, trazó con finos caracteres en cursiva:

Andréi Rubliov

Aquellas fueron las únicas palabras que fue capaz de escribir ese día, pero durante las semanas sucesivas añadió muchas otras, a medida que la grieta en la sólida pared de la prisión se hacía cada vez mayor y continuaba ensanchándose, hasta convertirse en una ventana abierta.

ANDRÉI RUBLIOV

Obra en tres actos

Por

PAWEL TARNOWSKI

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

A la izquierda del escenario se ve la puerta de entrada a una cabaña. Frente a esta hay un pequeño huerto. El cielo es de un color negroazulado. A la derecha, un hombre se yergue sobre un campo contemplando el amanecer. Los primeros rayos de luz dorada asoman poco a poco por encima de los árboles. Solo se oye el canto de los pájaros. El hombre es Andréi Rubliov, con ropa de campesino.

ANDRÉI

¡Ya asoma el fuego! Padre bueno, sol, échate sobre tu madre, la tierra.
Cúbrela con el calor de tu cuerpo.

El sol se refleja en la cúpula de una lejana iglesia bizantina. Lejos también, se oye el lento tañer de campanas.

Ah, los monjes ya acuden a la oración, y yo me dispongo a realizar la mía.
La oración de la azada y de la frente que suda es buena compañera del éxtasis.
Cantad para mí, padrecitos. ¡Hoy es el día de mi boda!

Andréi clava la azada en el huerto.

Y ahora del alto y radiante sol brotará para nosotros un Salvador, mientras los hombres del duque duermen todo el vino que han bebido y el amor vence a su enemigo, el Tiempo.

Deja la azada y mira hacia la derecha del escenario.

¿Cuándo llegará Masha? ¿Cómo voy a decirle que no sé que hacer? Primero pienso una cosa y luego la contraria.

A lo lejos se oyen las débiles voces de un coro bizantino. Andréi habla con la tierra que cultiva, como si estuviera predicando.

Escuchad ahora, escuchad... ¿Oís cómo cantan? Sed buenas, semillitas, y si sabéis lo que hay que hacer, brotaréis bajo la tierra y empujaréis y empujaréis en busca de la luz.

Una mujer entra desde el extremo derecho del escenario llevando una capa de color verde oscuro sobre un vestido claro de campesina.

MASHA [enfadada]

¡Andréi! ¿Con quién hablas?

ANDRÉI

Mira, Masha, hasta el suelo parece estar bebiendo la música.

MASHA [*desesperada*]

¡Por mí como si le echas una jarra entera de *kvas**! ¡Mira qué aspecto tienes!

Andréi se mira ambas manos y deja caer la tierra que sujetaban.

MASHA [*en tono afectuoso*]

¡Solo faltan unas horas para la boda, y tú aquí, trabajando en el huerto!

¡Empiezo a darme cuenta de que voy a casarme con un loco!

Andréi hace lo posible por divertirla, hace muecas y baila a su alrededor como si estuviera loco.

ANDRÉI

Ay, dulce Masha, esta noche serás quien gobierne este lugar. Pero hasta entonces, ¡yo soy el príncipe de los nabos!

MASHA [*desviando la mirada*]

¡Estás chiflado!

Y sí, seré yo quien mande [*suspira*], aunque parezca absurdo.

En la casa de mi padre hay diez cabras y una lechera.

Los leños son gruesos.

Las camas están cubiertas con pieles de carneros y siempre hay un pan cociéndose en un horno que nunca se apaga.

Pese a todo, haré lo posible por domesticar este pequeño palacio.

Andréi se muestra preocupado y desea decirle algo a ella. De pronto, cambia rápidamente de humor, la sonríe con ternura y le sujeta la cara con la mano, como si fuera a darle un beso.

ANDRÉI

Esta es la noche. Esta es la noche en que vendrás a mi fría caverna. Juntos la llenaremos con el dulce fuego.

MASHA [*apartándole bruscamente la mano*]

¡Ya habrá tiempo para abrazos!

Primero Andréi ríe y luego permanece inmóvil, mirando al cielo.

ANDRÉI

He visto movimientos en el cielo igual que ejércitos avanzando sobre la tierra.

Me pregunto si está bien que en estos tiempos tú y yo vayamos a ser uno. Masha, ¿has intentado saber el porqué de las cosas?

MASHA

Lo importante es el cómo de las cosas, no el porqué.

Masha pasea frente a la entrada de la cabaña y de repente se sorprende ante algo llena de emoción. Se inclina y recoge un objeto del suelo, que examina fascinada. Todo pasa inadvertido para Andréi.

* Bebida alcohólica rusa, a base de cebada. (N. del T.)

ANDRÉI

Oigo una voz en mi interior que me dice que no debo ser lo que quiero ser... *[lentamente, con mucha cautela]*... y que no deberíamos casarnos.

Masha, ¿me estás escuchando?

MASHA

¡Andréi! ¡Esto es una *maravilla*! ¡Eres realmente mágico!

Ella se vuelve hacia él y le dirige una sonrisa extasiada. ¿Es para mí? ¿Es tu regalo de bodas?

ANDRÉI

Lo pinté ayer al atardecer mientras el sol se apagaba por el oeste y parecía sostenerse por un momento sobre los dedos de los abedules.

De repente se hizo un silencio, una ligera interrupción en el fluir de las cosas.

Todos los seres contuvieron la respiración, y entonces el árbol empezó a arder, quemándose con fuego, pero sin consumirse.

MASHA *[arrebata]*

¡Esta imagen también arde!

ANDRÉI

Es la zarza de Moisés. Hay una cruz oculta en ella.

MASHA

No lo entiendo. No veo ninguna cruz.

ANDRÉI

Una voz me habló desde el corazón de esa gloria.

Masha reprime una carcajada llevándose las manos a la boca.

MASHA *[hablando consigo misma]*

Me dijeron que iba a ser un esposo lleno de virtud y de fuerza.

¡Un buen partido, me decían!

Pero ahora estoy perdida, porque también es un hombre que sueña y que oye voces.

No temas. Si escucha a su mujer y a Dios, no hará ningún daño.

Andréi la mira intensamente.

ANDRÉI

Hay algo que debo decirte, pero no será fácil...

MASHA

Bueno, habla ahora. No queremos que ningún fantasma nos moleste cuando llevemos ya muchos años casados y no haya escapatoria posible para una mujer.

ANDRÉI

He visto a nuestro Salvador sobre la zarza ardiendo.

Me ha mirado, me ha atraído con señas y desde el arbusto me ha dicho con dulzura: «Ven».

MASHA

Pero ¿qué locura es esta, Andréi? ¡Oyes voces y tienes visiones!

Ella le agarra la mano y se la lleva hasta su pecho.

¿Oyes cómo retumba este corazón? Respiro. Y también río.

[Ríe.]

Y seré la Reina de los Nabos que gobernará bajo tu techo.

Andréi retira la mano.

ANDRÉI

Me ha llamado para una misión, una tarea santa que aún se oculta a mis ojos.

Masha retrocede como herida por una punzada.

MASHA

¿Acaso nuestro amor no es santo? Un hombre y una mujer se derraman a sí mismos en un cuenco de carne. Y muy pronto los dos tomaremos y beberemos, daremos y comeremos.

Y nos consumiremos el uno al otro.

Se produce un largo silencio mientras Andréi mira primero el suelo y luego eleva los ojos al cielo. Masha continúa, suplicándole.

Mezclaremos nuestro calor y encenderemos un fuego que se alzarán sobre este vacío del norte.

[Gesticula.]

Haremos que la oscuridad retroceda, rechazaremos la noche invernal.

Y será oro verdadero lo que arderá desde el icono de nuestras vidas.

¿Acaso no es Dios quien habla a través de nuestros ojos?

ANDRÉI

Solo en parte. Aunque somos llamaradas de fuego, no somos más que el reflejo de una luz oculta.

No somos la luz en sí.

El camino del hombre y de la mujer, el camino del alma unida a otra alma, es un camino sagrado, pero hay otros, y es otro el que debo seguir.

MASHA *[angustiada]*

¡Pero si no hace ni un momento me pedías un beso!

ANDRÉI

Por un instante lo he olvidado. He caído en ese estado en que dormimos pero estamos despiertos, viendo cosas que en realidad no vemos.

Tienes que comprenderme... Comprende que para mí soñar ahora es ser más consciente de todo, incluso de lo que tú y yo estamos haciendo aquí.

MASHA *[sacudiéndole los hombros]*

¡Despierta! ¡Despierta, Andréi!

Dime que este sueño es falso y que esta es tu última locura.

Esto no es de Dios. ¡Esto es por el *kvas*!

ANDRÉI

Este es el vino de Dios.

Y este es el sonido de la trompeta que llama y que llama pero que nadie escucha.
Nadie ve ni tampoco escucha.
Los cielos se retiran y una Palabra gigantesca se acerca desde el extremo del mundo.
Y un reino se precipita hacia donde resuenan las trompetas mientras nosotros dormimos en nuestras ciudades amuralladas.

MASHA [*llorando amargamente*]
¡Andréi Rubliov!

Se da la vuelta para salir corriendo, pero él la sujeta por el brazo.

ANDRÉI

Masha, querida mía, ¿acaso no conoces al hombre que tienes ahora ante ti? Este corazón torturado retiene todo un río de cálidas semillas que ansían derramarse por tu campo.
Acariciaría el trigo de tu carne y partiríamos juntos con ternura el pan de nuestras fatigas.
Los niños que tendríamos son algo real para mí.

MASHA [*irritada, indignada*]
¡La cháchara eficaz de los amantes! ¡La poesía de Dios!
¡Eres un falso amante y un falso hombre! Me dejas tan sola ahora...

ANDRÉI

Entonces, ¿nada hay que pueda darte?

MASHA

Nada. Nada. Dámelo todo de ti mismo o no me des nada.
No guardaré un amuleto tuyo para obsesionarme.
Lo mejor es que seamos así de crueles.
Basta. Rompamos. Acabemos con este duelo entre amantes.

ANDRÉI

Quédate por lo menos con el pequeño milagro que he pintado. Soy yo mismo, mi propia y verdadera semilla.

MASHA

Me haces daño dándomelo. Me rechazas con este regalo.

Masha recoge el cuadro, lo abraza y se marcha con los ojos abatidos.

ANDRÉI

Yo...

La sigue con la mirada. La luz se desvanece. Se oyen campanas sonando a lo lejos.

ESCENA SEGUNDA

Andréi aparece sentado junto a un arroyo con la cabeza entre las manos. A su espalda hay un pequeño bosque de abedules sin maleza. Se oye el canto de los pájaros y el rumor del agua. El cielo

es de color azul marino, con una o dos estrellas asomando ya. Andréi alza los ojos hacia un pájaro que pasa.

ANDRÉI

Canta, tú, gloria alada. Canta sobre el infame Andréi Rubliov, que desprecia a una novia para ir detrás de unas voces.

Se oye el trino de una alondra. Andréi empieza a cantar con las mismas notas.

Andréi Rubliov es cruel. Andréi Rubliov no tiene corazón.

Levanta los ojos hacia el cielo que oscurece mientras aparecen más estrellas. La luna empieza a asomar poco a poco sobre las copas de los árboles y atraviesa el cielo a lo largo de toda esta escena.

¡Habla, silencio!

¿Por qué desapareces cuando más te necesito?

Una voz, una palabra, que irrumpa y adquiriera alguna forma.

[alzando la voz] Vuelve a mí.

[gritando] ¡Regresa ya!

[despacio, con vehemencia] ¡Renace!

Ahora calla y escucha el silencio.

Nada se oye en la noche. Escucha el silencio de Dios.

Andréi mira a su alrededor.

El bosque ya despierta mientras las ciudades duermen.

¿Qué es lo que querías que viese?

Me siento desamparado ante todo lo que va a ser.

Hay una forma de saber, pero es secreta, como el humo del abedul en el viento.

En este momento todo es confusión de dudas, de esperanzas y preguntas, los disfraces del ser.

Seguir siendo un campesino que pinta o un peregrino en busca de lo que no vemos, engendrar generaciones o ser el padre de un alma... todas las posibilidades están ante mí. Hay cien mil personas que están por nacer dentro de mí. ¿Soy acaso una nación que no debe llegar a existir? Es el momento de elegir, y veo las formas de las cosas que no son sino un intento por nuestra parte de dar forma a lo desconocido. Ante mí las tengo. Con mis ojos solo veo la oscuridad; a veces se derraman las estrellas e iluminan una oscuridad más profunda. Es la noche.

Se oye el susurro de los árboles y de una suave brisa.

Pero contemplo los huecos que has abierto entre los árboles.

Es el viento, que todo lo sabe y que los atraviesa con suspiros desde los campos con olor acre y desde las calles tranquilas del pueblo, llevando a casa el suspiro prolongado de los ángeles.

Andréi se abraza a sí mismo y mira el cielo.

Siento estas presencias a mi alrededor.

Son grandes y feroces en las colinas, acechan con sus ojos de cristal y ansían nuestro silencio.

¿Se alegran tal vez cuando por fin vemos las estrellas?

Se oye el crujido de una rama en el bosque. Andréi alza la mirada sobresaltado.

¿Qué bestia me persigue ahora?

Se esconde detrás de los árboles. Una hermosa mujer con un vestido blanco, dorado y rosa con adornos plateados entra bailando desde la izquierda del escenario. Se escucha una música arrebatadora, misteriosa pero también hermosa. La mujer canta las notas del trino de la alondra.

MUJER *[cantando]*

Andréi Rubliov, ¿dónde estás? *[mirando a la derecha]*

Andréi Rubliov, ¿dónde estás? *[mirando a la izquierda]*

Andréi emerge lentamente de la oscuridad.

ANDRÉI

¿Y tú quién eres?

MUJER

Soy Kahlia.

Andréi da media vuelta muy enfadado.

ANDRÉI

¡Vete, mito, no engañes mis ojos!

Eres demasiado hermosa para soportarlo.

KAHLIA

No me tengas miedo. No soy más que la servidora del misterio.

ANDRÉI

Ahora ya sé que engañas, porque el misterio es pura ignorancia que se dispersa cuando por fin encontramos los hechos.

La belleza... La belleza es un pozo insondable.

KAHLIA

Mi querido hermanito, hablas como si mucho supieras de lo que apenas conoces.

Ella empieza a bailar. Sus movimientos son puros y nobles, hermosos por clásicos pero sin estilo alguno, y entre tanto la música misteriosa y los gestos armoniosos van en aumento. La música suena en tono menor con notas rusas, usando una balalaica e instrumentos de viento.

ANDRÉI

Deja de emborracharme y dime quién eres.

KAHLIA

Soy una a la que se ha enviado para decirte esto:

Soy tu hermana pequeña, la de la felicidad estéril.

Tú eres un príncipe sin reino, eres un niño sin hogar.

Ven a vivir conmigo y descubre en mí un amor más delicioso que el vino.

Huele mi perfume.

Ven y bésame con los besos de tu boca.
Ven a conocer mi nombre, como ungüento que se derrama.

ANDRÉI

Conozco esas palabras. Son del Cantar de los Cantares, el himno de Salomón al amor.
Llévame, pues, y corramos siguiendo tus pisadas.

Andréi intenta acompañarle en el baile, pero ella sigue eludiéndolo con gracias.

ANDRÉI [*suplicando*]

Te lo pido, no agites mi corazón, ni lo levantes si aún no le ha llegado el momento de despertar.

KAHLIA

Tu corazón aún está sin templar.

Es cierto que amas, sí, tú amas.

Pero serías capaz de dar tu vida con generosidad por cualquier causa que te golpee en cualquier momento, una causa noble, hermosa y verdadera.

Amas esto, ahora aquello, luego lo de más allá, siguiendo cualquier impulso que se te presente.

Andréi se detiene y pone cara de decepción.

ANDRÉI

Quizá haya sido así en otro tiempo, pero ahora ya sé qué debo hacer.

Fui hecho para entregarme a ti.

Quienquiera que te hizo excede todo arte y destreza.

Me sumergiré en tus ojos para siempre, compañera de mi alma, y me ahogaré felizmente en un océano de felicidad.

La mujer lo mira con compasión. Los dos permanecen cara a cara, separados por unos pocos pasos.

KAHLIA

Hermanito mío, no conoces ni tu propio corazón.

ANDRÉI

Entonces, enséñame lo que sepas de él.

KAHLIA

Yo no he venido a despertar las llamas de Eros si no es en el seno de un vínculo sagrado. Es el amor entre un ser y otro ser lo que canto. En la belleza de este cuerpo masculino y esta gracia femenina es donde dialogan las almas. Pero tú todavía no has aprendido ese lenguaje. Estás dormido.

ANDRÉI [*pellizcándose*]

¡Ay! ¡Te aseguro que estoy bastante despierto! Tengo los ojos abiertos. Esta lengua no deja de moverse. Este corazón salta de cima en cima.

KAHLIA

Duermes, duermes, y tu corazón duerme también.

Un día vendré a despertarte bajo un árbol, mi pequeño, mi hermano.

Allí donde te concibió tu madre, justo allí donde dio a luz y te concibió, allí iré a despertarte, porque el amor es más poderoso que la muerte, y es el amor más implacable que Sheol.

Su resplandor es un resplandor de fuego, una llama que viene del mismo Señor.

Ella cruza el escenario y Andréi la sigue a cierta distancia, pero dudando en cada paso. La mujer se vuelve y le habla.

Tú que has llegado hasta mi jardín y has escuchado mi voz, date prisa y vete, mi amado.

Corre como un cervatillo por los montes de las balsameras. Escucha bien y luego sigue tu camino, porque ya nunca volverás a verme así.

La mujer sale bailando por la izquierda del escenario.

ANDRÉI [paralizado, llamándola desesperadamente]

Vuelve, amor mío,

muéstrame tu rostro

ya que tu voz es dulce

y hermosa tu cara.

Se oye el canto persistente de la alondra. Andréi se sienta junto al arroyo. Empieza a soplar el viento y un perro ladra a lo lejos.

«Escucha bien y luego sigue tu camino», ha dicho. «Ya nunca volverás a verme así», ha dicho.

¡Ah, qué poco me gusta el sabor de la contradicción!

Ahora se levanta y empieza a pasear por el escenario.

¿Dónde podré encontrarla?

Ella, a quien mi corazón tanto ama.

Se ha ido ya dejándome un rastro de plumas de añil en las manos, y yo, lo mismo que un ciego, siento la noche entre mis dedos [avanza como a tientas] buscando el mensaje que ha dejado en el viento. Vuelvo a caer en mi sueño. Y lloro, como llorarán mientras duermen los niños que sueñan con volar, y así, igual que los padres que aran la tierra estéril, nada puedo hacer, más que llorar.

Se vuelve a oír el canto de la alondra. Andréi se vuelve y lo escucha con atención.

Kahlia, ¿cómo es que no he de volver a verte más, si tú misma has dicho que vendrás a despertarme bajo un árbol? ¿Debo entonces conformarme con una larga y terrible soledad hasta que llegue ese día?

De nuevo canta la alondra.

Y si debo seguir mi camino, ¿cómo voy a saber cuál es?

Andréi, en el centro del escenario, se sitúa de cara al público y alza la cabeza lo mismo que un ciego.

¿Será entonces que habré de permanecer siempre ciego...?

¿Seré un peregrino que besa y que vaga en solitario aunque no esté solo?

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Es invierno. Mediodía. La nieve cubre el terreno. El cielo es blanco bajo la palidez del sol. Hay una pila de leña junto a una cabaña. Detrás se ve un bosque de pinos. En la puerta del edificio hay clavado un icono y sobre el tejado se eleva una cruz bizantina de rojo vivo.

Se oye el sonido del viento que sopla y de hachas cortando madera. Dos monjes van apilando leños para el fuego. Uno de ellos es viejo y tiene una larga barba blanca. El otro es joven e imberbe. Ambos detienen su tarea ante un hombre andrajoso que aparece desde la izquierda del escenario. El extraño es Andréi Rubliov.

ANDRÉI

Buenos padres, ¿no os sobraría quizá un trozo de pan o un poco de agua para este mendigo?

El viejo monje se precipita hacia él y abraza a Andréi con ternura.

NIKON

¡Bienvenido seas, Cristo!

El joven monje, Daniil, se lleva las manos a la cintura.

DANIIL *[en voz alta y tono sarcástico]*

Padre Nikon, ¿es que no ves que este parásito no puede ser Cristo? Es una sanguijuela errante que busca a quién chuparle la sangre. Suéltalo antes de que te deje bien seco.

NIKON

Ay, entonces te digo que es dos veces Cristo. No solo tiene hambre, sino que sufre el insulto.

DANIIL *[visiblemente molesto]*

Aquí no queremos extraños.

NIKON

¿Qué razón tienes, Daniil, porque él no es ningún extraño. Entra, hermano.

DANIIL

¿Hermano? ¡Pero si ni siquiera hay pan suficiente para tus hermanos de verdad!

NIKON

¿Acaso no has oído jamás que cualquier extraño es el Salvador disfrazado?
[dirigiéndose a Andréi] Pasa, hermano.

DANIIL

Estos no son buenos tiempos. Los tártaros corren por ahí quemando las cosechas e incendiando las ciudades.

NIKON

Pasa.

ANDRÉI

Os doy las gracias, padre santo. Me llamo Andréi Rubliov. Os suplico un poco de paciencia además de pan. Me he perdido en el bosque.

Si me permitís descansar con vosotros solo una noche, mañana partiré con la misma rapidez con la que he llegado.

NIKON

Quédate toda la vida si así lo deseas. Esta es la casa de Dios; no es mía.

ANDRÉI [*angustiado y con la voz quebrada*]

No, no puedo quedarme.

Llevo tres años errando por este mundo y no voy a detenerme ahora.

Voy en busca de alguien que huye de mí y me lleva por laberintos sin fin.

No sé quién es ni qué es. Solo sé que se llama Kahlia.

NIKON

¿Kahlia?

ANDRÉI

Es como un pájaro que dibuja espirales en el aire. Es como la alondra que asciende o como el halcón que rápidamente cae desde lo alto. La veo en el rostro de un niño, en un paso de baile, en una nube de algodón que surca el aire.

NIKON [*asintiendo con la cabeza*]

Sí, yo también la conozco.

ANDRÉI

¿También la conocéis? Decidme dónde, dónde está aquella a quien mi corazón busca.

NIKON [*con ternura*] Ella está aquí.

DANIIL

¡Padre Nikon! ¡Pero qué bufonada es ésta! Este mendigo delira.

Solo habla de pájaros y encima tú le animas.

Vayamos a los hechos, porque la verdad es que nos hemos quedado sin pan y este hombre está enfermo. ¿Qué dirán los hermanos? Suéltalo ya o te contagiará alguna terrible enfermedad.

ANDRÉI

Me temo que soy un problema, padre. Dejadme pagaros de alguna manera. Hace ya tiempo fui pintor; quizá podría decorar alguna de vuestras estancias.

Creedme, soy capaz de pintar una alondra que os maravillaría.

DANIIL

¡Mira! ¡Qué humildad!

ANDRÉI

Sé distinguir los colores del arco iris si me proporcionáis la pintura. En invierno tendríais en vuestras paredes la vista de unos árboles con rojos y dorados que os alegrarían el corazón.

NIKON

¿Dices que pintas?

ANDRÉI

Ya no. Hace tiempo, mucho tiempo.

NIKON

Pero no los sagrados iconos.

ANDRÉI

No. No soy un santo.

NIKON

Respondes bien, pero eso el tiempo lo dirá. Tengo mucho que enseñarte.

DANIIL

¿Qué? ¿Enseñar a este necio? No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Es como echar margaritas a los cerdos!

Nos robará el pan y se beberá de un trago el vino del sacrificio.

NIKON

Lo estás juzgando mal.

DANIIL

Solo soy un novicio, pero no voy a compartir mi sitio con un campesino tan extraño.

NIKON

Todos somos extraños campesinos ante Dios.

Eres el mejor dotado de mis novicios, Daniil.

Pero te lo advierto, el orgullo ha podrido mayores dones de los que tú tienes.

Este hombre no busca gloria alguna.

Ya ha aprendido la lección más importante. Estúdiale bien.

Daniil sacude la cabeza y pone los ojos en blanco.

CORO DE MONJES *[cantando de fondo]*

Hay un icono en el mundo

que llora amargamente por el ser alejado de la luz;

es un fuego en nuestra oscuridad, nuestro espacio interior,

el que pronuncia una palabra de amor, de gracia.

¿Qué seno dará a luz esta palabra?

¿Habrá en el mundo algún alma que desperdicie su vida por Dios

y que hable de Luz?

La misma Luz que está naciendo siempre en el alma que espera.

Otros habrá que en los muros de las cavernas

verán parpadear el ojo que no ve

con pinturas hechas por el mismo Lucifer

en apariencias de luz, desvíos de la forma esencial.

Un remedo de vida

en su templo, que no es más que un montón de tumbas,

las de mil millones de iconos que han quedado sin nacer.

Pero aquel que siga la mirada interior
y acepte la búsqueda, la pena, el sufrimiento,
seguirá por los caminos más profundos del corazón
y sus defensores le ayudarán
mientras el hombre condena aquello que aborrece.
Despojad a este mendigo de sus harapos,
llevadlo hasta el monte de la calavera,
preparadle los pigmentos de su voluntad,
dejad todas las cosas por el pan y el vino,
en un estómago vacío, en la cabaña de un peregrino.
Mostradle a los padres que sollozan en secreto bajo los árboles,
a los profetas en sus cuevas clamando por el simple batir del ala
de un cuervo,
por tener pan en la boca y miel en la lengua
por oír a unos niños cantando una dulce canción.
Mostradle, sí, mostradle la colmena rota
y solo entonces quizá sepa
que está vivo, sí, muy vivo.
Mostradle la Verdad, mostradle el fuego,
ayudadle a descifrar los engaños del Mentiroso.
Y cuando llegue el día en que se vea sangrando
a un lado del camino
despojado de toda su belleza y con su cuerpo clavado
en un árbol como adorno,
decidle que esa misma mañana despertará para ser libre.

NIKON

Daniil, acompaña a este hombre, lávale los pies y luego dale una cama.
La celda del ya fallecido san Sergio servirá.

Daniil muestra cierta repugnancia pero obedece. Los dos entran en la casa. Nikon, en el centro del escenario, hace dos montones de leños, luego recoge un tercero y se lo queda mirando. La luz empieza a desvanecerse.

¿Será este su último don antes del fin?
¿Un corazón noble escondido bajo esos harapos?
No parece un corazón acostumbrado a la estabilidad.
Es impaciente y joven.

Nikon sigue mirando los leños que lleva en las manos.

Árbol,
madera, buena servidora,
¿qué habrá de hacerse contigo,
un icono o un hombre crucificado?
En nuestro vuelo confuso
no hacemos más que asesinar a los demás.
El orgullo y el miedo alimentan el odio
en esta más que falsa tregua con la noche.
Ha venido vacío y temeroso,
soportando antiguos dolores,

buscando algún trabajo honrado
u ofreciendo algo de belleza a cambio de pan
para comprar un cansancio que le dé paz, descanso
y acaso una muerte digna.

Las estrellas empiezan a aparecer.

Blanca tengo la barba y viejas son mis botas;
de vez en cuando veo las raíces de todo lo que crece.
Cada noche veo aparecer el universo
por encima de los árboles.
Quizá esté llegando ya
antes de que acabe el año.
Vendrá tal vez con las pezuñas de los tártaros
mientras yo duerma.
Me pregunto qué es estar muerto.
Encenderé la lumbre y me iré a la cama.

Nikon encamina sus pasos hacia la casa. Ahora se detiene y se dirige al público.

La inocencia viene a visitarnos
en medio de campos anegados por el miedo.
El genio frágil camina todo el invierno
a lo largo del abismo de nuestra edad oscura.
¿Es correcto que me desahogue así,
pidiendo disculpas y recurriendo a la edad?
Creo que no.

Hace una pausa.

¿Será posible que este viejo y roto corazón
vuelva a tener esperanza?
[elevando la voz y mirando hacia la derecha] ¡Gracias!
[elevando la voz y mirando hacia la izquierda] ¡Gracias!
Gracias por enviarme a este niño.
Haré lo que pueda por él.
Aún no es hora de morir.

Una campana empieza a sonar despacio mientras Nikon entra en la casa.

ESCENA SEGUNDA

Interior del cuarto donde se amontona la leña. En mitad de una de las paredes hay un ventanal con una pantalla blanca sobre la que se van proyectando imágenes, lo mismo que una película. Al comenzar la proyección, cada imagen aparece gradualmente y se desvanece poco a poco, con algunos segundos entre una y otra, de forma que se consiga un efecto visual sutil que no distraiga de la obra principal.

En un rincón del cuarto hay un icono de Cristo con una vela votiva de color rojo ardiendo ante él. A ambos lados del ventanal y de cara al escenario hay dos mesas bajas y dos bancos. Andréi está sentado a la izquierda y Daniil a la derecha. Nikon pasea lentamente entre los dos. Ambos

novicios están pintando sobre pequeñas tablas de madera colocadas sobre cada mesa. Andréi lleva ahora los hábitos de monje.

NIKON [*con la voz firme de un maestro de novicios*]
El icono es una ventana.

ANDRÉI y DANIIL [*al unísono*]
El icono es una ventana.

NIKON
¿Y a quién se le abrirá?

ANDRÉI y DANIIL
A aquellos que esperan ante ella.

NIKON
¿Y quién va a esperar ante ella?

ANDRÉI y DANIIL
Aquellos que son pobres.

NIKON
¿Y quiénes son los pobres?

ANDRÉI y DANIIL
Los que están vacíos.

NIKON
¿Y quiénes están vacíos?

ANDRÉI y DANIIL
Aquellos que nada desean.
Aquellos que desean ser nada.

NIKON
Bien, muy bien, hijos míos.
Debo añadir, sin embargo, que esa «nada» no es la perversa oscuridad de la negación. Es la nada de Cristo ante Pilatos. Es el escándalo de Dios crucificado.

Daniil bosteza, se despereza y deja el pincel, con cara de estar aburriéndose. Andréi se inclina hacia adelante.

ANDRÉI
Padre, decidnos cómo se puede llegar a desear ser nada.

Nikon piensa la respuesta. Llegados a este punto, sobre la pantalla se proyectan gradualmente varias imágenes de iconos, que cambian cada cinco o diez segundos, hasta que termina la escena.

NIKON
Cuando uno deja de desearlo todo, de desear incluso llegar a ser un *starets* de fama, cuando se desea no desear nada,

cuando a uno le basta simplemente ser,
caminar con humildad y amar a Dios.

DANIIL *[riendo]*

Ya, como un acertijo dentro de otro. Eso es como el pez que se muerde la cola.

NIKON

Un monje es aquel que lo ha abandonado todo.

Deja el mundo de las cosas y de las almas convertidas en cosas, y llega a ese lugar secreto del corazón donde todo le es dado.

ANDRÉI

¿También la belleza?

NIKON

Sobre todo la belleza.

Pero no en las formas de la belleza que puede poseerse.

Pues poseerla implica matarla. Y esa señora llamada Sabiduría no está dispuesta a permitir la muerte de su hermana pequeña.

ANDRÉI

A menudo me he preguntado por qué hablamos de esto o de aquello con las palabras «él» o «ella».

Ya sé, claro está, que la Belleza es una madre,
porque todos hemos bebido de su pecho.

He visto a muchos pecadores convencidos que han cambiado gracias a sus caricias.

Ay, yo también he llegado a sentir su sagrada sonrisa
derramándose, sí, hasta lo más profundo de mi propio abismo
cuando sufrí mi propio y pequeño apocalipsis
y se dignó visitarme.

Daniil alza los ojos mostrando desprecio y dedica una mueca a Andréi.

NIKON

También la sabiduría es una mujer, solo que vieja y fea.

A primera vista parece una anciana solterona.

Muy pocos la desean.

Pero son también muy pocos los que han descubierto su gran secreto:
la dulzura de su mirada.

DANIIL

A mí dadme la Belleza.

Que esa tal Sabiduría se las apañe por su cuenta.

NIKON

Antiguamente, al hecho de desearla se le llamaba *philosophia*: amor a la sabiduría.

Y por *philokalia* se entendía el amor hacia su hermana pequeña, que es la Belleza.

Daniil, no podrás conocer a una si no conoces a las dos.

DANIIL

¡Ja, a mí presentadme primero a la más joven!

NIKON

Es a la mayor a quien deberías cortejar.

En la hora de la langosta y de las ramas quebradizas,
cuando los arbustos del sagrado fuego no quieran quemarse
y tu corazón sea un cuenco que el gélido vendaval vacíe,
y se haya dispersado todo tu grano y tu alma se haga estéril,
entonces vendrá ella a sentarse en el vacío donde fuiste plantado
y donde no se escucha palabra ni voz alguna.

Donde solo un viento absurdo contradiga las malas noticias,
ella será tu compañía,

pues ella es la patrona de la tierra inhóspita.

Breve es su teofanía,

pero dura más que la espina que rasga y protege.

Y a lo lejos, en medio de la inmensidad, se lanzarán las abejas amarillas que arrastran el polvo perfectamente conscientes de su vocación. Pero ya habrás hecho de la privación tu hogar, y el único propósito que tengas será no tener ya propósito alguno, y tu única riqueza será el vacío. Mientras los demás consigan que brote la carne fértil de la almendra del Jordán, de la flor del azahar, de la hierba, de las bayas, solo tú serás pisoteado, roto y arrojado al montón de la basura, al fuego.

Los dos novicios contemplan asombrados a su maestro. Daniil se dirige a Andréi, casi tapándose la boca con la mano.

DANIIL

¡Me parece que exagera un poco!

NIKON *[gesticulando hacia la pantalla donde se proyectan los iconos]*

Los veo ante mí, hermanos,
como si aún existieran,
los hijos de mi alma,
borrados por las tempestades de la guerra,
desplumados por los ladrones
y a quienes locos y demonios han arrancado los ojos,
irrumpiendo todos en forma de rosas de fuego,
un jardín de cruel gloria que cultivan los tártaros.

ANDRÉI

Hay quien dice que no hay esperanza, padre santo.

Hay quien dice que se acerca el fin del mundo.

NIKON

El fin del mundo está muy cerca.

Ha estado muy cerca desde que empezó.

DANIIL

Eso no es más que un viejo fantasma

que perdura a lo largo de la historia.

Hace cuatrocientos años, muchas almas ilusas creían que el mundo se acababa.

Toda Europa temblaba de miedo.

NIKON

En el año 999, mientras el milenio se acercaba,
el mundo estaba muy enfermo.

Fue como si un hombre estuviese a punto de morir
y se curase en el último momento.

Solo porque se recuperó —y creedme, hermanos, si os digo que fue una mínima recuperación—,
no iremos a negar que estuvo a punto de morir, ¿verdad?

Y cuando llegue la hora en que muera realmente, ¿qué diremos entonces?

«No, hombre, no; que no va a morir; casi murió hace mucho tiempo y al final no pasó nada.»

¿Eso diremos?

DANIIL

Pero ¿cómo puede acabarse un mundo?

NIKON

Si un mundo tiene un comienzo, es que también tiene un final.

Es mucho más difícil crear un mundo que destruirlo.

¡Mirad a vuestro alrededor!

¿Acaso no vivimos y nos movemos y existimos lo mismo que en un milagro?

Ya no nos damos cuenta de lo prodigioso que es todo.

ANDRÉI

Padre, ¿para qué, entonces, dedicar toda una vida a pintar un icono?

NIKON

La verdad debe ser dicha, aunque nadie la vea ni la escuche.

DANIIL

¡Qué pensamientos tan tristes! Padre, ¿por qué no nos cuenta alguna verdad sobre... las mujeres?

Sobre las mujeres de carne y hueso.

NIKON

Si quieres saber algo sobre las mujeres, lee el Libro del Apocalipsis.

DANIIL

Ya lo he leído.

Nadie en su sano juicio es capaz de comprenderlo.

Y además aburre.

NIKON

Es un icono escrito, lleno de terror y de dolor,
de belleza y de sabiduría: es la crónica de nuestra propia muerte.

ANDRÉI

Yo empecé a leerlo una vez y lloré. Era como un espejo

en el que veía reflejado

mi propio corazón.

No pude seguir leyendo.

NIKON [*enternecido*]

Todo ha de suceder,

pero te aseguro que solo aquel que no levante la espada
heredará la tierra.

DANIIL

¡Mujeres! ¡Habladnos de ellas!

NIKON

En el Apocalipsis hay una doble imagen de la humanidad
al final de los tiempos.

Una es la de la Novia: pura, radiante, sabia,
santificada y en espera del Novio.

La otra es la de la prostituta de Babilonia,
llena de orgullo y lujuria,
embustera y perseguidora de la Iglesia.

DANIIL

La verdad, no que es las sagradas escrituras traten muy bien a la otra mitad del género humano...

NIKON

Te equivocas.

Pensad en esto, hijos míos:

el evangelista quería mostrar una verdad más honda:
que la prostituta y la novia están en nuestro interior.

Sin hijos, sin hijos va la prostituta
hacia una muerte que es anterior a la del cuerpo.

Pero si escogemos mejor esposo,
entonces seremos fértiles por su palabra,
gestada en el silencio de nuestras almas.

Y daremos a luz para traer la salvación al mundo.

Daniil ríe.

DANIIL

Vamos, vamos, buen padre; ya estáis exagerando.

¿Acaso hemos traído nosotros la salvación a este mundo?

Mirad qué tiempos tan infames vivimos.

Han pasado cuatrocientos años y el mundo
está más perdido que nunca.

[Abriendo los brazos en cruz] ¿Dónde están las cosechas?

[Mirando con enfado a Andréi] ¿Dónde todos esos pecadores convencidos que se convierten?

¡La luz de Jerusalén se ha extinguido!

NIKON

Recuerda Nazaret.

Un lugar bastante sencillo

donde se cuece el pan y se corta la leña,

donde la oración de quienes no son nadie se eleva hacia el cielo
lo mismo que el humo.

El niño Cristo crece con nosotros
esperando su momento.

DANIIL

Esta lección es cada vez más rara. Volvamos a los hechos.
El cristianismo ha fracasado.

NIKON [*con tristeza*]

Y si así piensas, ¿por qué te quedas?

DANIIL [*a la defensiva*]

Porque tengo lo suficiente para que un joven como yo desarrolle su talento.

NIKON [*suspirando*]

Permanece sentado. Te contaré algo sobre las mujeres.

En una ocasión acudí a mi maestro, san Sergio,
el fundador de este monasterio.

Yo era muy joven entonces, y creía que la perfección era fruto
de mi voluntad.

Estaba convencido de que la santidad era solo para los fuertes.

Tenía un secreto orgullo oculto en mi alma,
un gusano que me roía por dentro.

«Padre, una pregunta», supliqué a san Sergio un día.

«Padre, decidme qué debo hacer para ser perfecto.

Rezo ocho horas al día,

como solo una vez, mi ropa es la más humilde
y he dado a los pobres cuanto poseía.

A pesar de todo esto, me preocupa no ser perfecto.»

Sergio me dijo que todo lo que había hecho era bueno,
pero que aún no había comprendido lo que era la perfección.

«Ve —me dijo—. Ve y sueña con los profundos sueños de Dios.

Él te enseñará.»

Obedecí y me fui a dormir.

Tuve un sueño en el que el Salvador venía hasta mí, se arrodillaba
junto a mi lecho y empezaba a escribir con los dedos en el polvo.

«Nikon —me dijo—, haces bien, pero aún no has alcanzado
la perfección de dos mujeres casadas que viven en la aldea.»

Cuando desperté, bajé hasta la aldea, que estaba
a media jornada de camino.

Y allí encontré a dos mujeres de las que no salía

una sola palabra temeraria,

y que vivían con humildad, paciencia y caridad,

santificando sus actos por medio de la oración

y soportando el mal humor de sus maridos.

Fue allí donde aprendí lo que es la humildad.

Los novicios se miran mutuamente durante unos segundos. De repente, Nikon da una palmada como rompiendo un hechizo y continúa.

Pero dejemos ya de hablar de las mujeres, las criaturas más benditas de Dios, no sea que acabemos perdiendo nuestro propio equilibrio y echemos a correr por el bosque como locos borrachos de vértigo en busca de aldeas.

DANIIL

¿Aún supone un problema este tema a su edad?
¡Supongo que el peso de los años le habrá proporcionado
algún alivio en esa lucha!

NIKON

Tendrás que preguntárselo a alguien de más edad que yo.
Solo sé una cosa,
y es que soy un pecador, aunque uno más seducido por Dios.
Hasta que llegue mi último día, mantengo la esperanza
y rezo para que el Señor me dé la gracia suficiente
y pueda derramar todo el amor sobre el vástago de mi alma [*señala los iconos*].

Se oyen campanas, música litúrgica, bizantina, polifónica.

ESCENA TERCERA

Es de noche. Andréi Rubliov duerme inquieto. Yace sobre un catre bajo el icono de Cristo, junto al que arde una vela de color rojo. La celda está en penumbra. Se oye la voz de un niño, dulce y clara, leyendo el Evangelio de Mateo 17, 1-8, el relato de la Transfiguración. Al comienzo la voz es apenas audible, pero en pocos segundos se eleva hasta alcanzar un tono algo por encima del normal.

VOZ DEL NIÑO

Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Aún estaba él hablando cuando los cubrió una nube resplandeciente, y salió de la nube una voz que decía: «Este es mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia; escuchadle.» Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó, y tocándolos dijo: «Levantaos, no temáis.» Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino solo a Jesús.

A medida que se acaba el texto, la voz se desvanece poco a poco. Luego solo hay silencio. Andréi se despierta sobresaltado y se incorpora sobre el catre.

ANDRÉI

Me parece haber escuchado la voz de un niño hablándome desde lo más profundo del sueño.
¿Era un ángel, o el hijo que nunca llegará a nacer?

Coloca los pies sobre el suelo, se frota los brazos y mira a su alrededor. Luego, con inseguridad, como sintiendo una corazonada:

Tengo miedo.

Daniil irrumpe en la celda abriendo la puerta que hay a la izquierda. El viento y la nieve se precipitan con él.

DANIIL

¡Rubliov, despierta!

ANDRÉI

Ya estoy despierto.

DANIIL

Date prisa, hay que salir huyendo.

ANDRÉI

Pero ¿de qué tenemos que huir? Todo aquello que tememos está dentro de nosotros, ¿no era así?

Daniil se desespera y se da palmadas en las piernas.

DANIIL

No es momento de reflexiones, querido y santo hermano.

Es la hora del sentido común,
de salir corriendo a toda velocidad hacia el bosque.

¡Vienen los tártaros!

ANDRÉI

No se oye nada.

DANIIL

Se ve fuego en el horizonte
y gritos que trae el viento desde lejos,
como arrastrados por el aire de esta noche fría.
Los he oído mientras paseaba junto al río.

ANDRÉI

¿Y que hacías ahí afuera en plena noche de ventisca?

DANIIL

Estaba inquieto, como atraído por algo. Me ha parecido oír una voz.

ANDRÉI

Bueno, en esta noche todo son voces.
¿De santos ángeles o de los espíritus del bosque?

DANIIL

Tengo miedo de esta noche.
Pero no sé qué ha de ser: ¿el banquete de las tinieblas, el baile de la profanación,
el caldero de la desesperación?

ANDRÉI

¿Será que ha llegado el momento de la fe absoluta?

DANIIL

Ojalá fueran los espíritus del aire,
¡los habitantes del Pandemonium!
Pero no. La Muerte galopa sobre sus veloces pezuñas

y no pienso interponerme en su camino.
Aplacemos ese encuentro para otro día.

ANDRÉI

Todo lo que vive acaba enfrentándose tarde o temprano a la Muerte, ese viejo monstruo.
Todos acabaremos luchando cara a cara contra ella.
¿Por qué no ahora?

DANIIL

¿Te has vuelto loco? Nadie vence en esa lucha.
Ni todas las palabras que aún están por inventar te van
a convencer de lo contrario.
Corre, huye. He aquí mi consejo.
Demora cuanto puedas la llegada de ese destino.
Así tendremos tiempo para pintar un poco más
y dejar un pequeño recuerdo de nuestro paso por la tierra.

ANDRÉI

Dejé hace tiempo a una muchacha que iba a ser mi esposa,
y con ella la herencia de unos hijos que iban a enriquecer el mundo.
¿Qué fue lo que me hizo abandonarla?
Fue una voz que ahora se desvanece, que ya no oigo; ya no la oigo.

Andréi mira de repente a los ojos de Daniil.

¿Por qué me atormenta todavía esta lucha entre el amor y el Amor?

DANIIL [gritando]

¡Déjate de mujeres ahora! ¡Vayámonos, Andréi!

Suenan las campanas en señal de alarma. Las voces que antes apenas se oían se convierten en chillidos y lamentos confundidos con el sonido del galope de caballos. Daniil agarra del brazo a Andréi y tira de él en dirección a la puerta. En ese momento entra Nikon sin decir una palabra y les abraza. Luego los lleva hacia el icono y todos se arrodillan ante él. Nikon está situado en el centro, con uno de los jóvenes a cada lado. Nikon eleva los brazos en una súplica.

NIKON

Recemos, hermanos, para que nada sea en vano y para que el valor y la verdad no desaparezcan de nuestros corazones.

Los gritos y lamentos se hacen más audibles ahora. Los monjes se inclinan ligeramente ante el icono.

DANIIL

¿Es tarde ya para huir?

NIKON

Ya no hay esperanza para eso. Pero si ocurriera un milagro
y os salvarais de ésta,
id a Moscú y buscad a Teófanos el Griego.
Él os enseñará todo lo que yo no he sabido impartiros.

La puerta se abre de golpe. Un guerrero tártaro entra dando zancadas y espada en mano. El suyo es un rostro oriental lleno de ferocidad, y es más alto que los demás. Los tres monjes se levantan, primero Nikon, que se dirige hacia él.

NIKON

¡Paz!

El tártaro le derriba con la espada. Daniil coge un palo y amenaza al tártaro con él. El guerrero le da una patada en el pecho y Daniil cae rodando por la celda hasta darse con la cabeza en la pared, quedando inconsciente. El tártaro se acerca a Andréi, que permanece quieto. Andréi extiende los brazos en forma de cruz.

ANDRÉI

Bienvenida, Hermana Muerte.

El tártaro alza la espada y empieza a reír a carcajadas. Blande el arma sobre la cabeza de Andréi, pero el monje sigue sin moverse.

TÁRTARO

«¡Bienvenida, Hermana Muerte!» *[riendo]*. Esta Rusia es una tierra llena de cosas muy raras.

Hay más necios aquí que tetillas en una cerda.

Bien, ya has engordado lo bastante para la matanza.

El tártaro vuelve a alzar la espada pero no puede dejarla caer sobre Andréi, a quien mira ahora desconcertado.

Tú, joven brujo, ¿qué hechizo me impide mover mi brazo asesino?

ANDRÉI

No es hechizo alguno. Mi único poder es que carezco de poder. No sé qué te impide bajar el brazo, salvo lo que guardas en tu corazón.

TÁRTARO

Yo no tengo corazón. Solo existen la espada y la ley.

Solo existen las cosas terribles que aprende el vencedor.

Los músculos de brazos y piernas, mi vista de halcón;
no tengo otros negocios con la vida.

ANDRÉI

Es posible que la vida llegue a convencerte de lo contrario.

El mismo Dios ha dicho que el tiempo de tu ley será breve
y que la paz triunfará para la eternidad.

TÁRTARO

¡La paz! Solo los necios y los débiles hablan de la paz,
el viejo sueño de los ingenuos.

Aquellos que blanden la espada conocen la soberanía de la muerte.

Nadie de nosotros escapará con vida.

La muerte es la paz, y aquel que alza la espada no es más

que un emisario de la muerte. Pero sigue, sigue hablando.
Ya me aburren las carnicerías.
Un poco de distracción me irá bien.

ANDRÉI

Hablas de valor, pero dime: ¿quién es más fuerte,
el que se deja gobernar por el miedo y recurre a la espada
para demostrar su falsa condición de invencible?
¿O el que prefiere renunciar al poder y tiene a la paz reinando en su alma?

TÁRTARO [*fanfarroneando*]

El de la espada, por supuesto.
Sabe cómo está estructurado el mundo,
sabe que los fuertes heredan la tierra
y siempre consigue lo que quiere.
¿Me tomas por un niño?

ANDRÉI

Sí. Eres como un niño pequeño que se deja impresionar
por las armas.
Te engañas al pensar así.

TÁRTARO [*dándose golpes en el pecho*]

Yo soy mi carne.
Soy un animal glorioso.
Soy la bestia de mi dios.
Soy el terror.
Venzo sobre todos los corazones
y derroto a cualquier enemigo en el campo de batalla.

ANDRÉI

Pero no al que llevas dentro.
¡Mira qué pequeños enemigos has venido a vencer!

TÁRTARO

Esto está durando más de lo que creía.
Tus chácharas de monje me tienen intrigado.

ANDRÉI

La armadura te moldea, Hermana Muerte.
Pero llegará el día en que tengas que quitártela,
y entonces este mundo será lavado
y los niños podrán jugar sin el terror
que trae el viento.

TÁRTARO

Hasta que llegue ese día, serán los hombres como yo quienes
gobiernen el mundo.
Nosotros jugamos con la sangre.

ANDRÉI

Yo sé de Alguien que está por venir.
Alguien que conquista con la Palabra.
Extenderá sus pasos, pero no para romper cuellos
sino para abrir las tumbas
y aplastar con su pie la Mentira.
¿Por qué no le rezamos
para que apresure la llegada de ese día?

TÁRTARO

Haré algo mejor que eso, pequeño necio.
Voy a liberarte para que sigas esperando ese día.
Esperaré para comprobar si esa gran disputa planetaria
de la que hablas te da la razón o me convierte en un necio.
Me interesa ver el momento en que tu enorme Palabra
irradie su luz sobre un mundo devastado por las llamas.
Si será mi espada la última en hablar.
Hasta entonces, creo que seguiré dedicándome al saqueo *[blandiendo la espada]*.
¡Y ahora vete! ¡Vete antes de que cambie de opinión!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Interior de una catedral. Tres ábsides con las paredes en blanco aparecen frente al público. Unos andamios los cubren de izquierda a derecha hasta la altura de la mitad de los muros. El ábside central muestra un mural incompleto de Cristo. Un anciano encorvado, con una manta cubriéndole los hombros, aparece sentado en lo alto del andamio balanceando las piernas. A su lado hay botes de pintura y gruesos pinceles. Entre jadeos y quejidos, levanta las piernas y mueve el cuerpo de forma que queda de cara al público. Vuelve a balancear las piernas. Es Teófanes el Griego.

TEÓFANES

Cada vez más viejo, cada vez más cansado,
pobre bestia de carga.

En esta tierra salvaje, hasta los genios van hacia la tumba
tiritando.

[Gritando] ¡Sirvientes! ¿Dónde están mi vino y mi pan?

[Murmurando] Ay, mi cuerpo añora el sol de Atenas,
y mi alma los dorados palacios de Bizancio.

VOZ EN OFF

No, no está permitido. El maestro está trabajando.

DANIIL *[desde fuera del escenario]*

Pero traemos un mensaje para tu maestro.

Daniil aparece en escena acompañado de Andréi. Daniil lleva la cabeza vendada.

DANIIL

Señor, os traemos un saludo de un viejo amigo vuestro, el monje Nikon, que desgraciadamente ha fallecido. Él nos envía.

TEÓFANES

¿Cómo has dicho? ¿Que ha muerto?

¿Por la edad o por la flecha,
por la fiebre o por la espada?

DANIIL

Por la espada.

TEÓFANES *[mostrándose flemático]*

Ay, la espada. Entonces han sido los tártaros, no hay duda.

DANIIL

Su osadía no tiene límites, señor.

Hacen lo que se les antoja y no hay nadie capaz de retenerlos.

TEÓFANES

¿Y dices que Nikon ha muerto? ¿Por qué razón os envió a mí?

No quedan celdas para dos jóvenes novicios. Estoy bajo la tutela del duque.

DANIIL

Honorable Teófanes, yo me llamo Daniil Chernyi, alumno de Nikon en el santo arte.

Él me prometió que aquí aprendería la destreza que aún me falta.

TEÓFANES

¿Sabes pintar?

DANIIL

Excelentemente, maestro. Se me consideraba el más talentoso de sus aprendices.

Y además, sé...

TEÓFANES [*con monotonía, como distraído*]

Ya, ya, ya.

¿Y quién es ese pajarraco que anda detrás de ti?

ANDRÉI

Me llamo Andréi Rubliov, maestro.

TEÓFANES

¿Sabes pintar?

ANDRÉI

Casi no sé nada.

TEÓFANES

Buena respuesta. De haberme dicho que sí, habría llamado a los guardias para que te arrojaran al río.

Aquel que se crea a sí mismo el pintor de Dios, nada sabe de Dios ni de iconos.

DANIIL

¡Pero esto lo dice el pintor más grande de todas las Rusias!

TEÓFANES

Y de más allá, tanto como Constantinopla.

DANIIL [*a Andréi*]

¡Qué curiosa mezcla de humildad y orgullo!

TEÓFANES

Debes aprender a discernir entre el hombre y el oficio, joven necio.

Teófanos eleva una mirada sufrida al cielo.

Nikon, viejo compañero, ¿qué clase de broma es la que me envías al final de tus días?

Mira a este bufón hinchado de orgullo igual que una vejiga.

DANIIL [*muy enfadado*]

¿Bufón habéis dicho? A diferencia de un pintor cortesano cuyo nombre prefiero no decir, no ando detrás de ningún príncipe para ganar cierta fama. No dependo más que de mí mismo, y en algunos lugares hasta se me considera genial.

TEÓFANES [*soltando una carcajada*]

¡Bien, bien!

Joven genio, aquí tienes al viejo genio.

Los dos somos como bolsas llenas de aire caliente, hijo mío. La diferencia entre tú y yo está en los sesenta años de vida que han ido pinchando la mía.

Es esta una verdad tan fina como la hoja de una cuchilla.

Daniil está furioso. Mientras se desarrollaba el diálogo que acaba de producirse, Andréi, sin escuchar, se ha dirigido hasta el ábside central y ahora contempla totalmente ensimismado la pintura del rostro de Cristo. Teófanos mira a Andréi en silencio durante unos segundos y le llama con un gesto. Entre tanto, piensa:

Lo siento en mis huesos.

He aquí a un genio frágil; he aquí el futuro.

[*En voz alta*] ¡Tú, Rubliov! ¿Te gustaría pintar?

ANDRÉI

Si así lo deseáis, maestro.

TEÓFANES

Entonces pintarás. Serás mi aprendiz.

*Andréi se inclina ante el anciano. Teófanos desciende del andamio haciendo un gran esfuerzo.**

DANIIL [*sintiéndose ultrajado*]

¿Y yo qué?

TEÓFANES

¡Tu arrogancia es tan ingenua que raya la inocencia!

Dime cómo es posible que una pequeña catedral pueda albergar a tres genios.

DANIIL

No tengo a dónde ir.

El mundo se ha convertido en un lugar peligroso.

Si no consigo la protección del duque, seré un genio muerto.

* Esta nota aparece en el libro impreso como parte del diálogo de Teófanos [Nota del escaneador]

Se oye el débil tañido de una campana, una, dos veces.

TEÓFANES

Por fin oímos la dulce campana de la humildad.

De acuerdo, quédate también.

Claro que será una humillación para ti tener algo que aprender, siendo tu talento tan portentoso.

Te ofrezco otra cosa más especial. Serás insustituible, necesario para nuestra causa.

DANIIL

¡Espléndido! ¿Cuándo empiezo?

TEÓFANES

Inmediatamente:

prepararás los pigmentos, y una vez hecho esto limpiarás los pinceles, y después de eso fregarás el suelo.

Estoy convencido de que todo lo harás como corresponde a un verdadero genio.

Teófanes se aleja hacia la derecha, encorvado sobre su bastón y arrastrando los pies. Daniil está hecho una furia. Resopla y se queda cruzado de brazos de modo melodramático.

ANDRÉI

Daniil, lo siento.

Daniil se sacude de encima la mano de Andréi y sale haciendo el máximo ruido posible con los pies. A esto le sigue durante unos pocos segundos el sonido apenas audible de una música bellísima. Andréi se ha quedado solo en el escenario. Ahora mira a derecha e izquierda.

Música que no suena. Fuego en los huesos.

Se vuelve de cara a la pintura del rostro de Cristo en el ábside central.

El dorado es gloria, el rojo es dolor, el azul es sabiduría, el blanco es pureza.

Todos se mueven juntos en el baile que es certeza. Todos inhalan belleza [*inhaland*o]. Todos exhalan sabiduría [*exhalando*].

Se oye el breve canto de una alondra.

¡Un pájaro nocturno!

Se vuelve en todas direcciones, como buscando algo.

¡Kahlia!

Silencio.

El camino nace de los sueños
y al morir vuelve a ser un sueño.

Lo único que queda es el ahora,
el instante en que el alma prefiere llorar más allá
de su espacio y de su tiempo.

De cada alma humana nace una palabra, o se le arranca antes de nacer.

Luego vive durante cierto tiempo y va con ella hacia la tumba.

[Señalando el mural con aspavientos] Pero he aquí una palabra que habla en todas las lenguas del hombre.

La bella melodía de antes vuelve a sonar ahora; apenas se oye, pero va subiendo de volumen poco a poco.

Es la canción que resuena a través de los siglos
y que escuchan todos los niños de la tierra.

«Oíd, pequeños, oíd», canta.

«Oíd. El gran misterio no es solo un prodigio plasmado en la pared.

Está dentro, dentro de todos nosotros.»

[Mirándose las manos] Ay, no estoy seguro. ¿Sería mejor quizá
ser un artista de la azada?

Esta carne ha nacido para el yugo.

No sirvo para nada.

Soy tan pobre.

Música. Las luces se apagan, iluminando solo en medio de la oscuridad la imagen del rostro de Cristo.

ESCENA SEGUNDA

Tres ábsides. Ahora se muestran otros iconos más pequeños en los muros laterales. En el centro, el rostro de Cristo está terminado. El mural del ábside que aparece a la derecha del escenario también está terminado (es San Juan el Bautista). Teófanos y Andréi están en el andamio central. Están terminando el mural de la Madre de Dios. Debajo de ellos, Daniil barre el suelo con una larga escoba de ramas. De vez en cuando eleva la mirada hacia arriba.

TEÓFANES

¿Qué día es hoy, Andréi Rubliov?

ANDRÉI

La festividad de la Transfiguración, maestro.

TEÓFANES

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Dios te envió a mí?

ANDRÉI

No lo sé.

El tiempo crece, luego se reduce, serpentea,
igual que un río dorado a la luz del sol de otoño.

Todo pasa

y solo esto queda [señalando el mural].

TEÓFANES

Sí, sí, ¿pero cuanto tiempo hace?

DANIIL [*gritándoles desde abajo*]

Dos veces tres años; añadamos cuatro meses
y veintisiete días.

[*Hablando resignado consigo mismo*] El tiempo no es un río.

El tiempo es algo permanente, fijo,
y terco como una mula.

TEÓFANES

El duque me ha dado siete años para hacer visible lo invisible.

Bien. Casi habremos terminado y cumpliremos con el plazo dado.

[*Suspirando*] Mis viejos dedos crujen.

Daniil, Daniil, dame el bastón.

Teófanes empieza a bajar del andamio muy lentamente, haciendo un gran esfuerzo.

DANIIL

Voy, maestro.

Una vez abajo, se encuentran cara a cara. Teófanes mira a Daniil.

TEÓFANES

Dime, ¿aún quieres pintar?

DANIIL

No seáis cruel.

TEÓFANES

Y si te dijera que vas a pasarte otros siete años
barriendo y rascando,

y recogiendo los pinceles que se le caen a tu aéreo hermano [*señalando hacia Andréi*],
¿rechazarías la posibilidad de seguir acompañándonos hasta culminar la obra?

DANIIL

No. El círculo de las estaciones es un buen recordatorio
del objetivo que tenemos.

La primavera da paso al invierno. El nacimiento a la muerte.

Nos hallamos en un remolino que se precipita hasta lo más hondo.

Todos acabamos allí.

Cualquier ambición se atenúa ante este hecho.

TEÓFANES

¿Es posible que todo este tiempo dedicado al servicio
haya limpiado la escoria que había en ti?

DANIIL

No lo sé.

Como. Respiro. Rezo.

Echo mi cuerpo pidiendo un pronto sueño.

TEÓFANES

Y, por lo que se ve, también mides el tiempo como un avaro.

DANIIL

Respondiendo a la pregunta:

Es algo bueno que pueda pintar

pero también es bueno, aunque, con franqueza, no tanto, si no llego a pintar.

TEÓFANES

¡Ajá! Percibo una ligera amargura en tu tono.

DANIIL

No, que yo sepa.

Soy un vacío que espera ser llenado.

TEÓFANES *[bostezando descaradamente]*

Debo retirarme para descansar un poco.

Por favor, sube ahí arriba con estos pinceles

y, si nada te lo impide,

añádele un par de pinceladas.

Esa túnica necesita un azul más oscuro.

DANIIL *[atónito y emocionado]*

Maestro, significa eso que...

TEÓFANES Sí, sí.

Teófanes sale del escenario por la derecha. Daniil escala por el andamio y se sienta más o menos a un palmo de distancia de Andréi. Entre los dos hay un bote con grandes pinceles. Los dos permanecen quietos, de cara al mural y dando la espalda al público. Pasan veinte o treinta segundos. Andréi se acerca muy lentamente a Daniil, le rodea los hombros con el brazo e inclina la cabeza. Daniil también se inclina hasta que las dos cabezas se tocan por un instante, y se separan. Siguen sin moverse. Ahora es Daniil quien se tuerce de repente en una reverencia, sobrecogido por la emoción.

ANDRÉI

Aquí falta una pincelada de oro,

algún resto de gloria convertida en dolor.

Ahora el rostro de Cristo resplandece;

tú eres su icono.

De tu propio encuentro con la Cruz

podrás extraer los colores de la Resurrección.

DANIIL

Andréi, creo que no puedo más.

No hay nada dentro de mí.

ANDRÉI

Ni en mí tampoco. Pero empieza ya.

[Señalando con el dedo] Mira. Concéntrate en esa pincelada de azul.

Ya vendrá otra después para llamarte a que sigas pintando.

Daniil empieza a pintar muy despacio, muy poco seguro de sí mismo.

DANIIL

Hay que limpiar la ventana para permitir el paso de la luz.

ANDRÉI

¿Y a quién se le abrirá?

DANIIL y ANDRÉI *(al unísono)*

A aquellos que esperan ante ella.

ANDRÉI

¿Y quiénes van a esperar ante ella?

DANIIL y ANDRÉI Aquellos que son pobres.

ANDRÉI

¿Y quiénes son pobres?

ANDRÉI y DANIIL

Los que están vacíos.

ANDRÉI

Estamos casi vacíos, Daniil.

Cuando acabemos de vaciarnos, entonces seremos colmados.

DANIIL

Tú siempre estás colmado de algo, Andréi.

Tú eres un rublo, yo un kopek.

Esta gloria viene de ti.

ANDRÉI

Estás mirando a través de una ventana, pero desde fuera.

Solo hay algo dentro que me preocupa.

DANIIL

Yo he luchado contra ese gusano que corrompe el fruto de mis entrañas;

¡y no me digas que tú también tienes uno!

Tú, a quien tanto he envidiado en el pasado.

ANDRÉI *[dando una palmada sobre el andamio]*

Envidiabas a un hombre con su cruz.

Tengo miedo de eso que me hace buscar la belleza.

Y no me refiero a la de la carne, sino a una pasión
por lo que es visible.

Señala con reverencia el icono de Cristo.

Amo este rostro,

lo amo a Él, pero me pregunto si podría amarlo en el momento de cargar, desgarrado y ridiculizado, con la agonía del mundo

bajo su Cruz,
con la malicia del corazón humano cayendo sobre Él,
sin mirada alguna que atraiga nuestros ojos,
mientras lo vemos roto, deshecho, víctima del abuso infame.
[Apasionadamente] ¿Es la ubicua diosa de la belleza lo que
en realidad adoro?
¿Qué errores sería capaz de cometer en su nombre
si se me diera la mínima oportunidad?
Prefiero no pensar en eso.

Se oye un coro de voces de fondo.

Tampoco confío en la humanidad, por mucho que me encuentre atado a ella.
Somos como niños vagando por el mundo,
poseyéndolo todo, nombrándolo todo, sabiéndolo todo, excepto de nosotros mismos.

DANIIL *[señalando el icono de la Madre de Dios]*
Quizá la dama de la Sabiduría podría decirnos algo
sobre su hermana pequeña.
¿Es una diosa, Andréi, o una amiga?
Las dos podrían llevarnos de la mano
hacia una época de brutalidad.

ANDRÉI
Dices bien. El color dorado que llevas dentro
ha sido probado ya en el fuego
para mostrarse al fin como algo verdadero.
Es el momento, hermano, de que sea yo quien ahora aprenda de ti.
Perdóname, he picado el anzuelo de la duda amarga.
Nos veía a ti y a mí reunidos alrededor de este rostro transfigurado,
igual que Pedro, Santiago y Juan,
con la diferencia de que han pasado casi mil quinientos años
y la luz era más débil.
Me preguntaba si siempre iba a ser así,
que los que soñamos estos sueños realzamos la imagen
de nuestra propia esperanza
y la mantenemos en lo alto para que sosiegue nuestros miedos
y alivie la herida de nuestra mortalidad.

DANIIL
Qué dolorosa es esta mortalidad,
pero no por ello menos gloriosa.
He aquí un buen acertijo.
¿Tan necesario es que sepamos resolverlo?

ANDRÉI
Es el peligro que corre el artista:
creerse el dueño de las formas,
olvidar que es muy pobre,

considerarse el maestro de la realidad invisible,
que es lo que representa este reflejo.

Mirando el icono de Cristo.

Le pregunté una vez si llegaría a ver algún día
su rostro oculto, tan velado por las imágenes.
Pero no me contestó.

DANIIL

El icono del Dios silencioso.

ANDRÉI [*elevando la voz con arrebató hasta convertirse en un grito sostenido*]

Oh, Uno y Trino,
Oh, pródiga llama azul
nacida del reflejo de la plata,
Oh, santo verde, y puro bermellón,
tú eres el vino que beben en abundancia las criaturas hechas de barro.
¡Es una pena! ¡Es una pena!
Mi mano y mi ojo y mi corazón
caen, caen, caen muy lejos del rostro que este pequeño
garabato representa.

DANIIL

Creo que el artista es como un hombre que cuelga de un árbol.

ANDRÉI [*asintiendo*]

Tú eres él. Yo soy él.

DANIIL [*riendo, en un intento de relajar el tono*]

Es como el idiota que balbucea por las calles
y que solo merece el insulto de sus vecinos
y las piedras que le arrojan los niños
cuando desciende de sus visiones en la montaña gritando:
«¡Sueños! ¡Se venden sueños!
¡Dos por un kopek o por una canción;
y si no quieres comprarlos, toma: quédátelos gratis!»

ANDRÉI

Es el bufón de Dios.
Y aunque vaga por el camino a través de los árboles,
los campos y las ciudades,
ha visto una luz sobre una montaña.
Es esta luz lo que queremos pintar.
Este estallido de gloria es nuestra semilla.

DANIIL

Sí, pero, sin darnos cuenta, hasta los estallidos de gloria
se convierten de pronto en humo.

ANDRÉI

Lo mismo que el sembrador en su campo
cuya cosecha se entrega a la antorcha.

DANIIL

¡Eso es, querido *starets*!

Dime por qué anida sobre esta carnicería el silencio de Dios.

ANDRÉI

No estoy seguro, hermano.

Pero ¿no se me ordenó acaso que el Cristo transfigurado debía
descender en silencio hasta el valle donde se ha extinguido toda luz
y donde se muestra la gloria profanada sobre una cruz?

Su sumisión a la muerte ha abierto de par en par
las puertas de Sheol,
liberándonos de la desesperación y del odio.

[*Cantando*] «¡Cristo se ha alzado de entre los muertos
para pisotear a la Muerte por la muerte
y a aquellos que yacen en sus tumbas,
¡oh, luz pródiga!»

DANIIL

¿Se puede derrotar a la muerte?

Entonces, dime: ¿por qué es tan difícil crear
y tan fácil destruir?

No comprendo por qué razón
la muerte sigue aún con su trabajo.

Creo que su tiempo es muy breve
y que luchará con todas sus fuerzas
hasta el último aliento. Es ese instante de agonía
lo que estamos viviendo ahora.

¡Hasta que no acabe, el mal seguirá adelante,
profiriendo insultos contra el rostro secreto de Dios,
y también nos utilizará!

Sabe muy bien que el corazón del hombre no se resiste
a gritar «por qué» cuando se arruina la inocencia;
y que cuando solo obtiene el silencio por respuesta
su corazón estalla de dolor:

«¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?»

Y mientras se suceden los años de este largo silencio
y el saqueador le despoja de todo a su antojo,
¿seríamos capaces tú y yo de no recurrir a las armas
viendo la corrupción de un niño?

Si viéramos tú y yo todo el trabajo de nuestra vida
ardiendo de pronto en llamas

por el simple capricho de unos ciegos, ¿no tendríamos la tentación de blandir la espada?

Daniil calla y baja la mirada.

ANDRÉI

¿Cuánto vale un alma?

¿Cuánto puede soportar esta misma alma?
Soy un hombre de paz, pero hay un asesino durmiendo
en mi alma,
alguien que en un momento de locura podría recurrir
a las herramientas del mal
en un intento de derrotar al mal.
Y así me vería a mí mismo doblemente derrotado.

[Volviéndose hacia el rostro del mural de Cristo.]

Claro que quiero ver ese rostro oculto
cuya imagen se encuentra más allá de mí,
pero también enterrada en mi interior
por la herencia que llevo desde la caída de mi raza.
Voy a sublevarme *[levantándose en mitad del andamio]*
para partir la noche
y convertirme en el viejo luchador y guardián
que acabe derrotando a mi propio miedo interior.

DANIIL

Estarás luchando por los dos.
Eres un santo.

ANDRÉI *[sorprendido]*

¿Yo, un santo?
No sé qué es eso.
Vamos, dejemos el trabajo para otro día. La noche se acerca.

*Los dos pintores descienden despacio, cada uno por un lado del andamio.
Entre tanto, el coro que antes casi no se oía ha aumentado un poco el volumen.*

CORO

Aquel que habló misteriosamente a Moisés en el Monte Sinaí para decirle «Yo soy el que soy», hoy se manifiesta ante los discípulos en el Monte Tabor para revelarles a través de su persona el restablecimiento de la naturaleza humana en su esplendor original. Como testigos de esta gracia y partícipes de esta alegría, hizo resucitar a Moisés y a Elías, los precursores de la gloria y de la resurrección redentora que se ha hecho posible por la Cruz de Cristo.

Mientras siguen los cantos, los pintores salen cada uno por su lado del escenario.

Cuando David, uno de nuestros primeros padres en el Señor, predijo en espíritu que tu cuerpo se haría carne, estaba invitando a la creación entera a que se alegrara y gritara: «Oh, Salvador, Tabor y Hermón se regocijan en tu nombre», porque ascendiste a esta montaña con tus discípulos. Por medio de la Transfiguración devolviste su esplendor original a la naturaleza de Adán, por eso te alabamos y te decimos a ti, creador de todo, «¡Gloria a ti!»

El coro sigue cantando mientras la luz se desvanece, dejando solo iluminado el rostro radiante de Cristo, donde destacan sobre todo los rojos y los dorados.

Oh, Señor, hoy has manifestado en el monte de la Transfiguración
la gloria de tu divinidad. Los discípulos han visto

tus vestidos blancos como la luz, tu rostro brillante como el sol.
Incapaces de soportar tu resplandor,
han caído sobre su rostro y han oído una voz
que daba testimonio desde el cielo:
«Este es mi Hijo amado, que viene al mundo
para salvar a la Humanidad».

Oscuridad.

ESCENA TERCERA

Es de noche. Andréi duerme sobre un colchón al pie del andamio. Teófanos está pintando en lo más alto, con una lamparilla de aceite y varias velas encendidas por iluminación. Trabaja durante treinta segundos de cara a la pared y de espaldas al público. Tararea la melodía del canto de la Transfiguración que acaba de escucharse.

De repente, Andréi lanza un grito, se despierta y se incorpora un poco. Dejando de pintar por un momento, Teófanos lo mira desde arriba.

TEÓFANES

¿Qué sucede? Pobrecillo, ¿acaso ha cruzado por tu cabeza y al galope un caballo rojo?

Andréi está aturdido. Se frota la cabeza y se sienta frente al público.

ANDRÉI *[con vehemencia]*

Un sueño.

He visto un árbol,
la zarza ardiente que relucía con el fuego de Dios.
Todos los seres humanos se acercaban para verla,
para tocarla y capturar el misterio.
Todos deseaban poseer a Dios.
Deseaban tenerlo sujeto
para no ser poseídos por él.
Le arrancaban las hojas,
lo cortaban en trozos que luego separaban,
hasta que yacía sobre el suelo, desnudo y roto,
con la savia rezumando por las sombras de la tierra.

Andréi dirige la mirada hacia arriba, donde está Teófanos.

Y entonces aparecía nuestro amigo Nikon con una túnica de luz. Se arrodillaba junto a mí y me consolaba con la mirada. Y me decía:

VOZ DE NIKON

He aquí a los hijos del hombre que habrá en el tiempo que queda. He aquí a las generaciones que existirán antes del fin.

ANDRÉI

«¿Se acerca ya el final?», le preguntaba yo.

VOZ DE NIKON

Está muy cerca, aunque a veces se aleja
y luego se vuelve a acercar.
Queda poco.
Antes del fin, la gente de esa época será irreconocible.
Cuando se acerque el advenimiento del Anticristo,
las pasiones obnubilarán las mentes.
Imperarán el deshonor y la injusticia
y el mundo iniciará su agonía,
aunque muy pocos verán su causa.
El aspecto de la gente habrá cambiado, y será imposible
distinguir a los hombres de las mujeres.
Esta gente será muy cruel.
El amor desaparecerá y reinará el miedo.
El engaño y la codicia infectarán a casi todos.
La lujuria de todo tipo florecerá y el asesinato
de los inocentes
se extenderá por todo el mundo; su sangre
será como un segundo diluvio.
Serán escasos los pastores de verdad.
¡Ay de aquellos que permanezcan en la tierra
en esos días, porque perderán del todo la fe!
Y por mucho que caminen errantes hacia oriente u occidente,
apenas encontrarán a alguien que sepa pronunciar una palabra
de la sagrada sabiduría.
Y aunque llegaran a escuchar alguna, tampoco la creerían,
y aunque la creyeran, tampoco les importaría.
Los profetas serán asesinados en las esquinas
mientras los niños los observan,
y los falsos profetas serán exaltados
mientras los mercaderes siguen con sus negocios,
ajenos a todo.
Los ancianos y las mujeres se esconderán,
conscientes de lo que pasa,
porque ya lo han visto antes.
Y muchos, perturbados por esta conmoción,
querrán oír más alto los sonidos de sus musas,
como en una pantalla mágica de imágenes y mentiras.
Estos infelices vivirán cómodamente sus vidas,
ignorantes del engaño del Gran Mentiroso.
Borrachos de poder, drogados por el conocimiento,
volarán por el aire como pájaros
y descenderán hasta el fondo del mar como peces.
Querrán cambiar la naturaleza.
Harán pedazos la materia
y por no encontrar a Dios
dirán que nunca ha existido.

TEÓFANES

¿Te ha dicho algo más?

ANDRÉI

¿Más? Sí, mucho más.

Me ha dicho que la obra que hemos terminado pronto se convertirá en cenizas.

Se acerca la tiniebla, y será tan profunda que hasta la misma Luz parecerá haberse extinguido.

También me ha dicho que mi alma se enfrentaría a ella y que se desesperaría ante las palabras, ante las imágenes y ante todo el cambio producido.

Hundiéndome por dentro, seguiría luchando encarnizadamente contra el enemigo y su mentira.

Nikon me ha dicho que entonces debería escoger entre la pobreza y la desesperación, y que si acababa escogiendo el poder como remedio ante la desesperación, sería un esclavo para siempre.

Pero que si prefería alegrarme en mi propia debilidad, llegaría el momento en que sería colmado.

Y que mis obras, estos sueños pintados en el crepúsculo de nuestros tiempos, serían como estrellas clavadas en el cielo más oscuro, como pequeños orificios por donde se derrama el paraíso.

Mayores que un sueño, mayores que un reflejo, serán las palabras que broten de mí, si me mantengo firme. Serán palabras nacidas del silencio y del fracaso, forjadas en el fuego.

Serán palabras que darán vida, luminosas como el sol.

También me ha prometido que, si elijo bien, nacerá una palabra de mis pobres tripas, de mis ojos cansados, una palabra que ha de romper las cadenas y gritar con entusiasmo a lo largo de los siglos, hasta que llegue la última cita con el enemigo.

Andréi hunde la cabeza entre sus manos. Teófanos lo contempla.

TEÓFANES

Vaya. He aquí una mente torturada.

Desciende del andamio y llega hasta Andréi para llevarlo hasta un ventanal que hay a la izquierda del escenario.

Mira, mira el cosmos. ¡Contempla el orden divino!

Mira lo profundo e infinito que es, contempla esta gloria que nunca ha de extinguirse.

¿No te sorprende el movimiento de esas llamas que trazan estelas

en la oscura bóveda de la noche?

Aquí hay un artista que pinta con luz.

Mira cómo consigue que el sol, la luna y las estrellas giren alrededor de la Tierra

con tanta perfección.

ANDRÉI

No digo que no, pero me perturba un pensamiento.
Tal vez seamos nosotros los que estemos dando vueltas
una y otra vez,
igual que una peonza gigante,
y estas luces del cielo no sean más que
apariencias de una ilusión.

TEÓFANES

Solo Dios lo sabe.
Quizá serán los hijos del futuro quienes podrán sondear
la profundidad de ese gran misterio.

ANDRÉI

En mi sueño esos niños habían comido del árbol
de la ciencia, el del bien y del mal.
Comprendían muchas cosas,
pero cuando se reunían alrededor del árbol
de la sabiduría y la belleza
no entendían nada.
Esta forma vieja y retorcida, decían,
es una estructura que hay que deshacer,
es madera podrida que ha de alimentar
el fuego de la revolución.
La hacían pedazos en busca de los secretos
de su vida,
pero puesto que la habían matado,
ya nada podían encontrar.

TEÓFANES

Un árbol terrenal que da fruto celestial.
Qué sueño tan terrible, hijo mío, pero recuerda que los sueños
no pertenecen a la realidad.

ANDRÉI

Son una de las formas del futuro si no pensamos bien.
Esa gente que ha de venir es real.
El futuro alimenta a una clase especial de hombre.
Él sabrá si lo ignoramos todo sobre el cielo.
Conocerá el código del universo entero. Volará en él
y tal vez descubra que no somos más que una chispa
en medio del incendio,
y que el cosmos está en llamas.
Y entonces, por juzgar solamente lo superficial,
creará que damos vueltas sin cesar y sin objetivo alguno.
Sabiéndolo todo, creará que la existencia
no hace otra cosa que girar y girar
en torno a sí misma.
Será como un agujero negro absorbiéndolo todo

por la boca.

TEÓFANES

¿Y si resulta que es él quien tiene razón y somos nosotros los que nos equivocamos?

ANDRÉI

¿Cuál es la forma más peligrosa de la ignorancia?

Los dos permanecen mirando a través del ventanal. De repente, se oyen gritos y suenan las campanas en señal de peligro. Daniil irrumpe en la iglesia llevando unas flechas en la espalda. Se abraza desesperado a Andréi. Se oyen voces que gritan: «¡Fuego! ¡Fuego!» La iluminación simula el aspecto de las llamas a través de las ventanas y de la puerta abierta. Se oye el galope de caballos, más gritos y campanas que suenan sin cesar.

Entra el Tártaro. Teófanos se le acerca cojeando y le apunta con un largo pincel como si de una espada se tratase. El Tártaro lo derriba de un golpe y se dirige hacia Andréi.

Andréi agarra el bastón del anciano dispuesto a atacar al Tártaro, pero de repente se detiene, mira el bastón y lo arroja al suelo. Con un gran esfuerzo, extiende los brazos en cruz.

TÁRTARO

¡Vaya! ¿Tú otra vez? ¿El hombrecillo que me paraliza la garganta?

¿Y además callado?

¿Ya no me saludas diciendo: «Bienvenida, Hermana Muerte»?

Andréi baja la cabeza, pero mantiene los brazos abiertos. El Tártaro blande la espada y parece a punto de hacerla caer sobre él, pero no puede y eso le desespera.

¡Cómo! ¿Otra vez derrotado por este idiota indefenso?

Ya te haré pedazos en busca de respuestas cuando volvamos a vernos.

Hasta ese día, me conformaré con destruir esta basura *[señalando los iconos]*
[Alzando la voz] ¡Habla!

ANDRÉI

Deja las imágenes, te lo suplico.

Son para los hijos del futuro.

El Tártaro hace aspavientos hacia el público, pero sigue de cara a Andréi.

TÁRTARO

¿Cómo? ¿Para ellos?

¡Pero si no aprecian nada más que sus apetitos y sus juguetes!

[Alzando de nuevo la voz] ¡Incendiemos este lugar!

¡Desmitifiquemos esta raza!

ANDRÉI *[gritando con desesperación]*

¡Todo es inútil! ¡Todo es una locura!

Todo lo que es hermoso parece antes de nacer,
¡solo nace en esta tierra la tiniebla que conduce
a una tiniebla más profunda!

TÁRTARO

¡Vete! Es la última vez que te perdono la vida.

Andréi sale lentamente por la izquierda del escenario, aún con la cabeza gacha. El Tártaro contempla primero los murales y luego se encara al público. Se lleva una mano a la cadera mientras con la otra blande la espada. Ahora se dirige al público con una mirada feroz.

Es hora de quemarlo todo.
Pero cuando regrese, no me reconoceréis.
Seré un nuevo bárbaro; llevaré trajes elegantes
y mostraré la falsedad como una corona.
No pediré demasiado;
solo querré que me adoréis.
Seréis seducidos por una paz
que pedirá en vuestras mentes
el juicio de un fuego más amargo.
[Con un bramido] ¡Largo!
La obra ha terminado.
¡Marchaos!

Sigue blandiendo la espada. Se proyectan imágenes de llamas ardiendo. Se oye el sonido de la madera que arde y crepita. Los gritos se desvanecen. Oscuridad total.

ESCENA CUARTA

El escenario está a oscuras. El alba asoma entre unos árboles. A medida que la luz aumenta, una anciana cruza el escenario de derecha a izquierda, llevando consigo un enorme fardo de ramas secas. Entre ella y el bosque hay un campo, y en medio de este se halla lo que parece un pilar negro. La anciana llega al centro del escenario y se detiene ante el tronco de un árbol muerto y esquelético. Se agacha para recoger unas ramas del suelo, para añadirlas a las que lleva sobre la espalda, luego se incorpora y se dirige hacia el público.

ANCIANA

¿Pero cómo? ¿No os habías ido ya? [avanzando unos pasos más]
¿De verdad creéis que esta obra va a acabar por el fuego?
¿Es que el fuego, siendo la primera palabra, ha de ser
también la última?
No, no es precisamente el fuego que imagináis...
ese tormento que todo lo ennegrece
y alrededor del cual gira una voz que grita:
«¡Nada queda!»
No. Es otro el fuego del que hablo.

La luz se intensifica y el pilar negro resulta ser un hombre de espaldas al público. La figura se da la vuelta ligeramente, de modo que el público ve que se trata de un viejo monje con una azada, con la que empieza a trabajar la tierra. La mujer le observa y continúa su discurso.

Miradlo. Es una cáscara que oculta su forma bajo el hábito. [Llamándolo] ¡Eh! ¡Anciano!

El monje se detiene y mira a la anciana.

ANCIANA

¿Ha de ser el fuego quien tenga la última palabra?

La mujer suelta una risa que raya la carcajada. El anciano no contesta.

Vaya, ¿será que la vida te ha hecho callar mientras yo soy un vendaval de ruido?

MONJE

Así lo ha querido la muerte, no la vida.

[Amargamente] La vida es muerte, y la muerte desemboca en la nada.

ANCIANA

¡Pero qué dices! ¿De qué te quejas?

La anciana arroja el montón de ramas entre ella y el monje.

MONJE

De nada. De nada.

He llorado todos los llantos,
he sufrido todas las furias,
y ahora me encuentro vacío.

ANCIANA

¿Y es este «vacío» tu sepultura?

¿Acaso esperas que este silencio alimente el amor?

¿O solo esperas que alimente un silencio más profundo
hasta que te quedes petrificado para siempre?

¿En qué mentira vives?

MONJE

Haces preguntas como si tuvieran respuestas.

Las voces que hace tiempo me llamaron ahora callan.

La música de la creación está llena de gritos;
son los lamentos de las mujeres que han enloquecido de dolor
por ver a sus pequeños desmembrados,
a sus hombres asesinados,
a sus hijas secuestradas y cautivas,
por ver sus casas convertidas en escombros,
por ver sus corazones calcinados.

ANCIANA

El fuego purifica, padrecito.

MONJE

El fuego destruye.

ANCIANA

No; purifica la herida que compartimos,
cauteriza el orgullo que se encona.

MONJE

Convierte el rostro de la belleza en calaveras.

ANCIANA

¿Acaso no vuelve siempre a renacer?

¿No notas la cálida caricia de la primavera?

Mira cómo el viento arrastra las semillas.

Las voces que han muerto vuelven a oírse ahora
en un ritual indestructible.

MONJE

El tiempo decidirá quién de los dos tiene razón, anciana.

Pero creo que la naturaleza ya no es una madre,

porque mata mientras alimenta,

porque los nuevos brotes se nutren

de una tierra regada con sangre.

Es una reina que deja un montón de cadáveres
a su paso.

Y el hombre, su propio hijo, no piensa en otra cosa
que en su ganancia.

Hay ejércitos de ellos levantado sus fortalezas
y graneros.

ANCIANA

¿Nos echas la culpa? Esta es una tierra yerma.

MONJE

Más yerma que el alma.

El universo es frío

y despiadado.

ANCIANA

El universo ha sufrido mucho daño

y rebosa de dolor,

pero es cálido.

MONJE

Este Edén no es más que una ilusión, un baile insensato

donde las bestias que son listas y pueden hablar

solo expresan su dolor.

Todos los hombres reconocen que hay una herida universal,
sea cual sea su atavío, la túnica de seda o la armadura...

ANCIANA

... O un humilde hábito de monje.

¿Acaso no eres también un hombre?

MONJE

Sí, pero no porque yo lo haya querido.

ANCIANA

Dime, entonces, qué te gustaría ser.

MONJE

Algo menos que un ángel,
pero algo más que este barro.
Ya no voy a lacerar mi carne
en busca de la inmortalidad.
Me siento atrapado entre una cosa y otra.
Para nosotros se hizo la gloria del universo,
pero no somos más que polvo.
Explicame este misterio.

ANCIANA

¡Ay, ya estamos con los filósofos y sus acertijos!
Hay demasiadas preguntas en tu alma.

MONJE

Solo quiero comprender mi dolor
para que deje de paralizarme;
quisiera obtener por lo menos un beneficio ante tanta pérdida.

ANCIANA

¿Lo ves? Tú también esperas ganar algo.
No me refiero al oro, por supuesto,
ni al poder sobre otros hombres,
ni a los altos torreones que se custodian
ni a los barcos veloces que atraviesan lagos de fuego.
Ay, no. Tú lo que quieres es obtener
la más humilde de las monedas,
siempre que en ella esté grabada la palabra «Belleza».

MONJE

Lejos están los días en que creía
que esta moneda podía rescatar el corazón
de una edad oscura.

ANCIANA

¿Qué clase de rescate esperabas?

El monje se la queda mirando pero no dice nada. Ella se agacha para recoger el fardo de ramas; resopla por el esfuerzo, se da la vuelta y se dispone a marcharse.

Hace tiempo conocí a un niño que sabía pintar un sueño. En mitad del invierno era capaz de hacer que un árbol estallara de verdor; con una sola pincelada conseguía que los brotes nacieran a la vida sobre una tabla.

MONJE

Tenía que morir un árbol para hacer esa tabla.
Hablas de sueños y nada más que de sueños.
Se nos expulsa del seno de esos sueños

para conocer el fuego de la experiencia
y consumirnos en agonía
para alimentar la pesadilla de otro.

ANCIANA

Hay fuegos y hay fuegos.
¿A qué fuego te refieres?

MONJE

Al que destruye.

ANCIANA

Ah, pero es que yo te hablo de otro muy distinto.
El niño del que te hablo tenía tanto fuego en los huesos...
Y se hizo monje.
Quizá conozcas su nombre, porque se hizo famoso
entre los príncipes y las tribus.
Su nombre era casi como el mío.

MONJE

Conozco ese nombre porque era el mío.

ANCIANA

Entonces, Andréi, no te desvaneciste en tu propio sueño.

ANDRÉI

Fui tras unas voces
que ahora permanecen en silencio.
El niño que conociste ya no está.

ANCIANA

¿Será porque se ha convertido en un orgulloso vacío
que no quiere ser colmado?

ANDRÉI

Es un tronco hueco.
Al final me echarán a la hoguera.

Señalando el montón de ramas.

Mi calavera carbonizada servirá de nido
a las golondrinas
y se convertirá en una metáfora para los monjes piadosos.

ANCIANA

¿Y no será que ese vacío es en realidad un recipiente?
¿Acaso no fuiste una vez un cuenco lleno de colores?
Te empapabas hasta lo más íntimo de tu ser y pintabas milagros.

ANDRÉI

¡Pintar! Jamás volveré a pintar.
Toda mi obra se ha deshecho en humo.
Todos estos años desperdiciados han sido un error.
Ahora lo sé: jamás despertamos.

ANCIANA

Y yo, que he enterrado a seis hijos bajo tierra
y he visto consumir mi vida en una fatiga inacabable,
dime, ¿acaso tu sufrimiento tiene más valor que el mío?
Estoy seca por dentro; mis ojos son como el cauce de un río seco.
[Elevando la voz] Si ahora digo esto no es para herirte,
sino para atajar este dolor tan amargo.
Y digo más: tu enfermedad se alimenta
de tu propia gloria abortada.

ANDRÉI [angustiado]

¡Basta!

ANCIANA

Estamos todos encerrados dentro de un misterio,
en el cambio perpetuo y sagrado con el que reímos y lloramos
y soportamos la generación de las almas.
¿Acaso has creado tú el baile de los planetas?
¿Es por ti que los niños transmiten su amor con la mirada?
¿Crees que te has dado a ti mismo el poder
de pintar un universo en una pequeña tabla de madera?
¿Cómo te atreves a condenar
la vida que ni siquiera has podido comprender?

ANDRÉI

Yo no condeno la vida, sino la belleza.
La Belleza es una falsa diosa.
Ahora ha completado su ciclo...
y se manifiesta en esos grandes copos de ceniza
que caen sobre las ruinas de las catedrales
incendiadas y abandonadas,
también en esas manchas tan vistosas
que deja la sangre en el azul del agua.
La Belleza carece de conciencia.
Me pides que la corteje, a ella,
a quien amé una vez.
Pero lo cierto es que no la conocía.
Ya no existe. Murió en un incendio.

ANCIANA

Hace tiempo fue un sueño para santos y reyes,
un canto que el viento arrastraba.
Y tú bailabas con ella.

ANDRÉI

Esa tal Kahlia, la supuesta belleza,
era como un himno cantado en el vacío.
Pura invención de mi mente.

La anciana se queda contemplándole. Carga con el fardo de ramas sobre la espalda con mucho esfuerzo y extrae de debajo de sus harapos primero una y luego otra cinta de color oro y rojo, que se lleva también al hombro. La anciana hace ademán de marcharse.

ANDRÉI

Masha, sé que eres tú.

La anciana baila torpemente con su carga y empieza a oírse una música bellísima.

ANCIANA

No. Soy yo, Kahlia.

ANDRÉI *[en un grito prolongado]*

¡Kahlia!

Andréi cae inconsciente al pie del árbol. Kahlia acude a su lado y permanece de pie junto a él. Lo mira con ternura.

KAHLIA

Mi hermanito a quien tanto he querido,
volverás a ser un hombre de oración.
La esperanza estará contigo
como el pan en la boca de los niños.
Volverás a coger tus pinceles,
mientras el mundo sigue forjando espadas.
Bajo el Árbol de la Vida, oh soñador,
te despertarás.
Te inspiraré desde estos breves sueños.
Y cuando te levantes, harás para nosotros...

Elevando la voz, dejando un segundo de pausa entre cada una de las palabras que va a pronunciar, añade:

...¡un dulce y santo fuego!

Se oye el estallido de unos bombos. La oscuridad total desaparece de repente. Vuelven a oírse tres veces los bombos. Luego suenan tres trompetas. Los mejores iconos de Andréi Rubliov se proyectan sobre el cielo. La música y las campanas se mezclan con las voces de un coro que entona El Cantar de los Cantares al estilo bizantino.

CORO

¡La voz de mi amado!
Vedle que llega
saltando por los montes,
triscando por los collados.
Es mi amado como la gacela

y el cervatillo.
Mi amado ha tomado la palabra
y dice:
¡Levántate ya, amada mía,
hermosa mía, y ven!
Porque ya se ha pasado el invierno
y han cesado las lluvias.
Ya se muestran en la tierra los brotes floridos.
Ya llega el tiempo de la poda
y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.
Ya ha echado la higuera sus brotes,
ya las viñas en flor esparcen su aroma.
¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven!
Paloma mía, que anidas en las hendiduras de las rocas,
en las grietas de las peñas escarpadas,
dame a ver tu rostro,
hazme oír tu voz.
Que tu voz es dulce
y encantador tu rostro.
Yo duermo, pero mi corazón vela.
Es la voz del amado que llama.
[Suavemente] Yo duermo, pero mi corazón vela.
[Más suavemente] Yo duermo, pero mi corazón vela.

La música se desvanece hasta que se hace el silencio.

[FIN]

C O M O F U E G O D E F U N D I D O R

9

Archivo, 2 de noviembre de 1942

Esta pequeña historia está salvándome la vida. Escribir acerca de Kahlia y de Sofía ha activado los poderes latentes en mi cerebro y me ha distraído de las obsesiones de mi corazón.

¡Qué grande es el misterio del alma humana! Cada alma atesora su propia medida de locura y de gloria. Somos nosotros los que elegimos cuál de las dos potenciar, si la una o la otra. Ante nosotros están dispuestas la vida y la muerte. La esperanza y la desesperación. El amor y la pasión devoradora. Vamos así configurando la forma a través de la cual puedan actuar el cielo o el infierno.

Le he pedido a Dios desapego, se lo pido cada día en realidad, y me lo ha dado. Por el momento siento un alivio considerable, pero me pregunto por cuánto tiempo. Me tranquilizo pensando que el tiempo es finito. La guerra continúa avanzando hacia un resultado desconocido; sea cual sea este, algún día tendrá que terminar. Entonces seré libre. Mientras tanto, sigo dando de comer a mi huésped, respeto su dignidad y protejo su autonomía tanto como su vida. Tal es la forma permitida que ha encontrado mi amor lastimado.

Y algo más que eso, por cuanto puedo construir un mundo en pequeño en unas cuartillas de papel. Este es todo mi poder, mi único retoño, mi legado. No me importa que pueda no ser nada más que un analgésico contra el dolor de la realidad. Si por otra parte el acto de la creación es una inmersión que traspasa las barreras de irrealidad en que está encerrada nuestra época, entonces como hombre tengo una vía de escape. No sé qué hay de cierto en todo ello. Al menos de momento es una alternativa a la locura.

A lo largo del mes de noviembre, el texto en forma de obra de teatro emanó de él sin disminución, sin necesidad de premeditación, repleto de pensamientos religiosos que no había sospechado albergar en su interior. Esto le resultaba especialmente perturbador, a causa de su reciente combate cuerpo a cuerpo con Dios. Le asaltaba el remordimiento cada vez que recordaba aquel agrio diálogo o monólogo, sobre todo después de dar con un pasaje de las Escrituras en el que se afirma que quienes se encolerizan con Dios se exponen a la destrucción. De este modo, el miedo se sumó a la vergüenza.

En su lectura del Antiguo Testamento, le llamó la atención una idea expresada por varios profetas: «El principio de la sabiduría está en el temor de Dios.» Pensó que sin duda aquello debía

de ser un acertijo indescifrable. ¿Había que temer a un «Dios de Amor»? Y si era así, ¿a qué clase de temor se referían los profetas? ¿A un puro terror? ¿A un cobarde arrastrarse? Si esto era así, el entendimiento humano era todo él una falsa ilusión, el esplendor del universo era un rostro hermoso hendido por una espada. Y el lado más horrible de todo ello sería la ineludible conclusión de que tanto el rostro como la espada eran los esclavos de un bárbaro de proporciones cósmicas. Pawel estuvo dándole vueltas a la cuestión, y la visión desde cada uno de los diferentes ángulos parecía ofrecerle argumentos que se contraponían el uno al otro. Si Dios era un tirano, de acuerdo con la acusación de Goudron, entonces sencillamente no era posible el amor, sino tan solo la obediencia a partir del miedo al castigo. Si por el contrario era puro Amor, tal y como creía gente como Rouault y el padre Andréi, ¿por qué había tantos servidores de Dios que hablaban de su ira, de su justicia?

Los problemas difíciles e intrincados se multiplicaban. Cada una de las preguntas originaba nuevos dilemas.

En los primeros días en que había cogido la pluma para redactar *Andréi Rubliov* había llorado con frecuencia, antes que nada por la angustia que le producían las contradicciones de su personaje: su anhelo de orden divino, su incapacidad absoluta para abrir el corazón a ese orden. No había tardado en ir a buscar la confesión en la parroquia local, donde había confesado su ira hacia Dios y había recibido la absolución del sacerdote, pero había regresado a casa solo para encontrarse el mismo temor y la misma vergüenza esperándole.

Una semana más tarde, después de misa, mientras bajaba distraído los escalones congelados de la iglesia, resbaló y se golpeó en la nuca, y se magulló el codo y la pantorrilla. Se quedó unos segundos aturdido en la acera, hasta que una joven religiosa se arrodilló junto a él y le ayudó a incorporarse. Ella le miró a los ojos con comprensión.

—Confíe en Jesús en todo lo que tenga que suceder —le había dicho.

Él ignoró aquellas palabras, considerándolas la clase de comentario consabido que solo las monjas pueden permitirse con un desconocido. Se limitó a sacudirse la tierra y los fragmentos de hielo de la ropa, sin contestarle nada.

—El miedo es el gran enemigo —añadió ella con voz tranquila—. El miedo hace que nos encerremos en nosotros mismos. —La guerra no puede durar mucho más —murmuró él. —La guerra durará hasta el final de los tiempos. Pero si vive instalado en el miedo, no podrá oír la voz de Dios.

Pawel la miró con mayor detenimiento.

—Abandónese al Señor con plena confianza —concluyó—. Así los demonios no podrán tocarle.

¿*Los demonios?*, se preguntó Pawel. Le dio las gracias por haberle ayudado y se marchó a toda prisa calle abajo.

~

Durante las semanas siguientes, mientras continuaba trabajando en el drama teatral, su angustia fue disminuyendo con ritmo constante, por lo que pudo concentrarse en las cuestiones planteadas por los personajes y por el tema central. Aunque el problema del miedo y del amor permanecía sin resolver, la constancia obsesiva con que daba vueltas en su mente era menor. Era consciente de que dicha cuestión se abría paso por sí misma en la obra, casi como si tuviera voluntad propia. Y en él iba ganando terreno la noción de que un Dios que permitía que se lo humillara y ejecutara de forma tan brutal estaba demostrando algo acerca de la naturaleza de su amor, y de una manera tan radical, que no había lugar a interpretaciones erradas. Pawel contemplaba la inmensidad del universo y su insignificancia dentro del mismo. Y con todo, Dios había sufrido por *él*, Pawel, un hombre sin importancia, una mota de polvo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué estaba pasando exactamente en aquel universo tan extraño?

El cuadro de Rouault de la agonía de Cristo afloraba a su imaginación. Hizo suyo el recuerdo y lo readaptó, de forma que en la obra que estaba escribiendo se convirtiera en el Cristo iconográfico

de Rubliov, que era al mismo tiempo imagen de la faz revelada de Dios y ventana abierta al rostro oculto de Dios. ¿Por qué esta convergencia de ocultamiento y revelación? ¿Tal era el efecto buscado, que el hombre amara lo revelado pero temblara ante lo oculto?

Quizá el temor de Dios fuera algo por completo diferente de los terrores paralizantes que hacían las delicias de los demonios. ¿Existía un miedo santo, compatible con la confianza en Dios? Si Dios era en verdad puro amor, entonces el significado que se daba a la palabra *temor* en el Antiguo Testamento no se correspondía con el miedo que sienten las personas cuando se ven amenazadas por los desastres naturales o por los ataques de un enemigo. El miedo a la Gestapo tenía que ser diferente por completo del miedo sobrenatural que sintiera Moisés ante la visión de la zarza ardiente. Y no era tampoco, sin duda, lo mismo que el temor reverencial que sintieron los apóstoles en la montaña donde tuvo lugar la Transfiguración. Ni era la atracción temerosa, mezcla de deseo, falta de valía y miedo a perder, que había sentido por Kahlia al oírla tocar a Bach en la Universidad de Varsovia. Aquello había sido un sentimiento de arrebató ante la presencia de la gloria inaccesible. Una gloria bajo forma humana, reveladora pero esquiva. Ella había sido para él un icono del esplendor del *ser* perfecto. La gloria como... amor.

¿Amor?

¿Qué era el amor? Toda nueva cuestión le conducía inexorablemente de vuelta hacia esta otra.

~

Archivo, 28 de noviembre de 1942

Amor. Los griegos lo llamaron *exousia*, aliento que sale del ser. ¿Es la *exousia* una especie de puente para el alma, el puente del lenguaje celestial?

La razón dice que sí. El corazón anhela poder también decir que sí, mas no puede.

Kahlia, Kahlia, te desvaneces en mi pensamiento, te disuelves en el viento de la noche. Te buscaría en las calles, correría y correría hasta que este dolor que me oprime se acabara y cesara por completo, si no estuviera tan seguro de que una bala alemana pondría rápido fin a mi patético enamoramiento. ¿Correría en pos de algo o más bien huyendo de algo? No lo sé... Pero ¿de qué huyo? ¿Qué es lo que deseo? Atracción o repulsión, palabra o silencio, unión o enajenación. Me parece como si quisiera todo ello... No dejo de ser un corazón escindido.

Leo y releo mi pieza teatral mientras se me materializa delante de los ojos, y me quedo asombrado por el hecho de que todo esto haya salido de mí. Es como si una obra de arte fuera también *exousia*... una revelación misteriosa del ser. ¿Es entonces una forma de amor? Si lo es, ¿de dónde sale?

¿Y a quién va destinada? No importa si nadie ve, si nadie escucha. La única preocupación del artista es darle existencia. Debe hablar aun sin oyentes. Y debe hacerlo sin esperar recompensa a cambio. Tal es el camino que se abre ante mí. Si quisiera darle la espalda, a buen seguro perecería. Me aferro a esta idea con una fiereza que sobrecoge.

~

Mientras seguía escribiendo, todo lo demás se diluyó en un segundo plano... el frío tras los cristales helados de la vitrina, los dedos azulados y ateridos, los disparos esporádicos de las armas, la presencia de su huésped. Durante este período, el dolor por el exceso de apego no desapareció por completo, aunque acordó una incómoda tregua con el que aún quedaba. Debía recordarse a sí mismo que, si se tocaban las cuerdas equivocadas, fácilmente podía verse arrastrado de nuevo. Se dijo que no debía confundir con amor el impulso de escapar de la soledad. Un icono en el corazón podía degenerar en un ídolo.

—Discúlpeme, *pan* Tarnowski —dijo David Schäfer una noche, depositando un tazón con sopa humeante delante de Pawel, mientras este leía tranquilamente en silencio sentado a la mesa de la cocina.

—¿Sí? —murmuró Pawel, alzando los ojos distraído.

—No pretendía interrumpirle, pero hoy aún no ha comido.

Pawel dejó a un lado el libro sobre espiritualidad rusa que estaba leyéndose de tirón y se quedó mirando fijamente el tazón de sopa, en el que no vio otra cosa que una vasija llena de sangre derramada.

—Debería comer algo —le instó el muchacho, sentado delante de otro tazón igual, cuyo contenido se puso a consumir con cierta ansia—. La remolacha también da fuerza —añadió—. Aporta minerales y azúcar.

Y abandonando cualquier clase de preocupación por la etiqueta, levantó el tazón con las dos manos y se lo bebió entero de tres grandes tragos, señalados por el ascenso y descenso de la laringe en su delgado cuello.

Pawel se llevó un poco de sopa a la boca con la cuchara y volvió a abrir el libro.

—No hemos hablado —le interrumpió David de nuevo, pestañeando y con voz trémula.

—¿Que no hemos hablado? ¿A qué te refieres?

—Desde el día de su gran ira, no hemos vuelto a hablar de verdad.

—Sí que hemos hablado... bastante a menudo. Estoy seguro. David sacudió la cabeza en señal de negación.

—Bueno, es que he estado un poco ensimismado, con mis cosas —dijo Pawel con indiferencia.

—Ah, ¿está estudiando a fondo algo que le interesa?

—Sí, exacto. —Pawel reanudó la lectura.

—Deberíamos hablar de aquel día de su gran ira. Resoplando por la nariz, Pawel cerró el libro definitivamente y se quedó con la mirada clavada en la mesa.

—¿Y por qué tendríamos que hablar de eso? —preguntó en tono grave.

—Porque es una grieta profunda que se ha abierto entre los dos.

—¿Por qué iba a ser eso? Fue un mal día, eso es todo.

—*Pan* Tarnowski, como ya le dije aquel día, tengo la impresión de que mi presencia es una carga para usted. En realidad, una carga tan grande que lo está matando.

El rostro de Pawel adoptó, más que nunca, la impenetrabilidad de una máscara.

—Y como ya te dije aquel día, tú no me estás matando.

El chico asintió, pero sin cruzar la mirada con la de Pawel. Por fin levantó los ojos y se aventuró a preguntar:

—¿Qué fue entonces lo que le trastornó? ¿Por qué se enfadó tanto? Montó un pequeño caos en la tienda, varios libros se rompieron, oí gritos y...

—Eso no tenía nada que ver contigo.

David se aclaró la garganta.

—Me resulta difícil de creer.

—Pues créelo.

—Entonces, ¿cuál fue la causa?

—Lo absurda que es mi vida.

Tras unos segundos de pausa, David se atrevió a formular una última pregunta:

—¿Yo no formo parte de su vida?

La frase quedó suspendida en el aire, generando tantos pensamientos encadenados en Pawel que le resultó imposible responder. Con el fin de sustraerse a sus propias cavilaciones, apuró la sopa y dejó que el muchacho limpiara la mesa. Inmediatamente después, ambos encontraron espacios por separado en los que meditar en privado.

Era verdad que Pawel llevaba semanas enteras sin hablar apenas con su huésped, más que nada para darle someras instrucciones sobre las tareas de limpieza, o para hablar de la catalogación. David debía de llevar tal vez unos dos tercios de su hercúlea labor. Había caído asimismo en la

costumbre de preparar comidas, pues Pawel se había saltado tantas que el chico acabó por hacerse cargo del asunto.

~

—¿Qué está escribiendo, *pan* Tarnowski? —le preguntó David una noche, no mucho tiempo después. La puerta de la librería estaba cerrada con dos vueltas de llave, y todas las persianas estaban bajadas. David acababa de barrer los pasillos entre los anaqueles y se acercaba al escritorio, desprendiendo una curiosidad no disimulada. Pawel tapó el manuscrito con el brazo.

—Una historia.

—A mí me gustan mucho las historias. ¿Me dejará leerla? —Aún no está terminada.

—¿Cuándo la terminará?

—No creo que te resulte interesante.

—Yo pienso que sí. Estoy seguro.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque la ha escrito usted.

—No está bien escrita. ¿Qué podría haber en ella que te interesara?

—Me interesa porque es mi amigo —dijo con vacilación, al tiempo que se volvía de espaldas, azorado. El hombre y el muchacho reanudaron ambos su trabajo sin hacer más comentarios.

¿Amigo? Ironía a raudales, perspectivas desproporcionadas se abrieron en la mente de Pawel. Suspiró, reunió las páginas del manuscrito y subió a su habitación, para poder escribir en paz.

~

Aquella semana, algo asfixiado por el pequeño mundo de la tienda y el apartamento, salió a la calle, a caminar. El primer día dio un paseo por la orilla del río, por Gdańskie, donde observó a unos trabajadores que reparaban un puente dañado por las bombas. Vivificado por el aire fresco, se decidió a hacer más ejercicio en el futuro. A la mañana siguiente, su ánimo había mejorado tanto que se aventuró a ir más lejos y cruzó el Vístula, adentrándose en el barrio de Praga, donde paseó por el parque Praski. En el extremo norte del mismo, siguió un camino hasta el jardín zoológico.

Al pasar junto a un grupo de personas arremolinadas tras un banco de nieve manchado de sangre, se detuvo un momento sin pensar para ver qué era lo que había sucedido. Sabía muy bien que en aquellos tiempos que corrían era peligroso acercarse demasiado a mirar cualquier cosa que no fuera un asunto propio. Pero la visión de la sangre le retuvo. Estaban descuartizando un animal. En un principio pensó que se trataba de un caballo, hasta que vio la cornamenta. Una mujer cortaba el pecho del animal en chuletas, que iba guardando en un saco de arpillera. Tres hombres desmembraban el cuerpo sirviéndose de cuchillos, sierras y hachuelas, mientras dos niños se apresuraban a recoger la nieve, empapada de sangre, en cubos de metal, aunque sin dejar de aprovechar la ocasión de llenarse la boca con pequeñas porciones. Los adultos se quedaron mirando un momento a Pawel, al que increparon e hicieron gestos para que se fuera. Él volvió sobre sus pasos y regresó directamente a Casa Sofía, recordando durante todo el trayecto de vuelta la lejana época de su infancia en que se quedaba arrobado contemplando la manada de ciervos rojos de aquel mismo parque. Y se horrorizó también ante el deseo que le había asaltado de haber podido hacerse con un poco de aquella comida.

Al día siguiente sintió la necesidad de tomar la dirección contraria, como para alejarse lo más posible de la imagen de aquella carnicería, que aún lo acosaba. Caminó hacia el oeste, por Wawelska, sin otro objetivo que el de despejar la mente. En determinado punto del trayecto, se tropezó con una pequeña iglesia, delante de la cual había dos monjas bastante mayores, juntas, de pie, con la mirada gacha puesta en los escalones. Una de ellas sollozaba.

—Yo estuve presente el día en que la instalaron... cuando era pequeña... —decía entre lágrimas—. Me trajo mi madre para que lo viera. ¡Todo fueron cánticos aquel día! El arzobispo ofició la misa de consagración.

—Ya la repararán —le decía la otra—. Algún día volverá a ser tal como era.

—¡Nunca podrá volver a ser igual! ¡Pero mira esto! ¡Mira!

Los escalones estaban cubiertos de fragmentos de vidrio de colores. Uno de los ventanales de encima de la entrada de la iglesia estaba desfigurado por varios agujeros. Pawel subió algunos escalones y preguntó si podía ayudar en algo.

Las monjas lo miraron sin prestarle mucha atención, negando con la cabeza.

—¿Han sido los alemanes?

—No, no han sido los alemanes. Han sido unos gamberros. —Se han puesto a tirar piedras y ladrillos —dijo la otra religiosa—. Estábamos rezando cuando oímos ruido de cristales rotos. La hermana y yo salimos enseguida, pero ellos siguieron con lo suyo, destrozando.

—No hemos podido hacer nada. Les hemos suplicado, pero se han reído de nosotras, sin detenerse.

—¡Y qué lengua, además!

—¡Nuestros propios hijos polacos! ¿Por qué habrán hecho una cosa así?

Pawel contemplaba los restos de cristal y cascotes esparcidos a sus pies. Un ojo de Cristo, parte de una mano, una porción del corazón rodeado de espinas.

Una de las monjas se agachó para recoger el corazón, mientras la otra entraba a buscar escobas y palas. Pawel se alejó.

~

A medida que el invierno iba haciéndose más crudo, Pawel y David pasaban cada vez más veladas juntos sentados a la mesa de la cocina, donde se estaba un poco más caliente, pues los fogones añadían algo de calor a la escasa calefacción que los radiadores pudieran generar. Las reservas de carbón se agotaban. Una de aquellas veladas, Pawel se enfrascó en la lectura de un libro mientras David remendaba una prenda de ropa con aguja e hilo.

—Discúlpeme, *pan* Tarnowski.

Pawel levantó la mirada con cierta irritación.

—Perdón, estaba leyendo —murmuró el chico, agachando la cabeza.

—Es obvio.

—Lo siento. Es que se me había ocurrido una idea interesante y, en mi entusiasmo, no he pensado que preferiría seguir leyendo a...

—¿... a qué?

—A discutirla conmigo.

—¿Cuál es esa idea interesante? —preguntó Pawel, dejando escapar un suspiro.

—Nada, por favor, vuelva a su libro.

Pawel reanudó la lectura.

—¿Es interesante el libro?

Pawel cerró el libro.

—Será mejor para ti que me cuentes esa idea.

—No es nada importante.

Pawel sostuvo su mirada.

—Claro que, en realidad, en cierto modo *es* importante —se apresuró David a corregirse a sí mismo—. Es sobre el lenguaje.

—¿Sobre el lenguaje?

—Sí, nuestro tema preferido.

—¿Y qué es lo que has pensado hoy sobre el lenguaje?

—Estaba pensando en el lenguaje entre usted y yo.

—¿A qué te refieres?

—Hay muy poco lenguaje entre nosotros.

—No te entiendo.

—Quiero decir que raras veces hablamos. ¿Por qué será?

—Sí que hablamos —se encogió Pawel de hombros.

—Sí. Pero nuestros silencios no hablan.

—¿Nuestros silencios no hablan?

—En mi familia hablábamos mucho, y también callábamos mucho. Las palabras fluían de nuestros silencios.

—¿Qué estás diciéndome?

—Que no entiendo sus silencios, pues incluso el silencio es palabra.

—¿Qué es el silencio entonces para ti?

—El silencio es ser.

—¿Ser? ¿Estás hablándome de filosofía?

—Sí, y de algo más. El lenguaje hablado y el silencio son llaves.

—¿Llaves de qué?

—De la comunión.

—¿A qué te refieres con eso?

—A lo uno.

—Por favor, no me vengas ahora con que eres budista, David Schäfer —dijo Pawel, con la esperanza de que esta brusca observación pusiera fin a la interrupción de su lectura.

—No soy budista —replicó el muchacho con tono ofendido—. Soy un hombre. Esto es algo común a todos los hombres.

—¿En qué sentido?

—El hecho de que un hombre te entregue una llave tiene un cierto significado. Una palabra es una llave. Una palabra es una acción. Sustrae la acción, y el significado no se ha expresado. Es más, cada hombre *es* una palabra. Tal y como usted es una palabra para mí.

—¿En qué sentido soy yo una palabra para ti?

—Esto no lo entiendo aún del todo, pero en su sentido más común, usted expresa una palabra de protección. Usted me esconde. Me alimenta. Es su parte del diálogo.

—No es un diálogo, en realidad. Lo hago porque es lo correcto.

—Pero hacer lo correcto es expresar una palabra, es decantar, un poco, el equilibrio del mundo.

—Quizás otorgues demasiada significación a cosas que en realidad son normales.

—¿Es normal la vida que llevamos aquí?

Pawel reflexionó acerca de ello antes de responder.

—Supongo que no. Pero el mundo entero está convulso. No hay nada en estos tiempos que sea normal.

—No hay nada que sea normal, corran los tiempos que corran, me parece.

Pawel sacudió la cabeza. Las palabras del muchacho se volvían oscuras.

—Pongamos, *pan* Tarnowski, que usted y yo vivimos uno a cada lado de la calle, y que la calle divide dos mundos diferentes, mutuamente incomprensibles. Supongamos que yo le tiendo la llave de mi puerta, y usted me ofrece a mí la llave de la suya. Abrimos las puertas y ya está, ahí estamos los dos mirando cada uno al interior de la casa del otro. ¿No es un milagro?

—En mi interior no hay nada que pudiera parecerle interesante.

—Eso no lo creo.

—¿Por qué ibas a querer verlo?

—Porque el hombre no está hecho para estar solo.

—No estamos solos.

David bajó la mirada. Con voz grave, dijo:

—Uno puede estar solo incluso en un hogar lleno de personas que hablan sin cesar.

—Me das un argumento a mi favor. No hay necesidad de hablar.

—Ah, sí, sí que *hay* necesidad de hablar. No me refiero a emitir ruido por la boca, sino a las palabras que emanan del silencio.

—Ahora sí que me he perdido. ¿Qué intentas decirme, exactamente?

—El discurso veraz es uno. La unión del silencio y la unión de las palabras veraces que emanan de tal silencio. Esta unión es una expansión de la visión.

Intrigado, Pawel le animó con un gesto:

—Continúa.

—Una cosa no está dicha con veracidad a no ser que el hablante esté dispuesto a ofrecer su propia sangre como garantía de las palabras que salen de su boca o de su pluma. La sangre no tiene por qué derramarse, literalmente, pero la disposición a dejar que así sea es esencial de cara a la autenticidad. En las incertidumbres de la vida, es posible que se nos exija el derramamiento de la propia sangre, y es posible que no. Eso no es decisión nuestra. Lo que sí es de nuestra elección es estar dispuestos a hacerlo.

—O sea que piensas que lo que un hombre dice debe ser corroborado por su vida.

—Sí, si se trata de tener autoridad. Por eso debemos tener cuidado con lo que decimos. Una palabra cambia la existencia. Debemos proteger la pureza del lenguaje, pues es el vehículo transmisor, entre una persona y otra, de aquello que es sagrado.

Pawel frunció el ceño y dejó el libro encima de la mesa.

—En una ocasión, un viejo pintor me dijo algo parecido. Me dijo que si los símbolos se corrompen, también los conceptos se corrompen, y a partir de ahí perdemos la capacidad para entender las cosas tal como son. Y que nos hacemos así más vulnerables a la deformación de nuestras propias percepciones.

—Y por tanto de nuestras acciones —añadió David de forma enfática.

Pawel se quedó atónito de pronto por el hecho de que aquellas palabras hubieran salido de la boca de un chico de diecisiete años, que apenas había tenido tiempo para vivir, mucho menos para estudiar las grandes ideas de la civilización.

—La degradación del lenguaje es un síntoma —dijo Pawel a modo de sentencia, sin saber si cabía añadir ya nada más a la discusión.

Pero David Schäfer parecía un pozo inagotable.

—El lenguaje puede proporcionarnos palabras para la plegaria, y la poesía, y los cánticos, y palabras de amor que ofrecer al otro. Pero el lenguaje puede también caer hasta el más bajo nivel, como si se tratara de un sirviente al que se sometiese a los empleos más degradantes con el fin de aumentar las ganancias de su amo. Al reducirlo a los niveles más bajos de servicio, el amo se degrada a sí mismo más que a su sirviente.

—Como un filósofo obligado a amontonar estiércol en una granja.

—No exactamente. Amontonar estiércol puede ser una acción muy noble, cuando se hace como un servicio de verdad. Yo diría más bien como un filósofo que tuviera que hacer cosas malas para su amo. Mentir, por ejemplo.

—O como un hombre obligado a desnudarse, rodeado de ojos que lo devoraran como a un objeto de interés o de deseo. David se encogió de hombros.

—Sí, algo así. O desnudo como un objeto para ser mostrado en una filmación con fines propagandísticos.

Pawel y David guardaron silencio. El joven fue quien rompió la pesadez.

—El lenguaje puede darnos palabras para la plegaria y la poesía, y también gritos y maldiciones —continuó con voz apagada—. Pero no es en sí mismo la fuente de donde salen la plegaria, la poesía, los gritos y las maldiciones. Existe la voz del alma, anterior a las palabras expresadas por el lenguaje. Yo creo que es posible experimentar esta lengua pura del alma sin palabras.

—Una vez más apoyas mi postura: que no es necesario hablar.

—Y aun así estamos hablando de ello.

Pawel sonrió.

—Sí, es cierto.

—Un estado de puro ser es hablar y escuchar simultáneamente.

—¿Siempre? Haces unas afirmaciones inexorables.

—Sí, eso es un defecto mío, lo reconozco. Pero al menos estará de acuerdo, *pan* Tarnowski, en que hay momentos así.

—Es posible...

—No parece tan convencido como yo.

—Yo no lo he experimentado.

—¿Está seguro? En algunos momentos, en medio de una calle concurrida, sí, incluso en el gueto, he sido capaz de percibir la gran unión, la gran paz que se manifiesta cuando el hablar y el escuchar están sintonizados con la voz de lo Más Alto.

—Yo he sentido alguna vez eso, aunque muy raramente, sobre todo cuando era pequeño —repuso Pawel—. El tiempo se ralentizaba, se imponía una impresión como de algo milagroso. Los ángeles enviaban mensajes, los vertían sobre el mundo. No había más que mirar hacia arriba para verlo, para oírlo, para recibir los mensajes. Pero la infancia pasa. La realidad lo conquista todo.

—La infancia no debería *acabarse* —dijo David con cierta severidad—. Debería tomar una forma más madura, pero su inocencia de no debería perderse.

—Estoy de acuerdo contigo. No debería, pero se pierde.

—¿No es capaz de reencontrarla? Está por todas partes, nos rodea. Puede reavivarla el aire de las palomas en su vuelo, o los colores cambiantes del cielo, o el flujo de las ideas que van de los labios de una persona al oído de otra cuando sabes que tu palabra ha sido expresada desde la corriente central y oída en la corriente central, y devuelta a través de la corriente central.

—¿La corriente de qué? Esa es la cuestión, ¿de qué? ¿De agua? ¿De tráfico? ¿De ruido?

—De fuego. La corriente de fuego sagrado.

Se quedaron callados de nuevo, mientras cada uno de ellos reflexionaba acerca de lo que la palabra *fuego* podía significar para el otro.

David prosiguió:

—Si una persona no tiene a nadie con quien poder hablar de esta manera, está condenada a contemplar el reflejo de su propia imagen.

—¿Y eso está mal? ¿Acaso no debemos conocernos a nosotros mismos?

—¿Puede uno conocerse de verdad a través de una imagen reflejada de sí mismo? Una imagen reflejada está invertida, y es plana. ¿Me permite plantearlo de otro modo, *pan* Tarnowski? Tenemos tendencia a experimentar el yo como el centro de toda existencia. Se corre así el riesgo de hacer que todo y todos giren a mi alrededor... ¿Lo ve? He dicho *a mi alrededor*, como si todo aquello que no soy yo se limitara a dar vueltas a mi alrededor.

—No es más que una metáfora.

—Sí, pero una metáfora que nace de una actitud fundamental.

Pawel se sonrió, irónico, una vez más entre asombrado y divertido.

—Continúa —dijo.

—Como decía, corro el riesgo de hacer que todo gire a mi alrededor, hacia la pérdida de su realidad. Y al hacerlo, también yo pierdo realidad... No, debería decir que experimento una pérdida de mi realidad *auténtica*, por mucho que pueda *sentirme* más real gracias a esa obsesión por el yo.

—No sé si te sigo...

—En realidad, las demás personas son tan reales como yo, aunque yo no lo experimente así.

—Pero así es la vida, ¿no?

—Así es la vida... menoscabada.

—Si lo que dices es verdad, entonces toda existencia humana sufre menoscabo.

—¿No está de acuerdo conmigo en que es así?

Pawel asintió con gesto brusco.

—Sí, lo estoy.

—Entonces, ¿cómo conseguiremos ir mas allá de esa prisión hecha de espejos en los que solo

vemos nuestras imágenes distorsionadas? ¿Cómo haremos para salir del sistema solar que gira en torno al yo y unirnos a la gran danza cósmica del universo?

—¿Cómo? Yo no lo sé con seguridad, pero un primer paso podría ser...

David esperó a que Pawel completara aquel pensamiento. Este último bajó la mirada y se quedó con los ojos fijos en el suelo durante unos segundos, buscando una respuesta evasiva a la pregunta del muchacho.

—Supongo que uno prueba colocando al otro delante del yo... —murmuró, sin levantar los ojos.

—Sí, eso creo yo —asintió David—. Mediante pequeñas decisiones al principio, que luego crecen hasta hacerse movimientos mayores. Pero nosotros debemos *elegir* ese modo de obrar. —Esbozó de pronto una sonrisa, sin motivo aparente—. Así es como, mediante la elección consciente, uno rompe el trance hipnótico creado por el espejo.

—No seas tan rudo con los espejos. Podemos aprender mucho de ellos.

—O quedar atrapados en ellos.

—Sí, pero en nuestra imagen reflejada vemos lo grandes que somos, como Narciso, o lo pequeños que somos, como San Francisco.

—¿Quién es San Francisco? —preguntó David con curiosidad.

—Un maestro espiritual de mi religión.

—Ah. En eso debo admitir que tiene razón, *pan* Tarnowski. Me parece que está diciendo que un espejo no es del todo malo ni del todo bueno. Es una oportunidad para elegir. ¿No es cierto que cuando nos miramos a un espejo es como si surgiera una pregunta y se insinuara una respuesta?

—¿Tú crees?

—Una ventana es una clase particular de espejo en el que uno puede optar por ver tan solo la imagen reflejada, o bien por mirar a través de esa imagen, hacia lo que está más allá del recinto cerrado del yo.

Como antes, Pawel cayó de pronto en la cuenta de la juventud de David, tan irreal le parecía la conversación. Decidió acabar sumariamente con la conversación:

—Lo que para ti comenzó en forma de idea se ha convertido en un laberinto de metáforas —dijo—. Lo que para mí empezó siendo una metáfora se ha convertido en una idea.

—Sí —asintió el chico—. Qué interesante.

~

—Me gustan las historias —dijo David pocos días después, mientras servía unos cuencos con nabos revueltos—. Me gusta contarlas y me gusta que me las cuenten.

—Ah, ¿sí?

—Ya se lo había dicho.

—Ah, sí, ya me lo dijiste.

—¿De qué va su historia?

—Es una pieza teatral. No es muy buena, un pasatiempo nada más.

—¿Puedo leerla?

—No es más que el primer borrador.

—Eso es lo de menos. A mí lo que me interesa es el alma de la historia.

—¿Y qué me dices del estilo?

—¿Qué es *el estilo*? —preguntó David.

—La forma en que el autor cuenta su historia. Aquello que omite y aquello que incluye. El sonido de su voz, el ritmo y la frescura de las palabras... todas esas cosas.

—Oh, sí, ya entiendo que eso es importante. Pero ¿qué pasa cuando se dan todos esos elementos pero la historia es falsa, como una hermosa concha sin nada en el interior, como una estatua sin corazón... como un ídolo pagano?

—No, eso tampoco es bueno. Te sorprendería saber cuántos artistas que yo conozco creen que el

estilo lo es todo. Cuando yo era joven y vivía en París, la mayoría de la gente a la que conocía creía sinceramente que si una obra de arte era bella no importaba para nada lo que comunicara, sencillamente. Si era bella, era auténtica.

—Según eso, tiene que propagarse mucha falsedad por esa vía.

—Eso pienso yo. Pero ¿qué me dices si un escritor tiene tanto una buena historia que contar como un buen estilo? Ah, entonces ahí tienes...

—¡La gloria! ¡Gloria bendita!

—Yo iba a decir magia, pero esta palabra a ti no debe de gustarte demasiado, ¿verdad?

—La magia está del lado del *Sitra Ahra*.

—¿Y qué me dices de tu Cábala? —inquirió Pawel, cogiendo un libro de una pequeña pila que se había bajado del desván para su posterior estudio. A David se le ensombreció la mirada.

—¿No trata de magia y de filosofía judía? —continuó Pawel—. Rescaté esto el otro día del montón de libros descartados. ¿Por qué rechazaste una obra tan famosa como esta?

—¿La has leído?

—No.

—Yo sí la he leído. Consta de dos libros principales, el Libro de la Creación y el Zohar. En ellos hay la más pura sabiduría, pero mezclada con las doctrinas paganas orientales y con las ideas de aquel que es el ángel de la ponzoña y la muerte. Aparecen muchos ángeles a los que no se menciona en las Sagradas Escrituras. Sus mensajes son cuestionables. Yo creo que es posible que algunos sean ángeles caídos disfrazados. Esto abre las puertas del alma a intrusos peligrosos. Es una obra compuesta por muchas piezas que no encajan unas con otras, y hay que caminar con cuidado para no caer en las regiones de los condenados. Así me lo dijo mi padre, y yo creo que tenía razón.

—¿Tu padre era una persona instruida?

—No tenía grandes estudios. Fue a la *yeshivá* únicamente, no llegó a ir a la universidad. Ya le he dicho en alguna ocasión que era un hombre sabio. Mi madre también era una mujer sabia, pero mi padre tenía una sabiduría única. La gente decía de él que era un *zaddik*, un justo. No le gustó nada cuando se enteró. Era un erudito de la Torá y de la Cábala. De joven se había sentido fascinado por los misterios ocultos, como tantos jóvenes, y se vio atraído hacia este tipo de estudio durante años. Pero al hacerse mayor se alejó de todo aquello porque había llegado a la convicción de que no era saludable para el alma.

—¿Qué le encontraba de malo?

—Los problemas que ya le he mencionado. Pero sobre todo pensaba que la práctica de la Cábala animaba a una fascinación por las cosas secretas, sobrenaturales, y que esto predisponía a llevar una vida interior dominada por el orgullo y el engaño espiritual. Decía que era mejor no leer este libro hasta la edad de cuarenta años, y aun así solo si la persona había sido agraciada con una excelsa sabiduría y devoción al Ser Supremo, al Señor del Universo. Con todo, mi padre, que era sabio y devoto, abandonó su lectura por completo.

—Eres una persona afortunada por haber tenido un padre como él.

—Sí.

—No todo el mundo tiene esa suerte.

—Y a usted, *pan* Tarnowski, ¿no le enseñó su padre a discernir entre el bien y el mal?

Pawel miró por la ventana.

—¿Mi padre? Apenas le conocí. Y él apenas me conoció a mí. Lo arrestaron los rusos cuando yo era muy pequeño. Lo liberaron cuando los rusos fueron expulsados.

—¡Qué felicidad debió de sentir usted!

—Había estado ausente tres años. Cuando regresó era un extraño, un hombre destrozado. Había visto cosas terribles mientras estuvo preso. Me miraba y no me veía. Poco a poco fue recuperándose, pero aun así yo sentía que no podía verme de verdad. Yo era su hijo, y él cumplía con sus deberes de padre, pero tenía el pensamiento siempre en otra parte. Conmigo siempre hablaba de cosas intrascendentes. No me escuchaba, no me preguntaba.

—Pero seguro que cuidó de usted.

—Al llegar yo a la juventud, él empezó a tomarse algo de interés. Quería que yo fuera ingeniero, para que pudiera llevar una vida próspera y me ahorrara el tipo de padecimientos por los que él había pasado. Tales eran la esencia y los límites de su amor.

Ya en el momento mismo de expresarlos en voz alta, los pensamientos de Pawel se tambaleaban. Había algo en aquella recapitulación que no era del todo preciso. Acudió a su mente la imagen de un recuerdo de infancia, de su padre suplicándole con los brazos extendidos y los ojos llenos de aflicción, anhelante por que Pawel quisiera ir a él, susurrándole, *dziecko*, mi pequeño, *mój synu*, hijito mío. Pero Pawel le había dado la espalda, alejándose de él.

Los ojos de David, graves, reflexivos, compasivos, estaban clavados en los de Pawel.

Pawel inspiró de improviso y se irguió en su silla. Carraspeando, dio unos golpecitos en la Cábala con el dedo índice.

—¿Dices que la has leído?

—Sí —asintió David con la cabeza—. Un pecado del que me avergüenzo en grado sumo. Mi padre me prohibió su lectura, pero yo la leí a escondidas, seducido por su fascinación. Fue un acto de desobediencia. Debería haberme limitado a creer a mi padre, pues descubrí que tenía razón, y en cambio ahora hay en mi mente determinadas palabras e imágenes que no me gustan. Ahora tengo a veces que luchar contra ellas, sobre todo cuando estoy muy cansado. En momentos así soy vulnerable al miedo.

—Pero antes has dicho que hay sabiduría en ella.

—Hay cosas buenas, sí, pero también las seducciones del enemigo. Contiene el veneno envuelto en una bella presentación mística.

—¿Crees, pues, que hay un misticismo bueno y otro malo?

—Sí, claro.

—¿Qué pasa entonces si el misticismo malo se presenta envuelto con un buen estilo?

—La respuesta es obvia —se encogió de hombros—. Se convertiría en el peor de todos los venenos.

—¿Cómo podemos distinguir el uno del otro?

—No creo que se trate de una cuestión de *saber*, al menos no completamente. En un texto hay determinados signos. Este es el reino del saber. Pero lo más importante es que debemos rezar para alcanzar la sabiduría, lo cual entra dentro del reino del espíritu.

—No dejas nunca de sorprenderme —dijo Pawel, sacudiendo la cabeza.

—*Pan Tarnowski*, también yo me siento sorprendido por usted. —David hizo una pausa—. No le entiendo. Perdóneme por decírselo.

—¿Yo estoy *sitra ahra*?

David se mostró confuso.

—Por supuesto que no. ¿Por qué me pregunta una cosa así?

—No sé muy bien por qué te lo he preguntado.

—¿Acaso no escribió uno de vuestros comentaristas que «todos los hombres han pecado y caído sin alcanzar la gloria del Señor Supremo»? Es una verdad. Yo también he pecado por desobediencia, aunque, gracias al Único que es Santo, he sido preservado de los demás actos en los que tan a menudo incurre la humanidad.

Esto lo dijo con sinceridad, sin el menor engreimiento.

—Con todo, soy como cualquier otro hombre —añadió—. Yo podría muy bien cometer esos actos.

Reflexionaron sobre ello sin hacer más comentarios. Más tarde subieron al desván, y David le enseñó la selección del día.

—¿Qué vamos a hacer con el misticismo malo? —preguntó Pawel.

—¿Me lo pregunta a mí? Los libros son suyos.

—Tal vez puedas hacerme alguna sugerencia.

—Creo que deberíamos quemarlos, junto con los de este otro montón.

—¿Vamos a hacer como los nazis?

—Ellos queman libros porque odian la verdad. Nosotros destruiríamos un libro porque amamos la verdad. Pero solo lo haríamos después de meditarlo con sensatez, solo si estuviera claro que el libro contenía un veneno mortal.

—No estoy seguro de que me hayas convencido —dijo Pawel.

—Un libro es una palabra dicha a la creación. Su mensaje se dirige al mundo. No se puede retirar.

—Pero cada libro cumple su función específica, ¿no crees? Unos cumplen una función más importante, otros menos, y unos hacen mal y otros bien, y así sucesivamente. Todos realizan una tarea, y así es como crecen las civilizaciones.

—Pero si un libro representa una palabra falsa, supone una semilla de destrucción en el seno de la civilización. ¿Es malo entonces acabar con su tarea?

—Dime una cosa, David Schäfer, ¿piensas que deberíamos quemar, por ejemplo, la autobiografía de Hitler?

—Difícil pregunta. Yo creo que quizá valdría la pena conservarla, porque en el futuro será necesario entender por qué nuestra época es como es.

—¿Y la Cábala? ¿No tendría según eso algo que decirnos acerca de la vida de los judíos? Si nos ponemos a quemar todos los libros que contienen falsedades, no vamos a parar nunca.

—No es que no sea verdad eso que dice, y quizá en un mundo en el que las personas desearan conocer la verdad sería posible leer este tipo de cosas sin verse arrastrado por ellas a la oscuridad. Pero vivimos en una época completamente desquiciada. ¿Hay que darle veneno a la gente, en el estado de salud en que se encuentra?

—Pues entonces empaquetemos esos libros y dejémoslos aparcados a la espera de que vengan tiempos mejores —dijo Pawel.

—Aun así, hay algunos que sigo siendo partidario de destruir. Son capaces de hacer enfermar el alma en cualquier época que sea.

Hacía una noche particularmente fría, con un viento que soplaba con fuerza procedente del nordeste. Cogieron los libros que les cabían en los brazos y bajaron a la caldera del sótano. Tiraron algunos de los ejemplares a los carbones en ascuas.

—Yo soy librero —balbució Pawel incómodo—. Mi trabajo consiste en preservar los libros.

—¿Puedo hacerle una corrección, *pan* Tarnowski? —dijo el muchacho con humildad.

—Está bien, corrígeme.

—Si me permite decirlo, su trabajo consiste en preservar la verdad. Si alguna vez le hubieran atormentado los *dybbuks*, no dudaría en quemarlos. He conocido a personas con la mente perturbada y el alma infecta que se habían creído capaces de enfrentarse a estas cuestiones y salir indemnes. ¿No podríamos pensar en estas llamas como en una forma de obtener el bien del mal? Estos libros sirven al enemigo, atrayendo a las almas hacia la oscuridad. Nosotros les estamos dando un mejor uso. Durante un breve tiempo proporcionarán calor a aquellos que se acercan a sus anaqueles en busca de sabiduría.

Pawel lanzó una mirada fugaz al muchacho.

—En eso tienes razón —murmuró.

~

A media tarde del día siguiente entró en la librería un cliente poco habitual. A Pawel no le gustó su aspecto desde el momento mismo en que sonó el timbre. El tipo cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó quieto en la entrada, con una inmovilidad que no era natural, supervisando el interior. Sus ojos se demoraban allá donde se posaban, en el bastón del paraguero, en el techo, cuya altura pareció considerar, en un candelero; parecía estar inmerso en la elaborada creación de una impresión valorativa. Sus ojos parpadeaban, sujetos a los más sutiles estímulos de su vivacidad. Tendría poco menos de cuarenta años, llevaba un fino bigote y el cabello algo gris, alisado hacia

atrás con afeitado, e iba vestido con elegancia, con un abrigo de lana negro hasta los tobillos. Se quitó los guantes de piel, con los que se golpeaba ligeramente la palma de la mano.

Después de dirigir a Pawel una prolongada mirada, se metió en el rincón que contenía los libros de arte y allí se quedó un buen rato. Aunque su presencia no podía obviarse, Pawel le ignoró.

Por fin el desconocido se acercó al mostrador con los libros que había elegido.

Mientras Pawel hacía la cuenta, era consciente de su mirada puesta en él.

—Yo lo conozco a usted de algo —dijo finalmente, con una voz afectada, aristocrática, de tono agudo.

—No recuerdo que nos hayamos visto antes —dijo Pawel.

—Soy el conde Smokrev.

¿*Smokrev*? Una nota sonó en la memoria de Pawel... escurridiza y, por alguna razón desconocida, discordante. Recordó vagamente a alguien de origen noble llamado Smokrev, en París. ¿Del mundillo literario? ¿Un escritor, quizá?

—Yo en cambio estoy seguro de que lo conozco —dijo el conde.

—No lo creo. Tengo una cara muy corriente.

—*Au contraire*, tiene usted un rostro único.

Indignado, Pawel estaba a punto de envolver los libros en papel cuando el conde extrajo un volumen del montón. Era un libro sobre arte griego.

—Una cosa —dijo arqueando una ceja—. Creo que en este libro hay errores, lo cual debería bajar su precio, en toda justicia.

Entrecerró el otro ojo, inquisitivo. Pawel esperaba.

—Mire aquí, en la página 386 —continuó el conde, insertando su cuidada uña en el libro y abriéndolo de par en par—. El autor atribuye erróneamente esta escultura a Praxíteles. Bien es verdad que el tema es un hombre desnudo acariciando a un joven, y que al girar la página aparece el *Hermes* de Praxíteles, una de las grandes obras de arte de todos los tiempos, donde encontramos también el más soberbio ejemplar de belleza masculina que podría imaginarse, y que está acariciando también a un muchacho desnudo... Perdóneme, le he hecho ruborizarse...

—No me estoy ruborizando —dijo Pawel, aunque sabía muy bien que tenía la cara roja de vergüenza.

—Qué absolutamente encantador —sonrió el conde.

Controlando su irritación, Pawel dijo sin alterar la voz:

—Creo que tiene razón en que esta obra no es de Praxíteles. Probablemente sea de Milo. No obstante, es posible que su interpretación del *Hermes* no sea la que pretendía el escultor. Podría ser la representación de un padre sacando a su hijo del río en el que acaban de bañarse. Están a punto de vestirse, pero el padre se detiene unos momentos y levanta los brazos en alto para coger uva para su hijo.

—Encantador —dijo el conde en un susurro.

—Le reduciré el precio en un diez por ciento —dijo Pawel con una voz sin tono.

—No será necesario —dijo Smokrev, dejando un montoncito de dinero encima de la mesa.

Mientras Pawel envolvía las adquisiciones, el conde soltó de pronto una breve y sonora exhalación.

—Yo lo conozco. Lo conozco.

Se daba golpecitos con los guantes en los labios.

—Sí, le vi en un salón en París. Usted era aquel amiguito del novelista, Goudron. ¡Qué cosa tan sencillamente increíble! ¡Encontrarle aquí, después de todos estos años!

—Increíble —balbució Pawel.

—Lo dejó destrozado, ¿lo sabía? Tardó meses en recuperarse. —Lanzó una risa maliciosa—. Vaya que sí, pasó el período más largo sin *amiguito* de toda su vida, hasta encontrar otro.

—Sea lo que sea lo que pueda haber imaginado, está únicamente en su cabeza. *Monsieur* Goudron fue un benefactor para mí. Me acogió en su casa cuando yo carecía de todo medio de supervivencia.

—Sí, sí, sí. Era un hombre tan *generoso*... Siempre tan compasivo con todo aquel a quien considerase atractivo...

—Lo está malinterpretando. Fue un acto de caridad por su parte.

—Ah, mi buen y joven amigo, Goudron nunca se equivocó en sus *elecciones*. Tenía un gusto infalible, como infalible era su habilidad para acertar con, cómo decirlo, con quien pudiera *corresponderle*.

—En mi caso se equivocó —replicó Pawel con sequedad.

El conde se echó atrás, esbozando una sonrisa astuta, pero aquejado de alguna duda. Veterano él mismo en muchas esperanzas infundadas y campañas concluidas en derrota, consideraba la posibilidad de que el librero pudiera estar diciendo la verdad.

—Lo siento, pero tengo que pedirle que se marche para poder cerrar la librería —dijo Pawel con frialdad.

—Ese tono podría interpretarse como un *desaire*, pero no me siento ofendido. Usted debe de ser el Pawel Tarnowski que figura en la placa de la puerta, supongo. ¿Existe alguna señora Tarnowski? ¿Su madre, tal vez? ¿Se llama Sofía, entonces?

—Vivo solo. Debo rogarle que se marche ya.

El conde dejó una tarjeta de visita sobre el escritorio.

—Esta pequeña librería ha sido todo un descubrimiento para mí. Tiene algunas cosas excelentes y poco habituales. No tendría más que deshacerse de ese busto de Paderewski, de pésimo gusto. ¿Tiene algún icono ruso a la venta?

—No tengo ningún icono ruso a la venta.

—Pues alguien me había dicho que en la Ciudad Vieja había un tal Tarnowski que tenía iconos para vender.

—Debía de referirse a mi tío. Ya falleció. No me queda ninguno.

—Ah, *c'est dommage*, una lástima. Particularmente prefiero la pasión, el *calor*, de las escuelas serbia y chipriota, pero estoy intentando ampliar mi colección. Un poco del frío misticismo del norte me vendría bien para el alma. No porque sea creyente, no me malentienda... soy un adorador del altar del Arte. Aunque usted debería *entender*. ¿O no es usted pintor?

—No, yo no soy artista.

—Pero, mi querido amigo, recuerdo perfectamente que Goudron me dijo que era usted pintor... más bien con poco talento, según él, pero *sincero*. Le consideraba a usted de lo más divertido.

Pawel se puso de pie con gesto brusco, disponiéndose a acompañar a Smokrev hasta la puerta, cuando el conde se escabulló por sí mismo.

—No tire mi tarjeta —le lanzó por encima del hombro—. Sería muy imprudente por su parte pasando dificultades innecesarias.

Pawel cerró de un portazo, nada más salir el individuo, haciendo tintinear las campanillas y vibrar los cristales. Echó el cerrojo, bajó las persianas y se dejó caer, furioso, en la silla tras el escritorio.

Cuando fue capaz de mirar la tarjeta, leyó la identidad del nuevo cliente:

Conde Boleslaw Smokrev
Cámara de Cultura del Reich
Oficina Polaca de Enlace, Varsovia

Al día siguiente se presentó Haftmann.

—Buenos días, Tarnowski —dijo con afabilidad.

Pawel le dirigió un escueto asentimiento a modo de saludo. Como de costumbre, Haftmann pasó revista a los anaqueles de forma sistemática, tras esperar a que los clientes se marcharan. Una vez vacío el establecimiento, giró sobre sus tobillos y dijo:

—¿Tiene hoy algún título que recomendarme?

—*Nie!* —replicó Pawel con aspereza en polaco.

Haftmann se acercó hasta el mostrador y preguntó con expresión circunspecta:

—¿Hay algún problema?

—Su socio, el conde Smokrev. Él es el problema. ¿Por qué me lo ha enviado aquí?

—¡Smokrev! —exclamó Haftmann, con una mueca de desagrado—. Yo no le he enviado a ese parásito. Habrá dado con usted por casualidad, supongo. A veces trabaja para nosotros, es coleccionista. ¿Le ha comprado algo?

—Algunos libros sobre arte.

—Propio de él, lo que yo le decía. Su visita no tenía ninguna significación particular. Pero es un tipo viperino, por lo que le sugiero no granjearse su enemistad.

—¿Qué le hace pensar que yo pudiera haber hecho tal cosa?

—La expresión de su rostro... Ese rostro suyo tan peligrosamente transparente en el que se trasluce todo en todo momento. Me atrevería a decir que siente usted desprecio por esa persona, y puede estar seguro de que él también se ha dado cuenta. ¿No es capaz usted de un mínimo de sutileza?

Pawel miró la tarjeta del conde, que estaba todavía encima del escritorio, y en un arranque la rompió en pedazos.

Haftmann levantó los ojos hacia el techo.

—Muy teatral, *Herr Tarnowski*. Le felicito por esos gestos suyos tan impresionantes.

Pawel se sentó con la respiración alterada y los ojos que se le salían de las orbitas. Sus dedos, nerviosos, se pusieron a revolver los papeles que había sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —dijo Haftmann.

Pawel vio abierto delante de él el tercer acto de *Andréi Rubliov*. Se puso pálido de golpe, y Haftmann lo advirtió.

El alemán volvió el montón de hojas. Pawel balbució que era un manuscrito sin valor obra de un dramaturgo polaco desconocido.

—¿Y quién es este tal Andréi Rubliov? El nombre no es polaco.

—Es el protagonista de la obra.

Haftmann hojeó el haz de páginas, hasta dar con la del título.

—Lo ha escrito usted.

Pawel rezongó.

—No tiene ningún valor. Una ilusión vana, déjelo donde está.

Haftmann retrocedió un paso y adoptó una expresión más formal.

—Me gustaría leerlo.

—No, no está acabado. Es solo un primer borrador.

—Lo leeré —dijo Haftmann con firmeza, aferrando el legajo entre los dedos.

—*Nie!*

—*Tak!*

—*Nein!!*

—*Ja!!*

Los ojos de Haftmann eran de súbito puro hielo, y sus dedos acero.

—Explíqueme, señor benefactor venido de lejos —dijo Pawel con tono feroz—, ¡explíqueme por qué insiste tanto en leer mi *obra!*

La última palabra la pronunció a gritos.

Haftmann prorrumpió en una carcajada y soltó los papeles.

—De verdad, Tarnowski, ¿es usted un muermo! ¡Tan enfático! ¡Tan intenso! ¡Es usted como tomarse una sobredosis de la droga de la seriedad! Hay en este mundo diez mil dramaturgos intentando desesperadamente que alguien se digne leer sus estúpidas obritas. Y usted hace lo imposible por evitar que nadie lea la suya.

—No está escrita para un público. La escribí para mi propia meditación.

El alemán se quitó la gorra. En un súbito arranque de buenos modales, pidió permiso para sentarse en la desvencijada silla junto a la mesa de restauración de libros, a un par de pasos del escritorio.

—Perdóneme, Pawel Tarnowski —dijo con media sonrisa—. Comprenda mis momentos de esquizofrenia profesional. El comandante Haftmann salió a la superficie por un momento. No volverá a pasar.

—Eso me tranquiliza.

—Créame, por favor. Pero su escrito me interesa muchísimo, de verdad. Recuerde que, primero y antes que nada, soy profesor de literatura. Quizá hasta podría serle de alguna utilidad, tal vez si aceptara algún consejo estilístico. ¿Por qué no pensar que un día yo mismo pudiera traducírselo al alemán? Todo es posible, y otras cosas también, pero tendría que leerlo primero, si es que voy a brindarle alguna ayuda.

—En realidad, yo no le he pedido que me ayude.

—Ciertamente. Sin embargo, usted nunca rechaza la ayuda que yo le ofrezco en otras cuestiones, ¿verdad? —Estas marcadas palabras las pronunció con un tono de exquisita cortesía.

Pawel apretó los labios y bajó la mirada.

—Vamos, vamos, comprendo que no quiera prestarme su manuscrito. ¿No tiene ninguna otra copia?

—No. No pude obtener papel carbón, y tengo muy pocos folios.

—Yo puedo ayudarle en eso. Mañana mismo encargará una entrega de papel para Sofia. Haga con él lo que quiera.

—Un detalle excesivo, *Doktor* Haftmann.

—Y tranquilícese, no tiene por qué prestarme el manuscrito original, aunque el ofrecimiento sigue en pie, si deseara contar con un duplicado. Mi secretaria podría pasarlo a máquina en pocos días. Es muy eficiente.

—Es muy generoso de su parte, pero de momento...

—Por supuesto. Lo entiendo. Por cierto, ¿no será quizá de carácter político, su pieza?

—Tiene un enfoque espiritual, y trata de algunas cuestiones estéticas. Está ambientada en la Rusia medieval.

—¿Lejos de territorio prusiano?

—Sí.

—¿Una alegoría sobre alguna invasión bárbara?

—No es una alegoría.

—Muy bien. Bueno, tendría que marcharme. Y lamento haber caído antes en *alter animus*. Por favor, no se lo tome a mal. No volverá a suceder.

—Los dos hemos estado sometidos a una gran tensión —masculló Pawel.

Siguió con la mirada a Haftmann hasta la puerta.

—*Doktor*, ¿me permitiría hacerle una pregunta, franca y directa?

—Nuestra relación se sustenta en una franqueza mutua por la que ambos pagaríamos un alto precio en caso de que fuéramos descubiertos. Espero que algún día llegue a confiar en mí. No soy lo que parezco. Por favor, pregúnteme lo que quiera con toda libertad.

—¿Es verdad que las SS se llevan a la gente a los campos de reasentamiento solo para matarlos? Se oyen rumores que dicen que ustedes están gaseando e incinerando a grandes cantidades de población civil.

Haftmann frunció el entrecejo.

—¡Qué ideas tan fantasiosas! Yo no me siento especialmente orgulloso de mis compatriotas de las SS y la Gestapo, algunos se comportan con una gran brutalidad, y se han producido muertes e injusticias, pero en general esos rumores son sencillamente falsos. Hemos implantado un sistema de comunidades de trabajo por toda Polonia, Alemania y Bielorrusia. Le concedo que no deja de ser una forma de explotación, pero no es ni más ni menos que la conducta habitual de las naciones conquistadoras durante el breve período de tiempo que sucede a la ocupación. La situación no

tardará en normalizarse. ¡Grandes cantidades de civiles asesinados! Eso es producto de imaginaciones exacerbadas. Yo lo llamaría paranoia. O propaganda difundida por la Resistencia. Buenas noches, Tarnowski.

—Buenas noches, *Doktor*.

Pawel cerró con llave en cuanto se hubo marchado, y se sentó tras el escritorio. El miedo, la gratitud y el resentimiento se sucedían en su interior. Exhaló un ruidoso suspiro.

—Un detalle excesivo, mi querido *Doktor* —murmuró—. No sabe cuánto se lo agradezco. Sí, ¡cómo no agradecerles que vayan a tardar tan poco en normalizar la situación! Gracias por aliviarnos nuestra paranoia.

La boca se le retorció en una mueca de amargura. Recogió el haz de hojas de su obra y lo ocultó bajo la caja de latón del cajón inferior.

—Ha sido una estupidez por tu parte, Pawel —se dijo a sí mismo—, has ido demasiado lejos con él. Tienes que andarte con mucho cuidado en todo esto.

Al día siguiente un repartidor dejó un paquete en el lado de dentro de la puerta. Envuelto en papel verde y atado con un cordel rojo, y estampado con una esvástica púrpura, contenía quinientas hojas de papel de buena calidad. Dentro había también una bolsa con un frasco de *schnaps*, tres libras de té chino y una nota:

Pan Tarnowski:

He estado dándole vueltas toda la noche a mi desliz de ayer. Considero de una amabilidad extrema por su parte que me disculpara tan pronto. Le ruego por favor acepte estos pequeños detalles como muestra de mi respeto y gratitud por su esfuerzo. Cada uno a su callada manera, tanto usted como yo intentamos restaurar el orden en el mundo. Sé que es imposible que llegue usted a confiar en mí del todo. Al fin y al cabo, yo voy ataviado con el siniestro uniforme de combate del conquistador. Pero ansío el momento futuro en que deje de verme como un peligro mortal.

Cordialmente,

Dr. Kurt Haftmann

Haftmann volvió al cabo de una semana, y Pawel le dio las gracias por los obsequios. ¿Sería factible que le hiciera una copia de *Andrzej Rubliov*? Haftmann accedió con afabilidad. ¿Sería una molestia pedirle al profesor un comentario crítico, cualquier cosa en realidad que pudiera aportar una mejora artística? Haftmann accedió también gustoso.

10

Pasaron varias semanas sin que Pawel viera a Haftmann. En cambio, Smokrev entraba en la librería con asiduidad, prodigando sonrisas con sus labios esculpidos y sus ojos de saurio. Se pasaba una hora o dos revolviendo entre las pilas de libros y siempre compraba algo, por lo general relacionado con el campo de las artes plásticas o literatura moderna comercial: un día un volumen con grabados sobre arquitectura vienesa, otro un ejemplar con biografías de compositores italianos de ópera, y así sucesivamente.

—Mi querido y joven amigo —proclamó el conde, con una voz tan alta y teatral que varios clientes levantaron la cabeza y dirigieron su atención hacia el mostrador, a la espera de oír algo interesante—. Mi querido, *querido* joven amigo, si llegase a escuchar los lamentos de angustia de las canciones de amor de Rossini, no dudaría nunca jamás de que la pasión es la divina locura que los dioses concedieron a sus hijos predilectos.

Pawel soportaba todo aquello por el dinero de Smokrev, que le permitía obtener combustible para la caldera. El invierno había llegado con toda su crudeza, y el carbón del sótano menguaba con demasiada rapidez. Se desprendió también de dos de los cuadros de paisajes del apartamento, que vendió por una parte de lo que él consideraba que valían. El dinero de esta venta le permitió comprar las sobras que las personas desesperadas le traían para que las tasase.

Las nuevas adquisiciones le llegaron de la mano de una pequeña mujer que se presentó un día sin previo aviso, abriendo la puerta principal de la librería de forma tan violenta que, al golpear contra el paragüero, los cristales vibraron y las campanillas oscilaron peligrosamente. Asomó la cabeza dentro de la tienda, frunció el ceño a Pawel y volvió a salir, para regresar al cabo de un momento empujando una carretilla. Mientras se esforzaba por pasar la rueda por encima del pequeño badén, sin dejar de mascullar imprecaciones en voz baja, Pawel examinaba aquella aparición. Tendría unos cincuenta años, iba vestida con harapos, con los pies envueltos en ropa de fieltro atada con un cordel de cáñamo. Llevaba el pelo, corto y gris, cubierto con un pañuelo negro decorado con motivos de amapolas.

Aunque Pawel, desde luego, no la había visto nunca, le resultaba misteriosamente familiar.

¡Baba Yaga!, pensó alarmado, y se concedió una vaga sonrisa.

Acudieron a su mente con pasmosa claridad recuerdos de los cuentos infantiles que la criada Ludmila le contara en Zakopane. «Tienes que ser bueno, Pawelek, o si no vendrá la bruja Baba Yaga y te cogerá. Se pasa el día y la noche volando en medio del aire tormentoso en busca de niños a los que llevarse, pero ella solo puede ver a los que son malos. Vuela muy lejos, escrutando el mundo con sus penetrantes ojos en busca de tales niños. Ay de aquel al que la bruja encuentra, pues se lo lleva consigo a su terrible casa, erigida sobre cuatro patas de gallina gigantescas y con el techo cubierto con el cabello de sus víctimas humanas. Luego hace una sopa con el niño y se lo come.»

Todo ello, mientras la abuela bordaba con hilo y aguja un floreado tapete de encaje para el sofá del salón, sonriéndose y lanzando una mirada al pequeño Pawel. Y el dulce Pawel, Pawel el guapín, volvía de puntillas a la despensa, donde volvía a dejar en el tarro de loza el caramelo de jengibre que había sustraído.

Baba Yaga empujó la carretilla a través del suelo de la librería y la detuvo junto al mostrador. Sus ojos eran un enigma de amenazas oscuras y cínicas.

—Usted compra libros —espetó con voz áspera, en tono exclamativo, más que interrogativo.

Pawel asintió con la cabeza.

Escrutándole con ojos desconfiados, apartó el sucio retal de lona que tapaba el cargamento, dejando ver un buen montón de ejemplares. Mientras él repasaba los títulos uno por uno, ella permanecía de pie a su lado, resollando y salpicando de nieve los papeles del escritorio.

La mayor parte de los libros eran de muy pobre calidad. Pero había algunos ejemplares interesantes: una historia de Polonia bajo el dominio de Rusia, un libro de cocina, una colección de obras completas de Goethe. Le hizo una oferta por todos, y ella la aceptó. Cogiendo el dinero sin decir gracias, se volvió con su carretilla por donde había venido y cerró la puerta de golpe al salir.

Pawel sabía de sobra que era un error comprar mercancía para la que no hubiera demanda. Tenía pensado comprar algo de carbón extra en el mercado negro, pero sucumbió tontamente al atractivo de todo lo ruso, que tanto le interesaba últimamente. No había mucha gente que perdiera el tiempo leyendo libros de cocina en aquellas circunstancias, y en cuanto a Goethe, muy pocos se sentían muy interesados por la literatura alemana, aunque había una posibilidad de que fuera el caso de Haftmann.

Abrió al azar uno de los ejemplares de Goethe y dio con el siguiente pasaje:

¿Quién cabalga hasta tan tarde en la noche y el viento?
Es el padre con su hijo,
es el escritor con su dolor...

~

Haftmann seguía sin dar señales de vida. Smokrev, por el contrario, se dejaba ver cada vez más. A mediados de diciembre, compró una colección entera de obras de Shakespeare.

—No me gusta la mentalidad inglesa —dijo el conde—. Me resulta misteriosamente parecida a la alemana. No se parece en nada a la nuestra. Nosotros, los eslavos...

Fue apagándosele la voz al comprobar que el librero no le prestaba la más mínima atención.

—¿Sabe lo que es usted? —blandió el dedo ante Pawel—. Es como una escultura griega, grande y hermosa. Como un Hermes. Espléndido... pero frío como la piedra.

Smokrev sonrió y se quedó observando su reacción.

—Una observación de lo más acertada —dijo Pawel sin un atisbo de emoción—. Estoy hecho de piedra. Piedra por fuera, piedra por dentro. No pierda el tiempo.

A Smokrev se le borró la sonrisa del rostro.

—Me hace sentir siempre como si fuera un intruso inoportuno —dijo con voz susurrante y acalorada—. Francamente, no me parece la mejor estrategia para un comerciante.

La Navidad se presentó a renglón seguido de un desangelado Adviento. David Schäfer observaba sin hacer comentario alguno los humildes objetos con que Pawel iba llenando el apartamento para intentar darle un carácter festivo al aquel día. Las lamparillas puestas ante los iconos, el tapete bordado sobre la mesa de la cocina, los candelabros de plata ya deslucida... Aunque no se sumaba a las oraciones cristianas, inclinaba la cabeza al oírlas. Y compartió con avidez el escuálido ganso que apareció como por milagro el 24 de diciembre, traído a toda prisa por Masha. No hubo tiempo para charlas, pero le dio a Pawel un maternal beso en la mejilla y le obligó a aceptar el raquítico despojo. Él y David se lo comieron, acompañado con nabos, una cebolla arrugada, salvia, y una tarta que hizo Pawel con harina de cebada, nuez moscada, huevos y uvas pasas. Ambos estuvieron de acuerdo en que aquel había sido el más exquisito banquete que jamás hubieran probado. La pregunta de si se había elaborado o no a la manera *kosher* no llegó a plantearse. David se fue al desván a hora temprana, y cuando Pawel subió más tarde para darle las buenas noches se encontró al muchacho de pie, de cara a la pared del fondo de la habitación, balanceándose y con el manto de oraciones cubriéndole la cabeza, mientras de su garganta emanaban unos gemidos rítmicos. No se dio cuenta de que había alguien observándole. Sin decir nada, Pawel dio media vuelta y se marchó.

Hacia Año Nuevo, estaba verdaderamente escamado por la ausencia de Haftmann. ¿Le habrían trasladado, o asesinado? ¿Se había olvidado de Casa Sofía? Tal vez su pieza teatral era tan mala que Haftmann estaba sencillamente fastidiado y sus buenos modales le impedían enfrentarse con el autor cara a cara.

Smokrev había desaparecido también durante las fiestas de Navidad, y esto sí que preocupaba a Pawel, por cuanto el conde se había convertido en su principal fuente de ingresos. Pronto se quedó sin dinero, hasta el punto de que se vio obligado a rechazar algunos libros excelentes. Peor que eso: no tardaría mucho en volver a quedarse sin combustible.

Smokrev se presentó a finales de enero.

Pawel fue el primero en hablar.

—Perdone que le pregunte, señor conde, ¿no sabrá qué ha sido del *Doktor* Haftmann?

—¡Haftmann! —volvió los ojos al techo—. ¡Valiente idiota! ¿Lo conoce?

—Sí —dijo Pawel con cautela—. Es cliente de la librería, aunque no muy asiduo.

Se arrepintió al instante de haber hablado, por temor a haber divulgado una información que pudiera ser peligrosa.

—¿Ah? ¿Y qué tipo de libros le gustan a nuestro querido *Doktor*?

—Suele comprar viejos libros alemanes, por lo general. Ficción pura, *Bildungsroman*.

—Ah, ya.

Smokrev esperaba, con cara de aburrido.

—S-sí... —tartamudeó Pawel—. Es profesor... de literatura.

—Era profesor de literatura.

Smokrev formó una nubecita de vapor al exhalar el aire.

—Aquí dentro hace un frío espantoso. ¿Es que tiene apagada la calefacción?

—Nos queda poco combustible.

—¿Nos?

—Una forma de hablar. Tengo la caldera al mínimo. Es soportable.

—¡Insoportable, querrá decir! Había venido con la esperanza de hacer algunas adquisiciones esta mañana. Pero encuentro que sus estanterías, aunque repletas, se están quedando un poco vacías en términos de calidad.

—Es difícil conseguir una reposición adecuada de los títulos.

—Quizá tendría algunos *objets d'art* que aún no me ha enseñado.

—No tengo ninguno en venta.

—Sin duda debe de tener una colección privada. —Lanzó una ojeada hacia la trastienda, y a continuación alzó la vista al techo—. Vive usted en el apartamento de encima, supongo.

—Sí.

—Me gustaría mucho ver su colección. Recordará que le dije que soy coleccionista de iconos.

—Tengo un Bonelli.

—Un pintor de flores más bien gris, si recuerdo bien —dijo Smokrev sin entusiasmo.

—Tiene calidad. Me pasé tres semanas sin comer en París para poder comprarlo. El marchante me lo vendió como una ganga, me dijo que Bonelli no era uno de los impresionistas principales, pero que tenía un lugar en la historia del arte.

—Está bien, déjeme que lo vea.

Pawel subió al apartamento y regresó al cabo de poco, cargando con el cuadro como si fuera un objeto de valor incalculable. Smokrev lo inspeccionó con desagrado.

—Ayunó usted exactamente dos semanas y seis días más de lo necesario. Estas *fiori* son horribles. No creo que pueda siquiera llamarse a esto *impresionista* con propiedad. No me interesan este tipo de cosas.

—Pues el galerista me dijo que...

—Los galeristas le dirán lo que ellos quieran. En fin, ¿no tiene iconos? Estaría dispuesto a ofrecerle un precio excelente.

—Podría quedarse con el Bonelli por unos pocos...

Smokrev abrió los brazos levantando las manos e hizo ademán de marcharse. Se ajustó los guantes sobre los dedos, que tenía llenos de anillos relucientes.

Pawel sentía el frío que se le clavaba entre las costillas, y sabía que tenía la nariz enrojecida. Según la tradición, los sagrados iconos solo pueden transmitirse de generación en generación, o bien regalarse. Por otra parte, ¿acaso la más alta ley de la caridad no proveía en tales situaciones?

—Tengo algunos iconos.

—Bien, pues no pierda tiempo, soy un hombre muy ocupado.

—Si quisiera esperar un momento, le traeré mi colección.

—Preferiría subir con usted. Me resultaría, cómo decirlo, menos formal. — Soltó una risa nerviosa.

—Lo lamento, pero mi apartamento no reúne condiciones. Es exiguo, y está infestado de parásitos. —De *parásitos metafísicos*, añadió en silencio—. No puedo ofrecer mi hospitalidad a un caballero en su presente estado, me sentiría avergonzado.

El escrupuloso Smokrev arrugó la nariz.

—¿Puedo sentarme al menos?

Pawel acercó la silla con antebrazos y respaldo redondo a la altura de su escritorio y pidió al conde que esperara hasta que él volviera con los iconos.

Arriba, en su dormitorio, envolvió con cuidado las imágenes con retales de ropa de fieltro. La operación le resultaba dolorosa. Era una sensación no muy diferente a la de separarse de los hijos o, para ser más exactos, a la de vender a la propia madre. En este caso, era algo así como vender una reliquia al demonio. ¡Pero aquel frío! ¡El hambre! Al final pudo más la caridad, y decidió enseñarle la colección entera. Así Smokrev podría elegir el que mejor se acomodase a sus gustos.

Al conde se le cortó la respiración al verlos.

—¡Ocho! ¡Tiene ocho, y casi todos excepcionales! Esto es un verdadero descubrimiento.

Mientras examinaba los iconos, la voz de Smokrev perdió su deje de frivolidad, y por un momento se tomó un hombre piadoso.

—Qué belleza —jadeaba—. Este pequeño icono ruso de San Serafín es extraordinario. La Madre de Dios *Hodighirtria*, «la que indica el camino», del siglo XVII, griego ciertamente, no ruso. ¡Muy bueno! Un Elías, del Antiguo Testamento, también griego. Le seré sincero: este es bastante raro. San José con dos palomas. Humm. No está mal, pero es polaco, y con demasiadas influencias del Renacimiento. Un ángel. Encantador, encantador. ¿El arcángel Gabriel? No, ¡es Rafael! ¡Fabuloso, yo *adoro* a Rafael!

Y así sucesivamente.

Al llegar al antiguo icono con el San Miguel del Apocalipsis, se echó un poco hacia atrás.

—Como obra artística, es quizá la mejor de todas las que tiene aquí. Dios, qué atiborrado está del simbolismo de aquella visión de pesadilla. Detesto a San Juan. Demasiado efímero. Demasiado castigo divino. Aaagh, es como si me reprendiera con la mirada. Y mire esta pobre serpiente, retorciéndose como una anguila en torno a la lanza. —Rió con acritud—. Un selectivo ejercicio de la virtud del amor cristiano, no cabe duda. Siempre he pensado que al pobre ángel Lucifer se le ha difamado injustamente. —Pawel le observaba con fijeza—. Sí, Tarnowski, ya lo sé, el viejo enemigo de la humanidad y todo eso. Depende de *quién* cuente la historia, por supuesto. Pero él es un ángel de luz, y yo creo que puede ser quien nos guíe hacia el Ser de Luz, el Cristo de nuestra era, Aquel que reparará toda escisión y reconciliará los opuestos que nos han atormentado a lo largo de nuestra prolongada y trágica historia. ¿No está de acuerdo conmigo?

Pawel le miraba con el ceño fruncido y sin decir nada.

—No, supongo que no. Es usted un buen chico, pero completamente modelado por un entorno social limitado, dominado por la Iglesia y su propaganda criminal y represora. Esa visión del mundo es la causante de las guerras.

Pawel trató de balbucear una réplica, pero su interlocutor prosiguió:

—No tendría sentido seguir discutiendo sobre esto sin que antes haya leído a Swedenborg y los teosofistas, en especial a *Madame Blavatsky*. Y también al doctor Jung... un hombre brillante. Tiene

un cierto temperamento místico, y sus raíces son gnósticas, afines a nuestra causa.

—¿Su causa?

—La regeneración de Occidente mediante el retorno a lo espontáneo y a los poderes primigenios.

Pawel estaba atónito ante el destello mesiánico que veía en los ojos de aquel hombre. Aquel petimetre, aquel *roué* internacional, era simplemente patético, pero aquello era nuevo para él. De pronto le acometió el deseo de retirar el ofrecimiento de sus iconos.

Smokrev sacó una gruesa billetera y extrajo algunos billetes. Una suma suficiente como para poder vivir de ella durante meses. Pawel pensó en el combustible y la comida que podría obtener con aquel dinero, y también en la capacidad para comprar libros y reabastecer las estanterías. Y, sobre todo, serviría para desviar una buena suma hacia las manos de los hambrientos. Acabó con el tormento de la indecisión al recordar a los niños a los que había visto mendigando por la calle.

—¿Con cuál se queda, señor conde?

—¿Con cuál? Oh, creo que no me ha entendido. Esta suma —dijo depositando los billetes encima de la mesa— basta para pujar por la colección entera. No me parece una oferta irrazonable. Casi podría considerarse incluso generosa, teniendo en cuenta la época y la situación en que se han cruzado nuestros caminos.

A Pawel se le congestionó el rostro. Estaba a punto de rechazar la oferta cuando Smokrev concluyó:

—O todo, o nada.

A Pawel le entraron ganas de dar rienda suelta a su rabia impotente, pero ante sus ojos se sucedían los rostros de los niños de la calle, de David Schäfer, de la señora Lewicki, de la bruja Baba Yaga, y los de muchos otros. Finalmente dijo sin más:

—Lléveselos.

Smokrev se mostró alborozado.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¡Mi querido Príncipe Negro!

—¿Qué me ha llamado? —dijo Pawel con voz grave. Smokrev se rió.

—¿Pero es que Goudron no le dijo nunca cómo lo llamaba?

—No.

—Yo no llegué a conocerlo a usted personalmente, pero lo vi un par de veces en medio de los salones atestados de gente. Goudron organizaba tantos salones y fiestas, con cientos de personas ridículas de toda clase... Las coleccionaba, ¿sabe? Y les ponía sobrenombres a todas. Aquella cortesana comunista, *Madame Kortovsky*, era el Globo Rojo, y a Francoeur, el editor católico, le llamaba la Mantis Religiosa. Picasso era el Minotauro, y usted el Príncipe Negro.

Pawel notó cómo el calor le subía a las mejillas y se le contraía el estómago.

—Tengo trabajo —masculló.

Smokrev se marchó con su tesoro envuelto en trapos y dejando tras de sí un reguero de sonrisas de satisfacción.

~

Durante los días siguientes, Pawel hubo de hacer frente a un continuado sentimiento de odio hacia Smokrev, convencido como estaba de que este le había robado y pisoteado. Con el fin de pensar en otra cosa, escribió algunas páginas más para su obra, sobre el primer encuentro de Andréi Rubliov con el monje Nikon y más tarde con Teófanos el Griego. Le parecía que no había llegado hasta el fondo del misterio de la *kenosis*, el vaciamiento de atributos divinos por parte de Cristo para hacerse hombre; o al menos que, dado su limitado talento como escritor, no lo había sabido expresar de forma apropiada a través del diálogo. Decidió entregar las revisiones a Haftmann para que las incluyera en el manuscrito.

Le causaba extrañeza que el recuerdo del padre Photosphoros no dejara de acudir a su mente. Ahora le parecía que Photosphoros no había pretendido herir al joven jardinero polaco, que de

hecho no lo había menospreciado. Con toda probabilidad, su arranque había sido totalmente impersonal. El viejo sacerdote estaba desencantado por los desastres que se abatían sobre Rusia, y sabía que muy pocas personas más allá de sus fronteras llegaban a comprender algo del alma rusa. Pawel recordaba que el monasterio del monje había sido incendiado, y sus compañeros muertos por los bolcheviques. Su salud no era buena, tenía artritis y sufría de fuertes dolores físicos. Un hombre amargado y desconsolado, que había luchado por preservar la pureza de su tradición. No quería que nadie se presentara allí movido por un capricho y decidiera, como había hecho Pawel, hacerse iconógrafo. Aquello era suelo santo, y Pawel lo había hollado ingenuamente sin quitarse los zapatos.

«Yo estaba tan desesperado, tenía tal necesidad de aliento», se dijo Pawel. «Pero ¿qué era lo que Dios me decía a través de aquel anciano? ¿Quería que aprendiera algo acerca de mí mismo, demostrarme que prefería la aprobación de los demás y el consuelo antes que la salvación?»

Era un pensamiento difícil de aceptar. No le dio muchas vueltas.

A la semana siguiente se produjo el regreso de Haftmann.

—¿Cómo podré pedirle que me perdone? Ni una palabra desde antes de diciembre, y ahora me presento sin ninguna excusa.

—¿Ninguna, por pequeña que sea?

—Tan solo que mis deberes me han obligado a viajar continuamente. Las cosas no van bien. Tuve que reconcomerme mientras algunos de mis descerebrados compatriotas quemaban quinientos cuadros considerados degenerados en las Tullerías de París. Conseguí salvar algunos matises y van goghs... Esos idiotas de la Cámara de Cultura no son capaces de distinguir el genio de la frivolidad. —Haftmann suspiró—. ¿Iba usted a pedirme su manuscrito...?

—Sí, en efecto.

—El manuscrito está en buenas manos.

Pawel le ofreció las páginas del nuevo diálogo.

—He hecho algunos cambios. ¿Tendrían la amabilidad de añadir esto al texto? Espero que no sea demasiado tarde. Haftmann frunció los labios y cogió las hojas.

—No, no es demasiado tarde —dijo con expresión distraída, o incómoda. Se guardó los papeles en el maletín.

—*Doktor*, ¿ha leído mi pieza?

—Me falta poco para acabar de leerla. Le ruego que tenga todavía un poco de paciencia. No tiene idea de lo ocupado que he estado. Leí el primer acto en París, el segundo en Amsterdam, y así he estado. Mi secretaria está en ello, está mecanografiando el Acto Primero.

—Comprendo. —El rostro de Pawel no pudo disimular una caída en la melancolía—. ¿No podría decirme qué opinión le merece?

—Me parece rica en ideas —dijo Haftmann, haciendo una pausa—. Hay algunos pasajes encantadores...

—Veo que duda.

—Le falta claridad, coherencia. La estructura temática es confusa. Hay un problema con la arquitectura de la obra. Es usted sobre todo un poeta, más que un literato intelectual.

—Ya veo que no le ha gustado.

—Yo no he dicho eso. Me ha gustado bastante, sí. No obstante, no me ha entusiasmado la simplicidad de su ritmo, que se resentiría al ser traducido. Y también lamento tener que decir que en el fondo usted no ha comprendido el alma rusa.

—¿Por qué lo dice?

Haftmann se rió, sacudiendo la cabeza. Se acercó en un par de zancadas hasta un anaquel, cogió un libro y regresó junto al escritorio de Pawel. Tras calarse sus gafas de leer de montura de metal, el comandante profesor pasó las páginas hasta detenerse en un pasaje. Sonrió con complicidad consigo mismo.

—*El idiota*, de Dostoievski. ¿Lo ha leído?

—Aún no. Siempre lo he tenido en mente, pero...

—Pues tiene que leerlo. Aquí es donde encontrará lo que es el alma rusa. El protagonista es un loco santo, el príncipe Mishkin, que se relaciona con los círculos de la burguesía y la baja nobleza de la Rusia zarista. Allá donde va, proclama que la belleza salvará el mundo, y al final demuestra que la belleza por sí sola no puede salvar a nadie, ni siquiera al propio Mishkin, un verdadero asimilado a Cristo.

—No consigo ver adónde quiere ir a parar.

—Aún no he acabado. —La sonrisa de Haftmann se hacía más amplia a medida que pasaba las páginas—. Mire qué curioso, aquí al final de la novela, cuando este sabio inocente, este trasunto de Cristo, estalla en el más virulento ataque contra el catolicismo... su casa espiritual, *la de usted*. Dostoievski hizo lo mismo en *Los hermanos Karamázov*. ¿Ha leído el pasaje del Gran Inquisidor? ¿No? Debería. Verá cómo sus horizontes se amplían de una forma extraordinaria. Es tan perspicaz, y tan deliciosamente repleto de malicia contra su adorado Papa... Esta es la Rusia de verdad.

—Tal vez haya malinterpretado la intención de Dostoievski...

—Léalo usted mismo y verá.

—Aunque lo que dice fuera cierto, eso solo demostraría que ningún hombre escapa por completo a sus orígenes.

Haftmann apretó los labios.

—Sí, buena observación. Pero de doble filo.

—¿Y qué me dice de Soloviev? Tan grande como Dostoievski, y en cambio amó a la Iglesia universal, a pesar de sus defectos. Él también era ruso. ¿Acaso no representa también a la Rusia de verdad?

Haftmann se encogió de hombros, pensativo.

—*Touché*. Usted tiene que leer a Dostoievski y yo tengo que leer a Soloviev.

Pawel se inclinó hacia delante, insistiendo en su posición.

—*Doktor*, ¿solo por sus fracasos se define el alma de un pueblo?

—¿A qué se refiere?

—Por mucho que un hombre cruce fronteras, lleva siempre consigo su país natal. ¿Podríamos aplicar este principio también a su país natal?

Haftmann se quedó mirando a Pawel durante unos segundos, hasta descartar con un gesto la cuestión.

—¡Ah, los rusos, los rusos! No hay nadie como ellos, tan llenos de pasiones contradictorias. Debería comprender que detrás de todo ruso, aun del más sereno e instruido, hay un bárbaro deseando salir al descubierto, mostrar su aspecto más escabroso, lanzarse a gritos contra el enemigo... tanto si es consciente de ello como si no.

—Lo mismo es aplicable a muchos otros pueblos y razas.

—Y a usted, ¿por qué le gustan tanto? ¿Por qué tanto esfuerzo para publicar a Soloviev? ¿Por qué ha ambientado su obra en Rusia?

Por extraño que le resultara, Pawel nunca se había molestado demasiado en plantearse tales cuestiones. Se había dejado vencer, sencillamente, por una atracción a la que se había entregado de forma apasionada.

—No sabría decírselo con seguridad —repuso al fin.

—¿No sabría? ¿Acaso los rusos no se han portado con Polonia igual de mal que nosotros? ¿A qué viene esa idealización de su conquistador?

—No es ninguna idealización.

—Llámelo romanticismo, entonces.

Pawel no tenía una respuesta inmediata a eso.

—No ha contestado a mi pregunta —le instó Haftmann.

—Me siento intrigado por ellos —dijo Pawel, mirando al vacío—. Su experiencia es larga y amarga.

—¿Y eso qué tiene de intrigante?

Pero contestar a esa pregunta habría sido revelar demasiado.

Mi querido Doktor-Comandante, pues porque mi propia experiencia es amarga.

Cuando Haftmann se dio cuenta de que no iba a obtener respuesta a su pregunta, sacudió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Usted no los conoce. Su pieza es una obra escrita por un joven polaco que jamás ha estado en Rusia.

—Los rusos son eslavos. Yo soy eslavo.

—Sí, usted es eslavo, según se mire. Porque la pobre Polonia sufre de un corazón escindido. Usted pertenece al misterioso Oriente *y también* a Occidente. Por lo que no pertenece ni a uno ni a otro.

Pawel frunció el ceño, sopesando la validez de la tesis del alemán.

—Tiene razón, *Doktor*, en que nunca he estado en Rusia, aunque he conocido a algunos exiliados rusos. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Haftmann asintió con circunspección.

—Ja.

—¿Le parece posible que la posición de Polonia sea única? ¿Es posible que nosotros, pertenecientes tanto a Oriente como a Occidente, pero sin estar aprisionados por ninguno de los dos, seamos capaces de trascender las fronteras de las naciones y las culturas, y ser capaces así de ver más allá? Tal vez estemos más capacitados para ver la arquitectura del alma, que es común a toda la humanidad.

Haftmann frunció los labios.

—¿La arquitectura del alma? Es posible. Sin embargo, no veo muchas pruebas de ello en su obra. No se orienta a la política, ni tampoco asimila realmente el progreso en materia de sexualidad. Donde más flojea es en la falta de enjundia. No es que no tenga muchos pensamientos sustanciosos, no es eso. Pero le falta *sentir* la carne y la sangre. Esa Kahlia, por ejemplo, no es más que el concepto que usted tiene de un pájaro de fuego ruso, de una etérea princesa de las hadas... Demasiado cohibida... Demasiado simbólica, y los símbolos demasiado obvios...

—Pero es el personaje central de...

—Oh, sí, lo entiendo perfectamente, es la *idea* central... Y así lo que hace es obligar al pobre público a aguantar sentado una dosis demasiado cargada de abstracciones, por las que pretende que pasemos. Esa no es la función del arte.

—No pretendía realizar una obra de arte, *Doktor*. Ni buscaba un público. Creo que se trataba tan solo de dar salida a algunas cuestiones de mi vida interior en las que pienso constantemente. Al darles forma, he sido capaz de examinarlas con sentidos diferentes a los del intelecto.

—Conforme. Eso es legítimo. Pero ¿es entonces una obra de auténtica literatura?

—No lo sé.

—Y quizá tampoco le importa —esbozó Haftmann una sonrisa paternal.

—Quizá.

—Y por cierto, Tarnowski —le regañó, índice en alto—, ¡me engañó usted!

—¿Yo le engañé?

—El elemento invasión. Usted me dijo que no había nada de esto en la obra, y en cambio este elemento aparece con toda su fuerza. Podría dar lugar a malas interpretaciones. Imagínese, sustituya a los tártaros por los teutones, y ahí tenemos un ataque contra el programa de pacificación del Reich.

—No era esa mi intención. Yo solamente...

—Sí, sí, por supuesto. Pero volviendo a la cuestión del arte: en mi opinión, ha escrito una obra primitiva, pero a la que le falta *deseo*. Tiene que hacer de Kahlia una mujer de verdad. Rubliov debería hacerle el amor.

Pawel se echó hacia atrás.

—¡Ustedes los modernos! —dijo con irritación—. ¿Eso es lo único que entienden? Creen que para que un hombre sea real tiene que traicionar sus votos, abandonar un monasterio o engañar a su esposa. ¡Entonces sí que es un tipo real, de carne y hueso!

—No —sofocó Haftmann la risa—. No es eso lo que he querido decir. Simplemente quería sugerirle que su Rubliov es un soñador, y con ello hará que la mayoría de las personas a las que querría llegar pierdan el interés. Esas personas que son de carne y hueso. ¿Correcto?

—¿Y eso por qué? No lo entiendo.

—Durante mucho tiempo el mundo ha estado repleto de jóvenes románticos e idealistas que piensan que sus destellos de intuición creativa son manifestaciones directas de alguna musa divina. Cuando esas ensoñaciones suyas no son más que antojos, estados de ánimo, pasiones innombrables y mal dirigidas. Y cuando el espíritu romántico pierde fuerza y los sueños palidecen, tienen que volver a enardecerse mediante dosis cada vez más fuertes de los estímulos más poderosos.

—¿Insinúa que yo soy uno de esos?

—No exactamente. Solo deseo prevenirle de que el romanticismo, en cualquiera de sus formas, representa una distorsión de la realidad.

Pawel no pudo evitar apreciar una enorme ironía en un comentario como aquel, viniendo de un hombre que a él le parecía caracterizado como un personaje wagneriano.

—Lo que me gustaría dejarle bien grabado es esto: que a pesar de haber leído solo un fragmento de su obra, he detectado un tufillo muy intenso a idealismo romántico; que ha idealizado a los rusos, y tal vez haya idealizado también la vida misma. Esto es algo que me preocupa.

Sinceramente asombrado, Pawel se preguntaba por qué a un comandante nazi le importaba lo más mínimo un rasgo como aquel en un súbdito de un país conquistado, en un hombre sin ningún poder, como él.

—¿Y por qué le preocupa?

La pregunta pareció turbar a Haftmann, que no respondió enseguida. Al cabo frunció el entrecejo y dijo:

—Tenga cuidado con esos jóvenes idealistas llenos de energía, se lo digo de verdad. La mayoría de ellos acaba mal, y esto se lo digo por experiencia, por cuanto Alemania ha producido legiones durante más de un siglo; la mayoría de ellos acaba volviéndose hacia las drogas o hacia los poderes más irracionales. Empiezan elucubrando abstracciones y acaban con montañas de cadáveres. —Haftmann desvió la mirada—. Están sucediendo cosas terribles. Yo... —Miró al suelo y frunció los labios—. No hablemos de eso. Baste decir que la guerra es algo brutal. Volvamos al arte.

—*Doktor*, sigo necesitando una explicación por su parte. ¿Cómo puedo hacer que mi Kahlia sea una mujer de carne y hueso, como usted dice?

—Hágala más parecida a Masha, y si es necesario haga a Masha más parecida a Kahlia. Por cierto, me gusta esa Masha tan terrenal. Ella sí es real. Kahlia es una abstracción. Necesita pasión, Pawel. Se lo repito: me preocupa usted. Sus pasiones están todas encerradas en su cabeza.

Pawel se sentía confuso, alternaba un sentimiento de halago por la atención que le dispensaban con otro de estar sufriendo una afrenta por la franqueza directa del análisis del comandante.

—¿No son reales las abstracciones, *Doktor*? Y esas grandes abstracciones que son la Verdad, ¿no son en cierto modo más reales que muchos de nuestros actos como personas de carne y hueso?

Haftmann se encogió de hombros.

—Yo he intentado presentar a Andréi como a un hombre real. Está enamorado de Masha. Anhela ser un padre de carne y hueso.

—Ah, sí —admitió Haftmann—, había algo de eso en el primer acto, ¿verdad? Claro que si la obra entera hubiera sido nueve décimas partes de pasión y una décima parte de abstracciones, y no al revés... —Rompió de pronto en una sonora carcajada—. Espere, ¡había olvidado sus *torrentes de ardorosa simiente*!

Pawel se ruborizó.

Las carcajadas de Haftmann se sucedían incontenibles, y como Pawel no había sido hasta entonces testigo de tal comportamiento por parte del siempre digno comandante, se sintió como un completo idiota, y más que eso, como un idiota puesto públicamente al desnudo. Cuando Haftmann se hubo calmado, dijo con una sonrisa:

—Sí, sí, los torrentes esos suyos. No está mal... es terrenal, seminal. Retiro lo dicho acerca de sus

pasiones. Hay un hombre carnal en su interior, después de todo. ¡Dentro de ese ratón de biblioteca hay una fiera salvaje!

—La obra no es sobre mí —replicó Pawel con indignación.

—Oh, sí que lo es.

—No, no. Andréi es un hombre muy carnal, en gran medida, pero también muy espiritual. ¿Cómo es que no es capaz de verlo? Por eso tiene tanta significación su búsqueda de Kahlia.

—No hay que subestimar nunca el poder de la represión —dijo Haftmann para sí, divertido.

—Y al final de la obra no puede distinguir a Masha de Kahlia, ¿no es así? Masha es Kahlia. Así es como queda establecida mi tesis, ¡que el espíritu y la materia se entremezclan y penetran entre sí! La transfiguración del cosmos. La Creación es algo sagrado y lleno de luz. El matrimonio puede ser santo, y el celibato puede ser santo. Cada uno de ellos puede ser una vía de amor. Cada uno, una pasión.

—Aún no he llegado al final de la obra. Tendría que apresurarme y volver a casa para leerlo.

Hizo ademán de levantarse, pero Pawel se había entregado a un ejercicio de abrirse nada propio de él.

—Así que ya lo ve, *Doktor* —dijo con tono enfático—, no se trata tanto de pasiones físicas, cuanto de anhelos del alma.

—Sí, pero ¿tomamos conciencia de esos anhelos a *pesar de* las pasiones, o más bien a *través de* ellas?

—No sé qué quiere decir con esa pregunta. Lo único que yo deseaba expresar en mi obra es que, puesto que la creación es sagrada, debemos amar. Debemos amar a toda la humanidad.

—Un sentimiento admirable. Permítame que le pregunte, ¿nos ama usted también a *nosotros*? ¿Ama a los alemanes? Pawel guardó silencio y desvió la mirada.

—Es muy fácil amar a la humanidad en abstracto —dijo Haftmann, observándole con curiosidad—. Amar a una persona individual es algo diferente por completo.

—En abstracto, como individuos concretos, todos son seres humanos.

—Seres humanos, sí, eso sí. Pero los seres humanos abstractos quedan siempre a una distancia prudencial.

—La distancia aporta objetividad. Cuando veo a esos hombres por las calles cargando un peso insoportable, contemplo sus caras y me digo: *ahí está mi padre*.

Pawel se quedó callado, sorprendido por las palabras que habían salido de su boca. *Qué extraño*, pensó, *que haya cosas que solo nos damos cuenta de que las sabemos cuando las decimos en voz alta*.

Haftmann no parecía muy convencido.

—¿A eso lo llama objetividad? A mí me ha sonado muy subjetivo.

Pawel continuó.

—Y esas mujeres hambrientas que entran en mi librería, para mí son como si fueran mi madre. Y en sus caras de viejas veo a las hijas que aún no tengo. En el pasado está escrito el futuro, y en el futuro veo el pasado. Y veo a mi esposa...

—Que tampoco tiene. Ahí es donde voy, Andréi... perdón, *Pawel*, nunca se verá libre de esa sensibilidad tan doliente hasta que no ame a una mujer real, en cuerpo y alma.

—Pero el amor es amor. Es una capacidad del alma, no solo el acto carnal. Cualquier perro puede engendrar cachorritos. Uno puede engendrar un alma sin...

—Esa cuestión ya me supera —dijo Haftmann, visiblemente hastiado del rumbo que tomaba la conversación—. De una cosa estoy seguro: no hay placer en esta vida tan poderoso como el momento de éxtasis que tanto usted como yo, como nuestro canino amigo, poseemos en común, y que todos, hombres y animales, tenemos en tan alta estima.

Entregado a un regocijo privado ante su propio ingenio, Haftmann se reía entre dientes mientras Pawel, reducido al silencio, fijaba la mirada en la superficie del escritorio.

Sacudiendo la cabeza, Haftmann adoptó un tono meditativo para decir:

—¿Sabe? Mientras leía su obra, más de una vez me llamó la atención el hecho de que la

sensibilidad que muestra en ella, que podría ser su mayor baza, aunque por desarrollar, sea visual. ¿Ha pensado alguna vez en probar con la pintura?

Pawel balbució:

—Sí, yo...

—Pero volvemos a lo mismo —le interrumpió Haftmann—, Polonia nunca ha sido una tierra que produjera grandes artistas plásticos.

—¿Qué me dice de los cuadros de Varsovia de Canaletto? —aventuró Pawel sin convicción.

—Era veneciano, la quintaesencia del turista italiano dieciochesco. No, Polonia jamás dará grandes pintores. Grandes músicos, sí. Pero aquí no habrá nunca un Louvre, una Alte Pinakothek, un Palazzo Pitti, ningún museo depositario de algún genio autóctono.

Haftmann asentía con gesto sabio, mientras Pawel se esforzaba con denuedo y en vano por encontrar un solo nombre famoso que contradijera aquella aseveración. Haftmann prosiguió.

—En la quema de las Tullerías solo vi un cuadro polaco. Una obra encantadora, primitiva, vigorosa.

—¿Quién era el artista?

Haftmann se encogió de hombros.

—No estaba firmada. Su título, *Zakopane*, y el espíritu de la cultura popular de Galitzia que penetraba la obra confirmaban su identidad polaca. — Exhaló un suspiro—. Por desgracia ya no existe. Desapareció en forma de humo. Solo pude salvar unos pocos cuadros, y naturalmente se dio prioridad a las pinturas francesas.

—Ese cuadro polaco... —balbució Pawel—, ¿de qué trataba?

—¿Cuál era su temática? Representaba una cabaña en la montaña, un oso mirando un estanque de peces, un caballero luchando contra un dragón, ángeles que caían del cielo. —Hizo chasquear la lengua—. Una pena.

Haftmann se marchó. Cuando por fin fue capaz de moverse, Pawel subió pesadamente al apartamento. Anonadado, incapaz de dar crédito, acosado por una tormenta de incertidumbres, se preguntaba si su cuadro habría permanecido expuesto siquiera por breve tiempo en un museo. ¿El Louvre? ¿El Petit Palais? ¿Tal vez incluso en el Museo Nacional de Versalles? Si este último era el caso, entonces era posible que *Monsieur Rouault* lo hubiera visto. Los recuerdos de su antiguo diálogo y del cuadro destruido se fusionaban en una oleada de la más negra angustia.

¡Que todo tenga que serme arrebatado!, se lamentó.

~

Más tarde, aquella misma noche, después de que David Schäfer se hubiera ido al desván, la angustia que Pawel había conseguido mantener encerrada dentro de sí durante unas horas irrumpió, liberada. Sentado en el borde de la cama, con el rostro hundido en las manos, Pawel lloró como no había llorado desde que era un niño.

—Nada de lo que hago vale nada —sollozaba—, ¡hasta esa obra de teatro! ¡Esa estúpida obra de teatro!

Las escenas de la pieza pasaban por su mente una y otra vez, revelándose como meditaciones insustanciales disfrazadas con los ropajes del arte. Escena tras escena, aburridas, rimbombantes.

—El arte, el arte —gemía, mientras veía las llamas devorar su único cuadro bueno, y veía también expandirse las fronteras de su ceguera.

—Un desperdicio —concluyó en un susurro—. Todo lo que toco se convierte en desperdicio.

Desconsolado por el cuadro perdido, o en realidad por la vida que había perdido y que podía haber tenido, Pawel fue incapaz de hacer nada durante días. Cerró la librería y salió a deambular por las calles, convirtiéndose en un espectador de los muchos dramas que en ellas se desarrollaban, recopilando más material para engrosar su archivo de historias banales, toda una enorme acusación contra el destino, o la providencia, o cualquiera que fuera el principio rector que dominaba las vidas

de todos. Presenció incontables torrentes de contactos entre seres humanos que se cruzaban sin ejercer ninguna mutua influencia, sin sufrir interferencia alguna. Ni polacos ni alemanes percibían su presencia, pasaban junto a él como si fuera inmaterial, como si lo atravesaran. Iba a todas partes sin ningún tipo de temor, pues ya no le amenazaba la posibilidad de una muerte violenta y repentina.

No estaba sin embargo tan seducido por pensamientos en torno a la muerte como para suscitar por voluntad propia el interés entre los alemanes. Obedecía las normas de los ocupantes, regresaba ala librería todas las tardes antes del toque de queda y no hablaba con nadie. Se limitaba a recorrer la ciudad, tal y como había hecho durante las caminatas sin rumbo de su juventud, esperando algo que no tenía nombre, un mensaje de lo alto tal vez, una señal que, como la nieve, cayera de las manos de los ángeles.

Al tercer día, al cruzar las vías férreas principales en su camino hacia el este, por la calle Chmielna, reparó en el cartel de una calle: Zielna. Dobló por ella y siguió caminando hasta la manzana en que había vivido de pequeño. Por el lado izquierdo de la calle Zielna todas las bocacalles estaban cerradas mediante verjas o altas barricadas, y todas las ventanas de las casas de vecinos tapiadas. Al darse cuenta de que había llegado al límite del gueto judío, y de que la casa de su niñez estaba justo al otro lado de la calle del mismo, se paró unos minutos a meditar sobre aquel nuevo golpe del destino. ¿Qué fuerza había determinado que él naciera en el lado derecho, el bueno, del muro? Un soldado alemán de guardia junto a una de las verjas del gueto le hizo un gesto con el fusil para que continuara su camino.

Lanzó apenas una somera mirada a las ventanas del apartamento en que había vivido antes de llegar al final de la calle Zielna, y giró a la derecha, por Krolewska. La calle estaba aún dañada por el bombardeo de tres años atrás. Varios edificios habían desaparecido. En las aceras había montañas de escombros, sobre todo cascotes de ladrillos y cemento, que los trabajadores polacos cargaban en camiones, vigilados por soldados armados. Un niño de unos diez años se escabulló pasando junto a Pawel, con el fragmento de un madero en las manos y una expresión de frenesí en la mirada. Al verlo, los soldados se pusieron a darle voces mientras apuntaban con sus armas. El niño se metió disparado en un callejón, y no pareció que los alemanes tuvieran demasiado interés en perseguirle.

Pawel cruzó la calle en dirección a los Jardines Sajones. También aquí los daños eran considerables. Había grandes grietas en los paseos, en muchos lugares había desaparecido el adoquinado. Todo el terreno estaba lleno de los cráteres originados por las bombas. Varios de los gigantescos y viejos castaños estaban astillados, algunos derribados. Estos últimos habían sido completamente despojados de sus ramas más pequeñas.

Al llegar a un rincón del parque que quedaba algo oculto, se tropezó con un grupo de personas que trataban de derribar un árbol seco. Había quedado colgado en el borde de un cráter, con la mitad de las raíces al desnudo, inclinado de tal manera que permitía a ocho hombres agarrarse al tronco. En silencio, con la determinación marcada en los ojos, tiraban de él haciendo que se balanceara arriba y abajo una y otra vez, mientras el ángulo de inclinación iba cayendo poco a poco. Finalmente, haciendo un ruido como de tela al rasgarse, las raíces del árbol se desprendieron de la tierra, y el tronco golpeó contra el suelo con un ruido sordo. Los hombres se pusieron al instante a cortar las ramas más gruesas con pequeñas hachas y sierras de carpintero. Las mujeres se abalanzaron blandiendo cuchillos de cocina para cortar las ramitas más menudas, que ataban formando haces y ocultaban bajo los abrigos de sus hijos. Al cabo de diez minutos, el árbol no era más que un tocón, la gente se había dispersado en todas direcciones y Pawel se encontró solo.

Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, el ceño fruncido, se quedó un rato mirando fijamente el lugar.

—Lo han despedazado buscando los secretos de la vida —susurró—, sin encontrar ninguno, después de haberlo matado.

Exhalando un suspiro, se puso en movimiento y miró a su alrededor, tomando plena conciencia del paisaje que le rodeaba.

—¿Nos culpas a nosotros? Es una tierra helada —dijo—. Aquí no hay secreto de la vida por

ninguna parte. Mera supervivencia.

Se puso en cuclillas para inspeccionar las raíces. Qué extraño, pensó, que aquel árbol fuese casi de su misma edad; él habría podido pasar corriendo de niño junto al arbolito, haber tocado sus tiernos brotes, frotado su tronco aterciopelado, arrancado una hoja otoñal de él. Recordó aquellos días en que venía con mamá, Jan y Bronek a pasear por las alamedas de los jardines, a estirarse en el césped junto a los parterres de flores, mirando libros de pintores, aspirando el perfume de los rosales mientras mamá hablaba apaciblemente con otras madres en un banco cercano y daba a Jan, a Bronek o a Pawel una ciruela o una rodaja de salchichón.

Un rayo de sol se abría paso ahora por entre el cielo encapotado de la ciudad. Iluminó el parque, barriéndolo con su luz, y pasó de largo. Por un momento había aparecido un destello en el suelo, junto a las raíces desnudas. Una moneda tal vez. Pawel metió la mano entre la maraña de terminaciones retorcidas e intentó extraer el pedazo de metal. No se movió. El suelo estaba congelado. Con una esquirla de piedra, cavó en la tierra hasta sacar el metal a la luz.

Cuando lo desenterró, no supo al principio qué era. Una pequeña escultura o algo así. Lo volvió del derecho y vio que se trataba de un diminuto caballero luchando contra un dragón.

~

Al volver a Casa Sofía subió las escaleras del apartamento sin ver nada, aferrando la pequeña escultura como si fuera un ascua ardiendo caída del espacio. Aquel objeto brillaba de tal forma a la luz de sus recuerdos, su redescubrimiento había sido tan inexplicable, que Pawel sintió la conmoción que emana de un misterio insondable. No podía pensar, no podía hablar. Al entrar en la cocina encontró un tazón de sopa enfriándose en la mesa. Le habían zurcido y lavado los calcetines, puestos a secar sobre el radiador. Colgado de una percha tenía el chaquetón, en cuyo bolsillo superior encontró una nota escrita en yiddish, con su traducción al polaco:

Mi querido anfitrión:

El extraño y el residente han encontrado morada en su refugio. El huérfano se regocija. Los ángeles profieren gritos de alborozo.

Con todos mis respetos,

D. Schäfer.

~

El 2 de febrero fue a visitar, por primera vez desde hacía muchos años, el convento de las Hermanas de la Visitación. Había unas pocas personas sentadas en los bancos, mientras un viejo sacerdote oficiaba la misa con voz débil. En el momento de la homilía, le costó aclararse la voz.

—Mis queridas Hermanas, mis hermanos y hermanas en Cristo, cae la noche, cada vez más hondo, en nuestra amada tierra. Se han suspendido las deportaciones a gran escala, pero sigue desapareciendo gente. No solo los judíos... una tercera parte de nuestros sacerdotes y seminaristas han desaparecido, miles de ellos, y si Dios no pone remedio, la mayoría no sobrevivirá a esta guerra...

Se le quebró la voz y no pudo continuar. Acabó de officiar la misa con voz temblorosa, las monjas cantaron hasta el final sus hermosos cánticos y la congregación se apresuró a marcharse después de la Comunión, con la esperanza de que las palabras del sacerdote no hubieran llegado a oídos de ningún confidente.

De los seglares presentes, solo Pawel y una mujer se quedaron rezando. La sagrada Hostia le quemaba en el pecho. El tiempo parecía estirarse, y detenerse por completo, hasta que la celadora hizo sonar una pequeña campanilla y acompañó fuera a los dos visitantes que quedaban.

Había empezado a caminar con paso lento por la calle Krakowski cuando la mujer le alcanzó. Era la señora Lewicki.

—*Pan* Tarnowski, tengo que hablar con usted. He rezado por usted en acción de gracias en la misa de esta mañana. —La mujer le cogió de la mano—. Mi esposo se ha curado. Es un milagro. La medicina le ha ayudado mucho, le alivió los sufrimientos, su cuerpo se recuperó. ¡El hombre pone de su parte y Dios de la suya!

Rebuscó en un bolso de tela y sacó un paquete envuelto en papel de periódico.

—Tenía intención de dar dos hogazas de pan a las hermanas para agradecerles sus oraciones. Pero luego le he visto cuando ha pasado a comulgar y le he guardado una.

—Es muy amable de su parte, no tiene por qué —murmuró él.

—Tampoco usted tenía por qué volver aquel día, con el dinero de más por los libros. Cuando vino a traerme el dinero fue como si lo estuviera soñando. Solo un minuto antes, estaba al límite de mis fuerzas, rezando de rodillas, suplicando un milagro. Estaba desesperada. Seguía rezando porque era lo único que sabía hacer. «El cielo guarda silencio», pensaba. «El cielo guarda silencio, y el mal se adueña del mundo. Acabará venciendo.» Entonces llamó usted. Con aquello ya podía comprar medicinas. Y ahora mi marido vive y trabaja. Podemos volver a comer. Se lo agradezco.

—No me lo agradezca a mí. Yo he hecho muy poco, nada. ¿Usted cree que el mal se adueña del mundo?

—¿Cómo puede preguntarlo? Mire a su alrededor.

—Es desolador, es verdad. Pero a veces me pregunto si no será una cuestión de pasar pruebas. Sí, las pruebas son cada vez mayores. El mal no puede crecer. De vez en cuando se le permite que aflore. Y nosotros sufrimos y morimos, y luego vuelve la vida, y el mal retrocede y regresa a las sombras.

La mujer rompió en lágrimas.

—Mi hijo no ha vuelto. ¿Dónde está? ¿Dónde?

Pawel le tocó el brazo.

—No pierda la esperanza, *pani*.

—Ya lo sé, ya lo sé. Hay que ser valientes. Con Dios todo es posible.

—Sí, todo. Muchas cosas que se han perdido, volveremos a encontrarlas.

—Cosas, sí, y personas —suspiró ella—. Sobre todo las personas.

—Y las señales también —murmuró él—. Y los símbolos, para que no se pierda el lenguaje. Mensajes que caen como la nieve.

Ella le miraba sin comprender. Se secó los ojos y le cogió ambas manos entre las suyas.

—Es usted un joven tan bueno... Necesita una esposa que cuide de usted. Conozco una chica encantadora, la sobrina de mi cuñada...

—Gracias, *pani* Lewicki —dijo Pawel como si acabara de despertar—, pero en las circunstancias actuales me sería imposible mantener esposa e hijos. Cuando acabe la guerra, a lo mejor...

Ella le dio unas palmaditas en las manos.

—Un joven tan bueno... —suspiró—. Desde luego, la sobrina de mi cuñada no es más que una granjera. Usted es un caballero. Tendría que casarse con una chica con clase, con educación. Había tantas señoritas en la universidad que hubieran podido ser una buena esposa para usted... Yo limpiaba las habitaciones de la sección de música. Me acuerdo de una... tan amable, tan inteligente, con tanto talento. Era la hija del profesor de piano. A veces daba clases también allí, y solía tocar en los recitales. Se llamaba Elzbieta. ¿La conocía? Debería acordarse de una joven con un vestido de terciopelo verde oscuro, con el cuello blanco bordado... mmm, tan bonita...

Pawel asintió con la cabeza.

La expresión de los ojos de la señora Lewicki se ensombreció de pronto con rústico rencor.

—El día en que vinieron a detener a los profesores, ¡oh, nunca olvidaré aquel día espantoso!, la agarraron de su larga trenza dorada, como se lo digo, y la *arrojaron* al camión, junto con todos los demás, como si fuera una bolsa de basura. No pude dormir durante una semana.

Al volver a llenársele los ojos de lágrimas, no vio a Pawel Tarnowski alejándose a toda prisa calle abajo.

—Kahlia —musitaba—. ¡Kahlia!

11

El dinero que Smokrev había pagado por los iconos disminuyó demasiado deprisa. Incapaz de soportar el espectáculo de la miseria, Pawel repartió muchos zlotys entre las mujeres con niños hambrientos que pasaban por la calle. Al ver a una niña escuálida y a su hermanito pequeño deambulando descalzos por la nieve bajo la estatua de Copérnico, fue a buscarles unos zapatos de segunda mano. Dio también algo de dinero a Masha, y a la señora Lewicki, una vez más, pues su marido estaba recuperado pero había vuelto a quedarse sin trabajo. Hizo un donativo a las monjas y encargó medicinas para que se las enviaran al capellán, que según le dijeron ellas estaba recuperándose de una pulmonía. Una vez vio a Baba Yaga vendiendo un sucedáneo de té con una humeante tetera enfrente del palacio Staszic, y le compró una taza. Ella no le reconoció como el hombre que le había adquirido la colección de obras de Goethe. Estaba como aturdida, con las mejillas chupadas. Le dejó en la manaza el doble de monedas de las precisas.

La carbonera estaba vaciándose de nuevo, y pronto necesitaría que la llenaran. El apartamento todavía estaba moderadamente caldeado, pero su aspecto era más desangelado que nunca debido a los espacios vacíos en las paredes, allí donde antes colgaban los iconos. Al principio había tenido la esperanza de que el apartamento iría recuperándose poco a poco de la pérdida, que iría recobrando cierta normalidad; que, aunque menos ornamentado, seguiría siendo un hogar. Pero no sucedió así. El sentimiento de desolación prevaleció, como el de una iglesia que ha quedado vacía para el Sábado Santo. Pawel se daba cuenta ahora de que los iconos perdidos habían sido algo más que meras ventanas; habían sido presencias casi reales, como las fotografías de los miembros de una familia, las madres, los padres, los amigos en el paraíso, los guardianes, aquellos que resistieron al viejo enemigo. Echaba de menos la imagen de la Madre por encima de cualquier otra. Rezaba delante del crucifijo, por supuesto, y en ello encontraba algo de consuelo. Al besarlo, le pareció como si emanara de él una herida que le tranquilizaba, pero que le invitaba también a penetrar en un misterio terrible ante el cual únicamente podía postrarse sin comprender. La Cruz, bien lo sabía, era una señal de victoria que se erige por encima del mundo; un mundo que no era más que un devastado campo de batalla.

Colocó sobre la mesilla de noche la talla de metal que su padre le había dado tantos años atrás. Limpia y pulida, permanecía en su sitio como un hijo pródigo reducido al silencio, irradiando un mundo pleno de sentido que él había creído perdido para siempre. Más aún, le ofrecía, a su manera tan humilde, una réplica contradictoria a sus recientes dudas acerca de la providencia. O del destino. Porque si el principio que gobernaba todas las vidas había devuelto aquel mundo perdido a la suya, a buen seguro lo había hecho con algún propósito.

Durante los últimos meses había vendido todos los cuadros de paisajes del siglo XIX que tenía colgados en el apartamento. El único cuadro que le quedaba era el de las *fiori* italianas que había adquirido en París, y por el que sentía de repente un fuerte rechazo. Smokrev había dicho de él que era horroroso. Desde luego, no lo era, pero aquel desprecio había deslucido el brillo que otrora transformara su triste habitación de París con la luz de una tierra bañada por el sol. Ahora le parecía bonito sin más, un mero objeto decorativo. Sus manchas de color representaban fielmente unas flores, pero no transmitían su misterio ni suscitaban admiración. Aquel cuadro no era una ventana, sino un espejo que reflejaba su propia falta de relieve. Sí, él era como un niño que se deja distraer fácilmente con pompas de jabón. Le parecía ahora que había malgastado la vida entera sin buscar otra cosa más que apariencias superficiales. Y aunque también se daba cuenta de que aquello no era del todo verdad, descolgó las *fiori* de la pared y las bajó a la librería. Preparó una etiqueta con un precio ridículo y colocó el cuadro en la vitrina delantera.

Una semana más tarde se lo llevaba Haftmann, junto con el resto de su compra.

—¿Dónde encuentra estas cosas? —le preguntó con incredulidad.

—Mis fuentes son inagotables, *Herr Doktor* —replicó—. La gente, cuando está desesperada, vende lo que sea.

El dinero de Haftmann le permitió adquirir algunos buenos títulos. Le ayudó a alejarse de la tentación de echar mano del tesoro encontrado en el desván (de los libros no judíos más presentables, al menos). Le parecía como si, de algún modo no muy claro, hubiera hecho la promesa de ser el guardián de la colección. Después de la guerra volvería a vendérsela al abogado de Łódź, y el abogado restituiría los libros a sus legítimos propietarios, si es que aún seguían con vida.

En cuanto a los libros sin valor que habían servido para camuflar el contenido de las cajas (tanto los triviales como los *sitra ahra*), no quería ser instrumento de su difusión. Los utilizaría como material combustible de emergencia o simplemente esperarían al final del túnel.

~

Era una tarde de domingo. La nieve caía lateralmente contra las ventanas de la salita de estar, donde estaba sentado Pawel, leyendo en silencio. Casi sin advertirlo, sintió, más que vio, que David había entrado en la sala y se había sentado en el extremo opuesto. Pasaban los minutos sin que Pawel levantara los ojos de la lectura.

—Discúlpeme, *pan* Tarnowski.

Conozco ese tono de voz, pensó Pawel.

—¿Querías decirme algo?

—Sí.

Pawel refunfuñó para sus adentros, levantando por fin la mirada.

—Las palabras no bastan —declaró David en medio del resonante silencio.

—¿Las palabras no bastan?

—Más de una vez me he sorprendido a mí mismo tratando de encontrar una forma de expresar la totalidad, una realidad experimentada dentro de uno mismo, pero siempre he visto frustrados mis intentos de encontrar suficientes...

—¿Suficientes palabras?

—No exactamente. Me refiero a transmisores de palabras.

—¿Qué son los transmisores de palabras, si no palabras?

—La corriente central del lenguaje, el lenguaje celestial.

—Ah, el lenguaje celestial —dijo Pawel, recordando vagamente una de sus conversaciones anteriores.

—Es la razón por la que el lenguaje tiene que acabar fuera de sí mismo, en acción.

Pawel dejó a un lado el libro.

—Acción —dijo cortante—. ¿Qué acciones tienes a tu disposición en la celda de esta prisión en la que vives?

Aquello pareció desconcertar al muchacho, que permaneció un rato en silencio. Luego, como si se hubiera topado con un pensamiento fuera de lugar, dijo:

—Una historia es una acción creativa, tanto la obra final como la serie de pequeños actos que forman parte de su creación. Podemos contarnos historias.

—La gente que está encerrada en los manicomios también cuenta historias. Muchas veces se les ve hablando a las paredes o al vacío.

—Hablan sin una acción.

—En eso estamos de acuerdo... Su lenguaje es como el ir y venir de un prisionero incomunicado en una celda, en la celda de confinamiento del yo, hablando con los fantasmas de su mente.

—Es verdad, pero si hay alguien que habla y alguien que escucha, entonces hay una acción auténtica.

—¿Qué es una acción auténtica?

—La acción, sin duda, es un nivel del lenguaje, los signos físicos de pensamientos invisibles.

—¿Por qué eso es auténtico? En un mundo regulado por las acciones de hombres egoístas, los pensamientos siempre se vuelven expresiones distorsionadas.

—Así es como nosotros pensamos. Así es como nos limitamos a nosotros mismos. Por eso no podemos ver más allá, ni profundizar.

—¿Qué propones entonces para ver más allá y profundizar?

—Ya habíamos hablado de esto, *pan* Tarnowski. ¿No lo recuerda?

—La verdad es que no.

—El hombre que mira a una ventana puede que solo vea su imagen reflejada, o puede que, atravesando esa imagen, vea lo que hay fuera de sí mismo... la grandeza del mundo que se extiende más allá de sí.

—Ah, sí, ya me acuerdo.

—Así que ya lo ve, es posible aprender a hablar y escuchar el lenguaje no lineal, eterno.

Interesado finalmente un poco por el tema, Pawel repuso con tono meditabundo:

—Supongo que tienes razón. Sí, es posible ver más allá del propio yo. Narciso no sospecha que existan otras formas de belleza al margen de su propio rostro.

—O de su propia compasión.

—¿Compasión?

—Autocompasión. El prisionero que solo llorará y se desesperará por su propia situación.

—Está bien, David Schäfer, te concedo tu parte de razón. ¿Qué más podemos seguir buscando en los libros tú y yo sin descanso para encontrar indicios de otros universos?

Al chico se le iluminaron los ojos por la emoción.

—¡Así que lo entiende!

—Entiendo que un hombre puede utilizar los libros como reflejo de la propia imagen en un espejo, o bien como una ventana.

—Pero usted prefiere la ventana, ¿no es así? —le instó.

—Como mucho, a veces creo que hay vida más allá del cristal.

—Pero usted cuenta historias para los demás. Su obra, por ejemplo.

—La obra la escribí exclusivamente para mí mismo. A David se le mudó la expresión.

—No es una buena obra —añadió Pawel.

—¿Qué es una buena obra?

—El corazón del elemento dramático en una pieza teatral está en el mensaje inequívoco de que el hombre debe vivir con las consecuencias de sus actos.

—¿Y de los actos que los demás cometen sobre él?

Un miedo indefinible asomó a la conciencia de Pawel.

—Sí, eso también.

—Allá donde el pensamiento se tambalea, la música, la poesía y los relatos vienen a rescatarnos, para que podamos entender el mundo.

—¿No incluyes la pintura?

—No, yo no la incluiría. Las imágenes están prohibidas —replicó David.

—Ah, sí, olvidaba vuestras leyes. Pero tú olvidas que los relatos, la poesía y la música pueden cautivar a través del engaño.

—Creo que lo que quieres decir es que pueden engañar cautivando.

—Al menos hemos llegado al acuerdo de que en algunas artes es posible escuchar el lenguaje celestial. Uno puede saborear el Paraíso por un instante.

David añadió con tono enfático:

—En nuestro pueblo, cuando bailamos, cuando rezamos bailando, nos acercamos al Paraíso.

—Para mí eso es literatura. En concreto, el elemento poético de la literatura. La poesía verdadera, es decir, el fruto de la intuición creativa en unión con la maestría que el poeta tiene de la

herramienta del lenguaje como signo contractual, puede acercarse a la visión mística y a otras formas de oración del alma.

—Estás diciendo que siempre que dos personas hablan entre sí hay un acuerdo, un contrato según tus palabras, por el que una palabra determinada tiene un significado particular para ambas, ¿es eso?

—Sí.

—Pero incluso un contrato de esta naturaleza está sujeto al defecto propio de la interpretación, ¿no te parece?

—Sí, eso también es verdad.

—Entre dos personas siempre hay que valorar el contexto y la personalidad, ¿correcto?

—Sí, totalmente de acuerdo. Es un factor contra el que siempre debemos prevenimos.

—¿Prevenirnos? —preguntó David, inclinando la cabeza con gesto inquisitivo.

—La interpretación tergiversa el sentido de la palabra expresada y el de la palabra escuchada. De hecho, no se ha escuchado de verdad.

—Pero sigue siendo una palabra. Yo no diría que debemos *prevenimos*, ya que esto implica temor. Yo más bien diría que debemos ser *conscientes* y estar dispuestos a ampliar nuestra comprensión del otro.

—Un hermoso idealismo. ¿Eso es lo que haces tú?

—Trato de hacerlo siempre. Y creo que usted también lo hace, *pan* Tarnowski, por cuanto me ha abierto las puertas de su casa a un alto precio, y no me cabe duda de que eso demuestra una gran capacidad de comprensión por su parte.

—Entiendo muy poco acerca de la naturaleza humana. Hubo una época en que creía saberlo todo acerca de ella, pero ya no. Es solo que no creo que los alemanes tengan por qué salirse con la suya en Polonia. Todas las vidas son valiosas, las de todos los seres humanos... ninguna tiene precio.

—Si así es como piensa, entonces es un hombre con una gran capacidad de comprensión.

Pawel negó con la cabeza.

—No, sencillamente detesto las tropas de asalto.

—Nos hemos apartado del tema. Hablábamos acerca de la interpretación.

—Ah, sí. Bueno, yo me mantendré fiel a mi término *prevenir*, porque no comparto tu visión optimista de la naturaleza humana. El hombre enjuicia con demasiada facilidad otras vidas según el valor que tienen en una sociedad utilitarista... según su productividad.

—Me está hablando de falsos valores.

—Exacto. En mi caso, oír a un niño expresar los pensamientos de su alma, con sus palabras sencillas, me conmueve mucho más profundamente que escuchar a un profesor de literatura decir lo mismo pero expresado con los términos más sofisticados.

—¿Por qué?

—Porque, viniendo de un niño, el fenómeno apunta a la existencia de algo que está más allá de los límites de su cerebro. Su belleza trasciende el «valor» artificial de la persona, que se fundamenta en el conocimiento a modo de recopilación de hechos en lugar de fundamentarse en la sabiduría en tanto que depositaria de la verdad.

David esbozó de súbito una sonrisa.

—¿Cómo sabe usted esas cosas!

—No sé cómo las sé. ¿Las sé?

—Habla de ellas con la sangre palpitándole en las venas.

—Tengo los dedos ateridos por el frío, no me siento el corazón. Hasta donde yo sé, no tengo más que una fría piedra aquí dentro, y tinta roja en las venas.

David se rió abiertamente.

—Le gusta bromear, *pan* Tarnowski. Aprecio esa cualidad suya.

—Yo soy un hombre con mucho sentido del humor —repuso Pawel, haciendo rodar los ojos un poco.

—Pero volviendo a nuestro tema —continuó David con una sonrisa—, para mí, la manera de

reducir las malas interpretaciones cuando se habla con otra persona es teniendo siempre presente, a los ojos del corazón, el gran respeto que siento por el misterio que anida en su interior, por su misión desconocida, por su identidad oculta en la mente del Señor.

—¿Todos los *jasidim* piensan como tú?

Ambos guardaron silencio unos segundos antes de la respuesta de David.

—He mantenido correspondencia de estudios con el gran rabí Dabrova desde los trece años. Creo que él piensa como yo, aunque en otro ámbito del pensamiento.

—¿Lo crees o lo sientes así?

—Buena distinción. Tiene razón: así es como lo siento.

De repente la extrañeza de aquel diálogo se hizo patente a ambos a la vez, tanto al hombre como al muchacho. David se quedó sentado unos minutos mirando por la ventana, como si tratara de penetrar a través de la barrera erigida entre su presente y su pasado. Se levantó con brusquedad y se dirigió a la cocina. Pawel supuso que quería estar solo y que se subiría al desván. Pero no fue así, porque al cabo de poco volvió con dos vasos de té.

Mientras ambos sorbían de los vasos, David reanudó la charla.

—Pan Tarnowski, cuando hablamos con otra persona, ¿no le parece que siempre la ubicamos en una categoría determinada? Aunque no lleguemos a hacerlo en el ámbito del pensamiento racional, nos preguntamos qué aptitud mental tiene esa persona, cuánto hace que está ahí, qué nivel de confianza debo otorgarle como para compartir con ella una pequeña porción de mí. ¿No le parece que hacemos este tipo de valoración antes de empezar a hablar? A mí me parece que el recurso al lenguaje se fundamenta siempre en una valoración semejante, tanto de la persona, como del lugar, como del nivel de confianza.

—Sí, algo así está siempre activo en nosotros.

—Y entonces, cuando he hecho mi valoración, si pienso en lo que voy a decir me doy cuenta de que la palabra está ya presente en mi corazón. Y si quiero hablarle a usted de eso, tengo que hacer presente en su corazón lo que ya está presente en el mío.

Pawel asintió con la cabeza.

—Entonces, en mi búsqueda de una forma para hacer que la palabra que existe en mí le alcance a usted y se quede en usted, utilizo la voz. Su sonido le comunica mi palabra y su significado. Cuando la operación concluye, se desvanece en el aire, por cuanto ese sonido no es nada más que aire. Pero mi palabra está ahora en usted, aunque no por eso deja de permanecer en mí.

—Eso vale *tanto* para las palabras buenas *como* para las malas —repuso Pawel.

—Una palabra degradada es un golpe propinado a la mente. Una palabra veraz, iluminadora, es una semilla. La fecundidad de la semilla depende del terreno en el que se planta.

—Pero entre la palabra malévola y la palabra veraz se extiende un vasto territorio, las *tierras de frontera*, según tú. ¿Qué sucede realmente en esos territorios y cuál es el significado de las palabras que se pronuncian en ellos?

—Yo creo que ahí se encuentra la mayor parte de las palabras de los hombres.

—Estoy de acuerdo.

—Esa es la razón por la que la mayoría de los libros que se escriben son tan banales, y la mayoría de las conversaciones, tan vacías.

—Tenemos al narcisista, una vez más.

—Sí —asintió el joven—. El lenguaje esterilizado deja de ser pensamiento.

—Pero el pensamiento necesita del lenguaje con el fin de ser... pensamiento.

—Oh, no —dijo David, echando el cuerpo hacia atrás—. Eso no es correcto. El pensamiento puede permanecer inexpresado y seguir siendo pensamiento.

—Parece que hayamos topado con una barrera, aunque no podamos verla. ¿Qué es? ¿Hay algún medio para sortearla?

David reflexionó unos momentos antes de responder con voz pausada, como si escogiera cada palabra con sumo cuidado.

—Un prisionero solitario tendría muy pocas cosas suyas, aparte de la capacidad de pensar. Si descubriera que hay otro prisionero en la prisión, ambos podrían comunicarse mediante algún tipo de código, dando golpecitos en la pared que los separa. Si hubiera la más mínima brecha en la pared, podrían compartir una cuchara deformada o un mendrugo de pan rancio. Los regalos son importantes para los prisioneros, aunque no tanto como el acto de poder compartir.

—Ya, de modo que estás diciendo que compartir el lenguaje es una forma de acción.

—Sí. Y desarrollar el alcance del lenguaje amplía la capacidad de acción. Al liberar a los prisioneros, estarán preparados para más cosas de lo que habría sido posible si hubiera permanecido en libertad en un mundo de libertades mundanas.

—Yo nunca llamaría mundana a la libertad, en ninguna de sus formas.

—Gracias por la corrección, *pan* Tarnowski. Déjeme decir entonces que, al ser liberados, los prisioneros estarán más capacitados para ampliar el reino de la acción, pasando de la acción implícita a la explícita.

—Pero ¿y si a un prisionero se le ha condenado a una sentencia de por vida?

—Ese tipo de prisionero sigue conservando la libertad a los ojos de su corazón, por lo que en su ser más íntimo sigue siendo un hombre libre.

Ambos guardaron silencio esta vez. Por un acuerdo tácito, la conversación había llegado a su fin. Los dos reanudaron sus actividades previas, Pawel la lectura de su libro y David el remiendo de un roto en el abrigo.

~

A partir de principios de febrero, Pawel comenzó a asistir con regularidad a misa en el convento de la Visitación, pues su parroquia había sido clausurada y el párroco arrestado. Había muchas otras parroquias de la ciudad abiertas, pero el templo de las hermanas estaba cerca, y lleno además de recuerdos de su infancia. Se preguntaba si tendría la suerte de encontrarse con la monja con la que había hablado después de caerse aquella vez en las escaleras heladas de la iglesia parroquial. Pero entre las pocas hermanas que salían del recinto reservado no había rostros reconocibles. Recordó más tarde que llevaba un hábito diferente. Las palabras de la monja volvían con frecuencia a su mente.

El miedo es nuestro gran enemigo reverberaba en su cabeza en los momentos más incongruentes, mientras preparaba la comida o lavaba la ropa. O también podía estar encolando el lomo de un libro y oír: *Abandónate al Señor con plena confianza, y así los demonios no podrán alcanzarte. Si tienes miedo, no podrás oír la voz de Dios.*

Todo aquello era muy piadoso, pensó, muy contemplativo, muy progresista, espiritualmente hablando, muy adecuado para aquellas santas personas que vivían protegidas en el interior de los conventos y monasterios de sus órdenes. Pero qué absurdo aplicado a hombres como él, que respiraban a diario una atmósfera compuesta casi por entero por realidades que no infundían otra cosa que miedo. ¡Imposible!

Entonces le contestaba Andréi Rubliov: *Pawel, no digas que es imposible; di en todo caso que es el imposible al que estamos llamados.*

Sí, todos los argumentos, exhortaciones, imaginaciones y dudas encontraban cobijo en él. Saberlo todo no resolvía nada. El suave y santo fuego era tan fácilmente relegado de golpe por las rachas de fuego negro y amargo... Toda la sabiduría de su pieza teatral, que él presentía que no era más que una colección de ideas absorbidas a lo largo de tantos años de lectura, no podía traducirse en la más mínima alteración de su propia personalidad.

Oh, espléndido fuego azul, que reluces como lámina de plata. Oh, verde sagrado. Oh, puro bermellón. Eres vino escanciado sobre criaturas hechas de barro, exclamaba Andréi Rubliov. *¡Escúchame, Pawel! ¡Qué triste! Qué triste cuando nos encerramos en nuestro miedo.*

—Andréi Rubliov, tienes razón —replicaba Pawel, dirigiéndose al coro de libros de su abandonada librería—. ¡Es verdaderamente muy triste! Toda mi vida se viene abajo, cae, se precipita desde la cara que mis pobres garabatos representan. Pero ¿qué puedo hacer? Estoy lejos de Dios.

A buen seguro conoces el significado del icono del Dios silencioso, le replicó Teófanés el Griego.

¡Está cerca! ¡Está cerca!, cantó el monje Daniil.

Y luego el coro de ángeles cantando: *Tu rostro es más reluciente que el sol, oh Señor glorioso. Es imposible soportar tu fulgor abrumador, tus discípulos caen sobre su rostro...*

—Pero todos los hombres caen sobre su rostro, ¿no? Pues ninguno ha estado a la altura de la gloria de Dios...

Los debates se sucedían en su interior como un torbellino, sin llegar a sacarle nunca por completo del laberinto de sí mismo, sin mostrarle el camino empinado emprendido por los sabios, los eminentes, los contemplativos, los santos. Él seguía rezando las oraciones a su alcance, las de los tontos, los idiotas, los soñadores, los hombres malogrados. Esas sí que las rezaba.

Una mañana de domingo, Pawel vio a la señora Lewicki en la capilla del convento. Concluida la misa, ella se le acercó mientras él aún seguía arrodillado y le puso un paquete entre las manos.

—Esto era de Janusz —dijo en un susurro—. Es para usted. Un regalo. Rece por mi hijo.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio, *pani*?

—A principios de septiembre del treinta y nueve.

—Han pasado más de tres años.

—Estaba en caballería. Iba tan guapo, ¡y estaba tan orgulloso de su uniforme! Pero yo ya sabía que era una equivocación, un joven tan inteligente como él, al que le había ido tan bien en Suiza y que tenía también un título de la Politécnica. ¡Ingresar en el ejército en un momento con tantos problemas en Europa! Piense si no... los comunistas en el este y el movimiento hitleriano en el oeste, ¡y nosotros pensando que podíamos hacerles frente con unos pocos miles de jóvenes a caballo! ¡No estábamos preparados para eso!

—El país entero no estaba preparado.

—¡No quiso escucharme! ¡No quiso!

—No pierda la esperanza. No hay que perderla nunca.

—Sí, ya me lo dijo otra vez. Acepte por favor esto, no es nada. Consérvelo, por mi Januszek.

Se marchó, y las hermanas tras la reja de la capilla se pusieron a cantar una letanía a la Madre de Dios.

Madre del Creador, cantaban, ruega por nosotros.

Madre del Salvador,

Virgen clemente,

Virgen fiel,

Espejo de justicia,

Trono de sabiduría,

Rosa Mística,

Torre de David,

Torre de marfil,

Arca de la Alianza,

Puerta del Cielo, cantaban.

—Ruega por nosotros —contestaba Pawel.

~

De regreso en el apartamento, desenvolvió el regalo y se encontró con un pequeño icono muy bien pintado de la Madre de

Dios de Czstochowa. Lo colocó en el rincón vacío para los iconos junto a su lecho, por encima del caballero y el dragón, y encendió una vela de vigilia. La habitación quedó inmediatamente inundada de presencia. Caminó por el apartamento y descubrió que la casa entera estaba de nuevo irradiada por lo que no es visible. Se volvió al dormitorio y se postró delante del icono.

David Schäfer, al pasar por delante de la puerta en su camino hacia la cocina, se detuvo y se quedó observándole.

—Disculpeme, *pan* Tarnowski —dijo con mirada de preocupación—. ¿Por qué se postra ante una imagen? En la Humash está escrito, en el Deuteronomio está escrito que...

—¿Te refieres al precepto bíblico contra la adoración de ídolos?

—Sí. ¿Acaso no es un ídolo eso?

—Es una imagen. Pero nosotros no la adoramos.

—Perdóneme, pero no he podido evitar verle arrodillado delante de ella. También le había visto besar las demás imágenes, antes de venderlas.

—Las personas a veces besan las fotografías de sus familiares. Es algo similar.

—Pero son de personas reales.

—Nuestros amigos del Paraíso también lo son.

David pensaba intensamente.

—Pero ¿dónde dice el Señor que el hombre pueda ahora hacer imágenes?

—Con la venida de Cristo, la Ley Vieja fue reemplazada por la Nueva. Se inició un orden nuevo en el ámbito de la creación. Antes de su era, el mundo estaba plagado de ídolos. Muchas de las civilizaciones antiguas practicaban sacrificios humanos, algunas llegaron a quemar niños vivos en sus altares. Incluso un descendiente del rey David retornó a aquellas prácticas. La civilización cristiana acabó con todo aquello.

—Aún queman a la gente, *pan* Tarnowski. Pero no lo hacemos nosotros.

—Cuando los hombres pierden la fe, olvidan. Una y otra vez.

—A mí me parece que esta guerra muestra todo un vasto panorama del olvido. Hay muchos niños que mueren...

—Hay incontables vidas humanas destruidas, y la mayoría de ellas no llegó a tener una comprensión cabal de lo que está sucediendo —dijo Pawel.

—¿Acaso nosotros podemos llegar a entenderlo? El Señor Supremo es infinitamente más grande de lo que nuestras pobres mentes pueden captar. No debemos cuestionar su voluntad, ni siquiera a la vista de tanta maldad.

—Yo creo que se nos permite meditar acerca de su voluntad. ¿No podría ser que, siempre que un gran mal nos golpea con fuerza en el corazón de nuestro entendimiento, se nos esté pidiendo que veamos más allá de lo que normalmente vemos?

David asintió tímidamente, aunque parecía turbado por la última observación de Pawel.

—¿No estás de acuerdo? —le instó Pawel.

—En el gueto vi a muchos niños abandonados en la calle, mendigando comida. Yo les daba lo que podía, pero no era suficiente. Aquellos pequeños cuerpos, esparcidos como desechos, como basura por las aceras... Un niño muerto es una conmoción que lo sacude todo. Usted dice que el mal nos enfrenta a una pregunta... una pregunta que se enraíza en los fundamentos de la existencia de este mundo. ¿El Señor lo permite, deduce usted entonces, con el fin de plantearnos una pregunta?

Ahora era Pawel el que asentía sin decir nada.

—Esa pregunta —dijo David con la mirada fija en el suelo— tiene un coste terrible.

—Pero no es que sea esa la intención principal de Dios.

—Él lo ha permitido, ¿o no?

—Está claro que sí.

—¿Por qué?

Pawel hizo una pausa, consciente de pronto de cierta dimensión hasta aquel momento no descubierta en el pensamiento del joven. ¿Era posible que David el inmovible, el inflexible, el abogado entregado por entero a la defensa de los derechos del Señor, fuera vulnerable a la duda?

Hacia apenas un momento, el chico había sostenido que la voluntad de Dios no podía cuestionarse. ¿Estaba cuestionándola él ahora? ¿O simplemente reflexionaba acerca del problema del mal con el fin de expandir su entendimiento?

—Preguntas por qué Dios permite el mal —dijo Pawel—. Yo no conozco la respuesta. Hay argumentos que podrían aducirse para explicarlo, pero siempre les falta algo, algo que es esquivo y que tal vez esté lejos de nuestra capacidad de entendimiento. ¿No podría ser que lo malinterpretáramos, aunque pudiéramos verlo? Cualquier intento por comprender el mal acaba en fracaso.

—Tal vez sea por eso por lo que las fuerzas del *Sitra Ahra* hacen lo que hacen, puesto que los ángeles de las tinieblas saben hasta qué punto sacude nuestra confianza en el Señor.

—¿La tuya también la sacude?

David bajó la mirada.

—La pone a prueba.

—De acuerdo con mi confesión, nosotros creemos que solo hay una respuesta a los golpes que el mal nos asesta. La respuesta no consiste en un argumento racional. La respuesta es un hombre. Ese hombre es Dios mismo sufriendo por nosotros, muriendo por nosotros, para poder llevarnos hacia el Ser Supremo, desbaratando todas las artimañas del enemigo.

—El Mesías, cuando venga, será un hombre... no el Ser Supremo.

—Ahora tú y yo hablamos con una gran separación en medio. Es la separación que divide a nuestros entendimientos, a tu pueblo y al mío. ¿Me permites que te cuente lo que vemos desde este lado de la barrera?

Alzando la mirada, David asintió incómodo.

—Si tuviera que venir el Mesías como mero hombre, eso sería sin duda un argumento contra el mal, pero incompleto. Si hubiera de venir únicamente como Dios, encarnado pero sin ser un hombre de verdad, sería también algo incompleto.

—Ya he leído cosas acerca de vuestra teología, pero admito que en esto estoy un poco confundido. ¿Cómo explica eso la muerte violenta de un niño?

—Cuando estuvo entre nosotros, fue para enseñarnos que somos más grandes de lo que nos consideramos. Cada persona es su icono. Quemar uno solo, hacerle daño al más pequeño de los seres humanos, es agredir a Dios. Él nos muestra su rostro, y para asombro nuestro es un rostro humano.

—Si esto es así, ¿cómo es que sus seguidores han hecho tanto mal?

—Porque tales seguidores no lo eran en realidad. No miraban más allá del icono para ver al que este representa.

—Entonces no es muy sensato contar con tales imágenes.

—¿Destruiremos todas las ventanas porque haya hombres que solo vean su propia imagen reflejada en ellas?

David asimiló esto último con un fruncimiento de cejas.

—Aun así, sigo sin comprender su concepción del Ser Supremo. No puede ser correcta. La mirada que aplicamos sobre Él caería con demasiada facilidad hasta los niveles más bajos. Dejaríamos de adorarlo.

—Dios ha tomado con nosotros ese gran riesgo. Extiende sus manos como puerta de acceso a la vida eterna. En la palma de una de ellas está escrito: *Verdad*; en la otra: *Amor*. Esos dos principios se unen en su corazón. Él permite que lo apresen y lo aten y le claven clavos que atraviesan esas dos palabras... Palabras que pertenecen al lenguaje celestial.

—¿Está diciéndome que nosotros, los judíos, no somos capaces de ver lo que...?

—Toda la humanidad está aquejada de ese mismo mal. David se levantó y se quedó un momento inmóvil, reflexionando en silencio.

—Tengo mucho en que pensar —dijo, antes de añadir, cruzándose con la mirada de Pawel—: Hoy me ha dicho muchas palabras. Hoy, me ha dado una llave de su casa.

Cuando el chico hubo subido al desván, Pawel se sentó en el borde de la cama y se puso a pensar de nuevo en su propia complejidad, que no parecía tener fin. ¿Una llave? ¿Su casa? Aquella casa era un laberinto, más bien. En el espacio de unas horas había rezado las oraciones de los hombres malogrados, había rendido adoración y comulgado en misa como un polaco católico más, había dado consejos de sabio a una mujer, se había postrado como un bizantino, había instruido a un no cristiano como un escolástico, ¡y ahora estaba recayendo con rapidez en el enrevesado ensimismamiento que era su yo habitual y tan moderno!

Se liberó de aquellos pensamientos sacudiendo la cabeza, se levantó del borde de la cama y fue a prepararse una taza de té.

~

Aquella noche estaba casi dormido cuando oyó los gritos de David, que llegaban hasta él por las escaleras, procedentes del desván. Pawel encendió la lamparilla de la mesita de noche, mientras el muchacho irrumpía con el manto de oraciones y el solideo de medio lado y con un libro bajo el brazo. Se dejó caer a los pies de la cama y se sentó cruzando las piernas como un indio de Norteamérica.

—¿Quién es este tal Milton? —dijo.

—No lo sé.

—Es un poeta inglés. Lo que quiero decir es *quién* es dentro de las obras del Señor Supremo. Escribió esto —dijo el chico blandiendo el libro en alto—, que va *todo* ello sobre la caída del hombre. Es muy interesante.

—David, estoy muy cansado. Mañana será otro día.

—Escuche, *pan* Tarnowski, se trata de un poeta cristiano, por lo que hay algunos elementos que revisten una especial dificultad para mí. Pero los fundamentos de su visión están enraizados en la Torá. El horror al caos y la confusión. La belleza del Cielo y del Edén. ¡Es el tema del que hemos hablado hoy! Escuche, es *El paraíso perdido*, de John Milton:

*Lo que hay de oscuro en mí, ilumina,
lo que hay de inferior, eleva y sostiene;
para que desde las alturas de este gran Debate,
sea capaz de afirmar la Providencia Eterna,
y justificar los caminos de Dios ante los hombres.*

David había leído en inglés

—Lo siento, no sé inglés. He oído la palabra *Gott* por algún lado, de modo que sospecho que la cosa va de nuestro tema favorito. ¿Me equivoco?

—No —masculló el chico, pasando las páginas de un pequeño diccionario inglés-polaco.

—¿Lo encuentras difícil?

—Sí, me cuesta apreciar a veces los sutiles matices de algunas palabras. Pero se percibe claramente aquello que alienta estos versos. Casi se ve la sala de un gran tribunal y a Satanás acusando al hombre ante el Señor. Y el poeta no solo trata de defender al hombre ante Él, ¡sino que además intenta defender al Señor ante el hombre! ¡Algo asombroso! —Una expresión de duda asomó al rostro del joven, que levantó los ojos—. ¿Es oportuno defender al Señor ante el hombre? ¿Necesita defenderse? ¡Piense en la respuesta que dio a Job!

Sin esperar contestación, David se sumergió de nuevo en las páginas del libro, con el ceño fruncido y pasando el dedo a lo largo de las líneas impresas. Poco a poco, con paciente esfuerzo, iba traduciendo algunos pasajes al polaco y recitándolos en voz alta. Transmitía las ideas intactas, pero a Pawel le daban cierta impresión de aridez. Interesante, pero farragoso.

De improviso, David se dejó caer a lo ancho de la cama, y luego abrió los brazos en cruz, mirando al techo, con la boca abierta y los pies colgando por el borde de la cama.

—Es asombroso —murmuró.

—¿Qué es asombroso?

—La indecible inmensidad del drama en el que estamos envueltos. Piénselo, ¡piense en el tamaño del cosmos!

Al chico le había quedado una parte del vientre al descubierto, una franja de blanco paisaje alrededor de un ombligo. Pawel apartó los ojos.

—David, vete a la cama.

—Oh, sí, sí, *pan* Tarnowski. Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Cuando el chico se hubo marchado, Pawel apartó las mantas y posó los pies con firmeza en el suelo. Temblaba presa de escalofríos, con la cabeza apoyada en las manos. Tenía erizado el vello de los brazos, y en cambio le ardía la cara y el corazón le latía con fuerza.

«¡Basta!», exclamó en voz alta, y añadió para sí, con acritud: «Mi vida es absurda al extremo... ¡en el instante mismo en que siento avidez por el *drama del universo* me veo arrastrado al drama de la carne!»

Pero *arrastrado* enseguida dejó de ser la palabra adecuada. Atrapado, hipnotizado, inmovilizado por una imagen que no le abandonaba. En la pantalla de su imaginación comenzó a proyectarse una escena en movimiento, como la de una película, un espectáculo carnavalesco en el que las llamas de una hoguera consumían a su víctima. Apartó de su mente aquellas imágenes, que no tardaron en regresar, tratando de penetrar de nuevo, hasta que, para su espanto, el íncubo estuvo a punto de prender.

Volvió a purgar la mente de imágenes, se levantó de un salto y salió del dormitorio. En el otro extremo del pasillo había una ventana que daba a la calle. La luz de la luna se derramaba a través de los cristales congelados. Abrió la ventana y dejó que el gélido aire le golpeara en el rostro.

Permaneció varios minutos en esta posición, hasta que el corazón dejó de latirle y la cara se le quedó exangüe. No quería volverse a la cama. Las ascuas seguían incandescentes, y un solo soplo del fuego bastaría para inflamarlas.

—Ha vuelto —dijo.

Los perros de ojos verdes arrancaban la piel aterciopelada de los costados de un venado rojo, aún con vida, y devoraban entre crujidos su dorada cornamenta, los ojos de la víctima enloquecidos por el terror, en el cuello un tajo del que manaban borbotones violeta heliotropo, morados, rojos cromo, a cada bombeo, mientras la boca se le abría buscando un grito que estaba más allá del sonido. Los gatos aferraban con sus garras los cuerpos flácidos de las palomas azules caídas desde lo alto de las torres como rayos de gracia.

Yo te lo daré, dijo una voz que le llamaba desde el fuego que barría los campos cubiertos por la nieve.

—¿Quién... me habla? —balbució Pawel.

Yo haré que él lo elija, dijo la voz.

—El amor se da, no se toma —dijo Pawel en un susurro. *Él deseará darlo.*

—Está mal.

Yo doy donde doy y tomo donde tomo. Tú tienes mi permiso.

Entonces el miedo dio paso al recelo, a una inquietud del alma que le hacía escuchar en lo más profundo, una duda que se debatía con la parte de Pawel que deseaba dar crédito a la voz.

—¿Violaría Dios la voluntad de otro ser? —preguntó—. ¿Concedería Dios un don así, sin que el otro lo quisiera?

Yo lo pondré en tus manos y él deseará quedarse en ellas. Toda pasión es reflejo de mis pasiones divinas.

La luz de la luna parecía debilitarse, y su temor ante la voz se mitigó. El debate continuó por un tiempo. Él comenzó a pensar de acuerdo con el patrón de sus pensamientos, y se preguntó si

realmente era algo tan malo poner fin a la soledad. En un momento en el que los hombres se destruían por millones, ¿por qué no iba a dejar que se enardeciera un deseo que hundía sus raíces en las fuentes mismas de la creación? ¿Qué daño había en ello? ¿En dos seres humanos, solo cada uno de ellos, sin familia, rodeados de muerte?

—El amor es amor —dijo a la luna—. ¿Qué importa la forma que adopte?

Permanecía inmóvil, a la espera de la reanudación del diálogo. Apenas un momento antes, mientras hablaba con la voz, se había sentido envuelto en una sensación poderosa y dulce, y corrompida, como cerezas fermentadas. Ahora sentía de pronto frío y náuseas. No había dado su consentimiento a la proposición, no todavía, pero lo sopesaba, y la voz esperaba.

Le asaltó una ráfaga de luces fugaces, como una ilusión óptica mental, entre las que Pawel vio a un anciano en el cráter producido por una bomba, un profeta lloriqueante, y las estrellas girando en forma de corona circular, y un cuervo. El cuervo salió volando de sus pensamientos por un instante, dejando tras de sí una alucinación casi audible de sus chillidos, que resonaron como el eco en el silencio del apartamento.

—Es un niño apenas —dijo Pawel.

Así se declaró nuevamente abierta la lucha.

Es un hombre ya, dijo la voz, insistente.

—No es un hombre maduro, en cuanto a la verdadera naturaleza de un hombre —replicó Pawel—. Sería un pecado muy grave deformarlo.

Es un pecado menor. Inofensivo.

—No existen los pecados pequeños.

Tú le amas. Es tuyo.

—¡No es mío! Tengo los sentimientos propios del amor, pero no lo sustancial del amor.

¿Qué es lo sustancial del amor?

Pawel sacudió la cabeza, confuso, incapaz de formular los términos de una defensa. Por pura fuerza de voluntad, rechazó aquel diálogo hipnótico y se volvió al dormitorio.

Me obedecerás, dijo la voz.

—¡Es cosa de mi mente! ¡Es mi mente! —manifestó Pawel, pero de pronto la perspectiva de una conciencia escindida le pareció más amenazadora que el ataque de un monstruo exterior. El monstruo estaba dentro, era él mismo. Enfrentándose a él, gritó: «Una persona tan joven no puede elegir libremente. Sería expoliar. La respuesta es *no*.»

Con dedos temblorosos, prendió una cerilla y encendió la vela de vigilia frente al icono de Janusz Lewicki. Poco a poco, muy lentamente, el fuego, el paisaje blanco y la voz se desvanecieron.

—Salvador del mundo —exclamó—, ¡ayúdame!

Queda en paz, mi pequeño, dijo una voz sin rastro de coerción. *Era necesario que experimentaras algo así. Aprende a reconocer esa voz y no vuelvas a prestarle oídos. No converses con ella. El engañador desea zarandearte entre sus dientes. Ven a mí, acude siempre a mí y confía.*

Miró la imagen de compasivo rostro, y en ella vio verdad y misericordia perfectamente mezcladas.

—El hombre al que busco está dentro de mí —dijo en voz alta.

Exhausto, rezó y luego se durmió.

~

Por la mañana, se despertó con el tableteo de las armas de fuego: se oía tan cerca que el tiroteo debía de ser estar produciéndose a muy pocas calles de distancia. Se quedó un rato en la cama, escuchando aquel ruido con los ojos cerrados. Cuando cesó por completo, se sumió superficialmente en el sueño del que había sido sacado, intentando captar los detalles antes de que se desvaneciera por completo.

Un paisaje entre dos luces, lleno de presentimientos, de terror. Él estaba muy cerca de un incendio incontenible que devoraba un sinnúmero de pequeñas aves blancas que se debatían por huir del alcance de las llamas. El humo y el calor las aturdían, de modo que ninguna podía escapar. Él metía las manos entre las llamas para proteger a los pájaros y abrirles una vía de escape. Con los brazos en carne viva, los encaminaba hacia lo alto, fuera de las tinieblas del mundo, hacia un horizonte lejano, en que el borde circular del planeta se recortaba contra el incipiente amanecer.

Turbado por aquel sueño, y al mismo tiempo impulsado por el mismo sin razón aparente, se levantó pesadamente, con renovada preocupación por su desordenada psique. Entró dando tumbos en la cocina para preparar el té de la mañana. David bajó del desván al cabo de poco.

—Ah, *pan* Tarkowski, si le digo lo que he soñado... —dijo.

—¿Qué has soñado? —le preguntó Pawel distraídamente.

—He soñado que los alemanes irrumpían en el edificio. Yo estaba escondido en el desván y usted me salvaba de ellos.

—Ah, está bien —bostezó Pawel.

—Le habían prendido fuego a la casa, y usted había escapado. Pero volvía y se abría paso entre las llamas para rescatarme.

—Fuego —dijo Pawel, despertando por completo.

—Usted era un *goel* para mí.

—¿Qué es un *goel*?

—Un rescatador. Es una palabra hebrea que designa a la persona que paga un rescate o una deuda por otro.

—¿Y qué pasaba después?

—Nos íbamos los dos a las montañas, donde no pudieran encontrarnos. Y cuando subíamos a la montaña más alta venían dos ángeles a saludarnos. Eran ángeles del Señor. Sus ojos, que eran como el cristal, emanaban luz. Uno de los ángeles lo llevaba al interior de un palacio, sobre el que había una espada y una corona. El otro ángel me conducía a mí a un palacio sobre el que había una hogaza de pan, un cuervo y otra corona. ¿Qué puede significar?

—¿Has dicho un cuervo?

—Un cuervo, sí.

—¿Sueñas a menudo este tipo de cosas?

—Muy raras veces. Solo cuando el Señor quiere ayudarme a ver cosas ocultas.

—¿El sueño ha acabado ahí?

—No. Mi ángel lo ha señalado a usted, diciendo: *Ya que este hombre se ha negado a sí mismo, subirá más alto. A él se le ha asignado ese palacio y a ti este otro. Ambas moradas se comunican, y gozarán de grandes honores en la Jerusalén celestial.*

Pawel miró por la ventana.

—No le ha gustado mi sueño —dijo David nervioso—. ¿Le parece una blasfemia encontrar a un judío en el Paraíso?

—No. Yo creo que todo aquél que ama a Dios de verdad, que le obedece y que cree de acuerdo con su conciencia no puede ir a otro sitio más que a ese. Dime tú, ¿te parece a ti una blasfemia encontrar a un cristiano en el Paraíso?

—No estoy seguro. Después de todo, quizá no sean más que las imágenes sin sentido de un sueño.

—¿Sin sentido?

—Es muy confuso, necesito tiempo para pensar. Pero tengo la esperanza de que existan esos dos palacios.

—Yo también.

—Sus ojos tienen hoy una expresión única, *pan* Tarnowski. Veo en ellos tanto el dolor como la alegría.

—Sí, así es. Me da miedo el fuego. Pero me alegra la promesa de que ambos sobrevivamos. Te agradezco que me hayas contado tu sueño.

Los dos asintieron con la cabeza.

—Me alegro de tenerte aquí —dijo Pawel—. Creo que sería mejor que dejaras de llamarme *pan* Tarnowski.

—¿Cómo quiere que le llame? —preguntó el muchacho.

—Lámame Pawel, por favor.

—Gracias —dijo con calma—, Pawel.

Dio media vuelta y se subió al desván sin añadir una palabra.

~

11 de febrero de 1943

Kahlia:

«Goel», me llama. Un rescatador. Sí, supongo que así es como debe de ver mi papel... obnubilado como está por mi superficial parecido con un héroe inmolado. Él no sabe lo que hay debajo de esa superficie, ni puede oír mi insistente pregunta: «Y a mí, ¿quién me rescata?»

Es de noche. Mi huésped duerme bajo el alero del tejado, oculto a nuestros enemigos. No debe caer en sus manos. Yo no podría soportar otra pérdida más.

¿Por qué no encontré el atrevimiento necesario para presentarme a ti aquella noche después de tu recital de piano? Tu manera de tocar me dijo más cosas de ti que si hubiéramos estado un año entero saliendo juntos. Cuando me sentí tan impresionado la primera vez que te vi, comprendí, como no lo había comprendido hasta entonces, que el amor anhela realizarse en otro ser. No me refiero simplemente a la unión de la carne, sino a algo más perentorio todavía, a la unión de un alma con otra alma. En cualquier caso, el amor solo puede existir como un don gratuito. Tú no me conocías, así que era imposible que esta cuestión llegara a plantearse entre nosotros. La oportunidad de darme tu amor no era más que una de las incontables puertas que se le abren a una persona como tú. Al final, el enemigo decidió por nosotros.

Si esta correspondencia fuera real, sin duda me considerarías un tonto. Pero me consuelo imaginando. Echaré esto al correo en el lugar habitual. Quizá llegue el momento en que un ángel entregue la caja del fondo del cajón de mi escritorio.

Pawel.

12

La fiebre asaltó a Pawel mientras clasificaba las recientes adquisiciones. Se sentía perfectamente, pero en cuestión de un segundo empezó a dolerle la cabeza y a sentirse mareado. Al cabo de un momento no se sostenía en pie, y apenas pudo colocar el rótulo de «Cerrado» en la ventana, bajar la persiana y cerrar la puerta con llave, antes de dejarse caer en la silla de su escritorio. Gritó el nombre del muchacho, y al cabo de un minuto David asomó con cautela la cabeza al pasillo.

—No temas, la puerta está cerrada con llave. No me encuentro bien. ¿Podrías ayudarme a subir la escalera?

Subió como pudo, medio arrastrándose, con el chico detrás, ya empujando, ya tirando de él. Con la vista borrosa, fue casi a tientas hasta el dormitorio y se tumbó en la cama de través. David le levantó las piernas, hasta hacerle girar y colocárselas encima del colchón, y fue corriendo al fregadero de la cocina. Volvió con un paño frío húmedo, que aplicó a la frente enfebrecida. Repitió la operación durante las horas sucesivas, mientras Pawel era presa del sudor, que le empapaba la ropa. En determinado momento, David le ayudó a despojarse con dificultad de la chaqueta, le deshizo la corbata y le soltó el cuello de la camisa.

—Agua, por favor —gruñó Pawel.

David le pasó el brazo por debajo de los hombros para incorporarlo un poco y le llevó un vaso a los labios. Al pasarle el agua por la garganta, Pawel tragó y derramó parte del líquido, sintiéndose avergonzado de que le vieran en aquel estado. Era como si alguien le disparara una pistola dentro del cráneo, seguido por cañonazos de dolor. Pawel cerró los ojos y la sensación que le invadió fue funesta. Aunque le pareciera una eternidad, el chico le dejó la cabeza reposando de nuevo en el lecho al cabo de unos segundos.

—Estás muy enfermo, Pawel. Tengo que ir a buscar a un médico.

—Hay que dejar que la fiebre siga su curso —dijo Pawel en un susurro, como si cada palabra fuera disparada por un arma de fuego.

—¡Necesitas ayuda!

—Si sales es tu perdición.

El chico guardó silencio.

—¿Qué haces?

—Encender las velas.

—Déjalas.

—Lo hago para tener luz.

También él estaba cansado de discutir.

—¿Y ahora qué haces?

—Lavarte los pies.

Antes de que Pawel pudiera seguir protestando, se sumió en la inconsciencia.

~

Estuvo en cama durante más de una semana. Todas las mañanas, David rellenaba las lámparas votivas y las encendía. A continuación ayudaba a Pawel a ir hasta el aseo, y luego le acompañaba a la cama. Después le traía té.

Las subidas de fiebre se alternaban con períodos de hipotermia, que le aquejaron de forma intermitente durante los tres primeros días; le temblaban las piernas con violencia y le castañeteaban

los dientes. La tarde del cuarto día sufrió un acceso de fiebre muy elevada, durante el cual se desprendió de las sábanas, moviéndose y dando vueltas en la cama con el pijama empapado de sudor, y murmurando presa del delirio.

—¡Debería estar en un hospital! —exclamó el chico en vano.

Se pasó aquella noche sentado junto a la cama, vigilándole con impotencia, aplicándole un paño de vez en cuando. Antes del amanecer, se quedó dormido en contra de su voluntad, postrado en la silla, respirando con la boca abierta, a través de unos labios agrietados.

Al cabo de unas horas, Pawel se despertó. David abrió los ojos, sobresaltado, y le miró con fijeza.

—¡Estás mucho mejor!

—Ya no tengo fiebre.

—¡Demos gracias al Señor!

—¡Sí, demos gracias a Dios!

David se precipitó fuera de la habitación y regresó con un tazón de sopa muy clara y salada que sabía a patatas. Pawel se bebió un litro. El chico fue dándole líquido durante todo el día, y al llegar la noche Pawel era ya capaz de caminar por sí mismo hasta el lavabo.

—Me estoy recuperando —dijo—. Puedes irte al desván a descansar y dormir un poco.

—No, me quedaré hasta estar seguro.

—¿Dónde has dormido estos últimos días?

—Una noche en la silla, tres noches cruzado en los pies de la cama. Así podía oír si te despertabas.

—Esta noche tienes que volver a la fortaleza. Necesitas dormir.

—Durante una noche más, aquí soy yo el que manda —sonrió David—. Estás demasiado débil para obligarme a subir al desván. Me bajaré el colchón.

Pawel hizo un gesto de impotencia.

Permaneció en cama otros tres días, completamente agotado. Su recuperación era extraordinariamente lenta. A veces se oía llamar débilmente a la puerta de la librería, en la planta baja, pero los golpes acababan siempre cesando.

David estuvo todo ese tiempo sentado en una silla a los pies de la cama, con las piernas en alto y los pies descansando encima de las mantas. Estaba inmerso en un grueso tomo de filosofía alemana que, a juzgar por la cubierta, parecía totalmente ininteligible. Era humanamente imposible sustraerlo a aquella lectura. Cada pocas horas se levantaba de un salto y bajaba las escaleras, lo cual hizo comprender a Pawel que David había aprendido solo a alimentar la caldera.

Al anochecer del octavo día, cuando estaba ya oscuro y tan solo la lamparilla de la mesita de noche y las velas de las lámparas votivas proporcionaban una suave luz, David arrastró ruidosamente la silla hasta la cabecera de la cama y siguió leyendo como un obseso. A Pawel le pareció una buena parodia del modo en que la mayoría de los chicos de su edad devoraban novelas baratas de aventuras.

—¡Es absolutamente increíble! —dijo David, levantando los ojos con expresión de asombro.

—¿El qué?

—Pawel, la mente humana es lo más asombroso de cuanto se haya creado. Este autor acaba de «demostrar» que el universo no existe. Insiste, de la forma más razonable, en que todos nosotros, tú, yo y todo cuanto existe, somos proyecciones de su mente. *Su* mente, ¿entiendes?, no la tuya o la mía.

—¿Quién ha escrito eso?

David se lo dijo.

—Sí. Ese es uno de tantos pensamientos de los que se alimentaron los precursores de Hitler. El autor al que lees contribuyó a crear el clima social que engendró a los nazis.

—Entonces las ideas son algo más que meras abstracciones.

—Tal y como los acontecimientos de nuestro siglo han demostrado.

David hizo una mueca y arrojó el libro al suelo.

—¡Esto es *sitra ahra*!

—Sí, creo que tienes razón. No resulta nada bueno que los hombres brillantes se sirvan del pensamiento para destruir el pensamiento.

—Tal vez sería mejor no pensar. En la vida, quizá solo debiéramos rezar.

—¿No pensar? ¿Tengo que oírtelo decir a ti?

—Disculpa, pero hay veces en que hasta dudo de la mente.

—¿Por qué iba a darnos el Creador del universo un poder como este si no quisiera que lo utilizáramos? —preguntó Pawel.

—Pero la mente es como un perro encadenado a un poste. Cuando se pone a correr, cree que es más veloz que el viento, cuando en realidad lo que hace es correr en círculos, y él ni siquiera lo sabe.

—Curiosa metáfora. ¿Se te ha ocurrido a ti?

—Sí. Pido perdón por sus limitaciones.

—¿No sería más acertado decir que nuestro filósofo loco es como un hombre con un solo ojo?

—¿Y qué sería el ojo que falta?

—La belleza —dijo Pawel—. El universo es bello. No tendría por qué. ¿*Por qué* es bello el universo? No puedo creer que ese filósofo contemplara alguna vez la obra de la Creación. Como mucho, creía contemplarla.

—Y nunca la amó.

—Es posible que amara partes de ella, pero no el todo. David asintió, mostrando su acuerdo.

—¿Puedo contarte una historia, Pawel?

—Si quieres.

Pawel se recostó contra la almohada y apagó la lamparilla de la mesita de noche. Solo los iluminaba la luz roja de la vela votiva, que lo bañaba todo con un suave resplandor. Entre el adulto y el joven, la Madre de Dios proyectaba su serena mirada desde el plano de su imagen.

David se enderezó en su asiento y comenzó hablando lentamente y con voz pausada:

—Había un muchacho campesino que se había quedado huérfano a muy temprana edad. Nunca aprendió a leer. Sus padres le habían dejado un grueso libro de plegarias por herencia. En el Día de la Expiación lo llevó a la sinagoga, lo dejó en la mesa de las lecturas y rompió en llanto, exclamándose: «¡Oh, Señor de toda la Creación! Yo no sé rezar, ni siquiera sé qué decir... ¡Aquí tienes! ¡Te ofrezco el libro de plegarias entero!»

David levantó los ojos y sonrió a Pawel con las cejas arqueadas.

—¿Ya está? —preguntó Pawel.

—Sí. Es muy fuerte, ¿verdad? Es más fuerte de lo que parece.

—Como una bomba que estalla después de una breve dilación.

—¡Lo has entendido! Pero es más bien como una flor que se convierte en semilla y cae en el terreno abonado de la mente, y brota y da su fruto en el momento oportuno.

—¿Tú crees que el niño estaba más cerca de Dios que los grandes sabios?

—Si su corazón estaba abierto...

—¿Crees que un intelectual puede tener el corazón abierto?

—Por supuesto. Pero es raro.

—¡Raro, dices! ¿Acaso no sois un pueblo especializado en el estudio?

David asintió con un gesto.

—Sí, lo somos. Pero sabemos que los libros por sí solos no bastan. Por eso también bailamos y cantamos, y buscamos aquello que está por encima del entendimiento. El sabio es rico de entendimiento, y los ricos cargan con la riqueza a sus espaldas en su regreso a las puertas del Paraíso. Es una carga muy pesada. Muchos no llegan.

—Ya veo —dijo Pawel, dubitativo.

—Si el sabio es capaz de depositar su carga de riqueza y jugar como un niño, entonces todo estará bien en él. ¿Puedo contarte otra historia?

—Si ese es tu deseo, puedes contarme historias toda la noche y todo el día.

—¡Ah, estás jugando, Pawel!

—Empieza, por favor.

—Esta historia es diferente. Está extraída de mi propia vida. Es un recuerdo. ¿Sabes lo que es la Janucá?

—Una festividad de las luces, según creo.

—Sí. En ella se conmemora lo que fue un milagro para nuestro pueblo, el triunfo sobre la opresión. En el siglo II antes de la era cristiana, una banda de rebeldes judíos formó un ejército para derrocar a los invasores paganos. Tuvieron éxito y lograron liberar y purificar el Templo, que había sido profanado.

»Según el Talmud, cuando los rebeldes buscaron óleo sagrado para que ardiera en los candelabros del Templo solo encontraron cantidad para un día. Pero, milagrosamente, el santo óleo quemó durante ocho días. Por eso tenemos la *januquía*, con sus ocho brazos. En la fiesta de Janucá la encendemos para recordar que el Señor puede salvar a su pueblo aun en un momento en que toda esperanza parece perdida.

»La menorá de mi familia tiene un brazo de más, algunas lo tienen y otras no. El noveno brazo es una delgada prolongación de metal que asciende a partir del centro, y que lleva una vela solitaria más pequeña que las demás. Se llama *shammash*, sirviente. Es la llama que se usa para prender las demás.

»El octavo día de la última Janucá que pasé con mi familia...

David concluyó la frase. El silencio fue haciéndose mayor, hasta que se aclaró la voz y continuó:

—El octavo día tuve un sueño. En él se me apareció un antepasado mío, un docto rabino bien conocido de nuestro pueblo, que me dijo: «Dovid, se acerca sobre el mundo una época de sufrimiento como jamás se ha conocido hasta ahora. Durante un tiempo parecerá que la luz se ha extinguido, y muchos dejarán de adorar al Señor».

—Bueno, tu antepasado estaba en lo cierto —dijo Pawel.

—En mi sueño... —David vaciló—. En mi sueño, lancé un grito a mi antepasado y elevé ambas manos hacia él, pero él se apartaba de mí y emprendía el camino del cielo. «Dovid, mi Dovid, —decía— cuando seas un hombre, serás luz en el mundo. Debes aprender la diferencia entre la luz eterna y las tinieblas disfrazadas de luz».

Bajó la mirada.

—¿Ya está? ¿Así acababa el sueño?

—No.

—¿Por qué no me cuentas el resto?

—No es importante.

—¿Por qué no me lo cuentas y luego decido por mí mismo si es importante o no?

—Mejor que no.

—No puedes dejarme ahora con este suspense. Ningún narrador de historias que se precie le haría eso a su público. El chico suspiró.

—Mi antepasado me dijo que habría muchos que querrían situarme en un puesto de relevancia, porque me considerarían una persona brillante y ensalzarían mi aspecto. ¿Ensalzar mi aspecto? ¿Qué querría decir con eso? Esas fueron sus palabras... ¡Qué cosas!

—¿Se refería a tu aspecto físico?

—No lo aclaró. Había venido para prevenirme. Me dijo que no debía tomar el camino de la grandeza humana.

—¿No debías? Extraño consejo de un gran rabino a un colega prometedor.

—No te rías, Pawel. Es algo un poco embarazoso para mí.

—¿Por qué?

—Porque me halaga, y yo no merezco ningún halago. Ni soy atractivo, ni tengo una inteligencia excepcional.

El chico hablaba con sinceridad. Pawel se quedó mirándolo fijamente. Reprimió el deseo de espetarle que el antepasado de David le conocía mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

—¿Salían más cosas en tu sueño?

—Mi antepasado volvía a dirigirse a mí, portando esta vez un *shammash*. Se agachó y lo dejó en mis manos, y me besó las manos, lo cual me sorprendió mucho. *Con estas manos harás mucho bien en el mundo*, me dijo, *pero primero serás puesto a prueba por el fuego. Mi pequeño Dovid, siempre, siempre tienes que ser un pequeño shammash*.

Pawel se irguió en la cama.

—He venido a molestarte, Pawel.

—Es una historia repleta de significación. Te agradezco que me la hayas contado.

—Pero estás preocupado, ¿de qué se trata?

—Hace unos años, un sacerdote me dijo prácticamente esas mismas palabras. Me dijo que una voz del Cielo le había dicho que yo haría un bien único en el mundo, pero que primero debería ser probado por el fuego.

—Es verdaderamente asombroso... el mismo mensaje exactamente. ¿Qué puede significar?

—No lo sé, aunque no fue exactamente igual. La voz dijo: *Aquí está mi pobre pequeño al que han roto*.

—No lo entiendo, tú no estás roto, Pawel. Eres un hombre muy fuerte, uno de los hombres más fuertes que he conocido. Parece como si no tuvieras miedo a nada.

Pawel le devolvió la mirada, atónito, maravillado ante aquella curiosa facultad que era la percepción humana.

—Y eres brillante además —rió David.

—Estoy viejo y enfermo, y mis fuerzas se agotan deprisa —le corrigió—. Escúchame, David Schäfer, dejemos a un lado los cumplidos por un momento. Yo creo que lo importante en este caso es que tú y yo tenemos una pequeña muestra probatoria de que no vivimos en un universo prisión. Vivimos en un cosmos con ventanas y puertas abiertas. Los mensajes del infinito llegan hasta aquí de vez en cuando.

—Tal vez continuamente, pero somos ciegos a ellos.

—Puede que tengas razón.

David alargó el brazo y dio un manotazo sobre la manta, junto a Pawel.

—Estos sueños... ¡son nuevas de la mayor magnitud!

—¿De la mayor magnitud? Comparto tu emoción, pero es posible que exageres su trascendencia.

—Ah, eso, por desgracia, es un rasgo característico de mi familia. Incluso mi famoso antepasado tuvo ese mismo defecto.

~

Cuando David se quedó dormido en el suelo, Pawel apagó la luz de la mesita de noche. El chico no se despertó. Ya no estaba tan flaco, tan solo delgado, y el pelo le crecía formando espesos rizos negros. Pawel cogió papel y pluma y se puso a escribir:

Archivo, 22 de febrero de 1943

Es brillante y hermoso. No puede haber duda de que si sobrevive a las intenciones de aquellos que ahora le buscan para destruirle, vendrán otros que le buscarán para ensalzarlo. Y para desearlo, también.

El deseo. ¿Qué es esta fuerza que no es enteramente amor, ni tampoco mero impulso sexual?

¿Cómo era aquello que me escribió una vez Rouault? Cuando se corrompe el símbolo, se corrompe el concepto, y de ahí se sigue la corrupción de la percepción y de la acción.

Cuando el símbolo corrompido se entrelaza con poderosos deseos tanto físicos como emocionales, al hombre se le hace muy difícil aprender un vocabulario nuevo, sobre todo un vocabulario que esté reñido con su primera (y única, piensa él) lengua. A pesar del hecho de que no puede transmitirle amor auténtico, se aferra a él, pues es el único dialecto que ha aprendido. Con ansia insatisfecha, suspira cada vez más por aquello mismo que le priva de lo que necesita.

Pawel, busca la fuente de este dolor. Trata de entenderlo. El hombre al que busco está en mi interior. ¿Quién es ese hombre? ¿Es el icono del padre perdido?

¿Es esta entonces la fuente de la herida primigenia: el sentimiento de la falta del padre? La herida le hace a uno vulnerable a una mentira: tú no tienes padre, no existe la paternidad, el mundo está huérfano.

La herida engendra soledad.

La soledad busca alivio en el teatro de la imaginación. La imaginación hace fermentar un romance.

El romance, impulsado por los poderes generativos del cuerpo, va degenerando en fantasía erótica.

Todo ello, a su vez, deja al alma más frustrada y sola que nunca.

Es así como aquella mentira primigenia genera destrucción... y lo que es peor, lo hace en nombre del amor.

Pawel se tumbó de espaldas y cerró los ojos. Apagó la luz. El resplandor rojo de la vela de vigilia inundó la habitación. Todo estaba en silencio. Quietud. Armonía. Las palomas agitaban las plumas y aleteaban en dirección al cielo. Manadas de ciervos se alejaban al galope, adentrándose en el bosque.

Miró al suelo, donde el muchacho dormía completamente inmóvil. Durante un largo rato, Pawel lo sostuvo en brazos en su imaginación, como un padre sostendría a su hijo de dos años en el regazo. Luego se dio media vuelta y se durmió.

~

La mejoría era lenta. Estaba una noche estirado en la cama, incapaz de leer, a punto de traspasar las fronteras del sueño. David ocupaba su puesto en la silla a los pies de la cama, con las piernas estiradas y apoyadas encima de las mantas. Llevaba un rato leyendo a media luz, pero no se concentraba en el libro. Lo dejó a un lado y miró directamente a Pawel.

—¿Por qué no me cuentas una historia?

—¿Una historia? ¿De qué tipo?

—Del que sea.

—Sí que me das libertad.

David se sonrió y esperó. Pawel reflexionó unos momentos.

—Voy a contarte una historia que se cuenta desde hace siglos. No es nada original. Hay muchas versiones de esta misma historia.

—Ah, está bien. A veces un cuento tradicional es lo mejor.

—A veces es al contrario.

—Por favor, empieza.

—En la Edad Media, a un joven y famoso pintor le encargaron la realización de una gran pintura mural, por encima del altar mayor de una gran iglesia de París. El tema era la vida de Jesucristo. El artista trabajó con constancia durante muchos años, y el mural llegó a ser reconocido como la gran maravilla de su época. Pero estaba incompleto. El artista, por mucho que lo intentaba, era incapaz de completar dos de los rostros: el del Niño Jesús y el de Judas Iscariote. Cada vez que trataba de rellenar aquellos dos espacios vacíos, el resultado carecía de armonía con respecto al resto de la

obra.

»El artista se sentía muy insatisfecho con aquella situación. No podía entender por qué, a pesar de su talento, era incapaz de dar remate al mural. Rezaba a diario por recibir la inspiración necesaria. No mucho tiempo después, mientras deambulaba por las calles de la ciudad, se tropezó con un grupo de chicos que estaban jugando. Entre ellos había uno que tenía la cara de un ángel y que irradiaba bondad. El artista le invitó a posar de modelo para el retrato del Niño Jesús. Con el permiso de sus padres, el niño se prestó, y la imagen, una vez acabada, fue considerada una obra de arte. Pero el pintor seguía sin encontrar un modelo adecuado para el rostro de Judas.

»La historia de las dificultades del artista se difundió a lo largo y ancho de todo el país, y hubo muchas personas que, considerándose poseedoras de unas facciones malvadas, deformes o corruptas, se ofrecieron para posar como el traidor. Pero al artista ninguno de aquellos rostros le pareció el adecuado para su función. Buscaba un rostro tan retorcido y devastado por su entrega a la depravación, que todo aquel que lo mirara viera la encarnación del pecado. Pasaban los años, y el artista seguía acudiendo con frecuencia a la iglesia para rezar pidiendo inspiración. Aunque anhelaba completar el mural, en el fondo de su corazón albergaba la esperanza de que el rostro de Judas continuara siéndole por siempre esquivo, de que no existiera un alma humana tan profundamente hundida en el pecado que pudiera constituir el modelo perfecto.

»Hasta que una tarde en que estaba sentado en la iglesia un mendigo recorrió tambaleándose la nave y fue a arrodillarse en los escalones del altar. Hedía, y la ropa se le caía a jirones de su macilenta figura. No era viejo, pero iba encorvado, como si soportara una inmensa carga hecha de oscuros recuerdos. Aquel rostro era exactamente el que había estado buscando el artista. Se llevó a su casa a aquel hombre en ruinas, le dio de comer, lavó su cuerpo enfermo, le proporcionó ropa y le habló con afecto, como si de un amigo se tratara. Dio instrucciones a sus hijos para que trataran al visitante con el mayor respeto. Su esposa, una mujer amable y devota, le preparaba succulentas comidas. Pero el pobre hombre, inmerso en su mundo de brumas, parecía estar hecho de piedra, era completamente incapaz de hablar.

»No obstante, se mostró dispuesto a posar de modelo para el artista. Pasaban las semanas, y a medida que la obra progresaba, el mendigo contemplaba de vez en cuando la imagen de sí mismo en la tela. Sus ojos se llenaban de una curiosa expresión, entre doliente y horrorizada. Un día, al constatar la aflicción de su modelo, el artista dejó a un lado el pincel e hizo una pausa en su labor.

»“Amigo mío”, le dijo, “una congoja le oprime el corazón. ¿De qué se trata?”

»El hombre se llevó las manos al rostro y rompió en lágrimas. Al cabo de un largo rato alzó los ojos hacia el pintor.

»“¿No me reconoce?”, le dijo. “Hace años fui el modelo para su Niño Jesús”».

~

David permanecía sentado sin hablar, turbado, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos fijos en el suelo. A Pawel lo sorprendió, pues había pensado que al chico le encantaría la agudeza de la historia.

—Esa historia podría interpretarse de varias formas diferentes —murmuró David.

—¿Así te parece?

—Se trataría de una advertencia: la inocencia puede corromperse. Pero también podría interpretarse como la historia de un personaje detestable que encuentra refugio al amparo de un buen hombre. Trataría así de la grandeza de corazón del artista: ante una persona que inspira rechazo, el artista solo se apiada de ella.

—Tal vez. Pero podría muy bien referirse también a la humildad del modelo. ¿Acaso esta humildad no le enseña al artista muchas cosas?

David lanzó una fugaz mirada hacia Pawel.

—Sí, es posible.

Permanecieron un rato sin decir nada. Hasta que por fin David alzó los ojos con una sonrisa. Con el rápido restablecimiento propio de la juventud, parecía haber perdido su melancolía pasajera.

—Cuéntame otra historia —dijo, como si inventarse una historia fuese tan sencillo como respirar. Su mirada expectante arrancó una risa ronca del enfermo.

—Se me han acabado las historias.

—Pawel, por favor.

—No. Lo dejamos para otra noche.

13

A la noche siguiente, Pawel estaba en la cama, con las rodillas dobladas hacia arriba, escribiendo en la contraportada en blanco de un libro inservible.

—Disculpa, Pawel.

—¿Querías decirme algo?

—Sí, me preguntaba si no te importaría contarme más historias.

Pawel sonrió ante la persistencia del joven. No tenía muchas ganas de aceptar la propuesta, pero no encontraba ninguna razón para rechazarla, de modo que cerró los ojos y rastreó en su mente argumentos, símbolos, metáforas para una historia. No se le ocurría nada.

Abrió los ojos y se quedó mirando a David. El tiempo se hacía más lento, los contornos de la habitación perdían consistencia. Parecía en aquellos momentos de suspensión que sus almas salvaban un vacío, buscando conocerse la una a la otra. Pawel veía ahora cuán grande era el abismo. Que no se comprendían mutuamente era obvio para ambos. Pero había algo más, una dolencia que no podían aliviar la charla ni la información. Esto le apenaba, y advertía que la pena se había incrementado de forma proporcional al aumento de familiaridad entre ellos.

—¿Te resulto una molestia, Pawel?

—No.

—Veo algo en tus ojos.

—Cansancio, nada más.

—Yo veo tristeza. Primero sonríes y luego te pones triste. ¿Por qué?

—Si estoy triste es solo porque mi exprimido cerebro no es capaz de concebir un entretenimiento para ti.

—No, hay algo más. Algo que resulta un enigma para mí.

—Ah, huyó el niño y regresa el filósofo.

—Lo siento. No te gusta que te someta a interrogatorio. —David se frotó la frente distraído, con una expresión súbitamente sombría y angustiada—. Soy un *betler* —dijo en un susurro.

—¿Qué es un *betler*?

—Un mendigo.

—Tú no eres ningún mendigo, eres mi huésped.

—Soy una carga para ti. Debería marcharme. Admítelo, por favor, soy una carga para ti.

—No pienso admitir una cosa así.

—No piensas admitirlo, dices. Esa respuesta puede significar tanto que es cierto como que no lo es.

—Tienes que aprender a convivir con el misterio, David.

—Mi vida no está hecha más que de misterios.

—Entonces permíteme una respuesta rabínica. Hay cargas, cargas muy pesadas incluso, que aligeran el peso de la vida de un hombre. Y cargas que, al serle suprimidas de su vida, aplastan a un hombre.

David frunció el entrecejo, mientras sus ojos sondeaban los de Pawel con sobria fascinación.

—Eso que has dicho es muy interesante. —Hizo una pausa—. Pensaré en ello toda mi vida.

—¿Toda tu vida? Qué honor para mí. Y ahora, si me prometes quedarte callado y sin hacerme preguntas tan solo durante unos minutos de tu tan joven vida, intentaré pensar en alguna historia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Me la inventaré sobre la marcha, será una historia original.

—¡Ah, excelente!

—Si resulta una historia que no puedes entender, ¿me prometes no hacerme preguntas sobre ella?

—Eso es un poco difícil, ¿y si...?

—¿Me lo prometes, mi querido huésped?

—Te lo prometo, mi querido anfitrión.

—Una historia es una semilla sembrada en el corazón. Llegan el viento, la lluvia y el sol, y si la tierra es buena, la semilla dará su cosecha. ¿Acaso la semilla necesita saber todo esto?

—No.

—¿Y la tierra?

—No —rió David.

—Primero estás triste y ahora te ríes. ¿Por qué?

—Me río de ti, Pawel.

—Ya lo veo, dime el motivo.

—Porque hablas exactamente como un *zaddik*.

—¿Un qué?

—Un hombre sabio, un hombre santo. Así es como hablan cuando cuentan una historia.

—Yo no soy sabio, y tampoco santo.

—Ya, ya —dijo David con una sonrisa irónica—: ¡eso es lo que el *zaddik* dice siempre!

—Me lo has prometido, no rompas tu promesa antes de empezar.

—Lo siento, a partir de ahora estaré en completo silencio.

David cerró los ojos. Las velas de los iconos arrojaban un resplandor rojizo sobre su rostro, suavizando los huecos socavados por el hambre bajo los pómulos y las cejas.

También Pawel cerró los ojos. Lo que era imposible apenas unos minutos antes parecía fluir ahora sin esfuerzo desde un depósito de creación.

Esta es la historia que contó:

Había una vez un niño que era el príncipe de un reino situado en las montañas del este. Su padre, el rey, tuvo que marcharse cuando él era muy pequeño, apenas si andaba, pues la reina había muerto y el pobre hombre no podía soportar vivir en la casa del que había sido su primer y único amor. El rey tenía intención de estar fuera por poco tiempo, pues amaba tiernamente a su hijo, pero al mismo tiempo no deseaba mostrar su aflicción en público. Paseando solo y triste por el bosque, se encontró con esa bestia a la que llaman serpiente, la ancestral embaucadora del género humano, que le venció y se lo comió allí mismo. Jamás llegó a palacio noticia del hecho.

El niño gritaba llamando a su padre, pero las brumas de la mañana y el negro cielo de la noche no le respondieron. Día tras día, él seguía llamándolo. Semana tras semana lo llamaba. A los meses les siguieron los años, hasta que la pena infantil se convirtió en un dolor que ya no podía soportar por más tiempo.

—¡Oh, arrancadme este corazón mío y no permitáis que vuelva a albergar sentimiento alguno! —gritó a las estrellas en el cielo.

Y una noche en que estaba durmiendo en la cama entró un pájaro por la ventana y le arrancó el corazón. Dejó en su lugar una pequeña piedra y se marchó volando. Al despertar por la mañana, el príncipe no sentía nada. Ni felicidad ni tristeza.

El chico creció hasta convertirse en un joven. Era alto, y veloz cuando recorría las montañas. Recibió instrucción por parte de los mayores eruditos del país. Los más valerosos caballeros lo adiestraron en el arte de la espada y en el código del valor. Cazaba osos con arco y flechas.

Exterminaba hasta la más pequeña de las serpientes que se arrastraban por la espesura. Era sumamente devoto y pródigo en sus limosnas a los pobres. Era maestro en todas las virtudes, que ejercía con el más perfecto decoro, pero no sentía nada. Jamás lloraba, nunca sonreía. Pero el pueblo le amaba, pues en todo mostraba su excelencia. Muchos querían buscarle compañera, casarlo con alguna de las hermosas doncellas de aquellas tierras.

—El rey lleva demasiado tiempo ausente, y el trono vacío —decían—. El príncipe ya es un hombre, y dotado además de todas las gracias y merecimientos para ocupar el trono. Es un joven regio, noble y reservado en su conducta, es bueno y valiente.

—Tiene edad para casarse —decía la gente a los viejos cortesanos—. Tenéis que encontrarle una esposa bonita y virtuosa, para que así podamos volver a tener una reina.

Pero el príncipe no tenía ojos para los amores humanos. Cuando llegaron hasta él noticias de los deseos del pueblo, su expresión se tornó solemne, y subió hasta lo alto de la montaña más elevada del reino, donde permaneció sentado largo tiempo en soledad. La noche vino y se fue, y el día llegó. Y la noche volvió iluminada por una luna tan redonda y amarilla como un tazón de mantequilla deritiéndose bajo el sol del verano.

Una alondra surcó el cielo y vino a posarse en su rodilla.

—¿Por qué te estás aquí sentado, contemplando los valles y las montañas, príncipe? —pió la alondra—. ¿Tienes el corazón afligido?

—No, no tengo el corazón afligido. No siento nada.

—Eso es algo muy triste —cantó la alondra—. Mi corazón llora por ti.

—¿Qué es eso a lo que llamas corazón? —preguntó el príncipe.

—¿El corazón? Ah, es una historia muy larga para contártela aquí, en la cumbre de una montaña.

—No será tan importante, entonces. Esta montaña es el lugar más alto del mundo. Desde aquí se ve todo. Aquí se entienden las cosas ocultas.

—Se entienden *algunas* cosas —replicó la alondra—. Sí, algunas cosas grandes, incluso. Pero no todas las cosas. En realidad, ni siquiera las más grandes.

—Entonces, ¿dónde puedo entender la cosa más grande de todas? ¿Me contarás tú su historia?

—Yo no puedo —pió la alondra, que agachó la cabeza—. Pero conozco un modo de...

—¿Cómo?

—Tendrías que hacerte muy pequeño, para poder subirme a mi espalda, y entonces yo te llevaría al lugar de las leyendas, donde se dicen las cosas ocultas, las grandes cosas que están registradas en los anales del corazón.

Ante su propia sorpresa, el príncipe sintió un leve anhelo, un centelleo, dentro del pecho, una opresión en el hueco vacío ocupado antaño por su corazón, y en cuya cavidad rodaba ahora una pequeña piedra. Cuanto mayor era el anhelo, más pequeño se hacía él. Fue encogiéndose de tamaño hasta reducirse a las proporciones de un colibrí, y se encaramó a la espalda de la alondra.

—Te ordeno que me lleves al lugar del corazón —dijo en voz bien alta.

—De acuerdo —cantó la alondra, que voló en medio de la noche y del viento.

Sobrevolaron reinos y mares, hasta llegar a una tierra desolada, de desiertos grises y bosques muertos. Llegaron a un castillo situado en lo alto de una elevada colina. Un dragón dormía en la entrada. La puerta y las ventanas del castillo estaban cerradas herméticamente para no dejar pasar la luz, a excepción de una pequeña ventana, en una alta almena. Hasta ella llegaban las ramas desnudas de un roble seco, otrora imponente. La alondra se posó en la más alta. El príncipe se bajó con dificultad del lomo del pájaro y se aferró a una ramita.

—Y ahora cuéntame el cuento —ordenó.

La alondra abrió el pico. El cuello le vibraba y los ojos se le movían danzarines, como si cantara, pero no emitía sonido alguno.

—¡Canta! —gritó el príncipe.

—Estoy cantando —dijo la alondra.

—¡No se oye ningún canto! ¡Solo el silencio!

—Canto en una clave que tú no puedes oír. ¡Mira ahí dentro! —y el pájaro le hizo un gesto con el pico en dirección a la ventana abierta.

Cuán sorprendido quedó el príncipe al ver a una hermosa mujer en el interior. Estaba reclinada sobre una cama, de espaldas a los dos visitantes ocultos entre las ramas, que oían no obstante el sonido de su llanto.

—Amado mío —decía la mujer entre lágrimas—, ¿por qué te ha hecho tanto daño? ¿Por qué nos odia?

El príncipe no podía ver la persona a la que ella hablaba, porque la habitación le era visible solo en parte y porque gran parte de la cama quedaba oculta por la figura de la mujer.

—Escucha y guarda silencio —le dijo la alondra al príncipe en un susurro.

La mujer vertió miles de lágrimas y pronunció muchas palabras en dirección al lecho, pero no obtuvo ni una sola respuesta. Ellos permanecieron sentados un día entero, y toda una noche, y todo el día siguiente también, observando a la mujer mientras atendía pacientemente a quien estuviera en la cama, cuyo rostro quedaba apenas fuera del campo de visión. Ella le daba de comer, le cantaba, le tapaba con un gran edredón azul, sobre el que había bordado un corazón y una cruz, y el nombre de quien yacía en el lecho.

Acabó el día y pasó la noche, y un nuevo día vino y pasó, y el príncipe se cansó de mirar.

—Este es un lugar de desdicha, y lamento el dolor de esa mujer —le dijo el príncipe a la alondra—. Pero aquí no hay ninguna gran historia. Quiero volverme a mi montaña.

—Qué tardo eres en comprender, príncipe, y qué poca paciencia tienes.

—¡Vamos, que esto acabe de una vez! ¿Está hablándole a su hijo, o a su esposo, o a un padre anciano?

—A ninguno de esos.

—¿A un amigo, entonces?

—No.

—¿A su prometido?

Pero la alondra no respondió. El príncipe estaba ahora muy enojado.

—¡Sácame de aquí! —exigió.

—Eso ya no es posible —dijo la alondra—, pues tu peso es excesivo para mí.

Y dicho esto, el pájaro alzó el vuelo, y el príncipe comprobó consternado cómo había recuperado su tamaño original. Las ramas secas comenzaron a crujir y a quebrarse bajo su peso. El dragón se despertó ante aquel estrépito y, olisqueando al intruso, se enroscó en torno a la base del árbol, mirando hacia arriba con malevolencia.

—Ven, baja, oh el más hermoso de los hijos de los hombres —decía el dragón—, y te haré señor de este palacio y rey de este reino.

—No —dijo el príncipe—, porque este palacio es una prisión, y este es el reino de la desolación.

—Entonces yo te daré palacios mejores y reinos florecientes para que juegues. Hay muchos cargos y principados, no tengo más que comerme un rey o dos y todo será mío. Yo te lo daré.

—¿Y por qué razón ibas a dármelo?

—No tiene nada de placentero gobernar el mundo solo. A gusto lo compartiría con un buen compañero.

—¡Mientes! Si tan generoso eres, ¿por qué tienes aquí atrapada a esta dama que no deja de llorar?

—No es más que una loca que solo dice naderías. Si la tengo ahí es porque me ayuda a pasar el rato. Su cotorreo me entretiene.

—¡Aparta de ahí, pestilencia! —gritó el príncipe—. ¡Eres un ser maldito! ¡Fuera!

El dragón se desenroscó del pie del árbol y retrocedió un par de metros, pero su malevolencia se centuplicó, y el príncipe se aferró con fuerza al tronco del árbol, temeroso de que el odio de la bestia pudiera arrastrarlo y hacerle caer.

—Baja —decía el dragón.

—No bajaré —decía el príncipe.

—Por todos los poderes de las tinieblas, ¡te ordeno que caigas! —rugió el dragón.

En el lugar en el que estuviera antaño ubicado su corazón, el príncipe notaba un funesto peso que tiraba de él hacia la boca del dragón. Los dedos del príncipe perdían fuerza al agarrarse a las ramas, la altura le daba vértigo, y le flaqueaba la voluntad. Al darse cuenta el dragón de todo aquello, se convenció de su triunfo.

—Una dieta de reyes es mi mayor deleite —rió—. Ya me comí al padre de esa mujer de la almena, y me comí a tu padre también. Y a ti también te devoraré.

Al oír esto, el príncipe exclamó en voz alta:

—¡Por el poder del verdadero corazón, te ordeno que te vayas!

Desenvainó la espada y, apuntando con ella hacia el dragón, saltó hacia el monstruo. El dragón, cogido totalmente por sorpresa, no pudo escapar lo bastante rápido, y la espada le cortó la cabeza mientras el príncipe caía en tierra.

Durante largo rato permaneció allí tumbado, en medio de la oscuridad. No sentía nada. Le parecía como si le hubieran arrancado no solo el corazón, también el cuerpo y la mente, y se preguntó si no habría sido devorado por la serpiente. Al cabo oyó la voz de una mujer:

—Amado mío —dijo entre lágrimas—, ¿por qué te ha hecho tanto daño? ¿Por qué nos odia?

El príncipe se despertó y se dio cuenta de que estaba en una cama, tapado con un edredón azul en el que había bordados un corazón, una cruz y su nombre. Le dolía el cuerpo de los pies a la cabeza, y en el centro, en el lugar donde antaño tuviera el corazón, sentía una terrible angustia. Le dolía tanto, que el príncipe jadeó y abrió los ojos. Ahora sabía que estaba vivo y que un fuego ardía en su pecho, y que el dolor que le producía era peor que la muerte misma. La mujer le vio los ojos y supo que estaba vivo. Acercó la mano a su pecho y le tocó en el lugar del corazón, y el fuego ardió con más intensidad, aunque ahora era un fuego que daba luz. Se tomó cálido y extremadamente dulce. Y entonces el dolor se diluyó en la nada.

—Por fin despiertas —dijo ella—, tal y como me habían dicho.

—¿Quién? ¿Quién te lo había dicho? —preguntó él. Ella se volvió sonriente hacia la ventana.

—Ella —replicó.

Juntos vieron a la alondra retomar el vuelo desde la ventana. Mientras sobrevolaba los mares, dejó caer una pequeña piedra del pico y no se la vio más.

~

Si Pawel había pensado provocar algún tipo de reacción en David con esta historia, se equivocó una vez más, al igual que había venido sucediéndole hasta el momento. El muchacho permaneció con los ojos cerrados durante varios minutos, no dejando traslucir ningún tipo de agrado ni desagrado, y sin ofrecer comentario alguno. Pawel llegó a pensar si había hecho que se quedara dormido. Pero no era así, porque justo en el momento en que iba a despertarlo, David abrió los ojos.

—El príncipe —dijo con voz queda—, el príncipe encontró su corazón. —Lanzó una mirada fugaz a Pawel—. Un corazón entero.

Sin decir más, se estiró en el colchón, hasta quedarse dormido. A la luz de la vela, Pawel se quedó observándole un rato y luego encendió la lámpara de la mesilla de noche. Tras coger papel y pluma, escribió lo siguiente:

Archivo, 28 de febrero

A ti y solo a ti, oh alma mía, escribo estas meditaciones. ¿Las releeré algún día cuando sea viejo... si es que me es concedido el privilegio de llegar a viejo?

Ahí está, durmiendo en un cuerpo de hombre, con una mente que madura a toda velocidad y con un corazón que conserva la inocencia de la niñez. ¿Quién puede haber concebido un

misterio así? Pero también él envejecerá... si le es concedido. Y si es así, ¿qué dramas contendrá su vida? ¿Cuál será su misión?

¿Cómo fortalecerle ante su incierto futuro? ¿Cómo amar sin ser posesivo? Qué fácil es que las manipulaciones de la dependencia, la familiaridad y la posesión se cuelen en una relación. Lo que uno desea es atraerse al ser amado con una multitud de ataduras que no le lastimen y hechas de ternura. Qué sutil se vuelve todo.

Hay que mantener ante el propio corazón una vigilancia que es esencial para el ofrecimiento total del yo. No es posible darse así sin ayuda de la oración, pues el hombre por sí solo no es capaz de dominar el impulso a la unión y la culminación. En realidad, sospecho que no es nuestro designio el ser nuestros propios dueños. Si en el matrimonio son tres los que hacen la unión: la esposa, el esposo y el Creador, así debe ser entonces en la amistad.

Amigo o amante, junto a las puertas de tu corazón debe haber siempre un centinela, y ese centinela es la Verdad. Si ignoras sus advertencias, sin duda deberás saber que estás eligiendo. Tú solo eres el responsable de lo que tenga que pasar: la muerte del Amor.

~

A la mañana siguiente, Pawel se sentía lo bastante recuperado como para bajar renqueando a abrir la librería por primera vez en dos semanas. Se sentó en una silla junto a la puerta, bajo un rayo de luz solar. Se había puesto el traje marrón y la corbata negra, y se había echado sobre los hombros una manta de lana. El hecho de empezar a parecerse al tío Tadeusz era motivo de no poca preocupación para él, pero aun así cogió el bastón con el águila de marfil y se lo puso cruzado sobre las piernas. La tienda estaba vacía, de modo que tenía total libertad para hacer muecas y refunfuñar a la manera del viejo cascarrabias. Se las cantó claras a un invisible Haftmann. Propinó unos cuantos bastonazos a un Smokrev imaginario. Disfrutaba de la sensación, con una leve sonrisa. Bebió a sorbos de su vaso de té con franca satisfacción.

El primer cliente no entró hasta poco antes de mediodía. Del mismo modo que siempre, Baba Yaga introdujo su hedionda carretilla por la puerta.

—Tengo libros para usted.

—Ah, ¿sí? Enséñemelos.

Una colección hecha trizas de los *Sonetos de Crimea* de Mickiewicz (como literatura, sin precio; como historia, una reliquia; como libro, sin valor alguno); algunas novelas; una colección de cuentos para niños de los hermanos Grimm, con encuadernación en piel y diseño *art nouveau*, en un estado excelente... probablemente bastante valiosos. Y, finalmente, un mamotreto de 722 páginas de sandeces arias titulado *Glazialkosmogonie*, un ensayo sobre teoría racial publicado en 1913 por algún pseudocientífico papanatas.

—Al gusto de nuestros visitantes —dijo Baba Yaga. Él se la quedó mirando.

—¿Nuestros visitantes?

—Esos que han venido del oeste sin invitación.

—¿Se refiere a los alemanes?

—*Tak!*

—No me interesa.

—Pues entonces se lo regalo.

—No lo quiero.

—Úselo de papel higiénico —dijo con voz chillona, estremeciéndose de risa.

Pensándose dos veces, Pawel dijo:

—Lo acepto con gratitud.

Era palpable el desequilibrio de aquella mujer, por supuesto, pero cuántas personas cuerdas antes de la guerra manifestaban ahora un comportamiento extraño...

—Bronek le envía este mensaje —le dijo, entregándole una nota arrugada envuelta en un pañuelo mugriento.

Necesito papel, si puedes. Es para un asunto urgente. Mándamelo a través de esta menuda patriota.

B.

—¿Es amiga de Bronek?

—Socia. Hago alguna cosa más que vender té delante del palacio Staszic, donde resulta útil observar el ir y venir de muchas personas.

—¿Qué otras cosas hace?

—Oh... *cosas*. Carreteo basura, compro trapos viejos, llevo mensajes de un lado a otro de la ciudad, cuando a algunas personas les sería difícil hacerlo...

—Un negocio peligroso.

—Hay que saber hacer frente a las tormentas.

Él le ofreció la mano y le dijo por primera vez su nombre. Ella se quedó observándole la mano con recelo y finalmente se la estrechó con su marchita garra de ardilla.

—Sí, sí, ya sé quién es usted. Y escúcheme bien, Pawel Tarnowski, y no sea tan estúpido como para echarme demasiadas monedas en el bote. La gente creerá que es rico, y luego se preguntará cómo es que un polaco nada en la abundancia. Mejor compre zapatos a los que van descalzos.

—Así que no está usted tan desorientada como parece a veces, *pani*.

—Es útil estar loca.

—Sospecho que es todo menos una loca.

—Puede. Oiga, ¿tiene qué comer?

—¿Tiene hambre?

—¿Cuándo no he tenido yo hambre?

Tras un breve momento de deliberación, Pawel dijo de forma abrupta:

—Venga conmigo.

Subieron la escalera tambaleándose, Pawel delante, pisando fuerte y de forma ruidosa.

—Tomaremos un poco de té y un bocado de algo —dijo en voz bien alta. Se produjeron algunos sonidos en el límite de lo audible que por fortuna solo él podía reconocer. Para cuando llegaron al apartamento, David ya se había escabullido en el desván.

—¿Vive solo? —preguntó la mujer, escrutándolo todo con sus ojillos penetrantes.

—Estoy solo.

—Cuánto espacio para un hombre soltero.

Se sentó emitiendo un gruñido en una silla de la cocina. Pawel partió un poco de pan y embutido, lo último de lo último que le quedaba. Preparó un té todo lo cargado que pudo y echó dos terrones de azúcar.

Ella se lo comió todo con rapidez, lanzándole fugaces miradas llenas de resentimiento, como si hubiera preferido que le sirviera un niño cocinado... al pequeño Pawelek quizá.

—Su hermano ha desaparecido —dijo con indiferencia.

—¿Bronek?

—El otro, el que está casado con una judía.

—¿Cómo lo sabe?

La mujer se encogió de hombros.

—Después de que se llevaran a su mujer y a su hijo, estuvo trabajando un tiempo con Bronek. Un día hicieron una redada en el sótano. Todos se dispersaron. Bronek volvió, pero el otro...

—Jan.

—Sí, eso. Él no ha vuelto a aparecer.

Incapaz de decir nada, Pawel observó cómo ella se servía otro vaso de té y se echaba cuatro terrones de azúcar.

—Esto sí que es té de verdad —dijo con desconfianza—. ¿De dónde lo ha sacado?

—De un amigo. ¿Cómo se llama usted?

—No necesita saber cómo me llamo. ¿Dónde tiene el papel?

—¿Cómo sabe que tengo papel?

—Me lo dijo Bronek.

—Él ya sabe que se me acabó el papel. Le di el último que me quedaba.

—También sabe que le han suministrado repuesto.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo dije yo —mostró una desdentada sonrisa, entregándose al pequeño poder que le conferían sus acertijos, relamiéndose con ellos.

—¿Se lo dijo usted?

Ella le miró de frente y dijo con tono de objetividad:

—Bronek trabaja para mí.

—¿Que Bronek trabaja para usted?

—Sí, para mí trabaja —dijo con irritación—. Las cosas no siempre son lo que parecen. La gente no tiene por qué ser un niño bonito como usted para hacer algo grande en este mundo.

Pawel se echó hacia atrás, ofendido.

Ella se rió.

—Oiga, estamos en guerra. El demonio hace su agosto. ¿No tiene ojos en la cara?

—Ya lo sé, es horrible.

—No sabe de la misa la mitad —dijo ella con desagrado—. Bueno, ¿va a darnos el papel, sí o no?

Bajaron el tramo de escaleras, y Pawel le pidió que esperara junto al escritorio de la planta baja. Bajó al sótano a buscar en el lugar oculto el paquete de papel de oficina que le había proporcionado Haftmann y lo subió a la tienda. Allí estaba Baba Yaga esperándole, inclinada sobre la carretilla, que había colocado bajo la cortina en ausencia de Pawel. Soltando un gruñido, le arrebató el papel de las manos y lo metió debajo del amasijo de harapos.

—¿No quiere ya Bronek usar mi prensa? —preguntó Pawel.

—Aquí vienen demasiados *invitados*. Hemos encontrado otra prensa.

Y dicho esto salió por la puerta empujando la carretilla. Una vez se hubo marchado, Pawel examinó con más detenimiento los libros que le había dejado en el escritorio. Entre ellos había uno en francés... una novela de Léon Bloy.

~

—Ha tenido la librería cerrada —dijo Haftmann.

—He estado enfermo.

—Ah, lo lamento entonces.

—*Doktor*, ¿les falta mucho para acabar la copia de mi manuscrito?

—¿Su manuscrito? Oh, sí, ya está casi listo. Esa mujer tan vana es desesperante, me refiero a mi secretaria. Se pasa el día en la oficina mirando a las musarañas, y al final de la jornada no ha mecanografiado más que una página o dos. Se ha comprometido con un joven soldado de la Wehrmacht.

—¿No habría disponible otra secretaria, quizá?

—Solo tengo una asignada. No se impaciente, será cosa de unas semanas más.

Haftmann se puso a rebuscar por los anaqueles. Al cabo de diez minutos volvió al mostrador, hablando animadamente y mostrando un libro en alto a los ojos de Pawel.

—¡Una novela de Bloy! —exclamó—. ¡Bloy! Esto es una joya. ¿Cómo no me lo había dicho?

—Se me había escapado, por culpa de la enfermedad...

—No es *La mujer pobre*, claro está, pero es otra que he deseado durante años, *El desesperado*.

Haftmann permanecía junto al mostrador, incapaz de resistirse a catar algo del texto.

—Escuche esto, escuche: *Nuestra libertad y el equilibrio del mundo son interdependientes, y esto es lo que debemos comprender si no queremos quedarnos atónitos...* —Haftmann levantó la vista—. Un escritor contundente, ¿no le parece?

—Es muy bueno.

Pawel se preguntaba si el profesor había entendido de verdad el significado del pasaje, pues si así era tenía que considerarlo una amenaza para su causa. Tal vez aquella peligrosa idea estuviese a salvo encerrada en la historia de otra persona. Procuraría pensar en ello cuando se marchara Haftmann. Le costaba concentrarse, el gusanillo en el estómago no se lo permitía.

—Tarnowski, no está escuchándome.

—Le escucho, *Doktor*. Continúe, por favor.

—Se lo digo de verdad, debería dedicarse más a leer los libros que vende. Este es una combinación extraordinaria de misticismo francés e inspiración poética: «Cada vez que un hombre engendra un acto libre, proyecta su personalidad al infinito. Si le da a un pobre una moneda a regañadientes, esa moneda perfora al pobre la mano, cae al suelo, perfora la tierra, abre orificios en los soles, atraviesa el firmamento y compromete al universo entero. Cuando se engendra un acto impuro, se oscurecen quizá miles de corazones a los que no se conoce.»

Haftmann levantó la cabeza del libro con expresión solemne. Se miró el reloj con gesto enérgico.

—Es tarde —dijo en voz baja.

—*Doktor*, ¿diría usted que la cultura puede crearse o mantenerse allí donde no hay libertad?

Sin responderle, Haftmann le dirigió una mirada impenetrable, le pagó el libro y se marchó.

14

David volvía al desván todas las noches. *Festung Dovid*, le llamaba, Fortaleza de David. Pawel dormía mejor cuando él no estaba en el piso. La otra presencia, la de la Madre, ganaba nitidez o la perdía de acuerdo con su estado de conciencia y con la intensidad de su oración.

Una noche, después de una modesta cena, David subió pronto al desván, y Pawel se quedó leyendo apaciblemente en la cama. A las nueve se fue la luz, y Pawel, que aún estaba convaleciente de su enfermedad, no tardó en quedarse dormido.

Se vio en sueños paseando por un bosque de abedules. Debía de tratarse de un bosquecillo en medio de las onduladas tierras altas de los Cárpatos, pues a lo lejos veía cumbres nevadas, hacia el sur, y al norte las granjas de las llanuras. Volvía a ser un niño otra vez, tendría quizá ocho o nueve años. El sol brillaba con fuerza, y él era feliz.

Una voz le dijo desde lo alto:

—Está en camino.

—¿Quién está en camino? —preguntó con voz aguda.

—El seductor del mundo entero —dijo la voz desde lo alto.

—Tengo miedo —balbució él.

—No tengas miedo.

—¡Tengo miedo! —gritó.

Y entonces cayó a un pozo muy profundo. Caía y caía, y mientras caía sus gritos se perdían en forma de eco, al tiempo que la lejana luz se reducía. Al sentir que caía cada vez más deprisa, estiraba los brazos y las piernas para ralentizar el descenso, pero se hacía daño en los dedos con las piedras y las raíces que sobresalían de las paredes del pozo. Llegó hasta el fondo, aterrizando con un ruido sordo. Para su asombro, estaba ileso.

El fondo del pozo era de arena seca y estaba cubierto de huesos pequeños.

Caminó a tientas, a cuatro patas, tratando de encontrar algún medio por el que poder volver a trepar hasta el punto de luz que se veía allá a lo lejos, sobre su cabeza. Sus dedos tocaron un cuerpo tumbado junto a la pared.

Se apartó de un salto al oír el gruñido del cuerpo, hasta que se dio cuenta de que era otro niño como él, que había caído también en aquella oscuridad.

Era un niño más pequeño. Lo incorporó y lo dejó sentado, con la espalda contra la pared.

—Despierta, despierta, estamos en peligro.

—¿Dónde estoy? —dijo el niño más pequeño—. No me gusta cómo huele aquí.

—¿Cómo te llamas?

—*Primogénito*. ¿Y tú cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—*¡No-tengo-nombre!* Qué nombre tan raro.

—Antes me llamaba Pawelek, pero perdí mi nombre.

—¿Cómo tengo que llamarte, entonces?

—No sé.

—Aunque hayas perdido tu nombre, ¿me ayudarás a trepar?

—Sí.

No habrían trepado más que un par de metros cuando algo los barrió de la pared, y volvieron a caer al mismo lugar de antes.

—Solo era un murciélago —le dijo el más mayor al más pequeño.

Volvieron a intentarlo, y cuando estaban a una altura similar a la de la primera vez sintieron como una bofetada que los devolvió al suelo.

—Debe de haber sido el viento —dijo el más pequeño. La tercera vez, un golpe severo los tiró al suelo, y allí se quedaron, frotándose sus doloridas cabezas.

—Sois míos. Me pertenecéis —dijo una voz espantosa salida de la oscuridad, que sonaba como un suave trueno, como las negras nubes de tormenta que encierran la ira contenida.

—Os comeré. Pero primero jugaré con vosotros.

Los dos niños se levantaron de un salto y se pusieron a gritar y a correr en círculo.

Los ojos se les habían acostumbrado ya a la oscuridad, de modo que pudieron distinguir las formas de un reptil gigantesco que yacía cómodamente enroscado en un rincón de la estancia. La cola se encaramaba zigzagueante por las paredes del pozo, desapareciendo en dirección a la luz.

Abrió las fauces y bostezó, y los niños, inmovilizados por el terror, vieron dentro de aquella cavernosa boca millones de joyas y millones de cráneos humanos del tamaño de una moneda. De la boca salió un vómito de fuego, que hizo arder la ropa de los niños. Con un gesto de desprecio, los roció de un líquido hediondo que apagó las llamas. Entonces emanó de su boca un chorro vaporoso, negro como la tinta china, que lo emborronó todo, hasta el diminuto punto de luz sobre sus cabezas.

Sus ojos hendidos relucían con tal maldad, que los niños se arrojaron de bruces al suelo, con la esperanza de obtener una muerte instantánea. Esperaron y esperaron, hasta que por fin Pawelek miró por entre los dedos y vio cómo la bestia se retiraba de nuevo al rincón más alejado de la estancia. Sus ojos rebosaban odio y, sorprendentemente, también temor. Los niños alzaron la mirada y vieron que había un tercer niño de pie, junto a ellos. Era el más pequeño de los tres. Inmóvil, el dragón lo observaba.

El Niño iba vestido de blanco y ceñido con un cinturón dorado. Extendió los brazos, y los otros dos niños se acurrucaron debajo, uno a cada lado. El Niño abrió la boca, y salió de ella una pequeña espada.

Le dio la espada a Primogénito, pero el pequeño no podía verla, aunque percibía su presencia. Trató de asirla, primero de una forma, luego de otra, pero siempre se le caía de las manos. Le mostró las manos desnudas al Niño y se puso a llorar. La espada quedó suspendida en el aire.

El Niño abrió de nuevo la boca, y de ella salió otra espada. Esta se la ofreció a Pawelek, que la cogió entre sus temblorosas manos.

—Estos pequeños humanos son míos, los quiero para mí —retumbó el dragón.

—No son tuyos, no los tendrás —dijo el Niño.

El dragón y el Niño se miraron fijamente, sin cruzar más palabras.

El Niño tocó a Pawelek con el dedo en el corazón.

—Ponte de pie.

Poco a poco se levantó, temeroso de que en cualquier momento el dragón lo derribara contra el suelo.

De la boca del Niño salió un largo rollo de papel, como una cinta. El papel era de una blancura deslumbrante, y escrita en él con letras doradas había una palabra.

—Este es tu verdadero nombre. Cómetelo —dijo el Niño. Pawelek se lo comió.

Le inundó la fuerza.

—¿Tú por qué no llevas espada? —preguntó al Niño. Por toda respuesta, el Niño le enseñó las manos y los pies, que estaban perforados. De los orificios emanaba luz.

—Este es el que me infligió las heridas en el cuerpo, y ahora las teme. Con ellas le venceré. Quedaos quietos.

—¿No puedo ayudarte? —preguntó Pawelek, recordando que blandía una espada en la mano.

—Si decides ayudarme, no cedas al miedo. Debes saber que yo ya le he derrotado.

Al oírlo, el dragón se lanzó enfurecido sobre los tres niños. El Niño lo repelió abriendo las manos y levantándolas con las palmas al frente, para hacer que la bestia retrocediera. Pero esta se elevó por encima de sus cabezas, dando coletazos, rugiendo y llenándolo todo con las tinieblas que

arrojaba por su boca. Profería blasfemias y maldiciones, y vomitaba mentiras a Pawelek, que dejó escapar un grito de terror, pero el Niño le miró y volvió a infundirle fortaleza. Entonces se dio cuenta de que también su espada difundía luz. Trató de dominar su corazón, posó una rodilla en tierra y levantó la punta de la espada hacia el vientre del monstruo. El Niño también alzó las manos y el dragón bramó, pero ya no era más que un lagarto presa de insolación intentando devorar el sol abrasador del mediodía.

De improviso, el dragón se encogió hasta quedar reducido al tamaño de una avispa... un diminuto dragón volador que zumbaba alrededor de sus cabezas.

—No os dejéis engañar —dijo el Niño—. Aún no está derrotado.

Entonces la bestia desapareció por completo.

—Ahora es cuando es más peligroso —dijo el Niño.

Cuando acabó de decir estas palabras, un espantoso rugido llenó el pozo, y de repente todo se convirtió en fuego, oscuridad y chasquido de colmillos.

Primogénito se arrojó a los pies de Pawelek en busca de protección, hecho un ovillo.

—Mi querido hermanito —exclamó Pawelek—, ¡no tengas miedo!

Y levantó la espada mientras el dragón se abalanzaba sobre él.

Pawel se despertó con un fuerte sobresalto. Se incorporó en la cama, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —susurró.

Se sentó con las piernas colgando del borde de la cama, el rostro oculto entre las manos, tratando de recordar el nombre con el que le había obsequiado el Niño. Pero se le había ido de la cabeza. Por mucho que lo intentaba, no conseguía recordarlo, aunque seguía estando ahí, apenas un poco más allá del alcance de sus dedos, como un destello dorado.



Tendría ocho o nueve años en aquel verano. Pasaba el mes de agosto en casa de sus abuelos. El sol brillaba con todo su esplendor en lo alto del cielo azul, los campos rebosaban de heno, los pinos calientes llenaban el aire de un aroma dulzón, los saltamontes saltaban, las nubes blancas pasaban una tras otra por encima de las llanuras hacia las montañas.

La abuela bordaba a mano y andaba siempre pendiente de su ropa. Le hacía helado en un cubo. Le cantaba canciones montañosas.

Su abuela olía a lavanda y a salvia. A ella le encantaba la salvia y también la lavanda, por lo que había llegado a la conclusión de que juntas duplicaban sus poderes. Todos le tomaban un poco el pelo con aquello, pero a ella no le importaba. A Pawel aquel perfume le parecía más bien agradable. Era como el olor de la abuela, sencillamente. Todas las noches lo arropaba con un edredón azul, demasiado caliente para las noches de agosto, pero a él le gustaba porque ella le había bordado su nombre en la prenda, junto con un corazón y una cruz. A la luz de una vela le contaba cuentos en los que aparecían *Kolibri*, el pequeño pájaro, y *Zabawa*, la alondra. Luego se sentaba y se mecía un rato junto a su *plegatín* y se ponía a pasar el rosario mientras él se quedaba dormido. Como tenía tanto miedo de la oscuridad en Zakopane, era la única manera de dormirse. Él le preguntaba cosas medio dormido, y ella le contestaba con una voz muy tranquila, hasta que al niño le pesaban tanto los párpados que se quedaba como flotando sobre las suaves plumas y suspiraba.

—¿Hay osos por aquí, cerca de casa, abuela?

—No, mi Pawelek. Y si se acercara alguno, el yayo lo mataría.

—Oh. ¿Y el tío abuelo Nicholas? ¿Está cerca de casa?

—Está durmiendo en una cabaña.

—¿Y se va a despertar?

—No, no se va a despertar.

—¿Entrará en casa durante la noche?

—Qué cosas más tontas preguntas, Pawelek. Vamos, es hora de estarse calladito y de oír cantar a Zabawa.

Y en efecto podía oír el canto de Zabawa, la música que solo a veces es insonora. También podía ver las estrellas, a través de la ventana, si hacía un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

Su abuela, siempre que se ponía a rezar, cerraba los ojos. No siempre, pero muchas veces, de las comisuras de los ojos se le escapaban lágrimas como hilos de plata.

—¿Por qué lloras, abuela?

—No estoy llorando, Pawelek.

—¡Pero si te estoy *viendo* llorar!

—Me estás viendo rezar.

—Veo cómo te cae agua de los ojos.

—Sí, eso sí.

—¿Estás triste?

—No, me siento muy feliz.

—Pues no pareces muy feliz.

—Porque no es como la felicidad de cuando bailas o cuando te ríes por una broma. Es la que da la paz.

—Paz.

—Sí. Te viene cuando rezas. Es como un pozo que se desborda.

—¿Siempre pasa eso?

—No siempre. A veces el pozo está seco.

—¿Cómo se vuelve a llenar?

—No estoy muy segura. Normalmente la persona tiene que pedirlo. Luego tiene que esperar hasta que vuelva.

—¿Cuándo?

—Cuando él quiere.

—¿Está frío? ¿Duele?

—Es una sensación muy cálida. Maravillosa.

—¿Es como cuando el abuelo te besa?

—Pues sí, como eso. Pero más.

Qué adorables eran los ojos de la abuela. Era muy vieja. Muy dulce. Por mucho que tratara de permanecer despierto, para cuando ella salía de la habitación, él siempre estaba ya dormido.

El abuelo era fuerte. Tenía unos buenos músculos, a pesar de que pertenecía a la pequeña aristocracia rural. Amontonaba el heno con sus recios brazos desnudos al sol. La multitud de medallas religiosas que llevaba le tintineaban contra el pecho como los cencerros en el bosque. Al final siempre se le salían de la camisa, y se le quedaban colgando de sus cordeles. La mayor de ellas era un disco de plata que pendía de una cinta roja y blanca.

El tío abuelo seguía al abuelo cuando este iba al campo, tropezándose por entre el rastrojo y sermoneando al abuelo acerca de la inutilidad de hacer de jornalero en su propio campo.

—Somos lo bastante ricos como para pagar a alguien.

—Eso era hace cuarenta años, Nicholas. ¡Nicholas, deberías dejar de beber! Ahora somos pobres como campesinos. En realidad, *somos* campesinos. Piensa una cosa: vivimos en la casa que nos alquila el vecino. Poseemos unos pocos baúles llenos de recuerdos, algunos muebles buenos y nuestro pasado. Eso es todo. Soy un hombre honrado, he pagado las deudas que teníamos. No nos queda más que un poco de dinero... el suficiente para permitirnos un santo cansancio y una muerte misericordiosa.

—¡Ya salió el poeta de siempre! —dijo el hermano del abuelo con su único ojo.

—¡No te olvides de *Puderniczka*, abuelo! —sugirió Pawel con timidez.

Los dos viejos se rieron de buena gana, recordando de pronto la presencia del chico, sentado en lo alto del montón de heno del carro.

—Pues claro, tienes razón, hijo. ¡Todavía nos queda *Pud*!

Puderniczka era el gran caballo de tiro que andaba balanceando el lomo. «Polvera», le había puesto el abuelo. ¡Qué nombre tan divertido para un caballo que había estado en la guerra! Sería por la nube de polvo, caspa y salvado de avena que se levantaba cada vez que le daban una palmada en su gran grupa blanca.

¡*Pud*! Este no era su verdadero nombre, por cuanto había pertenecido al cuerpo de caballería antes del cambio de siglo. Los uniformes y los caballos eran muy importantes en casa del abuelo. El resto de los caballos se había perdido, junto con la propiedad. El abuelo se había quedado con *Pud* solo porque nadie había querido comprar aquel caballo retirado sin utilidad, que había pertenecido a caballeros. Pero cada mes de agosto le enganchaban los arcos para la recogida del heno. Tampoco había una gran necesidad de tal recolección, lo justo para guarnecer los gallineros y para proveer de alimento a *Pud* durante el invierno.

A Pawel le daba miedo el viejo caballo de guerra. Hacía tiempo, cuando tenía seis años, hacia la época en que habían comenzado sus otros miedos, al querer cruzar deprisa el corral había pasado por debajo de los babeantes labios verdes de *Pud*. El animal le había mordisqueado las orejas y le había pasado su lengua rasposa por la cara, acción que convenció a Pawel de que estaba a punto de ser devorado por el gigantesco caballo. Desde entonces lo evitaba siempre.

Y así pasaron los años, hasta que *Pud* se convirtió en un gran terror blanco en su mente. Este terror irracional molestaba mucho a papá. Mamá siempre defendía a Pawel y la abuela también se ponía de su parte.

—Es un niño muy sensible —decía esta—. Igual que su padre cuando era pequeño.

—Yo no era *tan* sensible —decía papá—. Las mujeres siempre recuerdan lo que debería olvidarse, y olvidan lo que debería recordarse.

Seguían provocando y embromando a papá hasta que le hacían reír, y Pawel se divertía, pero no por eso se acercaba lo más mínimo al caballo. Él sabía muy bien que *Pud* deseaba humillarle. Sabía que cada vez que cogía una rabieta, *Pud* estaban pensando en él y mirándole por el rabillo de sus grandes ojos. Pawel *veía* sus pezuñas aplastándole los dedos desnudos del pie, y sus dientes amarillos arrancándole pedazos de carne del brazo, y sus patas propinándole coces que le hacían dar vueltas y le mandaban sin sentido al otro extremo del corral. No, mejor que *Pud* no se moviera de su lado de la valla, que Pawel se quedaría en el suyo.

No comprendía por qué los adultos se preocupaban tanto por él. A veces escuchaba, sin que ellos lo supieran, sus conversaciones en voz baja, y sus palabras se le clavaban en el corazón como si fueran los grandes dientes amarillos de *Pud*.

—Mi nieto pequeño —decía el abuelo— es el único de todos mis nietos que no me llama «yayo». ¿Por qué será? A su abuela sí que la llama «yaya». ¿Es que le doy miedo?

—Es por respeto —decía papá.

—Ese pequeño parece un niño huérfano. ¿No juegas nunca con él en Varsovia subiéndotelo a caballito? ¿No te vas a pasear con él, y le coges de la mano, y le dejas que te cuente todo lo que le apetezca?

—La vida ha cambiado mucho. No tengo tiempo para nada. Si trabajo doce horas al día, seis días por semana, es porque quiero darle una buena vida. Es porque le quiero.

—Pero eso él no lo sabe. Querer no es más que una palabra; tiene que ir acompañada de carne y hueso. Va a sufrir mucho.

—La vida está hecha de sufrimiento —decía papá.

—Sí, la vida está llena de problemas. Pero no tenemos por qué buscarnos más de los que nos tocan.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo muy bien. Todo esto es porque nos hemos empobrecido — le decía el abuelo a papá—. A ti no te gusta ser pobre, y quién puede culparte por ello. Pero no es tan malo ser pobre, cuando no falta la comida y hay amor. Es mejor ser pobre que rico y huérfano. Hazme caso, hijo mío.

Un día de recolección de heno, mamá y papá, la abuela y los niños más mayores fueron a Zakopane a buscar café y golosinas. El abuelo quería enseñar a Pawel un par de cosas de los cuidados de una granja antes de entregarse al santo cansancio y la misericordiosa muerte. De modo que hizo subir al niño a lo alto de los almiaros, le hizo meterse entre los inestables montones, disponer las pacas de paja en filas bien alineadas para aprovechar al máximo el espacio dentro del cobertizo.

El sol estaba justo en la vertical cuando hicieron un descanso para comer. El tío abuelo Nicholas venía arrastrando los pies a través de los campos con una cesta y una botella, y el abuelo lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo moviendo el brazo. Pawel no estaba contento de verle y no lo saludó.

El tío abuelo Nicholas había consumido una parte considerable de la botella antes de su llegada. Ello le había puesto hablador. Les dio una conferencia acerca del heno, del tiempo, de los errores de la historia.

—Mirad al viejo *Pud*, por ejemplo —dijo—. ¡Debería haber estado con nosotros en el campo de batalla cuando echamos a patadas a los rusos de Polonia!

Se acercó dando tumbos al animal, sobre cuyo lomo asestó un fuerte golpe con la mano. Nubes de «polvos» se levantaron en el aire. *Pud* siguió masticando pacientemente avena de un cubo.

—Pilsudski se las arregló para liberar Polonia sin el concurso de nuestro viejo camarada —dijo el abuelo—. Déjalo que descanse tranquilo, se ha ganado la jubilación. En sus buenos tiempos hacía que los prusianos se lo pensarán dos veces.

—Prusianos, rusos... todos unos bastardos —dijo el tío abuelo Nicholas.

Los dos viejos pasaron el brazo alrededor de *Pud*, que sacudió la cabeza y relinchó hasta que por fin le liberaron y pudo volver a su avena.

El tío abuelo Nicholas y el abuelo se sentaron pesadamente bajo un árbol, encima del rastrojo, y se acabaron el almuerzo. Nicholas ofreció a Pawel un trago de la botella.

—¡Bebe, polluelo!

—No, gracias.

—¿Te da miedo beber?

—No me gusta.

—¡A este nieto tuyo todo le da miedo! —dijo el tío abuelo, soltando un gruñido—. Siempre se imagina cosas.

—No es porque tenga miedo —dijo el abuelo sin convicción, y entonces Pawel comprendió por primera vez que su abuelo se sentía avergonzado de él.

—Este zagal tiene miedo hasta de su propia sombra.

—No digas eso —le apaciguó el abuelo—. Tú no tienes miedo, ¿a que no, Pawel?

Para entonces ambos hombres habían ido dando tragos con regularidad de la botella de litro de *kirsch*.

—No, abuelo, no tengo miedo.

—¡Le tiene miedo a *Pud*! —se rió el tío abuelo.

—Vamos, Nicholas, ¿cómo va a tener miedo Pawel a *Pu-Pu-Puderniczka*!

El abuelo izó al niño en el aire y le llevó en dirección a *Pud*. El caballo movió la cabeza hacia ellos, y Pawel vio en su expresión una gran amenaza. Aquel caballo tenía toda la intención de morderle.

Pawel empezó a debatirse y a dar patadas, hasta que se soltó de los brazos de su abuelo y cayó al suelo cuan largo era, mientras, abochornado, se le saltaban las lágrimas de los ojos.

—¿Lo ves? Es un pajarillo asustado —dijo el tío abuelo con desdén.

—Esto es lo que pasa por vivir en la ciudad —dijo el abuelo—. Antes un niño se pasaba con su padre desde la mañana hasta la noche. Aprendía a hacer cosas. Ganaba confianza. Aprendía a ser valiente. Sabía para qué valía. ¿Qué va a aprender un crío metido en un elegante apartamento de Varsovia?

—Lo siento, abuelo.

—No tienes por qué, no tienes por qué —le dijo el viejo, dándole unas palmaditas en la cabeza y sacudiéndole el polvo—. No pasa nada, no pasa nada.

Pero Pawel se dio cuenta de que estaba triste.

Volvieron y se sentaron. Al lado del árbol había un pozo, que ya no se utilizaba. Siempre estaba medio seco, así que el vecino había excavado otro en un sitio mejor. El pozo nuevo, junto a la casa, siempre estaba lleno.

—¿Tú sabes, Pawel, que cuando yo era pequeño como tú aprendí a no tenerle miedo a nada? —dijo el abuelo.

—Y antes de eso, ¿tú también tenías miedo?

—Oh, sí, claro. A algunas cosas. A los osos que bajaban de las montañas en primavera. Y sobre todo a los lobos, aunque luego se me fue pasando. Pero siempre le tuve mucho miedo a Wrog.

—¿Qué es Wrog?

—¡Di mejor *quién* es Wrog!

—¿Quién es Wrog?

—El dragón que vivía en una cueva bajo la ciudad de Cracovia.

—¿Cracovia está lejos de aquí?

—Sí, pero eso no importaba mucho, porque, verás, había un túnel que iba de Cracovia a... —el abuelo señaló al noroeste, hacia el horizonte, y trazó una línea que pasaba por donde se elevaba el terreno, directamente hasta sus propias colinas—. Por ahí, y cruzaba por allá, y venía... ¡hasta aquí mismo!

El dedo del abuelo se detuvo en la boca del pozo. Tenía los ojos abiertos de par en par, la expresión grave.

—Yo sabía que Wrog podía volar como una flecha por el túnel desde su cueva bajo la ciudad y salir por aquí por la noche para robar ovejas y capturar a los niños y a las doncellas lo bastante tontas para rondar por la calle después de oscurecer.

—¿Me estás contando un cuento, abuelo?

—Es un cuento *real*, Pawel —dijo el abuelo, con un enfático asentimiento con la cabeza.

El tío abuelo resopló.

El abuelo condujo a Pawel hasta la boca del pozo, sobre la que se inclinaron. A Pawel le dio en la cara una ráfaga de aire frío, que olía a tierra.

—¿Está muerto? ¿Hace mucho?

—Hace mucho tiempo.

—Pero ¿está muerto? Dímelo.

—Ahora te toca a ti conocer el final del cuento.

—¡Vayámonos de aquí! —exclamó el niño alarmado. El abuelo levantó un dedo con energía.

—*Nie!* —dijo.

Pawel lo miraba fijamente, con el corazón latiéndole con furia.

—Nicholas, ¿dónde está la sogá? —le preguntó el abuelo.

—Enrollada en el travesaño del carro.

El abuelo ató un extremo de la sogá al árbol y la llevó hasta la boca del agujero. Dejó caer el otro cabo en la negrura. Se agachó hasta el borde para meter su encorvado cuerpo por la abertura y fue bajando poco a poco al abismo.

—¡Abuelo! —gritó Pawel—. La abuelita se pondrá muy triste si no vuelves. ¡Llorará mucho!

—Pues déjala que llore —se oyó una débil voz desde las profundidades—. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Sal de ahí! —chillaba el niño.

—Está seco —gritó la voz desde el fondo del pozo.

Al cabo de unos minutos el abuelo volvía a salir a la luz del día, gruñendo, respirando con dificultad, entornando los ojos y sonriendo con extrema satisfacción.

—Sí, sí, está exactamente como lo recordaba.

—¿Por qué dices *exactamente como lo recordaba*? —preguntó Pawel nervioso.

—Oh, cuando yo tenía unos nueve años bajé ahí abajo para matar a Wrog.

—¡Matar a Wrog! —jadeó el niño.

—Sí —dijo el abuelo con un tono de indiferencia, como si la cosa no tuviera la menor importancia.

—¿Y lo mataste?

—No. Por desgracia, se escapó.

—¿Por qué se escapó?

—Porque yo ya no le tenía miedo. Es la peor injuria que puedes hacerle a un dragón.

—Pero ¿cómo lograste no tenerle miedo?

—Fue difícil.

—Pero *dime* cómo —suplicó Pawel.

El abuelo se sacó una vela y una cerilla de madera del bolsillo.

—Cogí una vela y una cerilla, exactamente como estas, y me obligué a meterme en el agujero negro de ese pozo. Primero tiré una piedra dentro para asegurarme de que no había agua. No había duda, estaba vacío. Cogí prestada a mi padre la cuerda más larga que tenía y la amarré a ese árbol de ahí... Claro que entonces era un arbolito joven.

El tío abuelo, adormilado y recostado contra el tronco, parecía pequeño en comparación con la envergadura del mismo.

—Poco a poco, fui bajando. Abajo se oía un rumor. Oía *roncar*. Y olía a azufre y a carbón, y a los cuerpos en descomposición de sus víctimas.

Pawel se asomó por el borde.

—Me entraron ganas de salir corriendo y esconderme por el reto de mi vida. Pero en lugar de eso, me obligué a bajar, y a bajar, y a seguir bajando. Hasta que al llegar al fondo encontré...

—¿Qué encontraste?

—Encontré muchos huesos. Aquello apestaba. Luego descubrí la abertura de un túnel en la pared que daba al noroeste, y comprendí que Wrog tenía que estar por allí dentro acechando, esperando a que yo entrara. Encendí la vela. Oí como un siseo procedente del interior del túnel. Yo no llevaba ninguna arma encima.

—¡Abuelo! —gimió Pawel—. ¡Cómo se te ocurrió bajar ahí sin llevar un arma!

El viejo se aclaró la voz, con expresión de desconcierto.

—Pues ahora no sabría decirte por qué no me llevé un arma. Se me debió de olvidar. De haber sido más prudente, habría llevado una espada como esta.

El abuelo se acercó al carro de heno y sacó una espada de caballería desconchada de la caja de herramientas.

—¿Qué hiciste luego?

—Me metí en el túnel.

Pawel aguantaba la respiración, con los puños cerrados.

—Me puse a llamar al monstruo: ¡*Wrog!*

Mientras el abuelo gritaba: ¡*Wrog!*, daba una cuchillada en el aire con la espada.

—Fuiste muy valiente —dijo Pawel con voz temblorosa.

—Ah, no, Pawel, yo no me sentía valiente en aquellos momentos. Pero sabía que si permitía que aquel bicho maligno lo supiera, se me tiraría encima en un instante y le serviría de almuerzo.

—¿Tenías miedo?

—¡Pues claro que tenía miedo! Todo el mundo tiene miedo. Nicholas, ahí donde lo ves, él también tiene miedo.

—No tiene ninguna pinta.

—Pues lo tiene. Él saca el valor de una botella. Nosotros lo sacamos de aquí. —Y con sus blancas cejas erizadas el viejo se llevó el dedo al corazón—. Y de aquí —añadió, tocándole a Pawel el corazón con el dedo—. ¿Lo entiendes?

Pawel dejó escapar una larga exhalación de aire.

—¿Qué hiciste entonces?

—Como el dragón no salía, yo me adentraba cada vez más en el túnel. Y él, a su vez, retrocedía. Eché a correr tras él, y él se puso a batir sus horribles alas. Huyó de mí por todo el túnel, hasta su cueva debajo de Cracovia. Pocos años más tarde, allí le mató un caballero con su espada.

—¿Es eso verdad?

—Lo es.

El abuelo hizo la señal de la cruz a la altura del corazón.

—¿Quién era ese caballero?

—Se llamaba *Aquel Que Es Fiel y Veraz*. ¿Y sabes cuál era su montura? Un caballo blanco.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Y sabes qué caballo era ese?

—¿Cuál?

—*Pud*. Pero era joven entonces. Se llamaba *Intrépido*. Él también odiaba al dragón.

—Es un cuento muy bonito, abuelo.

—¿Te ha gustado? Puedo demostrarte que es cierto.

—¿Cómo?

—Ven.

Cogió al chico y lo llevó hasta el borde de piedra del pozo.

—¿Tú confías en mí, Pawelek?

—No sé.

—Voy a enseñarte la guarida del dragón muerto.

—Me va a dar miedo.

Tocó el corazón del niño con el dedo.

—Yo sé que no te va a dar miedo.

Así que Pawel se subió a las espaldas de su abuelo, agarrándose fuerte, y el viejo descendió por las paredes de piedra al interior de la tierra, haciendo deslizar la soga entre las manos poco a poco. La espada, que le colgaba del cinturón, hacía un ruido metálico al chocar contra las piedras. Donde acababan los puntos de apoyo de piedra comenzaba una escalera, por la que siguieron bajando.

—Esto tiene doce metros de profundidad por lo menos. Pienso en los hombres que lo excavaron.

Tal y como había prometido el abuelo, el fondo estaba seco y era arenoso. No había olor a podrido. Olía más bien como los nabos que Pawel cogía para la abuela en el huerto que había junto a la cocina.

—Está muy oscuro —dijo Pawel, nervioso.

—Sí. Pero mira hacia arriba.

Muy lejos, por encima de sus cabezas, se veía un círculo de luz plateada, como un medallón.

Entonces el abuelo encendió la vela.

La cueva estaba vacía. No había huesos.

Pero allí, en la pared noroeste, había una amplia grieta que se abría a la oscuridad.

—Mira por ahí.

Por encima de la grieta había un corte en la pared de tierra, en forma de cruz, y una piedra tallada incrustada.

—Después de matar a Wrog, el caballero volvió hasta aquí con su caballo y puso ahí esa cruz como recuerdo de su hazaña.

—Y de la tuya.

—Sí, y de la mía también. ¿Tienes miedo, Pawel?

—Un poco. ¿Wrog tenía hijos?

—Si hubieses conocido a la señora Wrog no harías esa pregunta.

Se rió, y Pawel se rió también, aunque no entendió la broma.

—¡No te preocupes! Si aún quedan dragones en la tierra, aquí ya no se atreven a entrar. Este es el lugar de su derrota.

Aquel día el abuelo le contó muchas otras historias, sentados juntos mientras veían arder la vela hasta que se consumió y la oscuridad cubrió de repente la cueva como un grueso manto azul.

Cuando salieron parpadeando a plena luz del día, estaba ya avanzada la tarde. El sol era una gran bola roja suspendida sobre el horizonte. El tío abuelo Nicholas ya no estaba debajo del árbol, y *Pud* dormía de pie. Hicieron chasquear las riendas, y el animal relinchó y tiró del chirriante carro hasta casa. Mamá, papá, la abuela, Bronek y Jan salieron todos en tropel para recibir a los desaparecidos.

Mamá se lamentó:

—No hemos podido arrancarle una palabra sensata a Nicholas. Está en el granero, borracho como una cuba. Nos ha dicho todo tipo de tonterías.

—¿Como cuáles? —preguntó el abuelo.

—Como que habíais bajado al viejo pozo seco para luchar contra un dragón.

—Eso es lo que hemos hecho —se sonrió el abuelo.

—Nos teníais muy preocupados —exclamó mamá, abrazando a Pawel contra su pecho—. ¿Has pasado miedo, Pawelek?

—Ha sido muy valiente —dijo el abuelo con una voz con la que dio a entender a todo el mundo que no se sentía en modo alguno avergonzado.

Antes de subir al piso de arriba para meterse en la cama, Pawel entró en el establo y caminó bajo el hocico de *Pud*. Los grandes ojos castaños le miraron, parpadeando.

Él le dio unas palmaditas en la nariz y en los blandos labios, y le gustó notar el tacto. Le dio un beso en el cuello y le dijo:

—Buenas noches, *Intrépido*.

Antes de dormirse, el abuelo entró en la habitación de Pawel y se sentó en su cama. Se sacó el gran medallón del cuello y se lo enseñó al niño. Estaba prendido a una cinta roja y blanca.

—¿Qué es, yayo?

—Cuando seas un hombre adulto, te lo daré. Es la Madre de Dios de Częstochowa.

—¿Era valiente?

—Oh, sí, muy valiente.

El niño frotó el medallón con el dedo, palpando las letras en relieve como un ciego.

—¿Qué pone en las letras que lleva debajo?

—Sabiduría —dijo el abuelo.

Le costaba mantener los ojos abiertos, aunque quería mirar las estrellas. La abuela pasó el rosario con él. Aquella noche su pozo estaba lleno y rebosante.

Pawel se llevó un dedo al corazón y se quedó dormido mientras se preguntaba por qué el abuelo se habría llevado una espada y una vela para ir a recoger el heno.

15

Archivo, 4 de marzo de 1943

¿Cuándo acabará este invierno? La penumbra gris que envuelve continuamente la ciudad parece alargarse un poco más a cada día que pasa, y el sol casi nunca consigue penetrarla.

He estado leyendo los poemas de Cyprian Norwid; ha sido mi primer encuentro con él. Murió de pobreza y hambre... en París, por supuesto. ¡Dónde si no! También he releído los *Sonetos de Crimea* de Mickiewicz. De ambos he extraído y copiado breves fragmentos especialmente luminosos, como para reservarlos para una reunión incomprensible. Pero ¿qué retrataría la suma total, en realidad? Estos fragmentos, ¿son meros pedazos de un espejo roto, o los componentes de la gran vidriera de una catedral, solo comprensibles cuando la luz se derrama a través de ellos? En verdad, no sé cuál de las dos cosas soy yo. Sigo siendo incomprensible para mí mismo. ¿Todos los hombres son así?

Si somos obras de arte de Dios, y si uno no debe sucumbir al señuelo del anti-icono (el falso yo), es fundamental buscar, por imposible que pueda parecer, la intención del artista. La belleza que hay en el hombre y en la naturaleza insinúa una misteriosa unidad en la existencia. La tentación de aferrarse a un fragmento (tanto al falso como al verdadero) y olvidarse del todo es continua. Pero si uno se queda ahí y no va más allá, se cierra la posibilidad de ver el rostro oculto... que es la Belleza misma. Y se cierra también así la posibilidad de amar.

~

Contra las ventanas arrieron hostiles vientos durante toda aquella semana. El viernes, los últimos restos de carbón se habían ido en forma de humo, y no quedaba dinero para comprar más. Pawel y David se vieron obligados a reemprender la quema de libros. Hurgando aquel día en un oscuro rincón del sótano, Pawel encontró una pequeña estufa de leña, con sus tubos. De la medida de una caja para botas, era la estufa portátil de acampada que había pertenecido antaño a su abuelo. Los ciervos repujados que saltaban y se encabritaban en los laterales estaban oxidados, pero por lo demás estaba en buen estado. El abuelo se la llevaba a sus cacerías de montaña, y decía que mantenía una tienda caliente toda la noche, una vez bien cerrados el tiro y la portezuela. Por la mañana aún quedaban ascuas encendidas, se jactaba.

Se pasaron la tarde entera del domingo acondicionándola en el dormitorio, que era la habitación más pequeña y por tanto la más fácil de cerrar para que conservara el calor. Pawel quitó el cristal superior de la ventana que daba al callejón de atrás y lo reemplazó con una lámina de estaño, en la que había abierto a golpes un agujero, con el coste de una alarmante cantidad de ruido y un corte en el dedo pulgar. El tubo, paralelo a la pared exterior de ladrillo, llegaba bastante arriba, aunque no hasta el tejado. Tenía miedo de que pudiera prender fuego al alero, pero pensó que no sería peor que morir congelados.

Cerraron la puerta del desván y las puertas de la cocina y la sala de estar, con el fin de que no se fuera el calor que pudiera proporcionar la estufa. Encendieron el fuego, que ardió con intensidad un rato, alimentado con las finas maderas de las cajas de embalaje que habían partido. Pero aquel fuego de astillas no duró más de una hora. El libro que arrojaran a aquella pequeña hoguera necesitaba una fuente continuada de combustible para consumirse.

Pawel se pasó el lunes en la planta baja, en la tienda, con el abrigo de invierno y los guantes forrados de piel de conejo puestos. Solo entraron tres clientes aquel día, ninguno de los cuales

compró nada. David pasó el rato leyendo en el primer piso, junto al calor intermitente de la estufa, con un cierto confort siempre que no se quitara el grueso abrigo de paño. Después de cerrar la librería, y de una cena miserable que consistió apenas en un bocado, se retiraron al dormitorio. David bajó el colchón del desván y lo desenrolló en el suelo. Se sentó encima, arrebujado en una manta de lana, y se quedó mirando al vacío, agrandado por sus propios pensamientos. De vez en cuando alimentaba el fuego. Pawel estaba tumbado en la cama, leyendo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos —dijo el chico.

—Hemos hablado esta mañana.

—No me refiero a la catalogación. Me refiero a la lengua de los prisioneros.

—¿Al código de golpecitos en la pared de la celda? ¿No lo hicimos ya? ¿Es preciso repetirlo?

—Sí —asintió David—. Es preciso. Si no conseguimos hablar con voz veraz, nuestra lengua perece. En el gran tejido de la existencia, una lengua muerta ya no es vivida, ni se puede actuar sobre ella.

—¿Qué es entonces una lengua viva?

—Los prisioneros quieren hablar con fluidez. Con un lenguaje que fluya en un sentido y en otro, como el agua de la vida. No debe parar.

—¿Por qué no debe parar? A veces los ríos se desbordan y la gente muere ahogada.

—Eso no pasa entre tú y yo. El mayor peligro que nos amenaza es la sequía.

Pawel suspiró, dejó el libro a un lado y dijo:

—Las palabras solo forman los planos de la vida. Los actos constituyen la argamasa. A nosotros nos es posible no actuar.

—Ya hemos hablado antes de esto, Pawel. ¿Lo has olvidado?

Pawel se encogió de hombros. Estaba claro que David estaba dispuesto a seguir adelante.

—Así como el constructor fortalece sus brazos y pone a punto sus manos por ensayo y error, practicando con los materiales propios de su arte, de igual manera las personas que dialogan amplían y pulen el ámbito de su lenguaje.

—La argamasa, sin piedras, empieza por ser un caldo espeso y acaba siendo un bloque de cemento.

—Las piedras sin argamasa empiezan siendo un sueño y acaban en escombros.

Pawel se rió a regañadientes.

—Esa cabecita tuya, David Schäfer, qué rápido va. El chico se sonrió.

—Convendrías entonces en que ambas cosas son necesarias, tanto la argamasa como las piedras.

—¡De acuerdo, está bien! ¿De qué quieres *hablar* entonces?

Pero a Pawel le salió la pregunta con un tono un poco más cortante de lo necesario. A David se le borró el entusiasmo del rostro.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusco —se disculpó Pawel.

—Lo comprendo, Pawel. Como tantas veces, he invadido la intimidad de tus pensamientos. Me he puesto a hablar sin escuchar.

Se levantó y salió de la habitación. Pawel reanudó la lectura. Estuvo leyendo durante una hora más, inmerso en una introducción a la espiritualidad rusa.

... el movimiento espiritual conocido como *hesiquiasmo*. El creyente toma conciencia de un modo aún más profundo de su condición de pecador y de su indigencia ante Dios. Se trata de desprenderse de todo orgullo, de todos los poderes y pasiones salvo del amor a Dios y a la humanidad.

Pawel pensó para sí: *Tengo que incorporar esto a la pieza teatral. ¿Cuándo vendrá Haftmann?*

En un momento en que levantó la vista, se dio cuenta de que David había vuelto a la habitación. Estaba sentado en el suelo, con las rodillas bajo el mentón, observándole con una expresión sombría y prolongada.

—¿Qué haces? —le preguntó Pawel.

—Escuchar la voz de tu alma. Tengo la esperanza de *oírla*.

—¿Y qué oyes? —dijo Pawel, casi divertido.

—Oigo dolor.

Ante eso no había respuesta posible. Abrió la boca con la intención de decir algo para cambiar de tema, pero las palabras murieron en su boca. Finalmente carraspeó y preguntó:

—¿Tú *sientes* dolor?

Un simple asentimiento de cabeza, pero el muchacho no dio más detalles.

Aunque tampoco abandonaba su puesto de escucha.

—¿Cuál es, pues, tu veredicto? ¿Por qué ese dolor? —preguntó Pawel.

—Una vida es una palabra dicha —replicó David tangencialmente.

—Hay dos clases de dolor que penetran hasta el interior de una vida. Si una vida, al decirse, no es escuchada, ese es un tipo de dolor. Si una vida, al decirse, es inclinada hacia una palabra falsa, ese es otro tipo de dolor diferente.

—¿Acaso no sienten dolor todos los hombres?

Un nuevo asentimiento rabínico.

Ambos permanecieron un rato mirándose en silencio.

—El dolor que siente una persona —dijo David por fin— es una señal de estar despierto. Es el precio de la conciencia.

—¿Tiene algún valor, ese dolor? —preguntó Pawel.

—Sí, mil veces sí.

—Con tal de que sea una conciencia auténtica, y no un autoengaño...

Nuevo asentimiento de cabeza.

Antes de apagar la vela de un soplo, Pawel ofreció a David una de las mantas de su cama.

—No.

—¿No?

—Tenemos cinco cobertores, Pawel. Es un número impar. Si me das uno de los tuyos, entonces yo tendré tres y tú dos. Eso no es conveniente, tú necesitas abrigarte. Necesitas dormir para ponerte bien del todo.

—Coge la manta, insisto.

—No quiero. —Su tono No admitía réplica.

Pawel no encontró un argumento convincente.

Se volvió a la cama, se tumbó en ella y se quedó mirando hacia arriba, a la oscuridad, escuchando la respiración de David. Al cabo de un rato, suponiendo al chico dormido en el colchón del suelo, dejó escapar un suspiro.

—Pawel —se oyó una débil voz—, ¿puedo acostarme en la cama contigo?

—No.

—¿No sería mejor que aprovecháramos así el poco calor que tenemos? La cama es amplia. Así no se perdería el calor de nuestros cuerpos. Y ambos tendríamos *cinco* cobertores.

—No, ya estamos bien así.

—Pero ¿por qué? Mis hermanos y yo solíamos dormir en la misma cama, y siempre dormíamos bien.

—Yo siempre he dormido solo. No sería capaz de dormir con otra persona en la cama. Además, doy vueltas y me muevo mucho. Te tirarías de la cama sin querer, y te romperías la nariz.

David se rió.

—¿Tienes frío?

—Sí, Pawel. Lo siento, no puedo dormir.

—Yo dormiré en el suelo. Súbete tú a la cama.

—Me niego terminantemente a que tú duermas en el suelo, Pawel.

—Está bien, lleguemos entonces a un acuerdo.

El hombre adulto se bajó de la cama y tapó al joven con una manta de lana, haciendo caso omiso de sus protestas. En cuestión de minutos, David estaba dormido; Pawel se pasó otra noche más contemplando las quebradizas estrellas palideciendo en el gris amanecer.

~

—¿Has dormido bien, Pawel?

—No mucho.

—¿Has pasado frío?

Pawel se encogió de hombros.

—Por no hacerme caso —le regañó David.

—Es verdad.

—No lo entiendo —dijo David, hundiendo la nariz en un libro. —Esa debe de ser tu expresión favorita.

—¿A ti te molesta?

—No, pero me hace sentir como si tuviera que tener respuesta a todas y cada una de las preguntas difíciles del universo.

Esta observación, que no había pretendido ser desagradable, David la interpretó como un reproche.

—Soy una molestia para ti —dijo con voz ahogada.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es la verdad. Te he metido en un buen lío. Podrían matarte por mi culpa. Pasas frío por mi culpa. Estás en los huesos por mi culpa. Me como tu comida, y te doy el día y la noche con mi cháchara. —Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas—. Perdóname, Pawel. Yo no quería causarte tantos problemas.

—Ya lo sé —dijo Pawel—. Pero tampoco son problemas tan graves. Tú has aportado muchas cosas interesantes a esta casa, la verdad es que llevaba una existencia bastante anodina antes de tu llegada. Además, ¿quién ha cuidado de mí cuando he estado enfermo? ¿Quién ha sido esa persona?

—Yo, sí —dijo David con modestia—.

Vaya una nimiedad comparada con lo que tú estás haciendo por mí.

—Y aunque no hubieras aportado nada, aunque fueras una completa carga para mí, seguiría escondiéndote. De eso no tienes que preocuparte nunca.

—¿Por qué eres tan bueno?

—Yo no soy bueno. No es más que lo que cualquier ser humano haría por otro.

El chico negó con la cabeza.

—Tú eres bueno —dijo con énfasis.

~

Pero el hombre que está en guerra es bueno solo de vez en cuando. La batalla se reavivó de nuevo en el corazón de Pawel. Su agotamiento mermó sus reservas de fuerza de voluntad, que hasta entonces había destinado a la resistencia frente a los ciegos impulsos, desviándolo de la cuestión primordial, la de suplicar la gracia.

David Schäfer dormía ahora todas las noches acurrucado a sus pies como un cachorrillo confiado.

Noche y día le asaltaban de forma súbita turbios pensamientos.

Está totalmente a tu merced, le decían tales pensamientos. *Podrías hacer con él lo que quisieras.*

Él los alejaba de sí sacudiendo la cabeza.

«Estos pensamientos son falsos», se decía a sí mismo con irritación. «Son mentira. ¡Son muerte!»

—¿Tienes dolor de oído, Pawel?

—No, ¿por qué?

—He visto que sacudías la cabeza.

—No era nada, una mosca.

—No hay moscas en invierno.

—Ah, claro, tienes razón. Imaginaciones mías.

Pero las naderías volvían a su mente una y otra vez, insidiosas, y cuando el muchacho alargó el brazo para coger otro libro, y se le abrió el abrigo, dejando ver los pantalones, muy apretados contra los costados, Pawel se vio obligado a mirar para otro lado. Cuando se estiraba hasta la punta de los dedos de los pies como un arco en tensión, con los brazos al cielo y los ojos cerrados, abriendo los labios de adolescente al bostezar, era difícil no sucumbir a la llamada del deseo.

Afligido, horrorizado de sí mismo, Pawel bajaba a la gélida librería, donde se paseaba de un lado para otro, dando vueltas alrededor de los anaqueles, exhalando nubecillas de vapor de puro hielo. Cien veces, doscientas veces, las filas y filas de libros le recordaban que el hombre es una criatura racional.

—¡No soy un esclavo! —proclamaba de un modo terminante que no conseguía ser definitivo.

—¡Dios mío, ayúdame! —exclamaba.

Luego volvía a subir, para tomarse una última taza de té antes de meterse en la cama.

Rezar le ayudaba mucho. Cada vez más, el rosario se convertía en una misteriosa espita interior. Las fuentes de su niñez manaban de nuevo, no siempre pero sí a veces, aunque nunca podía predecir con exactitud cuándo iba a llenarse el pozo.

En otras ocasiones, después de comulgar, con el calor de la Presencia en su interior, se veía a sí mismo reclinado contra el pecho del Señor en la Última Cena. ¿Quién podía explicarlo? ¿Quién describirlo? Por cuanto Cristo estaba dentro de él mientras él estaba dentro de Cristo, sumergido en su corazón. Un misterio dentro de un misterio. Todos los domingos, durante unos minutos, se hallaba en paz y no deseaba otra cosa más que aquella unión invisible. Habría querido quedarse allí para siempre, pero al final siempre había que levantarse del banco y marcharse. Aun así, se iba a casa envuelto en la sensación de ser un niño que descansa en el regazo de Cristo... Un pobre niño, el más pobre de los niños.

—*Dziecko* —susurraba el silencio—. *Mój synu*, mi pequeño, hijo mío.

Al volver se encontraba a veces a David meciéndose bajo el manto ritual, murmurando y suspirando mientras rezaba. A cada uno saludaba una clase de paz diferente, y convenían tácitamente en renunciar a todo intercambio de palabras. La necesidad de comprensión desaparecía. Ambos comían en silencio. El tiempo mismo se diluía en un largo y serpenteante río que discurría desde las montañas hasta el mar.

En aquellos momentos, existir era bastante sencillo. Se pasaba horas sentado escuchando el silencio (si es que era un día en que no se oían disparos), observando el paso de la luz sobre las tablas del suelo de la sala de estar, rezando, leyendo la Sagrada Escritura y yéndose finalmente a la cama sin ser molestado por *pensamientos*.

~

Había otros momentos en que la guerra tomaba un cariz siniestro, en que los pensamientos retornaban bajo una forma no reconocible de inmediato.

Estaba una mañana rezando delante del icono, antes de bajar a abrir la librería. Llevaba largo rato sin oír voces interiores de consuelo. No sabía por qué habían cesado, y se preguntaba si no sería por no haber consagrado suficiente tiempo a la oración, a pesar de rezar más que en todo el tiempo pasado desde la niñez.

De improviso oyó una voz que le decía: *Me traicionarás.*

Se le heló el corazón, y al instante abandonó el espíritu de oración. Permaneció de rodillas, temblando, mientras su mente giraba a toda velocidad.

Presa de la angustia, se vio a sí mismo como Judas en la Última Cena.

—Uno de vosotros me traicionará —decía el Señor.

Él no era Juan, ni Pedro, ni ninguno de los demás. Estaba sumido en las tinieblas; no, era las tinieblas mismas.

Se tragó el espanto que sentía y bajó a la planta baja, buscando argumentos racionales, tratando de tranquilizarse.

—Tal vez signifique que hoy va a ser un día de una tentación fuera de lo común. No habrá sido más que una advertencia.

Pero no, la voz no había dicho: *Ten cuidado, estás en peligro de traicionarme.* Tampoco había dicho: *Permanece alerta, hijo mío: el maligno te tentará para que me traiciones.* Ni nada por el estilo. Le había dicho simplemente que él, Pawel Tarnowski, iba a traicionar al Salvador del mundo.

—Quizá vaya a entrar hoy un alemán y yo cometa la estupidez de decir algo que perjudique a nuestra Iglesia.

Pero no era nada de eso.

Solo entraron dos clientes, polacos ambos, con la intención de vender sus tristes lotes de libros inútiles y desvencijados. Les explicó que no tenía dinero, pero les dio un nabo a cada uno, y ellos se lo agradecieron.

Las palabras pronunciadas por la voz estuvieron repitiéndole el mismo reproche durante todo el día. Cada vez que irrumpían en su mente, él se estremecía de espanto, y le entraban ganas de llorar.

¿Dónde estaba Jesús? ¿Dónde estaba el gran Corazón? ¿Por qué se había ido?

A la hora de cerrar, Pawel gritaba por dentro sin cesar sus súplicas silenciosas, pero era incapaz de escuchar una respuesta, de sentir sosiego.

«¡Si al menos el padre Andréi estuviera aquí! Él sabría lo que significa, él me lo explicaría.»

Pero el padre Andréi estaba lejos, a salvo en su exilio de Norteamérica.

«¿Cuántas veces en mi vida he pecado en contra de la voluntad de Dios?», pensó. «¿Cuántas veces he desesperado? Sí, yo ya le he traicionado. Tal vez sea uno de los no elegidos. Sin duda estoy perdido, condenado.»

Si así fuera, ¿seguiría teniendo algún sentido demorar por más tiempo la satisfacción sensual?

«¡No, no, no! Aunque yo tenga que caer por siempre en el pozo sin fondo, aun así pediré que mi hermano sea salvo. No pondré en peligro su caminar hacia la luz.»

Pero hasta ese heroísmo, que de hecho no era más que su deber, era un heroísmo distorsionado. ¿Qué le hacía suponer, se preguntó, que hubiese en el chico la más mínima inclinación hacia lo que la tentación sugería? Una mentira tras otra... y todas con el propósito de abocarlo a una espiral que le hundiera aún más en la prisión del yo. Y el método utilizado con él le resultaba demasiado familiar: primero una tentación, luego una decepción que llevaba a la amargura, al odio hacia sí mismo, y finalmente a la desesperación.

Aquella noche, cuando oyó que David había caído en su inocente sueño de respiración sibilante, Pawel se levantó de la cama y se arrodilló delante del icono.

—Madre, háblame, te lo suplico. Voy a perder la cabeza, tengo miedo.

No tengas miedo.

—La voz me ha dicho que traicionaría a tu Hijo.

No puedo hablarte al corazón si tú no confías. Tu miedo cierra todas las puertas.

Se le apaciguó la respiración.

Todos los hombres son capaces de traicionar.

—La voz ha dicho que yo lo haría, como si fuera algo seguro. *Hay muchas voces.*

Y ya no hubo más comunicación, aunque ahora se había hecho un pequeño punto de luz en su mente, que le permitió dormir con sueño inquieto hasta poco antes del amanecer.

Aquella mañana encontró al viejo capellán en el convento de la Visitación, sentado en el confesionario. Tras el ritual introductorio, el sacerdote le dijo:

—¿Qué querías decirme, hijo?

Pawel se quedó confundido de pronto. No tenía nada que decirle.

—¿Has cometido algún pecado mortal o venial desde tu última confesión?

Pawel se sorprendió a sí mismo al oírse decir aquello que no se le había hecho patente hasta aquel mismo momento:

—No, creo que no.

—¿No estás seguro?

—No sé ver claro, no lo sé. Tengo muchos pensamientos... que son malos... pensamientos impuros...

—¿Los buscas?

—No.

—Cuando se te presentan a la mente, ¿los estimulas, obtienes placer de ellos?

—No, no los estimulo, y aunque se me presentan con formas deleitables, son una fuente de dolor y vergüenza.

—¿Te resistes a ellos?

—Sí.

—Hijo mío, ¿no has oído nunca el viejo refrán: mil tentaciones no hacen un solo pecado?

—Sí, pero sigo sin estar seguro. ¿Soy un depravado?

—Eres un ser humano.

—Soy un ser humano muy débil. Necesito una gracia extraordinaria para resistir a esta maldad.

—El Señor nos da todas las gracias que sean necesarias, pero hay que pedirselas. El invitado se presenta a tu puerta, pero primero tienes que invitarle a tu casa.

—Yo pido y pido, una y otra vez, pero las tentaciones vuelven.

—Hay algo que no has entendido bien, hijo mío. Muchas veces decimos una breve oración y con eso ya logramos que una tentación o dificultad desaparezca. ¡Y ya está! Se fue.

—No es así para mí. Luego vuelve.

—Sí, vuelve. Eso es porque la gracia no es un truco de magia. La gracia es el amor de Dios que fluye hacia ti, y tu respuesta a la gracia debe ser en forma de amor que salga de ti y fluya hacia Dios.

—¿Y por qué no me cambia y ya está?

—Te *está* cambiando, día a día.

—Yo no veo cambio alguno.

—Nuestros ojos son cegados con gran facilidad por las tinieblas que nos rodean y que están en nuestro interior. Escucha, hijo mío, a lo mejor esa lucha contra el mal es un don que Dios te ha dado.

—¿Un don?

—Cada día te diriges a Aquel que te ama, y cada día le pides gracia para hacer el bien, y solo el bien. Él te la da. Poco a poco, muy lentamente, tal vez durante el tiempo que dura toda una vida, va calando cada vez más profundamente la conciencia de que Él está presente, de que es tu Padre y Señor, de que te ama con un amor total, de que jamás te abandonará. Tú y Él conformáis juntos esta unión fundamentada en la confianza. Y la confianza no es magia. La confianza se construye poco a poco, paso a paso, con paciencia y cuidados.

—Pero oigo una voz, Padre. Una voz que me habla. Y me dice una cosa que destruye toda confianza en mí.

—¿Qué dice esa voz?

—Dice que traicionaré al Señor.

—Hay que ser muy cauteloso con las voces que se oyen. Ese mismo mensaje ya había sido dicho con anterioridad, como sabes.

—A Judas.

—A todos los Apóstoles. ¿Recuerdas el pasaje en que Jesús les dice que uno de ellos le traicionará?

—Sí.

—¿Cuál fue la respuesta de ellos?

—No lo recuerdo.

—Cada uno de ellos se volvió hacia Jesús y le preguntó: «¿Soy yo ese, Señor?» ¿Comprendes?

—No estoy seguro.

—Cada uno de ellos se había reconocido capaz de traicionarle. Cada uno de ellos sabía en lo más profundo de su corazón que podía traicionar a Jesús si las circunstancias no eran favorables. Aun después de haber visto tantos milagros, tantas señales asombrosas, aun después de haber escuchado las palabras de Dios retumbando como el trueno, seguían dudando. ¿No somos también nosotros así?

—Sí.

—De todos los Apóstoles, ¿cuál de ellos preguntó de una forma que no era sincera: «¿Soy yo ese, Señor?»?

—Judas.

—Y eso fue porque ya había puesto en marcha las fuerzas que acabarían con el prendimiento del Señor. Él *ya* le había traicionado en su corazón, y únicamente faltaba el acto de traición final. Ya estaba hecho, ¿lo ves? Por este motivo lo dijo el Señor con tal certeza.

—Nunca se me había ocurrido pensar en ello.

—Judas *eligió* traicionarle. ¿Has elegido tú eso, sea cual sea tu acto de traición?

—No.

—Aférrate a eso.

—Pero esas palabras... Son las palabras más terribles que podrían decirseme.

—Seguramente por eso te han sido dichas.

—Me sumí en la desesperación después de oírlas.

—Eso también es algo que cabe esperar. ¿Y no se siguió algún otro tipo de tentación, a consecuencia de la desesperación?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Es una antigua artimaña del enemigo. Si puede engañarte haciéndote creer que estás perdido, entonces se lo lleva todo de una sola mano.

—Sigo viéndolo como algo horrible. ¿Cómo podría estar seguro?

—Eres libre. Tu voluntad es tuya. Elige la verdad en todo momento.

—Pero ¿y si no sé reconocer la verdad en una situación determinada? ¿Y si queda confusa?

—Ya veo que tienes muchos temores. Recuerda que el amor perfecto expulsa al miedo.

—¿Cómo es posible encontrar el amor perfecto en estos tiempos?

—Nunca ha habido unos tiempos perfectos para el amor. Tenemos que elegirlo cada vez. Una y otra vez, elegimos. Así es como el amor se hace fuerte.

—Pero para que el amor se haga fuerte hace falta toda una vida de continuas elecciones. Ya es tarde para mí.

—Empieza ahora mismo. En cada instante, el mundo vuelve a empezar de nuevo.

—Soy un árbol demasiado torcido ya. No sé cómo amar.

—Tal vez nuestro Señor esté enseñándote una lección profunda y difícil... y lo haga deprisa, pues el tiempo es breve. Él quiere que tu conquista sea por la fe, no por el conocimiento, o por el poder, o por el éxito. Tienes que aprender a confiar en Él.

—Elige un curioso camino para hacerme ganar confianza.

—Piensa en ello como en un atajo a tu alma. Es un camino difícil, pero santo. Podría tardarse una vida entera en tranquilizarte, como a un niño asustado al que hay que atender continuamente. ¿Tienes hijos?

—No.

—A mí acuden muchos padres de familia. Si tuvieras hijos, sabrías que es necesario tranquilizarlos y darles seguridad de vez en cuando. Pero si se les protege demasiado, si no se enseña al niño a aprender lo que tiene que aprender, a superar sus temores, cada vez necesitará una dosis mayor de esa medicina hecha de consuelos. No crecerá. ¿Podría ser que el Señor te pidiera que crecieras muy deprisa? Parece que confía en ti lo suficiente como para ponerte esta prueba.

Fue como si se encendiera una vela en el pozo de la mente de Pawel. Aun así, mientras volvía caminando parsimoniosamente hasta la librería, las sombras de la duda de sí mismo volvían a espesarse. Sin la ayuda de la voz tranquilizadora del sacerdote dirigiéndose a él, el recuerdo de la voz del acusador volvió una vez más. Pero su poder estaba ahora sometido al control de una pequeña luz.

~

Después de cenar entró en el dormitorio algo turbado. La hora nocturna, la excesiva tensión del día, la inquietud por el magnetismo recurrente de su huésped, el miedo sostenido que rodeaba a la pequeña ciudadela de Casa Sofía, todo ello redundaba en un deseo de huida. No obstante, él seguía rezando las oraciones de la voluntad, sin oír más voces ni recibir consolaciones. Se metió temprano bajo las mantas. En el dormitorio se estaba caliente. David había desmontado el último de los embalajes que quedaban en el desván, que, junto con un marco de puerta ornamental, había reducido a un montón de astillas. El chico había estado alimentando el fuego con esta leña menuda a ritmo regular durante dos horas. Al menos aquella noche podrían dejarse caer cálidamente en la pérdida de la conciencia y la sensibilidad. Mientras llegaba ese momento, David leía tranquilamente un libro, sin hacer comentarios en voz alta.

Poco antes de la hora de apagar luces, levantó los ojos del libro y dijo:

—Me llena tal óleo de la alegría...

—¿Qué es eso del óleo de la alegría?

—Un espíritu de unción. Me ha venido en el preciso momento en que leía las palabras de este pasaje.

—¿Qué libro es?

—El Libro de Zacarías. ¿Me dejas que te lo lea?

—Si quieres.

David se irguió en la silla y se puso a recitar en voz alta, con una voz templada que no era de hombre ni de niño:

«Luego el Señor me mostró en una visión a Josué, el sumo sacerdote, que estaba de pie en presencia del ángel del Señor, mientras a su derecha estaba Satanás para acusarle. Y el ángel del Señor le dijo a Satanás: “¡Que el Señor te reprenda, Satanás! ¡Que el Señor, que ha escogido Jerusalén, te reprenda! ¿Acaso no es este hombre un carbón encendido sacado de entre las brasas?”»

»Josué, vestido con ropas muy sucias, permanecía de pie en presencia del ángel del Señor, el cual dijo a quienes estaban de pie ante él: “Quitadle esa ropa inmunda y vestidle con ropas de fiesta”»

—Hermoso, ¿verdad? —preguntó David, alzando la vista. Pawel admitió que lo era y cerró los ojos.

—Como el modelo del artista —añadió el joven, echando en el fuego los últimos y patéticos restos de leña menuda. Una vez hecho esto, apagó la luz, se metió bajo los cobertores y se durmió.

Pawel se quedó mirando fijamente la oscuridad durante un tiempo que parecía no tener medida. No podía dormir, aunque lo deseaba con desesperación. Noche y día anhelaba descansar, pero una vez más el descanso no venía. De día dependía del té para proporcionarse energía. Por la noche, el té se le revolvía en las venas y le privaba incluso de aquella forma lícita de huida.

—Hablaré en el vacío —susurró—. Yo no sé si piensas en mí como hijo tuyo. Pero yo te digo,

Dios mío, aunque no pueda verte ni oírte, aunque no pueda tocarte, sí, y aunque al final sea arrojado de tu presencia para siempre, aun así, yo creo que eres hermoso. Mis pecados son harapos inmundos, y mis cualidades, mis virtudes y mi inteligencia, todo eso es nada en comparación con la gloria de tu ser.

El pozo de sus ojos estaba lleno, curiosamente, y empezaba a desbordarse. Sus manos, por voluntad propia, se alzaron solas hacia el techo.

—He tocado fondo. No veo el cielo sobre mi cabeza, tan solo un punto de luz a través del cual penetra la más débil de las promesas. ¿Un carbón encendido sacado de entre las brasas? No sé si se refiere a mí. No sé si se refiere a este pequeño hermano que está junto a mí. Podría incluso referirse a los dos. O a ninguno. Nada es cierto y seguro.

No replicó voz alguna.

—Oh, padre ausente. Oh, silencio. Pongo mi esperanza en ti, a quien no puedo ver. Mas yo te pregunto: ¿volverá la luz alguna vez? Debo cargar con este fugitivo al que has puesto en mis manos, a pesar de que no tengo fuerzas siquiera para cargar conmigo mismo. Yo te llamo. Te llamo una y otra vez. Pero la noche no habla. ¿Cuándo llegaremos a la lejana tierra? ¿Cuándo llenarán las montañas nuestros ojos? Y si llegamos, ¿acudirán los ángeles a saludarnos? ¿O llegaremos al borde de nuevos pozos y caeremos en el fuego eterno?

Antes de sumirse en la inconsciencia oyó una palabra, como el toque de una madre que le decía en un susurro: *duerme*.

~

Archivo, 17 de marzo de 1943

David Schäfer me está enseñando muchas cosas.

De él he aprendido que mi mente es capaz de engañarme. Hace mucho que conozco en realidad esta peculiaridad mía, pero nunca antes se me había revelado de una forma tan cruda. He proyectado en él una imagen de cómo percibo al ser amado ideal. Es un alma excelente, pero no el icono que he creado en mi interior. Esto es para mí un gran enigma. ¿Qué significa? ¿Podría ser que significara que estoy buscando una persona que está más allá de todo ser creado, y de la que este muchacho no sería más que una imagen reflejada?

El amor maduro ve al ser amado tal y como es, y le ama en la realidad de su ser. Pocos alcanzan con facilidad este amor maduro. En mi obra, por ejemplo, ¿Andréi ama lo poético de la belleza más que al Ser que toda belleza representa? ¿Ama a Kahlia a causa de lo embriagador del amor mismo, la ama por ella misma? ¿Puede amarla cuando se ha convertido en la vieja y fea Masha?

David me ha enseñado también que en el interior de mi corazón reside el vértigo que impulsa al hombre a las tinieblas y a la posesión. Si uno busca poseer a otro, resulta a su vez poseído. Utilizar a otro ser humano como un objeto, aun en la intimidad de los propios pensamientos, es degradar el ser de esa persona. Es deshumanizarse a sí mismo, al igual que al otro. Hasta ahora no he caído en esto. Cada día lucho contra ello. Pero no basta resistir. Hay que ver cómo amar de una forma positiva, cómo fortalecerle para que pueda enfrentarse a las pruebas de unos tiempos tan malvados.

Y aun así, aun así, el ansia no desaparece. Aunque mengua, no cesa. De ahí lo penoso del diálogo, pues un deseo así nunca podrá aportar una verdadera unión, ni ningún otro tipo de bien último.

«¿Por qué es esto así?», dama la carne. «¿De verdad es así?»

Sí, lo es. Y aunque la raíz de este amor sea algo bueno, como lo es la raíz de cualquier otro amor humano, su tronco y sus ramas están torcidos. Yo no sé por qué me veo arrastrado hacia un deseo desordenado. Esto es algo que me aflige. Pero me niego a decir que el árbol torcido

está recto. Smokrev ha perdido sus derechos sobre la verdad porque ha elegido una mentira como esta. Y ha perdido así la capacidad para amar a los seres creados por sí mismos.

El dolor que causa esto es profundo. El árbol torcido se resiste al aire que lo enderezaría. Sufre. He llegado a creer que este dolor es bueno. Y con toda mi alma me aferro a la promesa de que en el paraíso todo aquello que es amor sincero encontrará su plena realización. Todo sacrificio encontrará una recompensa que sobrepasa con mucho todo consuelo terrenal. Allí, el amor florecerá en todo su esplendor, con un gozo y una gloria sin medida. Tal es mi única esperanza.

16

Noche tras noche luchaba a brazo partido contra la fatiga. Palabras y signos iban y venían como pájaros sin rumbo, como hojas barridas por el viento, como monigotes de papel. La oración se elevaba como el incienso. Las ideas de muchos escritores, el té y el sueño eran consumidos en grandes cantidades. El té y el sueño, sus nuevas obsesiones.

Una noche, después de arrojar un libro al fuego y el que leía sobre el colchón, David recostó la nuca contra la pared y se quedó mirando a ninguna parte.

—Lo único que una persona puede darle a otra es lo que realmente es — dijo.

—¿Y si uno no sabe lo que realmente es? —replicó Pawel. El chico frunció las cejas.

—Esa persona sería muy desafortunada —murmuró pensativo.

—Pues creo que acabo de describir a la mayor parte de la humanidad —dijo Pawel con una ironía casi indetectable.

—¿De verdad piensas eso?

Pawel dejó la pregunta sin respuesta, pero David pareció no darse cuenta, o bien su pregunta había sido retórica. Se volvió a mirar por la ventana y se perdió en sus pensamientos.

Mientras Pawel lo observaba, se dio cuenta de que una especie de sentimiento de atemporalidad había cautivado a su huésped y de que en su interior se agitaba un silencioso proceso de rumia. Lo dejó tranquilo y se entregó a sus propias reflexiones.

Ahí está, se decía Pawel: este tal David Schäfer, un joven apenas salido de la niñez pensando en lo impensable como un sabio anciano.

¿De dónde había salido esta presencia incongruente? ¿Qué la ha formado? ¿Por qué está aquí? La primera línea de explicación era obvia: la causalidad, eso estaba bastante claro. Pero si una mano invisible estaba tras sus vidas, sin duda había hecho que se encontraran con algún propósito. ¿Con cuál? ¿Y cómo debía cumplirse?

El hecho de que ambos estuviesen juntos en la misma prisión nunca había sido puesto en duda. Lo que no estaba tan claro era el carácter de su encierro. ¿Era un caso de situación en que los prisioneros comparten una misma celda pero hablan lenguajes diferentes, ininteligibles el uno para el otro? ¿O estaban encerrados en celdas diferentes y hablaban el mismo lenguaje? Había veces en que parecía lo primero, y otras en que parecía lo segundo.

Yo creo en Jesucristo, pensó Pawel. Creo en el Nuevo Testamento, que su pueblo rechaza. ¿Por qué Dios ha permitido que los judíos permanezcan tantos siglos sin la luz de nuestra fe? ¿Acaso no tiene Dios el poder para decírselo, para mostrárselo, para demostrarse a sí mismo?

Pawel recordó de pronto que también él había vivido una etapa de falta de fe, durante sus años en París y después de su regreso de Francia. ¿Cuál había sido su estado mental en aquella época? Los recuerdos se habían vuelto borrosos, pero era capaz de rememorar los puentes sobre el Sena, el Spree y el Vístula, la humillación y la desesperación. Las creencias de su infancia habían ido apagándose como el cabo de una vela, hasta quedar sumidas en la oscuridad. ¿Cómo había sucedido? No por una elección, de eso estaba seguro, o al menos no por una elección basada en un conocimiento cabal de todos los factores y consecuencias. No, a aquel estado había llegado a través de una serie de pasos dados sin conocimiento de causa tanto por su parte como por parte de otras personas. Principalmente por su parte, por culpa de su amargura, de su incapacidad para comunicarse, de su rechazo a dejar que se le acercara nadie. ¿Por qué? ¿Por qué se había vuelto así? ¿Por qué había perdido la fe con tanta facilidad y de un modo tan indefectible? Entonces le había parecido estar descubriendo la realidad, una realidad dura, pero la verdadera, un mundo purgado de

los falsos mitos de la familia, de la patria, de Dios. En un principio no parecía que se hubiesen producido resultados negativos, tan solo un alivio en la intolerable tensión suscitada por el seguimiento de unas actividades religiosas que habían dejado de tener sentido para él. Se había convertido en un hombre libre, o al menos así lo había supuesto. Pero las consecuencias habían sido poco menos que desastrosas.

Estuvo muchos años sin rezar, sin pensar en Dios. No lo había echado de menos en lo más mínimo. Pero, desde la perspectiva que da la experiencia, ahora veía que su conciencia había cambiado durante aquel período, que algunas facultades de su percepción y de sus sentimientos habían ido declinando hasta que, una tras otra, se habían apagado por completo. Luego las había olvidado, y apenas recordaba lo reales que habían llegado a ser antaño para él. Si bien era verdad que habían acudido a su mente de vez en cuando, las había rechazado como un residuo de su adoctrinamiento cristiano, de sentimentalismo, de beatería, de la ingenuidad propia de la infancia. Había sido cegado por su falta de fe, y, lo que era peor, sin saber que estaba ciego.

¿Sucedió algo similar con ese chico sentado ahí, delante de él, en el otro extremo de la habitación, que se abrió paso con circunspección a través de conceptos racionales y espirituales? No, la condición de David era radicalmente otra, por cuanto él no había tenido conocimiento de Cristo. Aunque poseía alguna otra cosa, algo ajeno a la experiencia de Pawel. ¿Se trataba de alguna cualidad única de su personalidad individual, que no tenía nada que ver con su pueblo ni con su religión? ¿O era algo común a todos los *jasidim*? ¿Era algo extraño por naturaleza, o era más bien un dialecto cultural de la condición humana universal? Pues si bien era verdad que las facultades propias del alma que la fe cristiana hace despertar en un creyente estaban dormidas en el muchacho, también lo era que estaba dotado de otros dones que funcionaban a pleno rendimiento. Que *fluían*, decía él. Pero ¿qué era exactamente ese fluir?

¿La búsqueda de la sabiduría? Sí, él la buscaba activamente en todos los órdenes, en la investigación académica, en el pensamiento privado, en la discusión. Pero esto era algo común a muchas religiones.

¿Amor? Pero ¿qué clase de amor? ¿Amor a la vida? ¿Amor al ser? ¿Un anhelo de esa dimensión misteriosa a la que llamaba *comunión*? Pero eso era algo universal, ¿o no?

¿Y dónde estaba Dios en todo esto? Si los judíos eran el pueblo elegido, ¿por qué había privado a una mayoría de ellos de la fe en el verdadero Mesías?

Alzando la vista, David interrumpió los pensamientos de Pawel.

—A veces me siento como si un velo me tapara los ojos.

—¿Un velo?

—Es como una tela muy fina que me ocultara una parte de la realidad. No debería ser así.

—¿A qué te refieres? Es imposible que un hombre pueda saberlo todo.

—No me refiero al reino del conocimiento.

—Entonces, ¿qué quieres decir con eso de la parte de la realidad que te queda oculta?

—Quiero decir que no debería haber divisiones entre el mundo sagrado y las cosas de este mundo. No debería haber velos entre el hombre y su Creador. Esto es lo que nos enseñó el Ba'al Shem Tov.

—¿Quién es el Ba'al Shem Tov?

—Un maestro espiritual de mi pueblo. El fundador de nuestra fe. Él decía que el hombre debía adorar al Creador en cada una de sus acciones. Por esta vía es como alcanzamos la comunión con el Señor Supremo.

—Así es también de acuerdo con mi confesión.

—Ah, ¿sí?

Se miraron el uno al otro en silencio.

—Debemos tener corazón de niño —continuó David—. La alegría es esencial para el *devekus*, tenemos que aferrarnos a ella con constante devoción.

—También eso es igual según la fe que yo profeso —dijo Pawel—, aunque tal vez no en el sentido en que lo mencionas.

—¿Qué entiendes tú entonces cuando hablas de alegría? Para nosotros es *hislahavus*, como si el santo fuego se inflamara en llamas, unas llamas que cantan y bailan.

—¿Unas llamas que no te queman, que no te hacen daño?

—No hacen daño. Es un dulce ardor. Es el júbilo espiritual que sentimos cuando el alma se eleva hacia el Señor Supremo, y durante todo ese tiempo está dentro de Él.

Pawel asintió con la cabeza.

—Para nosotros es lo mismo.

—¿De verdad? ¿Lo mismo?

—Yo no sé si es exactamente lo mismo. Pero nuestros santos y nuestros místicos también hablan de ello.

Pawel se sumió unos segundos en sus propios pensamientos, reflexionando acerca del hecho de que tanto los santos como los místicos hablaran también de sufrimiento, oscuridad, y de la angustia de la cruz interior. Para un cristiano, todo eso constituía una parte indispensable en el proceso de elevación hacia Dios.

David cerró los ojos y proyectó los brazos al frente como un ciego que camina a tientas por un camino desconocido.

—¿Qué es este velo que percibo? Sé que hay algo, más allá de él, pero no puedo ver qué es. Nunca antes había sentido su presencia.

—¿Nunca antes?

—Desde que vivo en esta casa, esta impresión no ha dejado de ir en aumento. El Señor Supremo me ha dado a conocer que van a operarse grandes cambios en mi vida, cambios que sin duda acontecerán si me atengo al cumplimiento de la Torá y me confío a su guía.

—¿Ha llegado a decirte tantas cosas, pero no te ha dicho qué es lo que hay más allá del velo?

—El velo es fino, pero su urdimbre es recia. Sus hilos son como el acero.

—¿Y por qué el Señor Supremo no te aparta sencillamente el velo de los ojos y te enseña lo que hay?

—A lo mejor no estoy preparado para verlo, puesto que con su simple aliento el Señor podría fácilmente deshacer los hilos.

—¿Por qué no lo hace?

—No lo sé. —David abrió los ojos, mostrando la confusión y tristeza que sentía—. No lo sé —repitió.

Con la mirada fija en el vacío, seguía haciendo esfuerzos por ver más allá, hasta que al final el cansancio, o el desánimo, parecieron vencerlo. Suspiró, miró a Pawel y le preguntó:

—¿Tú también ves el velo?

—Yo tengo mis propios velos.

—Ah —asintió David, guardando silencio de nuevo.

—Has empezado diciendo que lo único que una persona puede dar a otra es aquello que la persona es de verdad. ¿No te parece que la presencia del velo delata que una persona es más de lo que parece ser en cualquier momento determinado?

—¿Qué quieres decir, Pawel?

—¿Acaso el velo no implica que tú serás otra cosa de lo que eres ahora?

—¿Ser otra cosa? Qué pensamiento tan extraño. No, las personas no somos nunca otra cosa. Aunque sí que creo que podemos ser más de lo que somos, mejores.

—En eso creo que podríamos estar de acuerdo.

—¡Bien!

El chico sonrió de pronto, se levantó de un salto y se fue deprisa a la cocina a preparar té.

Después de beber sus respectivas tazas de agua caliente con un vago sabor a té, apagaron la luz e intentaron dormir. El frío hacía casi imposible la tarea. En la oscuridad, David optó por reabrir un caso cerrado.

—No lo entiendo —se oyó la voz a ras de suelo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Por qué no quieres que lea la historia que has escrito.

—¿Mi obra de teatro? Se la llevó el alemán y aún no me la ha devuelto.

—El alemán. Prefieres dársela a leer a un extraño antes que dejármela leer a mí.

—La cosa ha salido así por casualidad. Además, creo que seguramente no es más que uno más de tantos intentos literarios mal escritos.

—Creo que ya te dije en otra ocasión, Pawel —dijo David con cortesía—, que lo que a mí me interesa es el alma de una obra, no sus cualidades literarias.

—Eres asombroso.

—¿Por qué soy asombroso?

—Eres tan diferente de un tipo al que conocí hace años en París... Era novelista. Gustaba de citar a Flaubert, que decía que el lenguaje es como un caldero agrietado con el que los escritores tocan melodías para hacer bailar a los osos.

—¿Él te enseñó a escribir, Pawel? ¿Fue un buen amigo para ti?

—No, no fue un buen amigo. Pero me dijo una cosa útil en una ocasión. Me dijo que muchas veces se escribe mala literatura con los sentimientos más nobles. Mi obra trata acerca de sentimientos nobles.

—¿Es mala literatura?

—No lo sé.

—¿Eso importa? Tal vez lo único que se necesita es que tu obra esté llena de sabiduría.

—No lo creo. Contéstame a una cosa: cuando vuestros *zaddikim* cuentan una historia de una forma bella, ¿no consiguen enraizarla más profundamente?

—Sí, es más poderosa.

—¿Cómo aprende un *zaddik* a contar una historia bella?

—Es un arte.

—¿Cómo aprende ese arte?

—Hubo un tiempo, cuando era pequeño, en que pensaba sencillamente que eso era algo que se le daba a tal o cual persona, y que no tenía que aprenderlo.

—¿Ya no lo crees así?

—Ya no pienso eso, Pawel.

—¿Cuál es, pues, el secreto del contador de historias?

—Lo que hace es observar. Luego reflexiona acerca de lo que ha visto, sufre por ello. Y a partir de su sufrimiento crea una historia. El alma de quien le escucha reconoce que es una historia veraz, aunque solo hable de un ciervo que salta por encima de las nubes o de unos niños que bailan sobre las olas del mar. No es un mero pasatiempo. Es alimento.

—Ahí hay un gran enigma. Tú dices que el *zaddik* refuerza su don a través del sufrimiento. ¿Dónde está entonces su alegría?

No se producía respuesta alguna. El chico se levantó y encendió la lámpara de la mesita de noche.

—¿Te importa, Pawel? Necesitamos luz; por lo que parece, aquí hay debate.

—Eso parece.

David se arrebujó de nuevo bajo las mantas, frunciendo el ceño en actitud pensativa.

—Me has preguntado que dónde está la alegría para el *zaddik* que sufre. Yo creo que ese tipo de *zaddik* encuentra *hislahvus* en el hecho mismo de convertir la materia prima de su sufrimiento en una historia que difunde felicidad, como la madera, al consumirse, da calor para que otros puedan vivir.

—Pero ese sufrimiento suyo, ¿no es una forma de debilidad?

—Una debilidad que hace fuertes a otros.

—Solo un sabio conoce eso. Eres un *zaddik*, David.

—¡No digas una cosa así! Yo no soy ningún sabio.

—Ah, claro, eso es lo que dicen todos los *zaddikim* de verdad.

—Estás aprendiendo a utilizar mis tácticas, Pawel.

—Tengo un buen maestro.

—Me estás avergonzando.

—¿Por qué te da vergüenza?

Bajando la mirada, David dijo:

—Cuando tenía doce años estudiaba la Torá sin descanso. La gente me decía tonterías, me llamaban «niño prodigio». Los más tontos me llamaban *zaddik*.

—Ah, bueno, entonces te pido disculpas por haber ahondado en tu vergüenza. Déjame que te pregunte una cosa, David Schäfer: cuando un hombre es un verdadero *zaddik*, ¿se siente avergonzado cuando la gente le llama sabio?

—En el hombre verdaderamente humilde, no debería haber orgullo ni vergüenza. Él solo sabe que es un hombre portador de un mensaje. Yo no soy humilde. Por tanto, no soy sabio.

—¿Qué es la sabiduría?

—Es santo temor al Señor Supremo. Es devoción a Él. Es conocimiento de la Torá, comprensión de sus caminos, capacidad para aconsejar a los demás de acuerdo con sus designios, fortaleza para entablar batalla con sus enemigos. ¿No es lo mismo en vuestras enseñanzas?

—Sí, compartimos los mismos pilares de la sabiduría.

—Pero tu expresión me confunde. Tu rostro me dice que crees que hay algo más que eso.

—La casa de la sabiduría es un misterio sagrado. Uno no puede hacerse señor de esa casa aprendiéndose una fórmula de memoria.

—Ni tampoco ignorando la fórmula, Pawel.

—Tienes razón. La fórmula es verdadera, pero no lo es todo.

—Entonces, ¿qué es lo que tratas de decirme?

—Yo pienso que los pilares de la casa no están hechos de piedra, ni de voluntad, ni de fortaleza, ni de inteligencia.

—¿De qué están hechos?

—Los pilares de la sabiduría son estos: humildad, insuficiencia, pobreza, soledad, enfermedad, rechazo y abandono.

—Todas cosas tristes.

—Sí, son cosas tristes.

—Eso que dices es duro.

—Hay una alegría secreta en ello.

—No puedo aceptar eso por completo, Pawel. Es demasiado lóbrego.

—Encierra dolor, pero un dolor pasajero.

—¡El hombre fue creado para la alegría! —protestó el joven—. ¡Fue creado para bailar!

—Sí, y para saber en su tuétano que es una criatura. Que no es Dios.

—Pero se regocija en ese conocimiento. Baila por amor a él.

—¿Baila antes de ese conocimiento?

—En el caso de algunas personas, *sí* —dijo David con énfasis—. El conocimiento crece *con* el baile. *Con* el goce.

—Pero no para todo el mundo. Solo para algunos. La mayor parte de los seres humanos aprenden las lecciones de la vida únicamente a través del sufrimiento. Si perseveran, con el tiempo encontrarán la alegría.

—Lo que dices me resulta muy sorprendente. Yo solo he encontrado alegría en el Señor.

—¿Solo alegría? ¿Tú, que no tienes nada?

David reflexionó unos segundos, y luego se tapó los ojos con la mano.

—No debí decirlo —murmuró Pawel. El chico sacudió la cabeza.

—Es verdad que lo he perdido todo, pero, aun así, no es el final.

—Tienes razón, no es el final. No hay nada seguro acerca de dónde puede llevarte la vida en los años venideros. No estás encerrado en la cárcel del destino.

—Sí —replicó David, alzando la vista con cierta animación—. No lo he perdido todo, porque me *tengo* a mí mismo, y yo *soy* yo mismo. Y en el paraíso volveré a ver a mi familia.

Pawel asintió con comprensión. Inspirando profundamente, dijo:

—A lo mejor esto era todo lo que quería decir: tú tienes tu parte de alegría, pero también tienes tu parte de dolor.

—Pero el sufrimiento no tendría por qué paralizarnos. No *debe* paralizarnos, porque entonces no dejaríamos espacio para la alegría.

—Pero sin sufrimiento, ¿comprenderíamos la alegría? ¿La valoraríamos?

—Pawel, lo siento, pero ya no entiendo esta conversación.

—Es demasiado oscura para ambos. Estamos intentando conocer aquello que solo puede verse con el corazón.

—Con un corazón entero.

—Con un corazón roto —dijo Pawel de modo terminante.

~

Hablaron poco las noches siguientes, por cuanto ambos estaban agotados por culpa de tantas noches durmiendo poco tiempo y de manera intermitente. La tercera noche se quedaron dormidos a la luz rojiza y mortecina de la vela de vigilia. Por una vez, la ciudad estaba en completo silencio. Pawel estaba casi dormido cuando David espabiló de pronto y, sentándose en el colchón, dijo:

—Supón que yo tuviera un solo ojo y tú también. Supón que ambos hemos visto las cosas por separado. Cada uno de nosotros conocería el significado del mundo tal y como lo ve a través de su único ojo. Estaría convencido de que posee la visión acertada. Supón ahora que el Señor Supremo hace que se conozcan ambos hombres y traben amistad. Digamos que se establece entre ellos un respeto que crece de día en día. No se entienden mutuamente, pero poco a poco empiezan a ver como si tuvieran dos ojos.

—¿Dos ojos? —masculló Pawel. Dándose cuenta de cuál era el tono con el que hablaba David, se incorporó apoyándose en el codo y suspiró.

—A causa de la nueva situación, su visión llega cada vez más lejos y se hace cada vez más profunda. Y esta visión es amor, creo yo. Sí, ahí hay amor.

—Es una idea bonita, pero pocos seres humanos saben amar.

—Eso que dices es lúgubre, Pawel.

—¿A ti que vienes del gueto mis palabras te parecen lúgubres? Piensa en lo siniestro que es al otro lado del muro. Piensa en los asesinos.

—Esa oscuridad es la propia del hombre privado de ojos.

—Eres muy joven, hay pocas personas que sepan amar. Son todos asesinos y no lo saben.

—¿Todos? Creo que te equivocas en eso. Hay dos tipos humanos en el mundo.

—¿Solo dos?

—Sí: víctimas y asesinos.

—Eso que dices es muy lúgubre, David.

—Solo si la víctima se niega a bailar.

—Eres un filósofo, y joven, muy joven.

—Yo he visto mucho amor.

—Yo, muy poco desde que dejé la infancia.

—¿No crees en el amor?

—Creo en él. Pero en el país de los ciegos hay poco amor.

—No te entiendo, yo veo tu amor cada día.

—Sea lo que sea aquello que puedas admirar en mí, no es otra cosa que mi anhelo de ver.

—¿Qué es el amor? —dijo David, atónito.

—El amor no se queda nada para sí.

—Cada día me das de comer. Cada día evitas que la muerte entre en esta casa. A cambio, yo barro el polvo y preparo tazas de té. No sé qué quieres decir.

—Eres muy joven.

—Por favor, deja de decirme eso.

—Lo siento. No volveré a recordarte lo joven que eres.

—Hay otra cosa que no entiendo.

—¡Qué raro! ¡No lo entiendo! ¿Qué es lo que no entiendes? El reproche dio paso al silencio.

—Vamos, dímelo.

—La cama —dijo David con mansedumbre.

—¿La cama?

—¡No es justo! Yo tengo tres mantas y tú solo dos, cuando eres tú el dueño de la casa, el dueño de todo lo que hay aquí.

—Es muy fácil de entender: quiero que sea así, y ya está. Eso es todo.

—No, ahí hay un motivo oculto. Y sé cuál es.

—¿Sabes cuál es? —dijo Pawel con parsimonia.

—Hacía tiempo que lo sospechaba, pero ahora estoy seguro de por qué no quieres que vaya a tu cama.

El miedo atravesó el corazón de Pawel como un puñal.

—Ahora estás seguro.

—Ahora he comprendido cuál es, esa cosa siniestra.

—Has comprendido cuál es... —replicó Pawel con frialdad—. Espléndido. Muy bien, entonces, si quieres venir a mi cama, ¿por qué no lo haces?

En modo alguno había pretendido que aquello fuera una invitación. Lo había dicho a modo de amarga ironía, como una frase sarcástica, a decir verdad. Convencido de que su secreto había quedado al descubierto, estaba seguro de que el muchacho se apartaría de él lo más lejos posible y buscaría un modo de escapar.

Así, que, se dijo Pawel, al fin y al cabo, ¡hasta el amor de sacrificio no es más que una forma alternativa de aventura amorosa! Todo cuanto había soportado con dolor en nombre de la libertad del joven, quedaba derruido sin ningún esfuerzo por medio de una desagradable revelación. La vergüenza, la culpa, el miedo... los grandes agentes del igualitarismo. Sí, al menor indicio de ello, ¡y todo caía por los suelos!

Ante el más completo asombro por parte de Pawel, David se subió a la cama, junto a él, y cubrió con todas las mantas los cuerpos de ambos.

—Gracias, Pawel —dijo—. Cinco mantas son mejor que dos. Ahora al menos podremos dormir calientes.

La fuente de calor estaba apenas a unos centímetros de distancia. Recurriendo al último gramo de su fuerza de voluntad, Pawel retiró los cobertores y se levantó de la cama. Tirando de las dos mantas superiores, se acostó, tapándose con ellas, en el colchón del suelo.

Durante varios minutos se produjo un silencio terrible, tan cargado de tensión que hasta el aire mismo parecía lleno de gritos inarticulados de confusión y dolor. Tanto el hombre como el muchacho se sentían completamente incapaces de romper el silencio, pero la presión de lo que acababa de suceder y de lo que había quedado sin decir pronto se hizo insoportable.

—Era verdad —dijo David con voz ahogada—. Ahora veo que mi suposición era acertada. No tienes por qué ocultar tus motivos. Lo comprendo.

¿Comprender?, se dijo Pawel con rabia. ¡Qué puede comprender de mi naturaleza este joven angelical, esta alma elegida, este prodigio!

David Schäfer lloraba. Al principio solo fue un gemido apagado, sofocado por el brazo con el que se tapaba la cara. Luego fue aumentando de volumen, hasta convertirse en sollozos. Se cubrió la cara con unas manos frías, blancas, temblorosas, y dio rienda suelta a su desahogo, haciendo añicos su sempiterna solemnidad.

Pawel estaba espantado. Al principio había pensado que el chico se había asomado al fondo de su alma y que por eso lloraba. Luego había pasado a preguntarse si David no estaría llorando por él mismo, por su propia y apurada situación, dolido y desilusionado por una tentativa de amistad que

se revelaba ahora como algo peligroso, siniestro incluso. Estaba atrapado en un refugio que demostraba no serlo en absoluto, cautivo en manos de un protector que de repente había quedado desenmascarado como un monstruo.

Molesto por la censura implícita en aquel arranque, Pawel le espetó.

—¿Por qué lloras?

David no respondió, aunque el llanto amainó.

—¿Qué te pasa? —insistió Pawel—. ¿Por qué lloras?

Cuando pudo por fin reprimir las lágrimas, David dijo:

—Ahora veo lo que soy para ti. Soy el modelo del artista, el niño que se convirtió en Judas. Ahora sé que eres el tipo de hombre que daría cobijo incluso a quien considerara el ser más abyecto de la tierra.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Sí, incluso a un judío. ¿Por qué el mundo nos odia? ¿Por qué? ¡Incluso tú, Pawel, tú que eres el mejor de los hombres! ¿Me odias?

—¿Odiarte...?

—Ha sido un error por mi parte el pensar que me dejarías compartir tu lecho... a mí, un judío, como si fuera un miembro de tu familia. Por esto te pido perdón. Has arriesgado la vida por protegerme, y a causa de esto yo había dado por sentadas demasiadas cosas. ¡Cómo he podido ser tan estúpido! ¡Pensar que podías sentir por mí lo que un padre siente por un hijo! He estado ciego, debería haber visto que era una plaga en tu vida. Soy una deshonra para ti. Ven a tu cama, yo me volveré al desván.

—Quédate aquí. No te muevas, y te lo explicaré.

—¿Explicarme? —balbució David con voz quebrada—. ¿Cómo podría explicarse esta brecha entre los dos? Nuestros dos pueblos...

—David, David, no sigas. Para mí, el valor de una persona es inconmensurable. El de todas y cada una de las personas. No cambia en lo más mínimo si es judía o gentil. La esposa de mi hermano es judía. Mi abogado, que ha desaparecido, es judío. La mujer de ese icono es una hija de Sión, una judía del Nuevo Testamento. Mi Dios y Salvador es judío. Así es como lo veo yo. Tu presencia no supone ninguna deshonra para mí. En ningún sentido.

—¡Entonces vuelvo a estar a ciegas!

—Cuando era joven quería ser monje. ¿Sabes lo que es un monje?

Irguiéndose en la cama y secándose los ojos, David miró a Pawel con perplejidad.

—¿Un *monakh*? Es un *priester* que se retira a vivir en soledad, ¿no?

—Es un hombre que se entrega a la oración, sin buscar ningún tipo de consuelo terrenal. Escucha en la oscuridad, atento a la voz de Dios.

—¿Como Elías en el monte Carmelo?

—Sí, eso es. Cuando estuve en el lugar en el que los jóvenes se hacen monjes, me dijeron que yo no era lo bastante fuerte. Más tarde, mucho más tarde, después de haber pasado por una serie de extrañas experiencias, volví a esta casa. Me convertí en un solitario dentro del mundo, viviendo aquí, rezando y trabajando solo. Y ahora resulta que tampoco soy lo bastante fuerte para esto.

—Nunca entiendo qué quieres decir cuando hablas de esa falta de fortaleza, Pawel. Eres el hombre más fuerte que he conocido en mi vida. Es decir, después de mi padre.

—Con todo, yo me sentía así, y aún me siento así.

—Pero no veo qué relación tiene todo eso con el asunto de la cama.

—Le hice a Dios una promesa: renunciaría a todos los consuelos que los hombres suelen esperar de la vida. Le pedí ser tan solo un instrumento para poner buenos libros en manos de la gente, para que sus vidas se vean enriquecidas por la verdad. Le pedí únicamente tener ingresos suficientes que me permitieran subsistir. Estaba contento siendo un hombre pobre. —Hizo una pausa y suspiró—. Dios me ha tomado la palabra, ya lo ves. Soy un hombre pobre, no solo en cuanto a mis posesiones, también en cuanto a mi persona. Vivo en esta pobreza y le hago ofrenda de ella, como el niño que

renunció al libro entero el Día de la Expiación. Hace mucho que tomé el camino de la soledad, y no puedo seguir ahora otro.

—No sé si consigo entenderle. ¿Me estás diciendo que *te gusta* el frío suelo?

—No, no me gusta. Pero me enseña a amar.

—¿Te enseña a amar?

—Me ayuda a volverme hacia el Señor Supremo en busca de *su* calor.

—Yo también creo que de verdad está ahí, Pawel. Pero no siento la necesidad de pasar frío para buscarle.

—La diferencia entre nosotros es imposible de describir. Solo puedo decirte que para mí es muy difícil atender al sonido de su Corazón palpitante. Debo aprovechar cualquier oportunidad.

—¿Renunciar a calentarse es un entrenamiento?

—Sí, lo es.

—Parece una religión muy fría.

—Las cosas son más cálidas por dentro que por fuera. Hay momentos en que el rostro del Hermoso está delante de nosotros, a la vista de los ojos del corazón. Hay un abrazo que es todo Amor. Lo abarca todo... todo.

—Nunca he experimentado nada semejante.

—Entonces, tendrás la amabilidad de dejarme dormir en el suelo. Y tú te quedarás en mi cama.

—No es lo correcto.

—Con el tiempo lo entenderás.

—No lo entenderé nunca.

—David Schäfer, ¿no fuiste tú el que me dijo una vez que el hombre que no tiene nada es el que lo tiene todo?

No hubo respuesta a esta pregunta, tan solo un profundo suspiro de incompreensión. No pasó mucho tiempo hasta que David dio media vuelta, y Pawel se arrebujó en las mantas y se las subió por encima del hombro.

—Lo pides todo de mí —dijo a la imagen de la Madre. *Sí, todo.*

~

19 de marzo de 1943 Querido *Monsieur* Rouault:

¿Dónde se encuentra usted en estos momentos? ¿En Versalles o en París? ¿O en algún otro lugar oculto a la *Kultur* del enemigo, esperando tiempos mejores? ¿Están con usted sus amigos, los Maritain? ¡Ah, si pudiera yo estar con usted! ¡Desandar el camino de mi pasado y tomar uno mejor! Habermé sobrepuesto a mi miedo y haber permanecido entre ustedes como un pobre más, como un hombre lastimado, pero que lleva la gloria en el corazón, que defiende la gloria del paraíso con su libertad...

¿Por qué huí de usted? ¿Sería porque pensaba que no había nada de valor en mí? ¿O era porque, deseando ser el Niño Jesús, no pude soportar la revelación de que también había un Judas en mí? Creí que si no podía ser el Niño Jesús en la gran obra de arte de Dios, entonces solo podía ser Judas. ¡Con qué pequeñas mentiras se nos derrota tantas veces!

No ha leído la obra que he escrito acerca de una oscura figura rusa. Tal vez la lea algún día, si usted y el manuscrito sobreviven a la guerra. Gira en torno a un artista. Andréi Rubliov era un hombre con el alma fracturada, pero en esa fractura supo que era hijo del Padre. Supo que el pintor de iconos era él mismo el icono.

Una vez usted me escribió diciéndome que al Cristo rechazado por los hombres no puede vérselo sin prejuicio, y que solo el ojo liberado por el sufrimiento es capaz de mirar el rostro mutilado de Jesús y verlo de verdad. Durante muchos años huí de ese rostro, aterrorizado por que fuera nuestro retrato definitivo, por que no fuéramos más que animales, tan fácilmente

degradados, tan fácilmente extinguidos. Me habló de la majestad de un Dios que sufre con nosotros y en nosotros, y me habló del abrazo de su imagen rota en nuestro interior. Me dijo que Él desciende hasta los lugares más lóbregos de la tierra en busca de las almas perdidas, para que así podamos conocer nuestro verdadero rostro y ser recogidos por Él y elevados al lugar en que volvemos a ser aquello para lo cual estábamos designados desde el principio. Yo no lo entendí, y huí de todo aquello. Como Judas, no podía creer en el perdón. Usted, señor, intentó decírmelo, que el rostro de Judas puede restituirse en el rostro del Niño, con solo aceptar la misericordia. Como el icono agrietado que puede ser restaurado por el maestro.

Rezo por que algún día podamos encontrarnos, usted y yo.

Pawel Tarnowski.

~

Con estos pensamientos en la mente como principal preocupación, su corazón cobró fuerza a lo largo de todo el día siguiente. Reflexionaba una y otra vez acerca de las encrucijadas del pasado a partir de las cuales había iniciado nuevos caminos, de ascenso o de descenso, pero adentrándose en la oscuridad, o volviendo hacia un camino que nunca había tenido otro aspecto que el de la oscuridad. Ahora le parecía que esta misma oscuridad no era más que un problema de interpretación: el espejo o la ventana, tal como había hablado con David. Durante demasiados años había estado leyendo únicamente los dolorosos mensajes de su imagen reflejada, y los había interpretado de acuerdo con ese dolor. Como consecuencia, se había sentido abocado a un determinismo sin esperanza del que le había parecido que no podía escapar. Ahora estaba seguro de que el perdón era la llave que abría la puerta, tal y como le había dicho el padre Andréi en Częstochowa. Y si había una llave y había una puerta, era la realidad de dicha puerta, más que la constelación de nuevas percepciones, lo que le parecía ahora lo más importante.

Aquella noche se sentó ante el escritorio de la librería y releyó la carta que había escrito a Rouault. En contra de lo que esperaba, la verdad que había en ella no había sido borrada por la acostumbrada inestabilidad de sus emociones, ni se había desvanecido en abstracciones. Dobló el papel, lo metió en un sobre y lo cerró. Después de escribir en la parte delantera: *Georges Rouault, Versailles, Francia*, lo sostuvo unos minutos entre las manos, mientras lo observaba y meditaba. Si sobrevivía a la guerra, Dios lo quisiera, lo enviaría por correo e intentaría restablecer el diálogo con el hombre que había llamado a su puerta en una época en la que él no creía en la existencia de puertas.

Mejor aún, iría a París y se lo entregaría en persona. Y aunque le parecía una esperanza sin ningún fundamento, a lo mejor hasta podría volver a pintar.

Pawel guardó el sobre en la caja de latón del cajón inferior del escritorio y lo cerró. Apagó la lámpara del escritorio y se quedó sentado en la oscuridad. Ya no le daba miedo la noche. Por qué, no lo sabía. Casa Sofia estaba en calma: ni el ruido de las armas de fuego, ni las sirenas ni los gritos de fondo rompían el silencio. Pero la quietud de sus propios ruidos habituales fue lo que más le llamó la atención. En este vacío entre el pasado y el futuro, experimentaba el regusto de la paz que solo había conocido en la infancia. Fue breve, pero se sumó al sentimiento recién adquirido de que aún era posible un futuro más amplio del que había supuesto. Movidó por un impulso, sin saber por qué lo hacía, subió al apartamento y entró en el baño.

Aquella era la habitación en la que apenas unos meses atrás había estado a punto de cortarse la vena del cuello. Aquel era el espejo en el que se había mirado con desprecio: el rostro que le había devuelto reflejado no había hecho sino amplificar el mensaje. Una infinidad de espejos que solo podían acabar en la locura. Una celda para escapar de la cual solo le había parecido posible la alternativa de la autodestrucción.

Se obligó a mirar de nuevo el rostro reflejado en el espejo, esforzándose por ver a través de él, como quien busca un atisbo de un mundo más justo, más allá del cristal de la ventana. Al principio

le resultó muy difícil, por cuanto la verdad inmediata era que el bello Pawel se había ido para siempre. El dulce Pawel se había hecho viejo antes de tiempo. Vio a un hombre macilento que había fracasado en todo, con unos ojos llenos de pesar, de confusión, de anhelos que ni él mismo era capaz de articular de forma inteligible. Vio una historia hecha de derrotas, un archivo abierto de historias que, si no triviales, estaban llenas de penas.

Por una vez no retrocedió asustado, ni arremetió furibundo contra su propia imagen. Se quedó quieto, esperando.

—Esto es lo que soy —dijo al fin.

Entonces, una por una y sin haberlos dado cita, fueron desfilando ante él los rostros de muchas personas, de aquellas que le habían traicionado, o que le habían despreciado, o que habían tratado de reducirlo a objeto de consumo.

Acudió en primer lugar Photosphoros, el hombre de Dios, iracundo y condenatorio. Aquella vieja imagen terrible había perdido algo de su poder, pero no todo. Pawel dejó escapar una exhalación, buscando qué había al otro lado del reflejo de sus propios ojos.

—Perdóname —decía el sacerdote—. No te conocía, no te comprendía.

—Te perdono —refunfuñó Pawel, y aunque las palabras salieron de su voluntad, no salieron de su corazón.

—Perdóname —volvió a suplicar el religioso.

—Te perdono, te perdono —dijo Pawel, con los labios tensos, los ojos entornados.

—Por favor, perdóname —dijo el religioso una vez más, con la voz de un niño—. El día en que te hice daño yo me sentía como tú ahora. No era a ti a quien quería pegar, sino a toda la ignorancia que hay en el mundo y que me había arrebatado el hogar.

—Te perdono —susurró Pawel—. Te libero, y no tendré ya nada contra ti. Rezaré por ti, y si tú ya no estás en este mundo, te pido que reces por mí.

El religioso asintió con un gesto y desapareció.

Su lugar fue ocupado de inmediato por Achille Goudron.

—Perdóname, Pawel.

—Te perdono —balbució este.

—¿Acaso piensas que no sabía ver mi culpa? ¿Crees que ha pasado un solo día en el que no haya recordado lo que te hice?

—Yo confiaba en ti.

—Yo veía tu confianza, y tu estado de necesidad. Y te protegí durante más de un año.

—Construiste mi confianza solo para poder coger de mí lo que querías.

—No fue esa mi intención al principio. En ti me veía a mí mismo cuando era joven. Tú, que habías perdido el camino, llevando contigo el tesoro de tu talento, sin saber cómo utilizarlo, tú buscabas refugio y guía. El refugio te lo di. Pero no supe guiarte, pues también yo iba a la deriva, sin una mano que llevara con firmeza el rumbo de mi vida, sin la voz de un padre que dijera mi verdadero nombre ni para qué era bueno. Y fue así como el amor de un amigo se mezcló con el deseo de un depredador. Ambos estaban en guerra en mi interior.

—Intentaste apoderarte de lo que no era tuyo, y al hacerlo desechaste mi verdadero yo.

—Me vi tentado y caí. Perdóname.

—Te perdono.

—Por favor, perdóname —volvió a insistir Goudron.

—¡Te he perdonado! —gruñó Pawel.

Y por el sonido de su réplica comprendió que no había perdonado.

—Un beso —se lamentó Goudron—, eso fue lo único que te pedí...

—Tú lo querías todo de mí. Lo hubieras tomado, si yo te hubiera dejado, al precio de mí mismo.

—Aquello que pude haber hecho en aquella época oscura, otros me lo habían hecho a mí. Lo mismo que tú sientes ahora, lo sentía yo entonces.

Atónito, Pawel comprendía ahora lo que no había visto hasta aquel preciso instante: en una ocasión él había sido David, y Goudron había sido Pawel.

—Perdóname, pues habito en el reino de la vergüenza y tengo necesidad de tu misericordia.

Tras permanecer unos minutos con la cabeza agachada en silencio, Pawel repuso al fin:

—Yo te perdono. Te libero. Ya no guardaré más esto contra ti, pues también yo me apoderaría de lo que no es mío si las tinieblas me engulleran. Yo también tengo necesidad de misericordia.

Al levantar la vista, comprobó que Goudron ya no estaba. En su lugar aparecieron más formas humanas, y luego otras más, filas y filas, desde las más pequeñas hasta las más grandes.

Se mostraba reacio ante aquello, pues le parecía que por cada perdón que le suplicaban debía hacer frente a su falta de perdón y pedir perdón.

—¿Eso queréis? —dijo a la multitud que esperaba su respuesta—. ¿Voy a tener que pedirlos perdón... a vosotros que me habéis expoliado?

Le repugnaba aquello, lo llenaba de furia, hacía que se aferrara a su amargura, pero lo soltó una vez más... lo dejó escapar. Vio que la libertad es algo que está siempre latente en el corazón del hombre, y que podía elegir. Por primera vez en su vida comprendía que él era como todos los demás hombres, y que todos los demás eran como él. Ellos también estaban llamados a amar, y también ellos temían al amor. Alemanes, rusos y polacos, judíos y gentiles, hombres buenos y malos, ricos y pobres, todos se aferraban a sus armas defensivas, todos vivían aterrorizados ante la desnudez absoluta.

Él había quedado desnudo, y expuesta su desnudez, herencia común del hombre. De sus muchos miedos, este había sido el mayor, pues creía que si veía su abyecta pobreza se precipitaría al no ser; si veía el Amor cara a cara, el Amor mismo le daría la espalda. Sí, había intentado con gran aplicación volverse de piedra, pensando que el amor no era más que una variedad de entretenimientos en un club nocturno de Berlín, un placer para los clientes con dinero. Tal era la mentira que había encontrado morada en su interior durante tanto tiempo.

Pawel veía ahora que el mendigo que perdonaba al ladrón poseía una riqueza mayor. El humillado que perdonaba a quien le había degradado se elevaba a una dignidad superior. Miró a cada uno de los rostros de la multitud y les dio su clemencia. Dejó que lo que cada uno de ellos le había hecho o le había dejado de hacer se lo llevara el viento para siempre.

Desaparecieron todas las sombras salvo dos, aunque estas no se acercaron más. Quiénes eran, no lo sabía, pues, por mucho que lo intentaba, no podía distinguir sus rostros. Y entonces el enfoque de su visión retrocedió y pasó, de aquello que subyacía por detrás del cristal, a aquello que descansaba en la superficie del espejo.

Ahí vio el rostro que Rouault había deseado pintar, la faz de Jesucristo humillado, martirizado, despreciado y rechazado. Al principio se asustó, pues, aunque Cristo estaba dentro de él, en este mundo aún era posible fallarle.

También esto es lo que soy, dijo Pawel al icono de Cristo. *Necesito misericordia.*

—Perdóname —añadió en un susurro.

Entonces, escudriñando una vez más a través de la ventana de la memoria, vio acercarse a una de las sombras.

—*Dziecko*, mi pequeño —musitó la sombra, levantando la cara hacia la luz, de modo que pudiera ser vista—. *Mój synu*, hijo mío.

Pawel volvió la cara, agarrándose a los bordes del lavabo con las dos manos.

—Oh, padre, ¿por qué me abandonaste?

—Yo no quería dejarte.

—¿Por qué no me quisiste cuando regresaste?

La luz se hacía más intensa, revelando la vestimenta de campaña de un soldado cuyos ojos eran sendos pozos vacíos.

—Yo te quería, pero tú no conocías el lenguaje de mi corazón.

—¿No podías tú leer el lenguaje del corazón de un niño?

—Si yo lo hubiera entendido...

—¿Por qué no lo entendiste?

—Caí en combate, y si resistí ese combate y esa caída fue por ti, aunque tú no lo supieras.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo explicaste?

—Sí que te lo dije. El pequeño caballero y el dragón fueron mi palabra, te los di como representación de mí. Pensé que te bastaría con eso.

—A un niño nunca puede bastarle una palabra. Necesita muchas palabras, y las de las manos y las del corazón no son las menos importantes.

—Con el corazón, que también había sufrido sus propios golpes, intenté hablar contigo, pero tú no venías a mí. Con las manos quise tocarte, pero tú te alejaste de mí.

Entonces papá agachó la cabeza y, aunque llorando, siguió ofreciéndole las manos. Pawel se volvió y dejó de mirarle. —Perdóname, Pawelek.

La sombra seguía gimoteando, mientras su voz disminuía a medida que regresaba al pasado. Presa de temblores, Pawel salió del baño y se pasó la noche mirando al techo, con los ojos clavados en la oscuridad, hasta que llegó el alba sigilosa, acompañada por un rumor sordo de explosiones en la calle, hacia el noroeste.

17

Durante cuatro días las fuerzas de la naturaleza conspiraron con las de la guerra para oprimir a la población de Varsovia. El termómetro cayó hasta alcanzar un nuevo mínimo, en un momento en que la primavera parecía haber llegado ya a las puertas de la ciudad. Era el último coletazo del invierno, pero se había instalado un clima en verdad polar. Siguiendo sus propios dictados, inescrutables, Baba Yaga apareció cada uno de aquellos días, en una ocasión con un mensaje de Bronek, en otra con retazos de información acerca de los menguados recursos de la ciudad (entre muecas de satisfacción, feliz siempre de ser la portadora de malas noticias), y en otra con algunos libros para someterlos a la valoración de Pawel. No quiso revelar el origen de los ejemplares y pareció contentarse con lo que él tuviera a bien darle por ellos. Aunque él apenas contaba con unos escasos *groszy*, a ella no se le antojó necesario volver algún día en que hubiera algo más de dinero en metálico con que pagarle, a pesar de que Pawel se lo sugirió. La oportunidad de sentarse en la silla de la librería, beber un poco de té, comer un mendrugo de pan y poder lanzar sus crípticas observaciones era suficiente recompensa para ella.

Él sabía sin sombra de dudas que la mujer no era más que «una pequeña patriota», como la llamaba Bronek, y sin embargo no podía evitar preguntarse si había en ella una vena de verdadera locura. Por mucho que lo intentara, no era capaz de abrir el cerrojo de su mente para fisgonear en sus pensamientos secretos. Aunque su aspecto era el de una persona zafia e ignorante, en sus ojos se veía la luz de una inteligencia penetrante. Tal vez no fuera otra cosa que astucia. Era imposible saber si lo suyo era doble personalidad, o si se trataba de una actriz de talento incomparable. Llegó finalmente a la conclusión de que era una mezcla de ambas cosas.

La tarde del cuarto día entró en la librería con escarcha en el labio superior y dos manchas blancas, efecto de la congelación, en sus azuladas mejillas. Cuando Pawel se lo hizo notar, ella se puso a dar brincos por la tienda, llevándose las manos a la cara entre gritos de desesperación. Él le preparó un vaso de té, pero lo dejó en el suelo, donde se enfrió durante veinte minutos, mientras ella no dejaba de pisotear y gruñir. Se le saltaban las lágrimas de dolor.

—¿Le duele mucho, *pani*? —se interesó Pawel.

—Escuece como mil demonios. Pero así es la vida, ¿no? Si no quieres que te duela nada, ¡pues entonces mejor congélate! Así no sentirás nada de nada. Pero si quieres estar vivo, que duela.

Viendo que no podía hacer nada, se quedó unos minutos observándola, mientras ella se debatía con sus propias carnes.

—Así, así está mejor. Ahora ya noto que entra en calor. Gracias, buen chico.

Al inclinarse para recoger del suelo el vaso que le había traído él, rezongó:

—¡Puaj, este té está frío!

Pawel subió al piso de arriba para preparar más té, y cuando regresó se la encontró hundida en la butaca de su escritorio, dormida.

Él se sentó un rato a la mesa donde restauraba los libros, contemplando el sibilante amasijo de harapos.

Pobre alma, pensó, ¿hay alguien a quien pertenezcas? ¿Fuiste alguna vez una niña pequeña, con un vestido de encaje, en procesión? ¿Fuiste alguna vez la criatura más encantadora del mundo? Debías de ser la niña de los ojos de tu padre. ¿Te sostenía en sus brazos y te acunaba por las noches, para dormirte, cantándote una nana? ¿Se quedaba embobado por lo pequeñita que

eras? ¿Se preguntaba si albergabas en tu seno la matriz de muchas generaciones futuras? ¿Señora...? ¿Cómo te llamas?

Al cabo de una hora la mujer se estremeció, miró el reloj, lanzó a Pawel una mirada feroz y dijo con voz amenazante:

—¿Por qué no me ha despertado?

—Parecía tan cansada...

—¿Y cuándo no he estado yo cansada? Para estar cansado hay que estar vivo. Ahora llegaré tarde a mi cita.

—¿De qué cita se trata?

—Eso no tiene por qué saberlo.

—Lo siento, ha sido una impertinencia por mi parte.

—¿Acaso se cree que porque es amable puede tomarse según qué libertades? ¿Piensa que eso le da superioridad sobre mí... que no soy más que una vieja estúpida y harapienta que apesta?

—Nada de eso, *pani*.

—Y deje de llamarme *pani*. Soy una *panna*, una *panienka*, ¡una dulce señorita, y no señora!

Bueno, así que era eso, la niña de los ojos había perdido su brillo hacía mucho tiempo.

—*Panna*, entonces. Ya que ha perdido su cita, ¿puedo ofrecerle otro vaso de té?

—¡Olvídese del té!

Pawel se preguntó si la mujer pensaba quedarse todo el día allí sentada en su escritorio, *su* escritorio al fin y al cabo, castigándole por no comportarse de un modo tan infame como los alemanes.

—Es usted la maleducada —dijo.

Ella lo fulminó con una mirada torva, para sonreír acto seguido, como una alimaña malhumorada atrapada en una trampa de buen humor.

—Buen chico. Un buen chico es lo que es usted.

—Deje de llamarme Buen Chico. Soy *pan* Tarnowski.

Ella se rió.

—Buen Chico, me gusta mucho usted.

—¿Por qué me habla en ese tono, si tanto le gusto?

—No me gusta la lástima.

—Pues es obvio que se sirve de ella.

—Cierto, cuando controlo al que me tiene lástima, y si es necesario.

—¡No es usted lo que aparenta, *panienka*!

—Usted tampoco, *krulczyk*.

¡*Conejito*! Estuvo a punto de replicarle, pero desistió.

—¿Sabe? Si no fuera usted un conejito tan lindo, habría tomado en serio pedirle que se uniera a nosotros.

—¿Unirme a ustedes?

—Bronek ha vuelto.

—¿Ha vuelto adónde?

La mujer dejó escapar un suspiro.

—¿Puedo confiar en usted, *krulczyk*?

—No tema, *panienka*.

—El futuro está gestándose en estos precisos momentos.

—Una filosofía de la historia a la que no tengo nada que objetar.

—No me sea listo. Escúcheme. Es el yunque contra el martillo. Los alemanes no pueden ganar esta guerra. Seguirán haciendo mucho daño, será terrible. Puede que maten a millones de personas más. Puede incluso que destruyan Varsovia por completo. Himmler estuvo aquí en enero. Le vi subir a un coche delante del palacio Brühl. Están tramando algo muy gordo, se lo digo yo. La resistencia también lo sabe.

—¿Lo saben ustedes o lo sospechan?

—Yo no he dicho «nosotros».

—No le entiendo.

—Yo no soy de la resistencia, al menos no tal y como la entiende usted.

—Me está confundiendo. Bronek está...

—Ah, sí, nuestro querido Bronek. Estaba en la resistencia regular, pero ha vuelto con nosotros.

Se preguntó si la locura de la *panienka* no estaría reafirmandose. Vio como en una imagen fugaz lo que era la vida de aquella mujer, aquella anciana indigente que vagabundeaba por la ciudad entreteniéndolo a los tenderos con su mística, sus historias y sus intrigas. Tal vez fuera un modo práctico de no pasar frío y conseguir alimento.

—Acompáñeme arriba —le dijo Pawel—. Déjeme que le prepare algo de comer.

Ella no tuvo nada que objetar a eso. Pawel subía la escalera delante, lentamente y haciendo todo el ruido posible para dar tiempo a David a esconderse.

Una vez acomodada en una de las sillas de la cocina, su sermoneo prosiguió entre bocado y bocado de col hervida.

—Destruirán el gueto, eso por descontado —declaró con un amplio gesto con el brazo.

—¿Por qué?

—Los judíos están respondiendo. Los alemanes entrarán en el gueto, casa por casa, hasta tenerlos a todos... a los que queden. Y luego, ¡bum! ¡Abajo con todo!

—¿Por qué iban a tomarse tantas molestias por un puñado de fugitivos? No son más que unos pocos kilómetros cuadrados de viviendas.

—A mí no me lo pregunte, yo no soy alemana. Ellos odian a los judíos, y el odio también tiene sus preferencias. Después venimos nosotros. Somos los siguientes.

—No, no puede ser, es demasiado fantasioso.

—Hace diez años, la gente pensaba que no era posible una guerra como esta. Y aquí estamos, en plena guerra. Y está resultando ser cada vez peor de lo que habíamos imaginado.

—Sí, eso es verdad.

—Pawel Tarnowski, cuando el gran ogro alemán se vuelva a su casa, ¿qué cree que quedará?

—Será el momento de reconstruir Polonia.

—¿Con un ejército soviético dentro de nuestras fronteras?

—Ya los hemos expulsado otras veces.

—Esta vez no podremos. Primero dejarán que los alemanes nos destrocen, y una vez hecho esto, vendrán a hacer la limpieza. Polonia será comunista.

—Eso no podrá suceder jamás.

—¿Usted ha visto Treblinka? ¿Ha visto Majdanek, Chelmno, Belzec, Oświęcim? Escuche, cualquier cosa puede suceder. Cualquier cosa.

—Cuando los ingleses y los americanos desembarquen en Europa, nos liberarán. Jamás permitirán que Stalin se coma media Europa.

—¿Lo piensa en serio? Estarán tan agradecidos a los soviéticos por haber arrojado a diez millones de rusos contra las armas alemanas, que les *darán* la mitad de Europa. Ya lo verá. Por eso tenemos que prepararnos ahora. Estamos formando un frente socialista para crear nuestra propia forma de comunismo. Yo soy oficial de la Guardia Popular.

Pawel reprimió una sonrisa.

—¿General Panienka? —dijo.

—Ríase si quiere. Pero es lo que vendrá.

Siguió allí sentada, bebiendo y parloteando, hasta que, de improvviso, se oyó un ruido sordo sobre sus cabezas, por encima del techo. Pawel hizo un esfuerzo por no mirar hacia arriba, observando a la mujer. Tampoco ella levantó la vista, ni le miró. No se produjo el menor cambio en su expresión, ni la menor señal de que hubiera advertido nada. Pero el flujo de su conversación cesó; se quedó pensativa, con la mirada fija en el suelo.

Pawel estaba sintiéndose verdaderamente incómodo, cuando ella dijo, sin motivo aparente:

—Un hombre como usted, todo un príncipe, debería tener compañera.

—Vivimos tiempos difíciles para el amor.

Ella rezongó.

—No hay invasor que haya podido detener jamás el amor entre los chicos y las chicas.

—Los alemanes son los peores invasores que hemos tenido que soportar jamás.

—Sí, sí, los alemanes, los alemanes son unos bastardos, cierto. Están mandando también a montones de polacos a las chimeneas. Pero al menos están limpiando Polonia de judíos.

—No diga eso —replicó Pawel con vehemencia—. ¡Los judíos son *personas*!

Ella no le contestó de inmediato, sino que se limitó a lanzarle una de sus miradas de hurón.

—¿Personas? ¿Quién ha dicho que no sean personas?

—¿Y si es verdad eso que dicen... que asesinan a millones de personas? ¡Piénselo bien!

—Es verdad.

—¡Pero es imposible!

—¿No cree a su propio hermano? Bronek hace mucho que le habló acerca de todo esto.

—Sí, me habló de ello, pero era demasiado increíble. No hay ninguna nación civilizada capaz de hacer una cosa así.

—¿Qué es la civilización? —resopló la mujer—. No es más que un pequeño pueblo que se ha hecho demasiado grande y demasiado descarado. Y entonces viene el pueblo enemigo y mata a sus bebés clavándoles estacas y se lleva a las mujeres para convertirlas en esclavas. Y los hombres huyen, a excepción de los jóvenes alocados que se ofrecen a los cuchillos de los invasores. El vencedor se queda con todo lo que le es útil, lo roba, quema casas y templos y se vuelve a su pueblo a darse una comilona y a pegarse una buena siesta. No sin antes matar a alguien para arrebatarle el gorro de dormir, por supuesto. Eso es la civilización, amiguito.

—Tiene una visión muy pesimista de la existencia.

—Hablo con palabras simples, no soy tan inteligente como usted.

—Pienso que lo que está diciendo es que nunca cambia nada.

—Eso es, ¡nada de nada! En lugar de una horda de cien salvajes imbeciles, tenemos un millón de salvajes inteligentes. ¿Cuál es la diferencia, le pregunto yo? Millones y millones de personas asesinadas, y las que morirán antes de que todo esto acabe... Diablos, ¿no le dice eso nada? Cuando matan a millones de personas con una simple firma en un papel, ¿qué valor tiene la modesta vida de nadie, eh? La vida es barata.

—Tenemos que demostrarles que *nosotros* no somos unos salvajes. Tenemos que vivir por la convicción de que cada vida humana, hasta la más humilde, tiene un valor infinito. Toda alma es un icono de Cristo.

—¡Dios! ¡Ustedes, los idealistas! Salvarían hasta a los judíos.

—Sí. Y salvaría a un alemán si fuera una víctima inocente.

—¿Son inocentes los judíos? Mírelos, son ricos. Se defienden entre sí. Huelen. Y esas judías consentidas que seducen a nuestros muchachos polacos, mientras sus maridos van detrás de nuestras chicas...

—Basta —dijo Pawel disgustado—. En toda mi vida he visto nunca nada de todo eso que dice... salvo lo del olor, una vez. Los curtidores judíos huelen mal porque las pieles huelen. Los curtidores polacos también huelen mal, para el caso. Si un judío huele mal, dirá entonces que todos los judíos huelen mal; pero si un polaco huele mal, dirá: «A este tipo le hace falta darse un buen baño». Si un judío es rico, entonces todos los judíos son ricos; si un polaco es rico, dirá: «¡Vaya un tipo con suerte!» ¿No ve la cantidad de contradicciones que hay en su cabeza?

Baba Yaga desechó con un gesto sus argumentos.

—¿Sabe? Me gusta cuando se pone grosero. Eso significa que hay un hombre ahí, dentro de esos pantalones.

—Según eso, debe de pensar que los alemanes son los mejores hombres, ¡hombres de verdad! Porque groseros, lo son.

—¡Ah, ustedes los intelectuales!

La mujer suspiró, se dio una palmada en las rodillas y se levantó de la silla no sin esfuerzo.

—Hora de irse, Buen Chico.

Exasperado, dijo Pawel:

—Ha sido un placer, General.

Ella le respondió con una mueca de burla.

Deteniéndose en el descansillo, se volvió a mirar al techo, sobre la mesa de la cocina, y luego arqueó las cejas mientras se volvía hacia Pawel. Sin abrir la boca, bajó las escaleras entre crujidos y gruñidos y desapareció.

~

Archivo, 24 de marzo de 1943

Bajo sus burlas asoma una pregunta legítima: ¿qué es un hombre de verdad?

La distinción entre hombre y mujer es fundamental para la especie humana. Pero dentro del principio masculino hay una amplia variedad de expresión. Las diferencias entre las almas son mayores que las diferencias entre los rostros. David y yo, por ejemplo.

Qué extraño me parece que Dios lo haya puesto en mi vida, y a mí en la suya... si es que el hecho de que vivamos ambos bajo un mismo techo es realmente voluntad divina. El pasado otoño me parecía que solo la locura del mundo, la tiranía del sinsentido, podía haber dispuesto las cosas así. Ahora siento que aquí hay alguna otra cosa que actúa, a diferencia de lo que había supuesto en un principio.

Aun así, para mí es motivo de pesar que la mejor de las almas, el fruto de lo que de mejor hay en el judaísmo, haya venido a depender tanto de mí, el representante más desordenado del cristianismo.

¿Qué tiene que ver realmente Dios en todo esto?

~

Aquella semana no entró nadie más en la librería. No se vio sombra humana alguna pasar por delante de las ventanas, ni camiones patrulla al final de la calle. Cuando anochecía, Pawel salía furtivamente al patio para cortar, partir o arrancar las ramas muertas del tilo solitario. Se servía con gran derroche de energía de la oxidada sierra de Tadeusz, para fragmentar las ramas en forma de tacos de leña. Así consiguieron mantener el calor del dormitorio durante dos días. Al tercer día, el último libro *sitra ahra* se había perdido en el cielo, y con él se había terminado toda forma de combustible sólido. El helor se apoderaba del apartamento con rapidez alarmante.

Partieron a trozos una silla incómoda y la quemaron, pero eso apenas sirvió para mantener por breve tiempo a raya el frío invasor. Dejaron encendido el quemador de la cocina ininterrumpidamente, pero con ello apenas consiguieron que se congelara la tubería del agua.

—¿Qué vamos a hacer, Pawel? —preguntó David.

—Sigo con la esperanza de que aparezca pronto alguno de nuestros *benefactores*. Sospecho que dejan pasar el tiempo hasta verme lo bastante desesperado como para estar dispuesto a desenterrar algún raro tesoro escondido.

—¿Y no podría ser que ni siquiera estuvieran pensando en ti? A lo mejor están acurrucados en sus propios apartamentos.

—Es posible. Pero esté donde esté, no creo que el conde pase frío. No, estará especulando con los efectos del invierno, lo mismo que especula con todo aquello que cae bajo su influencia.

—Ya has mencionado otras veces a ese hombre. ¿Cómo es que tengo su imagen en la cabeza, aunque no le he visto nunca? Tiene una expresión retorcida.

—Su cara es de lo más anodino. No tiene nada de especial. Es su interior lo que es retorcido.

—Claro, en cierto modo todos lo somos —señaló David con tono filosófico—. La pérdida de nuestra metafísica...

—Sí, de una forma u otra, todos tenemos algo dañado.

—¿Qué es lo que se le ha dañado a él?

—Tiene muchos nombres. Pero sería más exacto decir que es el tipo de persona que convierte a las personas en objetos... objetos que él utiliza.

—¿Es fascista?

—Solo por oportunismo. Si los comunistas estuvieran en el poder, sería comunista. Si hubiera democracia, no podrías encontrar un demócrata mejor. Naturalmente, antes de la guerra era noble, lo cual aún le proporciona un cierto estatus entre los alemanes. Son una extraña mezcla de pragmatismo e idealismo, aún no han perdido el amor a los títulos de nobleza.

—No hablemos más de él, Pawel. Hoy el frío es terrible. —Si no conseguimos un poco de carbón, lo pasaremos mal esta noche.

—¿No hay más mantas? ¿No podemos buscar por ninguna parte? En el desván hay baúles.

—Ahí no hay nada que nos pueda servir.

—¿Estás seguro?

—Cuando me hice cargo de la librería, los abrí y encontré las cartas de mi abuela, pañuelos bordados y montones de facturas de la época de la Casa de la Sabiduría. Cosas sin utilidad, nada que pueda ayudarnos. Dudo mucho de que vayas a encontrar una manta o un repollo en medio de todos esos viejos trastos polvorientos. Cerré todo eso hace años y no seguí rebuscando.

—Tal vez debiéramos hacerlo ahora. Podríamos encontrar cosas que quemar.

—Tú mismo, si te sirve para entretenerte unas horas. Yo bajaré a la librería, no vaya a ser que a alguno de nuestros benefactores le dé por acordarse de nosotros.

Las ventanas de la tienda estaban adheridas por el hielo. Había conseguido otro Hamann para Haftmann, y se pasó un cuarto de hora abriéndolo por distintos lugares, buscando pasajes al azar. Al pronunciar las palabras impresas en voz alta, unas nubecillas blancas de vapor salieron de entre sus labios:

—*La poesía es una forma natural de profecía.*

Estaba observando cómo se disipaba el vapor, cuando oyó gritos procedentes del techo.

—¡Pawel! ¡Pawel! ¡Pawel!

Salió disparado escaleras arriba, y en cuestión de segundos estaba en el desván, jadeando ante David.

—¡Cállate! —dijo muy enojado—. ¿Has perdido el juicio? Vas a conseguir que nos maten.

—Lo siento —dijo David, cuya expresión era de todo menos de arrepentimiento. No dejaba de ir de baúl en baúl, nervioso.

—¡Mira! ¡Mira!

En el suelo, junto a una maltrecha caja de madera decorada con motivos artísticos populares de Galitzia, yacía un vestido largo de satén blanco, una vez desenvuelto del hule que lo protegía. ¿A quién habría pertenecido? ¿Cuántos ovillos se habrían necesitado para su confección?

—¡Estaba debajo de esto!

Una colcha confeccionada a mano, de color azul oscuro con flores blancas bordadas alrededor, y en el centro un corazón, una cruz y su nombre, *Pawelek*, bordado con hilo azul claro.

—Sí, lo recuerdo —dijo Pawel, meditabundo, mientras acariciaba el ribete azul celeste.

—Creo que está relleno de plumas —dijo David—. Es muy cálido. Aunque huele raro.

El baúl estaba forrado con madera de cedro, y en los cuatro rincones del fondo había bolsitas de espliego y salvia, que explicaban aquel olor. Por lo demás, estaba vacío.

—Ni sombra de repollos, Pawel, pero mira todo esto, ¡es como encontrar un tesoro enterrado!

En el suelo, junto a un gran baúl con cajones, había varios atadillos ligados con una cuerda.

—Mira dentro —dijo el muchacho con voz triunfal. Allí había un bloque de algo que parecía un pedazo de mármol envuelto en cera. David partió un pedazo y dijo:

—Cierra los ojos.

El hombre obedeció.

—Abre la boca.

Al hacerlo, el chico le puso en la lengua un fragmento rocoso con sabor a almendra, que comenzó a derretirse.

—¡Tarta de boda! —exclamó Pawel—. Debe de ser la de mi abuela. Mira, el glaseado imita la arquitectura romana. Es increíble, lo bien conservada...

Aquel baúl, como el anterior, estaba seco y forrado con madera de cedro. La masa se había desprendido hacía mucho de los adornos glaseados; las migajas se habían deshecho y estaban rancias. Debajo encontraron un bote de hojalata que guardaba unos caramelos que sugerían cuentas rojas y verdes de cristal veneciano que se hubieran fundido formando un solo amasijo. Al separarlos y chuparlos, resultaron una gran delicia.

En el fondo del baúl encontraron un cofre lleno de fotografías amarillentas por el paso del tiempo. Pawel no reconoció a muchas de las personas que aparecían en ellas, si bien algunos de los rostros de aquellos chicos le resultaban familiares, pues se parecían a sus hermanos. Eran, en realidad, tíos suyos. Las niñeras los habían acicalado de la mejor manera posible, de acuerdo con los restrictivos y recargados modos de la época, con el pelo rubio, casi blanco, liso y aplastado sobre la frente, los labios curvados como cimitarras y los esclavos ojos fijos en el ojo de cíclope de la cámara.

Allí estaba Tadeusz, por supuesto, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, con diez años y ya un cascarrabias. Y en otra foto aparecía su padre, con un aspecto en extremo sensible y afligido. Pawel nunca le había visto con aquella expresión, y se quedó atónito al ver reflejado su propio rostro a través de una lente de sesenta años de grosor. Dos de los hermanos de papá se parecían a Jan y a Bronek. Al resto de tíos no había llegado a conocerlos. La otra figura reconocible era la madre de Masha, la tía Irma, una dulce princesa rodeada por una tropa de pequeños y feroces militaristas conjurados para protegerla.

Mostrando en alto otra fotografía, David preguntó:

—¿Quién es este muchacho vestido de blanco?

—Ese soy yo, el día de mi Primera Comuni3n.

Recordaba aquel día en que había regresado a casa, al salir de la iglesia, envuelto en una nube resplandeciente, llevando consigo su primera experiencia con la Sagrada Presencia, una flor de pasi3n que ardía con fervor en su coraz3n. Fue el momento más feliz de su niñez.

En la fotografía llevaba una camisa blanca, pantalones cortos blancos, chaqueta blanca con un clavel blanco en la solapa, un brazalete blanco con letras doradas, calcetines blancos hasta las rodillas y zapatos blancos. Portaba un largo cirio blanco en la mano. Los ojos, negros. Los labios, negros. El pelo, negro, peinado con raya a un lado.

—Pareces muy serio.

—Sí, David, me tomaba la vida tan en serio que casi perezco en el intento.

¿Serio? Sí. En el momento en que el fot3grafo apretaba el disparador, uno de sus hermanos había dicho: «¡Pawel parece una *chica*!», y Jan y Bronek se habían desternillado de risa, retorciéndose en el suelo como dos comadreja.

«¡Lo mismo que vosotros, Jan y Bronek! ¡Lo mismo que vosotros!», gruñó el abuelo, lo cual no vino a mejorar la situaci3n, pues en realidad Jan y Bronek habían heredado la constituci3n fornida y el rostro franco de su abuelo.

Pawel se pasó años evitando mirarse al espejo y atemorizado ante la sola idea de que le hicieran una foto. Por fortuna, en determinado momento de la historia se le cuadraron los hombros y la mandíbula, sus cejas dejaron de ser unos finos arcos dibujados a pluma y sus labios abandonaron el color de fresa jugosa y madura para adoptar un matiz más viril. Aunque ello sucedió demasiado tarde como para servirle de alguna ayuda.

Contemplando una fotografía de unas monjas sonrientes, dijo:

—Cuando era pequeño, solíamos ir a la iglesia de la Visitaci3n. Las hermanas eran tan buenas con nosotros... Mi madre las quería mucho, porque de pequeña había sentido el deseo de ingresar en

aquel convento. Hasta que conoció a mi padre, en el Movimiento de las Juventudes Católicas, y no hubo más que hablar. Cuando mi padre murió, mi madre se fue a vivir con sus parientes a Mazowiecki. Ella tenía muy pocas cosas que fueran suyas, y mi padre no nos dejó nada.

—También mi familia pasó necesidades —dijo David—. Aun así, el Señor no nos abandonó. El rey Esteban nos protegió de los cosacos y nos concedió muchos derechos. En el siglo XVII nuestra familia comenzó a dedicarse al comercio textil. Hemos tenido eruditos, rabinos y cantores, pero siempre que se ha tratado de trabajar con las manos, ha sido cortando tela. Yo también quiero ser sastre algún día.

—Tú deberías ser filósofo. Tienes una mente inquisitiva; yo diría que es como una trampa para osos.

David se sonrió.

—Se puede ser filósofo y no obstante ganarse el pan con el sudor de la frente. Trabajar es bueno y necesario. La filosofía es por placer.

—Pues a mí me suena a trabajo muy duro.

El muchacho adoptó un aire pensativo.

—A veces siento el anhelo de ir a la tierra de Israel, donde crecen los naranjos y los granados y nunca hace frío. Me gustaría ser una de esas personas que excavan en los antiguos lugares.

—¿Un arqueólogo? Sí, tú serías un buen arqueólogo. Leerías en la ruinas igual que ahora lees libros.

David se rió.

Sosteniendo una fotografía en la que aparecía una rica casa rural, Pawel dijo:

—Esta era la casa originaria de mi abuelo. Está en la región del Tatras.

—¿Tu familia era rica, Pawel?

—No. Tan solo aparentábamos serlo. Un antepasado mío, oficial del ejército, recibió unos pocos centenares de hectáreas de bosque y pastizales en las tierras altas de manos del rey Esteban, en el siglo XVI. Convirtió todo ello en una propiedad, que siguió creciendo de forma constante durante doscientos cincuenta años después de su muerte. Uno de sus descendientes recibió el título de conde.

—¡Entonces *tú* eres conde! —proclamó David.

Pawel desechó la idea con un gesto con la mano.

—Todos somos condes. Todo el mundo en Polonia lo es.

—No todo el mundo —replicó David.

Sus ojos se cruzaron por un instante, para mirar a otro lado de inmediato.

Examinaron en silencio algunas fotos más: unos venados colgados de los árboles, un baile en un salón de palacio, una procesión, un carro cargado y medio ladeado con unos niños en lo alto de la carga de heno sonriendo a la cámara.

—¿Qué pasó con vuestra familia después de que accediera a la nobleza? —preguntó David.

—En vida de mi bisabuelo fue cuando nuestras posesiones comenzaron a declinar. Mi familia se olvidó de sus orígenes campesinos y comenzó a alimentar delirios de grandeza. Pidieron demasiados préstamos, que despilfarraron. Rusos y húngaros vinieron y se marcharon. Nunca llegamos a recuperarnos del todo. Primero perdimos la fuerza, luego el valor. La propiedad se vendió antes de que yo naciera. La familia se desperdigó. Mi padre y su hermano se fueron a vivir a Varsovia. Ninguno de los demás hermanos fue capaz de hacer frente a las enormes deudas acumuladas.

—¿A qué se dedicaban aquí tu padre y tu tío?

—Mi tío había heredado la enorme biblioteca familiar. La hizo traer a la ciudad y abrió esta librería. Mi padre trabajaba en un gabinete jurídico, ya estaba instalado aquí. ¿Sabes? Mi padre me dijo una vez que en su juventud había querido ser historiador y escribir libros sobre Polonia. Amaba mucho nuestro país. Pero le dijeron que la historia no tenía futuro...

—Extraña idea...

—Bueno, en cualquier caso se lo creyó y se hizo oficinista. Entró a trabajar en unas oficinas, en

una calle lateral que da a Krakowskie, cerca de la iglesia de la Santa Cruz, donde se conserva el corazón de Chopin. Entre la clientela habitual de mi padre había muchas personas adineradas. Para él era un sufrimiento, ya que había crecido en un «palacio». Mi padre y mi tío solían hablar de él como si se tratara de la finca de un príncipe. Yo lo vi por primera vez al pasar por delante montado en un carro, de pequeño. Me quedé sorprendido al ver que no era más que una gran casona, una casa muy grande, eso sí, rodeada por una próspera hacienda. Los nuevos propietarios nos saludaron agitando el brazo desde la terraza. Mi abuela lloró. Una vez me asomé a sus ventanas, para verla por dentro: un lugar espléndido. Entonces comprendí por qué mis abuelos habían lamentado tanto su pérdida. Ahora vivían en una casa alquilada, dentro de sus antiguas propiedades. Íbamos todos los veranos.

—Y en invierno, ¿dónde vivían?

—Yo crecí en un apartamento cerca de los Jardines Sajones.

—¿Cerca de los Jardines Sajones? —dijo David con expresión perpleja—. Yo también. ¿En qué calle?

—Zielna.

—Nosotros vivíamos en la calle Wielka. En ella nació mi padre, y también yo. Nos mudamos a la calle Zamenhofa cuando yo tenía diez años.

—Wielka, dices. Eso queda justo al otro lado del muro de la calle Zielna.

El hombre y el muchacho se quedaron contemplando el pasado, sin decir nada durante unos minutos.

Finalmente, David cogió otra fotografía.

—¿Y quién es este, Pawel? ¿Un *prister*?

Examinando con atención la foto, que se había vuelto de color sepia por el paso de los años, vio un hombre joven, alto, vestido con sotana, muy guapo, de pie junto a la puerta principal del «palacio» de Zakopane. Estaba con los brazos cruzados, y la expresión de su rostro era grave y ascética.

—Sí, un sacerdote —dijo Pawel—. Un amigo de la familia, seguramente. O el párroco, quizá.

Dio la vuelta a la foto y encontró escrito en el reverso: *Fr. Nicholas Tarnowski*.

Sobresaltado, a Pawel empezó a latirle el corazón con fuerza. Le invadió una oleada de terror.

Con ojos llameantes y una gran opresión en el pecho, rompió la foto en mil pedazos y los tiró al suelo.

David se quedó mirándole, atónito.

—¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé —jadeó Pawel.

—¿No era una buena persona ese hombre?

—No lo sé —dijo Pawel en un susurro—. No lo sé.

—¿Te hizo daño?

—No. Sí. Hizo una vez algo que me asustó, cuando era pequeño.

Pawel se puso de pie y fue hasta la ventana del desván, donde se quedó unos minutos contemplando la oscuridad nocturna del exterior. Mirando al pasado a través de diferentes lentes superpuestas de valor telescópico, vio con una claridad realzada el significado de tantas cosas que había presenciado de pequeño, y que no había comprendido hasta aquel momento.

Si su tío abuelo había abandonado su vocación superior a favor del alcohol y la indolencia, ¿cuál había sido la razón? Había estado un tiempo en la cárcel. ¿Por qué? Su secreto vergonzoso, conocido por los miembros mayores de la familia, había sido encubierto siempre mediante crípticas referencias.

Era lo mejor que podía suceder, susurró la abuela mientras se alejaba de la tumba del hombre de un solo ojo.

Era mi hermano, le repuso el abuelo. *No siempre fue así*.

Y el abuelo había añadido, sollozando: *¡Eso lo devoraba todo! ¡Todo!*

¿Qué era *eso*? ¿El fracaso? ¿El alcohol? ¿La cárcel?

¿O era el juego? El juego de desnudar, de forzar, de asfixiar. El juego devorador. ¿Era el sueño lo real, y la realidad el sueño, una relación que se invertía en la mente de Pawelek mientras las garras le separaban los miembros de su nudo protector y se los clavaban en aquel placer cruciforme? Lentamente, el sacerdote caía y caía en el interior de la boca de Wrog, y jugaba mientras caía, el cura mudaba de forma adoptando la del oso de ojos rojos, a lo largo de una serie de pequeñas opciones cuyas proporciones aumentaban y se agigantaban mientras se hundía en el fondo del pozo.

Ahora es cuando es más peligroso, le dijo el Niño al chico con el nombre recién cambiado. *Porque lo que parece inofensivo pero no es inofensivo conduce al pozo sin fondo.*

Cuando las fauces del tío abuelo se cerraron sobre Pawelek, el oso fue devorado aun mientras devoraba al niño.

La sombra desconocida que había visto en el espejo días atrás se acercó y levantó la cara, intentando mirarle a los ojos, con las manos extendidas en ademán de súplica, la boca abierta pero incapaz de implorar, el ojo único sin visión, mientras un fuego enfermizo destellaba en la otra cuenca.

Pawel supo entonces, lo supo de una forma concluyente, qué era lo que había pasado. Vio por primera vez muchas cosas acerca de su mundo, y acerca de sí mismo, que no había comprendido hasta aquel momento. Mientras tenían lugar aquellas revelaciones lancinantes, permanecía inmóvil, como hipnotizado, mirando a la oscuridad a través de la ventana del desván. Durante todo aquel tiempo, David no dejó de mirarle con una expresión sobria y reflexiva, prestando oídos al discurso de su alma: la angustia y el horror manaban del hombre en silencio.

Finalmente, el chico se puso de pie.

—¿Pawel?

No hubo respuesta.

—Pawel —repitió, tocando el brazo del hombre.

Pawel se estremeció, sin que sus ojos dejaran de mirar fijamente al pozo del pasado.

—Dime algo, Pawel

—¿Decir? —La palabra fue emitida en forma de larga exhalación.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —repuso Pawel, pasándose la mano por las cejas, señal de que la conciencia volvía a sus ojos, como si regresara de un largo viaje.

—¿Has visto algo?

—Sí, he visto algo.

—¿Sobre el pasado?

Pawel asintió.

—¿Era algo doloroso?

—Sí, lo era.

Permanecieron allí de pie, uno junto al otro, durante varios minutos, sin decir nada, hasta que Pawel sacudió la cabeza y se volvió hacia David.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias, Pawel?

—Por tu presencia aquí.

—Yo me siento feliz de estar aquí.

Entonces, con un esfuerzo juvenil y no del todo inapropiado por cambiar el humor de la velada, David sonrió y declaró:

—¡Me he reservado lo mejor para el final! ¡Hay más sorpresas! ¡Grandes sorpresas, y deliciosas! ¡Te reirás cuando las veas! ¡Te pondrás a bailar!

—No lo creo —dijo Pawel en un susurro.

Por toda respuesta, el chico se puso a dar saltos por la habitación, como un payaso, hasta un amasijo de cajas de cartón. Su actitud era tan bufonesca, tan poco acorde en verdad con su forma de ser, que Pawel no pudo por menos que esbozar una débil sonrisa.

David cogió una caja cilíndrica forrada con un diseño de lirios púrpuras.

—Las sorpresas —anunció con gesto teatral—. Ven, mira. Dentro encontraron unas pequeñas trompetas de juguete y ángeles de cristal.

—Ya los recuerdo, de cuando era pequeño —murmuró Pawel—. Ya entonces eran antiguos... Son adornos navideños que encontramos en el desván de la última casa de mi abuelo. Seve que mi tío Tadeusz los heredó. Llevan aquí años, no me había dado cuenta de que...

A Pawel se le abrieron los ojos de par en par al coger un angelito y hacerlo girar con cuidado entre los dedos.

—Ahora me acuerdo... —dijo con sonora respiración.

—¿De qué te acuerdas? —le instó David.

—De nada.

—No, dímelo, Pawel, cuéntamelo. Quiero saberlo.

—¿Por qué quieres saberlo? —dijo Pawel, escuchando solo a medias, mientras luchaba contra la succión del antiguo miedo.

—Quiero saberlo porque eres mi amigo —insistió David—. Y porque te di la llave de mi casa, y ahora eres tú el que debe darme la llave de la tuya.

—¿Qué? —Pawel se quedó mirando fijamente al muchacho, tratando de comprender el sentido de lo que le decía. Hasta que recordó algunos pasajes de sus conversaciones anteriores y bajó la mirada hacia el ángel que sostenía en la mano.

—Era verano y hacía calor —comenzó lentamente; a medida que los recuerdos le envolvían, el color volvía a su rostro y la voz se hacía más firme—. Los adultos se habían ido a Zakopane, a buscar hielo, y yo me había quedado solo con mi tío abuelo. Era fácil escapar de él. Cuanto más crecía, más fácil. Nunca subió al desván, yo allí estaba a salvo. Los ángeles eran como soldados, sagrados y valientes. Los quería tanto... Eran mis hermanos, mis amigos. Me pasaba días enteros alineándolos, fila por fila. La luz que entraba por la ventana del desván era dorada. El polvo en suspensión que se veía a través de los rayos de sol caía lentamente como la nieve que cae sobre un ejército en retirada. Los ángeles resultaban victoriosos y los demonios invisibles huían. Una vez que se habían ido, completamente derrotados, hacía sonar las pequeñas trompetas de metal.

—¿Así? —dijo David con una amplia sonrisa, cogiendo una trompeta verde y haciéndola sonar con una estridente nota atonal.

—Sí, así.

—¿Y luego qué hacías?

—Luego hacía sonar otra.

David cogió otra de las pequeñas trompetas y sopló. La segunda nota era más aguda. Cogió un tercer instrumento, que era dorado y estaba adornado con un blasón en forma de corazón blanco, y se lo entregó a Pawel.

—Enséñame.

Pawel se lo llevó a los labios y consiguió emitir una nota baja.

David se rió como un niño.

—Había también un pequeño tambor —dijo Pawel, lanzando una mirada circular por el suelo—. Un tambor de verdad, con las cuerdas trenzadas en rojo y blanco y membrana de piel.

David cogió la lata de dulces y se puso a golpetear en ella.

—¡Bum, bum, bum! —exclamaba con una sonrisa. Eligió un silbato rojo y sopló.

¡Piii, piii, piii!

¡Bum, bum, bum!

¡Rrr, rrr, piii!

¡Ra-ta-ta-ta!

—¿Y luego?

—Luego me ponía a desfilar por el desván.

—¿En serio? ¿Al frente de tus tropas?

—Al frente de mis ángeles, contra las fuerzas de las tinieblas —murmuró Pawel, con un tono

que transmitía la futilidad de aquellas fantasías infantiles.

—¡Hacia el este retrocedían! —proclamó David—. ¡Hacia el oeste también! ¡Y al norte y al sur hiciste que retrocedieran, hasta las regiones oscuras de donde salieron!

—Un sueño, un sueño...

—¡Eras *muy* valiente!

—¿Valiente? Aunque pensaba serlo, no lo era.

—¡Claro que lo eras, Pawel! ¡Lo eras! —gritó David—. Porque es en los desvanes y en los sótanos de la existencia donde debemos ser más valientes. ¡Es en el horno abrasador donde los tres jóvenes bailan en alabanza al Señor! ¡Lo mismo cuando se trata del horno de las penas de la vida! ¡Sí, te estoy viendo! ¡Estoy viendo al pequeño Pawel haciendo sonar la trompeta triunfal y repicando el tambor! ¡Y desfilando por el desván de su palacio, con una sonrisa extasiada!

David se puso a desfilarse por la estancia, haciendo sonar una trompeta y repicando en la caja de hojalata. Tan ridículo resultaba, que Pawel se vio distraído momentáneamente de su aflicción.

—Bum, bum, bum —profería David.

Al pasar junto a Pawel, lo agarró por el brazo.

—¡Así! ¡Haz como yo!

Pero Pawel se vio incapaz de seguirle más allá de unos pasos. David seguía desfilando en círculo por el desván, pisando con fuerza, cerrando con el pie las tapas de los baúles con un sonoro golpe, *bang*, arriba y abajo, arriba y abajo, dando vuelta tras vuelta, *piii, bum, bam*.

David lanzó los brazos al aire, haciendo girar el cuerpo. Se tambaleó, se enderezó de nuevo, riéndose, y volvió a dar un giro.

—Vamos, Pawel, así, ¡déjate llevar y baila!

Pawel se sentó encima de un baúl y siguió observando al chico mientras este hacía piruetas por la habitación, formando estelas en espiral en el polvo del suelo y emitiendo gritos inarticulados que se le escapaban de entre los labios. Parecía que sus pies se desplazaran sobre el agua, y que tuviera alas que batía salvando las corrientes de viento, flotando como los ángeles cuando bailan a través del espacio infinito.

Pawel vio, como en una visión que estaba más allá de las palabras, que aquella era la verdadera historia narrada por santos y *zaddiks*. Aunque no se unió al baile, estaba embelesado y, por la duración de aquella representación extraordinaria, se quedó totalmente hechizado.

David se detuvo de pronto y dijo con mirada inquieta:

—¡El ruido!

—El ruido —dijo Pawel, volviendo de golpe a la realidad. Fue hasta la ventana, descorrió la cortina y miró fuera.

—¡Nada!

David se quitó los zapatos, fue de puntillas hasta lo alto de la escalera y se asomó al hueco de la misma, con la palma de la mano alrededor de la oreja.

—¡Nada!

Dejó caer los brazos y sonrió, con el tambor improvisado en una mano y el instrumento de latón en la otra. El pecho le subía y le bajaba por debajo del grueso abrigo de fieltro. Los flecos de su chal de oración colgaban en irregular medida. Las vueltas de los pantalones se le habían desdoblado sobre los tobillos durante el baile. Tenía los pies, desnudos sobre el suelo, blancos como el mármol; los labios, azules; las mejillas y las orejas, rojas y brillantes, como los ojos.

Pawel lo miraba fijamente, como si fuera una aparición, una hoja de fuego, una simetría de luz, una forma que ocupara espacio como la revelación misma.

Una palabra sólida que se hubiera desplegado a partir de la crisálida de la metáfora.

Palabras sueltas se sucedían en su mente. ¡Imagen! ¡Lenguaje! ¡Dialecto! ¡Amor! ¡Don! ¡Denegación! ¡Consuelo! ¡Desconsuelo! ¡Padre! ¡Hijo! ¡Amado! ¡Elías!

Una galaxia de ángeles descendía alrededor del muchacho, blandiendo sus espadas, con los ojos fijos a izquierda y derecha, arriba y abajo... Guardianes, mensajeros, guerreros y un fiero serafín de seis alas haciendo vibrar el aire con sacro fervor.

Elías, dijo el serafín.

Pawel observaba con la mirada inmóvil.

¿*Elías*?

—¿Por qué pareces tan inquieto, Majestad? ¡No estés preocupado! ¡Estamos seguros aquí!

El chico se enjugó las gotas de sudor que le habían aparecido sobre las cejas a pesar del frío. De sus labios salían nubes de respiración helada.

Parpadeando con brío, sacudiendo la cabeza para liberarse de la alucinación, Pawel balbució:

—Deberíamos bajar a la cocina, aquí nos moriremos congelados.

18

Se dieron un festín de cena a base de col y glasé, que comieron lentamente, saboreando cada bocado. Para endulzar lo último que les quedaba de té, echaron caramelitos en los vasos llenos del líquido marrón. Cada vez que David levantaba los ojos, se encontraba con Pawel observándole con expresión insondable.

A hora avanzada de la tarde, se oyó un golpeteo insistente en la puerta principal de la librería y Pawel bajó a abrir. Apareció Haftmann en el umbral, dando patadas al suelo para sacudirse el frío. Tras él esperaba un coche con el ruidoso motor en marcha, expulsando nubes de humo blanco por el tubo de escape.

—¿Puedo pasar?

Sin esperar respuesta, Haftmann se despojó de su gorra de oficial y entró en la librería.

Pawel cerró la puerta y lanzó una mirada fugaz hacia el techo, con la esperanza de que David no hiciera ruido.

—Le ruego que me disculpe por molestarle a estas horas, fuera de horario. Ha sido una semanita espantosa. Han evacuado a muchos polacos... la escasez de mano de obra, ya sabe. No es que eso entre dentro de mis competencias, en absoluto, pero algunos han acudido a nosotros con la intención de vender sus obras de arte. He estado en Łódź y en Cracovia, siguiendo la pisa de unos cuadros de valor incalculable que la resistencia, en su precipitación, había estado a punto de permitir que destruyeran. Yo los he salvado.

Al ver que Pawel permanecía en silencio, mirándole fijamente, Haftmann se aclaró la voz, readaptó la postura del cuerpo con un porte más oficial y dijo:

—Imagino que querrá preguntarme por su manuscrito. Por desgracia, llevamos un retraso considerable. Mi secretaria ha estado enferma varias semanas. Estoy falto de personal. Pero le prometo que se lo devolveré a la primera ocasión que tenga.

Haftmann abrió la puerta e hizo un gesto. Inmediatamente entró un soldado con un pesado saco de carbón, que dejó caer en el suelo.

—Está haciendo un tiempo infernal. He pensado que podría estarle afectando la escasez general de combustible.

—Le estoy muy reconocido —repuso Pawel con tono sumiso—. Gracias.

Por mucho que no lo habría considerado posible, surgió en su interior algo parecido a un sentimiento de afecto hacia Haftmann. Fue hasta el escritorio y regresó con un libro en la mano.

—Para usted. Un obsequio.

—¡Hamann! —exclamó Haftmann, visiblemente emocionado—. De verdad, es muy amable por su parte, excesivo. No lo olvidaré.

Cuando Haftmann se hubo marchado, Pawel arrastró el saco hasta el sótano y encendió el horno de la calefacción. Había carbón suficiente para una semana, si lo utilizaban con prudencia. Pero aquella noche se daría el gusto de echar lo bastante para crear una buena oleada de calor. Hizo que el fuego rugiera, y muy pronto pudo oír cómo el agua de la caldera borboteaba con un sonido delicioso. Relajó sus huesos doloridos. Se abrió el abrigo y se desanudó la bufanda. Olía mal. Aquella noche iba a permitirse el lujo opulento de un buen baño. Mientras subía por la escalera, oía el ruido metálico de los radiadores, hasta el tercer piso.

—Esto es maravilloso —dijo el muchacho—. ¿Qué ha pasado?

—Un benefactor.

—Espero que no sea el retorcido. En cualquier caso, bendito sea.

—Era el retorcido a medias, ¡así que doble bendición para él!

Hacía tanto calor en la habitación, que empezaron a sudar. David se quitó el abrigo y la bufanda, dos jerséis que le había dado Pawel y sus zapatos sin calcetines, y se sentó moviendo los dedos de los pies junto al radiador de la cocina.

Olfateó.

—No huelo muy bien, ¿verdad? Creo que he espaciado demasiado los baños.

—Yo tampoco huelo a rosas. Es una buena ocasión para lavarse. Ve tú primero: yo me entretendré comiendo un poco más de arquitectura ornamental romana.

—*Tak!*

En tiempo más benigno, o cuando habían tenido combustible, habían tomado por costumbre bañarse por turno una vez a la semana. El cuarto de baño estaba provisto solo de un lavabo y de una bañera pensada para alguien del tamaño de Baba Yaga. Durante la ola de frío, las cañerías del agua que iban al baño se habían congelado y habían reventado, y Pawel se había visto obligado a cerrar la llave de paso. La cañería que iba a la cocina seguía funcionando, no obstante, y antes de que la situación hubiera llegado a extremos demasiado desesperados como para pensar en la limpieza personal, él y David habían establecido la práctica de calentar una olla de agua en el hornillo para poder lavarse al menos someramente. Esto era lo que se proponían hacer ahora.

Cuando David se metió en el baño, Pawel se sentó a la mesa de la cocina y se puso a mordisquear las migajas de glase que habían sobrado. El calor le daba un sueño irresistible. No había dormido la noche anterior, de hecho llevaba semanas sin dormir bien. Los ojos se le cerraron en contra de su voluntad, y al despertar, al cabo de unos minutos, le pareció que se había quedado horas dormido.

No oía ningún ruido procedente del baño, y supuso que David había acabado de lavarse y se había subido al desván por uno u otro motivo, tal vez para rebuscar a la caza de algún otro «tesoro».

Abrió la puerta del baño, frotándose los ojos.

David levantó la vista, sorprendido, con la boca abierta y unos ojos que eran dos pozos negros. Estaba desnudo hasta la cintura, con el cuello y los brazos enjabonados.

Pawel se volvió y balbució:

—Perdona, creía que habías terminado.

—Ya casi estoy —dijo David con tono guasón—, ¡no seas impaciente!

Pawel fue al dormitorio y se quedó de pie junto a la ventana, tratando de atisbar algo en medio de la noche opaca, más allá de la imagen grabada a fuego en la pantalla de su conciencia.

Al cabo de unos minutos apareció el joven.

—Te toca —dijo, quedándose en la puerta, envuelto en una toalla, sonriendo.

Pawel frunció el entrecejo, mientras sus ojos captaban el paisaje desnudo de una mirada. Asintió con la cabeza y bajó con rapidez la vista al suelo. David le lanzó una mirada de curiosidad, antes de regresar a la cocina.

—Este deseo no es bueno —musitó Pawel—. Pero ¿dónde me meto para escapar a él?

El hombre al que buscas está en tu interior, hijo mío.

—¿Cuándo acabará todo esto?

No son largos los días de tu purificación. Cuando se hayan completado, comprenderás.

Se llevó las manos a la cabeza. El poder de la imagen quedó cortado en dos, y cada una de las mitades subdivididas a su vez a medida que pasaban los minutos. Los disparos en la distancia competían con el tañido de una campana.

Más tarde, mientras David dormía ruidosamente encima del colchón junto a la estufa de leña, Pawel le echó por encima la colcha bordada a mano con el corazón, la cruz y su nombre.

La respiración del muchacho era como el viento soplando a través de los campos de trigo o como un niño suspirando en sueños. Pawel no encendió la luz por temor a despertarle. Por el contrario, buscó a tientas la escalera y subió al desván.

Allí hacía más frío, y tuvo un estremecimiento. Guiándose por el tacto, encontró una vela y la

encendió con una cerilla. La luz le cegó, las sombras se alargaban hasta lo alto del tejado.

Sopló con suavidad una de las trompetas angélicas, apenas un grado sobre el nivel del silencio.

El futuro era una pared que no podía atravesar corriendo, y el presente una jaula en la que solo estaba permitido correr en círculo. ¿Era el pasado la única puerta que podía cruzar? ¿Podía regresar a él sin quedar atrapado? ¿Podía deshacer lo que le habían hecho?

En el baúl de metal encontró una bandera nacional blanca y roja, en cuya tela estaba prendida una tarjeta con su nombre.

A mi nieto Pawel Kasimir Tarnowski

Sostuvo un rato entre las manos el cuadrado de tela doblada, y luego lo desplegó. Dentro había un gran medallón de plata prendido en una cinta blanca y carmesí. En el metal estaban grabadas las palabras:

+ GUÍANOS, SEÑOR +

Encima de estas palabras había una imagen de un ángel. Giró el medallón:

+ SABIDURÍA +

Sobre la inscripción había una imagen de Nuestra Señora de Częstochowa.

~

Se despertó muy temprano, próximo el amanecer. Las calles estaban silenciosas. David se movió en el colchón junto a la estufa de leña, pero no se despertó.

La luz estaba cortada. Pawel se puso un traje de calle y se metió la medalla en el bolsillo de la chaqueta. Caminando a tientas en la penumbra, bajó a la librería y se sentó a la mesa del escritorio.

A la luz de una vela, escribió:

Archivo en una caja de lata.

Lo tachó y volvió a empezar:

Mi querida...

Después de alguna vacilación, la dirigió a Elzbieta, pero eso no le pareció muy exacto. ¿A quién le escribía, entonces? *Mi querida Kahlia...*

No, esto también era inexacto.

Mi querida Sofía...

Negó con la cabeza y lo tachó también. Tras unos minutos de concentración, se inclinó sobre el escritorio y caligrafió lo siguiente:

Nota a mí mismo.

Pawel:

Anoche tuve entre las manos el legado de mi abuelo, cuya palabra se pagó gracias a incontables martirios a lo largo de casi dos milenios. Mientras lo sostenía y rezaba, ofrecí mi corazón totalmente a Dios. Se me presentó entonces ante mí la imagen de David Schäfer, cuya bondad vi, y también lo amado que es a los ojos de Dios. También vi (aunque no podría decir cómo ni en qué lenguaje lo comprendí) que él es una palabra de amor, si bien un amor imperfecto, como lo es todo amor humano; una palabra que me ha sido dicha por alguna razón que aún no puedo comprender.

Mientras depositaba mi anhelo de amor humano en el altar de Dios, sentí que un fuego

me tocaba el corazón. Un fuego que me quemaba, como si me muriera. Pero supe que en ese morir estaba naciendo.

Esta es mi última aportación a los archivos. Ya no necesito estos espejos, pues estoy rodeado de puertas y ventanas.

Levantó la vista, al oír ruido arriba, en la cocina. David estaba preparándose su frugal desayuno. Tenía que ir a alimentar el fuego del horno, ya acabaría la carta más tarde.

~

David recogió los platos de la mesa y trajo vasos de té para ambos. Se sentó en el borde de la silla, esperando a que Pawel le mirara.

—Pawel, ¿estás enfadado por algo?

—¿Enfadado?

—Sí, tú estás enfadado conmigo.

—No, yo no estoy enfadado contigo.

—Llevas toda la mañana rehuyendo mi mirada. No me has dirigido la palabra. He vuelto a ofenderte en algo, una vez más.

—He estado pensando en muchas cosas. Discúlpame, no había pretendido excluirte.

—Te he molestado en algo.

—No me has molestado en nada.

—Pawel, entre nosotros hay muchas diferencias culturales. A veces no me doy cuenta.

—No es nada que tú hayas hecho.

—¿Mis costumbres, quizá?

—No, nada.

—Yo sé que hay algo, soy capaz de leer en el corazón de las personas.

—Ah, ¿sí? —Pawel se sonrió.

—¡Sí que lo soy!

—Te creo.

—No, tú no me crees, eso también lo leo en tus ojos.

—Entonces, lee por favor en mis ojos el pasaje donde dice que tú no tienes ninguna culpa de nada de nada.

—Sí, ya lo he leído, pero hay algo más. Su significado permanece oculto para mí.

Ambos bebieron un sorbo de té.

—Pawel, tú quieres que me vaya. Ya es hora de que me vaya.

—Eso no se me ha pasado por el pensamiento.

—Soy una amenaza constante para tu vida. Esta es la verdad.

—Eso es verdad desde el momento en que llegaste. Pero también has supuesto una gran ayuda para mí.

—Pero ahora ya he acabado mi trabajo, así que es hora de que me vaya.

—El trabajo está acabado, sí, pero tú puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—No es que quiera irme, pero siento en mi alma que mi presencia aquí es una gran carga para ti.

Pawel negó con la cabeza, incapaz de responder. ¿Cómo podían las palabras explicar nada de lo que significaba aquel regalo? ¿Cómo podía traducirse el fuego a la lengua de los hombres? *Si yo te dijera, David, que estoy muriendo por tu causa, y que también estoy naciendo por tu causa, ¿podrías entenderlo?*

—Soy yo el que es una carga —dijo Pawel con calma—, no tú, mi querido amigo.

David se quedó atónito ante esta declaración, mientras observaba a quien la había proferido ir al fregadero de la cocina y refrescarse la cara con agua fría.

—¿Has contemplado la posibilidad de que una persona pueda servir a otra por medios no

visibles?

—Sí, Pawel, creo que eso puede pasar. —Y luego, pensándolo un poco más, añadió—: Sí, sin duda así sucede.

—Me alegro de que lo entiendas.

—Yo no he dicho que lo haya entendido. Solo he dicho que creo que así sucede. ¿Por qué sucede así?

—Eso tendrás que preguntárselo a algún sabio.

—Ahora me has mirado. Hasta ahora no lo habías hecho.

—¿Qué quieres decir? Yo te miro con frecuencia.

—Pero ha sido con la mirada que me dirigía a veces mi padre.

—Oh.

—¿Soy como un hijo para ti, Pawel?

—Sí, un poco sí, como un hijo.

—¿Y un amigo?

—Sí, eso también.

—Pero un amigo más joven que dice cosas infantiles.

—A veces sí. Pero veo al hombre en el que estás convirtiéndote. Un buen hombre que me acompañará en mis paseos por la orilla del Vístula, cuando esta guerra haya acabado, diciéndome cosas sabias y corrigiendo mi pobre filosofía.

David sonrió.

—Ahora veo que no estás enfadado conmigo.

—Deberías haberme creído desde el principio, yo no estoy enfadado contigo. Nunca lo he estado.

Frunciendo el ceño, más perplejo que nunca, David dijo:

—Pero esa cosa sigue ahí... en tu corazón, puedo verlo. Sigue presente.

—Algún día, alguna mañana de primavera, cuando los invasores se hayan ido, caminaremos bajo el sol por la orilla del río, y entonces hablaremos de esa cosa.

—¿Se trata de algo que te genera infelicidad?

—Sí.

—¿Es una cosa *sitra ahra*?

—En parte es buena y en parte es una herida infligida por lo *sitra ahra*.

—Esa herida, ¿te duele?

—Sí, me duele.

—¿Es algo así como una piedra en el corazón? ¿Como en la historia del príncipe?

—Sí, eso es.

—¿No puedes arrancar la piedra y arrojarla bien lejos?

—Eres muy joven, David.

—A veces el joven ve cosas que el viejo no ve.

—Es más frecuente que sea el viejo el que ve cosas que el joven no ve.

David se quedó mirando a Pawel unos segundos.

—¿Quieres que baje a barrer la librería?

—Esa es una buena idea.

Pawel se quedó solo, mirando por la ventana, a través de la cual la luz del sol volvía más temprano a cada día que pasaba. La primavera no estaba lejos. Le pareció en aquellos momentos que podía mirar muy por encima de los confines de Casa Sofía, por encima del perfil urbano roto de la Ciudad Vieja, y que, mientras el horizonte maltrecho de Varsovia menguaba, se abría ante él la línea de la curvatura terrestre.

La destrucción se había abatido sobre todos, pero el paso del sol y la luna seguían constantes, las estaciones y las mareas continuaban cumpliendo con sus tareas, e incluso en las islas de vida diseminadas entre los fuegos del odio, los árboles plegaban y desplegaban sus efímeras gamas de color, dando así testimonio de muerte y renacer. Sus hojas ondeantes le decían adiós, aunque él no

sabía adónde iba. Elevándose sobre las ciudades de la noche por toda la ancha tierra, sabía que debería descender de nuevo entre las personas del mundo, pues él era una de ellas.

Permanecía inmóvil, mientras observaba la luz del sol derramarse por el suelo de la cocina hacia él. Rezó implorando gracia. Pidió sabiduría.

Aquel momento le recordó los viejos domingos que había conocido mucho tiempo antes de la guerra, antes de que papá se marchara. Su padre y su madre se levantaban temprano y le cogían de la mano, uno a cada lado, y se iban caminando por la ciudad dormida a la primera misa de la mañana, mientras doblaban las campanas del convento anunciando el alba.

—Papá —decía él—, ¿las campanas están alegres?

—Oh, sí, muy alegres.

—¿Por qué están alegres?

—Porque no se preguntan a sí mismas si están tristes. Porque están contentas de ser campanas.

Papá era sabio.

Acabado el oficio, las hermanas cantaban: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, y mamá despertaba a Pawel de su sueño inducido por la gloria y el incienso. A veces papá lo llevaba a casa subido a los hombros, gritando a los gatos y a las ardillas:

—¡Escuchad, escuchad, criaturas todas! Inclinaos ante el joven príncipe Pawel Kasimir, heredero de todos los títulos de los Tarnowski, depositario de todas las fortunas familiares.

Y Pawel cabalgaba a hombros de su padre, agarrándose con un brazo alrededor de la frente de papá y sosteniendo en la otra mano el avioncito rojo de cuatro alas y con la hélice girando al viento, mientras él imitaba el ruido de un motor con los labios, lo que hacía reír a mamá y a papá.

Papá le apretaba con ternura los tobillos, y volvían a casa bajo los castaños, a comer huevos, salchichas y chocolate en el salón. Después, mamá desplegaba la costura en el regazo y papá leía el periódico. Pawel se estiraba sobre la alfombra rosada, a la luz del sol que entraba a través de los cristales emplomados de las ventanas. Se entretenía viendo avanzar los cuadrados de luz sobre la alfombra. Besaba los angelitos de papel y escuchaba los sonidos de una habitación en la que no faltaba nadie.

~

Abajo, en la librería, encontró a David barriendo el suelo.

—Un padre en los reinos del alma —dijo Pawel—. Eso es lo que me gustaría ser para ti. ¿Me dejas que lo sea?

—Sí, Pawel —dijo David en un tono de tranquila deliberación—. Eso sería muy bueno.

Como si estuvieran al borde de una separación radical, se miraban el uno al otro sin hablar, penetrando en una dimensión que a ambos les parecía totalmente por descubrir. Este sentimiento de estar adentrándose en un misterio insondable no era en modo alguno amedrentador; tampoco estaba impregnado de emoción. Era un momento de una perfecta quietud. Finalmente, dijo el chico:

—Es un don bendito ser un hijo en los reinos del alma. ¿Puedo serlo, para ti?

—Sí —asintió Pawel.

—Es algo que podemos mantener vivo entre los dos.

—Es posible. Eso era de lo que yo dudaba.

—La duda ha generado oscuridad. Miedo. Lo vi en tu interior. Arrancaremos la piedra y la arrojaremos al río.

El sol de la mañana alcanzó un ángulo en que llenó la tienda de luz. En aquel momento, la puerta de la calle giró lentamente sobre sus goznes hasta abrirse de par en par.

19

El conde Smokrev entró y cerró la puerta.

Inspeccionó la librería con visible placer, demorando su mirada en David.

Este se quedó lívido. Se le cayó la escoba de las manos y retrocedió hacia las escaleras.

—Vas a quedarte donde estás —dijo Smokrev.

—La tienda está cerrada —intervino Pawel.

Smokrev se volvió lentamente hacia él.

—Mi querido amigo, me tenías reservado lo mejor para el final. ¿Dónde has encontrado esta exquisita pieza de porcelana judía?

—Me voy arriba, Pawel —balbució David.

—Tú te quedas aquí —dijo Smokrev con severidad afeminada, para recuperar acto seguido su edulcorada expresión.

—Salga de mi librería.

—No creo que estés en situación de darme órdenes, precisamente. Mide tus palabras con cuidado.

—Es lo que hago. Está usted invadiendo mi negocio.

—Una llamada de teléfono, y tu vida habrá llegado a su fin, caminito del *Umschlagplatz*.

—Usted no haría eso. No es usted un traidor, conde.

—No te burles de mí —dijo—, yo ya soy un traidor a tus ojos, y tú lo sabes. ¡Estúpido! Si se miran las cosas desde una perspectiva más amplia, eres *tú* el verdadero traidor, si es que quieres darte cuenta.

—Este no es momento para debates. Márchese.

Smokrev echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada, con la boca muy abierta, dejando ver muchos empastes de oro. —Tú me subestimas —dijo.

—Si piensa traicionarnos, adelante, hágalo ya, pero no juegue con nosotros.

Smokrev se paseó poco a poco por el establecimiento, con paso pomposo, con un temblor en la sonrisa, agarrando sus guantes de niño con una mano y haciéndolos restallar en la palma de la otra.

—Claro que, por supuesto, hay otra posibilidad.

—Sí, la hay. Puede sencillamente marcharse e irse a su casa a disfrutar de su día de descanso. Y olvidarse de lo que ha visto aquí. Eso es lo que haría cualquier ser humano decente.

—Yo nunca he pretendido hacerme pasar por un ser humano decente. ¡No soy ningún hipócrita!

Se acercó tanto a Pawel, que sus rostros quedaron excesivamente próximos el uno del otro.

—¿Crees acaso que no tengo ojos en la cara? ¿Piensas que no soy capaz de ver cuál es la situación exacta que hay aquí? Tú eres un hombre tan corrupto como yo, mariquita. Sí, Goudron me explicó muchas cosas acerca de ti, de tus perversidades, de tus conquistas, ¡de la forma en que jugaste con sus sentimientos para luego dejarlo tirado en el arroyo en Berlín, delante de todo el mundo!

—Eso no es cierto —balbució Pawel—. Es una falsedad.

—¡Es una falsedad! —le remedió Smokrev.

—Es que lo es.

—Ah, claro, sí, ¡qué mentira tan enorme! Goudron no tenía ningún motivo para mentir.

—Toda su vida estaba plagada de mentiras. Usted lo sabe, su vida también lo está.

El conde dio un paso atrás y propinó a Pawel un lacerante guantazo en el rostro. Más sorprendido que lastimado, Pawel no respondió.

—Escúchame bien, mercachifle —siseó Smokrev—. Eres un fracaso humano. Fuiste una mediocridad como artista, y un chiste en sociedad... ¡Ja!, cuánto nos reímos a tu costa. No ha cambiado nada. No podrías sobrevivir ni un minuto sin mí ni sin Haftmann abasteciéndote de lo necesario como a una mantenida. Has desperdiciado tu vida, y ahora te revuelcas buscando tus placeres furtivos lo mismo que nosotros.

—Aunque eso fuera verdad, que no lo es, ¿qué interés podría tener eso para usted?

Smokrev pareció desconcertado durante unos segundos.

—No soy un hombre inicuo —dijo con un gesto de cabeza—, aunque, por supuesto, a ti debe de parecerse que lo soy. Tengo un temperamento celoso. Lo único que anhele es libertad para vivir de acuerdo con mi naturaleza.

—Déjenos a *nosotros* libertad entonces. Siga su camino.

—No es tan fácil, déjame que continúe.

El humor de Smokrev había cambiado. Se sentó en la silla de brazos junto al escritorio, mirando de frente a Pawel y a David.

El muchacho no había tenido nunca un aspecto más judío. Con el solideo ladeado, con las borlas del *talit* que le asomaban por debajo del borde del jersey, los zapatos sin calcetines... como si acabara de llegar del *shtetl*.

—Ya ves, soy un hombre impetuoso. No me tengas en cuenta ese guantazo. Yo olvidaré tus despiadadas críticas. Puesto que Pawel no replicaba, el conde continuó:

—Repasemos las cosas que tenemos en común, Tarnowski. Ambos somos polacos. Ambos somos hombres de mundo. Tenemos un pasado similar.

Levantó la mano con rigidez para acallar las protestas de Pawel.

—Ambos somos *sensibles* a la causa de la cultura. Los dos apreciamos... la belleza.

Lanzó una sutil mirada hacia donde estaba David.

—¿A qué viene todo eso? ¿Qué es lo que quiere?

—Todo esto me devuelve al punto que toqué hace apenas un minuto.

—¿Y que es...?

—Que existe otra posibilidad.

—¿De qué se trata?

Smokrev no respondió de forma inmediata. Permanecía sentado, observando a David. El muchacho bajó la vista. El conde adoptó un tono de voz más grave.

—Él supone un peligro para ti.

—Un coste que estoy dispuesto a asumir.

—Yo podría liberarte de esa carga. Aquí estás demasiado cerca del gueto. Al final, acabarán registrando hasta el último armario de esta zona. Yo le esconderé en mi casa de la ciudad, cerca del palacio. Es un barrio excelente, no buscarán por allí. Mi asociación con la Cámara de Cultura del Reich me protege.

Pawel quedó momentáneamente abrumado por la proposición del conde. Era un ofrecimiento que no podía rechazarse sin considerarlo con detenimiento. En aquella casa deteriorada, el agua, el alimento y el combustible eran bienes esporádicos, en el mejor de los casos. ¿Podían él y David tener la esperanza de sobrevivir a la ocupación, cuando era cada vez más posible que los alemanes no se marcharan jamás? Solo era cuestión de tiempo que apresaran al muchacho.

—David, ¿querías ir por favor a prepararnos un poco de té? —dijo Pawel.

—Gracias, *David* —dijo el conde con afectación.

Cuando el chico hubo desaparecido escaleras arriba, Pawel se volvió hacia Smokrev mirándole con frialdad.

—Puede hablar sin rodeos.

Smokrev cruzó las piernas y entrelazó las manos sobre las rodillas. Se puso a jugar con un anillo que llevaba en el dedo índice, haciéndolo girar una y otra vez, como si reflexionara acerca de lo que iba a decir.

Pawel esperaba, de pie delante del conde, en actitud de total tensión.

—Relájate —sonrió Smokrev—. Toma asiento.

Pawel reprimió su irritación ante aquella inversión en los papeles de la autoridad y se sentó como un empleado obediente.

Mientras los dos hombres se miraban cara a cara, el sol dejaba atrás las ventanas de la librería. Las persianas pasaron del dorado al gris, sumiendo la estancia en la penumbra.

—No soy un hombre cruel —dijo Smokrev—. A mí no me gusta lo que están haciendo los alemanes. No es ningún *placer* para mí ver cómo tantas personas jóvenes y hermosas se disipan en forma de humo. Os estoy ofreciendo a ti y al muchacho la oportunidad de vivir. Aceptando ciertas condiciones, podrías continuar con vuestra *relación* sin que os molesten.

—No le entiendo.

—Vamos, vamos, has dicho que hablaríamos sin rodeos.

—¿En qué consiste exactamente su proposición?

—El chico es tu amante. Yo le salvaré.

—Él no es mi amante.

Smokrev levantó las manos.

—¡Con este hombre no hay forma!

—¿Cómo piensa salvarle?

—Le llevaré a mi casa en mi coche oficial. A mí nunca me paran. Ir caminado sería demasiado peligroso, aunque fuéramos provistos de papeles. Ese rostro maravilloso es inconfundiblemente judío. En la calle hay demasiados ojos que vigilan, no descansan, ojos alemanes y ojos polacos; la Resistencia me odia, los alemanes odian a los judíos... una receta que solo puede generar problemas.

—¿Y luego?

Smokrev sonrió, abriendo los brazos.

—Luego, arropado por el calor de mi hogar, estará a salvo y seguro. En realidad, todos estaremos mucho más seguros. —El conde reanudó el jugueteo con sus anillos—. Tú podrías verle de vez en cuando, yo te facilitaría los permisos necesarios para poder venir a mi casa en calidad de proveedor de libros de calidad, después del toque de queda. Él y tú podrías pasar la noche juntos, si quieres. Tengo unas habitaciones encantadoras, es una vivienda muy grande; una pena que esté tan vacía. Antes de la guerra disfrutábamos de aquellas fiestas encantadoras. Ahora vivo solo con mis criados... aunque, por supuesto, son de lo más *comprensivo*. Una visita al mes sería de justicia.

—¿Una al mes?

—No debemos levantar sospechas, como comprenderás. Desde luego, me doy cuenta de que una vez al mes no es suficiente para dos jóvenes personas enamoradas. Pero estoy seguro de que no eres ajeno a las privaciones.

Pawel no se permitió mudar la expresión.

—¿Cómo lo haría para disponer su fuga?

—Yo no he hablado para nada de ninguna *fuga*. Ofrezco refugio. Más adelante, de aquí a unos años, cuando Europa haya sido pacificada, ya llegará el momento para volver a estudiar la situación. Hasta es posible que opte por quedarse conmigo. Tengo una casa en el campo donde podría ser feliz. Hay caballos, tengo mis huertos, mis galgos rusos... a los que *adoro*... y un estanque encantador que dispuse para dar paseos en barca las noches de verano.

—Déme su palabra de que no le tocará.

Smokrev se echó atrás, ofendido en extremo.

—¿Acaso crees que tengo veneno en la piel? —gruñó. Pawel lo miraba fijamente.

Smokrev, vejado, le devolvió una mirada furibunda.

—¡Te estoy ofreciendo la vida, idiota!

—¿Por qué? ¿Cuál es el precio?

—¿El precio?

—La vida tiene un precio. ¿Cuál es el precio que pide usted? —insistió Pawel.

—Ah, así que por fin hablas sin rodeos, Tarnowski —resopló—. Ya sabía que bajo esa torturada conciencia católica había un sensato hombre de negocios. El precio no es mucho. ¿Acaso crees que

yo no sé lo que soy, un noble que vive los últimos momentos de una época moribunda? Aunque aún poseo un cierto encanto. El chico está iniciado, ¿no? Yo solo pido compartirlo.

Pawel lo miraba con asco.

—¿Hay algún problema en compartirlo, Tarnowski? Puede que a él le guste.

—Fuera —dijo Pawel con voz grave.

—Si no eres capaz de negociar en estos términos, llamemos a las cosas por su nombre. Te daré una buena suma de dinero si convences al chico para que se venga conmigo.

—Váyase ya —dijo Pawel levantándose.

—No te hagas el idealista escandalizado conmigo. Todo hombre en este planeta puede ser sometido o comprado. Pon un precio, pero ahórrame tu hipocresía.

Pawel agarró al conde por las solapas del abrigo, lo zarandeó y lo arrastró hasta la entrada principal. Smokrev se debatía y daba latigazos con los guantes, chillando:

—¡Suéltame! ¡Si no me obedeces, llamaré a las SS!

Pawel le soltó las solapas y alargó la mano para coger el bastón del tío Tadeusz. Enseñando los dientes, lo alzó bien alto, y estaba a punto de asestarle un golpe con todas sus fuerzas cuando el conde retrocedió dando tumbos, mirándole con ojos desorbitados. Pawel se contuvo de repente y arrojó el bastón al suelo. Smokrev giró sobre sus talones, consiguió abrir la puerta y se marchó corriendo calle abajo.

—¿Estás bien? —dijo David, con los ojos clavados en Pawel, que permanecía de pie junto a la puerta abierta, con una expresión como si acabara de ver la muerte cara a cara, los ojos fuera de sus órbitas, los labios retorcidos, el pecho jadeante. Tenía la camisa abierta y los botones habían saltado, la chaqueta de medio lado sobre los hombros.

David dejó la bandeja encima del escritorio, los vasos entrechocándose.

—¿Dónde está ese hombre?

—Se ha ido.

—¿Era el retorcido?

—Sí.

Pawel cerró la puerta de golpe y pasó el cerrojo.

—Arriba, rápido.

Tratando ambos de recuperar el aliento delante de la fortaleza, Pawel, todavía furioso, miraba a un lado y a otro, sin saber qué hacer... ¿Escondarse? ¿Huir? ¿Montar una barricada?

—¿Qué ha pasado? —preguntó David con voz implorante, temiendo lo peor.

La pregunta sacó a Pawel de su confusión.

—Va a denunciarte a los alemanes.

—¿Estás seguro?

—Le he ofendido en su orgullo. Necesita vengarse, y no se conformará con menos que con nuestra muerte. —Pawel hizo una pausa—. Al menos la mía, seguro. Es posible que tenga otros planes para ti, pero en cualquier caso tenemos que salir de aquí.

—¿Adónde iremos?

—A la granja de mi prima. Al este de la ciudad, a unos treinta kilómetros. Podemos ir por el campo. Ella nos esconderá. Pero tú no puedes ir a ninguna parte con esa pinta. —Le señaló el *tallit* y el *yarmulke*—. Tienes que quitarte eso.

El chico se quedó mirando los flecos del *tallit*, pasándoles el dedo, con el entrecejo fruncido, reflexionando.

—Pronto —le urgió Pawel—, por favor. Puede que no tengamos mucho tiempo.

David dobló el chal de oración y se quitó el solideo con expresión compungida, depositándolos sobre la tapa de un baúl.

Pawel bajó las escaleras a toda velocidad. En el sótano encontró su ropa sucia de trabajo, los monos que había utilizado para cargar paladas de carbón, un sombrero de fieltro, una chaqueta mugrienta, y volvió con todo ello a toda prisa al apartamento. Cerró la puerta con llave y empujó la mesa de la cocina para atrancarla. Encima de la mesa amontonó todas las cosas pesadas que pudo

encontrar. Luego empujó por dentro el armario de su habitación, fue hasta la puerta del desván, echó el cerrojo tras él y, tropezándose, lanzó el fardo de ropa a David.

—¡Apresúrate!

David se vistió.

—Bien, pareces un obrero.

—¿Y tú, Pawel? No puedes correr por los campos y las zanjas vestido con un traje de calle. Llamarias la atención.

—Ya encontraré alguna otra cosa que ponerme. Necesito unos minutos para escribirle una nota a Masha y dibujarte un mapa. Si llegáramos a separarnos, no tendrías ninguna forma de encontrarla.

Estaba acabando aquellas tareas cuando se oyó un gran estrépito dos pisos más abajo, en la librería.

—Ya están aquí —dijo Pawel.

El ruido de cristales rotos se sucedió al de los primeros golpes.

—Están echando la puerta abajo. Vamos, rápido, sal por la ventana. Ve agachado por el tejado hasta la pared, y luego cruza a los apartamentos del otro lado. Mantente siempre agachado, que no te vea nadie. Continúa siempre por los tejados, aléjate todo lo que puedas, y cuando bajes a la calle ve hacia el río. Cuando llegues a la orilla, sigue hacia el sur. Quien te vea pensará que eres un trabajador que ha salido en domingo a dar un paseo. No te detengas hasta que estés fuera de la ciudad. Entonces busca la manera de cruzar el río. Cuando lo hayas cruzado, dirígete hacia el nordeste, hacia Mazowiecki. No camines con prisas, actúa como si tuvieras todo el tiempo del mundo. Toma, no lo pierdas.

Le metió la nota y el mapa en el bolsillo.

—Pero tú vienes conmigo, Pawel, yo no puedo irme sin ti.

—Yo puedo distraerles un rato... lo suficiente para que tú puedas escapar.

—¡No! —gritó David.

Pawel se acercó a la ventana. El patio estaba desierto.

—Aún no han pensado en rodear el edificio.

Las botas resonaban en la escalera, seguidas al cabo de unos segundos por unos fuertes golpes en la puerta del apartamento.

—¡Tienes que irte ya!

David se aproximó a Pawel y se quedó delante de él, inmóvil, con el rostro demudado por la congoja.

—*Un as du vest kumen iber a groysn fayer* —dijo con voz ronca—, *far groys tsores zoltsu zikh nit farbrenen*.

—¿Qué significan esas palabras?

—Es una canción que cantábamos en el gueto —dijo David con la voz quebrada—: *Si tienes que cruzar el fuego, no te quemes por pena*.

El chico estiró los brazos hacia el hombre.

—¡Vete! —dijo Pawel con gravedad, apartándole.

Con el rostro descompuesto, David se volvió hacia la ventana.

—Vete —repitió Pawel.

El chico se encaramó a las cajas amontonadas. Tras volverse para lanzar una última ojeada a la habitación, salió por la ventana y se fue.

Pawel se puso inmediatamente a apilar baúles y cajas contra la pared, hasta que la ventana quedó oculta.

Esperó pacientemente a que los alemanes encontraran el armario y echaran abajo la puerta del desván. Sostenía un ángel de cristal en una mano y una trompeta de latón en la otra. Tenía miedo. Pero no un miedo desmedido. Cuando los soldados y dos hombres con gabardina de piel llegaron a lo alto de las escaleras, al final de la punta de sus armas encontraron a un hombre flaco y cansado sentado en un baúl, mirándoles sin expresar emoción ninguna.

—¿Dónde está el judío? —rugió uno de ellos.

Pawel se echó el chal de oración sobre los hombros y se encasquetó el solideo en la cabeza.
Se puso de pie.
—Aquí —dijo, señalándose el corazón con el dedo.

20

Después de hacerle bajar las escaleras a patadas, lo convirtieron en uno más de los que formaban los torrentes humanos que convergían en la estación del ferrocarril. Aquellas personas, acosadas y amedrentadas, habían llegado arrastrándose por las calles, tirando de sus hijos pequeños o empujando carretones cargados con sus mayores o con baúles tambaleantes. En el *Umschlagplatz*, baúles y muertos les eran arrebatados, y amontonados para su posterior clasificación.

Siguiendo el flujo de uno de estos torrentes humanos, Pawel pasó por delante de Haftmann, que inspeccionaba todos aquellos pertrechos en busca de algún tesoro cultural. En un fugaz instante de vaga esperanza, gritó:

—*¡Doktor!*

Pero el alemán levantó la mirada para ver tan solo un rostro exhausto que pasaba de largo, indistinguible en la marea de números y nombres, carentes por completo de significado. Haftmann se dio la vuelta.

Junto con miles de otras personas, a Pawel lo cargaron en un tren mercancías.

En su vagón eran doscientos.

Era imposible sentarse. El cubo que servía de letrina en un rincón estaba ya a rebosar. El hedor del terror era asfixiante.

Los ferroviarios pasaban por el andén y se detenían a encender un cigarrillo. A través de una rendija entre los tablones, Pawel podía ver sus rojas mejillas redondas y los gestos rituales del campesinado al intercambiar las bromas de rigor.

—Problemas en la línea de Białystok —dijo uno—. Estos no verán Treblinka.

—¿Adónde los llevan?

—A Oświęcim.

—¿Cracovia ya sabe que les llegan invitados inesperados a comer?

Los ferroviarios volvieron finalmente a su olvido en la historia a medida que el vagón, tras un fuerte tirón, arrancaba y avanzaba con estrépito, entre los gruñidos y los gritos de su cargamento. Lo peor era el llanto de los bebés y los niños. Y las discusiones. Las quejas y lamentos. A veces se hacía un completo silencio, aunque nunca duraba mucho. El frío y el mal olor lo dominaban todo. La gente trataba de maniobrar para acercarse lo más posible al respiradero del techo. Viejos y mujeres se desmayaban, pero no podían caer al suelo a causa de la compresión de los cuerpos, que se mantenían derechos los unos a los otros. Las familias que habían quedado separadas gritaban en voz alta los nombres de los demás, tratando de averiguar si algún ser querido iba en el mismo furgón de carga.

¡Mamá! ¡Zdenka! ¡Babscia! ¡Papá! ¡Marta! ¡Leonhard!

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

¡Tsipora! *Shtiler, shtiler, tranquilo. ¡Shhhhhh!* ¡Eugene!

¡Papá! Tranquilos, tranquilos. ¡Mamá!

Shtiler, kind mayns, veyn nit, veyn nit.

Tranquilo, mi niño, no llores, no llores

¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

¡Escucha, oh, Israel! ¡El Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno!

¡Anna! ¡Abuelo!

¡Berthe! ¡Gunther! ¡Ruth! ¡Mamá! ¡Papá!

Israel, mi primogénito, es mi hijo.
¡Nos elevaremos como incienso hacia el Señor!
Por favor, por favor, no supongan esas cosas.
¡No asusten a los niños!
No lloréis. No lloréis.
Israel, mi primogénito, es mi hijo.
¡Adonai! ¡Adonai!
¡Adonai!

Y así continuó todo, hora tras hora. Bien entrada la noche, el tren se detuvo en un apartadero, y las personas se acurrucaron como un amasijo congelado.

—El señor Edelmann está muerto —dijo alguien.

—¡El señor Koz también!

—¡Esto es impuro! —gritaron otros.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

—Nada, ¡no podemos hacer nada!

—*Sh'ma Yisrael...*

Otros gritaban y aporreaban las paredes, pidiendo ayuda.

Pawel quedó aprisionado en el rincón bajo el respiradero. Encontró un punto donde apoyar el pie en una plancha que sobresalía y se encaramó. Fuera, el mundo estaba abandonado. Lejos, delante de todo, la locomotora silbaba humeante. El cielo estaba en llamas.

—¿Qué se ve? —le preguntaron varias voces.

—El cielo está muy rojo —dijo Pawel—. Salen chispas a chorro de unas chimeneas muy altas en el horizonte.

Un rumor de especulaciones se difundió en todas direcciones:

—Son industrias pesadas. Ya ven, van a utilizarnos como mano de obra barata.

—El olor es espantoso.

—Puede que sea un matadero.

—No, nos hemos detenido junto a un vertedero.

—No, no, será una fábrica de conservas.

—¿Piensan tenernos aquí mucho tiempo?

—Ni aunque quisieran. Morirá más gente si nos tienen aquí fuera con este tiempo.

—¡Mamá! ¡Papá!

Los gritos se sucedieron nuevamente como las olas en una playa eterna.

Pasaron dos guardias alemanes, riendo en medio del aire cortante de la noche.

—Pregúnteles, joven, pregúnteles a ellos.

—¿Qué son esas chimeneas de ahí? —gritó Pawel a través del respiradero.

Los guardias intercambiaron una mirada, y uno de ellos replicó:

—Están cocinando pan para vosotros. Noche y día, siempre haciendo pan.

Pero nadie supo si tomarse aquella respuesta en serio.

Al llegar la mañana habían muerto algunas personas más, y otras tosían y temblaban de frío. Muchas lloraban. Algunas eran presas de la histeria, abrían la boca sin proferir sonido alguno.

Pawel había pasado la noche en vela. No dejó de mirar hacia el cuadrado de luz roja, hasta que se volvió de un color mantecoso. El cielo estaba muy encapotado. En el bolsillo de la chaqueta encontró una punta de lápiz y un recibo viejo de Casa Sofia. Era la factura por el papel que había comprado para editar la historia de Soloiev sobre el Anticristo. En el reverso escribió:

David, mi querido hijo y amigo:

Nunca como ahora había deseado tanto vivir. Desciendo en tu lugar al corazón de las tinieblas. Mi vida te la entrego a ti. Llevo tu imagen conmigo como un icono. Es mi alegría.

Finalmente me dispongo a sumirme en el sueño, pero voy con el corazón despierto.

Pawel.

Cuando acabó, se quitó la cinta blanca y roja que llevaba en torno al cuello y el pesado medallón que colgaba de ella. Envolvió el medallón en la hoja de papel y lo ató con la cinta. Con cuidado, escribió por fuera el nombre de *David Schäfer*.

Un poco más tarde, un grupo de obreros ferroviarios polacos pasaron rezongando, caminando a lo largo de la vía con unas barras de apisonar cruzadas sobre los hombros. Al acercarse el último, Pawel arrojó por el respiradero el pequeño paquete, que fue a parar a los pies del hombre.

El ferroviario se agachó y lo cogió.

—Por favor —gritó Pawel—. Por favor, le ruego que encuentre a la persona cuyo nombre está ahí escrito.

—¿Soy judío, acaso? —refunfuñó el hombre.

—Le ruego que le lleve eso a mi prima, que vive en Mazowiecki, al este de Varsovia. O que se lo envíe más adelante. La guerra no va a durar siempre.

Le dio el nombre completo de Masha y le dijo dónde se encontraba la granja.

—Se lo suplico en nombre de Nuestra Señora de Częstochowa —imploró.

—¿Qué es eso de Częstochowa? —dijo el hombre, dubitativo.

—En nombre de nuestro Salvador.

—¿Es usted católico?

—Sí.

—Hay montones de católicos que van a ese sitio de vacaciones al que los llevan a ustedes.

—Yo soy uno de ellos.

—Se está calentito, ahí. Se está tan bien que nadie vuelve.

—¿Querrá hacerme este gran favor que le pido?

—Hay gente que tira mensajes de los trenes, a veces. Pero nunca antes me había encontrado con un católico que me lanzara un mensaje dirigido a un judío. ¿Es oro? —preguntó, sacudiendo el envoltorio.

—Se lo ruego, será recompensado, Dios lo ve todo.

El ferroviario volvió sus ojos endurecidos hacia las chimeneas.

—¿Dios ve eso también? ¿Dónde está Dios?

—¡Eh, Poselski, idiota! —le llamaron sus camaradas—. ¿Con quién estás hablando? ¡Venga, vamos!

El ferroviario se alejó con el envoltorio en la mano.

No mucho después, el tren arrancó dando un bandazo y fue rodando con una lentitud exasperante en dirección al origen del hedor.

Pawel se dejó caer de nuevo en medio de la multitud.

—¡Ojo! ¡Cuidado! ¡Oh, cómo pesa!

Al incorporarse otra vez, se recostó contra la pared, con una sensación de mareo y el estómago revuelto. Le sonaba como un zumbido en los oídos.

Un brazo le agarró, luego otro, hasta que se vio sumido en un remolino de angustia humana. Un anciano vestido con harapos y gorra de campesino. El olor que desprendía era insoportable aun en medio del resto de malos olores del vagón. Tenía los ojos bañados en un líquido amarillento, y la boca, llena de dientes carcomidos, exhalaba podredumbre.

—Mottele, hijo mío, hijo mío. ¡Te he encontrado! —gritó el anciano.

—Perdón, señor —dijo Pawel, levantando el brazo del hombre y apartándolo—. Yo no soy su hijo.

—¡Mottele, no digas eso! ¡Eres tú! ¡Eres tú!

—Yo no soy Mottele, me llamo Pawel. ¡No soy su hijo! —Intentó apartar al desdichado con decisión y sin lastimarlo. Su asaltante rompió en sollozos.

—Cuando te llevaron me escondí en la carbonera del sótano. Pero me encontraron. Yo no tenía

fuerzas para resistir. Tú eres joven, fuerte. Recé. Pedí al Todopoderoso que te salvara. ¿Acaso no puede Aquel que determina el curso de los planetas y las estrellas salvar la vida de mi chico, de mi pequeño, de mi querido hijo? Oh, sí, me dije, el Señor del Universo le protegerá. Si hay justicia en el mundo, lo pondrá en mis brazos. ¿Quién me cantará el *Kaddish* si mi hijo perece? ¿Quién? Dímelo, ¿quién?

—Señor, por favor, yo no soy su hijo. Usted se confunde.

La presión ejercida por los cuerpos era tan grande que le resultaba imposible apartarse del anciano. Una vez más, este rodeó con sus brazos el pecho de Pawel y se puso a sollozar:

—Te quiero, hijo mío. ¡No me apartes!

Pawel bajó la mirada, que posó sobre aquel cráneo aplastado contra su pecho. El abrazo le resultaba totalmente repulsivo. El hedor y la fealdad del rostro le daban ganas de vomitar.

—Sé que eres tú, sé que eres tú —gimoteaba el viejo con una mirada acosada y hambrienta.

Pawel le rodeó con sus brazos. Al principio solo sentía náuseas. Hasta que esta sensación cesó, y los temblores del pobre hombre dieron paso a suspiros y mansos lamentos de gratitud.

—Eres tú, eres tú, lo sabía.

—Enseguida nos harán bajar —dijo Pawel—. Pronto podrás descansar y comer. Yo te ayudaré.

—Moitteleh, qué bueno eres conmigo.

—No durará mucho, ¡no tengas miedo!

—No, no durará, no lloraré.

A Pawel le ardían los ojos, que llevaba cerrados. En sus brazos sostenía a un padre, a un niño, a un ser querido, disfrazado con uno de los muchos aspectos del hombre. Mientras sostenía a aquel ser dejó de ser eso, un ser, un *algo*, un desdichado, una criatura sin ningún atractivo que había invadido su intimidad. Ya no le inspiraba temor, ni disgusto por su falta de belleza. El ser que sostenía entre sus brazos era de hecho hermoso.

Le parecía ahora, en aquel inexplicable momento visionario, que su propio padre era el niño y que él, Pawel, era el padre. ¿Acaso no había sido todo padre alguna vez hijo, no había sufrido cada uno de ellos a su vez todos los golpes y ausencias que encadenaban a todas las almas, eslabón por eslabón, hasta lo más remoto de los tiempos? ¿Qué podía romper entonces el vínculo?

¿Qué podía volver la visión de un hombre de los dictados del pasado al futuro?

—*Mój synu* —le susurró al oído del anciano, y le besó la frente.

Siguió sosteniéndolo un buen rato, hasta que el viejo se quedó dormido. Pero cuando se produjo un hueco entre la multitud y Pawel se inclinó para recostarlo contra una pared, vio que estaba muerto. No conocía las palabras hebreas del *Kaddish*. Susurró las oraciones latinas de intercesión por las almas de los difuntos.

—Yo perdono —musitó en una expiración—. Lo perdono todo.

El tren siguió avanzando como si se arrastrara durante una hora, y aquella forma de arrastrarse sin fin hacia lo desconocido suscitó en muchos una forma de locura. Algunos se pusieron a gritar por la desesperación y el terror.

—*Shtiler, shtiler*, ¡calma, calma! —gritaban hombres y mujeres.

—No tengáis miedo, niños.

—¡No dejéis que nos maten!

—¡Rezad! ¡No perdáis la esperanza!

Pawel trataba de dar ánimos a quienes estaban a su alrededor.

—No estamos solos —decía, pero había muchos que deliraban y nadie le escuchaba.

Cerca de él, una joven madre que llevaba a un niño de dos años en brazos miraba fijamente a Pawel. Su rostro era como otros centenares de rostros, como otros miles. Su hijo era como centenares de niños, como miles y miles de otros niños. En los ojos de la mujer había una calma perfecta. El niño apretaba la mejilla contra la de su madre, mientras jugueteaba con la tela de la estrella amarilla de ella y observaba, él también, a Pawel. El rostro de la mujer no era de una belleza especial, pero era tierno y bondadoso. Tampoco el rostro del niño era extraordinario. Pero a Pawel le era imposible apartar los ojos de ellos. Se miraron entre sí durante lo que pareció mucho tiempo.

No hubo palabras, ninguna emoción que se manifestara en sus rostros. Al final, el pequeño levantó una pequeña manita blanca de mariposa y le saludó. Llevaba la palma de la mano vendada con un pedazo sucio de ropa, manchada de sangre.

En aquel momento el vagón se detuvo con un fuerte chirrido, y todos sus ocupantes cayeron unos encima de otros, en medio de la confusión. Cuando Pawel se reincorporó, miró a su alrededor, pero no encontró a la mujer con el niño.

Al cabo de unos minutos irrumpieron desde el exterior gritos de voces ásperas y ladridos de perros.

Mientras esperaba a que se abrieran las puertas, Pawel comprendió qué era lo que estaba a punto de suceder. Vio que una vida es una palabra expresada. No puede retirarse una vez se ha pronunciado. Es una semilla lanzada al viento y que tendrá un breve vuelo, pues caerá en el suelo y allí permanecerá un tiempo dormida. Son muchos los elementos que intervienen para una eventual cosecha: el sol y la lluvia, el calor y el frío, la labranza y la siembra, la estación de la abundancia y la estación en que la creación muere.

Si tuviera que decirle esto a la gente, su voz se perdería en el torbellino de las palabras que se arremolinan y vuelan hacia el cielo y se sumen en el infierno. En su dolor, no serían capaces de ver lo glorioso de este descubrimiento. Pocos le oirían, menos aún le comprenderían. Tal vez solo la madre con el niño, el padre con su hijo, y el escritor con su dolor. Ellos han comprendido el fin de las palabras. Sus vidas han sido dichas, enderezando así, un poco, el equilibrio del mundo.

Mientras caía lentamente dentro de las fauces de Wrog, Pawel, por primera vez en su vida, no sentía temor. Se elevaba, con los ojos relucientes, alzando los brazos para recibir los mensajes que los ángeles estaban enviando al mundo.

Se abrieron las puertas del vagón, y los soldados que vociferaban y los perros que ladraban se abalanzaron.

—Nieve —dijo él en un susurro.

EPÍLOGO

Los guardaespaldas irrumpieron por la puerta, seguidos por Lev.

—¡Vamos, deprisa, o perderá el avión! —rugió, echando humo. Lanzó una mirada a la mujer—. ¿Por qué demonios es tan importante este ridículo ser?

Ewa Poselski se levantó lentamente de la silla y rebuscó en el bolso. Sacó algo de él, lo besó y lo puso entre las manos del político, apretándoselas. Acto seguido, sin ver nada y entre grandes suspiros, cruzó la puerta y salió de su vida.

Tomaron a tiempo el avión en La Guardia e hicieron escala en París, donde enlazaron con el vuelo de El Al con destino a Tel Aviv. El reservado VIP del avión estaba prácticamente vacío. La secretaria del político volvió a primera clase para hablar de las inminentes elecciones con otros miembros del equipo, dejándolo a solas con Lev. Este era el asesor ejecutivo y el director de la campaña. Su gran inquietud, apenas domeñada bajo sus fríos ademanes, puso sobre aviso al político de que estaba a punto de recibir una lección sobre estrategia y estilo. Una azafata les trajo bebidas, y se sentaron uno frente al otro.

—¿Qué le pasa? Ha sido un discurso excelente. Mañana mismo aparecerá transcrito íntegramente en la página cuatro del *New York Times*. Debería estar entusiasmado. Ha sido esa vieja, ¿verdad?

—No es ella solo.

—¿De qué se trata?

—Es una pieza de la historia.

—¿De la *Shoah*?

Él asintió con la cabeza y bajó la vista hacia la palma de la mano.

Su colaborador miró allí también.

—¿Qué es eso?

—Un medallón envuelto en una carta. Un mensaje lanzado por encima de un muro.

—¿De alguien a quien conocía?

—Sí.

Lev alargó la mano y dio unos golpecitos sobre el medallón.

—Hemos perdido una importante reunión por culpa de esta distracción. No podemos permitirnos estos excesos. Tenemos una larga lucha por delante. Si hemos sobrevivido los últimos veinte años ha sido gracias a que hemos tenido la cabeza despejada y unos nervios de acero. Por favor, no más sentimentalismos.

—No son sentimentalismos.

—Dígame qué es entonces, porque parece que hubiera visto un fantasma.

—Nada de fantasmas —dijo el político, sacudiendo la cabeza—. Una ventana al pasado. ¿No es extraño que uno vea mejor el futuro mirando hacia el pasado?

—¿De qué está hablando?

—No voy a presentarme a las elecciones, Lev.

—¡Pero qué diablos! ¡No me venga con esas! ¡No es el momento!

—Sí, es el momento. Si espero un poco más, ya no podré elegir.

—¡Esto es una locura! ¡No puede hacerle esto al partido! ¡Y no se atreva a hacérselo al pueblo! No por culpa de un momento de nostalgia o de lo que esa mujer haya podido decirle.

—Ella no era más que una mensajera.

Lev guardó silencio, a la espera.

—¿Ha amado usted alguna vez algo, Lev? Sí, por supuesto, usted ama a su esposa y a sus hijos, y un *kibbutz* entero lleno de nietos. Me refiero a amar algo que no se puede ver, pero cuya ausencia se siente cuando ya no está. Ese tipo de cosas.

—Claro. ¿El espíritu de toda una nación, por ejemplo? ¿Y qué me dice de la promesa hecha a un montón de gente que cree en usted?

—¿Debe un hombre vender su alma por el bien del pueblo?

—Tómese una semana de vacaciones. Estamos todos agotados. No tome decisiones precipitadas. Maldita sea, ¿no lo ve? Le están sirviendo el país entero en bandeja de plata. Tendrá la oportunidad de cambiar las cosas, de traer la paz al mundo.

—Nadie puede hacer eso sin ayuda. Si lo intenta, se convertirá en un tirano, en nada diferente a aquellos que perpetraron la *Shoah*. ¿Eso es lo que quiere para mí?

—Dice cosas que no tienen sentido. Tiene los nervios crispados.

—No, al contrario, siento una gran paz por primera vez desde hace décadas. No tengo por qué seguir trepando hacia el poder, solo para, cuando haya acumulado el suficiente, hacer del mundo un lugar seguro. Eso es una gran mentira, amigo mío.

—¿Lo cree así?

—Recuerdo un poema que me enseñó mi padre cuando aprendía a cantar. ¿Quiere que se lo cante?

Lev miró por encima del hombro.

—No —dijo con tono seco—. Por favor, *no* me lo cante.

El político se puso a cantar en yiddish:

*Los pobres quieren ser ricos,
los ricos quieren ser reyes,
y los reyes no estarán satisfechos hasta que lo gobiernen todo.*

Miró por la ventana, a las estrellas.

—Llevaba tantos años sin cantar... Es bueno cantar. Te sientes bien, muy bien. ¿Sabe qué pasaría si un gobernante llegara alguna vez a la máxima cota de poder absoluto? Al final se convertiría en un monstruo como Hitler o Stalin.

Lev dio un largo trago, hasta vaciar el vaso.

—Lo tenía por una persona realista.

—¿Realista? ¿Qué es una persona realista? Yo ya no sabría qué responder a eso.

—Ayer sí lo sabía. Ayer estaba dispuesto a todo. Siempre proclamó que lo hacía por su familia, y por todos los demás que perecieron.

—Sí —replicó lentamente—. Sí, lo hacía por ellos.

—Y por Ruth —añadió Lev con tiento.

—Y por Ruth.

—Cuando la mataron, pensé que lo habían matado a usted también... espiritualmente.

—Casi lo hicieron. ¿Sabe cuántas noches me he pasado sentado con una pistola cargada en la mano durante los últimos dos años, diciéndome que podía meterme el cañón en la boca y apretar el gatillo? ¿Sabe lo difícil que fue no hacerlo?

—Pero luchó. Luchó con más fuerza que ningún otro hombre que haya conocido. ¿Por qué se rinde ahora?

—No estoy rindiéndome. La naturaleza de la guerra está cambiando. Mi papel en este frente ya no tiene razón de ser.

Inclinándose hacia delante, Lev le puso la mano en el brazo.

—Ella está muerta —dijo—. Los que la mataron están muertos. Pero el recuerdo está muy fresco... Es un recuerdo terrible. Tómese tiempo. Necesita esta misión. Y nosotros le necesitamos

a usted.

—No.

Lev se recostó en su asiento, exasperado.

—Tomando en consideración la posibilidad de que no esté bromeando, debo preguntarle qué piensa hacer ahora.

—Presentar mi renuncia al primer ministro mañana por la mañana. Y después marcharme.

—¿Adónde?

—Debería ir a Varsovia. Quedó completamente destruida, ¿sabe? Pero las calles son las mismas. Caminaré por ellas, contemplando los adoquines. E iré a Treblinka, donde murió mi familia. Y a Auschwitz. Un hombre al que conocí murió allí... o al menos es muy posible que muriera. Él me salvó la vida. Tengo que visitar los lugares donde todos ellos sufrieron. Necesito guardar silencio. Necesito escuchar.

—Los soviéticos nunca le dejarán entrar en Polonia.

—Puede que no. Todo ha sucedido tan deprisa... Necesito tiempo para pensar. Hemos tenido muy poco tiempo, ¿verdad? ¿Por qué vamos siempre al galope hacia algún objetivo indefinido?

—El tiempo es un lujo que no podemos permitirnos.

—El tiempo es una necesidad. El tiempo y el silencio. De lo contrario repetimos el pasado, y nos encontramos haciendo las mismas cosas que antes hicieron nuestros opresores.

—No sea absurdo, nosotros no somos hombres malvados.

—¿Hay alguien inmune? Dígame, Lev, ¿cómo llegan los hombres malvados a ser lo que llegan a ser?

Lev le observó con frialdad. El político lo conocía lo suficiente como para ver que estaba haciendo esfuerzos por encontrar una ilación lógica.

—Hay otras cosas que me gustaría hacer. Cuando era joven quería desenterrar el pasado. Quizá me dirija a las excavaciones de Jericó: cerca hay una colina que aún no ha tocado nadie, y tal vez me permitan ayudar a encontrar vasijas antiguas. Podría ir al desierto, acampar en Masada, contemplar las estrellas. O construir un pequeño bote y navegar en torno a Kinneret. O caminar por el monte Carmelo. Una cosa es segura: no volveré en busca del poder.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—¿Qué quiere decir con ese «lo sé»? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Lo único que sé es que si ignoro este medallón, nunca encontraré mi verdadero nombre.

Lev resopló con discreción.

—¿Su verdadero nombre? ¿Qué debo entender con eso? Yo le diré cuál es su verdadero nombre: usted ha nacido para el poder. Tiene estilo, tiene fuerza, y tiene esa mente inteligente tan suya. Es una persona con ética, y la gente le adora. ¡Podría liderar este condenado mundo si lo deseara!

Lev se volvió y se quedó mirando su imagen reflejada en la ventanilla.

David Schäfer vacilaba. Sentía una fuerza invisible que tiraba de él con fuerza desde el medallón. Diversas ideologías en conflicto se sucedían en su pensamiento. Lo principal en todas ellas era el señuelo del bien que podría hacer si él era la persona elegida para que la tierra fuera agraciada con un rey filósofo.

Por un instante apartó la mirada del medallón que sostenía en la palma de la mano, y experimentó por primera vez en su vida la presencia de una inteligencia mucho mayor que la suya. En ella había malicia. Era otro ser, invisible pero que estaba *allí*, pidiéndole entrar. Y le proporcionaba una sensación exultante, ya que su influjo sobre él, que se había visto debilitado por la llegada de la mensajera, estaba ahora a punto de serle restituido. Le forzaba a pensar en el medallón como en una baratija, un recuerdo del pasado, y en su ascenso al poder político como en un destino que no podía rechazar. La presión que emanaba de aquella oscura presencia era... mala. Sí, por qué no usar esta palabra, pensó. Existía el bien y existía el mal. La presencia mala odiaba. La

presencia buena amaba, eso era lo que decía la Torá. Y la antigua mitología. Pero así era.

Con un gran esfuerzo mental, reconoció que él también había odiado. Sí, había odiado a aquellos que habían matado a sus padres, hermanos y hermanas. Habían matado a su esposa y a su hijo. Los habían matado a todos. Habían matado sus sentimientos. Odiaba a quienes dejaron que todo aquello sucediera casi tanto como odiaba a quienes lo habían cometido. Y el odio había florecido en todo su esplendor después del asesinato de Ruth, como si el odio fuese el único antídoto contra la desesperación.

Había querido hacerlo para que ellos no pudieran volver a hacerlo nunca más. Durante la mayor parte de su vida era lo que había deseado, y cuando ella murió, ese deseo se había convertido en una obsesión dominante, bajo la superficie de su admirable imagen pública. Esa cosa había alimentado aquella pasión. Le había empujado implacablemente hacia el poder, al tiempo que hacía madurar en su corazón una semilla negra y mortecina. Ahora comprendía lo cerca que estaba del abismo.

La cosa le escupió un pensamiento en su mente: *¡Si no eres tú, será otro!*

En ese momento su colaborador se volvió hacia él y dijo con amargura:

—¡Si no es usted, será otro!

—No seré yo, Lev. Ni ahora ni nunca. Y espero que no haya ningún otro.

—Hay muchos como usted. Encontraremos a otro enseguida.

—¿Sabe lo que es un *shammash*?

—Por supuesto que sé lo que es un *shammash*.

—Estoy más seguro que nunca —dijo por fin—. Mi nombre es David Schäfer. Quiero ser pobre.

~

Veinte años más tarde, un hombre yacía agonizante en su hogar, en un suburbio de una ciudad de Alemania Oriental. Padecía un cáncer en sus últimas etapas, y tenía grandes dolores. Uno de sus hijos, médico, le administró una dosis adicional de morfina, y él comenzó a sentir algo de alivio. El resto de sus hijos, todos prósperos y de mediana edad, estaban sentados en las butacas dispuestas junto a las paredes del amplio dormitorio, hablando con calma unos con otros. Un hermano consolaba a una hermana que lloraba. Algunos de los hijos de sus hijos saltaban y hacían ruido, y enseguida les ordenaban que se estuvieran quietos. Hasta que una tía se los llevó fuera de la habitación.

—Hans —dijo el moribundo.

Un hombre corpulento y parcialmente calvo se acercó al lecho.

—Sí, padre.

—¿Querrás hacer algo por mí?

—Lo que sea. ¿De qué se trata?

—Tienes que prometérmelo.

—Te lo prometo, padre.

—No debes interferir en un proyecto que he emprendido con mis editores. Busca en la caja fuerte que hay detrás del Monet. En ella encontrarás una carpeta que contiene el manuscrito original de *Andréi Rubliov*.

—¿Tu obra de teatro?

El hombre hizo lo que le habían pedido y regresó con la carpeta.

—La obra no es mía —le dijo su padre.

Se oyeron varias voces que protestaban, los ojos intercambiaron miradas entre sí.

—Tengo la cabeza perfectamente lúcida.

El hijo sacó un manojo de papeles. Leyó la página del título.

—¿Quién es Pawel Tarnowski? —preguntó.

—La persona que escribió esta obra.

Varios miembros de la familia se apresuraron a tranquilizar al anciano diciéndole que él era de

verdad el que era, y recordándole que la enfermedad o la medicación le habían desorientado un poco.

—La morfina...

Él los rechazó con un gesto.

—Yo robé esta obra —dijo.

—*Nein, Vati, nein...*

—Sí, tu querido papá. Un impostor que ha ocupado durante un cuarto de siglo una cátedra de literatura en la universidad. He vivido todo este tiempo a costa de su reputación. No se trata de una obra inmortal, decían, pero sí de una nota a pie de página de gran valor explicativo de la época. El profesor Haftmann es un artista genuino de la reconstrucción de la posguerra, decían. Y claro, fue tan útil cuando los soviéticos nos encerraron, aislándonos de Occidente... Veían en ella una metáfora de la unidad de Rusia, de la resistencia frente a los chinos.

Su hijo pasó el manuscrito a los demás.

—Lamento haber estropeado vuestro recuerdo de mí. No es un legado muy agradable que dejar a los hijos. Pero hay cosas en el corazón que uno no puede llevarse a la tumba. Hay cosas en cada uno de vuestros corazones que están ahí por mis faltas. Debéis asomaros a esas sombras. La verdad es el poder que os liberará.

El hijo cogió la mano de su padre.

—Ha pasado mucho tiempo, es mejor olvidar el pasado.

—A mí me parece que ha sido esta misma mañana cuando cogí el alma de otro hombre y la llamé mía. Hans, ¿lo hice porque había perdido la mía?

—No, no, no...

—He hecho pasar un manuscrito de contrabando a la Neumann Buchverlag, al otro lado del Muro. Si hubiese sido un hombre honrado y valiente, habría hecho esto hace mucho tiempo. El libro volverá a publicarse de nuevo en primavera con el nombre de su verdadero autor, y con una explicación completa.

La habitación se llenó de emocionados rumores de protesta.

—Me doy cuenta de lo humillante que será para vosotros. Os suplico a todos perdón. Perdón...

~

Por encima de las extensiones agrestes de la Columbia Británica, las estrellas se veían tan brillantes, que muchas personas que habían caído en la costumbre de no verlas miraban al cielo. La Vía Láctea era un río de pálida luz azulada. Los planetas visibles estaban en su momento de máxima luminosidad. Podían verse las lunas de Júpiter con prismáticos. Venus se veía muy nítida, y Marte era un ojo iracundo justo por encima del horizonte. De vez en cuando caían meteoritos.

En la iglesia parroquial de una remota reserva india se apagaron las luces, y salió una figura por la puerta principal. Era el sacerdote, un hombre mayor de origen polaco.

Era una de las noches más frías de aquel invierno, los árboles crujían como disparos de rifle en los bosques de los alrededores, el humo se elevaba recto desde las chimeneas del pueblo. El párroco se quedó unos instantes inmóvil, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Mientras observaba los movimientos en el cielo se preguntaba, como tantas veces había hecho a lo largo de su vida, por qué la gente había dejado de mirar hacia lo alto. La gente de su época había empezado a pensar una vez más que no había *Lebensraum*... que no había un espacio en todo el mundo, en todo el universo material y en toda la infinitud donde poder destinar un espacio a lo inmortal.

Había conocido a tantas personas así en los campamentos, en las universidades, en las sedes del poder, incluso en el lugar en el que vivía ahora... Todas ellas se veían impulsadas a buscar soluciones, y al hacerlo trataban de imponer su voluntad a los demás. Los peores intentaban imponerla sobre la humanidad entera. Le harían un espacio a la humanidad destruyendo una porción de la humanidad. Al igual que sus predecesores, lo que acabarían haciendo sería desproveer más

aún al mundo de espacio y de tiempo. Si levantaban la vista al cielo, lo que veían carecía de significado para ellos, era algo vacío y sin relieve. Mataban la esperanza porque no tenían verdadera esperanza.

El sacerdote suspiró y se quedó contemplando maravillado el cosmos en revolución.

Se estremeció.

—¡Ya es suficiente! ¡A la cama, que eres viejo!

Necesitaba recuperar fuerzas para el día siguiente. Había confesiones que escuchar por la mañana. Ya no venía mucha gente: algunos niños, las personas mayores y los moribundos estarían allí. Luego, por la tarde, iría en motonieve a los demás pueblos, río abajo. Le esperaba un día largo. Tres misas para, posiblemente, un centenar de almas.

Bajando la mirada a la tierra, se volvió y se fue cojeando hacia la cabaña de madera que constituía su rectoría, sin sentir más que un pequeño dolor en una antigua herida.

ÍNDICE*

Preámbulo	11
Prólogo	13
SANTUARIO	17
ANDRÉI RUBLIOV	197
COMO FUEGO DE FUNDIDOR	271
Epílogo	515

* La paginación corresponde al libro original [Nota del escaneador].